Mentiras



AINA PAZOS NÚÑEZ

Mentiras

AINA PAZOS NÚÑEZ

AN

Título original: Mentiras

©2023, Nur Sastre
©2023, Aina Pazos
Diseño de la cubierta: Olga García

Código de registro y verificación: 2302153509422

©Safe Creative , S.L., empresa de nacionalidad española, con NIF B99161739 y domicilio social en Zaragoza (España), calle Bari núm. 39, 3º planta, a los efectos que legalmente procedan.

Todos los derechos reservados. El presente certificado acredita los extremos anteriores en el momento de la emisión del mismo, y constituye un medio de prueba legalmente admisible de titularidad y derechos de la propiedad intelectual.

Para todas esas personas que son como Alyn e intentan

controlar su vida, pero están aprendiendo a dejarse llevar.

Y para esas personas que son como Ethan, que fluyen y viven entre sus pasiones, pero que deben aprender a soltar sin sentirse culpables.

~

Segunda estrella a la derecha y todo recto hasta el amanecer.

CAPÍTULO 1

En nuestros locos intentos, renunciamos a
lo que somos por lo que esperamos ser.
William Shakespeare

Su habitación parecía exactamente la misma de siempre, con sus paredes de un rosa pastel y la cama de matrimonio con sábanas blancas y miles de cojines en ella. Una manía de su madre que ella detestaba, pero de la que nunca se quejaba. Lo único que se veía diferente a los otros días era la ausencia de alguna de sus cosas en lugares como el escritorio o la cómoda. Todos los objetos que se encontraban allí ahora descansaban en el interior de cajas y estas en el maletero del coche que la esperaba abajo.

Hizo un repaso a la lista que tenía en su mano y también a la mental para asegurarse de que no se dejaba nada de importancia. Sino sus padres o hermana tendrían que enviárselo por correo o ella venir aquí. Lo que menos quería era tener que volver a las pocas horas de haberse marchado. Menos si sabía que recibiría una frase como: "Si no hubieras decidido vivir en la residencia, no te tendrías que preocupar de dejarte las cosas". Ya suficiente había tenido el año pasado y ese último verano que en unos días llegaba a su fin. Una vez confirmó que tenía todo, salió de su habitación cerrando la puerta. Esperaba que nadie, excepto el personal de limpieza, entrara.

Al llegar a la sala de estar se encontró con una escena a la que ya estaba acostumbrada, pero que aun así le desagradaba. Su hermana pequeña, Lena, estaba invadiendo el espacio personal de su mejor amigo. Lo abrazaba por el brazo mientras no dejaba de parlotear y el

rubio le sonreía y escuchaba con atención, como si realmente fuera muy profundo lo que la chica le estaba comentando.

Carraspeó para llamar la atención de ambos.

—Estoy lista. ¿Nos vamos? —le preguntó al chico al tiempo que le lanzaba una mirada a su hermana. Esta la entendió a la primera y con los ojos en blanco soltó al rubio.

—Una charla muy interesante, Len. Nos vemos pronto —se despidió el chico antes de darle un beso en el cabello tras ponerse en pie—. Yo me encargo de bajar esto —comentó, esta vez en dirección a su amiga. Le quitó la mochila del hombro y se dispuso a salir de la casa, dejando solas a las hermanas.

—Diles a papá y mamá que llamaré una vez me instale.

—¿Por qué no te has esperado a que llegaran?

—Prefería que me llevara Steve —se limitó a decir—. Te voy a echar de menos, enana. —Se acercó a ella para imitar la acción de su amigo y dejar un casto beso en el pelo castaño de Lena. Esta bufó, harta de ese tipo de actos.

—Dejad de tratarme como si tuviera doce años, por favor —pidió—. Y no me echarías de menos si no te fueras —repitió por quinta vez en lo que llevaban de día.

A eso se refería con los comentarios que quería evitar. Tanto sus padres como su hermana no comprendían el empeño de estar ocupando una habitación en el campus cuando podía disponer de la suya en su propia casa. Pero Alyn quería salir de esas cuatro paredes, por ella y por su hermana. Sabía que en algún momento la pequeña lo comprendería, pero de momento era demasiado pronto.

—Adiós —fue lo único que dijo antes de abrazarla.

Tras conseguir que Lena la despidiera en condiciones, salió de la casa con una sensación extraña en el pecho. Por una parte, sentía el mismo alivio que cuando lo hizo un año atrás, en su primer año en la universidad. Puede que más, ya que aquella vez sí que le acompañaron sus padres y hermana. Pero, por otro lado, tenía una pequeña opresión en el pecho. Alyn lo asoció al cambio de habitación.

—¿Cuándo te devuelven el coche? —preguntó Steve una vez su amiga se había posicionado a su lado—. Lo pregunto más que nada

para saber por cuanto tiempo voy a ser tu chófer personal.

—Dentro de unos días, idiota —le respondió, bajando un poco su ventanilla—. Solo ha sido un pequeño fallo en el contacto de la llave.

—¿Quieres que te lleve a buscarlo?

—No hace falta, gracias. El taller no queda muy lejos de la universidad, así que iré andando —le explicó. Steve apartó la mirada de la carretera, momentáneamente, para mirarla con el ceño fruncido—. ¿Qué?

—¿Por qué has llevado tu coche a un taller de Manhattan cuando vives en Queens? —cuestionó ya con sus ojos claros puestos de nuevo en la carretera.

—Porque paso de tener que ir hasta Queens solo para eso. Pedí que lo llevaran al taller de ahí, pero de la misma empresa. La verdad es que lo echo de menos —confesó y lo miró apenada—. Y siento utilizarte como transportista.

—No te preocupes —le restó importancia—. Conque habitación nueva, ¿eh? Eso significa compañera nueva. Espero que no sea tan horrible como la anterior. En serio que me daba miedo.

—Por eso pedí el cambio, no aguantaba ni un día más bajo el mismo techo que esa tipa. En cualquier momento era capaz de raparme el pelo mientras dormía. Y solo porque no opinaba como ella. —Steve se rio al imaginarse a su amiga sin ningún mechón.

—Eso hubiese sido gracioso de ver —confesó recibiendo un golpe por parte de Alyn—. Auch.

—Te lo mereces —se excusó mirándolo con los ojos entrecerrados —. Pero de verdad que me alegro de haber salido de esa habitación. Espero que mi nueva compañera esté más estable mentalmente.

—Y si es ordenada, ya se gana un premio.

—Pues sí, sería algo que agradecería.

Durante los siguientes veinte minutos mantuvieron una conversación amena hasta que al final Steve frenó ante el edificio de la residencia. Era el mismo que el año anterior. Alyn le pidió a su amigo que bajara un par de cajas mientras ella se disponía a ir a por su nueva llave. Como ya conocía a Matthew, el recepcionista, este le proporcionó la llave con rapidez mientras la chica le aseguraba que una vez instalada se encargaría de bajar de nuevo a firmar el cambio

de habitación. Cuando volvió con Steve ya había sacado la maleta de Alyn y dos cajas. Él tomó estas mientras que la castaña se encargaba de coger la maleta. Juntos subieron hasta la planta correspondiente y recorrieron el pasillo hasta llegar al frente de la penúltima puerta. Al abrirla lo primero que vio fue la entrada a una pequeña cocina, aquella que tendría que compartir con su compañera; al igual que el baño. A su derecha había una puerta y a su izquierda otra. Como bien le habían dicho, se dirigió a esta última, la que le correspondía.

Fueron dos viajes más los que realizaron al coche, ya que Alyn había traído diez cajas llenas de lo que ella consideraba imprescindible. La habitación era espaciosa. Contenía una cama individual pegada a una de las esquinas de la pared principal, aquella que se veía nada más entrar. Y a los pies de esta un armario. En la pared de la derecha había una mesita de noche junto a un escritorio y, en la que se encontraba la puerta, una cómoda. Era parecida a la que había tenido el año anterior, pero con algunas leves diferencias que no le desagradaban.

Abrió la ventana que se encontraba al lado del escritorio antes de darse cuenta de que le faltaba la mochila.

—Ya bajo —habló Steve cuando ella lo comentó en voz alta, pero antes de que se pudiera mover, Alyn lo empujó hacia la cama, provocando que cayera sentado en esta.

—Voy yo, así ya firmo los papeles del cambio de habitación y después no tengo que bajar de nuevo.

El rubio se encogió de hombros antes de lanzar sus llaves hacia ella. Esta aseguró que volvería en unos minutos y desapareció de nuevo por los pasillos del edificio. Coincidió con algunas chicas, las cuales serían sus compañeras de residencia. A algunas las reconocía, pero a la mayoría no. Se centró en su tarea una vez salió al exterior y se acercó al coche. Una vez tuvo la mochila en su posesión de nuevo, volvió a entrar y se dirigió a Matthew para, al fin, firmar su traspaso.

CAPÍTULO 2

Soy mitad agonía, mitad esperanza.
Jane Austen

Kai estaba segura de que su madre seguiría llamándola todos los días, igual que el curso anterior. Lo cual entendía, los padres tienden a preocuparse por sus hijos, es lo normal, pero tampoco era necesario acaparar la línea teniendo en cuenta que solo había un teléfono por habitación.

Esta era una de las razones por las que la chica decidió ir a una residencia de la universidad. Columbia no quedaba tan lejos de Brooklyn, de hecho podría coger el coche cada mañana, pero la dependencia que su madre había creado en los últimos años le agobiaba un poco. Sobre todo después de haber sido prácticamente invisible durante su infancia. Pero no, no podía tenerles rencor por ello, no estaba bien. Fue por una razón de peso y Kai lo sabía bien.

—Sí, sigue siendo la misma distribución que la del año pasado —le decía a su madre por teléfono mientras colocaba la ropa en el armario—. No, no voy a mover la cama de sitio… Sí, ya sé que papá me ayudaría a moverla, pero no hace falta… De verdaaaad —insistió. Ella agradecía que su madre se preocupara, pero tampoco hacía falta tanto y muchas veces se excedía.

Levaba casi una semana en la residencia y todavía no se había sentido libre de su casa, era como si su madre pudiera verla desde una mirilla, aunque tampoco iba del todo equivocada. No era una chica que pudiera elegir fácilmente lo qué quería hacer, siempre estaba pendiente de la aprobación de alguien.

—No, todavía no ha llegado… Ya te lo dije, Harriet se mudó con su novio, no puedo obligarla a que comparta habitación conmigo toda la eternidad.

Harriet había sido su compañera durante el primer año y también su amiga, hicieron muy buenas migas. Pero conoció a Max y decidieron mudarse a un pequeño piso cerca de la universidad. A Kai le supo muy mal, estaba muy cómoda con ella, pero entendía que quisiera tener intimidad con su pareja. Además, ellas seguían viéndose a menudo. Compartían algunas clases.

Justo en aquel momento le pareció oír lo que posiblemente sería su nueva compañera.

—Creo que ha llegado —murmuró, olvidándose de que seguía su madre al teléfono.

—¿Cómo dices?

—Que creo que ya ha llegado —repitió dejando la ropa a un lado y dirigiéndose hacia la puerta para ir a conocerla.

—Ay, cariño, no sé. Quizás deberías haber pedido que te dejaran sola, o volver, ya sabes que pagar la gasolina no es nada para nosotros.

—Mamá, confía en mí, no va a pasar nada —renegó saliendo de su habitación para dirigirse a la de la izquierda.

—Ya lo sé, y no es por ti, es que no confío en ella, no la conozco. Porque es una chica, ¿verdad?

—Claro que es una chica, esta residencia no es mixta —agarró el pomo.

—Bueno, el otro día salió por el periódico una chica que hablaba sobre un problema administrativo en su residencia. Se ve que se equivocaron de papeles y le pusieron un compañero de habitación. Y era un "Punti" de esos.

—"Punki", mamá, se llaman "Punkis". Y tranquila que dudo mucho que me pase eso a… —justo abrió la puerta de la habitación y vio a un chico rubio y alto abriendo una caja de mudanza— mí.

Ambos se miraron unos segundos. El chico tenía el pelo corto, rubio y los ojos de un azul cielo increíble. Era mucho más alto que ella, lo cual no era muy difícil teniendo en cuenta su metro sesenta, y también estaba bastante en forma. Vestía una camiseta blanca con

las mangas verdes que ayudaba a marcar su prominente cuerpo. Por muy vergonzosa que fuera en estos temas, no podía negar que era un chico muy guapo.

La voz de su madre la devolvió a la realidad, se había quedado embobada frente a él.

—Cariño, ¿todo bien?

MIERDA, ERA UN CHICO.

Justo las alarmas sonaron en su cabeza y no supo por qué, las advertencias de su madre que parecían una locura, de repente, no lo eran tanto.

—Nada, mamá, todo bien. Oye, voy a presentarme, luego te llamo. Adiós. —No le dio tiempo a responder, colgó. Sabía que aquello le provocaría preocupación a su madre, pero era un riesgo a correr más tarde.

El chico la miraba esperando un saludo o algún tipo de presentación. Y Kai, por su parte, esperaba lo mismo de él.

—¿Quién eres? —preguntó con tono asustadizo.

—Steve Jones, ¿por? —respondió con naturalidad.

Ella se pegó a la puerta como si estuviera viendo a un fantasma. Desde fuera se la veía más pálida que de costumbre.

—Eres un chico.

—Creo que sí —confirmó.

—Pero tú deberías ser una chica.

—Siento decepcionarte. —Se encogió de hombros. Kai ahogó un grito.

"¡Oh, dios mío!", pensó. No podía ser cierto, no podía haberle pasado a ella.

Vale, compartir habitación con un chico no podía ser tan malo, no tenía por qué correr ningún riesgo. Como si no conociera a cientos de chicos, de hecho Ethan, su mejor amigo, era un chico y no era peligroso. Pero…

Justo entonces la puerta principal se abrió y entró una chica con una mochila y unos papeles. Las dos se miraron. Mientras que Kai tenía la mandíbula desencajada, la otra parecía bien serena.

—Hola, tú debes ser mi compañera. Encantada, me llamo Alyn Stewart. —Le ofreció la mano.

Kai terminó de descomponerse entonces. Miró hacia el chico, que estaba sentado en el borde de la cama con la caja abierta, para luego volver la mirada hacia ella.

—Kai Scott —balbuceó devolviéndole el saludo.

—¿Todo bien? Estás muy pálida. —Alyn entró en su habitación dejando detrás a Kai—. Steve, ¿qué le has dicho a la pobre chica?

—¿Por qué supones que le he dicho algo? —preguntó indignado.

—Porque te conozco demasiado —afirmó ella—. No sé qué te ha dicho, pero no le hagas caso.

Kai dejó ir un suspiro de alivio entonces. Y todos aquellos miedos que su madre le había querido meter en la cabeza, volvían a no tener sentido de nuevo.

—Oh, menos mal. Ya pensaba que tendría que compartir habitación con él. —Sonrió, aliviada—. No te ofendas —se dirigió a Steve.

—Para nada —murmuró irónico.

Su nueva compañera no daba mala impresión, de hecho vestía bastante sencilla, tenía el cabello castaño claro y largo, los ojos eran azules con motas verdes y era un centímetro o dos más alta que ella. Si su madre llegaba a verla algún día, no sufriría un infarto, por lo menos a primera vista.

Después del pequeño susto se presentó como era debido y ellos también. Al parecer Alyn estaba en el segundo año de arquitectura, era de la misma edad que Kai. Parece ser que había decidido cambiar de habitación, su antigua compañera era insoportable.

Por otro lado, estaba Steve, el cual no tenía nada que ver con la Universidad de Columbia. Él estudiaba Química en Dartmouth y vivía solo en un piso de alquiler, solo que aprovechó el viaje de su amiga para pasarse a ver a su novia, que al parecer también estudiaba allí.

Kai, prácticamente, había terminado con su mudanza, por lo que ofreció su ayuda a Alyn y a su amigo para desempaquetar.

—Gracias por ayudarme —le dijo Alyn a su compañera.

—No es nada, tampoco tenía nada que hacer.

—Oye, Steve y yo iremos a cenar fuera, seguramente. Si quieres puedes venir.

—Oh, te lo agradezco, pero he quedado con un amigo esta noche.

Alyn asintió y Kai también. Por alguna razón, notó que se había quedado un poco incómodo el ambiente.

"Serás tonta, acabas de rechazar una invitación de la que podría ser una futura amiga. Claro que es una situación incómoda. Sal del pozo", se dijo a sí misma mientras buscaba una respuesta.

—Aunque mañana hacen una fiesta. Si quieres… bueno, si queréis, claro… podéis venir. Vendrá gente de más universidades.

Alyn y Steve se miraron. A ella no le fascinaba mucho la idea de salir de fiesta, pero sabía que Steve terminaría por convencerla. Como siempre.

—Terminarás por obligarme así que… —le dijo al rubio. Este sonrió, así que volvió hacia Kai—. Está bien, ¿por qué no? Una fiesta al año no hace daño. Iremos.

CAPÍTULO 3

El arte quita del alma el polvo
de la vida cotidiana.
Pablo Picasso

La cantidad de vehículos que circulaban por Nueva York provocaba la escasez de aparcamiento. Eso era algo con lo que Ethan luchaba cada día. Además de que el tamaño de su coche no ayudaba en absoluto. Su padre, William Brown, ya le advirtió de que conseguir un lugar donde aparcar se le complicaría el doble si se lo compraba, pero el chico se enamoró de ese Jeep Grand Cherokee desde que lo vio a través del cristal de aquel concesionario al que acudió un año atrás.

Logró encontrar un puesto a un par de calles de la suya, por lo que tuvo que realizar el resto de recorrido hasta su apartamento andando. Para él encontrar ese piso, unos años antes, fue como encontrar un grano de oro en una montaña de excremento. Aunque sería más adecuado decir que fue como tener suerte dónde no creía que la encontraría. La zona, situada cerca de Central Park, provocaba que los precios fueran muy elevados; sin embargo, ese lugar apareció ante sus ojos con un precio casi regalado.

Entró en su apartamento al tiempo que dejaba caer las llaves en el pequeño cuenco que había en el recibidor. Había reutilizado una mesita de noche, que tenía de sobra su hermana, para colocarla en la esquina y ahí dejar el cuenco. La decoración de esa casa a veces tenía sentido y otras no. Eso lo había sacado de su madre, que adoraba mezclar cualquier tipo de estilos, aunque no combinara nada.

Acababa de volver de una comida con ellos y su hermana pequeña, con la cual se llevaba dos años, pero a la que quería y protegía muchísimo. Había sido un buen rato junto a ellos, como todos los que vivió a su lado. Pero adoraba la independencia que tenía, por más que los extrañara.

No se detuvo a pensar en nada ni nadie cuando se dirigió directamente a su buhardilla. Aquella que estaba totalmente enfocada a su mayor pasión.

La pintura.

El pequeño, pero bien aprovechado espacio tenía cuadros terminados amontonados en una de las esquinas; lienzos en blanco en otra y varios muebles donde guardaba el material. Aunque mayormente tenía este todo tirado y desordenado.

"Hay orden dentro de este desorden", eso le decía a su madre cuando ella accedía a esa zona. La mujer la daba por perdida.

Tenía un lienzo a medio terminar sobre el caballete, en medio de la habitación. Abrió la pequeña ventana de una de las paredes, cerca del final del techo a dos aguas. Después, sin demorarse mucho, volvió a su tarea.

Esa pasión la había adquirido desde bien pequeño. No porque alguien de su familia o entorno se dedicara a ello o lo incitara a hacerlo. Simplemente, empezó como un pequeño entretenimiento en clase y terminó con tardes enteras encerrado dibujando. Para él, al principio, era una mera afición, pero terminó convirtiéndose en su mayor pasión y, esperaba, en su futuro.

Podía pasarse horas y horas entre aquellas paredes, inspirando el olor a químicos que soltaban las pinturas. Incluso podía ocurrir una guerra en el exterior que él, de tan absorto que se encontraba, no se enteraría de nada.

Como aquella vez, que tuvo que sonar cinco veces el teléfono antes de que sus ojos se desviaran del cuadro. Era un leve murmuro que se intensificó al bajar de nuevo las escaleras. Llegó con el tiempo justo para cogerlo.

—¿De qué te sirve tener un teléfono si nunca contestas? —preguntó la voz de su amiga.

—Ahora te estoy contestando, ¿no?

—Adivino —Kai hizo una pausa fingiendo que pensaba, cuando en realidad tenía claro el motivo por el que el castaño no había cogido las anteriores llamadas—, estabas pintando. —Ethan asintió con un sonido mientras se dejaba caer en su sofá marrón—. El día menos pensado te fusionas con uno de tus cuadros.

—No sería mala vida —bromeó mirando el techo blanco—. ¿A qué debo tanta insistencia por contactar conmigo?

—Solo quería recordarte que en una hora y media tienes que venir a buscarme.

Cierto. Esa noche se celebraba una de las típicas fiestas de los días previos al comienzo de las clases. Se hacía en una de las fraternidades. Ethan se había enterado a raíz de sus amigos, que lo invitaron y este, a su vez, invitó a la chica que ahora tenía al teléfono.

—No me he olvidado —mintió, y tanto que lo había hecho—. Estate puntual.

—Siempre lo soy. Debería de ser yo quién te lo dijera, señor "no tengo prisa, soy una alma libre" —reprochó la joven antes de soltar una leve risa.

Ignoró el comentario, que no era del todo falso, y se despidió de ella antes de irse a la ducha. No creía que las manchas de pintura en gran parte de su ropa y piel, además del olor de esta, fuera un atuendo adecuado para una fiesta, por más universitaria que fuera.

Volvió a su jeep tras cuarenta y cinco minutos en los que se dedicó a recoger su buhardilla, vestirse y cenar. Gracias a la experiencia que tenía, tras tres años de universidad repletos de fiestas, sabía que era mejor ir con algo en el estómago. Por poco que fuera, era suficiente.

Se estacionó, sin apagar el motor, delante de la puerta principal de aquel edificio. La pelinegra se levantó de uno de los escalones de aquella pequeña escalera que había en la entrada y se encaminó hacia él. Vio una sonrisa en su rostro un instante antes de que rodeara el vehículo para sentarse en el asiento contiguo. Le devolvió el acto una vez en el interior.

—He sido puntual —recalcó Ethan, sin ni siquiera saludar—. Para que veas que no siempre soy un tardón.

—Te salvas un par de veces, nada más —contestó Kai.

El chico la observó unos segundos de arriba abajo y puso el coche de nuevo en movimiento. Kai había escogido una falda a cuadros y una camiseta negra apretada al cuerpo, sin mangas y de cuello alto. Él había optado por unos simples vaqueros claros junto a una camisa a cuadros, azul y naranja oscuro.

Tuvo la desgracia de no encontrar ningún aparcamiento cerca de la zona, cosa que tampoco le sorprendió teniendo en cuenta que en esa fiesta se encontraba la mitad de cada una de las universidades de toda Nueva York. El único lugar que consiguió fue uno a tres calles de distancia, por lo que tuvieron que caminar. Ella le hablaba de las nuevas asignaturas de ese curso y él del último cuadro que había pintado.

La música se lograba escuchar a dos calles de distancia de aquella enorme casa de fraternidad. Ninguno de los dos tenía ni idea de a cuál de todas pertenecía, pero para asistir a una fiesta no había que saberlo todo. Tampoco reconocían a nadie de todas las personas que, a su alrededor, también se dirigían hacia allí. Tuvieron que esquivar y apartar a varias de ellas para poder entrar por la puerta principal.

El calor del ambiente no tardó en envolverlos en cuanto se adentraron un poco más. Se alegraron de no llevar ningún abrigo encima. Sin embargo, Ethan se remangó las mangas de su camisa mientras observaba a su alrededor. No había ni rastro de sus dos amigos, solo veía a gente bailando y bebiendo sin control. Cuando volvió la mirada a su compañera, esta tenía el ceño fruncido.

—¿Qué ocurre? —se atrevió a preguntar, teniendo que agacharse un poco hacia su oído para que lo escuchara mejor. Esta imitó su acción, pero poniéndose de puntillas.

—Nada —sentenció. El chico la miró con una ceja arqueada y esperó, sin mediar palabra, a que ella sola hablara—. Ese chico. —Siguió la mirada de su amiga hasta toparse con un chico rubio—. Es el mejor amigo de mi nueva compañera de habitación.

—¿Steve? —Kai lo miró, confusa.

—¿Lo conoces?

—Es el novio de mi hermana —respondió encogiéndose de hombros—. No me cae mal, pero preferiría a otro tío para que

estuviera con Emily —confesó, recordando varias discusiones de la pareja.

Fue en ese preciso instante, antes de que Kai pudiera añadir algo, cuando el chico percibió como uno de sus amigos, Peter, entraba por la puerta que daba a la cocina, aquella que seguro estaba repleta de alcohol.

—Creo que acabo de ver a Peter —le comentó dando dos pasos al frente antes de fijar la mirada en ella—. ¿Vienes?

—Ve tú, si eso luego te alcanzo.

—Como quieras.

Este le revolvió el pelo, recibiendo un manotazo de su amiga mientras él reía. Se alejó de ella en dirección a la cocina. Una vez entró confirmó sus sospechas. El lugar estaba a rebosar de botellas de alcohol, refrescos, vasos y hielo. Todo desperdigado por la isla y las encimeras.

Recorrió todo el lugar con la mirada. Había un grupo de chicas que no dudaron en mirarlo y cuchichear de él sin disimulo. Las ignoró. También se encontraba un grupo mixto jugando al *BeerPong* sobre una parte de la gran isla. Además de una chica que se hallaba sola delante de una encimera repleta de botellas de alcohol. Supuso que escogiendo qué beber. Por último, sus dos amigos. Ambos estaban en la esquina de la cocina con dos vasos.

—Al fin te dignas a aparecer —comentó Peter mientras le propinaba un golpe amistoso en el hombro.

—¿Con ganas de juerga? —le cuestionó, esta vez Ryan, a quien se le notaba que ya llevaba unas copas encima—. Tiene pinta de que va a ser una gran fiesta.

Ethan tomó de la nevera una de las tantas cervezas que había. Se la abrió.

—A ver qué nos depara la noche —fue su respuesta un instante antes de dar su primer trago.

CAPÍTULO 4

Me produce gran placer estar sola. Tal vez se deba a que, al hacerlo, elimino el dolor que me produce la gente. Quizás sea el placer más fuerte que conozco.
Virginia Woolf

Apenas la soportaba, Emily Brown era una de aquellas personas a las que Kai prefería tener cuanto más lejos mejor. Pero al parecer era imposible, no lograba sacársela de encima desde que llegó a Brooklyn hacía nueve años. Habían coincidido durante el instituto y ahora en la universidad también estaban destinadas a encontrarse. De hecho, Kai, casi se puso a gritar cuando la vio el primer día de clases del año anterior.

—¡De todas las malditas universidades, ya no solo de Nueva York, también de Estados Unidos, va y decide ir a Columbia! —exclamó aquel día.

Pero no solo eso, aparte de encontrarse en las mismas fiestas, frecuentaban los mismos locales. Y lo peor de todo, era la hermana de Ethan, su mejor amigo, lo cual era una tortura, ya que este tenía a su hermana en un pedestal.

Nada más parecía coincidir últimamente, según Kai, hasta que en aquella fiesta descubrió que Emily era la novia del mejor amigo de su compañera de habitación. Eso quería decir que quizás Alyn era amiga suya y no, no estaba dispuesta a aguantar a Emily en su cuarto. Por suerte, no estudiaban la misma carrera, eso ya sería el colmo.

No tardó mucho en localizarla, estaba rodeada de chicos y perseguida por Siena Smith, su perrito faldero y, como siempre, iba

vestida de forma provocadora. Le gustaba gustar y eso no era algo que a Kai le molestara, sino la actitud que tenía. También reconoció que se le hizo raro verla junto al mismo chico durante más de una hora.

"¡Pobre Steve!", pensó. Aunque tampoco le extrañó del todo, aquel chico no le había causado muy buena impresión desde un principio, así que supuso que para salir con Emily debía ser igual de estúpido que ella. Pero eso daba igual, no le importaba lo más mínimo aquella pareja, por lo que decidió seguir a lo suyo y buscar a alguien conocido. Estaba acostumbrada a ir con Harriet a las fiestas, pero esta vez su amiga había optado por ir a un club con su novio y amigos. De hecho, le ofreció a Kai ir, pero ya le había prometido a Ethan que le acompañaría en esta ocasión. En parte, por eso invitó a Alyn, su nueva compañera, quizás estando con ella se sentía como con Harriet. Lamentablemente, aún no la había visto, así que optó por ir a buscarla.

La gente estaba muy borracha, Kai no tenía costumbre de beber y cuanto más veía a las demás personas, más reafirmaba su decisión de abstinencia. Mientras paseaba por la casa en busca de Alyn, se encontró a Ethan acompañado de Peter y Ryan.

—Qué peligro —murmuró de camino a ellos.

Los dos amigos iban con el ánimo por las nubes. Ethan estaba un poco más moderado.

—¡¿Pero a quién tenemos aquí?! —gritó Ryan mientras la levantaba para abrazarla muy fuerte. Ella hizo gestos de no poder respirar hasta que este la soltó—. ¿El alcohol me engaña o acaba de aparecer la mujer de mi vida? —prosiguió mientras le pasaba el brazo por los hombros.

Antes de que ella pudiera decir algo, Ethan se adelantó agarrando a Ryan por la oreja.

—El que va a aparecer voy a ser yo como le hagas algo a Kai y créeme que no va a gustarte —le amenazó en broma, pero con tono serio.

—Lo dudo, me gusta todo lo que me haces —respondió este acercándose a su amigo como si fuera a meterle mano.

—Qué desagradable eres —dijo Ethan apartándose de él.

Los cuatro se rieron. Siempre estaban igual, los tres vivían a base de bromas. A Kai le encantaba pasar tiempo con los chicos, la verdad es que después de quince minutos a su lado te olvidabas de todas las penas.

—¿Te aburres? —le preguntó Ethan a Kai de forma más íntima.

Esta negó con la cabeza, aunque era mentira. Se aburría como una ostra y todavía no encontraba a Alyn. Quizás no había venido, aunque le prometió que lo haría.

—Creo que quieren ir al jardín. Vente —le ofreció el chico.

Estaba a punto de aceptar, pero entonces vio a la chica que buscaba a lo lejos, por lo que prefirió ir a entablar conversación con ella.

—Mejor me quedo, he visto a alguien. Luego voy.

Ethan le respondió con un vale y un pellizco en la mejilla. Él y su maldita costumbre de molestarla en algún momento. Luego fue detrás de sus amigos, a vigilarles más bien.

La chica fue en dirección a su compañera, la cual estaba sentada en un sofá con un vaso en la mano. Tuvo que hacerse paso entre la multitud que bailaba, bebía o se enrollaba con alguien, era bastante claustrofóbico, ya que la sala tampoco era tan grande para tanta gente. Estaba a punto de llegar cuando alguien se puso frente a ella y entonces perdió de vista a su objetivo.

No podía ser otra que Emily.

—¡Kai! —anunció con jubilo—. Que raro, tú por aquí —dijo esta con un tono irónico. Kai resopló.

—Podría decir lo mismo —respondió la chica sin mucho esmero.

Emily estaba sola, aunque conociéndola no duraría mucho.

—¿Has visto a mi hermano?

¿Qué clase de pregunta era esa? Ella sabía perfectamente que lo había visto, seguro que era consciente de que venían juntos.

—Acaba de salir fuera —volvió a responder intentando apartarse, pero ella se interponía en su camino.

Kai rodó los ojos acompañados de un suspiro, estaba convencida de que quería joderla.

Entonces apareció la guinda del pastel. Steve.

—Cariño, no te encontraba —espetó el chico mientras la rodeaba por la cintura y la atraía hacia él para besarla.

La morena tuvo ganas de vomitar ahí en medio. Por suerte, o por desgracia, Emily se separó de él entre risas tontas que les hacía parecer enamorados. "Que poco realista parece", pensó Kai, mientras apartaba la mirada y cruzaba los brazos como si esperara a que terminaran de restregar su relación en su cara.

—Oh, perdón. Te presento a mi novio Steve. —El tono de esta era insoportable.

Ambos se miraron a los ojos. A este le costó un poco reaccionar, pero se acordó de ella. Era la compañera de Alyn.

—Ya nos habíamos conocido —anunció Kai sin mala intención, aun sabiendo que aquello le molestaría. Emily volvió sus ojos marrones hacia su novio con una expresión de no haberle gustado nada lo que acababa de oír.

—Es la compañera de habitación de Alyn —aclaró el chico. Sabía de antemano como era Emily cuando le entraba un ataque de celos y no quería aguantar ninguno aquella noche.

Los tres se quedaron mirando en silencio hasta que Kai esbozó una falsa sonrisa mientras pestañeaba, en la que dejaba entrever que, si no tenían nada más que decir, la dejaran seguir con su fiesta.

—Bueno, querida, te dejamos. Espero que tengas suerte esta noche.

Odiaba aquel tono, odiaba que le hablase como si fuera tonta y con aquel sarcasmo, y sobre todo, odiaba que la mayoría de gente no se diera cuenta de lo infantil que era.

Le guiñó el ojo, agarró a Steve por el brazo y tiró de él llevándoselo a saber dónde.

Lo que siguió de noche se los encontró unas dos veces más, pero no se acercaron a ella. Eso sí, hubo una ocasión en la que vio como Emily la miraba mientras cuchicheaba algo al oído de su novio al mismo tiempo que se reía. No quería ni saber qué le había dicho, viniendo de ella podía ser cualquier cosa y ninguna buena. Estaba convencida de que hablaría mal de ella a Steve, era de esperar.

Tampoco le afectaba, ni le daba mucha importancia, aunque sí impotencia porque que ella supiera, nunca le había dado razones para que difamara en su contra. Y, en cambio Kai, sí que las tenía, pero le resultaba innecesario hacerlo, ya no era el momento.

También estuvo un rato con Ethan y sus amigos, aunque este desapareció de repente, por lo que ella se quedó con Peter y Ryan que iban bastante perjudicados. Sobre las 4 am apenas podían moverse. Le costó un buen rato sacarlos de entre la multitud, se distraían con cualquier cosa o persona. Finalmente, terminaron los tres sentados en un sofá de la casa. Kai en medio con la cabeza de ambos a cada lado. Consolándolos.

Entonces apareció de nuevo Ethan con alguien a rastras. Qué casualidad, ese alguien era Alyn.

—Menos mal que estás tú con ellos. Perdón, me he liado por allí dentro y… bueno, voy a acompañar a esta chica a su residencia.

—¿Alyn? —preguntó Kai extrañada. La chica murmuró algo raro.

—¿La conoces? —le preguntó su amigo mientras intentaba mantenerla de pie.

—Sí, es mi compañera de habitación.

—Vaya, si lo hago a propósito no me sale. Bueno, ¿te parece bien que…?

—Sí, sí, claro. Llévala tú.

—Me sabe mal dejarte con estos…

—Tranquilo, ve con ella. Están en buenas manos.

—No lo dudo. —Ethan le dedicó una sonrisa a su amiga y le guiñó el ojo antes de irse con su compañera.

Kai se quedó con los chicos hasta las seis de la mañana, cuando ellos se recompusieron un poco para poder coger el coche.

Ella, en cambio, decidió volver andando por mucho que Peter se ofreciera a llevarla. La verdad es que Kai apreciaba mucho aquellos momentos, cuando se quedaba sola y, sobre todo, a primera hora de la mañana. Le gustaba ver amanecer mientras paseaba por el bosque y recogía piñas y piedras con formas peculiares. Era de las pocas veces que aun sin estar con alguien, no se sentía sola.

CAPÍTULO 5

Las cosas tienen vida propia, todo es cuestión de despertarle el ánima.
Cien años de soledad

Su expresión se había mantenido contraída gran parte del trayecto. No por el hecho de que en esos momentos, según el horario que había creado un par de días atrás, debía estar haciendo otra cosa, sino por las fuertes frases que había escuchado una hora antes mientras se preparaba para la fiesta. El chico a su lado la había salvado antes de que fuera a peor, pero eso no importó a la hora de sentir el dolor clavándose en su pecho.

Su conjunto no fue muy elaborado, tenía la mente en otro lado cuando lo escogió. Levaba unos pantalones campana, azul oscuro, junto a un top de un solo tirante que se unía a cada lado por detrás del cuello. Este dejaba parte de su abdomen al descubierto. Prefirió no llevar chaqueta y aseguró las llaves y el móvil en sus bolsillos. Por un momento pensó que se había esmerado demasiado, sin darse cuenta, pero en cuanto llegó a la zona y vio al resto de chicas, con faldas provocativas y vestidos dignos de una pasarela, se dio cuenta de que había elegido correctamente.

Sintió el calor con solo dar dos pasos en el interior de esa casa. La gente se movía de un lado a otro, bailaban, bebían y se morreaban por las esquinas. Eso le hubiese agobiado si no fuera porque sus emociones se encontraban a kilómetros luz de lo que estaba ocurriendo a su alrededor. En esos momentos solo tenía algo en su cabeza: beber.

—Ey, ey —la frenó, Steve, al ver como caminaba con rapidez—. ¿A dónde vas?

—A la cocina, necesito beber algo. —El chico la contempló, confuso. No era normal que su amiga se comportara de esa manera. Sabía que no le desagradaban las fiestas, por más que no las frecuentara, pero no a ese nivel.

—¿Qué ha ocurrido?

—Nada —respondió, Alyn, desviando la mirada hacia el cúmulo de gente que se apelotonaba en el salón de esa enorme fraternidad.

—Alyn… —le advirtió con tacto, pero firme. Ella volvió a observarlo, la miraba con preocupación. Odiaba que la miraran así.

—Estoy bien, en serio. —Fingió sonreír, pero él no la creyó. Cuando Steve quiso hablar de nuevo, la castaña captó que alguien se acercaba y lo interrumpió—. Ahí viene tu noviecita —hizo retintín en la última palabra.

Emily Brown, la novia de Steve. Desde el día que las presentó no encajaron. La chica era todo lo contrario a ella y encima su carácter, a pesar de tener la misma edad, era muy infantil. Discutían varias veces, pero por suerte, o desgracia, Steve nunca estaba presente. Esas discusiones siempre las provocaba Emily, por lo que ella suponía que aprovechaba cuando el chico no estaba presente. En más de una ocasión quiso advertir a su amigo de ella, pero sabía que de nada serviría. Al fin y al cabo, supuestamente, la quería.

Con un escueto saludo hacia Alyn tomó a su novio del brazo y lo arrastró lejos de ella. A la castaña le dio el tiempo justo para ver como su amigo le gesticulaba una disculpa, después los perdió entre la gente.

Entonces tuvo carta blanca para hacer lo que tenía en mente. Con paso firme se encaminó a la cocina. En ella había diversos grupos y parejas, pero lo único que le importó fueron las botellas de alcohol que había encima de las encimeras. Se acercó a ellas tras coger un vaso de los que aún se encontraban sin utilizar.

Una vez delante de ellas, aquello volvió. La conversación con sus padres llegó a ella con tanta nitidad que parecía que los podía escuchar a su lado. Al principio había comenzado bien, una llamada tranquila, pero cuando mencionó que esa noche iba a ir a una fiesta

con Steve todo se torció. Los reproches comenzaron a llegar y la decepción teñía el tono de voz de ambos padres.

"Alyn Evolet, no deberías salir. Tu obligación es estudiar, no irte de fiestecitas".

"¿Una fiesta? ¿Qué clase de chica eres? Pensaba que eras madura, pero veo que sigues siendo una niña".

Tomó la primera botella que tuvo a su alcance y volcó gran parte de su contenido en su pequeño vaso. Llegó a la mitad, o incluso un poco más, y por ello la mezcla casi se desbordó. Se llevó el vaso sin dudar a la boca y pasó su primer trago, uno largo, sin pensar. La quemazón en la garganta la acompañó durante varios segundos. Le importó bien poco y continuó bebiendo hasta que el vaso se quedó vacío.

A ese le siguieron otros dos que no tardó ni diez minutos en consumir. Ya sentía los primeros efectos del alcohol cuando un grupo de tres chicos y dos chicas, que también se encontraban en la cocina, le ofrecieron unirse a ellos para jugar al *Yo nunca*. Aceptó y bebió, mintiendo en algunas de ellas solo por el deseo de consumir.

El mareo se hizo presente y el control del tiempo se esfumó.

Salió de la cocina a trompicones y con un vaso en su mano derecha. No sabía qué hora era, cuánto llevaba en esa cocina bebiendo, ni dónde estaba nadie de los que conocía. No volvió a ver a Steve, ni siquiera a distancia. También sabía que Kai se encontraba por ahí, ella la había invitado; sin embargo, tampoco la vio.

Quiso bailar, pero se encontraba tan mareada que prefirió dejarse caer en uno de los sofás de la sala hasta encontrarse lo suficientemente estable para poder hacerlo. Se mantuvo ahí estática viendo como la gente a su alrededor se dejaba caer a su lado o se alejaban bailando y bebiendo. Además de ver a una pareja, prácticamente follándose con ropa, en una de las esquinas. Hizo una mueca asqueada.

Cuando se cansó de presenciar esa escena se puso en pie, sintiendo como el alcohol se le subía a la cabeza, aunque se encontrara más cuerda que unos minutos atrás. Se apresuró a irse de esa zona y se adentró de nuevo al pasillo que dirigía a la cocina.

En ese lugar la luz era más oscura y había tanta gente recorriéndolo que tenía que apartarse, algunas veces a base de empujones.

Tropezó con sus propios pies. No cayó al suelo, sino sobre un cuerpo. Uno que la aseguró con sus manos.

Por un segundo se sintió desubicada y aturdida. Alzó la cabeza y sus ojos se toparon con unos orbes verdes. Eran brillantes y estaban fijos en ella, eso le cortó la respiración.

—¿Estás bien? —La voz grave del chico llegó a sus oídos y empeoró la situación. Culpaba al alcohol de sus reacciones—. ¿Hola? —Movió la cabeza en un asentimiento como respuesta a su pregunta.

—Ojalá caer siempre sobre alguien tan guapo —comentó, pensando que lo estaba diciendo en su mente. Él rio.

Ethan se había alejado de sus dos amigos y de su amiga cuando quiso ir a la cocina a por otra cerveza. Sin embargo, cuando intentó volver con ellos, unos conocidos de su escuela lo detuvieron a medio pasillo. Por ello se encontraba ahí en el momento justo en el que Alyn tropezó. No lo planeó, simplemente sintió el cuerpo de la chica caer encima del suyo y en un autoreflejo la sostuvo.

—Creo que mañana te arrepentirás de haber dicho eso en voz alta —le dijo con gracia. Notaba que esa chica estaba pasada de copas, aunque no las suficientes como para no acordarse al día siguiente.

—Oh, lo siento —se lamentó, Alyn, al ver que todavía estaba prácticamente sobre él.

Se apartó, dando un paso hacia atrás. Las manos de Ethan dejaron su cuerpo, provocando una extraña sensación en la piel expuesta de Alyn. No obstante, no tardó mucho en volver a poner una de ellas en el brazo de la joven. Un chico pasó por detrás de ella y la empujó levemente, pero fue suficiente como para que se desestabilizara. La tomó del brazo y tiró de ella hasta que chocó contra su pecho, quedando más cerca que antes.

Se sumieron en un silencio en el que solo se miraban, ojos conectados y respiraciones erráticas.

—Tengo calor —saltó, Alyn. Ethan se preguntó, mentalmente, si eso era una indirecta, pero lo descartó al ver como la castaña se alejaba y comenzaba a abanicarse con una de sus manos—. ¡Tengo

una idea! —gritó hacia él—. Vamos a la piscina —sentenció antes de agarrar su mano e intentar moverlo de su lugar.

—Espera —la frenó, causando que esta lo mirara con el ceño fruncido—. ¿Quieres bañarte en ropa interior con alguien que ni siquiera conoces? —cuestionó, a sabiendas de que esa pequeña y bonita castaña no estaba en todos sus sentidos.

Alyn se sentía en una nube, una en la que le daba todo igual. Solo quería divertirse. Gritar, beber, bailar y, en esos momentos, bañarse en una enorme piscina con un guapo desconocido. Estaba completamente anestesiada.

Se irguió delante de él y extendió su pequeña mano.

—Alyn Stewart —se presentó con seriedad, pero se le notaba el tono ebrio en la voz. Eso causó una carcajada en el chico—. Ahora te toca a ti —susurró como si no quisiera que nadie se diera cuenta del supuesto despiste del castaño.

—Ethan Brown —le devolvió el saludo aún riéndose. Estrechó su diminuta mano, sobre todo comparándola con la suya. Ella no la soltó.

—Ya nos conocemos, ahora a la piscina.

Hizo acopio de todas sus fuerzas para tirar de ese cuerpo por todo el pasillo. Ethan se dejó arrastrar, sin poner mucha resistencia, fascinado por la energía y atrevimiento de Alyn.

El jardín se encontraba con más gente de la que ambos pensaban que encontrarían, aunque no superaba al número que se hallaba en el interior. A Alyn no le importó y llevó al chico hasta el borde de la piscina, en la zona más honda. Observó con admiración como el agua se mecía y las ganas de hacer tal locura, que salía completamente de lo que habitualmente hacía, la instó a desnudarse con rapidez.

Estaba siendo la niña que sus padres aseguraban que era, aunque era más justo decir que estaba siendo más ella misma que nunca.

—Vamos —incitó al chico, que se mantenía quieto observando al resto de personas a su alrededor, algunas en el agua—. ¿A qué esperas, Brown?

—Me sorprende que con el alcohol que llevas en tu organismo te acuerdes de mi apellido, con suerte pensaba que te aprenderías mi

nombre.

—Tengo buena memoria —aseguró despojándose de las últimas piezas de ropa.

Era cierto, tenía buena memoria. Al menos cuando sus sentidos no estaban nublados por el alcohol.

Ethan no pudo evitarlo y sus ojos la recorrieron de arriba abajo cuando esta terminó de quitarse el top, quedando en ropa interior. Tenía un cuerpo estándar, no poseía muchas curvas, pero su abdomen estaba plano y con leves marcas que, con un poco de entrenamiento, se podrían transformar en abdominales. Sin embargo, dónde sus ojos se detuvieron más de la cuenta fue en sus pechos, que se encontraban levemente apretados bajo ese sujetador negro.

—¿Me vas a traicionar? —le cuestionó, Alyn, al ver que el chico no se había molestado en quitarse ninguna pieza. Esperaba poder pasar un rato divertido con Ethan, pero no parecía que él quisiera lo mismo—. Eres un aguafiestas.

Esas palabras calaron hondo en la cabeza del castaño, porque si algo no era Ethan era un aguafiestas. Normalmente, si no era algo que pudiera provocar una muerte, se apuntaba a cualquier plan, por más arriesgado que fuera, que le ofrecían. Su pensamiento siempre iba dirigido a hacer lo que quisiera, sin preocuparse más de la cuenta en las consecuencias y mucho menos en el miedo.

Fue por esas palabras soltadas por la chica, que no tardó mucho en despojarse de su ropa y acompañarla al bordillo. Alyn, emocionada y nublada, sonrió ampliamente y soltó un pequeño grito de emoción antes de lanzarse a sus brazos. Sus pieles entraron en contacto y un estremecimiento recorrió ambos cuerpos.

Cuando la chica se separó fijó de nuevo la vista en el agua y sin poder resistirse más se lanzó a ella. El agua la envolvió y la sostuvo en lo hondo varios segundos. Tantos que Alyn se desconectó de todo lo demás, incluso de su propio cuerpo. Sintió como las palabras que habían estado resonando en su mente se borraban, que su cuerpo dejaba la tensión y flotaba al compás de los vaivenes. Se sentía ligera. Libre. Quería quedarse así para siempre.

Se desorientó cuando una fuerza la alzó, provocando que saliera a la superficie. Tosió con los ojos cerrados y no los abrió hasta que el mareo cesó y su cabeza dejó de palpitar. Tras pestañear unos segundos, lo primero que captó fueron esos brillantes ojos verdes, que la miraban con preocupación. Sonrió inconscientemente y se dio cuenta de que Ethan la tenía rodeada con un brazo en su cintura, ya que no llegaba al suelo.

—¿Quieres ahogarte, pequeña loca? —le preguntó con diversión, pero interiormente estaba preocupado.

Tras lanzarse él y volver al exterior, esperó que la chica ya estuviera flotando fuera o incluso que saliera unos segundos después, pero no lo hacía. Se preocupó al recordar el estado de Alyn y se volvió a hundir para sacarla a la superficie. En ese momento se dio cuenta de que no había sido buena idea seguirle la corriente.

—No había problemas ahí abajo —confesó con la voz ahogada. Esa confesión tomó desprevenido a Ethan y tras analizarla unos segundos, dándose cuenta de que no encontraría una explicación coherente, al menos de momento, ya que no la conocía, la guió hasta el borde.

Alyn, ajena a lo que hacía, intentó hacerle ahogadillas al chico, que no dejaba de reír al ver que no lograba ninguna. Cada vez que se la quitaba de encima, ella volvía con más insistencia. La chica se sentía feliz, se estaba divirtiendo. Soltó una carcajada al ver los ojos en blanco que ponía el castaño ante su último intento.

—Estás tiritando —informó él, minutos después, al verla temblar cerca de su cuerpo.

Salió del agua por el bordillo y le tendió una mano para ayudarla. Ya estaba más consciente, como si el bañarse le hubiese hecho recuperar un poco la coherencia. Aun así se atrevió a acercar su cuerpo al del chico, que no dudó en envolverla con sus brazos hasta alcanzar la ropa. La ayudó a ponérsela y después se vistió. Además de que robó dos toallas que se encontraban por ahí para envolver a ambos.

—Gracias —murmuró la chica antes de acercarse a la mesa de *Ping Pong* y apoyarse en ella.

Había vasos colocados encima de la superficie, como si alguien acabará de jugar al *BeerPong.*

—¿Jugamos? —preguntó, Alyn, en su dirección antes de señalar la mesa con un movimiento de cabeza. A Ethan le gustaban los juegos de beber, pero no que ella siguiera bebiendo justo cuando más estable se encontraba—. Vaaaaa, por fiiiiis —insistió agarrándose de su brazo. Le hizo un puchero, que a él le pareció adorable.

Terminó aceptando con la condición de que no serían más de dos partidas. No quería arriesgarse a emborracharse si tenía que coger el coche. Sin embargo, eso nunca llegó a ser un problema. Alyn era pésima, apenas lograba encestar una bola, a diferencia del chico que en más de una ocasión se obligó a fallar para no causar que la castaña se emborrachara más.

Tras dos partidas el alcohol había vuelto a hacer mella en ella. Alyn se sintió ligera de nuevo. Y también más atrevida, más viva. Se lanzó a las espaldas de Ethan cuando lo pilló desprevenido. Este logró cogerla antes de que se cayera hacia atrás.

—¿Qué coño haces? —le preguntó el chico sonriendo. No dejaba de sorprenderle cada vez más.

—¡Quiero bailar! —gritó sin importarle que Ethan se quedara medio sordo. Este soltó un quejido por ello—. Corre, corre. Vamos dentro.

La pequeña loca que tenía a sus espaldas no dejaba de parlotear e instarle a que caminara más rápido mientras él le hacía caso y entraban a la casa de nuevo. Aún se encontraban mojados por lo que su ropa se pegaba a la del otro y cuando la bajó sintió más la separación.

Volteó a verla justo antes de que ella enrollara sus brazos en su cuello y comenzara a moverse. Le siguió el ritmo al instante. Las canciones pasaban de un registro a otro sin control hasta que todas se volvieron movidas. Alyn se dejó arrastrar por el ritmo, movió su cuerpo en saltos, sacudidas y giros, sin importarle no saber bailar. Se sentía tan bien, sin presión en el pecho, sin demonios atormentándola. Simplemente, era ella disfrutando y divirtiéndose.

Love to love you baby de Donna Summer los envolvió causando que sus cuerpos se pegaran y que el baile se tornara más sensual. Sus respiraciones se agitaron y, al juntar sus frentes, se mezclaron.

La melodía, el ritmo y, sobre todo, la letra de aquella canción no ayudaba a mantener sus instintos a raya. Las ganas se apoderaron de ellos mientras sus ojos descendían hasta sus labios. Ideas descabelladas se cruzaron por la mente de ambos. Sin embargo, se lograron controlar.

Alyn no quería nada más que permanecer ahí, moviéndose junto a ese chico que le había alegrado la noche. Deseó que la noche fuera eterna, que el sol no volviera a salir nunca.

Pero no fue así. Su estómago le traicionó y el malestar comenzó a apoderarse de todo su cuerpo. Dejó de bailar y activó las alarmas en la cabeza de Ethan, quien también se dejó de mover al ver que su compañera se frenaba. Esta se giró y apartó con rapidez a la gente para salir del bullicio. El castaño la siguió sin dudar.

—¿Estás bien? —le preguntó cuando la encontró apoyada en una pared, aunque era obvia la respuesta. Ella negó con la cabeza, incapaz de pronunciar palabra. Sentía que si lo hacía vomitaría—. Creo que será mejor que te lleve a casa.

Sin esperar respuesta, pasó su brazo por su cintura y la incitó a caminar. Recorrió gran parte de las estancias. Antes de irse debía encontrar a Kai y avisarle de que se iría. Ella había venido con él y, por lo tanto, tenía que llevarla de vuelta.

Se preocupó al no encontrarla, pero finalmente la halló con los dos patanes que tenía como amigos. Cada uno con su cabeza en uno de los hombros de la chica. Esa escena le hizo gracia, pero en esos momentos tenía algo más importante entre manos.

Tras una breve conversación en la que Kai le confesó que se trataba de su compañera de piso, esta aseguró que no importaba que la llevara y que ella se quedaría un rato más antes de irse a pie. No estaba seguro de dejarla ahí, pero tras una insistencia de la chica accedió.

Alyn sentía que todo le daba vueltas y eso solo causaba que las ganas de vomitar se incrementaran. Apenas podía sostenerse de pie sola y agradeció tener a Ethan ahí. Este sintió que llevarla hasta su coche era una misión demasiado compleja, ya que prácticamente la llevaba a rastras. Pero lo logró.

Tuvo que subirla él mismo, porque el coche era un poco alto y ella no estaba muy estable. Tras ponerle el cinturón que la aseguraba, dio la vuelta y encendió el vehículo.

Durante todo el trayecto, Alyn se mantuvo con los ojos cerrados, intentando controlarse y no empeorar. Todo lo que había sentido horas atrás se había esfumado, aunque había dejado un sabor dulce en sus labios. Por otra parte, Ethan se mantuvo en silencio mientras lanzaba miradas de soslayo a la chica para asegurarse de que estuviera bien.

Al llegar a la residencia, esa que ya se conocía bien, eran casi las cinco de la mañana. Sabía que las demás personas del edificio estarían durmiendo, al menos las que no seguían en aquella fiesta. Entre ellas Matthew, que ya conocía de las veces que había ido a visitar a Kai el año anterior. Si este lo veía ahí a esas horas, ya se podía considerar hombre muerto. Por ello intentó trasladar a Alyn en el mayor de los silencios, pero no habían llegado a las escaleras del interior cuando ella ya estaba soltando quejidos.

—Me… me duelen —anunció con voz pastosa y dejando todo su peso sobre el cuerpo de Ethan.

—Ssh —le ordenó calmadamente y susurró—: ¿Qué te duele?

—Los pies —se quejó.

Ethan se detuvo unos segundos a pensar antes de que la solución apareciera en su mente como por arte de magia. La cargó a caballito, ganándose un grito por parte de la chica, que lo puso en alerta. Deseó que Matthew, desde la habitación que tenía como empleado, no lo hubiese escuchado.

Dio las gracias mentalmente a su amiga por haberle dicho, en una de sus tantas conversaciones, qué habitación tenía ese año porque dudaba que Alyn se acordara en esas condiciones. Ya bastante le costó sacar las llaves de su bolsillo trasero y ofrecérselas aún en su espalda.

Una vez en el interior no se molestó en observar nada de su alrededor, solo se preocupó de acomodar a la chica en su cama y quitarle todo lo que le pudiera molestar, incluida la ropa. Suponía que no habría problema, ya que ella misma se había quedado en ropa interior delante de él horas atrás.

Alyn se acurrucó, sintiéndose en la gloria entre sus sábanas, y Ethan la observó con una sonrisa. Esa pequeña loca le había dado una de sus mejores noches en los últimos años.

—Gracias —murmuró la chica abriendo sus ojos muy poco.

—¿Por qué? —cuestionó este mientras le apartaba un par de mechones de la cara.

—Por no esperar nada de mí esta noche.

Esas palabras escondían más de lo que parecía, pero Ethan no las entendió, así que se mantuvo en silencio.

La vio acomodarse hacia el lado contrario y tomó eso como la señal de que su trabajo ahí había terminado. Se acercó a la puerta y la abrió, pero antes de salir la observó por última vez.

—Adiós, pequeña loca.

CAPÍTULO 6

Decidí enamorarme de la vida.
Es la única que no me va a
dejar sin antes hacerlo yo.
Pablo Neruda

Se despertó cerca del mediodía. Había vuelto a la habitación sobre las ocho de la mañana, entre pasear por el bosque e ir a buscar unos churros, de los cuales se comió la mitad y la otra la dejó en la encimera de la cocina, por si le apetecían a Alyn cuando se despertara. Teniendo en cuenta su estado cuando la vio con Ethan, supuso que unos churros le irían de maravilla.

Lo primero que hizo al levantarse fue recoger la montaña de piñas y piedras que se había llevado aquella madrugada. Estaba tan cansada que al llegar las dejó encima del escritorio, así que las colocó en sus tarros de vidrio pertinentes que tenía expuestos en una pequeña estantería encima de este. Era una afición suya, le gustaba personalizar piedras y piñas para luego poder usarlas como decoración. Lo hacía desde pequeña con su hermana y no había perdido la costumbre desde entonces. Una vez todo estuvo ordenado, salió de la habitación.

Al parecer su compañera todavía no había despertado, pues los churros seguían en el mismo sitio. Abrió sigilosamente la puerta de la otra habitación en la que, efectivamente, Alyn dormía como un tronco y decidió ir a darse una ducha para hacer tiempo, así también conseguiría despertarse del todo. Esta fue bien caliente, le encantaba el agua ardiendo aunque estuviera en pleno agosto. Siempre se evadía bajo el agua, de hecho su nombre le iba a la

perfección. Kai significaba mar en Hawái, puesto que su madre era proveniente de ahí. Podía ser casualidad que le encantara el agua y el quedarse bajo esta durante largos minutos.

Cuando hubo terminado agarró la toalla, la cual había dejado tendida en la puerta de la ducha, y se envolvió con ella cuando oyó pasos por la habitación.

Alyn ya se había despertado.

Se puso unos pantalones de pijama y una camiseta de manga corta ancha. No tenía intención de salir en todo lo que quedaba de día, así que para qué arreglarse. Entonces fue a la cocina con mejor humor, el mismo que estaba a punto de esfumarse.

No esperaba encontrarse a Steve frente a la encimera comiéndose uno de los churros que había traído.

—¡Eh! ¡Eso es para Alyn! —exclamó mientras le quitaba la bolsa de mala gana.

¿Qué cojones hacía allí? ¿Al parecer estaba condenada a verlo por todos lados, igual que a su novia?

—Vivir es compartir —murmuró él acabándose el churro.

Kai lo miró de reojo, pero sin querer darle importancia.

—¿Dónde está Alyn?

—Terminando de salir de la cama. Ella me ha dejado pasar —puntualizó el chico para que no se escandalizara la otra.

—¿Es qué no tienes universidad? —preguntó sarcástica mientras preparaba un café sin apenas mirarle.

—¿Ni tu filtro? —respondió él con el mismo tono mientras se limpiaba las manos.

Ambos se miraban con resentimiento cuando entró Alyn con la mano en la cabeza como si acabara de atropellarla un camión. Kai se acercó a ella y le ofreció una silla para que se sentara.

—¿Café? —propuso.

—Por favor —gruñó.

Le ofreció el café que se estaba preparando y la bolsa de churros.

—He ido a buscarlos esta madrugada mientras volvía, he supuesto que te gustan. —Alyn asintió con la cabeza y le dio las gracias.

—Me duele todo —murmuró sin ánimo.

—Bienvenida a la resaca, amiga —respondió el rubio agarrándola por los hombros. Esta lo miró con una expresión de "suéltame o corre", por lo que Steve se apartó con una sonrisa.

La verdad era que le preocupaba el cómo había llegado hasta la habitación, pero Alyn ya era mayorcita y muchas veces le advertía de que no tenía que controlarla tanto, así que se abstuvo de preguntarle nada sobre la noche. Aunque le hiciera mucha gracia verla en aquel estado.

—Ya era hora de que te comportaras como una adolescente normal —le susurró esbozando una sonrisa pícara.

La castaña frunció el ceño, pues no estaba para ironías aquella mañana.

Después del desayuno, Alyn fue a darse una ducha, la cual necesitaba con apuro. Steve se quedó en la cocina terminando de leer el periódico que se había comprado. Le gustaba leer las noticias sobre fútbol y estar enterado de las clasificaciones de la NFL. Además, la semana que viene volvería la NCAA y tenía que empezar a prepararse.

Kai también estaba allí, limpiando los dos vasos de café que habían usado. Por lo que se puso a tararear *Dancing Queen* de ABBA. Aquel murmullo le molestaba a Steve, ya que no podía leer tranquilamente, aunque supuso que la chica lo estaba haciendo a propósito para que se fuera. Y no se equivocaba, pero no iba a rebajarse a su nivel.

—Ya me advirtió Emily de tu incapacidad empática —soltó sin apartar la mirada del periódico y sin pelos en la lengua.

—Y a mí Ethan de tu capacidad para crear discusiones —se la devolvió mientras se secaba las manos.

El rubio soltó una pequeña carcajada al oír el comentario. Era consciente de que el hermano de su novia no lo tenía en alta estima, de hecho era mutuo. Para ojos de él, Ethan no era tan perfecto como quería hacer ver.

—No, si ya lo dice el dicho —murmuró Steve pasando la página.

—¿Qué dicho? —preguntó con tono cansado.

—Ninguno, no te lo he dicho —terminó, haciendo referencia a la película del Rey León, la cual se había estrenado aquel mismo verano y había ido por lo menos cinco veces al cine a verla con su mejor amigo Lorie.

—Eres tan gracioso —ironizó volviéndose hacia él—. ¿Cómo era…? Ah, sí. Hakuna Matata, vive y deja vivir.

Dicho eso se marchó de la cocina porque no tenía nada más que hacer allí y no quería seguir teniendo aquella cutre conversación que no le llevaba a ninguna parte. Prefería tumbarse en la cama y leer.

Más tarde, cuando Steve se fue, las dos chicas estuvieron de acuerdo en pedir pizza a domicilio y pasar la noche, antes de empezar las clases, juntas, ya que desde que se conocieron no habían tenido la oportunidad.

Estaban en la cocina, Kai sentada encima del mármol de la encimera y Alyn sentada en la misma silla en la que se tomó un café horas antes.

—Queens es bonito, este verano fui con mi antigua compañera a pasar el día. Los bocadillos son flipantes —puntualizó Kai dándole un mordisco a su pizza.

—Sí, bueno. No está mal, aunque supongo que lo tengo muy visto. Pero no niego que los bocadillos están realmente ricos —dijo esto último entre risas.

—¿Y toda tu vida has vivido allí?

—Desde que tengo uso de razón, de hecho mis padres también. Aunque tengo una abuela proveniente de España. ¿Y tú?

—Nosotros no. Nos mudamos a Brooklyn cuando yo tenía diez años, antes vivíamos en Honolulú, mi madre es de allí.

—¿Y por qué os mudasteis? Si no es mucha intromisión. —Entonces notó como los ojos grises de la chica se desviaban para mirar hacia otro lado con la expresión un poco seria.

—A mi hermana mayor le detectaron cáncer infantil. Los tratamientos eran mejores en Nueva York. Para mis padres era más cómodo hacerse cargo de Alana. Mis abuelos me cuidaban de mientras, o sea los padres de mi padre, y para cuando todo terminó

mis padres ya tenían trabajo estable aquí, así que optaron por quedarse, aunque solemos ir a Hawái a veces.

—Vaya, lo siento. —Debía ser muy duro hablar de un tema así, por suerte para Alyn no se había encontrado nunca en una situación parecida y esperaba no hacerlo—. ¿Pero está bien? O sea, quiero decir, si ya…

—Murió —le interrumpió con voz afable. Kai entendía que hablar de ello era chocante y sabía que su compañera no quería decir nada hiriente—. Hace cinco años. De hecho, la semana que viene hará cinco años. Pero no pasa nada. Es obvio que duele, nos queríamos mucho. Pero hay que seguir viviendo y me propuse hacerlo por ella. Por lo que nunca pudo vivir.

Alyn pensó en Lena y en lo mucho que la quería, jamás desearía que le ocurriera algo así por muy insoportable que fuera a veces. Entonces recordó la despedida y lo mal que le supo dejarla en casa, pero no debía sentirse culpable, ella había tomado la decisión correcta.

Kai, que odiaba los temas tristes, le preguntó por los gustos musicales y esto derivó a las películas y a la lectura, terminando por hablar sobre que colores quedarían bien en la habitación si pudieran decorarla a su gusto. Se volvió una conversación de lo más cómoda y ella pudo evitar seguir mostrando su lado sensible.

A la mañana siguiente empezaban las clases, el primer año le había ido estupendamente y deseaba que este no fuera menos. Tampoco tenía miedo, la arqueología le fascinaba desde pequeña, así que no se le hacía difícil atender en clase y aprobar. Pero antes de acostarse tuvo la necesidad de sacar una caja mediana de color naranja que guardaba debajo de la cama. Aquel objeto era de las cosas más importantes de su vida, eran los recuerdos de Alana.

La abrió.

Sacó la pequeña figura de una ardilla, una foto de ambas cuando eran pequeñas, la letra de *Sweet Child O'Mine* de Guns N'Roses, la canción favorita de su hermana, entre otras cosas. Y una vez estuvo

todo fuera, solo quedaba una cartulina morada doblada. Esta era una lista con el gran título de: *15 Cosas que haré en la Universidad.*

El legado más importante que le había dejado su hermana, pues desde que esta empezó en Columbia, punto número uno de la lista, se las había ingeniado para cumplir las quince. En primero pudo tachar cuatro, así que este curso trataría de seguir con ello.

Quería mantener a Alana viva, a su lado, en su mente y quería cumplir lo que ella no pudo, aunque le pudiese costar caro en algún momento.

CAPÍTULO 7

Si te hizo feliz, no cuenta como error.
Bob Marley

Alyn salió de ese edificio que era su universidad casi una hora después del fin de su horario lectivo. Se había entretenido en la biblioteca, donde fue en busca de un par de libros que creía que llegaría a necesitar durante ese semestre.

Frenó a unos metros de distancia de la puerta principal y sacó del bolsillo pequeño de su mochila una bolsa de M&M's. Desde que tenía memoria había estado enganchada a esos dulces, tanto que durante unos años de su infancia sus padres le prohibieron consumirlos. Fue la única regla que quebrantó, los comía en secreto gracias a su abuela.

Iba adentrando pequeñas bolas en su boca, apartando las de color rojo. Sus favoritas. Por ello las dejaba para el final.

Según su horario, solo tenía media hora para llegar al taller donde su coche había estado las últimas dos semanas. Le habían retrasado la recogida de este por un pequeño error, al cual ella le restó importancia. Al fin de cuentas en esos momentos no lo necesitaba mucho.

—Yo que creía que no te volvería a ver, pequeña loca —una voz masculina, a sus espaldas, causó que detuviera sus primeros pasos y volteara.

Ante ella se encontraba Ethan, que había ido hasta la entrada de la universidad en busca de su amiga, Kai. No esperó encontrarse con la castaña que varios días atrás le incitó a tirarse a una piscina en ropa interior. Sin embargo, a diferencia del chico, ella no lo recordaba de

nada. Había tenido un lapsus total de aquella noche, hasta el punto de que lo último que recordaba era haberse sentado en un sofá. Después de eso todo era negro.

—Creo que te has equivocado —intentó esquivar la conversación y retomó su camino.

—Te aseguro que no —sentenció el chico parándose delante de ella, impidiéndole que siguiera caminando. Eso puso un poco nerviosa a la chica. Tenía cosas que hacer y este desconocido le descuadraría la agenda—. Alyn Stewart —la nombró, como si eso fuera una prueba de que la conocía.

Funcionó.

La ojiazul lo observó confusa, sin comprender en que momento se había cruzado con ese chico. Lo analizó de los pies a la cabeza. No podía negar que era atractivo, pero más allá de eso no había nada que le resultara familiar.

—¿De qué me conoces? —preguntó mientras se llevaba otro puñado de M&M's a la boca. Los masticó con nerviosismo. El castaño se dio cuenta en ese momento de que Alyn no se acordaba de él y no porque estuviera fingiendo.

—De la fiesta del otro día.

—Explícate —exigió saber con suavidad.

—No creo que sea conveniente que cuente esas cosas en público, pequeña loca —respondió con una sonrisa pícara y en un tono bajo y provocativo.

Algo se resquebrajó en la cabeza de Alyn. Sus ojos se abrieron, sorprendida, y su respiración comenzó a agitarse ante la idea de haberse acostado con él, con un simple desconocido en general. No, no, no. Eso no podía haber pasado, se negaba a creerlo.

Ethan vio la reacción que sus palabras le habían causado y no pudo seguir con la falsa. Una carcajada se le escapó de los labios. La chica lo miró sin comprender.

—Es broma —confesó aún entre risas. Alyn lo miró enfurecida.

—Muy gracioso —ironizó—. Tengo prisa.

Lo esquivó para seguir su camino, a ese ritmo iba a llegar tarde a por su coche y entonces todo lo demás se retrasaría. No quería

saber nada de esa noche, ni siquiera preguntó a Steve, ni a Kai. Les obligó a no mencionar esa fiesta.

—Ey —la frenó, confuso—. Solo era una broma, no hace falta ponerse así. ¿Dónde está la Alyn Stewart que se cayó sobre mí y me llamó guapo a los dos segundos? —quiso quitar hierro al asunto con eso, pero solo empeoró.

—¡¿Qué yo qué?!

—¿De verdad no te acuerdas de nada? —cuestionó. Tenía la esperanza de que conservara algún fogonazo. Ella negó. Él carraspeó.

Ethan no dudó en explicarle todo lo que había ocurrido aquella noche, aunque de forma resumida. Incluyó el hecho de que la dejó en su habitación, sin mencionar a Kai, y que tuvo que quitarle la ropa para que estuviera cómoda. Eso último causó una presión en el pecho de Alyn.

—Dios, dios, dios —se lamentó retrocediendo unos pasos mientras que el chico la miraba con una sonrisa divertida.

Estaba esperando a que ella soltara una carcajada al saber lo que hizo aquella noche o incluso un agradecimiento amistoso acompañado de uno de sus abrazos, como cuando se lanzó a él cuando aceptó tirarse al agua. Pero nada de eso llegó.

La mente de Alyn trabajaba a mil por hora. No dejaba de pensar en todas las cosas malas que hizo esa noche y de las cuales ahora se arrepentía. Nunca tendría que haber ido a esa fiesta, ni beber y mucho menos terminar con ese chico llevándola a su habitación.

—Mira —se irguió delante de él, intentando mantener el control que siempre la caracterizaba—, lo siento mucho. Siento todo lo que hice esa noche.

—No tienes que disculparte, fue divertido —contestó confuso. Esperaba otra reacción.

—Fue un error —corrigió. Ethan no la entendía, se estaba comportando tan distinto—. El caso es que te agradezco que me llevaras a la residencia y me cuidaras, fue un acto muy considerado de tu parte. —Miró el reloj que le había regalado su padre por su cumpleaños antes de alisarse la falda escocesa, roja y negra—. Ahora debo irme. Ha sido un placer.

No lo sintió como tal, no teniendo en cuenta todas las cosas que le había contado. Aún no asimilaba que ella misma hubiese sido capaz de comportarse de esa manera y encima con un simple desconocido.

—Alyn —la llamó cuando ya se había alejado unos pasos. Esta se volteó—. El placer es mío. —Ethan sonrió, encantador.

Desorientada, se volvió a girar y esa vez no hubo nada que la detuviera.

Caminó con rapidez, alejándose de él. Su mente ya estaba saturada después de su primer día de clases, que consistió en una charla de cuatro horas con el profesor que les daría la única asignatura de los martes. Pero parecía que la vida quería meterle más cosas en la mente.

Durante el trayecto no dejó de intentar recordar algo de esa noche, pero resultó en vano. Ni una palabra, ni imagen, ni nada. Todo era negro.

Apartó cualquier tipo de pensamiento en cuanto llegó al taller y se centró en recuperar su precioso coche. Había extrañado tanto a su Volkswagen Corrado, aunque no lo hubiese necesitado, que cuando lo tuvo delante acarició el capó, de color rojo, con suavidad. Se sintió tan bien una vez se situó detrás del volante, recorriendo las calles de Nueva York como si hubiera recuperado el control de algo que hacía unos minutos había perdido. Siempre amaba conducir, le trasmitía paz.

Llegó con el tiempo justo a su siguiente destino.

Al traspasar la puerta de ese bar-restaurante no hizo falta que se esmerara en encontrarlos, ellos solos desvelaron su ubicación con sus gritos. No le sorprendió, siempre estaban igual.

—¿Por qué discutís esta vez? —cuestionó la mayor tomando asiento delante de ambos. Estos apartaron la mirada del otro y la clavaron en la castaña, que los miraba con una sonrisa divertida.

—Este pesado de mierda no deja de insistir con que le presente a Kylie —respondió la otra chica.

—¿Quién es Kylie?

—El amor de mi vida —contestó, esta vez, el chico. Con ese comentario provocó que su hermana saltara de nuevo y se

enzarzaran de nuevo en una discusión. Al menos, Alyn, logró captar que Kylie era una compañera de literatura de la chica.

Hayden Nicholas y Hailey Nicole eran los mellizos más diferentes e iguales a la vez que podrían existir. Además de compartir la semblanza de sus dos nombres, también compartían la mayoría de sus gustos, entre ellos cosas como su color de pelo. Ambos se habían teñido mechas rosas en el cabello e iban a la par. Sin embargo, llegaban a discutir por cualquier cosa de las cuales no tenían en común. Eso demostraba que a veces eran muy distintos y otras muy parecidos.

—¿Qué tal el primer día de clase, Evo? —le preguntó, Hayden, ignorando el último comentario de su hermana. Esta puso los ojos en blanco.

Alyn lo miró con desprecio ante el uso del apodo de su segundo nombre. No es que lo odiará, no era un mal nombre, pero no le gustaba que lo utilizaran, prefería Alyn.

—Aburrido —sentenció—. El profesor de Taller Integral se ha pasado hablando sobre lo que haríamos este trimestre durante las cuatro horas que ha durado la clase.

Llegó a su mente el encuentro con ese chico de ojos penetrantes, del cual no se molestó ni en preguntar el nombre. Decidió no mencionarlo, era mejor olvidarse de todo lo que tuviera relación con esa noche.

En un principio había pensado que fue Steve quien la había llevado hasta su residencia, pero como no quiso saber nada de esa noche, vivió esos días con una suposición errónea.

Se centró en sus dos amigos, no dejaban de hablar sobre sus primeras clases y ella los escuchaba con atención. Comieron juntos entre conversaciones triviales y risas compartidas. Adoraba a esos dos desde que los conoció con tan solo cuatro años.

—¿Y el viernes? —insistió, Hayden. Intentaban buscar un día para ir a tomar unas cervezas, pero la mayor tenía demasiadas tareas ya organizadas.

—Imposible —respondió tras dar un repaso mental a su calendario —. Tengo que leerme un libro de arquitectura y hacer un resumen de él. Además de hacer la colada de la ropa de color.

—Me sorprendería que estuvieras planificando los apuntes de una asignatura que aún no has empezado, si no fuera porque eres tú —comentó Hailey, poniendo los ojos en blanco. Alyn sonrió con culpabilidad.

Finalmente, acordaron verse la semana siguiente, ya que iba a estar ocupada todo el fin de semana. Tras despedirse, los mellizos se fueron en el coche de Hailey, mientras que ella se adentraba en el suyo para poner rumbo a la residencia. Había sido un primer día agotador. Quería llegar, leerse los dos capítulos de su libro de diseño, ese que empezó la noche anterior, y después organizar todo lo necesario para el día siguiente. Entonces podría descansar.

Saludó a Matthew cordialmente antes de subir hasta su piso. Abrió la primera puerta y vio como la que correspondía a Kai se encontraba entreabierta, de ella salía luz. Como supuso que se encontraría dentro, probablemente haciendo alguna cosa importante, prefirió no interrumpir. Se dirigió directamente a la suya.

Con tan solo dar un paso dentro, pegó un corto, pero alto grito, al mismo tiempo que retrocedía de nuevo. Apoyó su mano derecha en el marco de la puerta y la otra en su pecho, sintiendo como su corazón bombeaba a toda velocidad. No esperaba su presencia en su habitación, tumbado sobre la cama mientras observaba el techo. Aunque en esos momentos la estaba mirando a ella con una sonrisa ladeada.

—¿Cómo…? ¿Tú…? —tartamudeó, aún agitada por el susto.

—Hola —se limitó a saludar, Ethan, sin dejar el tono encantador que le caracterizaba.

—¿Cómo has entrado? —cuestionó la castaña, confusa.

Aún se mantenía en el umbral de la puerta y lo miraba como si fuera un espejismo, una mala jugada de su mente que esperaba que desapareciera pronto. Pero era muy real.

—Tengo mis trucos —bromeó encogiéndose de hombros al tiempo que se incorporaba. Quedó sentado en el borde de esa cama individual. Ante el ceño fruncido de la chica decidió explicarse—: Conozco a tu compañera de habitación.

—¿A Kai? —Ethan asintió—. ¿De qué?

—Digamos… que es largo de explicar.

—¿Y ella te ha dejado entrar aquí?

Estaba comenzando a molestarse con su nueva compañera, no tenía ningún derecho a dejar entrar a nadie a su habitación y menos sin consultárselo. Odiaba que alguien, sin su permiso, estuviera entre sus cosas. No quería que desordenaran toda su organización.

—Ha salido un momento y, técnicamente, debería estar esperándola en su habitación. —El castaño se volvió a encoger de hombros, como si no fuera algo importante—. Soy un alma libre, no suelo seguir las órdenes.

—Ya veo —murmuró, intentando calmarse. Siempre afrontaba todo con serenidad y no quería que esta fuera la excepción.

Por fin se adentró a su habitación, con pasos lentos, y llegó hasta la mesa del escritorio. Dejó la mochila sobre la silla antes de girarse hacia él con una sonrisa forzada. No quería volver a perder su tiempo con este chico.

—Mira… em…

—Ethan —respondió, reteniendo una risa—. Menos mal que me aseguraste que tenías buena memoria, sino no te creería—. Fue entonces cuando rio, pero Alyn tampoco se acordaba de que hubiera dicho eso, ni siquiera le sonaba.

—No te gustarán las órdenes, pero esta es mi habitación y aquí mando yo —dijo sosegadamente—. Así que, por favor, necesito que salgas. Tengo varias cosas que hacer y no me gustaría perder tiempo. Gracias. —Se giró, esperando que el ojiverde abandonara la habitación sin añadir nada más. Se equivocó.

—Ya me he dado cuenta de que estás ocupada —comentó, causando que Alyn lo mirara por encima de su hombro. Él señaló el calendario ordenado de manera minuciosa, que se encontraba en la pared frente al escritorio—. Minuto a minuto.

Solo me gusta tener todo bien organizado.

—A un nivel psicótico.

Ese simple comentario causó una pequeña explosión dentro de la chica. Era su vida y la organizaba como ella quería, como debía hacerlo. Y le molestaba que un simple desconocido le tratase de psicótica sin conocerla. Sin embargo, respiró hondo.

—Puede, pero soy feliz así.

Ethan hizo una mueca con sus labios mientras se ponía en pie. Alyn se ilusionó pensando que al fin abandonaría su habitación. En cambio, el castaño se paró en medio de la estancia y la observó de arriba abajo antes de posar sus ojos en todo su orden: calendarios diarios, semanales, mensuales; horarios iguales…

De sus labios asomó una sonrisa ladina, pero encantadora.

—Paso por ti el viernes a las ocho —sentenció antes de darse la vuelta. A la castaña le pilló desprevenida esas palabras, por lo que tardó unos segundos en reaccionar y llamarlo.

—¿Qué dices? No pienso ir a ningún lado con un desconocido.

—Tú misma nos presentaste en la fiesta y aseguraste que ya no lo éramos —contestó divertido—. Ponte algo cómodo —la analizó de arriba abajo— y que quieras de verdad.

La mente de Alyn no fluía, se encontraba en un bloqueo, uno muy confuso.

—Tengo cosas que hacer —fue lo único que salió de sus labios cuando el chico ya se encontraba en el umbral de la puerta.

La observó por encima de su hombro. Sus ojos conectaron y la chica sintió la intensidad de su mirada. Tenía unos preciosos ojos verdes que podían dejarla sin respiración.

—Lo sé.

—No pienso ir —afirmó, aunque el tono no demostró tanta seguridad como deseó.

—Nos vemos el viernes, pequeña loca.

Ethan le dedicó una última sonrisa antes de salir completamente de su habitación y entrar en la de Kai. Alyn se quedó estática en su lugar por lo que parecieron minutos, hasta que reaccionó. Agitó la cabeza y se acomodó de nuevo el pelo. Soltó un bufido antes de centrarse en lo realmente importante.

—Espera sentado, Ethan —sentenció.

CAPÍTULO 8

Estás entre lo que quiero tener
y lo que me da miedo tener.
Marilyn Monroe

Cookie's era una cafetería con temática de los 60's. Estaba a diez minutos andando de Columbia y era muy frecuentada por estudiantes de las universidades de alrededor. Kai trabajaba allí desde el curso anterior, aunque solo lo hizo durante el período de clases, en verano lo dejó y ahora había vuelto. Era un acuerdo que tenía con la jefa.

A ella no le hacía falta trabajar, pero se sentía mal por tener que depender del dinero de sus padres y suficiente con que ya le pagaban la universidad, por lo menos con el dinero del trabajo podía permitirse algunos caprichos. Además, tampoco le funcionó tan mal el curso anterior. Por la mañana estudiaba y por la tarde trabajaba de cuatro a ocho, de lunes a jueves. Tampoco era muy agobiante, muchas veces se encontraba con amigos que venían a verla y así se le hacía más amena la tarde. Entre Harriet y Ethan el local parecía un confesionario, a veces.

Era jueves y el inicio de las clases le sentaba espectacular, Kai era una de esas personas que necesitaba hacer cosas todo el tiempo, sino se aburría. Durante la semana había estado con su nueva compañera, cenaban juntas y luego, a veces, veían alguna película que daban por la televisión. También había quedado con Ethan alguna vez, el cual tenía la escuela a media hora en coche, aproximadamente.

Aquella tarde recibió la visita de Harriet, su antigua compañera de habitación. A Kai le encantaba Harriet, siempre estaba de buen humor y no tenía pegas para nada. Por no hablar de su extravagancia cuando vestía o se peinaba su cabello rubio que le llegaba por la cintura, era una persona con mucha esencia y era de esperar que alguien, como era Max, se enamorara locamente de ella.

Mientras Kai preparaba unos batidos en la barra, su amiga empezó a hablarle sobre las últimas noticias en su relación, a lo que ella escuchaba por muy igual que le diera.

—¿Pero puedes creer que los hombres son así de básicos? Yo le compré una chupa de cuero, pero no una cualquiera. Era La Chupa de Cuero, la que él quería. Y va él y me regala una caja de bombones con una nota romántica —se quejaba indignada.

—Yo no veo el problema —respondió Kai.

—Ni yo tampoco, pero yo también quería una chupa de cuero para ir a conjunto con mi novio.

—Bueno, en ese caso, díselo y quizás te la compre.

—Sí, claro, y ya de paso le doy mis medidas.

—Creo que esas ya se las sabe —murmuró sarcástica.

Su amiga se dio unos segundos para introducir la pajita del batido de fresa en la boca. Luego pareció darle un subidón y prosiguió.

—Hablando de medidas. El otro día estábamos en la cama y se la sacó, claro está. Pues total que…

—No necesito la información que vas a darme —la cortó mientras ponía nata decorativa encima de un batido.

—Créeme que sí —susurró Harriet mientras acercaba su cara a la de su amiga.

—Créeme que no —susurró de vuelta con una falsa sonrisa mientras levantaba la mirada.

En aquel preciso instante la suerte de la morena finalizó. Steve y Emily, las dos personas que Kai deseaba ver a todas horas, entraban por la puerta, acurrucados.

Notó como la chica con californianas rubias la miraba esbozando una sonrisa malvada. Emily sabía de sobras que trabajaba allí, el curso pasado ya le había hecho alguna encantadora visita. Solo que nunca antes había aparecido con su novio.

Harriet resopló al verla. Tampoco la tenía en alta estima.

—¿Cómo alguien tan estupendo como Ethan puede tener a IT como hermana?

—No es pelirroja —puntualizó Kai.

—Ya, pero se ríen igual.

Ambas rieron dirigiendo su mirada hacia la presa. Esta se había sentado en una pequeña mesa con su pareja. Los dos estaban hablando y ella sonrió de repente. Las dos chicas fingieron un escalofrío al verla y siguieron a lo suyo. Pero Kai debía ir a tomarles nota.

—Suerte —dijo su amiga antes de que fuera directa al campo de batalla.

La verdad es que la necesitaba y la tuvo. Emily fue irónica como siempre, pero no dijo nada fuera de la típica de "Oh, ¿vuelves a trabajar aquí?". Aunque hubo dos frases nuevas: "He venido con mi novio" y "Procura no tardar mucho, hoy es nuestro día". Pero no era diferente a lo que esperaba de ella. Sin embargo, Steve ni siquiera la miró, se limitó a dejar que Emily pidiera por los dos.

Mejor, tampoco lo aguantaba mucho.

Cuando volvió a la barra empezó a preparar la comanda, intentando que el asco que sentía hacia aquella mesa no pudiera con ella.

—Tranquila, ardillita —apaciguó Harriet que seguía allí sentada.

—Es que me jode tanto. Me mira como si fuera su esclava —se quejó a baja voz.

—No es solo contra ti, es su mirada.

Kai no dijo nada y siguió preparando el batido doble de frutos del bosque para la pareja.

—Y al parecer se ha cambiado de lío —puntualizó Harriet, la cual miraba de forma poco disimulada a la pareja.

—Ese es Steve, su novio. —La rubia abrió los ojos como platos—. Se ve que llevan tres años juntos.

—¡Venga ya! ¿Cómo es posible que nunca antes hubiéramos sabido de su existencia?

—Es algo que yo también me pregunto. Alguna vez, Ethan me comentó algo sobre una supuesta pareja de Emily, pero nunca le dí

mucha importancia, teniendo en cuenta su actitud frente a los otros chicos.

—¿Pero este chico sabe que…? —Comenzó a gesticular unos cuernos encima de su cabeza, a lo que Kai no pudo evitar una carcajada silenciosa.

—Me temo que no.

—Qué lástima de chico, es bastante mono la verdad. Podrías ligártelo.

—¡Harriet Macy White! —advirtió escandalizada.

—¿Qué? No me vas a negar que está tremendo y que no te importaría que te empotrara.

—Que fina eres.

—Perdón, quería decir que no te importaría que te irrumpiera el himen. ¿Mejor así? —Esbozó una breve sonrisa sarcástica. Kai suspiró volviendo los ojos.

Resumidamente, pasó los cinco siguientes minutos oyendo como su amiga le incitaba a que buscase un chico durante aquel curso y que saliera por fin de la burbuja. Harriet empezó a nombrar a conocidos de ambas, tanto amigos de su novio Max como amigos de Ethan, hasta a este mismo. Pero a todo respondió con un "Eeeeew" o "¿Pero tú estás majara?".

—Bueno, pues si no es por las buenas, será porque lo digo yo. Mañana hay partido…

—No —declaró. La chica la miró esperando una respuesta a su negación—. Ya sé lo que pretendes y no. Paso de ir al partido y luego salir de fiesta. Sabes que no me gusta.

—Pero, Kai, ni siquiera juega Harvard. Y no quiero ir sola con Max y sus amigos. Ellos entienden demasiado y yo me aburro. Porfa, ven —suplicó con ojos de cachorro degollado.

No iba a ceder tan fácilmente, ya estaba acostumbrada a que hiciera eso. Hasta que empezó a emitir llantos de cachorro.

—¡Harriet! —advirtió—. ¡Harriet, para! —Pero la rubia cada vez subía más el volumen—. ¡Harr… UUUUGHHHH! ¡Vale, cállate! Iré —declaró al fin, lo que provocó un pequeño grito de victoria de su amiga—. Pero te tocará aguantar mi mal genio.

Harriet respondió con un saludo militar y dieron por finalizada aquella conversación.

Kai sabía que aquel viernes no iba a ser un buen día. Era el aniversario de la muerte de Alana y desde luego no quería pasarlo en un partido de fútbol americano. Por mucho que no jugara Harvard, le traía malos recuerdos igual.

CAPÍTULO 9

El problema es que buscamos a alguien con quien envejecer, y realmente hay que encontrar a alguien, con quién seguir siendo niños.
Charles Bukowski

El ruido se alzó sobre el silencio de toda la estancia y llegó hasta sus oídos que fueron torturados. Ethan apretó los ojos, molesto, antes de abrir solo uno de ellos. La luz tenue se colaba por la ventana y creaba leves sombras con cualquier objeto, aunque apenas se percibían por la poca fuerza del sol, estaba atardeciendo. La que él vio, al incorporarse un poco, fue la del caballete.

Localizó el teléfono, que había subido del piso inferior horas atrás, y lo atrapó para volverse a tumbar en ese frío y manchado suelo. No se molestó en mantener los ojos abiertos cuando contestó.

—¿Diga? —su voz salió más ronca de lo normal, por lo que carraspeó.

—Hola, cariño. —Sonrió al reconocer la voz de su madre al otro lado. Soltó un sonido perezoso al tiempo que se estiraba para destensar los músculos—. ¿Estabas durmiendo?

—Digamos que hace un rato que cerré los ojos en busca de inspiración —observó el lienzo en blanco sobre el caballete— y…

—Te has quedado dormido en el suelo de tu estudio. —Adoraba que su madre llamara así a esa pequeña buhardilla.

—Efectivamente.

—¿Desde cuándo llevas buscando la inspiración, como tú lo llamas?

—No lo sé —respondió frotándose los ojos—. ¿Qué hora es?

—Las siete y veinte.

El cuerpo de Ethan se elevó de golpe, quedando sentado sobre la madera del suelo que crujió por su movimiento repentino. El chico maldijo entre murmullos que alcanzaron el oído de su madre.

—¿Qué ocurre, cariño?

—Nada —se lamentó, levantándose—. Es solo que he quedado para ir a ver el partido de fútbol y ahora me tengo que dar prisa. —Empezó a recoger, superficialmente, su lugar de trabajo—. Por cierto, mamá, ¿por qué llamabas?

—Solo quería saber cómo te había ido la primera semana de clases.

—¿Me vas a preguntar si he hecho amiguitos nuevos? —se burló en broma, causándole un bufido a la mujer. Este rio—. Bien, mamá, todo como siempre.

—Me alegro. ¿Y el trabajo?

—Ya os comenté que no empiezo hasta dentro de dos semanas, están remodelando un par de salas.

Terminó de recoger y dejó la ventana abierta para que se ventilara un poco. Bajó las escaleras aún con el teléfono en el oído.

—¿Ya has llamado a Emily? —cuestionó el castaño adentrándose al baño.

Se observó en el espejo. Tenía la mayoría de la cara manchada, al igual que sus manos y brazos. "¿Cómo narices me he manchado si el lienzo estaba en blanco? No debería haberme quedado dormido al lado de la pintura fresca.", pensó.

—Sí —respondió su madre con algo oculto en la voz—. Me ha dicho que le ha ido bien, pero que no podía hablar mucho porque se iba con su novio.

—Mamá, confía en ella —le comentó con suavidad—. Sé que es joven, pero sabe lo que hace. Además, no creas que no quiere hablar contigo por ir a follar…

—¡Ethan! —le riñó. El nombrado soltó una carcajada.

—Steve juega hoy —continuó, ignorando el regaño—. Es el mismo partido al que voy yo.

—No me molesta eso, es solo que… —suspiró— no es como tú a su edad.

—Y eso no es malo, ninguno somos iguales. —Ethan encendió el agua de la ducha para que se calentara—. Recuerda las palabras de

los abuelos, mamá.

—Cierto.

—A veces pienso que vivir aquí te ha vuelto demasiado cosmopolita —bromeó, provocando una risa en la mujer—. Siento decirte esto, mamá, pero debo dejarte. Me tengo que duchar ya o no llegaré a tiempo.

—Está bien, cariño —aceptó—. Saluda a Peter y a Ryan de mi parte. —El chico hizo una mueca.

—No es con ellos con los que he quedado.

—Pues a Kai, dale un beso mío.

—Tampoco es Kai.

—¿Entonces? —cuestionó, confusa.

—He conocido a una chica —confesó empezando a deshacerse de la camiseta.

—¿Una… chica?

—Sí, y me encantaría seguir hablándote de ella, pero si no cuelgo y me ducho llegaré tarde a recogerla.

Su madre asintió antes de despedirse y dejar a su hijo con sus quehaceres. Tenía los minutos justos para prepararse. El tiempo corría a contrarreloj.

Cuando se adentró en su Jeep le quedaban veinticinco minutos. Supuso que Alyn no se lo pondría tan fácil como para estar esperándolo en la puerta, por lo que tampoco le preocupó el hecho de llegar unos minutos tarde.

La chica, ajena a lo que ocurría a su alrededor, volvía del cajero pensando en la charla que había tenido con los mellizos el día anterior, mientras tomaban unas cervezas. Iba tan metida en sus pensamientos que no se percató del vehículo aparcado delante de la puerta y mucho menos del chico que estaba apoyado en este.

—Llegas tarde —habló, Ethan, elevando un poco la voz para captar su atención.

Alyn se dio la vuelta con rapidez al escuchar esa voz. No podía creer lo que sus ojos estaban viendo. Se había olvidado

completamente de las palabras que el ojiverde le había dicho días atrás. Y ahora lo tenía delante, a unos metros, cumpliendo con ellas.

—Mira que yo no soy de respetar la puntualidad —continuó, despegando la espalda de la superficie y adelantándose un par de pasos—, se lo puedes preguntar a Kai. Pero tú me ganas. —Observó su reloj—. Veinte minutos tarde.

—No puedo llegar tarde a un lugar al que no pretendo asistir —se atrevió a decir.

—¿Me vas a dejar plantado? —cuestionó, fingiendo un puchero—. No creía que fueras tan cruel.

—Ethan, ya te dije que no iría. Estabas advertido.

Como si esa conversación le cansara, dio media vuelta y retomó su camino hacia el edificio. Estaba segura de que había logrado su objetivo.

—Muy bien, tú lo has querido —susurró, viéndola marchar. No iba a dejar que se saliera con la suya tan fácilmente.

Todo sucedió en un abrir y cerrar de ojos. Ethan caminó a grandes zancadas hasta que alcanzó a la joven y detuvo su caminata al ponerse enfrente. Alyn lo miró sorprendida, pero no le dio tiempo a reaccionar de cualquier otra forma cuando ya se encontraba boca abajo, sobre el hombro del castaño. Un grito se le escapó de la garganta mientras el mayor se daba la vuelta y retrocedía sobre sus pasos.

—¡¿Qué haces?! —gritó histérica—. ¡Suéltame! —La ignoró—. ¡Ethan, suéltame!

Ella no dejaba de patalear, intentando soltarse del agarre, pero era en vano, pues no tenía la fuerza suficiente. Sin embargo, Ethan alcanzó la puerta de copiloto y desbloqueó el coche antes de adentrar a la chica. Sintió que se le había hecho más fácil esta vez que no cuando iba borracha.

Alyn vio su oportunidad de escapar en el momento en el que el chico cerró la puerta de su lado. No obstante, él no era tonto y puso los seguros antes de que ella alcanzara la manija. Se situó detrás del volante y la miró con una sonrisa.

—¡Tú estás loco! —le gritó Alyn. Eso le divirtió—. Déjame salir. —Intentó, sin éxito, abrir la puerta.

Ethan puso la llave en el contacto, pero no la giró. Esperó a que se tranquilizara, antes de arrancar debía pedirle que se pusiera el cinturón. Esta respiró hondo y lo miró con una calma fingida.

—Ethan, yo aprecio mucho tu intento de entretenerme —mintió y el castaño frunció el ceño—, pero no pue…

—Ponte el cinturón —le pidió, sosegadamente. No quería parecer agresivo, mucho menos después de haberla cargado como un saco de patatas.

—No.

—Si no te lo pones y tenemos un accidente, la peor parada serás tú.

—Me da igual, no puedes arrancar si no me lo pongo —comentó con superioridad, como si eso fuera a detenerlo.

El castaño se encogió de hombros y arrancó el coche. Alyn lo observó con los ojos muy abiertos. No se detuvo y sacó el Jeep de aparcamiento. La castaña al ver que no se iba a echar atrás, se apresuró a ponerse el cinturón. Lo que le faltaba era morir por su cabezonería.

—Esto es un secuestro, para que lo sepas —murmuró entre dientes —. Te puedo denunciar.

—Adelante.

"Aggh", gruñó mentalmente. Le exasperaba ese comportamiento indiferente, como si no le importaran lo más mínimo las consecuencias de nada. "¿Cómo podía vivir así?", añadió. Reprimió un chillido y se giró hacia su ventanilla, no quería tenerlo en su campo visual.

Durante todo el trayecto, que no fue muy duradero, ambos se manutuvieron en silencio. Ella enfadada, él satisfecho. Pero la falta de comunicación se rompió en cuanto apareció, ante los ojos de ambos, el edificio de la universidad.

—Esto es… —comenzó a decir, Alyn, pero el ojiverde la interrumpió.

—Dartmouth —afirmó, como si supiera lo que estaba pensando. La castaña lo miró con una expresión interrogativa—. Venimos a ver el partido —le explicó justo cuando encontró un lugar donde estacionar —. Juegan contra tu universidad, supongo que lo habrás escuchado en los pasillos esta semana.

Alyn hizo una mueca y miró al resto de la gente entrando al mismo lugar al que irían ellos. No había escuchado nada en la universidad, pero recordó que hace unos días, hablando con Steve, este le había comentado algo del primer partido de la temporada y algo de la universidad de ella. En esos momentos supuso que hablaba de esto.

—Vamos.

—Ethan, llévame a casa —le pidió. El chico, que ya había abierto su puerta, se detuvo y llevó toda su atención a ella—. Tengo cosas que hacer y ya he perdido mucho tiempo, por favor. —Le dedicó una sonrisa, que a él le pareció tierna.

—Tienes dos opciones —comentó, sin embargo, ignorando lo dulce que le había parecido en esos momentos—: vienes conmigo y nos divertimos, o te quedas aquí. No pienso mover el coche —sentenció y seguido salió del vehículo.

Alyn lo observó, asombrada, sin creerse que fuera a hacerle eso. Pero analizó los últimos acontecimientos, el cómo le había cogido para meterla en el coche, y se dio cuenta de que sí era capaz de dejarla ahí. Sin embargo, Ethan solo estaba tensando la cuerda. En el momento en el que viera que ella se iba o que estaba dispuesta a quedarse ahí, sola, rectificaría y la llevaría de vuelta.

La ojiazul pensó en sus opciones. Si se quedaba allí iba a estar horas sola. A malas podía buscar un taxi, pero justo había ido a ingresar dinero y no tenía nada en efectivo. Si pagaba con tarjeta, sus padres notarían el movimiento y en cuanto le preguntaran tendría que dar explicaciones. Era lo que menos quería. Así que solo le quedaba una opción. Seguirlo.

—Ni un comentario —ordenó la chica al salir del coche y ver como su compañero comenzaba a formar una sonrisa ladeada. Este alzó sus manos, en son de paz, y juntos caminaron hacia dentro del recinto.

La gente iba de un lado a otro con ropa de diversos colores, pero siempre entre dos de ellos, azul o verde. Los aficionados del Columbia Lions iban de azul y los del Dartmouth Big Green de verde. Además de que acompañaban sus atuendos con bufandas, banderas o dedos de goma espuma de su equipo.

Ethan se hacía paso entre la gente, en busca de sus asientos, mientras Alyn, agobiada por tantas personas, se pegaba al cuerpo del chico para no perderse. Este la miró por encima de su hombro y sonrió. Parecía un animalillo fuera de su habitad. Eso le pareció gracioso y tierno.

Cuando alcanzaron sus dos asientos, los jugadores ya habían salido al terreno de juego, se encontraban calentado. La castaña los observó más de la cuenta, esperando reconocer al que era su mejor amigo. Pero no lo encontró.

—¿Sabes cómo va el juego? —le preguntó, Ethan, pero ella no apartó la mirada del campo a la hora de contestar a la defensiva.

—No soy tonta.

—No he dicho eso, Alyn —puntualizó con suavidad. La nombrada lo miró y vio como él le dedicaba una pequeña sonrisa, decaída. Se sintió mal ante el tono que utilizó, era cierto que no le había dicho eso, ni siquiera insinuado. El tono con el que había hecho la pregunta era de mera curiosidad.

—Lo siento —se disculpó, apenada—. Mi mejor amigo es quaterback, lo he ido a ver a algún partido. Sé un poco, no soy experta. —Ethan asintió con una sonrisa, que ella le devolvió más diminuta.

Era cierto que había visto a Steve jugar en más de una ocasión, aunque eran muy remotas. Sin embargo, no es que prestara mucha atención a las normas del juego, era más de observar y celebrar cuando el resto lo hacía. Aunque al final se le terminó quedando algunos conceptos.

—Voy a por una cerveza, ¿quieres algo?

—Un refresco estaría bien.

—Marchando un refresco para la rehén —bromeó con una sonrisa ladina. La chica soltó una leve risa que intentó esquivar ante los ojos de Ethan girando la cabeza en dirección contraria.

El ojiverde se marchó de ahí en busca de las bebidas y ella aprovechó para darle otro repaso al campo, esta vez sin intención de buscar a nadie. Aun así, le pareció ver a Kai junto a otra chica, pero estaban lo suficientemente lejos como para no poder asegurarlo al cien por cien.

Steve, el mariscal de los Dartmouth Big Green, caminaba por el lateral del campo mientras saludaba a algunos conocidos de las gradas. Iba observando al público hasta que pasó la vista por una chica castaña que se parecía a Alyn. Al principio no le tomó importancia y siguió caminando, pero se detuvo abruptamente al analizar bien lo que acababa de ver. Retrocedió unos pasos, de espaldas, y fijó su mirada en aquella chica.

Era ella, sin duda era Alyn.

—¿Alyn? —la llamó, en una pregunta, tras acercarse a las gradas. Esta bajó la mirada hacia la persona que la había llamado y al reconocerla sonrió.

—¡Steve! —lo saludó animada. Al menos, si algo bueno tenía haber sido secuestrada por un chico casi desconocido, era que podía ver a su mejor amigo.

—¿Qué haces aquí? —No era muy común verla por ahí, no sin que él la hubiese convencido o, al menos, estar informado.

—Pues…

—Aquí tienes. —Ethan interrumpió la conversación al tiempo que le tendía el vaso con su refresco. Esta le agradeció mientras lo tomaba entre sus manos.

—¿Ethan? —cuestionó, Steve, llamando la atención del nombrado.

—Hola, Stewy —saludó, molestándolo. No surtió efecto, ya que simplemente volvió a mirar a su amiga.

—¿Os conocéis? —preguntó, esta vez, Alyn. Intercalaba la mirada entre ambos chicos, confusa.

—Como para no —contestó su amigo—. Es mi cuñado.

La reacción de la chica fue inmediata. Sus ojos se abrieron, asombrada, y giró la cabeza con rapidez hacia su acompañante. Ethan era el cuñado de Steve, lo que significaba que…

—¿Eres el hermano de Emily?

—Ahá —respondió el ojiverde, extrañado—. ¿Por qué esa reacción?

—No, no, por nada —se limitó a decir, apartando la mirada.

Ethan era el hermano de Emily. Ahora podía entender ciertas cosas, aunque otras (la mayoría) no. Era consciente de que ambos tenían un carácter fuerte y decidido. Sin embargo, Emily siempre lo utilizaba para discutir y después fingir ante su novio; en cambio,

aunque no lo conocía de mucho, Ethan no parecía hacer lo mismo, sino que lo utilizaba sin herir.

—¿Entonces? —volvió a preguntar, Steve, esperando una respuesta clara.

—Es una larga historia, te la contaré otro día. Ahora te están llamando.

A su espalda el entrenador lo llamaba a gritos para que se acercara. Bufó y miró por última vez a su amiga antes de caminar de espaldas. Antes de girarse dijo:

—¡Te llamo mañana!

—¡Suerte! —gritó tras asentir con una sonrisa.

—También te he traído esto —comentó el castaño, ignorando completamente la conversación que acababa de ocurrir. A fin de cuentas, no le veía lo malo a ser el hermano de la novia de su amigo.

Ethan le ofreció una pequeña bandera triangular azul de los Columbia Lions, pues ella pertenecía a esa universidad. Por ello le sorprendió que Alyn torciera el rostro e hiciera una mueca antes de apartar, con delicadeza, la mano del chico que le ofrecía el objeto.

—Voy a favor de los Dartmouth Big Green —confesó.

—Pero si tu universidad es la de Columbia.

—Ya, pero mi mejor amigo juega con Dartmouth.

—¿En serio vas a apoyar a ese equipo, que a mi parecer no alcanza a los de Columbia, solo por Steve? —cuestionó, extrañado. Ethan no es que tuviera un equipo favorito, pero si debía escoger entre estos dos tenía claro que se pondría del lado azul.

—Me da igual cómo jueguen, tampoco es que entienda mucho de eso, solo lo justo —se excusó—. Así que sí, me guio por el que pertenece a Steve. Pero, aunque supiera de ello, lo apoyaría igual.

—Menuda traición a tu universidad —bromeó, fingiendo sentir un gran dolor ante tal ofensa. Alyn no pudo reprimir la risa que se le escapó.

El partido dio comienzo unos minutos después y la mirada de ambos se mantuvo pegada al campo durante todo el tiempo. Aunque no dejaban de comentar cosas. Alyn preguntándole sus

dudas sobre el juego y él respondiendo encantado. E incluso daban sus opiniones.

Para la mitad, Alyn ya se hallaba empapada del espíritu y gritaba extasiada cuando su equipo, sobre todo su amigo, marcaba. Como aquella vez, cuando Steve marcó uno de los *touchdowns*, el cual le fue dedicado. La castaña saltó en su lugar antes de girarse a ver a Ethan y restregarle que les iban ganando. Este rio ante la efusividad de la chica.

—¿Quién no alcanza a quién? —se burló, Alyn, tras el final del partido. Habían quedado 36 a 28, con la victoria para Dartmouth.

Las personas a su alrededor se encontraban desalojando las gradas, algunas para volver a sus casas y otras para irse a la fiesta típica tras cada partido. En cambio, ellos se quedaron en sus asientos. Alyn burlándose y Ethan aceptando cada uno de sus comentarios con una sonrisa. Estaba volviendo a ver a la chica de aquella noche.

—Han hecho un buen partido —aceptó, pero la mirada que le lanzó Alyn le hizo añadir—: Y son buenos. Nunca he dicho lo contrario, solo que para mí eran mejor los de Columbia. —Se encogió de hombros, pero la chica estaba contenta con su comentario. Era feliz por el triunfo de su mejor amigo.

Estuvo buscando a este con la mirada durante varios minutos, con la esperanza de que, tras salir de los vestuarios, se encontraran y lo pudiera felicitar. No pasó, ya que Ethan la incitó a salir de las gradas antes de poder ver como salían todos los jugadores.

La castaña tenía la mirada fija en la espalda de Ethan, aquella que nada más bajar de la tarima de las gradas se comió de lleno. El chico había parado abruptamente y a ella no le había dado tiempo a frenar. Con un quejido se puso a su lado y entonces vio el foco de tal acción. Kai.

—¿Alyn? —preguntó la antes mencionada con una expresión confusa. Desvió la mirada a su acompañante—. ¿También me vas a quitar a mi compañera de habitación, Ethan? —La castaña los observó con el ceño fruncido. La pelo azabache se percató de su acto y se dio cuenta de que no sabía la relación, exacta, que tenía

con él—. Ethan es mi mejor amigo, el mismo con el que iba a cenar el día que nos conocimos.

Alyn procesó toda la información y la añadió a la que había recibido hacía unas horas. Kai, su nueva compañera de habitación, era mejor amiga de Ethan, el chico que se estaba adentrando en su vida, y este a su vez era el hermano de Emily, la novia de su mejor amigo, Steve. Realmente, la vida era un pañuelo. Todos estaban retorcidamente conectados.

Iba a contestar cuando Ethan se le adelantó y se enzarzó en una conversación con su compañera de piso, dónde esta le aseguró que iría con Harriet a la fiesta. Alyn supuso que se trataba de la chica que estaba a un metro de ella, observándola. Tras un par de minutos de conversación, ambos se despidieron antes de que Kai hiciera lo mismo con Alyn.

—Creo que me deberías llevar a la residencia —comentó la castaña mientras observaba su reloj de muñeca—. Puede que aún pueda hacer alguna de las cosas que tenía pendientes.

—Déjalas para mañana, esto no se acaba aquí.

La ojiazul levantó la mirada para fruncirle el ceño, pero no dio tiempo a que el chico lo viera cuando ya tenía su muñeca rodeada por la mano de Ethan, quien tiraba de ella entre el gentío que aún se encontraba abandonando el lugar. No se detuvo, ni hizo caso a las preguntas de la chica hasta que se encontró en el lugar exacto.

—¿Por qué narices estamos detrás de las gradas? —cuestionó, Alyn, con sus ojos clavados en la mano de Ethan, que aún retenía su muñeca. Sentía un leve cosquilleo en esa zona y eso le extrañó.

—Esperar —contestó mientras miraba entre los huecos.

—¿Esperar a qué?

No contestó. Se sumergieron en un silencio, pues Alyn vio absurdo insistir en sonsacarle información. Era consciente de que no la conseguiría, así que decidió hacer lo que él le dijo: esperar. Esperó hasta que el chico la soltó y se alejó unos pasos para observar desde el lateral de las gradas. Se giró hacia ella y con un simple movimiento de mano la incitó a acercarse. Sin comprenderlo mucho, le hizo caso.

Cuando llegó a su lado fue hablar, pero Ethan posó su índice en los labios de la menor, dejándola muda. Tras eso le indicó que se mantuviera en silencio, por si acaso, y que lo siguiera. Todo el recinto se encontraba vacío, sin un alma.

—¿Qué se supone que estamos haciendo? —preguntó recorriendo el mismo camino que estaba haciendo su compañero, por en medio del campo de juego. Miraba hacia los lados, esperando ver a alguien que los reprendiera.

—Divertirnos —sentenció agarrando uno de los tantos balones que se encontraban por la zona—. ¿Unos field goal? —Alyn lo miró sin comprender y con su mueca causó una risa en el mayor—. Chutar e intentar que pase entre los palos —simplificó.

Ethan se posicionó en la zona correcta y esperó a que ella se acercara.

—¿A caso tenemos permiso para estar aquí? ¿Estudias aquí o algo? Más que nada por si acaso —preguntó, nerviosa. Este negó con una sonrisa divertida.

—Estudio cerca de Flatiron Building —confesó. Alyn lo miró, asustada. Si los pillaban estarían muertos—. Deja de preocuparte por una vez y ven aquí —le pidió con suavidad. Con pasos dudosos se acercó a él, quien le señaló dónde colocarse.

—Espera, ¿yo? —cuestionó, sorprendida.

—Sí, empiezas tú. Va.

—No, no, no.

—¿Por qué? —preguntó mientras se entretenía tirando el balón por los aires.

—Nunca he jugado, no tengo ni la más remota idea —se excusó.

Alyn comenzó a imaginarse a sí misma chutando ese balón y todos los resultados eran nefastos. Era una locura, una que muchos a su alrededor desaprobarían. Debería estar en su habitación repasando u organizando, no en esa cancha vacía junto a ese chico. O al menos eso pensaba.

—Piensas demasiado —el susurro en el oído la devolvió a la realidad, pero le cortó la respiración. Ethan se había acercado mientras ella no dejaba de torturarse mentalmente—. Silencia la mente.

—No es tan fácil —murmuró sin poder evitarlo.

—Piensa en el balón —lo hizo—, en los tres palos —lo hizo—, en la distancia —lo hizo—, y chuta, con toda tu fuerza.

Lo hizo. Ignoró todo lo que corría en su mente y se centró en el balón que Ethan ya había colocado delante, y el cual aguantaba con una mano. Aunque había un factor más que ella había añadido a la lista del chico. Se centró en todo lo que le dijo, pero también en él, en Ethan. Solo pensaba en el balón y en esos brillantes ojos.

Cuando chutó, la pelota solamente llegó a la mitad y bastante desviada. Pero en vez de lamentarse se giró con una sonrisa torcida y se encogió de hombros ante el chico. Este le dejó un pequeño toque en la nariz antes de ir en busca del balón. Ese acto le pareció tierno y sintió como se ruborizaba.

—Siguiente intento —sentenció el ojiverde tras volver a colocar el balón.

Alyn se posicionó a unos metros de este mientras Ethan se mantenía al lado del objeto observándola. La castaña respiró hondo al tiempo que miraba la pelota ovalada. Le dirigió un último vistazo a Ethan, que le sonrió, antes de correr y chutar con todas sus fuerzas. Esta vez recorrió más metros y un poco más recto, pero no lo suficiente como para que llegara a los palos.

—Otra vez —le pidió con las ganas comenzando a recorrerle las venas.

Lo intentó otras seis veces, siguiendo los pequeños consejos de Ethan; sin embargo, nunca lo lograba, ni tan siquiera los rozaba.

—Tranquila —la calmó, abrazándola por los hombros—. Déjame intentarlo a mí.

—Eso, así verás que es más difícil de lo que parece —se quejó encaminándose a sujetar el balón—. Se dice muy fácil cuando se está en un lateral, pero cuando es uno el que chuta… —Tuvo que quedarse callada en cuanto Ethan le dio a la pelota ovalada y esta salió disparada hacia los palos, con tanta fuerza que no dudó en traspasarlos—. Pero… ¿Cómo…? —tartamudeó, sorprendida. El chico rio.

—Ha sido cuestión de suerte —contestó con un encogimiento de hombros—. Venga, ven. Inténtalo de nuevo.

—Yo no me voy de aquí hasta que al menos roce uno de ellos —comentó con determinación mientras se acercaba al chico.

—Pues entonces nos vamos a hacer viejos.

Ethan se ganó un golpe en el pecho que le hizo reír. Observó embobado como la pequeña chica colocaba el balón y se disponía a chutar siguiendo todo lo que él le había indicado. Pero este se dio cuenta de que se estaba agobiando ante tantas cosas que tenía que controlar, algo que le pareció irónico.

—Olvida todo lo que te he dicho —le volvió a susurrar cerca del oído. No entendía por qué lo hacía, simplemente le nacía—. Solo mira los palos, el balón y dale con todas tus fuerzas y coraje. Confío en ti.

Tras esas tres últimas palabras, y después de que él sujetara el balón, Alyn reunió todas sus fuerzas y lo golpeó con ellas. Ambos retuvieron el aire en sus pulmones al ver como este salía volando por encima del campo hasta llegar a uno de los palos y tocarlo antes de caer al suelo, sin entrar.

Alyn miró asombrada lo que acababa de ocurrir antes de girarse hacia Ethan.

—¿Lo ha…? —El castaño asintió en respuesta.

Un grito de emoción brotó de la garganta de Alyn justo antes de salir corriendo hacia Ethan. Esta saltó sobre él, que la atrapó a tiempo. La chica no dejaba de repetir que lo había logrado mientras que el chico daba vueltas con ella en brazos. Estaba tan emocionada que la adrenalina se había apoderado de ella. Nada más ser soltada por Ethan se puso a saltar y a soltar gritos emocionados. Él no dejaba de reír.

—¡Lo logré! ¡Ha tocado el palo! ¡Lo has visto, lo has visto!

Era un simple acto, uno prácticamente insignificante, pero que para ella significó mucho. Y sin importarle nada, ya que había desterrado todos sus pensamientos al fondo de su mente, dejando solo al balón y a aquel chico que ahora la miraba maravillado, se lanzó a sus espaldas. Ethan tuvo un *déjà vu*, por el cual sonrió. Volvía a ser la misma chica de esa noche.

—Bien hecho, pequeña loca —la felicitó aún cargándola—. Sabía que lo lograrías.

A Alyn se le infló el pecho, porque muchas veces había escuchado esas palabras, pero era la primera vez que sentía que alguien se las decía de corazón (sin contar a Steve). Por ello se abrazó con fuerza al cuerpo de Ethan y le dejó un suave beso en la mejilla.

—Gracias —susurró, esta vez ella, en su oído.

El chico giró el rostro quedando a pocos centímetros del de ella. Sus ojos se encontraron, verdes y azules conectados. Y de ambos brotó una sonrisa.

CAPÍTULO 10

Prometí no llamarla o volver a escribir sobre ella, pero estaba sobrio cuando lo hice.
Charles Bukowski

El estadio estaba lleno de gente y apenas se podía reconocer a alguien, lo cual era obvio teniendo en cuenta que entre Columbia y Dartmouth había veinte minutos de camino. Por lo que había mucha, mucha gente.

Al inicio vio a Alyn, le sorprendió que estuviera allí y más con Ethan. La verdad es que no había dos personas tan distintas como ellos, no tenían nada que ver, además de que aquel moreno no era de su agrado. Pero es lo que tiene estar saliendo con su hermana pequeña. A quien no vio fue a la dicha, de hecho discutieron la noche anterior a causa de un malentendido y al parecer aún no se habían calmado las aguas. Ella era así de intensa, cuando le daba la rabieta podía pasarse días sin hacerle ni caso y luego aparecer como si nada. Al parecer, lo usó como excusa para no ir al partido. Steve ladeó la cabeza como si quisiera expulsar las preocupaciones de esta y respiró hondo, concentrándose en el campo, en el equipo y en el juego. Ya tendría tiempo para preocupaciones más tarde.

Era el inicio de la Ivy League de aquel curso y al mismo tiempo el último año de Steve en ella antes de graduarse, por eso era muy importante para él destacar y llamar la atención de algún ojeador que pudiera interesarse en su participación para la NFL. Aquel era su sueño, claro. O mejor dicho el de su padre.

James Michael Jones era un empresario conocido en gran parte de Nueva York, de hecho el setenta por ciento de los edificios del

estado tenían su placa en la entrada. Steve era su único hijo y aunque nunca le faltó de nada, siempre se sintió vacío. Se ve que cuando tu padre fue una eminencia en la universidad, en el fútbol americano y ahora en la industria, es de esperar que, como hijo suyo, seas igual o mejor, si no quedarás eclipsado. Y ten por asegurado que te exigirán más que al resto.

Así era la vida de Steve, la viva imagen de su padre, pero que nunca llegaba a superar. James Steven Jones nunca pudo ser uno mismo hasta que empezó a tener conciencia de que vivía en una burbuja y de que su vida no era tan perfecta como quería aparentar, por esa razón prefería que usaran su segundo nombre, por eso prefirió ir a Dartmouth y no a Columbia, o estudiar química en vez de arquitectura, aunque le gustara, y por eso eligió jugar con el número doce y no con el treinta y cuatro. Porque Steve era Steve y él tenía su identidad, y no quería que siguieran comparándolo con su padre. Aunque fuera algo imposible.

Una parte de él le decía que jugara de forma pésima aquella temporada, de ese modo no le daría a su padre el gusto de conseguir lo que quería. Pero no llevaba diez años jugando al fútbol para nada y tampoco era algo que odiara, al contrario, de hecho era el capitán y no podía fallar a su equipo solo por una rabieta con su padre, así que debía darlo todo y más en el primer partido. No permitiría que Dartmouth quedara en malos ojos mientras él estuviera allí. Por suerte, aquel día no pasó.

Con la victoria para los *Big Green* y dos *touchdowns* de Steve, lo celebraron en el vestuario con hurras y una previa a la fiesta que les esperaba.

—Un vaso bien cargado para nuestro quarterback estrella —le sirvió Lorie, su mejor amigo.

—Gracias, pero creo que me esperaré a la fiesta de verdad. Tengo que conducir y tú también —sermoneó mientras le daba una palmadita en la espalda.

Lorie era un gran punto de apoyo en su vida, se conocían desde pequeños, ambos habían ido juntos al instituto, eran inseparables. De hecho, él también fue una de las razones por las que fue a Dartmouth, querían jugar juntos y realmente conectaban muy bien

en el campo, igual que en su amistad. Aunque muchas veces el rubio quisiera matar al moreno por más de una idiotez o por su falta de sensatez.

Una vez listos, se separaron por coches, eran nueve en total, ya que muchos optaban por ir a otras fiestas o a celebrarlo con amigos, familia o parejas. De hecho, aquel era el plan de Steve, celebrarlo con Emily, si esta se hubiera presentado al partido.

La fiesta era como todas las demás, sin ningún tipo de novedad: alcohol, piscina, juegos, animadoras, Lorie enrollándose con ellas. Mejor dicho, todo el equipo enrollándose con ellas, y él ahí, sin beber, ya que lo odiaba, pensando en qué hizo mal esta vez para que Emily no quisiera saber nada de él. Estaba acostumbrado a esas discusiones, alguna vez lo había hablado con Alyn y Regina, quería saber si él era el problema o es que su pareja era poco tolerante. Ambas amigas siempre apostaban por la segunda, pero él la quería mucho y se le hacía difícil verla con malos ojos porque no era mala, solo que entenderla requería tiempo.

Estaba apoyado en el borde de una mesa con los brazos cruzados, vigilando las bebidas de sus amigos, que debían llevar tres vasos como mínimo, cuando notó una presencia a su lado.

—Uy, que raro que estés solo en una fiesta. Bueno, en general —oyó que decía una voz femenina a su lado. Se sobresaltó de primeras antes de voltear la cabeza y ver que se trataba de Kai, la cual se estaba sirviendo un vaso.

Lo último que deseaba aquel día era verla. Le sabía mal ser así, pero aquella chica no le transmitía ningún tipo de confianza. Como le había dicho Emily: "No te fíes de ella. Va con cara de niña buena, pero realmente es una fachada. Manipula a los demás". Como era de esperar, no iba a desconfiar de las palabras de su pareja, menos después de haber tratado con la ironía y la poca gracia de esta. Por lo que se limitó a mirarla sin decir nada, si no le hacía el mínimo caso se marcharía.

—¿Te ha dejado tu novia? —le preguntó.

Steve pudo deducir por el tono de su voz, el rojo de sus mejillas y el brillo de sus ojos, que no iba muy sobria que digamos. No valía la pena discutir, no iba a darle el gusto, por mucho que el comentario sobrase. Se limitó a seguir sin contestar.

—Te veo muy serio. ¿Quieres? —dijo ofreciendo su vaso mientras se apoyaba en el mismo lugar que él, quedando uno al lado del otro.

—No —renegó Steve. Kai se encogió de hombros y bebió.

—¿Y… piensas quedarte mucho rato aquí?

—El que haga falta —respondió él sin dedicarle ni una mirada.

—Humm —asintió mientras volvía a darle otro sorbo—. Entonces no debe importarte que tu novia esté bailando con otro. —Se puso a señalar con el dedo meñique, el único de su mano sin ser ocupado por el vaso, el paradero de su novia.

Steve se giró de golpe para comprobar que, sin ninguna duda, se trataba de Emily.

Estaba junto a un chico alto, moreno, con una chaqueta de Columbia. Ella iba escotada, recordaba aquella camiseta porque se la regaló él, le quedaba de infarto. Estaba destacando, siempre lo hacía, a cada movimiento y, por unos segundos, no pudo evitar no quedarse embobado admirándola. Pero ahí estaba el problema, que estaba destacando tanto que no solo llamaba la atención de aquel chico, también de otros. Una parte de él, sentía orgullo de su pareja, de que se lo pasará tan bien y de verla tan viva. Pero por otra, empezaba a temer por los chicos que la rodeaban. Y por ella, porque muchos no son tan reservados cómo parecen.

—¿Quién es ese? —preguntó con un tono de rabia en su voz. "¿Y por qué está aquí y no en el partido?", pensó.

—No tengo ni idea —respondió la que estaba a su lado sin importancia y volviendo a dar otro sorbo.

Justo en aquel momento, Emily volvió la cabeza justo donde ellos estaban, encontrándose con las miradas de ambos. Lo que para Steve significó un atisbo de esperanza, dejó de serlo cuando ella se acercó más al chico y volvió a mirar a su novio con una sonrisa pícara. Intentaba ponerle celoso. Odiaba que le pusieran celoso.

Kai estaba borracha, pero no lo suficiente como para no darse cuenta de que la pareja pasaba por una tormenta. Cosa que le

encantaba. Miró entonces a Steve con una cara de asco exagerada, la cual este devolvió con expresión atónita por lo que acababa de ver.

—¿Tú eres masoca? —preguntó sin poder creer que realmente saliera con una persona que le era infiel en la cara y no se diera cuenta.

Steve, sin poder reaccionar todavía, volvió de nuevo a fijar la atención en su novia para asegurar que lo que acababa de ver no era un sueño. Para nada lo era.

—Sin duda lo eres —murmuró Kai al ver que volvía a mirar la escena. Acto seguido suspiró y se fue, no le merecía la pena seguir allí.

—¿Crees que debería...? —Pero antes de terminar la frase se dio cuenta de que estaba solo.

Sin pensárselo más, fue directo a Emily. Esta seguía a lo suyo, aun sabiendo que su novio se encontraba a menos de diez pasos de ella. Eso era lo que más furioso le ponía, la poca falta de empatía. La agarró por el brazo para sacarla de allí. Supuso que debía estar algo ebria para comportarse así, pero esta se negó a avanzar.

—¡¿Pero qué coño haces?! ¡¿No ves que estoy bailando?! —gritó ella.

—Sí, y me parece genial —dijo, entre dientes—. Pero no creo que sea necesario llegar a este punto.

—Oh, ahora te jode que pase el rato con otro tío.

—Emily…

—¡Pero a mí no debe importarme que tú salgas de paseo con tu amiga modelo! —interrumpió histérica.

Steve se llevó las manos a la cabeza, concentrándose para no perder los nervios. Él contaba con dos amistades femeninas, Alyn y Regina. A ambas las conocía desde mucho antes de empezar con Emily y esta sentía profundos celos de las dos, pero, sobre todo, de la segunda. Era alta, delgada, esbelta, rica, educada y demás adjetivos calificativos que se le pudieran echar, además de ser modelo. Así que sí, era de esperar que la novia de este sufriera cierta cantidad de celos cada vez que quedaban a solas.

—Cariño, no es lo…

—Me da igual lo que sea —volvió a interrumpir—. Ahora si me disculpas voy a seguir bailando con mi nuevo amigo —finalizó con un tono de voz irritante.

—Haz lo que quieras —finalizó.

Odiaba discutir con Emily, la quería y mucho, pero le era muy complicado entenderla. A veces parecía carecer de atención, por eso la buscaba de donde fuera. Sin embargo, Steve prefería mantenerse ausente de los arrebatos de su novia, solo le aportaban culpa y no tenía necesidad de sentirla. Hubiera sido buena idea hablar con ella sobre cómo se sentía cada vez que discutían, pero daba por hecho que no iba a ceder, así que se sepultaba en silencio limitándose a asentir. Al fin y al cabo, no todas las relaciones son perfectas.

Pasó las dos horas siguientes con Lorie y los del equipo. Obviamente, su amigo conocía el estado en el que se encontraba e intentaba animarle para que no decayera, pero eso no servía para nada cuando veía a Emily pasar entre la multitud. Pasaba de estable a enfadado en menos de medio minuto.

Lo peor de todo era que podía haberse vengado, tenía todas las cartas a su favor para tontear con cualquier chica, y es que no le faltaron pretendientas. Pero no lo hizo, porque no tenía necesidad de rebajarse a su nivel.

En aquel momento estaban todos en unos sofás sentados en círculo. Jugaban a *Verdad o Reto*, un juego que a Steve le parecía estúpido y prefería no jugar nunca; sin embargo, aquel día no tenía mucha opción más, era eso o ver como su novia se paseaba con otro.

—Tío, deja de elegir verdad. Te lo veto —dijo Lorie indignado.

—No me apetece hacer ninguna prueba. Suficiente que he aceptado jugar.

—Sí, lo que tú digas —se mofó.

—Lorie… —advirtió.

—Te reto a… a secuestrar un pingüino.

Era muy típico en su amigo decir lo primero que se le pasaba por la cabeza, más cuando estaba borracho. Steve se llevó las manos a la

frente para controlar los inicios de dolor de cabeza.

—Paso —declaró el rubio cansado.

—Vale, pues te reto a…

—¿Steve?

El moreno fue estorbado por la voz de una chica rubia con dos moños a los lados y ropa retro, que llevaba arrastras a otra de cabello oscuro y tejanos.

Ambas se pusieron enfrente de Steve.

—¿Sí? —preguntó confuso.

—¿Eres Steve? —volvió de nuevo para asegurarse.

—El mismo, en carne y hueso. Lo tenemos en promoción, aunque para ti podría haber un descuento —intervino Lorie haciendo humor de la situación.

Harriet, algo asqueada por el comentario del moreno, volvió de nuevo su atención al rubio para dejarle el muerto a él.

—Bien. Pues toda tuya, entonces —dijo mientras traspasaba a su compañera de forma delicada. Él la agarró antes de que se fuera para delante. No se aguantaba de pie y no dejaba de reír—. Ha bebido mucho, como puedes ver, y yo no puedo llevarla, hemos venido con otro coche y no pienso dejarla aquí. Debe volver a su habitación.

Steve vio que se trataba de Kai. Hacía por lo menos dos horas que había estado hablando con ella, en ese entonces ya no iba muy bien, pero ahora iba peor.

—Vale, ¿pero y a mí que más me da? —preguntó aún cogiéndola.

—¿Y yo qué sé? Me lo ha pedido ella. Pregúntaselo, está borracha, seguro que dice la verdad.

Harriet se dio media vuelta con la intención de marcharse. No iba a dejar a su amiga con un completo desconocido, en caso de que Ethan hubiera estado allí seguramente hubiera hablado con él, pero no estaba y poca gente más conocía tanto como para fiarse de dejar a su amiga moribunda. En cambio, Steve… desde que lo había visto en Cookie’s supo que su relación con Emily no era de verdad. Le parecía un tipo con gracia, elegante, guapo y con necesidad de encontrar algo de rumbo en la vida. Era perfecto para Kai, por eso “intervino”.

—¡Espera! —exclamó él—. No puedo irme ahora…

—Ve con ella —dijo la voz de Lorie, que estaba detrás de él, poniéndole la mano en el hombro—. Ese es tu reto, llevarla —aclaró.

Resopló molesto y no tuvo más remedio que pasar el brazo de Kai por su hombro y llevársela de allí.

—Como le hagas algo te juro que te los corto —amenazó Harriet antes de que se fueran.

—Soy un hombre de bien —musitó a desgana.

Claro que no quería irse, no quería dejar a Emily entre tanto perro hambriento suelto, se la comían con los ojos. Y sí, tenía miedo de que alguien pudiera lanzarse, de que a ella le gustara, de perderla. Y no, no quería cuidar de una borracha que justamente no era de su agrado.

La chica no dejaba de reír, hablar y de comentar todo lo que veía y como el mundo daba vueltas. Además de ser muy complicado andar con una persona que va de lado a lado como una peonza, fue difícil sacarla de la casa sin que se arrastrara por el suelo. Suerte que tenía el coche enfrente de la casa.

Una vez estuvieron frente al vehículo, Steve la apoyó contra la puerta del copiloto y la agarró por lo hombros.

—Bien, escúchame —dijo en el mismo tono que le hablaba a los niños pequeños—. Ahora vas a subir al coche y voy a llevarte a tu habitación. ¿De acuerdo? —Ella asintió moviendo la cabeza de arriba abajo exageradamente—. Bien, pero antes de subir, ¿tienes la necesidad de vomitar? —Esta negó con la cabeza con la misma intensidad—. ¿Segura? No quiero que me pintes el coche. —Y a aquello respondió con una carcajada—. Vale, tendré que arriesgarme —murmuró mientras la acompañaba hasta el interior del coche y le ponía el cinturón.

¿Dónde estaba Alyn cuando se la necesitaba?

Kai no dejaba de mover la cabeza de un lado a otro mientras intentaba seguir las canciones que sonaban en la radio. Steve estaba nervioso e incómodo, ya no sabía si se debía a la presión que le esperaba aquel curso, a su relación o a la voz desafinada de su

copiloto. El caso es que, por alguna razón que desconocía, se vio con la necesidad de desahogarse. Él no solía abrirse con todo el mundo, incluso le costaba hacerlo con sus amigos más cercanos, siempre supo que venía a raíz de tener que ser igual que su padre, inconscientemente se había vetado el expresarse por su propia cuenta. Pero aquella noche lo necesitaba. Su piano o quemarlo jugando en el campo no le iba a servir de nada, necesitaba a una persona real, por lo que dirigió la mirada hacia la única persona que se encontraba cerca de él. Total, estaba tan borracha que era probable que no se enterara mucho.

—Emily está enfadada conmigo. —La miró de reojo, vio como giraba la cabeza hacia él y se callaba—. Aunque ya me imagino que a ti eso te alegra, pero a mí me jode. Y todo porque ayer le comenté que quería quedar con una amiga de la infancia. ¡Como si no la conociera, es como mi hermana pequeña! —Ella seguía mirándolo y escuchándolo, aunque parecía que estuviera en otra dimensión.

Se quedó unos segundos callado y concentrado en la carretera, reflexionando y ordenando todos los pensamientos que aparecían por su mente.

—¡Es que no entiendo qué hago mal! —Dio un golpe al volante que sobresaltó a Kai—. Creo que no le he dado ni una sola razón para que desconfíe de mí. Quizás sí, al inicio de la relación, pero ahora llevamos tres años. ¡Joder, tres años y todavía no me he ganado su confianza! ¡Yo sería capaz de dar muchas cosas por ella!

Y hubiera seguido diciendo más, pero calló cuando notó algo encima de su muslo. Bajó la mirada un segundo para ver que se trataba de la mano de la morena. Esta lo miraba con sus ojos, más azules que grises por el alcohol, y con expresión de: "Tranquilo". Aun estando borracha, era consciente de que él no se sentía para nada bien y la poca lucidez que le quedaba la depositó en transmitirle paz mediante palabras.

Él volvió a la carretera y ella ladeó la cabeza también al frente, creando otro silencio, pero esta vez no era tan incómodo. Aunque Steve empezaba a cuestionarse el porqué acababa de desahogarse con ella.

—Piensa en cosas bonitas, como hago yo. Así la impotencia se difumina poco a poco. —Inspiró muy hondo y dibujó una pequeña sonrisa dejando un breve silencio—. Yo estoy pensando en un jardín lleno de ardillas y bellotas. —Y con intención de que él se metiera dentro de su pensamiento, preguntó—: ¿Qué hago?

Steve se quedó confundido, no entendía muy bien lo que decía y no solo porque arrastrara las palabras a causa de su estado. Pero vio que la chica seguía con los ojos cerrados y esperaba una respuesta, así que decidió seguirle el juego.

—Coge cinco bellotas. —Inspiró, todavía con rabia.

—Bien, y ahora… ¡Ay! —El rubio se sobresaltó por el grito, pensando que era alarmante—. Tengo un lazo. —Pero se dio cuenta de que seguía evadida en su sueño.

—Deshazlo y átalas una debajo de la otra —contestó sin pensar.

—Uhh, una guirnalda de bellotas. Qué bonito.

—Cuélgala en un árbol.

—Está bien. ¿Qué te parece aquel tan delgado? Parece que necesita ánimos.

—¿Por qué no?

—Ya está, queda bonita.

—Sí, la verdad es que sí. —Y, sin poder evitarlo, dibujó una leve sonrisa en su expresión.

En aquel momento ambos se miraron a los ojos y dibujaron una sonrisa agradable. Por unos minutos todos los pensamientos desagradables habían desaparecido, tan solo quedaba tranquilidad. Justo acababan de llegar al parquin de la residencia. Aquel sueño iba a desaparecer para siempre, pues seguramente sería la última vez que estarían a solas.

Steve ayudó a Kai a salir del coche, esta se sentía bastante mareada a causa de la carretera y tenía la sensación de que vomitaría en cualquier momento. Por eso le indicó a Steve que esperara unos segundos para recomponerse. También le pidió que la agarrara para no perder el equilibrio.

—Ya te vale, no deberías beber así —riñó el rubio mientras la sujetaba.

—¿Vas a hacer de padre? —preguntó, sarcástica. Había agachado la cabeza como indicio de preparación para el inminente vómito.

Steve resopló. De nuevo estaba la Kai insoportable que había conocido hacía una semana. Por unos minutos la había llegado a tolerar.

—La próxima vez te vuelves andando, por graciosa.

—Cállate —murmuró.

—Tendrás morro —gruñó este.

—No, que te calles de verdad. —Entonces, subió la cabeza y el cuerpo, y le tapó la mano con la boca, tuvo que alzar las puntas porque él era mucho más alto que ella. La morena, empezó a mirar de un lado a otro hasta que detectó la luz—. Mierda, Matthew —maldijo.

—¿No será la poli? —preguntó alarmado, quitándose la diminuta mano de la boca.

—No, mucho peor. Es Matthew, el recepcionista y controlador de la residencia, y es muy estricto. "Nadie de fuera puede entrar" —anunció como si imitara la voz del hombre.

—¿Quién anda ahí? —preguntó una voz grave en la lejanía.

—¡Ves! Si te ve no te dejará entrar, eres un chico, y si me ve así no me dejará entrar tampoco —renegó apoyando la cabeza en el hombro de Steve como si estuviera cansada. Este se quedó con las manos medio abiertas como si no supiera si abrazarla o no hacer nada.

—Quizás, si le explicamos la situación, lo entienda. El guarda del piso de Emily es comprensivo.

—Este no. Apenas deja entrar a Ethan y le tiene visto. Tiene miedo a que se metan parejas en la habitación… —Se quedó callada de golpe para dar paso a su descabellada idea—. ¡Claro, odia las parejas!

Él volvió la mirada hacia ella y ladeó la cabeza repitiendo sus últimas palabras.

—Bésame.

—¡¿Pero tú estás loca?! —susurró.

—Si ve que solo somos una pareja, no dirá nada. No va a interrumpir —propuso ilusionada, como si fuera la mejor idea que

jamás hubiera tenido.

—¿Se puede saber en qué mente cabe tu estúpida teoría? —La agarró por los hombros, apartándola lo máximo que podía de él.

—Es cierto. Harriet lo hizo el curso pasado. Se ve que le da vergüenza acercarse a las parejas.

Steve la miró con la ceja levantada, no terminaba de creérselo. De hecho, no iba a hacerlo. Negó con la cabeza soltándola y girándose para llevarse las manos a la cara como si necesitara pensar.

—¡EEEH! ¡SAL DE DÓNDE ESTÉS! —seguía, el guarda.

Kai miró alarmada hacia la luz que aún seguía lejos, pero no lo suficiente, y no pudo evitar dar unos saltos de niña caprichosa, inquieta.

—Vamos, Steve. Por favor, bésame. Sé que no quieres, pero será solo un segundo.

—¡No voy a besarte!

La luz estaba más cerca.

—Steve, no quiero que me pillen —suplicaba—, por favor, por favor, por favor. No te pediré nunca nada más en esta vida, pero quiero dormir en mi cama.

Matthew volvió a gritar.

Ella miró primero la luz de la linterna. Estaba cerca.

Luego miró a Steve. Se mordió el labio.

Le suplicó con la mirada.

Matthew advirtió de nuevo.

Él miró primero la luz de la linterna. Estaba todavía más cerca.

Luego miró a Kai. Suspiró profundamente.

La besó en los labios.

Una luz los iluminó por unos segundos, al mismo tiempo que se oía el murmuro del guarda mientras se marchaba muerto de la vergüenza. Ellos se quedaron allí, con Steve enterrando la cara de Kai entre sus manos, acariciando sus labios suavemente. Sabían a cereza, seguramente por el sabor del alcohol, y eran cálidos y carnosos. No abrió paso a su lengua, pero sí que apretó sus labios con fuerza, dejando que la intensidad subiera. Y no solo por su parte, también por la de ella, que lentamente rodeó su cuello con sus brazos, pegando su cuerpo al de él. Entonces sí que se

encontraron en lo más profundo de sus bocas, atrayéndose cada vez más, hasta quedarse sin aire.

—Steve —susurró ella pegada a sus labios, intentando recuperar un poco el aliento.

Él gruñó con la respiración acelerada, igual que ella. Respirando al unísono. Steve bajó la mirada, para verla bien, para ver sus ojos, ahora más grises, dilatados y brillantes; las mejillas sonrojadas que le daban un toque dulce y los labios rosados hinchados. La veía de forma embriagadora.

Pero la veía a ella, a Kai, no a Emily.

Se apartó lentamente intentando recapacitar. La miraba y la seguía viendo preciosa, pero no podía dejar de pensar en Emily y en lo que acababa de hacer. Porque era obvio que aquello venía a raíz de su discusión con ella y de la presión que sentía.

Justo la morena empezó a poner mala cara, llevándose lentamente la mano a los labios.

"Mierda", pensó Steve. Volvió a ella con la intención de excusarse, pero en aquel momento ella vomitó.

Lo dejó ir todo. Rápidamente, él fue a apartarle el pelo de la cara para que no se manchara más. Hasta que paró. Luego apoyó la cabeza en el pecho de él y murmuró:

—Tengo sueño, Steve. Llévame a la cama.

Y por suerte no tuvo que hacer muchas maniobras para tumbarla en la cama. Ella misma se dejó caer y se quedó profundamente dormida, sin ninguna preocupación.

No como Steve, que tenía mucho en lo que pensar.

CAPÍTULO 11

Dile que sí, aunque te estés muriendo de miedo,
aunque después te arrepientas, porque de todos modos
te vas a arrepentir toda la vida si le contestas que no.
Gabriel García Márquez

Domingo, ocho y media de la mañana. Alyn recorría las calles que rodeaban la universidad. Corría en su máxima potencia, mientras el aire entraba y salía de manera errática. Llevaba una hora haciendo ejercicio y comenzaba a sentir sus músculos resentidos, pero apretó para conseguir superar su marca de la semana pasada.

Correr los domingos por la mañana se había convertido en su rutina desde hacía tres años, cuando un día a Steve le dio por salir a correr y la arrastró con él. Desde ese momento ella ha seguido corriendo cada fin de semana, a diferencia de su acompañante que se centró más en entrenar en el campo. Alyn conectó con ese deporte de una manera que nunca se imaginó. Era un momento en el que solo estaba ella, sin nadie, ni nada más. Los pensamientos volaban lejos y solo se concentraba en las zancadas y la respiración.

Llegó al apartamento media hora después con todo el cuerpo agotado, por ello la ducha que se dio le sentó de maravilla. Las endorfinas que había creado durante esa hora y medía le habían otorgado la energía necesaria para afrontar el último día de la semana. El cual avecinaba bastante desgaste mental, ya que tenía varios trabajos para sus clases que, aunque tenían lejos la fecha de entrega, ella los haría ya. Además de la comida que tenía con los mellizos, que también acabaría con mucha de su paciencia.

Cuando salió de su gratificante ducha ya era media mañana y se topó con Kai en la cocina donde, esta, se estaba preparando un pequeño sándwich. Ella prefirió tomar una simple botella de agua de la nevera y sentarse en la silla de la pequeña mesa que descansaba ahí.

—¿Quieres? —le ofreció su compañera. Alyn negó—. Como quieras —finalizó antes de darle un bocado.

—¿Qué planes tienes para hoy?

—No gran cosa, la verdad. ¿Y tú?

—Tengo varios trabajos por adelantar. —Entonces lo recordó—. Y, por cierto, no estoy para comer. He quedado con un par de amigos para ir a comer fuera. —Kai asintió, sin problema alguno, y siguió con su picoteo.

—¿Amigos de clase? —preguntó, curiosa, la pelo azabache mientras se sentaba a su lado. Alyn negó antes de añadir:

—Nos conocemos de toda la vida. Nos hicimos amigos en parvularios.

—Oh, qué bonito. Entonces tienen tu edad, ¿no? —Asintió—. ¿Y estudian aquí? —siguió preguntando.

Alyn no se sintió incómoda en ningún momento, al contrario, pensó que con estas pequeñas cuestiones podían conocerse mejor. Al fin y al cabo, esperaba no volver a tener que cambiar de habitación en lo que le quedaba de carrera y, con ello, tampoco de compañera.

—No, ambos estudian en la universidad de Pace y viven juntos en un apartamento.

—Uy, la convivencia con un amigo a veces cuesta.

—Y más si es tu mellizo. —Kai la miró sorprendida, lo que causó que se le escapara una pequeña risa—. Hayden y Hailey son mellizos y pensaron que irse juntos no sería mala idea. Se ve que en ese momento no se acordaban de todas las discusiones que tenían siempre en casa de sus padres.

—Bueno, al menos no es un completo desconocido —comentó, después de tragar un bocado. La mente de Alyn interpretó esa frase con una indirecta y por ello hizo una mueca que su compañera detectó—. Oh, no lo digo por nosotras —se rectificó con rapidez—.

Créeme que he tenido siempre suerte con mis compañeras. Primero Harriet y ahora tú. Pero no siempre es así.

La castaña recordó a su antigua compañera y comprendió a la perfección sus palabras.

—Tiene que ser genial tener un mellizo, aunque eso de compartir el día de cumpleaños… —bromeó, Kai.

—Bueno, en eso a veces sí que han tenido riñas, sobre todo cuando eran pequeños, ya que tenían una fiesta para ambos. Ahora si no se ponen de acuerdo, pues lo celebran separados, aunque por más veces que hayan jurado que lo harían, al final siempre terminan volviendo a unirse.

—¡Por cierto! —elevó la voz, como si su cerebro hubiese caído en algo después de mucho tiempo—. No sé cuando es tu cumpleaños. —Alyn soltó una risa, ya que por la cara parecía algo más serio, pero no.

—El dieciocho de enero —respondió.

—¡¿En serio?! El mío también es el dieciocho.

—¿De enero? —cuestionó, sorprendida.

—No —negó con una sonrisa. La castaña cambió la expresión—. De febrero.

—O sea, que soy exactamente un mes mayor que tú.

—Efectivamente.

El resto de las horas se quedó hablando con Kai, hasta que se marchó de nuevo a su habitación. Aprovechó el poco tiempo que le quedaba antes de ir con los mellizos Anderson, para leer un par de páginas que le habían puesto de deberes dos días atrás. Eso lo tendría que haber hecho ese mismo viernes, pero ocurrió lo de Ethan y su arrebato de llevarla a la fuerza al partido.

Dos días después, debía admitir que se lo pasó bien, sobre todo tras el partido, cuando se quedaron jugando con el balón. No podía borrar de su memoria la sensación de bienestar al rozar el palo y como se le llenó el pecho de algo extraño cuando Ethan le dedicó esas palabras, aquellas donde, con sinceridad, le aseguraba que creía que era capaz. Aun así, desde ese viernes no había tenido ninguna señal del chico y lo agradecía, ya que por culpa de esa salida en esos momentos, ese domingo, tenía tarea atrasada. Se

había descuadrado su horario. Así que ahora mismo el castaño no era de su agrado.

Distinguió la doble cabellera rosa en la distancia. Los mellizos entraban riendo, para su sorpresa. Hayden barrió con la mirada el local, que ellos mismos habían escogido, y encontró a la chica en una mesa de la esquina. Sin darle ninguna señal a su hermana, se encaminó hacia Alyn. Hailey lo siguió mientras continuaba hablando de algo que no llegaba a los oídos de la castaña. Su conversación murió una vez se situaron delante de la mesa en la que Alyn llevaba quince minutos esperando.

—Atasco —se excusó el chico al tiempo que dejaba un suave beso en la mejilla de su amiga y tras eso se sentó a su lado, dejando a su hermana sola al frente. Esta le dio un corto abrazo a la chica, por encima de la mesa, y se sentó.

—No pasa nada —le restó importancia—. He estado entretenida.

Alzó a la vista de ambos una revista que había comprado de camino al bar. Era de arquitectura y se había pasado todos aquellos minutos ojeando. Su padre se la recomendó en la última llamada. Según él: "Así puedes mirar como los grandes arquitectos construyen y de ellos aprender, además de inspirarte". En otras palabras: "Mira como están triunfando y esfuérzate para alcanzar eso".

—No dejas los estudios ni en fin de semana —se quejó, Hailey, antes de fingir una arcada.

—Solo soy aplicada. —Se encogió de hombros.

El camarero dio por finalizada la conversación con su presencia y los tres se apresuraron por escoger algo que comer. Alyn eligió algo ligero, ya que no quería echar a perder el ejercicio que había hecho esa mañana. Aunque ella misma era consciente de que eso era un poco hipócrita de su parte, porque el resto de la semana se permitía lo que fuera. Sin excederse, claramente.

—Oh, por cierto —volvió a retomar el habla, Hayden, mientras hurgaba en el bolsillo de su abrigo, que había dejado sobre el respaldo de su silla—. Esta mañana he ido a comprar algo para

desayunar debido a que alguien se ha acabado mis cereales... —hizo una pausa para mirar mal a su hermana.

—Supéralo —respondió esta al tiempo que ponía los ojos en blanco.

—Total, que vi esto y pensé en ti.

De la mano que tenía escondida detrás de su espalda sacó un paquete de su dulce favorito. M&M's. Dejó cae la bolsa amarilla con las grandes letras sobre la mesa y observó la reacción de su amiga. A Alyn se le iluminaron los ojos y sus labios se entreabrieron, estaba a punto de salivar. Sin embargo, agarró el paquete y lo abrazó contra su pecho unos segundos antes de hacer lo mismo con su amigo.

—Gracias, te amo —le murmuró aún abrazándolo.

—Eres una interesada —bromeó el chico al separarse.

—Sabes que eso no es verdad, yo te quiero me des o no M&M's.

La castaña no dudó en abrir el paquete y oler su contenido antes de sacar un puñado de bolitas y adentrarlas en su boca del tirón. Hayden la miró con una sonrisa divertida, pensando en que la obsesión de Alyn por esos dulces nunca sería normal. Mientras, Hailey la observó con una mueca.

—Estás a punto de comer. No deberías comer eso ahora, espérate al postre, hija —comentó esta.

—Siempre es un buen momento para unos M&M's. Da igual si es antes, durante o después de comer.

Su amiga simplemente negó, dándola por perdida.

Poco después les sirvieron la comida. Durante esta se hablaron diversos temas, entre ellos el nuevo ligue de Hailey. Era un chico que estudiaba en Dartmouth y que había conocido en la fiesta a la que habían asistido antes del inicio de clases, el mismo día que Alyn asistió con Steve a la que Kai les había invitado. Los mellizos Anderson estaban en esa otra fiesta, por ello no fueron con ella. Se ve que esa noche se enrollaron y que desde entonces solo se habían visto de refilón en algún lugar público, pero que hace un par de días coincidieron en una librería y hablando llegaron a quedar. Esa "cita" tendría lugar dos días después.

Otros de los temas fue el interés extremo de Hayden con los cómics. Les explicó a ambas todos los cómics que había visto en un mercadillo de segunda mano el domingo anterior, además de asegurar las ganas que había tenido de agarrar todos y salir huyendo. Sin embargo, no pudo hacer más que conformarse con comprar cinco de ellos que, para él, eran pocos.

En referente a Alyn, esta explicó lo que ocurrió con Ethan hacía dos días. Ellos se sorprendieron, pero aunque no lo mostraran, por dentro se alegraban de que alguien hubiera sido capaz de sacar a Alyn de su burbuja por más que hubiese sido a la fuerza. Ellos ya lo habían intentado veces, era imposible. O al menos eso parecía. Ya no podían decir lo mismo.

Traspasó la puerta de su habitación y por más que deseara tirarse sobre la cama, vaguear y dormir, no pudo. Se obligó a sí misma a sentarse en la silla de su escritorio, tras dejar su bolso y cambiarse de ropa a su pijama. Se ató el pelo en un moño desenfadado y empezó a seguir su horario, aquel que tuvo que modificar el día anterior por la mañana.

Llevaba una hora haciendo un trabajo, que ya le ocupaba cinco páginas, cuando su puerta se abrió de par en par asustándola y causando que un garabato se plasmara en mitad de la hoja.

—No sé si he hecho bien —fue lo primero que dijo el intruso mientras cerraba la puerta.

Alyn se giró completamente hacia él y desde la silla le dedicó una de las peores miradas posibles.

—Primero, se llama antes de entrar porque por tu culpa ahora tengo que utilizar Tipp-Ex en la mitad de la hoja —dijo molesta al tiempo que levantaba el folio para que su amigo la viera—. Segundo: "Hola, Alyn. ¿Qué tal estás? ¿Qué tal el fin de semana? ¿Bien? Me alegro" —añadió, intentando imitar su voz.

—Hola, Alyn. ¿Qué tal estás? —comenzó a recitar mientras se acercaba a ella. Dejó un dulce beso en la frente de la chica antes de continuar hablando—. ¿Qué tal el fin de semana? —La castaña hizo

el amago de contestar, pero no se lo permitió—. ¿Bien? Me alegro. —Finalizó sentándose en su cama. Ella lo miró con odio.

—Baja los pies de mi cama, Steve —ordenó, autoritariamente—. O al menos quítate los zapatos.

Este bufó al mismo tiempo que, con sus propios pies, se quitaba el calzado, después se dejó caer sobre el colchón y su mirada se clavó en el techo. Descansó sus manos en su abdomen. Fue en ese momento cuando Alyn se dio cuenta de que algo estaba rondando la mente de su amigo y que parecía serio.

—¿Qué ocurre? —le preguntó mientras dejaba la hoja junto al resto y se acercaba a él, arrastrando su silla.

—Besé a Kai —soltó, sin una pizca de anestesia.

Alyn abrió sus ojos, asombrada, y necesitó unos segundos antes de que sus labios respondieran.

—¿Qué? —dijo, absurdamente.

—Que la otra noche besé a Kai —repitió, sin mirarla. No lo había hecho desde que se había tumbado sobre la cama.

—¿Kai… mi com…?

—Sí —interrumpió al tiempo que se llevaba ambas manos a la cara.

La chica no sabía muy bien como digerir esas palabras. Por una parte, le parecía mal, ya que su amigo tenía pareja, por más que a ella le desagradara; pero por otra, sentía que esa arpía se lo merecía. Sin embargo, ganó la primera parte.

—Steve, tienes novia —le recordó con suavidad, pero a la vez con un tono que lo hiciera ver que había hecho mal.

—Lo sé, lo sé, pero Emily tampoco es que ayudara aquella noche. Tuvimos una discusión y supongo que todo se mezcló.

—¿Cómo que se mezcló? ¿En qué momento una discusión de pareja acaba con que te beses con mi compañera de habitación, con la que encima no es que te lleves genial?

—Se emborrachó y se ve que le dijo a su amiga que quería que yo la llevara —explicó, mirándola, al fin—. No tengo ni idea de por qué pidió eso, pero lo hizo. Y Lorie, con quien estaba jugando al estúpido juego de Verdad o Reto, me dijo que mi tarea era llevarla a casa.

—Eso no tiene nada que ver con Emily.

—Total, que al llegar aquí, Matthew nos escuchó. Estaba a punto de pillarnos y a Kai no se le ocurrió nada mejor que besarnos para que no nos dijera nada.

—No le gusta interrumpir a las parejas —confirmó las palabras dichas por Kai aquella noche. Steve asintió.

—No quería, me negué varías veces, lo juro. —La miró con sinceridad—. Pero ella insistía y no se callaba. Si no lo hacía nos echarían a los dos y no podría traerla a la habitación.

—Y la besaste.

—Ella me lo pidió.

—Y lo hiciste.

—No tenía otra opción —comentó, frustrado.

Alyn se paró unos segundos a pensar. No le agradaba nada las infidelidades, aunque Emily fuera una arpía que se lo merecía y que, aunque no sabía con seguridad, seguramente le ponía los cuernos a su mejor amigo. Analizó los acontecimientos y el estado en el que se encontraba Steve, antes de escoger las palabras adecuadas.

—Sabes que odio que alguien no sea fiel a su pareja, me parece un acto cobarde y ruin —empezó a decir. El chico soltó un bufido, sintiéndose mal al decepcionar a su amiga—. Sin embargo…

—¿Sin embargo? —cuestionó confuso, no esperaba algo más.

—Solo lo hiciste porque no os quedaba otra. Era eso o Kai se quedaba en la calle, ¿no?

—Sí, supongo. —No lo dijo muy convencido, pero lo dejó pasar.

—Pues no se lo digas a Emily y olvídalo.

Steve dudaba que eso fuera posible, pero no lo verbalizó.

Alyn le dedicó una sonrisa cálida antes de volver a su tarea anterior, a la cual no llegó por la nueva intromisión del rubio.

—Ese no es el motivo de haberte interrumpido —comentó, haciendo girar de nuevo a su amiga, quien lo observó con las cejas fruncidas—. O sea, sí, pero no.

—Explícate, Steve.

—Vengo de hablar con Kai —explicó, volviendo la mirada al techo. Alyn esperó paciente a que él continuara. Lo hizo tras un suspiro—. Quería pedirle perdón por el beso, pero… pero…

—¿Qué, Steve? —incitó. La castaña tenía una mala sensación.

—No se acuerda de nada —sentenció.

—¿Nada de nada?

—De nada, ni un solo recuerdo que tenga que ver conmigo.

—Bueno, es normal cuando una se emborracha —comentó, Alyn, bajando la mirada. A su mente voló el hecho de que ella tampoco se acordaba de nada de lo que había ocurrido con Ethan en la fiesta previa al inicio de clase. Parecía que las chicas de esa habitación no sabían beber con responsabilidad—. ¿Se ha enfadado mucho?

El rubio la miró con una mueca antes de girar el rostro hacia el techo. Se mantuvo callado, sin contestar, y fue entonces cuando Alyn se puso en alerta.

—¿Steve? —Sin respuesta—. Steve, dime que se lo has contado, por favor —pidió. Solo recibió otra mirada de su amigo, que respondió a sus palabras sin necesidad de verbalizar—. Steve, joder.

—Ves, a esto me refería cuando te decía que no sé si he hecho bien —habló, exasperado, incorporándose y quedando sentado en el borde de la cama—. Una parte de mí quería contárselo, porque merecía y merece saberlo. Pero la otra… —bufó— la otra cree que si para ella no existe ese beso, será más fácil que para mí tampoco haya existido. Así no me sentiré tan mal.

—Sinceramente, creo que deberías habérselo dicho —opinó. El rubio se frotó la cara con ambas manos—. Pero ahora ya está hecho y si vas y le cuentas la verdad sabrá que le has mentido y su enfado será mucho peor. Así que ahora deja las cosas como están, será lo mejor.

—¿Tú crees?

—Sí.

El chico asintió y la chica lo observó unos segundos. La mirada de Steve estuvo perdida por unos instantes y eso hizo que Alyn notará que había algo más que no había contado, pero no lo iba a presionar. Y así era, había algo más en el interior de Steve, pero no lo comentó.

Tras unos minutos conversando de algo más trivial, este se despidió dándole las gracias y dejando otro beso en su frente. La ojiazul volvió a su trabajo, el cual tuvo que arreglar, ya que aún

poseía el garabato que había causado la entrada de su amigo. Tras solucionarlo continuó con él.

No obstante, parecía que ese día no iba a poder realizar todo lo que tenía planeado con tranquilidad. Unos golpes resonaron en su habitación y ella dio el pase viendo, unos segundos después, a Kai en el umbral. En su mano izquierda sostenía el teléfono que correspondía a la habitación y con la derecha tapaba el micrófono.

—Es para ti —susurró, acercándose a ella.

—¿Quién es?

—Ethan —sentenció.

Alyn se quedó completamente estática en su lugar. De todos los nombres que podía pensar que saldrían de los labios de Kai, no esperó que fuera ese. No esperaba que Ethan llamara, al menos con la intención de hablar con ella y no con su mejor amiga.

—Ya, a mí también me ha sorprendido —comentó la pelo azabache ante el silencio de la castaña—. Parece que me vas a quitar la atención de mi mejor amigo —bromeó al tiempo que extendía el brazo con el teléfono hacia ella.

Esta tomó el aparato entre sus manos y no hizo ningún movimiento con él hasta que Kai abandonó la habitación. Entonces lo miró y sus cejas se arrugaron. Tardó unos segundos, pero finalmente lo dirigió a su oído.

—¿Ethan?

—Buenas noches, pequeña loca —saludó con su carismática alegría. Alyn observó la hora en su reloj, eran casi las nueve y media de la noche—. ¿Qué haces?

—Estaba ocupada recuperando todo el trabajo que no pude hacer el viernes —soltó esa pulla casi sin pensar, pero al fin de cuentas era cierto.

—Vale, he pillado la indirecta.

—¿Por qué has llamado?

—Es el número de mi mejor amiga —respondió con diversión, por crear una respuesta evasiva.

—Sabes a lo que me refiero —comentó la chica con cansancio, mientras rodaba los ojos—. ¿Por qué me has llamado a mí? Porque aunque es el número de Kai, por quién has llamado es por mí.

—Solo quería saber qué hacías.

—¿Para?

—Para invitarte a unas cervezas. —Esa respuesta tomó desprevenida a Alyn, no creía que volvería a juntarse con Ethan, mucho menos en tan solo dos días desde su tercer y último encuentro—. ¿Te apuntas? —añadió al no recibir ninguna señal.

—Ya te he dicho que estoy recuperando trabajos que debería haber hecho antes.

—¿Para cuándo son?

—¿Qué más da? El caso es que…

—¿Para cuándo? —insistió, interrumpiéndola. La ojiazul suspiró con pesadez antes de contestar:

—Para dentro de dos semanas —susurró, como si no quisiera que el chico la llegara a escuchar. Apenas lo conocía, pero ya sabía lo que le iba a decir. No hacía faltar ser Einstein.

—¿Me estás jodiendo? —preguntó, retóricamente—. Deja eso y vamos a tomar unas cervezas. Conozco un bar cerca de tu residencia que…

—No —negó con firmeza—. Mira, Ethan, apenas te conozco. No sé lo qué pretendes con esto, pero ya hiciste bastante el viernes. Creo que ya has tenido… bueno, ya hemos tenido —se corrigió— suficiente. Propónselo a Kai, yo estoy ocupada. —Sin darse cuenta, su voz salió más firme y fría de lo que pretendía.

Al otro lado de la línea, tirado sobre el suelo de su estudio tras terminar una de sus obras, Ethan se quedó en silencio. Había decidido llamarla porque algo en su interior, que apareció el día que se conocieron y que se intensificó el viernes, le pedía que no dejara que esa chica fuera una caricia efímera en su vida, sino una huella. Sin embargo, se dio cuenta de que ella no iba a ceder con facilidad, no aquella vez. No obstante, no insistió, sino que esperar era su plan.

—Entonces que disfrutes de tu amargada noche —comenzó a despedirse—. Descansa, pequeña loca.

Colgó.

Él se mantuvo en el suelo.

Ella miró desconcertada el teléfono. Había sido muy fácil.

No le dio muchas vueltas más y continuó con su tarea, que no duró mucho, ya que tenía que tachar otra de las cosas de su lista y era mejor hacerlo ya, porque más tarde no pillaría a la persona despierta. Con el mismo teléfono con el que pocos minutos atrás mantenía una conversación con Ethan, marcó el número que se conocía de memoria desde hace tiempo.

—¿Diga?

Esa dulce voz transportó a Alyn a años atrás, a veranos fuera de Nueva York y a todos los momentos que compartió con su dueña. La palabra hogar nunca tenía tanto sentido como cuando hablaba con ella. Se sentía en paz, como si todas las capas que tapaban a Alyn se desvanecieran y solo quedara ella.

—Hola, *abu* —saludó con una sonrisa nostálgica. No hacía ni un mes que la vio por última vez, pero ya la extrañaba, demasiado.

—Ay, Evolet. ¿Cómo estás, mi niña?

Su abuela era la única persona que la llamaba por su segundo nombre. Además de ser la que le había enseñado a hablar español con fluidez. Evie Adalyn Stewart era una mujer española que con veinte años abandonó el país para viajar a Nueva York, dónde esperó tener una vida mejor. La consiguió, ya que encontró al amor de su vida y, junto a él, crearon una familia. Era lo que más deseaba. Y a todos los miembros de ella les inculcó su idioma, como a Alyn.

—Muy bien. ¿Y tú?

—Muy bien. —La castaña escuchó de fondo el ruido de la televisión, por lo que supuso que estaría viendo una de esas típicas películas de domingo—. *Aunque todavía no me acostumbro a tener tanta casa para mí sola.*

Alyn recordó como, dos años antes, decían adiós al que era el amor de la vida de su abuela. Al mejor abuelo que había podido tener. Vio lo duro que se le hizo a su abuela, pero aun así, demostrando lo valiente y fuerte que era, siguió adelante.

—Ya te he dicho que eso es ideal para montar fiestas, yaya — bromeó con burla—. *Llama a tus amigas de la brisca y os dais la noche padre.* —La joven rio ante el bufido que propinó la mayor.

—Ay, cariño, tienes unas ocurrencias. —No la podía ver, pero sabía que estaría negando con la cabeza—. *¿Y cómo van las clases?*

—Bien, como siempre.

—¿Tus padres te meten presión? No me sorprende la verdad.

—La verdad es que vivir en la residencia ayuda, no es tan constante —comentó con sinceridad, al fin de cuentas ese fue uno de los motivos principales de la huida de su hogar.

—Hazme caso a mí, que soy la sabia de la familia. —Los ojos azules de la chica cayeron sobre una foto que descansaba en la mesita de noche, donde estaban todos: sus abuelos, sus padres, su hermana y ella; varios años atrás—. *A ellos ni caso, tú sigue lo que te dicte el corazón.*

—Eso hago, abu.

—Si tú lo dices... —soltó para nada convencida. En cambio, decidió cambiar de tema—. *Por cierto, Evolet, ¿qué tal tu nueva compañera?*

—Genial, créeme que es mucho mejor que la anterior —respondió mientras pensaba en la suerte que había tenido al coincidir con Kai. Era todo lo que esperaba en una compañera de habitación.

—Ay, es que con esa tipita que estabas antes... Me daba miedo que te hiciera algo. —Ese comentario causó una risa en su nieta—. *Es que los jóvenes a veces son muy impredecibles.*

—Ay, yaya, qué exagerada eres. —Negó con diversión—. *Pero sí, menos mal que ya no comparto habitación con ella. Aunque no todo es de color de rosa con Kai.*

—Mi niña, no seas exigente.

—No, no, si no es por ella —se apresuró a aclarar—, *sino por su mejor amigo.*

—Bueno, no tiene que importarte su noviete.

—Abuela, no es su novio —la corrigió mientras ponía los ojos en blanco. Siempre que le decía que un chico era amigo de alguna chica, ella ya pensaba en que eran novios. Excepto con Steve y Alyn.

—A mí me lo puedes contar.

—Te lo juro, por todas las telenovelas que me hacías ver los veranos —juró con gracia, causando una leve risa a su abuela. Adoraba oírla reír y por ello no pudo reprimir la sonrisa.

—Vale, vale. ¿Y qué pasa con ese amigo?

—Pues que coincidimos en una fiesta y yo… bueno, yo iba… —Le daba un poco de vergüenza confesárselo a ella, pero Evie se adelantó y sin tapujos dijo:

—Borrachita.

—Ahá —murmuró apenada y añadió—: *Y se ve que pasé la noche con él.*

—Alyn Evolet —le riñó con autoridad.

—No, no, de esa manera no —aclaró con rapidez y vergüenza—. *Solo me cuidó y me trajo a casa.*

—Muy considerado de su parte.

—Y el otro día me llevó a rastras a un partido de fútbol americano. Justamente jugaba Steve.

—Stevie, el niñito adorable —habló con cariño. Solamente lo había visto dos veces, cuando este venía a buscar a Alyn de las vacaciones antes de tiempo. Aparte de aquel primer encuentro de dos días—. *¿Cómo está?*

—Más o menos bien —contestó acordándose de la conversación de esa tarde.

—Dale un beso de mi parte.

—Lo haré —aseguró—. *Bueno, como iba diciendo, me llevó al partido y luego nos escondimos hasta que todos se fueron. Nos pasamos las siguientes dos horas jugando.*

—¿Te divertiste? —preguntó la mujer, como si eso fuera lo único que importara.

—Em… —dudó, aunque en el interior lo tenía claro—, *sí.*

—Pues entonces no tiene nada de malo, cariño.

—Lo malo es que se piensa que ya voy a querer volver a salir con él. Me ha llamado hace unos minutos para ir a tomar unas cervezas. Obviamente, le he dicho que no. Ya bastante me ha trastocado mi horario.

—Por Dios, deja eso ya —le recriminó, molesta—. *Pareces una maruja de mis tiempos y no una joven de diecinueve años.*

—¿Qué dices, abu? —cuestionó un poco a la defensiva, pero también un tanto confusa.

—Que llames a ese chico y le digas que sí —sentenció, decidida—. *Nunca es tarde para tener una cita.*

—Abuela, no es una cita. Apenas lo conozco, ¿cómo piensas en que algo así pueda ocurrir? —soltó, como si las palabras que acababa de escuchar fueran un completo disparate.

—Ay, mi pequeña Evolet, yo solo había coincidido dos veces con tu abuelo antes de que tuviéramos nuestra primera cita. Con beso y todo.

—No es lo mismo, ahora son otros tiempos —se excusó.

—Menos estrictos. No sirve esa excusa.

—Aun así. —Se encogió de hombros mientras observaba por la ventana como la noche ya había dominado el cielo. Se encontraba oscuro y, por desgracia, debido a la contaminación lumínica, no se apreciaba ninguna estrella.

—Cariño, deja de pensar como tus padres quieren que pienses. —Ese comentario hizo volver al presente a la castaña—. *Por un instante piensa solo en lo que a ti te apetece. ¿Quieres ir a tomar esas cervecitas con tu amigo?*

Alyn no tardó mucho en encontrar la respuesta.

—Sí.

—Pues hazlo.

—Pero abu… —La interrumpió.

—No hay peros. Vida solo hay una y es muy corta. No la malgastes quedándote encerrada cuando realmente quieres salir. Ahora ponte en pie y ve con ese chico —le ordenó autoritariamente.

—Gracias, yaya.

—No hay de que, Evolet. Ya me irás contando los avances con este chiquillo, que ya sabes lo que me gusta un buen cotilleo. —Ambas rieron.

—Te quiero —se despidió.

—Yo también te quiero, cariño.

Tras colgar se quedó observando el aparato entre sus manos. Aún poseía las dudas dentro de ella, pero las palabras de su abuela resonaron en su cabeza y eso la incitó a ponerse en pie e ir hasta la habitación de Kai. A esta le sorprendió el motivo de su presencia, pero, con una sonrisa contenida, le facilitó el número de Ethan. Volvió a su habitación para llamarlo.

—Mucho has tardado —fue lo primero que oyó al otro lado de la línea.

El castaño aún se encontraba en el suelo con el teléfono, que antes mantenía cerca a la espera de esa llamada, ahora en el oído. Sonreía al techo con satisfacción, ya que había adivinado la acción de aquella chica.

—Tenía que hacerme la interesante —bromeó, para combatir los repentinos nervios. Esa frase pilló desprevenido a Ethan, que no esperaba una contestación semejante.

—¿Esta llamada es un "acepto" a ir a tomar unas cervezas?

—Sí —murmuró tras retener unos segundos su labio inferior.

—Genial, te espero en Cookie's en veinte minutos.

Sin dar tiempo a rechistar o a preguntar algo, colgó.

Alyn quedó desorientada unos segundos antes de reaccionar por fin y ponerse en pie, ya que se había sentado en el borde de la cama para llamar, e ir al armario a por algo que ponerse. No era una noche de mal tiempo, pero aun así tenía pinta de que algo de frío habría. Por ello optó por ponerse unos pantalones ceñidos a cuadros, negros y verdes, junto con un jersey, también negro, que adentró por la cinturilla.

La castaña nunca había ido a Cookie's, pero sabía de su existencia y de dónde se situaba gracias a Steve, que sí lo había frecuentado alguna vez, recientemente, con Emily. Además de que, en una reciente conversación, Kai le había comentado que era en ese local en el que trabajaba. Gracias a eso no le costó mucho desplazarse en coche hasta el lugar.

La temática sesentera la envolvió nada más traspasar la puerta y eso la encandiló. El lugar era precioso y en esos momentos envidió a la morena por estar en este local trabajando. Era increíble.

Sus ojos, durante el recorrido, se toparon con dos de un verde intenso que la observaban desde la barra. Ethan llevaba ahí cinco minutos, por lo que ya tenía en su poder una cerveza, a la cual ya le había dado un par de tragos. Sin embargo, dejó el tercero a medio camino cuando desvió la mirada un segundo y se encontró a la figura de Alyn en la puerta. La ojiazul cambió su expresión de niña

en una tienda de chuches y se encaminó hacia el chico, que sonrió viendo como se acercaba.

—Hola —saludó, Alyn, en un tono suave y bajo, como si la vergüenza hubiera hecho acto de presencia.

—Hola —repitió, Ethan, más relajado—. ¿Qué quieres tomar?

—¿Qué estás tomando tú? —preguntó observando la botella en la mano del castaño. Este se la mostró—. Otra.

El ojiverde pidió la cerveza para la chica con dos simples gestos hacia la camarera. Después volvió su atención a la figura femenina a su lado. Esbozó una sonrisa maliciosa antes de hablar.

—¿No decías que estabas muy ocupada? —cuestionó con diversión.

—Y lo estaba.

—¿A qué se debe este cambio de opinión?

—Digamos… que he recibido un consejo —musitó mientras recibía la cerveza por parte de una de las camareras. Ethan esperó a que la chica le agradeciera para continuar con la conversación.

—¿Y a quién debo darle las gracias por tan buen consejo? —siguió jugando, aunque una parte de él lo decía en serio.

—A mi abuela —respondió con una sonrisa ladeada.

—Pues, por tu abuela —ofreció un brindis, que ella aceptó encantada.

Chocaron ambas botellas haciendo sonar un sonido acristalado antes de beber un trago. Ambos se mantuvieron con una leve sonrisa, sombrando sus labios, tras tragar. Un silencio los envolvió por unos segundos. Unos que a Ethan le sirvieron para pensar en algo sobre Alyn.

—¿Sabes? Con todo lo de los horarios, te pega estudiar arquitectura.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó con el ceño fruncido.

—Que no me extraña que estudies arquitectura, planeas tu vida igual que en la arquitectura: tornillo a tornillo. —El comentario nunca fue con mala intención, pero la castaña solo lo pudo recibir como un ataque a su manera de ser y a sus estudios, aquellos que serían su trabajo futuro.

—¿A qué viene eso?

—Solo era un comentario. —Se encogió de hombros, restándole importancia.

—Ahórratelo —ordenó a la defensiva.

—Vale, vale, me callo —finalizó, levantando las manos en son de paz.

Alyn tomó de su cerveza con molestia. No sabía por qué le molestaba tanto que dijera algo así, no era la primera vez que alguien le decía que ordenaba su vida minuto a minuto, de forma compulsiva. Lo había hecho sus amigos, su hermana y su abuela. Nunca reaccionaba así. Supuso que fue porque él apenas la conocía… o porque la había calado en poco tiempo.

En vez de apartar todos los pensamientos y centrarse en otro tema de conversación, la mente de Alyn le traicionó y ante sus ojos se mostró una escena de hacía años. Además de varios comentarios por parte de sus progenitores. Una capa oscura la envolvió y, sin darse cuenta, las palabras fluyeron de sus labios:

—No es por gusto —susurró. Ethan volvió su mirada a la chica y, con ella, le hizo ver que se había perdido—. Estudiar arquitectura, no es por gusto —aclaró.

—¿Entonces?

Alyn apartó la mirada hacia la barra y respiró hondo preparándose.

—Mi padre es gerente de una empresa de vinos mundialmente reconocida y mi madre es una abogada implacable y respetada. —Hizo una mueca apenada—. Al principio querían obligarme a estudiar derecho, para terminar trabajando junto a mi madre. Sin embargo, me negué. Odio las leyes —sentenció como lo peor de los males, mirándolo. Ethan la escuchaba con la mirada fija en ella y eso la puso nerviosa, por lo que volvió a apartar sus ojos de él—. Así que decidieron que entonces tendría que estudiar empresariales, para ir con mi padre. También me negué —comentó con un poco de enfado —. Creo que fue de las pocas veces que no cedí. —Al castaño se le escapó una débil sonrisa—. Fue entonces cuando mis padres me recomendaron arquitectura. —Y se le esfumó—. Decían que era una carrera respetada y donde podía ganarme un buen futuro. —Alyn suspiró—. Acepté, con tal de no seguir los pasos de ellos, me conformaba.

—Los estás siguiendo igualmente —sentenció sin apenas rumiar sus palabras, pero de forma segura—, por más que no estudies exactamente lo mismo que ellos.

—Eso no es cierto.

—Sí lo es, porque aunque no estudies derecho o empresariales —giró su cuerpo hacia el suyo y, como autorreflejo, ella hizo lo mismo —, estás haciendo algo que a ellos les parece lo suficientemente "bueno" o de "alta clase e importante" como para que su hija lo estudie. —Alyn frunció el ceño analizando sus palabras—. Pero realmente, por más que pienses que estudiando esto has conseguido un logro, no es lo que quieres. ¿O sí? —La miró directamente a sus ojos, con intensidad—. ¿De verdad te gusta la arquitectura? ¿De verdad la amas tanto como para trabajar de ello toda tu vida?

La respuesta salió sin titubear.

—No. —Se sostuvieron unos instantes la mirada, hasta que las palabras dichas calaron en Alyn y ante la montaña de emociones la apartó. Volvió a colocarse hacia la barra, haciendo que Ethan también lo hiciera—. Supongo que tienes razón —susurró desanimada—. Me siento conforme con la arquitectura porque es como mi vida. La controlo minuto a minuto, como en la arquitectura se construye tornillo a tornillo.

—La arquitectura no es lo tuyo. —Sin embargo, aunque las palabras de Ethan, anteriores a esas, tenían una parte de razón, ese último comentario le molestó.

—Ni siquiera has visto algún proyecto mío —soltó a la defensiva.

El chico dejó la botella, casi vacía, en la barra y se giró de nuevo a ella para posar ambas manos en sus hombros y girarla hacia él. Acercó su rostro al suyo para murmurar:

—No hace falta —afirmó—. Escúchame bien, Alyn. Cuando una persona se mete en una carrera por obligación nunca será lo suyo, por más bien que se le dé.

Sus rostros se encontraban a escasos centímetros y eso causó estragos en ambos. Los ojos traicioneros de Alyn bajaron a los labios de Ethan y este no pudo reprimir hacer lo mismo ante esa acción. No obstante, algo hizo *"click"* en la mente de la chica, que se separó lentamente pero con firmeza. Recuperó la compostura y se terminó

la cerveza. Ethan se irguió de nuevo en su lugar y apoyó el brazo izquierdo en la barra como si no hubiese ocurrido nada.

—¿Y tú qué estudias? —preguntó, Alyn, para romper el silencio que empezaba a ahogarla.

—Arte en la Escuela de Artes Visuales.

—Debí suponerlo —aseguró con un encogimiento de hombros. Como respuesta recibió una mirada confusa y un ceño fruncido—. Tus tatuajes —señaló—. The Dance of Youth de Picasso.

El pequeño tatuaje que descansaba en la muñeca derecha de Ethan, aquella que sujetaba la cerveza, constaba de cinco figuras de las que aparecían en el cuadro. Dos negras, una sin color, otra roja y la última amarilla.

—La noche estrellada de Van Gogh —sentenció con una sonrisa.

El cuadro del pintor se situaba en el bíceps izquierdo del chico, ocupando la parte del interior del brazo. Era tan detallista que era una maravilla obsérvalo.

—Veo que no soy al único al que le gusta el arte —comentó con una sonrisa. Esa chica no le podía sorprender más, o eso pensaba siempre antes de que le saliera con algo nuevo. Como en ese momento con su conocimiento en arte.

—Cultura general, supongo. —Se encogió de hombros, queriéndole restar importancia; sin embargo, en su interior sabía que esas palabras no eran ciertas. Eran una mentira—. Además, también te delata un poco los restos de pintura en las uñas. —Ethan se observó las manos.

—Culpable. —Las alzó—. Amo el arte desde pequeño y llevo pintando y dibujando desde que era un crío —explicó antes de terminarse su cerveza. Alyn le siguió poco después.

—Se nota.

—La noche estrellada es mi cuadro favorito, por excelencia —confesó observando su tatuaje.

—Y el mío.

Sus miradas conectaron y una sonrisa nació en ambos labios.

CAPÍTULO 12

Dicen que su belleza no era deslumbrante —desde luego, aquellos que la veían no quedaban impresionados—, pero cuando estabas en su presencia y hablaba con ella, era irresistible.
Plutarco. Cleopatra

Riiiing, Riiiing, Riiiing.

Fue el sonido que hizo caer a Kai de la cama. Estaba somnolienta, tenía la boca seca, no podía abrir apenas los ojos, olía a alcohol y estaba segura de que el dolor de cabeza no era a causa de la caída.

Tan rápido como su resaca le permitió, fue a contestar la llamada que prevenía del fijo de la habitación.

—¿Diga? —preguntó fingiendo un tono neutro para no parecer tan perjudicada.

—¡Kai! Menos mal. ¿Llegaste bien? —respondió una voz alegre.

—Ah, eres Harriet —dijo volviendo al tono de voz ronco y resacoso —. Emmm… sí. Estoy bien… creo.

—Genial, sabía que podía confiar en Steve.

"¿Espera qué?", pensó Kai.

Se puso a recordar, o por lo menos lo intentó, pero la verdad era que su mente estaba difusa. Entonces empezó a alterarse.

—Harriet, ¿cómo volví a la residencia?

—Te llevó Steve. ¿No te acuerdas? —Hubo un silencio—. La verdad es que me sentí fatal por no poder llevarte yo…

—Harriet…

—...pero ya sabes que no disponíamos de coche y no me fiaba de nadie.

—Harriet…

—Te lo compensaré, ¿vale?

—Harriet… —repitió aún más afectada.

—¿Qué?

—No me acuerdo de nada —dictaminó pasándose la mano por el cabello despeinado y dejando ir un bufido que se convirtió en sollozo.

—Vale, Kai, escúchame. —Esta empezó a sollozar—. Por Dios, para, tranquilízate. —La chica intentó hacerle caso—. Ayer se te fue un poco de las manos, no te mentiré. Quizás esto de emborracharte una vez al año no te favorece, pero eso es decisión tuya. El caso es que no debes preocuparte. ¿Hasta dónde recuerdas?

—N… No lo sé —respondió con voz temblorosa—. Creo que estaba contigo jugando al BeerPong.

—Bueno, pues te aseguro que no nos separamos ni un solo momento hasta que te llevé con Steve. Piensa que él tiene novia, pero lo amenacé. Así que tranquilízate y si quieres asegurarte pregúntaselo a él.

—¿Pero lo vio Emily? —preguntó preocupada, recordando la cara del rubio cuando la vio bailando con otro chico. De aquello sí que se acordaba.

—Kai, ¿acaso crees que me importa? —preguntó con sarcasmo.

—No quiero más problemas con ella —aclaró.

—No te preocupes ahora por eso. Seguro que debes oler a perro y por tu voz lo pareces. ¿Por qué no te duchas, desayunas algo y te pones una peli?

No le pareció tan mala idea. De hecho, le apetecía aquel plan, algo relajado para aclararse un poco. Además, estaba sola, seguramente Alyn había salido. Ahora que lo pensaba no la había visto en la fiesta.

Se tomó una larga ducha para despejarse y sacarse el olor a alcohol que la inundaba. Allí, bajo el agua, intentó recordar algo, aunque

fuera una pequeña escena, pero nada de nada. Su mente era un pozo oscuro. Había bebido por primera vez hacía justo un año cumpliendo uno de los deseos de su hermana, el de emborracharse una vez estuviera en la universidad y desde entonces no había vuelto a beber hasta la noche pasada. No tenía pruebas, pero estaba convencida de que había sido un desastre. Sin duda debía hablar con Steve, por muy pocas ganas que tuviera.

Al salir del baño fue a desayunar, se hizo unas tostadas y un café bien cargado. Lo iba a necesitar para superar lo que le quedaba de día. Su compañera todavía seguía fuera y no había rastro de ella. Entonces pensó en la posibilidad que estuviera con Steve, y en la otra posibilidad de que ella hiciera algo tan vergonzoso que ahora este se lo estuviera contando a Alyn. Y así fueron un seguido de pensamientos que empezaron a invadir su mente. Esta iba a petar en cualquier momento entre especulaciones y resaca, así que intentó recomponerse cuando se sentó en la cama y abrió su desgastado libro de Peter Pan. Lo había leído demasiadas veces, pero le encantaba igual. Siempre deseaba vivir en Nunca Jamás, encontrar a su Peter, seguir una estrella, darse un *beso*, etc. El caso es que aquel libro siempre le ayudaba a evadirse. Pero aquella vez no pudo.

Quería confiar en Steve. Al fin y al cabo, no era mal chico, solo que no era de su agrado, pero no creía que él se hubiera aprovechado de ella, solo que había una sensación que no lograba entender. Quizás era miedo, o quizás no… ¡Dios, todo era un lío! Normalmente, solía comentar esas cosas con Ethan, pero no creía que aquello fuera apropiado que lo supiera. Se trataba del novio de su hermana, no de un chico cualquiera. Además, siempre que salía evitaba el alcohol, pero aquella noche se trataba del aniversario de la muerte de Alana, y sí, sabía que no era una excusa, pero necesitaba un poco de evasión.

También quería confiar en Harriet, ella conocía la lista que Kai seguía a rajatabla. Sabía que no dejaría que se enrollase con nadie por muchas ganas que tuviera de verla salir del caparazón, igual que Ethan, el cual se encargó de que no pasara el año anterior. Porque hasta el momento no había incumplido ninguno de los deseos de su

hermana y le dolería mucho hacerlo, sería una traición a un juramento de por vida.

Antes de comer llegó Alyn con una bolsa hasta arriba de comida. No esperaba que la morena saliera de su habitación con tanta desesperación a recibirla, ni tampoco que tuviera tanto interés en saber de dónde venía.

—He salido a imprimir un trabajo, a comprar bolígrafos y a por algo de comida. ¿Te apetece chino? —fue lo que dijo cuando Kai preguntó.

Esta, entonces, suspiró de alivio. Al parecer todo estaba normal, dentro de lo posible. Aceptó de buen gusto la comida a pesar de tener el estómago algo revuelto por el alcohol.

Las dos compañeras se sentaron en la mesa de la cocina, al principio se creó un silencio que Kai no sabía cómo romper, tampoco la conocía tanto como para saber que tema de conversación sacar, pero realmente sabía qué quería preguntarle. Solo que no sabía cómo.

—¿Qué hiciste ayer por la noche? No te vi en la fiesta. ¿Te fuiste con Ethan?

—Eeeh, no. Me trajo hasta aquí. No tengo tiempo para fiestas ahora que ha empezado el curso —respondió sin darle mucha importancia al tema. Pero, si eso era cierto, quería decir que quizás ella sabía si realmente había llegado bien.

—¿Me oíste llegar? —indagó.

—No, seguramente dormía como un tronco.

—Vaya —murmuró molesta por no recibir la respuesta que esperaba.

—¿Por qué? ¿Viniste con alguien?

—¿Qué? —se alteró notando como le subía el color a las mejillas—. ¡No! ¡No! Qué va, era solo por saber si te había despertado —se excusó, pero dedujo en la mirada de Alyn que no terminaba de creérselo del todo.

Decidieron dejar de lado la conversación, al parecer, ninguna de las dos estaba dispuesta a contar la verdad sobre lo vivido la noche anterior y, en cierto modo, lo respetaron como si se tratara de una tregua. Así que lo que siguió de día lo pasaron hablando sobre

anécdotas del curso anterior, sucesos emblemáticos de cada una y gustos. La intención de aquel día era que se conocieran un poco más, algo que Kai valoró mucho porque, aunque Alyn se mostrara más distante de lo que era Harriet, a la vez era una persona muy cálida, solo que parecía vivir bajo un techo que no la dejaba respirar.

La mañana siguiente aprovechó para estudiar y ponerse al día con los apuntes de inicio de curso, no es que fuera atrasada o lo dejara todo para último momento, solo era despistada. Aquel día, Alyn no comía con ella y por la tarde tampoco tenía gran cosa. Pensó en hacer algunas guirnaldas con bellotas pero poco más, así que decidió hacer tiempo poniéndose una película mientras comía las sobras de comida china del día anterior.

Seguramente, debió quedarse dormida porque no recordaba que se hubiera terminado la cinta, ni que Alyn hubiera llegado, ni que fueran las seis de la tarde. Fue gracias al sonido de la puerta que se despertó. Que ella supiera no esperaba visita, quizás era para Alyn o quizás era Ethan el cual solía presentarse sin avisar.

Se levantó de un salto de la cama, su compañera no salió de la habitación, así que supuso que estaba demasiado concentrada en lo suyo como para molestarse por la puerta. Miró primero por la mirilla para asegurarse de que no se trataba de ningún extraño. Y entonces lo vio.

Era Steve.

Mierda.

La persona que menos deseaba, pero que a su vez necesitaba ver.

—H… hola —saludó entreabriendo la puerta.

—Hola —respondió cortado.

Luego se quedaron en silencio esperando que alguno dijera algo.

—Emm… ¿Puedo pasar? —preguntó, Steve, con una risa nerviosa.

—Oh, sí, claro, claro. Pasa —reaccionó la chica también nerviosa.

Kai se sentía el ser más estúpido del planeta. No le salía el habla con fluidez y no entendía por qué. Volvieron a quedarse en silencio enfrente de la puerta mientras se miraban sin saber cómo seguir, porque ambos estaban en el mismo punto.

—Bueno, pues, ¿todo bien? —dictaminó el rubio una vez dentro, paseando incómodo por el pequeño recibidor que conectaba las puertas de las dos habitaciones.

—Ahá. ¿Tú?

—También, también. —Analizaba incómodo lo que había a su alrededor. Entre eso se percató de lo que ella llevaba en la mano.

—¿Peter Pan? —Esta dirigió su vista al libro que llevaba encima.

—Ah, sí. Es mi libro favorito.

—Qué casualidad, el mío también —musitó.

Kai asintió con la cabeza. No podía decir mucho más porque realmente no sabía qué decir. No recordaba apenas nada y la vergüenza empezó a subirle por todo el cuerpo. Quizás todo fue bien, o no, quizás metió la pata hasta el fondo. Ninguno de los dos sabía por dónde empezar y pudo notarse cuando ambos se pidieron perdón a la vez, quedándose en silencio de nuevo y buscando las palabras adecuadas para expresarse.

—Steve…

—No, yo primero.

Suspiraron y recogieron un poco de valor para hablar.

—No, déjame a mí —dijo, Kai, con rapidez para no ser interrumpida —. Lo siento, de verdad que lo siento mucho. Yo no bebo así, directamente no lo hago nunca, pero es que ayer no… no era un buen día… y se me fue de las manos. Mucho. Y ahora me siento fatal porque… porque no... no me acuerdo de nada y gracias a que Harriet me ha llamado esta mañana he sabido que tú… bueno, que tú me trajiste. La verdad es que no sé qué hice. Si hice algo, claro. Quizás no pasó nada y estuve tranquila, pero… Mira, Steve, aunque no recuerde nada, créeme que te pido perdón desde lo más profundo de mi corazón por lo que haya podido pasar.

—Kai, no pasa nada, en serio. —Se sorprendió al ver que acababa de acercarse a ella para tranquilizarla.

—No, pero sí que pasa. Y he estado pensando, ¿sabes? Porque reconozco que tú no eres mi persona favorita en el mundo, y desde luego yo la tuya tampoco, pero también creo que hemos empezado con mal pie. Quizás nos hemos dejado llevar por las influencias externas. ¿No crees? Bueno, en todo caso, sé que no eres mal chico

y te agradezco que ayer dejaras la fiesta para traerme aquí. Y, bueno, es probable que te niegues, pero me gustaría que empezáramos de nuevo. Que intentáramos llevarnos bien.

Steve no esperaba para nada aquel discurso, aunque no estaba muy lejos de lo que él había pensado, pero aún tenía que asimilar la información del principio. Kai no se acordaba de nada. No se acordaba del beso y eso era bueno, pero a la vez malo. Aun así debía decírselo, era lo indicado.

—Entonces, ¿qué te parece? —se adelantó ella.

—Genial —respondió sin pensarse la respuesta—. Es decir, que sí, yo también pensaba lo mismo. Deberíamos ser amigos, o por lo menos intentarlo.

Ahora sí, iba a decírselo.

—Oh, bien. —Se hizo otro silencio—. Y entonces, ¿hay algo que deba saber de ayer y que no vaya a darme mucha vergüenza ajena? —preguntó con un tono de voz algo más calmado.

—Sí, bueno, digamos que pasó algo. —Empezó a sentir el sudor por su cuerpo y no solo por los nervios, también por recordar la escena en su mente de forma continua.

—No me asustes. —Rio nerviosa.

"Steve, no la asustes", pensó él. Pero necesitaba saberlo. Ahora parecía que las cosas entre ellos iban a ir a mejor, así que debía ser sincero con ella y dejar atrás la antigua relación que tenían. Debían olvidarla…

—¿Steve? —Él volvió la cabeza hacia ella y la miró de la forma más serena que pudo—. ¿Qué pasó?

—Pasó que me hiciste imaginar una guirnalda de bellotas y… y ahora quiero una.

"Eres el ser más imbécil del universo", se dijo a sí mismo. Pero a Kai se le iluminaron los ojos.

—¡Oh, sí! ¡Sin duda, sí! Te haré una. Me gusta hacer manualidades. ¡Será un detalle bonito, ya verás!

Y antes de que pudiera rectificarse, sonó el teléfono de la habitación. Ella fue a mirar.

—Vaya, es mi madre. Creo que debería cogerlo.

—Sí, claro. Yo ya me voy. —Steve se quedó unos segundos recapacitando su respuesta—. Sí, mejor me voy ya.

Y es que por mucho que quisiera decírselo, y él sabía que era lo indicado, no podía. Tenía miedo. Ahora podían empezar una amistad y aquella información no sería de ayuda. Quizás era mejor hacer como si nada hubiera ocurrido. Total, no recordaba nada.

Era la segunda semana de clases y ya estaba hasta los topes de trabajo. Kai apenas tenía tiempo entre los estudios y Cookie's, de hecho estaba dispuesta a sacrificar algunas noches para poder estar al día de las entregas, aunque como siempre, terminaba apurándolo todo hasta último momento. El año anterior sacó matrícula en casi todas las asignaturas y este no sería menos. Muchas veces le sorprendía, pues en el instituto se pasaba horas estudiando para sacar un notable, pero desde que estaba en la universidad apenas se miraba los apuntes y sacaba sobresalientes. Y es que desde pequeña adoraba la arqueología.

Siempre se quedaba embobada viendo documentales sobre yacimientos arqueológicos y su historia, fuera de la época que fuese. Aunque su debilidad era el Antiguo Egipto, soñaba con ir a El Cairo en un futuro. Le fascinaba todo aquello.

No solo por eso adoraba su carrera, también por sus compañeros con los que podía hablar sobre temas que nadie de su entorno solía entender, además de sus profesores, que le parecían unos genios en la materia. Sobre todo, Fanny Clinton, una catedrática especializada en tumbas. Todo el mundo adoraba a la señorita Clinton y Kai no era menos, estaba deseando saber de ella, no la había visto en todo el verano y le hacía mucha ilusión ver que era su primera clase de la semana.

Cuando entró en el aula no pudo evitar dirigirse a la profesora, esta la recibió con una gran y calurosa bienvenida. Era el ser más dulce que jamás había conocido. Y como no, su clase pasó volando. Eran tres horas que se hicieron como una, en las que siempre deseabas más y más.

Antes de salir de la sala se unió a un grupo de compañeros que estaban hablando con la señorita Clinton sobre como les había ido el verano.

—De hecho, mis padres decidieron alquilar una casa en Florida y nos hemos pasado allí todo el verano. —Ese era Devor, un millonario que no era mal chico, pero le gustaba presumir de lo que tenía. Y gracias a él, Kai recordaba que Columbia no era una universidad de bajo *standing*.

—Oh, eso es genial, estuve allí hace dos años y me pareció precioso —añadió la profesora con una sonrisa.

—Sin duda, pero no tanto como Grecia. Dios, era enorme y espectacular. No sé describirlo, no puedo —siguió Beth. Una chica muy intensa.

—Estuve trabajando allí tres meses y realmente lo es. Es uno de los pilares fundamentales de este oficio —respondió Clinton. Entonces vio a la morena—. Kai, ¿cómo ha ido tu verano? ¿Finalmente pudiste acceder a aquel curso del que me hablaste sobre ritos egipcios?

—Las vacaciones me han ido bastante bien y no, no pude. Me apunté tarde y tampoco pudieron hacer una excepción, estaba todo lleno. Pero no pasa nada, porque me aseguraron plaza para el verano que viene, así que tampoco está nada mal. ¿Y usted, qué ha hecho este verano?

—Bueno, pues yo me fui de viaje por Sud-América con mi pareja, visitamos todos los países, aunque de forma muy breve. Sinceramente, fue muy bonito, pero una locura. Al final del viaje acabé con un colapso de culturas. Así que os recomiendo ir uno por uno, no vayáis a tantos países a la vez.

No pudieron evitar echarse a reír, pues así era la señorita Clinton, una mujer espontánea que se lanzaba a la piscina sin atender a las consecuencias. Por mucho que luego las afrontara de forma positiva.

—Ah, sí, y tengo una buena noticia también. Estoy embarazada. —Los cinco que estaban allí se quedaron unos segundos en silencio y este se convirtió en aplausos y gritos de alegría.

—Eso es fantástico —dijo Beth.

—¿Verdad? Llevábamos años buscándolo y por fin hemos tenido suerte. —Sonrió y empezó a frotarse la barriga.

—¿Y de cuánto estás? —preguntó Kai.

—De casi cuatro meses, aunque no se me nota mucho.

—En ese caso no podremos tenerte todo el curso —añadió Louisa, otra del grupo.

—Eso me temo, aunque podéis estar tranquilos. No me dejan coger la baja hasta que esté de ocho meses. Así que me tendréis aquí un poco más de lo debido.

—¡¿Qué?! Pero no es justo, ¿no? —exclamó Beth.

—Bueno, se ve que no han encontrado a nadie todavía —excusó.

—Pero aquí hay muchos profesores cualificados que pueden ocupar su lugar, no necesitan contratar a nadie. Por lo menos a partir del sexto mes —se quejó Devor.

—No es justo —reprochó Kai, que estaba evadida en sus pensamientos—. Quiero decir, es peligroso venir estando de ocho meses. Imagínese que le da por nacer antes y rompe aguas en clase. Usted nos enseña a enterrar a gente, no a hacerla nacer.

Todos se pusieron a reír frente a su comentario, el cual reconoció que era ingenioso, aunque no lo había dicho a propósito.

—Lo sé, chicos. Creedme que he intentado llegar a un acuerdo con dirección, pero no quieren dar su brazo a torcer. Es eso o que me bajen el sueldo. Como se nota que ellos no llevaran un bebé dentro en su vida. Pero mirad la parte positiva, nos veremos hasta el último momento.

Estaba bien ver la parte positiva, pero no era excusa, más bien era una injusticia y Kai no podía permitir que eso pasara, y menos en una universidad que apoyaba los derechos de todos por igual y que querían venderse como de mente abierta. Aun así, sabía que ninguno de los que habían estado presentes en aquella conversación haría nada para remediarlo.

Pero a Kai se le ocurrió una idea. Y para eso necesitaba dos factores:

1. La lista de deseos de Alana.
2. A Ethan.

Por lo que al salir de clase aprovechó su hora libre para llamar a su amigo.

—*Bonjour* —respondió Ethan pícaro como siempre—, *qu'est-ce que tu veux?*

—A un amigo que hable mi idioma. —Oyó que se reía y se aclaraba la voz.

—Perdón, ¿así mejor, mi dulce ardilla? —respondió esta vez con tono seductor.

—En fin… —suspiró Kai, dejándolo estar. Era imposible mantenerlo serio—. No me extraña que Alyn huya de ti.

—Ey, ey, ey, eso ha sido muy gratuito. No huye de mí, solo teme que descontrole su vida.

—Sí, sí, lo que tú digas. Pero necesito tu ayuda.

—Soy todo oídos.

—Quiero hacer un grafitti en la universidad —dijo rápido y contundente.

—Kai… —inspiró—, esa es una idea muy guay, pero no creo que sea…

—Deseo número diez de Alana: "Hacer un grafitti reivindicativo en la universidad".

Escuchó como volvía a inspirar más profundamente y dejaba unos segundos de silencio. Sabía que Ethan era el único que no la pararía, y además él era artista, podía ayudarla con el diseño y estaría a favor de llenar una pared de arte. Aunque el silencio estaba siendo más largo de lo normal.

—En ese caso… no podemos hacer esperar a un deseo de Alana —respondió finalmente.

Kai esbozó una gran sonrisa y no pudo dejar de darle las gracias y de decirle lo mucho que le apreciaba por ello.

CAPÍTULO 13

Más vale ser atrevido aunque se cometan errores
que ser estrecho de mente y demasiado prudente.
Vicent van Gogh

—Servicio de vandalismo a domicilio —fue lo primero que escuchó Kai tras abrir la puerta—. ¿Ha pedido usted un servicio para esta noche? —susurró.

Eran altas horas de la noche y no estaban permitidas las visitas a esas horas, mucho menos del sexo masculino. Una regla bastante idiota, opinaba Ethan, teniendo en cuenta que también existían relaciones entre el mismo sexo. Pero bueno, las normas no las ponía él.

—Pasa —murmuró, Kai, en el mismo tono, al tiempo que aguantaba la risa.

Ethan entró y echó una mirada de soslayo a la puerta cerrada de Alyn antes de encaminarse a la de su amiga. Sobre la cama dejó la caja mediana llena de esprays de pintura, que había tenido que "tomar prestada" de su clase. Al día siguiente tendría que dejarla antes de que la echaran en falta.

—Gracias por esto, Ethan —comentó la chica, ya en tono normal, mientras le sonreía con cariño.

—Lo que sea por ti —respondió eliminando la distancia para dejar un suave beso en su sien—. Y bien, ¿cuándo nos vamos?

—Ya.

—¿Ya? —preguntó sorprendido. Kai asintió con una sonrisa y el castaño procedió a mirarla de arriba abajo—. No pensarás ir así, ¿verdad? —La chica imitó su acción y se observó el atuendo.

—¿Qué le pasa a mi ropa?

—Nada, te queda genial —se adelantó a decir—. Pero me da a mí que ir con una camiseta de un verde intenso no es la mejor de las opciones para pasar desapercibida a la hora de invadir una propiedad privada para hacer un acto ilegal como lo es un graffiti.

Kai pareció pensarlo unos segundos antes de dirigirse a su armario a buscar algo oscuro. Ethan aprovechó para salir de la habitación y dirigirse a la cocina, esperaba que tuvieran una cerveza. Pero no tuvo suerte. Sin embargo, su mirada encontró algo más interesante.

¿Quién diría que la madera de una puerta podría hacerlo sonreír? Pero así fue.

—Vale, ya estoy lista —anunció la pelo azabache, saliendo de su habitación con la caja en sus brazos—. ¿Nos vamos? —intentó mirarlo a los ojos al formular la pregunta, pero su amigo no la apartaba de la puerta de Alyn.

—Aún no, se nos olvida algo.

—¿Ah, sí?

—Algo muy importante para hacer un dibujo ilegal.

—¡El boceto! —exclamó la chica al darse cuenta de su despiste.

Ella ya tenía la idea clara en su mente, pero era obvio que Ethan, el experto en pintar, era quien necesitaba saber cómo sería. Era mejor que lo supiera antes de estar delante de la pared, sino perderían mucho tiempo teniendo que explicárselo.

—También —respondió, apuntando mentalmente que tenían que hacerlo antes de irse—. Pero no es eso.

—¿Entonces? —cuestionó, sin comprender.

Respondió a su pregunta, pero no con palabras exactamente.

Alyn pegó un bote sobre la silla de su escritorio al tiempo que murmuraba un: "No me estoy durmiendo, no me estoy durmiendo". Lo cierto es que los parpados le habían comenzado a pesar media hora atrás, pero se negaba a dejar el trabajo a la mitad. Debía, como mínimo, tener tres cuartos antes de permitirse dormir.

—Ya lo veo —fue lo que dijo Ethan desde el umbral de la puerta.

La ojiazul se giró con rapidez hacia él. Este tenía los brazos cruzados sobre el pecho y en su rostro formaba una sonrisa divertida. Por uno de sus lados asomaba la cabeza de Kai, que con

su expresión daba a entender que no comprendía del todo la situación, pero por la sonrisa que intentaba escapar de sus labios parecía que le divertía igualmente.

—¿Qué hacéis aquí?

—Buenas noches a ti también —comentó, sarcástico, el chico. Alyn rodó los ojos.

—No deberías estar aquí. —La castaña dirigió la mirada a su compañera—. Como lo pillen serás mujer muerta. Lo sabes, ¿no? —Kai, simplemente, asintió.

Para su sorpresa, aunque ya empezaba a conocer el comportamiento de Ethan, vio como este se adentraba a la habitación sin ninguna invitación y se sentaba sobre el borde de la cama. Como si Kai lo tomará como un indicio de que ella también podía entrar, caminó hasta dejar una caja sobre el colchón. Se masajeó los brazos, doloridos. Al menos ella tuvo la decencia de no sentarse sin tener el permiso antes, el cual tampoco pidió, se quedó de pie al lado del castaño.

—Repito, ¿qué haces aquí? —esta vez se dirigió únicamente al chico.

—He venido a hacerle un favor a Kai. —Alyn miró a la nombrada, que le sonrió—. Pero tranquila que estamos a punto de irnos, nadie me va a pillar aquí. —La castaña asintió sin comprender a dónde quería ir a parar—. En cuanto estés lista nos vamos.

—¿Qué?

—Lo que has oído.

—¿Y a dónde se supone que vamos? —preguntó levantándose de la silla. Sabía que Ethan estaba volviendo a empeñarse en sacarla de su mundo y con ello de su control. El chico miró a la pelo azabache indicándole que respondiera ella, si es que lo deseaba.

—Vamos a hacer un graffiti en la universidad.

—¡¿Un graffiti?! —gritó, histérica—. ¡¿Os habéis vuelto locos?! —La morena hizo una mueca—. No me puedo creer que metas a Kai en una de tus locuras —comentó hacia Ethan, el cual simplemente le respondió con una sonrisa divertida. Sabía perfectamente la reputación alocada que tenía ante ella, y ante el resto. Sin embargo, lo que le satisfizo fue la intervención de Kai.

—En verdad la idea es mía.

Alyn se quedó congelada unos instantes antes de lograr mirar a su compañera. Esta le sonrió, aunque fue más una mueca. Después la castaña volvió a fijarse en Ethan, que la miraba con gran diversión.

—Yo… eh… —Agitó la cabeza y se centró—. Da igual de quién haya sido la idea, la cuestión es que es una locura.

—Una locura exquisita —puntualizó, Ethan.

—Una locura en la que no participaré —afirmó con seguridad.

—¿Por qué?

—Porque no pienso hacer algo ilegal, ni de coña.

Kai deseaba intervenir y salvarla, decirle a Ethan que fueran solo ellos dos, pero conocía suficiente a su mejor amigo como para saber que eso no le pararía los pies. Tenía un objetivo y era mejor dejar que él solito se las apañara. Por ello, cuando el castaño se puso en pie, ocupó su lugar y se dispuso a mirar las botellas de espray.

Ethan avanzó con lentitud hasta situarse delante de Alyn. Apresó sus hombros con sus manos y tuvo que inclinarse un poco para que sus ojos quedaran a la misma altura. Ese simple acto, esa cercanía, la dejó sin aliento. Tenía su rostro a menos de diez centímetros y sus ojos verdes perforaban los suyos con intensidad.

—Cuando pienso que hemos dado un paso adelante, tú retrocedes dos —murmuró. Esas palabras se clavaron en el pecho de Alyn, desinflando su fuerza—. Deja de encerrarte en tu burbuja. Sabes, tan bien como yo, que todos los planes que te he propuesto y que, según tú, han trastocado tu vida, los has disfrutado. Disfrutado de verdad.

Él esperó a que ella lo rebatiera, e incluso que le apartara, pero se sorprendió al ver que Alyn no lo negaba. Y es que no podía hacerlo porque, por más que le molestara darle la razón, decía la verdad.

—Cuando nos quedamos en el campo tampoco teníamos permiso —le recordó, aún susurrando—. No nos pasó nada. Te prometo que esta vez será igual. No dejaré que nos pillen. —Hubo un leve silencio —. ¿Te apuntas?

Alyn lo pensó concienzudamente. Las palabras de Ethan eran ciertas. Sabía perfectamente que se escondía en su burbuja, que disfrutaba de los planes que tenía con el chico y… sobre todo… sabía

que él cumpliría su palabra. Algo en su interior le suplicaba que aceptara, aunque iba perseguida por esa pequeña voz que le imploraba que fuera lógica, como siempre era.

"O como siempre habían querido que fuera", pensó.

Sin apenas darse cuenta, se vio a ella misma asintiendo con la cabeza.

De los labios de Ethan salió una sonrisa. Y los de ella los imitaron.

—No quisiera interrumpir… em… lo qué sea que os estéis comunicando mentalmente —comentó, Kai. Alyn retrocedió bruscamente un par de pasos, chocando con la silla de su escritorio. En cambio, Ethan se giró hacia su amiga con indiferencia—, pero es que tenemos que irnos a hacer el graffiti y aún no hemos hecho el diseño.

—Cierto —secundó, el chico, y volvió a girarse hacia la castaña, que apresaba la silla a sus espaldas—. ¿Me podrías prestar una libreta y un lápiz? Por favor.

Alyn seguía en una neblina de confusión ante la cercanía anterior de Ethan, pero aun así asintió.

—No tengo ninguna libreta —comentó mientras le pasaba un lápiz y una goma, por si llegara a necesitarla.

—¿Cómo no vas a tener ninguna libreta? ¿Cómo tomas apuntes? —cuestionó él, con una ceja arqueada y en un tono que dejaba claro que su excusa había sido de lo más ridícula.

—Sí que tengo libretas, pero son para clase y no pienso arranca, ni malgastar ninguna hoja —confesó.

—Si quieres… —empezó a decir Kai, pero la voz del chico sonó sobre la de ella.

—¿De veras que no vas a prestarnos ni una misera hoja? —Ella negó. Ethan se dio cuenta de que su obsesión por el control a veces era hasta enfermiza, pero se calló el comentario—. ¿Y no tienes ninguna libreta que no utilices o que sea para apuntar chorradas?

Con esa última palabra a Alyn se le formó la imagen en la mente del último cajón de su escritorio. En él descansaba una libreta lila, que hacía tres años que no usaba ni abría.

Dudó.

"¿Qué posibilidades hay de que…?", pensó al tiempo que se mordía el labio inferior.

—Yo podría… —intentó volver a hablar Kai, mientras se hacía a un lado para dejar que Ethan se sentara a su lado, sobre la cama.

—Tengo una —soltó, Alyn, silenciando sus palabras. La morena se encogió de hombros, dándose por complacida. Ella solo quería hacer el boceto de una vez.

Ante la mirada de ambos se movió hacia su escritorio. Las manos le temblaban, pero se obligó a respirar hondo y abrir el cajón. Ni siquiera miró directamente a la libreta hasta que la sacó de su lugar. Después, y aún de espaldas a ellos, le dio la vuelta. Se la entregó a Ethan con brusquedad, la misma con la que cerró el cajón. El castaño, confundido, tomó la libreta con más lentitud de la que ella hubiese deseado. Abrió la primera página antes de mirar a Kai.

—A ver, Kai, explícame qué quieres exactamente.

La ojigris, sentada a su lado, le explicó su idea lo mejor posible. El chico tuvo que pararse a pensar unos instantes, buscando un diseño para cuadrar todo lo que su amiga le había pedido.

—¿Por qué haces esto? —le preguntó Alyn a Kai.

—Por una de mis profesoras.

—¿Esto es una venganza a una profesora? —cuestionó asombrada. No esperaba que su compañera fuera capaz de algo así.

—No, no —se apresuró a decir.

Mientras Kai le explicaba la injusticia que se había cometido, Ethan se encontraba mirando con fijeza la hoja en blanco de la libreta. Ni siquiera les estaba prestando atención a las palabras que ambas estaban pronunciando. Sin embargo, algo más pequeño sí logró captar toda su atención. De una de las esquinas de la libreta sobresalió un pequeño papel. Con curiosidad la abrió por la página en la que se encontraba.

"Hace función de marca páginas", fue lo primero que pensó. Porque ese trozo de papel no tenía nada de especial, pero la hoja en la que se encontraba sí. Y lo que vio lo dejó congelado.

En ella había un dibujo a medio terminar. Un dibujo que distaba mucho de ser de alguien sin talento. Esa curiosidad que había

despertado en él, unos instantes atrás, se intensificó y en menos de lo que dura un pestañeo se hallaba pasando las páginas.

Sin parpadear.

Sin respirar.

Así transcurrieron los siguientes segundos, en los que ante sus ojos solo aparecían dibujos y más dibujos. Hechos, sin duda, por una mano experta. O, al menos, por alguien a quien se le daba de maravilla dibujar. Había rostros, cuerpos, ojos, paisajes, objetos… de todo. Y cada una de esas cosas estaba dibujada de manera puramente artística.

—Dibujas —afirmó, aunque su intención había sido preguntar.

Alyn dejó una frase a medias para girar su cabeza en dirección al chico, quien ya se encontraba mirándole. Kai frunció el ceño y bajó la mirada al regazo de Ethan, dónde descansaba la libreta. En la página pudo ver el retrato de una niña. Un retrato increíble.

La castaña también descendió la mirada, pero ella vio lo que había temido desde que sacó la libreta.

—No te he dado permiso para que cotillees mis cosas —ladró a la defensiva. Ethan estuvo a punto de decirle que ella misma le había dado esa libreta y que era como una forma, bastante directa, de darle permiso. Pero decidió callarse ese comentario.

Sin perder el tiempo, Alyn le arrebató de las manos la libreta. No esperaba que eso ocurriera. Ella misma se aseguró de darle la libreta del revés para que no viera todos esos estúpidos dibujos. O al menos así los calificaba ella.

—No sabía que dibujabas —decidió decir, Ethan.

—Eso es porque no lo hago —soltó, molesta, mientras volvía a darle la vuelta a la libreta y arrancaba una de las hojas. Se la dejó de forma brusca sobre el regazo.

—Esa libreta no dice lo mismo.

Alyn le dirigió una mirada enfurecida.

—Dejé de dibujar y pintar hace tres años —explicó en un gruñido, pero tras unos segundos las palabras se volvieron en su contra. Poco a poco la furia se desvaneció y sintió una leve opresión en el pecho —. No he vuelto a dibujar desde entonces.

—¿Cuándo empezaste? —preguntó con suavidad, Kai. La chica había detectado que no era un tema en el que su compañera se sintiera cómoda y, a sabiendas de que Ethan no iba a dejar pasar la conversación, decidió hacérsela más amena.

—Como todo el mundo —su voz bajó a un murmuro al tiempo que su mirada descendía al suelo—, cuando eres pequeño. Dibujas cualquier cosa, incluso simples garabatos. —Respiró hondo—. La diferencia fue que yo… —Miró la libreta en sus manos mientras se dejaba caer en la silla del escritorio—. Mientras pasaban los años iba dibujando y pintando cada vez más. —Una sonrisa nostálgica adornó su rostro. Ethan la miraba con el ceño fruncido, pero con toda la atención posible, como si solo existiera ella en la habitación—. A los diez años ya hacía dibujos más elaborados, aunque donde mejoré mi técnica fue al empezar el instituto.

Hubo un momento de silencio. Kai la observó con una sonrisa, aunque ella no la fuera a ver, ya que seguía con la mirada agachada. Alyn recordó las sensaciones que le producía dibujar y pintar, y no pudo evitar la opresión en el pecho de nuevo. Sin embargo, Ethan era el más interesado en el tema. Tenía talento, demasiado, y eso a él le fascinaba. Pero había algo en su interior que no le encajaba y necesitaba entenderlo.

—¿Por qué lo dejaste? —las palabras salieron de sus labios en un tono cauto, como si quisiera que no alteraran el estado en el que se encontraba Alyn.

Esta alzó la mirada, conectándola con la suya. Se le cortó la respiración y su mente se nubló, hasta el punto de que respondió sin rumiar las palabras, sin pensar bien antes de confesar.

—Poco antes de terminar secundaria, mis padres me advirtieron de que bachillerato sería más complejo y que tendría que emplearle más tiempo. —En su mente recordaba las frases que ellos mismos utilizaron, y agradeció que ninguno pudiera escucharlas—. Así que tuve que dejarlo.

"Miente", afirmó Ethan en su cabeza. No sabía como, pero tenía la certeza de que no fue una indirecta lo que sus padres emplearon para hacer que Alyn dejará de dibujar. Vio la confirmación en sus ojos cuando soltó aquella última frase.

Y eso lo enfureció.

Alyn tenía talento, tenía un don y ellos se lo arrebataron.

Nos los conocía y tampoco tenía ganas de que eso ocurriera, pero aun así no le agradaban. Ya sabía dos cosas en las que sus padres habían intervenido (su carrera y el dibujo) y en ambas la habían hecho infeliz. Porque, aunque Alyn no lo admitiera, no era feliz siguiendo los pasos que ellos le habían metido en la cabeza, de eso estaba seguro. Y quería hacérselo ver, quería que ella se diera cuenta.

Pero no sería esa noche.

—Bueno —la voz de Kai sonó como un susurro—, ahora tengo a dos artistas que me pueden ayudar con el boceto. Ese que Ethan ya debería estar haciendo o se nos hará de día. —Alyn le sonrió agradecida, ya que había desviado el tema. Los tres fueron conscientes de eso, pero ninguno comentó nada.

—Vamos a ver —se centró, el chico—. ¿Qué te parece si ponemos la cruz y la cabeza de Nut arriba y debajo la frase? — Kai asintió de acuerdo—. Vale, pues déjame un momento para organizar el espacio.

Mientras Ethan dibujaba unos garabatos que solo él entendía, Alyn se volvió hacia el escritorio y dejó la libreta en su lugar. No la había abierto desde ese día que sus padres irrumpieron en su habitación y la pillaron dibujando. Tuvo aquella charla que le hizo dejar ese dibujo a medias. Ni siquiera sabía exactamente que le había impulsado a llevársela de su casa, pero lo había hecho.

—Yo haría las letras de Moomies en mayúsculas —sugirió, la castaña, una vez se situó al lado de Ethan. Este la miró sin ninguna expresión y eso causó que ella hiciera una mueca—. Perdón, me callo, no sé ni lo que digo y…

—No, no —la cortó él—. En realidad es una magnífica idea — comentó con una sonrisa antes de bajar la mirada de nuevo al boceto. Hizo los cambios que ella había sugerido—. ¿Las letras de qué color serían? —le preguntó directamente.

—Em… —Se puso nerviosa, hacía mucho que no se paraba a pensar en nada artístico, no si no estaba relacionado con la

arquitectura—. Supongo que eso lo debería escoger Kai. —Ambos la miraron.

—No lo sé, yo solo contaba que las partes de letra normal o cursiva fueran azules.

—La palabra Mummies puede ser simple y negra… —comenzó Alyn.

—Y la palabra Moomies puede ser azul y el relieve negro —añadió Ethan.

—Y las palabras Have Rights en cursiva y también azules —concluyó ella, de nuevo.

—Me parece una idea genial —sentenció, el castaño. Ambos no pudieron evitar mirarse con una sonrisa, aunque sus ojos no se habían separado de los del otro durante toda la conversación—. Eso si a la cabecilla le parece bien. —Se obligó a separar la mirada de Alyn para centrarla en Kai.

—Me parece una idea fantástica —afirmó ilusionada.

Ethan dedicó un par de minutos más a terminar el boceto. Entonces se lo enseñó a Kai, quien soltó un pequeño grito de alegría antes de abalanzarse sobre su amigo, quien la abrazó de vuelta con una sonrisa cariñosa. Alyn adoró verlos.

—Vámonos —sentenció el chico al tiempo que se ponía en pie y cogía la caja.

—Tengo que cambiarme —comentó, la ojiazul. Seguía en pijama, ya que no tenía previsto salir a ningún lado—. Esperadme abajo, en cinco minutos estoy lista. Lo prometo.

Ethan no estaba muy convencido, la veía capaz de no bajar. Sin embargo, su amiga no le dio tiempo a rebatir porque aceptó las palabras de Alyn y tiró de él hacia la puerta. Este le lanzó una última mirada a la castaña antes de abandonar su habitación.

Una vez sola se cambió a toda prisa, dejándole con tiempo de sobra para que no sospecharan, que empleó en hacer una llamada.

—¿Quién cojones llama a estas horas? —murmuró con voz adormilada.

Si iba a hacer algo ilegal por voluntad propia, necesitaba a alguien de más confianza a su lado.

—Steve, te necesito.

CAPÍTULO 14

A veces cuando las cosas parecen estarse derrumbando
puede que más bien se estén colocando en su lugar.
El Principito

Kai y Ethan se adelantaron, querían tenerlo todo listo para no entretenerse y correr el riesgo. Y por mucho que la morena tuviera fe plena en Alyn, su amigo no lo tenía tan claro. Lo que ella no esperaban era ver a Steve a lo lejos, enfrente de la puerta del departamento de Arqueología. Estaba apoyado en la pared, vestía una bomber negra con unos tejanos. Tenía aspecto de acabar de salir de la cama, podía delatarse por su cabello revuelto.

—¡Steve! —gritó Kai.

—Eso es, tú sé discreta —ironizó Ethan.

—Perdón —susurró esta—. ¿Qué hace aquí?

—Lo he llamado yo —dijo, Alyn, que apareció justo detrás un poco sofocada por haber corrido—. No pienso apoyaros en esta arriesgada idea yo sola.

—Por fin, creía que se te había comido el armario —sugirió Ethan intentando ser humorístico. Ella entornó los ojos e hizo como si no le hubiera oído.

Los tres llegaron y Steve se adelantó hacia ellos.

—Espero que sea importante, he dejado a Emily en la habitación.

Muchos fines de semana los pasaba en la residencia de Emily, que estaba al lado de la de Alyn. Aprovechaba que iba a ver a su novia para después pasar por casa de su amiga.

Ethan lo miró con la ceja levantada como si prefiriera que se fuera con su hermana a estar allí, pues aunque no le odiaba, tampoco le

provocaba alegría que estuviera con ellos. El castaño prefirió tener el mínimo contacto posible con él, se centró más en su mejor amiga. Ambos dejaron el material en el suelo y se prepararon para ponerse en marcha.

—Quieren hacer un grafitti —murmuró, Alyn, que se puso al lado de su amigo. Steve la miró extrañado.

—¿Alyn Evolet Stewart envuelta en un plan escandaloso? ¿Qué pensarían tus padres de ti, jovencita? —dijo imitando la voz de un señor mayor para reírse de ella. Esta le dio un codazo para que dejara de reírse, pues sabía de cierta mano la ansiedad que le creaba ese tipo de situaciones—. ¿Y de quién de los dos iluminados ha sido la idea?

—Sorprendentemente, de Kai.

—No sé por qué no me sorprende —murmuró él.

—¡Ey, vosotros! ¿Vais a ayudar o no? —preguntó la nombrada, que llevaba un espray en la mano igual que su amigo.

Alyn y Steve se miraron y suspiraron a la vez, antes de acercarse a los otros dos, necesitaban convencerse.

No tardaron mucho en terminar el dibujo. La verdad es que con ocho manos, la experiencia de Ethan y, para sorpresa de ellos, la de Alyn, consiguieron sacar un resultado bastante favorecedor y…

—¡Reivindicativo! Era eso lo que quería —soltó Kai una vez vio terminado el dibujo.

—Eres una pequeña ardilla con la rabia dentro —dijo, Ethan, mientras le revolvía el pelo. Le encantaba ver a su amiga feliz y, sobre todo, meterse con ella cuando lo estaba.

—La verdad es que ha quedado bastante bien —aclaró Steve, que no tenía ni idea de dibujar, pero si de procurar que el dibujo quedase simétrico.

—Espero que sirva de algo —siguió Alyn.

Los cuatro se quedaron ahí quietos, en silencio, observando su obra de arte y fijos en la belleza de la noche. Aquellos veinte segundos se volvieron eternos y Kai no pudo evitar reprimir una lágrima seguida de una sonrisa. Era la melancolía que le provocaba

cumplir uno de los deseos de su hermana. Porque aquella estúpida locura, era otro de los actos más profundos de amor que ella podía regalarle al cielo y a la vida.

—Bien, pues ya podemos volver, ¿no? —dijo la castaña rompiendo el silencio.

—Podríamos poner una firma —sugirió Steve.

—Claro, y también la dirección para dejárselo en bandeja a la policía —ironizó Alyn mirando a su amigo con advertencia. La chica no quería seguir allí, no quería seguir jugándosela y a los otros no les hacía falta mucha insistencia para animarse.

—No es mala idea —murmuró, Ethan, a lo que esta dejó ir un suspiro que camuflaba un: "Por favor, no".

Sin esperar comentarlo con los demás, Kai se adelantó y cogió un espray de color naranja con el que hizo un punto en la parte baja del dibujo.

—Los puntos marcan el final de algo y también el inicio de algo nuevo —pensó en voz alta. Luego se giró hacia los otros, decidida—. Creo que esta noche los cuatro nos encontramos en esta situación. Dudo que seamos los mismos después de hoy.

Los tres sabían que estaba en lo cierto, por mucho que algunos aún no fueran conscientes de ello.

Ethan esbozó una sonrisa y fue el siguiente que imitó a su amiga, pero con un espray de color verde. Luego fue Steve con el azul y por último Alyn, a la que le costó un poco más avanzar, pero en su interior sentía la necesidad de dejar su rastro en alguna parte del mundo, y lo hizo con el espray rojo.

Ahora sí que el dibujo estaba terminado.

Hasta el lunes no se hizo revuelo del grafitti, fue cuando llegaron los profesores y los directivos al departamento. Como en la parte exterior no había cámaras y en fin de semana nadie vigilaba la universidad, nadie pudo ver quién había sido y los profesores tenían mejor faena que ponerse a buscar a los culpables. Pero lo bueno fue que los alumnos aceptaron el acto de buen grado, tanto los que conocían la historia de la señorita Clinton como los que no, creando

pequeñas manifestaciones feministas en los campus. Y la mejor parte fue cuando Fanny les anunció a sus alumnos que en menos de dos meses ya no asistiría a clases porque le habían concedido la baja.

Kai se sintió satisfecha, pero a la vez agradecida a su hermana.

Quien no sintió tanta alegría fue Steve. Por suerte, Emily no se enteró de su escapada y se ahorró lo que podría haber sido una gran discusión. El problema vino aquel mismo lunes, cuando llegó de clase y se encontró a su padre en el apartamento donde vivía durante el curso. Este nunca se había dignado a ir allí durante aquellos años. A veces lo llamaba o esperaba a que él viniera por vacaciones a Queens. Pero presentarse sin avisar era algo muy raro.

—¿Papá? —El hombre estaba sentado en el sofá observando el espacio—. ¿Qué haces tú aquí?

Se levantó para saludar a su hijo, que a diferencia de él iba con una sudadera y tejanos. James Jones no se quitaba el traje ni para ir a dormir, de hecho Steve lo había visto menos de cinco veces en toda su vida sin este. Sin contar las veces que se bañaba en la piscina climatizada que tenían en casa. Parecía que acabara de salir de una reunión, aunque el joven tampoco lo descartó.

—Jamie —le abrazó muy fuerte, acto que a Steve le pilló por sorpresa. Como siempre, usó un diminutivo de su primer nombre, él y su madre eran de los pocos que lo hacían, aun sabiendo que se hacía llamar Steve—. Que alegría verte, hijo.

Ambos se quedaron unos segundos en silencio, ya que pocas veces habían gozado de un momento así. Al apartarse miró a su padre esperando o bien una respuesta, o una explicación.

—¿Todo bien?

El padre le miró y no pudo evitar agachar la cabeza y esbozar una sonrisa que dejaba entrever que algo no iba como debía ir.

—Tenemos que hablar, hijo, pero antes... ¿Has comido? Me ha parecido ver un restaurante cerca de aquí. ¿Te apetece probarlo? Salir a comer con tu padre, como en los viejos tiempos. —Y al decir aquello Steve pudo notar un ápice de melancolía en su expresión.

Su padre siempre iba a lugares lujosos, ya que podía permitírselo sin problema y aquel día no iba a ser menos. Pidieron, les sirvieron y James aún no había soltado ni una palabra, a lo que Steve estaba en ascuas y desconcertado. No entendía nada de lo que ocurría.

—¿Sabe mamá que estás aquí? —preguntó mientras le daba un bocado al trozo de sepia.

—No, y es mejor que no lo sepa. —Dejó una breve pausa en la que cogió aire y procedió—. Hijo, he venido aquí para hablar contigo sobre algo bastante serio. Primero de todo, quiero pedirte perdón, y en nombre de tu madre también, por no haberte dicho nada antes, pero no queríamos preocuparte. —Formó otra pausa para encontrar las palabras adecuadas, hasta que finalmente optó por no dar rodeos e ir directo al grano—. Nuestra relación pende de un hilo ahora mismo.

Steve dejó los cubiertos en el plato y se preparó para poder asimilar lo que su padre fuera a contarle, pues tenía la sensación de que no le iba a gustar.

—Verás, justo cuando tú volviste aquí, yo tuve que irme unos días a Texas. La empresa quiere ir más allá, ya sabes, y hemos encontrado unos inversores bastante buenos allí. De hecho, el señor Gómez, el padre de Regina, ¿le recuerdas? Tiene contactos en…

—Papá —intervino este, pues conocía tan bien a su padre que sabía que cuando se ponía nervioso se iba por las ramas para evadir el tema.

—Sí, perdón. Bueno, el caso es que fui un completo idiota. Salimos de copas una noche y me dejé llevar. —Al oír aquello Steve se llevó las manos a la cabeza—. Cuando llegué me sentía tan mal que se lo conté a tu madre directamente. Ella se enfadó, y no la culpo, yo también estoy enfadado conmigo mismo. ¿Cómo pude ser tan… tan inconsciente? —Dio un leve golpe a la mesa con rabia—. El caso es que sé que no lo olvida y ni siquiera sé si lo hará. Pero puedo jurar que es a la única mujer a la que he amado nunca y… y no sé, Jamie. No sé qué voy a conseguir contándote esto. Supongo que mereces saberlo y ya.

El chico seguía con la cabeza escondida entre las manos, asimilando lo que acababa de oír. Porque no era la primera vez que

oía una historia de infidelidades, de hecho la madre de su amigo Lorie le había sido infiel a su padre con su hermano, o algunos de sus amigos le habían sido infieles a sus parejas. Incluso él mismo en el instituto lo había sido, pero no eran relaciones serias a su parecer. Nunca pensó que eso podría ser posible en su caso. En su casa. Es como saber que el cáncer existe, pero no eres consciente de él hasta que llega a tu alrededor.

Intentó serenarse, porque de no haberlo hecho seguramente le habría estampado una silla en la cabeza a su padre. Así que inspiró hondo y apartó las manos de la cara para formular la única pregunta que le vino a la mente.

—¿Os vais a divorciar?

—No lo sé. De momento no, pero la convivencia se ha vuelto fría y, aunque no hayamos hablado del tema, no me extrañaría que tu madre tomara la decisión.

—Ni a mí tampoco —murmuró entre dientes.

—Jamie, entiendo que me odies ahora mismo, de verdad. Llevo toda mi vida siendo un ejemplo a seguir y ahora no puedo darte lo mismo. Solo espero que nunca hagas lo mismo que yo, que también aprendas de mis fallos, aunque sea un tonto desliz.

Entonces le vino a la mente Kai y aquel maldito beso que no dejaba de perseguirle desde entonces. Y también pensó en Emily, por mucho que no lo contara como una infidelidad, lo era. ¡Santo dios, claro que lo era! Y lo peor era que no podía juzgar a su padre entonces, porque él había sido igual, incluso peor, ya que por lo menos este tuvo la decencia de contárselo a su madre, pero él a Emily no, a ninguna de las dos. Y como siempre, volvió a compararse con él.

—No sabes las ganas que tengo de gritarte ahora mismo. De irme de aquí y no verte más. Pero… pero no puedo juzgarte y me jode, que lo sepas. Me da mucha rabia.

—¿Ha pasado algo con Emily?

—No quiero hablar de eso ahora, no desvíes la conversación. —Intentó aclararse para no salir corriendo de allí—. Mira, espero que hagas lo que esté en tus manos para arreglar las cosas con mamá.

Si es lo que quieres, recibirás todo mi apoyo. Pero si ella decide dejarte, también la apoyaré.

El hombre asintió y se pasó la mano por el tupé canoso, gesto muy típico de los Jones, dejando ir un suspiro de alivio, como si acabase de sacarse un gran peso de encima.

—Eres un gran chico, ¿lo sabes? Pocos hubieran respondido con la misma serenidad y madurez. Me siento muy orgulloso de ti.

Steve no supo si debía sentirse halagado o triste frente aquellas palabras, porque eran tantos años siendo comparado con él, que apenas sabía quién era de verdad. Por eso prefirió responder con una falsa sonrisa.

Acabada la comida se despidió de su padre, haciéndole saber que le llamaría en los próximos días para informarle de cómo estaba todo. Luego fue a entrenar, pero no fue suficiente para sacar toda la ira que llevaba dentro, necesitaba algo más.

Beber quizás. Pero él apenas bebía.

El calor de Emily. Pero era lunes y los lunes siempre salía con sus amigas a cenar.

Hablar con alguien. Pero no quería molestar a Alyn ni a Lorie.

Tenía una amiga, Regina, la cual su padre había mencionado anteriormente. Solían desahogarse juntos sobre la ajetreada vida de los ricos, pero aquel tema era preferible que no se supiera por su entorno.

Todo aquello lo pensaba mientras conducía y, sin saber como, terminó enfrente de Cookie's. Lo que le hizo pensar en Kai y en lo a gusto que estuvo aquella noche en su coche.

Aquella noche…

No tenía pensado entrar porque eso le haría seguir recordando lo ocurrido y no quería, menos después de la charla con su padre. Pero algo le llamaba a entrar, a hablar con ella.

Y siguió lo que el corazón le dictaba.

Le faltaba media hora para terminar su turno, había sido un buen día y tenía muchas ganas de llegar a la residencia para decorar algunas de las piñas que recogía del bosque a veces, así le vino a la mente la

guirnalda que le debía a Steve, chico con el que empezaba a plantar frutos. En su mente planeó los colores que usaría para decorar el regalo. Azul seguro, cómo sus ojos, algo de blanco también y… creía que decoraciones doradas, le recordaba al color de su pelo. Le vino la imagen a la mente, entonces, las puntas revueltas por la frente. Pensó en lo divertido que debía ser deslizar los dedos entre su cabello, parecía ser sedoso. Luego apareció su mirada, aquellos ojos que parecían sacados del océano, le recordaba a Hawái y eso le daba nostalgia.

—Ponme lo más fuerte que tengas.

Salió de sus pensamientos cuando oyó el pedido. Al volver a la realidad se encontró con Steve sentado en un taburete de la barra, frente a ella. Se ruborizó un poco, hacía menos de un segundo que su imagen vivía en su mente con admiración y ahora lo tenía en carne y hueso.

Le costó reaccionar.

—¿Un batido de menta quizás? —Pues teniendo en cuenta que era una cafetería, poca cosa más podía encontrar. Steve asintió, ya no solo por inercia, sino porque era su sabor favorito.

—¿Qué te trae por aquí? —preguntó mientras preparaba la bebida.

—Necesitaba hablar con alguien.

—Sabes que estoy trabajando, ¿verdad?

—Siempre que vengo estás hablando con tu amiga rara.

—Sí, y a ella le digo exactamente lo mismo. Toma. —Le puso el batido encima de la barra, en un vaso grande con dos pajitas. Este las miró—. ¿Qué? Es mi sabor favorito.

Ella sonrió y le dio un sorbo, dejando ir un sonido nasal de placer.

—Dios, sabe a cielo. A gloria. A Brad Pitt.

—¿Qué?

—Si Brad Pitt tuviera sabor, sería este sin duda alguna. —Steve no pudo evitar soltar una carcajada.

—Estás loca.

—Puede, pero estás riendo. Ya no tienes cara de traumatizado.

—¿Tanto se me nota? —Ella hizo un gesto con los dedos queriendo decir "un poco" y Steve asintió rendido. Volvió a mirar a Kai y con la mirada le hizo saber que podía confiar en ella para desahogarse—.

Ha venido mi padre. Nos llevamos bien —aclaró—, aunque siempre sienta la presión de ser igual que él. Es todo un ejemplo a seguir, un icono. Siempre lo ha sido, es perfecto en todo, Kai, en absolutamente todo. Y ahora la ha cagado por primera vez en su vida, ha metido la pata hasta el fondo y lo peor de todo es que me alegro, porque durante muchos años he deseado verle equivocarse en algo. Y resulta que el único fallo que ha cometido en toda su jodida vida me incumbe, y a mi madre también.

Lo dejó ir todo, tal y como le pasaba por la mente, sin filtro y, la verdad, es que se sintió más aliviado después de eso.

—Vaya… pero él a…

—Le ha sido infiel —aclaró el chico. Kai asintió al comprender de que se trataba—. Y según él no tenía intención de hacerlo. ¿Tú lo crees posible? ¿Se puede ser infiel sin querer?

La chica se tomó unos segundos para meditar la respuesta adecuada, ya que era un tema al que le había dado muchas vueltas desde que se encontró en una situación similar y aquello le había hecho aprender a como gestionarse.

—Yo creo que ser infiel no es siempre malo, pero si lo haces es con alguna intención. No quiere decir que ya no quieras a tu pareja, quizás lo haces por otra razón, como querer experimentar, por ejemplo; por un impulso inexplicable, por impotencia, como vía de escape o porque realmente es la única forma que tienes de hacerle ver a la otra persona que las cosas no van bien. Pero cuando te excedes en ello no le veo la justificación, no me parece justo para la otra persona.

Dirigió sus ojos grises a los azules de Steve que la miraban con un brillo de… ¿Admiración?

Se ruborizó un poco y notó como le subía un escalofrío por todo el cuerpo que le obligó a apartar la mirada.

—Pero como nunca he tenido pareja, tampoco tengo ni idea sobre estos temas. Decirlo es muy fácil, es probable que si me encontrara en la situación hiciera algo completamente distinto.

El rubio, que seguía embobado, recapacitó un segundo sobre lo que acababa de oír.

—¿Nunca? —Ella negó con la cabeza—. Bueno, ¿pero habrás tenido algún rollo por ahí? —Volvió a negar—. No te creo. —Dejó ir una risa nerviosa.

—Nada de nada. Ni un simple beso —declaró.

Y a Steve se le paró el corazón en seco.

—¿Qué? No, eso no es verdad.

—¿Qué te hace dudar?

Mierda. Ella no recordaba el beso, claro, y mejor que no lo hiciera. Más ahora que resultaba ser virgen incluso de eso. Pero… ¡Dios! Había sido su primer beso y ni siquiera lo sabía. Steve estaba más descolocado que antes de entrar.

—Na… nada, es solo qué, bueno… t… tú eres guapa. Y lista. Y parece ser que caes bien. Me extraña que nunca hayas…

—No hace falta que me hagas la pelota, Steve, al batido invito yo. Y no es que no haya tenido oportunidad, es solo que no he querido —aclaró. Al chico eso le cuadraba un poco más, aun así le parecía extraño—. Pero tranquilo, que si lo dejas con Emily te dejaré hacer los honores.

Al oírlo, se atragantó con el batido, provocándole una fuerte tos y un estado de nerviosismo que no había sentido en años.

—¿Cómo dices? —dijo entre tosidos.

—Nada, hombre, que era una broma. —Le ofreció un poco de agua para que se recompusiera—. Por cierto, mi turno termina ya así que no es por echarte, pero si quieres quedarte aquí deberás buscar otra psicóloga.

—No, tranquila, ya me iba.

Kai asintió, se bebió lo que quedaba de batido y recogió el vaso para poder ir a cambiarse tranquila.

—Si quieres te llevo —ofreció el chico justo cuando ella salió de la barra para ir al vestuario.

—Oh, no hace falta, me gusta andar.

—Sí, en serio. —Sin pensarlo, Steve se levantó y se puso enfrente suyo—. Es lo mínimo que puedo hacer.

No eran conscientes de lo cerca que estaban, no tanto como para darse un beso, pero sí bastante fuera de lo normal, a lo que se produjo un silencio, para nada incómodo, en el que se limitaron a

mirarse a los ojos y en el que, si hubiera durado unos segundos más, se hubieran cogido la mano.

Pero Kai despertó al notar una presencia cerca de su extremidad.

—Está bien, espera aquí. No tardaré mucho.

Sin apenas mirarlo se fue corriendo al vestuario. Allí cerró la puerta y se llevó la mano al pecho, porque aunque le costaba admitirlo sentía algo raro y no era la primera vez. Se sentía así desde el día posterior a la fiesta.

¿Era atracción quizás?

CAPÍTULO 15

Eres la casualidad con los ojos más bonitos que ha llegado a mi vida.
Antonio Gómez

En el interior del coche de Ethan, Alyn se sentía pequeña. Ya había subido antes, cuando la secuestró para asistir al partido de fútbol americano de Steve. Sin embargo, con lo confusa y enfurecida que se encontraba no se fijó en el vehículo. No es que fuera enorme, pero sí más grande que los otros en los que se había subido a lo largo de su vida, que fueron pocos. Estaba tan acostumbrada a su Volkswagen Corrado que esto le parecía un gran cambio.

Ethan la había recogido quince minutos atrás y aparte de un par de palabras al principio del trayecto, no habían conversado nada. Se mantuvieron en un silencio que, para sorpresa de ambos, era cómodo. Alyn, todavía sintiéndose pequeña, se acomodó en el asiento y apoyó la cabeza en la ventanilla. El chico, por su parte, conducía con tranquilidad, más de la habitual, mientras, de vez en cuando, no podía evitar mirar de soslayo a la castaña.

Ella estaba nerviosa por saber a dónde iban.

Él estaba ansioso por llegar.

—¿Queda mucho? —murmuró sin apartar la mirada de la ventana.

—No, estamos llegando —respondió con una sonrisa. Había notado la urgencia que tenía en el tono de su voz—. ¿Tantas ganas tienes de saber a dónde vamos?

—Siendo tú el que lo ha elegido, pues sí.

—Oh —fingió estar herido y se llevó una mano al pecho, manteniendo firme el volante con la otra—. Qué ataque tan gratuito.

—De gratuito nada —rebatió, aunque su tono de voz la delató, se estaba divirtiendo—. Me llevaste a un partido para después colarnos en el campo cuando no había nadie.

—Eso ya ha prescrito —sentenció, Ethan, al tiempo que se encogía de hombros.

—Bueno, pues entonces sacaré a relucir que me llevaste con Kai y contigo a asaltar la propiedad privada de la universidad para hacer un graffiti.

Ethan se quedó en silencio, rumiando sus palabras.

—*Touché* —concluyó. Alyn sonrió, satisfecha. Lo sintió como una victoria.

Unos cinco minutos después ya se encontraban aparcando. Ethan sonrió al encontrar un lugar justo delante del edificio. Ella, por su parte, miraba confundida en todas las direcciones. Y, sin saber qué más hacer, imitó la acción del castaño en cuanto este se bajó del coche.

—¿Dónde estamos? —preguntó, ceñuda, una vez se pararon en el portal del edificio.

—En mi casa —contestó con simpleza al tiempo que sacaba las llaves.

Estaba tan concentrado en esa acción que no vio la cara de asombro que se formó en el rostro de la chica. Al menos no hasta que logró abrir la puerta y la sujetó para que ella pasara. Entonces, al ver su sorpresa, una pequeña risa se escapó de sus labios.

—No te voy a secuestrar, ¿eh? —Eso devolvió a la realidad a Alyn, quien agitó la cabeza—. Además, si fuera el caso, no sería la primera vez. Ya te secuestré, al menos según tú lo hice, y no acabó mal. Sigues viva —continuó la broma.

Alyn se había sorprendido porque nunca pensó que fuera la clase de chico que invitaría a una chica cualquiera a su casa. Pero claro, siempre pensaba que sabía cómo era Ethan, que se podría ver venir sus actos aunque, al final, siempre hacía algo que la descolocaba.

Subieron hasta el último piso en silencio, con la única interrupción al cruzarse con una vecina anciana, que saludó al chico con mucho

cariño. Él se dejó mimar un par de segundos, como si no le importara la imagen que podría crear Alyn. Eso le hizo sonreír. Muchos chicos se avergonzarían.

Ethan dejó salir un suspiro mientras giraba la llave en su cerradura. Había llegado el momento. No tenía ni idea de cómo reaccionaría la castaña ante su idea, pero no iba a echarse atrás por eso. Aunque no podía negar, por más que no lo admitiera en voz alta, que algo de nervios tenía.

Una vez abrió, entornó la puerta y se giró a verla.

—Tu primero —dijo y se apartó a un lado. Alyn lo observó, desconfiada.

—Pero…

—Va —la interrumpió mientras le daba un leve empujón, dejándola delante de la puerta—. Cierra los ojos.

—Pero… —intentó decir de nuevo, frunciendo el ceño, pero sus palabras fueron acalladas en cuanto las manos de Ethan se posaron con suavidad sobre sus ojos.

El tacto de sus dedos le erizó la piel y la dejó sin respiración unos segundos. Los suficientes para desconcentrarla y hacerla tropezar cuando este la incitó a caminar.

—Derecha —le indicó, provocando que ella girara bruscamente y se diera directamente con la esquina de la pared. Él la sujetó por la cintura cuando retrocedió por el impacto. Por suerte, no iba lo suficientemente rápido como para hacerse verdadero daño.

—¡Ethan! —recriminó, aunque mantuvo los ojos cerrados.

—He dicho derecha, no que te giraras de golpe —le explicó en un susurro, uno directo en su oreja, que la hizo estremecerse.

Sentía sus manos en la cintura, el calor de su piel traspasando la tela de su camisa. Además de notar su presencia demasiado cerca de su cuerpo. Pero lo que la nubló fue su voz susurrante y ronca en el oído.

"¿Qué cojones me pasa?", pensó empezando a enfadarse consigo misma.

—Mantén los ojos cerrados, mejor te guío yo.

Alyn no sabía si eso era buena idea o no, porque significaba que sus manos se mantendrían durante más tiempo en su cuerpo.

—Escaleras —avisó el chico.

—¿En serio? —preguntó, retóricamente, enfadada. Estaba hartándose de ese jueguito—. ¿Vives en un duplex?

—Algo así.

No tuvo intención de explicarlo, a fin de cuentas pronto descubriría a qué se refería. Y ella se limitó a aceptar su respuesta mientras dedicaba toda su concentración, la máxima que podía tener con los ojos cerrados, en subir las escaleras sin matarse.

Percibió un olor extraño, pero familiar, unos instantes antes de que las manos de Ethan desaparecieran de su cintura. Entonces el aliento del chico rozó su lóbulo y ella contuvo el aliento.

—Abre los ojos.

Pestañeó repetidas veces, intentando acostumbrar de nuevo su vista a la luz. Cuando por fin logró enfocar, no es que contuviera la respiración, es que se le escapó toda en una exclamación silenciosa. Sus ojos azulados se movieron de un lado a otro de la habitación, atónita.

—Esto… esto es… —tartamudeó.

—Bienvenida a mi estudio —sentenció él con una sonrisa, al tiempo que se situaba a su lado. Alyn lo miró, boquiabierta—. Adelante, pasa.

Con pasos cortos y dudosos se adentró en la estancia. Recorrió el lugar con cautela, parándose a analizar cada rincón con interés, como si no quisiera perderse ningún detalle. Mientras, Ethan, la observaba desde la puerta.

Había lienzos por las esquinas, algunos en blanco, otros a medias y bastantes terminados. Además de bocetos o dibujos desperdigados, o pegados sin sentido en las paredes. No le pasó desapercibido que solo tenía dos cuadros colgados. Eso, ni el desorden que dominaba en esa estancia, pero estaba demasiado embobada como para pararse a pensar en el orden.

Sus pasos se detuvieron delante del caballete que estaba casi en el centro de la habitación. Había un pequeño lienzo empezado, pero no terminado. Alyn inclinó ligeramente la cabeza hacia la derecha y lo observó. La mitad de un paisaje, donde se podía ver la silueta de una montaña y los árboles, la mitad sin hojas.

—Es precioso —murmuró sin poder contenerse.

Ethan se encogió de hombros al tiempo que agarraba un pequeño maletín de una de las estanterías. Al darse la vuelta se quedó congelado, viéndola. No sabía por qué, pero la imagen de ella en ese lugar lo hacía sonreír.

—Es una de mis chorradas —dijo mientras se acercaba.

No lo decía como un insulto hacia sus obras, sino que se trataba de uno de esos pequeños cuadros que hacía simplemente por aburrimiento y por búsqueda de inspiración para hacer algo más grande.

Tomó el pequeño lienzo del caballete y lo dejó a un lado antes de agarrar otro en blanco y situarlo donde estaba el anterior. Alyn observaba sus movimientos con el ceño fruncido, sin saber qué tenía entre manos. Y sus cejas se arquearon una vez él se situó delante de ella.

Ethan, con una sonrisa maligna que quería nacer de sus labios, le tendió el pequeño maletín. Estaba deseando ver su reacción, aunque ya tenía una imagen clara en su mente de cómo sería.

—¿Qué es esto? —preguntó, confusa, con el maletín en sus manos.

—Ábrelo.

Desconfiada, porque sabía que algo rondaba por la mente del castaño, lo abrió. Ante sus ojos se mostraron más de diez tubos de pintura acrílica, la mayoría ya utilizados y casi gastados. Además de que las manchas que estos tenían ya informaban de que se usaban con frecuencia.

Solo tardó un par de segundos en darse cuenta de su plan. Analizó las pinturas unos instantes más y después pasó la vista al lienzo, para finalmente clavar sus ojos en los de Ethan.

—No —se negó con firmeza al tiempo que cerraba el maletín de golpe—. No —repitió—. Toma —añadió tendiéndole de nuevo las pinturas. Ethan, con las cejas fruncidas, se cruzó de brazos—. Toma.

—No.

—Ethan, no quiero hacer esto.

—¿No quieres o no debes? —atacó, dando justo en la diana—. Dime, Alyn, ¿realmente no quieres o es que tienes integrado en tu

cabeza que no debes? —cuestionó dando un paso hacia ella, acercándose.

Alyn se quedó paralizada. Era consciente de que Ethan había sabido leer entre líneas en su declaración la noche del graffiti, sabía que él se había dado cuenta de que sus padres habían tenido que ver con su alejamiento con el dibujo. Sin embargo, nunca esperó que intervendría y mucho menos que le sacaría el tema de forma tan directa, sin anestesia.

—Que tus padres te dijeran que no debes pintar o dibujar no significa que debas hacerles caso —comentó, con suavidad, ya que no quería que se sintiera atacada o cuestionada.

—No me dijeron exactamente que… —intentó defenderlos. Acto que Ethan encontró ridículo y que por ello interrumpió.

—Me da igual que palabras utilizaron —comentó con brusquedad y se acercó otro paso, tomando una respiración. Estaban a escasos centímetros y por ello Alyn tuvo que levantar levemente el mentón —. Usaron las indirectas para darte una orden y tú la acotaste, sin pararte a pensar si merecía más la pena no hacerles caso.

La chica lo habría contradecido, se habría defendido a ella y a su inteligencia, pero en su mente revivió la escena de tres años atrás y se dio cuenta de que las palabras de Ethan eran ciertas. Se mantuvo callada.

—Deja de pensar en ellos —su voz bajó a un murmullo bajo y los ojos verdes conectaron con intensidad con los de Alyn—. Solo piensa en lo que deseas. —Le dejó un par de segundos para pensar—. ¿Quieres pintar?

Y para su propia sorpresa asintió enseguida.

Ethan mostró una sonrisa ladeada.

—Pues pinta —concluyó al tiempo que tomaba distancia. Una sensación extraña se implantó en el cuerpo de la chica, pero le restó importancia.

El chico acercó un pequeño taburete para que ella pudiera dejar las pinturas y le pasó el material necesario para que pudiera pintar. Después se encaminó hasta la ventana, que quedaba detrás del caballete, y se sentó en el alféizar, para que Alyn lo pudiera ver.

Un silencio los envolvió mientras la castaña observaba el lienzo en blanco. Un nudo se le formó en el estómago. Hacía tres años, o puede que más, ya que pintar lo dejó antes que dibujar, que no hacía nada. Lo máximo eran los dibujos que le exigían en la carrera, pero no se podía comparar.

Su mente estaba en blanco, sin inspiración. Como si con el paso del tiempo su creatividad se hubiese extinguido. Y buscó a Ethan con la mirada.

—No sé qué pintar —confesó, susurrando. Él le sonrió con dulzura.

—Pinta cualquier chorrada.

Eso le molestó.

—Si voy a volver a pintar después de tres años, no será una chorrada —afirmó con seguridad. Ethan la observó, admirándola.

"Bien dicho", pensó el chico.

—Pinta algo bonito. —Ante el ceño fruncido de la ojiazul añadió—: Algo que para ti sea digno de ser pintado.

Sus ojos quedaron conectados, lo que pareció una eternidad, hasta que Alyn volvió la vista al lienzo. Para ella fueron minutos lo que se pasó observándolo, pero solo fueron unos segundos. Unos cortos segundos antes de que una idea se implantara en su mente con fuerza.

Sus manos se movieron con soltura, aunque un poco temblorosas, hacia los tubos. Y, casi sin darse cuenta, se encontraba manchando el pincel de pintura y acercándolo al lienzo.

Ethan, que no podía borrar la sonrisa orgullosa de su rostro, notó la tensión en los hombros de Alyn y quiso distraerla.

—¿Sabes? Algunos dicen que el arte va en la sangre —comentó con la vista puesta en el exterior. Se encogió de hombros y se giró a ver a Alyn, quien había apartado la mirada del lienzo—. Si es así, no sé de dónde me viene a mí.

El ojiverde al ver que no seguía pintando, ya que estaba concentrada en lo que él le estaba diciendo, le indicó que prosiguiera. Ella se dio cuenta de que quería entablar una conversación al tiempo que ella pintaba, así que continuó pintando. Aunque lo hacía casi sin pensar, como si sus manos se movieran solas.

—Puede que sea del gusto de mi padre por los cuadros —comentó, pensativo—. Aunque, no sé por qué, creo que me viene más de mi madre. Ella no es tan amante de la pintura como lo es mi padre, pero tiene una tienda de antigüedades y siempre dice que cada objeto que tiene es una obra de arte para ella. —Rumió sus propias palabras—. Puede que me venga de ambos.

—¿Tu madre tiene una tienda de antigüedades? —preguntó la chica, interesada, sin apartar la mirada del lienzo.

—Ahá —respondió mirándola—. La abrió cuando yo tenía cinco años, dos años después de que nos mudáramos.

—¿Dónde vives ahora?

—Brooklyn.

—¿Y antes?

—Alaska.

Alyn levantó la mirada de golpe en su dirección y el chico pudo ver como los ojos casi se le salieron de sus órbitas de la sorpresa. Eso le causó una risa. La chica, al hacer la pregunta, supuso que diría un lugar de Nueva York, no algo tan lejano como Alaska.

—¿Alaska? —cuestionó, asombrada y con el pincel suspendido en el aire. Él asintió con la cabeza, formando una sonrisa divertida—. ¿Viviste en Alaska?

—Nací en Alaska. Bueno, en un pueblo de este —explicó, sorprendiéndola el doble—. Y durante los tres primeros años viví ahí, después nos mudamos a Nueva York.

—No pareces alaskeño.

—Continúa —ordenó señalando el lienzo, aunque era más un recordatorio al ver que por su conversación se estaba distrayendo más de la cuenta. Ella le hizo caso—. Eso es porque he salido más a mi padre.

—Emily tampoco lo parece.

—¿Cómo…?

—Es la novia de Steve, te lo recuerdo —lo interrumpió.

—Si te fijas tenemos la piel un poco más tostada, aunque parece más un bronceado, pero no es tan clara —explicó mirándose las manos—. Creo que eso y el pelo castaño es lo que hemos heredado de esa parte. Aunque, bueno, el pelo tampoco se puede saber con

certeza, ya que mi padre también lo tiene castaño. —Se encogió de hombros—. Mi madre está un poco decepcionada con su genética, esperaba que alguno de los dos nos pareciéramos más a ella.

—¿Y en los ojos? —no pudo evitar preguntarlo, mientras miraba fijamente su lienzo y evitó formar una sonrisa.

—Mi hermana los tiene oscuros, heredados de mi madre. Pero yo los he sacado de mi padre.

—¿Tu padre es de aquí? —Lo miró de soslayo justo cuando él asentía con la cabeza—. Una vez leí algo sobre Inuit y Alaska, aunque no me acuerdo muy bien.

—Inuit significa "la gente". Básicamente, es el nombre genérico para el grupo de personas que habitan el Ártico —le informó y ella asintió, realmente interesada.

—Es una palabra bastante peculiar, aunque es bonita.

—Hay muchas palabras así —comentó mirando de nuevo por la ventana. No había ni una sola nube en el cielo, parecía un lienzo azul listo para ser pintado—. Además de los nombres de cada persona, son casi únicos.

—¿Cómo se llama tu madre?

—Nanurjuk.

—¿Significa algo? —Se giró levemente para coger otro tubo y verter un poco de verde en la paleta.

—Estrella —respondió con una sonrisa cariñosa—. Mis abuelos se lo pusieron porque nació una noche llena de estrellas fugaces.

—Eso es muy bonito —comentó con sinceridad y ternura—. El mío… bueno, ninguno de los dos, sé si tienen algún significado. Supongo que sí, como todos, pero dudo que mis padres se pararan a buscarlo —terminó la frase encogiéndose de hombros.

—¿Cuál es tu segundo nombre? —preguntó, inocentemente. Pero en cuanto vio que Alyn le dedicaba una mirada de reojo y después actuaba como si no lo hubiera escuchado, supo que tenía que averiguarlo—. Vamos, sé que me has oído. Tu cara te ha delatado. —Hubo un silencio por su parte—. Bueno, pues te aseguro que no te irás de aquí hasta que lo digas.

Se cruzó de brazos al tiempo que levantaba el mentón con superioridad. Alyn vaciló unos segundos, pero sabía qué sería capaz

de cumplir su palabra, así que bufó mientras bajaba la mirada al lienzo y murmuraba.

—Evolet.

—¿Evolet? —repitió, a lo que ella simplemente asintió—. Pensaba que iba a ser mucho peor —comentó con una sonrisa divertida—. Es bonito.

—Es horrible —aseguró con una mueca.

—A mí no me lo parece. —Se encogió de hombros.

La ojiazul negó ligeramente con la cabeza y se centró en su tarea. O al menos lo hizo hasta que una idea se le cruzó por la cabeza, o mejor dicho una duda jugosa.

—¿Tú tienes segundo nombre?

—Sí

—¿Es Inuit? —cuestionó, causando que Ethan, que tenía la mirada fija en la ventana, se congelara unos segundos antes de girarse a ella.

—Sí —respondió, inseguro.

—¿Cuál? —pronunció con emoción.

A Alyn le interesaba saber cosas del origen de la gente y en cuanto Ethan mencionó que tenía genes de Alaska, no pudo evitar emocionarse. Y ahora quería saber su nombre Inuit. Quería saber qué significado le dieron sus padres a él.

Ethan dudó.

Nunca había ocultado sus raíces, se sentía orgulloso de ellas. Además de que con una simple mirada de soslayo a su madre ya se podía intuir que no era estadounidense. Sin embargo, jamás le había dicho su segundo nombre a nadie. Con la excepción de su familia (obviamente) y de Kai. Ni siquiera Peter y Ryan lo sabían.

Al alzar la mirada se topó con los ojos azules, aunque él ya los había visto lo suficiente como para saber que poseían motas verdes, de Alyn. Estos lo miraban con intensidad y acompañaban a una sonrisa tierna y dulce. Se sintió hipnotizado y toda sensación de duda desapareció. Por ello la palabra resbaló de sus labios sin pensar.

—Newen.

Alyn lo observó, ampliando su sonrisa.

—Newen —repitió, igual que él, un par de minutos atrás—. Newen —saboreó la palabra—. Ethan Newen.

—En realidad Newen Ethan, es mi primer nombre —corrigió el nombrado.

Tragó saliva, esperando palabras más expresivas de su parte. Pero ella lo repitió un par de veces más y eso lo divirtió al punto de que no pudo reprimir una sonrisa burlona.

—Es muy bonito —sentenció finalmente—. Y te pega, la verdad es que tienes cara de Newen. —Eso lo hizo reír.

—Gracias.

—¿Qué significa? —formuló la pregunta una vez la risa se había calmado, pero esta causó una mueca en los labios del chico.

—¿Ya has terminado? —cuestionó, Ethan, señalando el caballete con un movimiento de cabeza. A Alyn no le pasó por alto la evasiva.

—No intentes cambiar de tema —comentó con una sonrisa divertida—. ¿Qué significa Newen? —Silencio—. ¿Me estás haciendo pagar con la misma moneda? —Pero la mueca que volvió a hacer le dijo que no, que realmente no quería decirlo—. Pues yo también te amenazo. De aquí no me muevo hasta que me lo digas.

—Alyn... —susurró antes de lamerse los labios y formó una sonrisa ladeada—. No tendría problema en que cumplieras esa amenaza, más bien todo lo contrario.

Se sonrojó. No supo cómo, pero sus palabras la ruborizaron sin poder evitarlo.

—Va —insistió, ignorando su frase—. Por favor, Ethan —siguió—. Por faaaa —suplicó.

El nombrado estaba en el límite. Los ojos de cachorro que le estaba poniendo, más la súplica, lo debilitaron. Sin embargo, algo lo salvó, o más bien fastidió a la chica.

El teléfono estaba sonando.

—Ahora vuelvo —se apresuró a decir el castaño, al tiempo que pasaba por su lado en dirección a la puerta—. Salvado por la campana —susurró una vez llegó a esta.

—¡Ni lo sueñes, no te libras tan fácil! —la escuchó gritar mientras bajaba las escaleras.

Alyn se entretuvo terminando los pequeños detalles del cuadro, mientras Ethan atendía la llamada. Una vez lo finalizó, dio un paso atrás y lo observó. Se le cortó la respiración. Hacía tanto tiempo, al menos ella lo consideraba así, que no pintaba que nunca esperó volver a hacerlo. Y ahora que volvía a tener una obra suya delante, no se lo podía creer.

Ella había hecho eso.

—Era Kai —la voz del castaño la hizo girar, causando que, sin querer, tapara el lienzo ante los ojos del chico—. Se ve que han llamado tus padres y que quieren que los llames cuanto antes —explicó. La castaña notó como, inconscientemente (o no), Ethan hizo una mueca al mencionar a sus padres.

—¿Me podrías prestar el teléfono?

Este respondió tendiéndoselo. Ella sonrió mientras lo cogía y se dio la vuelta para rodear el caballete. Se sentó en el alféizar, donde unos minutos atrás estaba él.

Este movió la mirada de la chica al lienzo y aprovechó que ella estaba distraída hablando para acercarse. Entonces observó la obra con intensidad.

—Sí, lo siento —murmuró Alyn con la mirada fija en el exterior—. He salido a hacer unos quehaceres —mintió, a medias. Sabía que no podría decirle a su madre lo que realmente había estado haciendo.

Pintando.

Ethan observó la pintura, asombrado. Realmente tenía talento, tanto que desbordaba. Pero no fue eso lo que lo sorprendió, sino lo que había escogido pintar.

—¿Son mis ojos? —lanzó la pregunta sin apartar la mirada, pero unos segundos después la posó en ella. Esta lo miró, nerviosa y tímida.

—¿Alyn? ¡Alyn! —el grito de su madre la devolvió a la realidad y apartó con urgencia la mirada.

—Perdón —se disculpó hacia el auricular.

—¿Quién era ese?

—¿Quién era quién? —se hizo la loca.

—No me vengas con evasivas, Alyn Evolet Stewart. —Cuando pronunciaba todo su nombre era mala señal—. ¿Quién era el hombre

que ha hablado?

—Es un amigo.

—¿Qué amigo? Porque no era la voz de Steve, ni tampoco la de Hayden.

Ethan, mientras, paseaba la mirada del lienzo a Alyn y de ella al lienzo, de nuevo. Como si no pudiera dejar de hacerlo, embobado. Él le había dicho que dibujara algo que fuera digno de pintar y ella había escogido sus ojos.

"Mis ojos", pensó otra vez.

—Un nuevo amigo que he hecho, es el mejor amigo de mi compañera de habitación.

—Mmm…

—¿Mmm? ¿Qué pasa, mamá? —preguntó, desconfiada.

—Quiero conocerlo —sentenció sin vergüenza alguna. La chica se atragantó con su propia saliva.

—¿Qué?

—He dicho que quiero conocerlo.

—Pero… —la interrumpió.

—No acepto un no, Alyn Evolet Stewart —concluyó la posible discusión—. Tráelo este sábado a comer. No hay más que hablar. —Soltó un leve suspiro, que esperaba que su madre no oyera—. Tengo que conocer con quién pasas el tiempo. —Eso le molestaba, pero no comentó nada—. ¿Entendido?

—Entendido —se obligó a responder. Miró a Ethan, quien la observaba—. Mamá, ahora tengo que dejarte.

Le llevó más de tres minutos satisfacer a su madre para lograr colgar. Y una vez hecho soltó un suspiro, aliviada. Aunque, la verdad, lo que se le vendría encima iba a ser mucho peor.

Al levantar la vista sintió los ojos de Ethan fijos en ella con tal intensidad que cuando los conectó con los suyos juró que la dejó inmóvil unos instantes. Pero se obligó a moverse hasta donde se encontraba y le tendió el teléfono junto a un agradecimiento.

—Has pintado mis ojos —afirmó, sin apartar la mirada de los de ella. Alyn miró el lienzo un segundo y después volvió a su rostro; sin embargo, apartó la vista, incapaz de sostenerle la mirada. Asintió con un movimiento casi imperceptible—. Te he dicho que dibujaras

algo que fuera digno de ser pintado —hizo una leve pausa— y has escogido mis ojos.

Había mucho en esas palabras. Muchas preguntas, muchas respuestas. Demasiadas sensaciones. E incapaz de enfrentarse a ellas, decidió decir lo primero que se le vino a la mente, pero lo suficientemente efectivo para cambiar el rumbo de la conversación.

—Comemos con mis padres este sábado —anunció, provocando que a Ethan casi se le salieran los ojos.

—Perdón, ¿qué has dicho? —Esperaba haber oído mal. Pero ella repitió las palabras negando esa opción—. ¿Y por qué?

—Mi madre quiere conocer a mi nuevo amigo —explicó con una mueca. Sonaba muy infantil.

—O sea, que quiere controlarte.

—No, es solo que…

—Alyn —el tono fue firme. Con eso quería dejar claro que no merecía la pena ni que intentará explicar algo que ninguno de los dos se iba a creer, porque lo dicho por Ethan era cierto.

—Lo siento —se disculpó—. De veras. No quería meterte en esto y mucho menos sin consultarte antes. Te prometo que encontraré alguna excusa. Algo lo suficientemente convincente para que mi madre no me dé la tabarra. Ya se me…

—Iré.

—…ocurrirá… Espera, ¿has dicho que irás? —cuestionó, sorprendida. Él asintió.

Lo que menos quería el castaño era ver la cara de dos personas que no le agradaban, pero prefería eso a que la madre de Alyn le reprendiera a ella solo porque él no asistiera.

—Gracias —dijo sincera, al tiempo que se lanzaba a sus brazos para abrazarlo con fuerza—. Gracias, gracias. —Se sentía feliz de no tener que soportar una charla de su madre.

Ethan le correspondió al abrazo causando que un cosquilleo invadiera ambos cuerpos. Al separarse, Alyn mantuvo las manos en sus hombros, y él las suyas en la cintura de la chica. No podían apartar la mirada del otro.

—Conque mis ojos —murmuró él, con una sonrisa ladeada. Los labios de ella también se curvaron.

—Sí, tus ojos.

CAPÍTULO 16

She's got a smile that it seems to me
Reminds me of chilhood memories.
Sweet Child O'Mine. Guns N'Roses

Ella estaba fija en la pantalla del televisor cuando de repente notó que alguien pasaba su brazo por sus hombros. Se giró para verle, pero antes de que pudiera reconocerlo este se abalanzó sobre ella y la besó. Primero dulcemente, con ternura, posando su mano en la mejilla de ella. Sin tener ni idea de lo que estaba haciendo, se sentó en el regazo de él y notó como el beso fue subiendo de intensidad, provocando que ambos cuerpos no dejaran de balancearse buscando más. Notó calor, notó inercia y también algo duro que hacía presión en su entrepierna.

En un estallido de pasión, ella separó los labios de los de él y vio como esbozaba una sonrisa, a lo que ella solo pudo responder con un suspiro y un nombre.

—Steve.

Kai se despertó exaltada por lo que acababa de soñar. Con la respiración agitada se llevó la mano al pecho para poder calmarse. "¿Acababa de soñar con Steve?", pensó.

Un momento.

Claro que había tenido sueños de ese tipo en los que se besaba con alguien, pero no así, no llegando a sentir… ¿Deseo? Le pareció que aquello era algo que se quedaría en su recuerdo y que no comentaría con nadie. Le daba demasiada vergüenza y le parecía

surreal, aunque lo justificó al hecho de no haberse besado nunca con nadie. Solo tenía que esperar a que su mente lo olvidara.

Dejando atrás el sueño, o intentándolo, se puso en pie y fue a prepararse el desayuno tranquilamente, ya que aquella mañana solo tenía una clase a las doce. No parecía que Alyn estuviera allí ni que tampoco se hubiera hecho el desayuno, por lo que cayó en la cuenta de que quizás había salido a correr, pero no era domingo. Entonces, ¿dónde estaba su compañera?

Justo en aquel momento llegó con una bolsa de la compra.

—Hola —saludó sofocada—. El ascensor está averiado. He subido a pie.

—Oh, vaya. Bueno, estoy haciendo zumo, ¿quieres?

—¿Por qué no? —Se encogió de hombros y se sentó en una de las sillas.

—¿Qué llevas ahí?

—Un pequeño capricho —respondió sin darle importancia, pues llevaba la bolsa hasta arriba de M&M's y no quería que su compañera viera que tenía una obsesión insana con el producto.

Kai hizo una mueca de aprobación y prefirió no preguntar más. Alyn tenía golpes escondidos.

—¿Llegaste muy tarde ayer? —preguntó entonces con una sonrisa pícara.

La castaña la miró de reojo mientras hojeaba el periódico de la universidad que repartían cada mañana, sabía que su compañera quería sacarle información sobre la tarde pasada, la cual pasó con Ethan.

—A las nueve, pero tú ya dormías.

—Lo sé, estaba agotada. —Le sirvió el zumo y se sentó a su lado—. ¿Y, cómo fue?

—Bien. —Silencio—. Sí, bien —afirmó sin querer dar más importancia al tema. Aunque era Kai, sabía que tarde o temprano se enteraría por boca de su mejor amigo, pero ella todavía tenía que asimilar algunos de los sucesos.

—Ethan es muy buen chico —aclaró Kai—. No te negaré que en su momento tuvo varios rollos, aunque lleva unos años de castidad —se rio de su propia broma—, pero sé que a todas las trataba siempre

muy bien. —Vio que Alyn asentía sin levantar la mirada de su lectura como si quisiera restar interés en el tema—. De hecho, no lo veía así desde hace mucho.

—¿Así cómo? —preguntó dirigiéndose, ahora sí, a su compañera. Esta esbozó una leve sonrisa.

—Atento y cuidadoso. No suele insistir tanto con cualquiera.

—También lo es contigo.

—No me compares, Alyn, yo soy su mejor amiga.

—Y yo tu compañera.

—Con Harriet no era así —aclaró la chica.

Alyn se quedó pensativa, a lo que le vino a la mente una pregunta absurda seguida de una teoría que lo era aún más. Y aunque a ella no le importara lo más mínimo, sentía la necesidad de preguntárselo.

—Una pregunta. ¿Ethan y tú... habéis…? —Hizo una gesto con las manos para indicar la palabra pareja.

—¡Alyn! —se escandalizó la otra en tono burlón—. Pero bueno, que cotilla. —Se rio a carcajada y a la otra empezó a subirle el rubor por las mejillas, sintiéndose tonta por haber preguntado aquello.

Kai se serenó un poco y entonces prosiguió.

—La verdad es que algo hubo. Nos conocimos cuando yo iba a segundo y él a último año de secundaria. Ambos solíamos ir a la biblioteca, él para buscar cosas de arte y yo de historia, pero una vez yo buscaba un libro sobre arte egipcio y cuando lo encontré vi que alguien más lo estaba buscando. Efectivamente, era Ethan. A partir de aquel día a veces nos encontrábamos en la biblioteca, otras en los pasillos y así fuimos entablando una amistad hasta que dimos el paso de vernos alguna tarde. Hacíamos planes muy divertidos, parecidos a los que hace contigo, y ambos empezamos a sentir algo por el otro. Pero no pasó nada, yo no quería hacerle esperar hasta mi entrada a la universidad y él tampoco estaba dispuesto a atarse dos años. Aunque lo intentamos, pero al final terminamos dándonos cuenta de que estábamos mejor como amigos y fuimos olvidándonos de lo que sentíamos.

—Vaya, tenéis una historia curiosa —confesó Alyn.

—Lo sé, podría escribirse un libro. —Se rieron ambas—. ¿Y Steve y tú? ¿Ha pasado algo?

—No, entre nosotros no. La verdad es que podríamos haber tenido la oportunidad, seguramente, pero no la necesidad. Nuestra historia es más simple, aunque mi hermana pequeña babee por él. —Alyn entornó los ojos al recordar como Lena le preguntaba por él constantemente.

Kai pensó que era normal que su hermana sintiera atracción por Steve, debías ser ciego para no reconocer que era muy guapo y bastante buen partido, aunque se dejase llevar por la piraña de su novia.

"Si yo saliera con él, le recordaría todos los días lo mucho que vale", pensó la morena, para después recapacitar sobre ello.

Harriet y Kai solían tumbarse en el césped de la universidad a tomar el sol, o lo poco que quedaba de él, teniendo en cuenta que se acercaba noviembre. Solían picotear algo, charlar o repasar para algún examen, aunque esto último rara vez pasaba.

—Mmm... Adoro el otoño —dijo Harriet con placer.

—Yo prefiero la primavera —contrarrestó la otra.

—Pero si viene a ser lo mismo.

—No, en otoño empiezas a morir, pero en primavera renaces.

—Vale, pero dejando de lado tu filosofía de vida, debes reconocer que meteorológicamente vienen a ser lo mismo.

—Que poco profunda eres —gruñó Max, que parecía dormido con las gafas de sol.

—¿Y me lo dice Lord No-expreso-lo-que-siento-por-mi-novia-porque-ella-ya-se-lo-imagina?

Kai se reía mucho con aquella pareja, desde que se conocieron empezaron a discutir y todavía no habían parado. Pero se querían, podía verse a leguas que estaban hechos el uno para el otro.

—Te juro que me supera —dijo, la rubia, sin venir a cuento. Kai la miró con expresión de pregunta—. Emily. Me puede con su actitud. —Con la cabeza, indicó el lugar donde se encontraba la chica, a lo que ella miró.

—No tiene necesidad de ir restregando por ahí todo lo que tiene.

Emily estaba en un banco, sentada con Siena y tres chicos más. Estaban riendo, quizás alguien hubiera dicho que coqueteando, pero la morena no iba a juzgar.

—Me da pena Steve —murmuró Kai, sintiendo como otra vez se le encendía algo dentro. Pero tan solo duró unas milésimas de segundo.

—Pues a mí no. Tampoco debes ser muy listo para darte cuenta de que tu novia tontea con media universidad —intervino Max con la misma pose que antes.

—Yo sigo creyendo que deberías tirarle ficha —aconsejó Harriet a su amiga.

—¿A Steve? Ni loca. No es mi tipo.

—Lo dice la chica que está obsesionada con Brad Pitt, el cual es rubio con ojos azules.

—¿Y quién no? Además, eso no tiene nada que ver, hay millones de rubios con ojos azules. Tú eres rubia con ojos azules —puntualizó— y no estoy loca por ti.

—¿Segura? —Guiñó el ojo con picardía—. Vale, pero que me dices sobre que, casualmente, vuestro libro y batido favorito son el mismo. Eso no le pasa a todo el mundo. —Kai entornó los ojos.

—Tus argumentos no tienen fundamento, déjalo. Además, nadie te asegura que él pudiera llegar a sentir algo por mí. Tiene novia, te lo recuerdo.

—Claro, por eso vino a verte a la cafetería el otro día y te trajo hasta aquí.

—No confundas las cosas. Él estaba un poco afectado y casualmente apareció en Cookie's.

—Eso me recuerda a cuando yo aparecí "casualmente" en vuestra residencia para hablar con Harriet —intervino de nuevo el chico.

—¿Puedes quitarte las gafas? Me pone nerviosa no verte los ojos, parece que estés dormido y que tengas resaca. No quiero que la gente piense que salgo con un perjudicado —le riñó Harriet arrebatándole las gafas.

—Es que sales con uno —gruñó él quitándoselas y volviéndoselas a poner.

—Bueno —volvió Harriet—, pero siendo sinceros, si se te presentara la oportunidad de tener algo con Steve, ¿lo harías o no?

—No —respondió Kai, pero una pequeña parte de su mente sabía que mentía.

—No te creo. Levántate. —La amiga la obligó a ponerse en pie a desgana—. Mírame a los ojos y júrame por el Sindicato de Ex-compañeras de Piso, que me acabo de inventar, que no tendrías nada con el novio de la Arpía.

—Harriet, no voy a jurar por eso —dijo entre risas.

—Y tanto que lo harás —afirmó.

—No lo hagas —sugirió Max.

Ambas chicas se miraron, una esperando una respuesta y la otra a sentirse libre de responder. Pero Kai no podía seguir engañándose porque sabía que no se negaría a tener una oportunidad con Steve. Realmente no le gustaba, o no como debía. Aun así, se sentía atraída hacia él desde hacía unos días y se notaba más pendiente cuando estaba presente. Era raro de entender, pero era cierto.

—Vale, sí, lo reconozco. Quizás tendría una pequeña oportunidad.

—Con eso me vale —saltó ilusionada volviéndose a sentar en la hierba—. Mira, podrías probar en la fiesta, después del partido de mañana.

—¿Qué? No, ni de coña. Ahí sí que no voy.

—Vamos, Kai, estarás con nosotros.

—Sí, pero luego os iréis a cualquier habitación. Y no os juzgo, yo también lo haría, pero no quiero jugármela.

Aquel partido era contra Harvard, Steve se lo comentó en el coche el otro día y supo definitivamente que no iba a ir, porque aquello quería decir encontrarse con Derek.

—No tienes por qué verlo, quizás no viene —dijo Harriet que conocía toda la historia.

—Forma parte de la banda, vendrá.

—Pues devuélvesela, no te amargues tú —sugirió esperanzadora.

—¿Sabes si tiene pareja? —preguntó Max para servir de ayuda. Kai negó con la cabeza.

—No sé nada de él desde que se enrolló con Emily en mi cara.

Aquello pasó en el baile de graduación del instituto. Derek y Kai no eran pareja, pero lo parecían, de hecho él aceptó esperar a la universidad para dar un paso más en su relación, porque así era como lo quería Kai. Como lo quería Alana.

Ambos aceptaron no tener nada con nadie, ser fieles y lo habían conseguido durante un año, pero entonces Kai vio como delante de ella, en medio de la pista de baile, Derek compartía un largo beso con Emily. Después de aquello no quiso saber nada más de él y se alegró de que este fuera a Harvard, aunque tuviera que soportar a Emily en Columbia.

—Steve debería saberlo —sugirió la rubia.

—Yo no soy quien debe decírselo. —La pareja asintió porque era cierto. Kai solo era una pequeña parte del problema, o eso creía ella.

—¿No había un deseo de Alana que decía algo sobre romper una relación?

Harriet, junto con Ethan, conocían aquella lista y la habían leído, además de ser una de las principales instigadoras a que su amiga cumpliera los quince deseos.

—Deseo número trece: "Provocar una ruptura". Sí, ¿por qué? —respondió Kai que, por supuesto, se la sabía de memoria. Su amiga la miró con una sonrisa pícara—. Me das miedo.

—Haz que rompan —aconsejó aún con la misma expresión juguetona.

La morena miró primero a Emily y luego a su amiga de nuevo para ver como esta asentía con la cabeza.

—¿¡QUÉ!? ¡Ni de coña! ¿Pero tú estás loca?

—No, solo te digo que deberías pagarle con la misma moneda.

—No. —Negó con la cabeza cada vez más nerviosa—. No voy a jugar a su juego. No así.

—Eres demasiado buena —gruñó mientras volvía a tumbarse en el césped.

—Y tú una mala influencia —replicó la pareja de esta.

Pero Kai no dijo nada porque una parte de su mente se había quedado absorta en aquella idea. Aquel punto le parecía horrible y todo porque Alana se obsesionó con una película donde la protagonista conseguía que el chico que le gustaba rompiera con su

novia solo por venganza. Si quería completar la lista sabía que algún día debería cumplir aquel deseo, pero aún no era el momento, ¿no?

Lo sabía, por eso no quería estar allí. Finalmente, Harriet consiguió convencerla como siempre y no tardó ni diez minutos en ver a Derek. Durante el curso anterior intentó evitarlo y lo consiguió, solo esperaba que este fuera igual. Pero no, no podían salir las cosas bien. Derek estaba allí de pie junto a un grupo de chicos que llevaban jerséis de Harvard, parecían salidos del coro de la iglesia. Derek con su cabello negro repartido a partes iguales a cada lado. Derek con esos ojos verdes, tiernos y amistosos. Derek saludando a todo el mundo, porque él siempre caía bien.

No podía verlo, le ponía enferma recordar todo lo que pudieron llegar a ser y que él dejó perder por una estúpida persuasión. En su interior seguía necesitando una explicación que fuera más allá de un "Lo siento" o un "Ha sido un desliz", porque eso se lo había dicho repetidas veces, pero nunca se molestó en sentarse con ella y contarle la verdad. También era eso lo que le removía todos los sentimientos, la necesidad de tener una última conversación con él. Una conversación de verdad. Kai quería apartar la mirada, pero no podía. ¿A quién quería engañar? Nunca pudo, Derek era una debilidad que todavía no había superado y se maldecía por ello. Hasta que él la encontró con la mirada. Fue entonces cuando ella apartó la suya y empezó a sentir la ansiedad subiendo por su pecho. Empezó a buscar a Harriet nerviosa, o a cualquiera que pudiera distraerla o llevársela, pero este se adelantó.

—¿Kai? —preguntó el chico de ojos verdes que no había podido dejar de mirar.

—Tú —respondió entre dientes con una mezcla de anhelo e incomodidad.

—Qué sorpresa verte después de tanto tiempo. No esper…

—¡Ay, qué ilusión, ya os habéis encontrado! —interrumpió Emily con su magnífica sonrisa malvada.

—Ey, hola. Soy Steve, encantado —dijo este que apareció detrás de su novia y ofreció la mano a Derek.

—Estupendo, solo falta Santa Claus, porque los renos ya los tenemos —murmuró Kai apartando la mirada mientras dejaba ir un bufido.

—¿Has dicho algo, querida? —preguntó Emily.

—Nada importante —respondió esta con la misma sonrisa forzada que la otra.

—Justamente os estaba buscando, hacía mucho que no os veíais, qué emoción, ¿verdad? —dijo, agarrando a la chica de los hombros con entusiasmo.

—Estoy exaltada —dijo Kai con ironía. Notaba a leguas que estaba hecho a propósito, Emily quería reírse de ella y lo estaba consiguiendo.

—Kai y Derek se conocen del instituto, eran muy buenos amigos —le contó la otra a su pareja. Steve asintió interesado.

—Sí que lo éramos… —repitió Derek mientras miraba a la morena a los ojos y esbozaba una sonrisa nostálgica.

—¿Y qué pasó? —preguntó el rubio con tono jovial.

—Decidió be…

—Vamos, no es tiempo de sacar el pasado ahora. Mirad, están jugando al BeerPong. ¿Por qué no vamos? —volvió a interrumpir Emily agarrando a su pareja de la mano y arrastrándolo detrás suyo. Derek les siguió, igual que ella con desgana.

Kai no dejaba de pensar como se las había ingeniado Emily para conseguir que ambos se encontraran y poder aparecer ella para joderlo todo como siempre. Además de pasarse todo el rato pegada a Steve como una lapa, casi ni le dejaba respirar. Vale que eran pareja, pero no era necesario estar así. En tres años apenas los había visto juntos y ahora eran lo único que pasaba por su camino.

"Pobre Steve", volvió a pensar.

Después de pasarse media hora viendo como se enrollaban y a Derek socializando con los demás, decidió salir a tomar el aire antes de que le diera algo. Era duro vivir aquello sin ayuda del alcohol.

En el patio había una piscina enorme con gente tanto fuera como dentro e igual de borrachos que los del interior. No había señales de

nadie que pudiera conocer y que le pareciera que tuviese un mínimo de decencia, por lo que optó por volver a la residencia aunque fuera andando. Serían treinta minutos, pero merecía la pena. Volvió a entrar para cruzar la casa hasta la puerta principal, fue rápida para que nadie la viera. O esa era la intención.

—¿Te vas ya? —preguntó Derek agarrándola por la muñeca. Ella asintió. Él se pasó la mano por el pelo, pensativo, como si buscara la forma correcta para expresarse. Hasta que la miró de nuevo—. Mira, sé que te lo dije miles de veces, pero de verdad que lo siento.

—Ahórratelo —contestó ella volviéndose a girar para salir fuera. Este la siguió.

—¡Por favor, escúchame! Créeme que después de dos años aún me duele, sino no volvería a disculparme.

—Derek, ya sé que te sabe mal. Lo capto. Pero no es eso lo que quiero.

—¿Y qué es lo que quieres? —Ella le evitó la mirada—. ¡Siempre has sido como un libro cerrado! —gritó.

Kai se quedó quieta, congelada, controlándose para no decir algo de lo que podría arrepentirse. Aunque entendía que quizás aquel era el momento para mantener aquella conversación que tanto quería.

—Quiero que me expliques el porqué. ¿Por qué razón lo hiciste? —Ella intentó pensar en la conversación sobre infidelidades que tuvo con Steve días atrás. Debía dar ejemplo de sus palabras.

Derek inspiró, pues sabía que tarde o temprano tendría que responder a esa pregunta. Luego se acercó a ella e intentó ser lo más sincero que pudo.

—Porque estaba harto de esperar. Quería ponerte celosa, lo admito, hacerte ver que podías perderme si seguíamos así. No lo sé, Kai. Estaba confuso, a veces pensaba que realmente no te gustaba y que todo eso de esperar para besarnos era una excusa. Así que mi única salida fue enrollarme con otra en tu cara.

—Te pedí tres meses…

—No. En ese entonces eran tres meses, pero llevábamos así un año.

—¿Y después de aguantar un año no podías esperar un poco más?

—¡Kai, tú y yo no éramos nada!

—¡Porque tú te lo cargaste todo!

—¡No, porque tú te empeñas en vivir una vida que no es la tuya!

—Cállate —gruñó.

—Sé que estas cosas duelen, pero debes pasar página. Tu hermana ya no está y es una pena porque seguro que era una persona maravillosa, pero que ella quisiera unas cosas no quiere decir que tú también las quieras.

—Derek, no vayas por ahí —murmuraba mientras se alejaba de él.

—Vamos, Kai, rompe con eso, con el pasado, con ella. Esa lista te hará daño, si no te lo está haciendo ya.

—¡Tú no tienes ni idea de lo viva que me hace sentir! —reprochó con los ojos vidriosos a punto de llorar.

—Solo hay que verte —siguió él con una media sonrisa sin hacer caso de lo que la chica decía—, estás más muerta que ella.

Aquellas últimas palabras fueron las que detonaron el llanto de la chica, que sin pensárselo dos veces, y bañada en rabia, se dirigió hacia el que alguna vez había sido algo para ella con la intención de darle un buen puñetazo en la cara.

—¡¿PERO SE PUEDE SABER QUÉ COÑO HACES?! ¡JODERRRRR! —gritó Derek con la cabeza hacia arriba porque notaba que le estaba saliendo sangre de la nariz.

Kai iba a darle otro si no hubiera sido por Steve que apareció a tiempo. Este se interpuso entre ambos y la agarró por los hombros para tranquilizarla, aunque al principio no atendiese a razones e intentara avanzar.

—¡Kai, por Dios, para! —riñó el rubio, cosa que al parecer funcionó.

Ella reaccionó dándole pequeños golpes en el pecho como señal de impotencia, para luego dejarse caer encima de él, buscando un abrazo y un lugar donde llorar. Steve la rodeó con sus brazos mientras le acariciaba la cabeza para que se calmara. Ladeó un poco la cabeza y vio a Derek, que seguía conteniendo la sangre que le salía por la nariz.

—Deberías ir a limpiarte —aconsejó Steve con un tono severo.

—Gracias, tío.

—He escuchado lo que le has dicho, así que vete antes de que sea yo quien siga.

Derek lo miró un poco asustado y se fue lo más rápido que pudo al interior de la casa, quedándose Steve con Kai que seguía sin relajarse por mucho que no dejara de susurrarle palabras tranquilizantes.

—¿Quieres que te lleve?

—Me sabe mal que dejes la fiesta por mí —dijo con un hilo de voz.

—Tranquila, a Emily le ha dado uno de sus brotes. No quiere verme. Cuando se pone así paso de ella.

Ella asintió con la cabeza y se apartó de él para poder avanzar hacia el coche. Seguían cayéndole lágrimas, pero estaba un poco mejor. Subieron al vehículo y antes de arrancar, Steve se aseguró de que su copiloto se encontraba mejor dedicándole una cálida sonrisa seguida de una caricia en la mejilla. Arrancó y se fue directo a la residencia.

Había oído gran parte de la discusión, pues estaba buscando a Kai justo en ese momento, solo que no esperaba encontrarla en aquella situación. Aun así, no dejaba de repetir en su mente una y otra vez las palabras de Derek.

"Solo hay que verte, estás más muerta que ella".

No podía evitar apretar la mandíbula para contener el puñetazo que debería haberle dado. En aquel instante se dio cuenta de que no tenía ni idea de a que se refería con ello y de que realmente no sabía apenas nada de la morena que llevaba a su lado. Tampoco habían tenido tiempo a ello.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —rompió el silencio. Ella dejó ir un sonido afirmativo—. ¿Qué pasó entre vosotros?

—Aparca —sugirió.

—¿Por qué?

—Porque esto también te influye a ti.

"Deseo número trece. Te lo dedico, Emily", pensó Kai con una profunda rabia interior.

CAPÍTULO 17

Aparentar tiene más letras que ser.
Karl Kraus

Ethan se entretuvo observando a la gente caminar por la calle, yendo a saber dónde, para hacer a saber qué. Su espalda se encontraba apoyada en la pared, al lado del portal de su edificio. Esperaba a Alyn, quien le había asegurado que lo pasaría a buscar, pero habían transcurrido diez minutos de la hora acordada y no había ni rastro de la chica. Si no fuera porque el plan tenía que ver con la familia de la castaña, habría jurado que le había dado plantón.

Alyn se secó las palmas de las manos en sus pantalones campana, por tercera vez desde que se había subido al coche, aprovechando un semáforo en rojo. Era consciente de que llegaba tarde a recoger a Ethan y que, por lo tanto, también se retrasaría en llegar a su casa. Sin embargo, se sorprendió a sí misma dándole igual.

Estaba nerviosa, eso no podía negarlo, pero era más por el hecho de que Ethan, alguien tan liberal, se fuera a juntar con sus padres, todo lo contrario. Era obvio, ya que el chico no intentó ocultarlo, que no le agradaban en absoluto. Y una parte de ella, sabía que él distaba mucho de lo que ante los ojos de sus padres sería un amigo bien influyente. Se encontraba más preocupada por eso que no por las dagas en forma de indirectas que le lanzarían sus progenitores por su tardanza.

—Llegas tarde —le recordó Ethan, cinco minutos después, mientras se adentraba en el asiento contiguo. Alyn le hizo un repaso antes de responder. Iba con unos tejanos, un poco anchos, azul oscuro y una

camisa blanca, acompañada de una americana. No pudo evitar sonreír y agradeció, mentalmente, que se hubiera tomado en serio esa simple comida, pero que aun así mantuviera su estilo y no se hubiese puesto completamente de traje.

—Lo sé —contestó, finalmente, retomando la vista a la carretera. Ese comentario escueto sorprendió a Ethan, quien esperaba una excusa para su retraso. Pero lo único que ella se limitó a añadir fue —: Tenía que echar gasolina.

—¿Y no lo organizaste para hacerlo e igualmente llegar a tiempo? —Ella asintió sin apartar la mirada de la carretera. El ojiverde la observó, travieso—. ¿Quién coño eres y qué has hecho con la Alyn controladora?

Bufó. Simplemente, bufó, aunque intentaba esconder una sonrisa.

Era cierto que había planeado ir antes a echar gasolina, pero terminó alargando la ducha, porque quería, y diciéndose a sí misma que no pasaba nada por llegar tarde. Al fin de cuentas, no era como si fuera de vida o muerte. Aunque para sus padres…

Ethan miraba por la ventanilla con el ceño fruncido, analizando lo que veía. Ante sus ojos pasaban casas y casas, algunas adosadas y otras no. No obstante, todas seguían la misma línea estética, además de compartir otra cosa: estaban situadas en un buen barrio. Mucho mejor de lo que sus padres se hubieran podido permitir, incluso si hubiesen trabajado tres vidas.

La chica aparcó justo enfrente de una de las casas que no estaban adosadas. Era igual que el resto: ladrillos blancos, tres plantas, escaleras que dan a la puerta principal, balcón largo, tejados a dos aguas… Simple, pero con un precio, posiblemente, demasiado elevado.

Alyn no pudo reprimir una pequeña sonrisa mientras bajaba del coche. Quisiera o no, allí se había criado y crecido. Levantó la mirada a una de las ventanas, concretamente a la de su habitación. Hizo una mueca al recordar el color rosa.

—¿Estás bien? —preguntó el castaño, que se había mantenido a su lado, esperando que se moviera. Ella salió de su ensoñación y volvió

a la realidad. Asintió—. Entonces, ¿vamos?

—Necesito un segundo —pidió. Habían vuelto los nervios. Cerró los ojos e inspiró con suavidad, hasta que sintió una mano uniéndose a la suya y entonces el aire se le atascó en los pulmones. Abrió los ojos de golpes y bajó la mirada.

La mano de Ethan tomaba la suya.

Al levantar el rostro, de nuevo, vio que el chico le estaba dedicando una leve sonrisa ladeada. Ethan sabía que esto era importante para ella, además de que le causaba algo de miedo que no encajaran. Él sabía de sobras que no encajaría con sus padres, pero con ese acto quería hacerle creer a ella que no sería así. Y dentro de todo lo posible, Ethan se prometió intentar sobrellevar la situación.

—Tú puedes, pequeña loca —susurró. Alyn no pudo evitar quedarse observando sus labios unos segundos más de lo normal.

Esas palabras fueron el empujón necesario para hacerle apretar la mano del chico con decisión y caminar hasta la puerta principal. Una vez ahí, la soltó, no quería provocar un malentendido con sus padres, que se montarían películas a la primera de cambio.

Sin dudar mucho más, picó al timbre, aunque siguiera teniendo las llaves. Supuso que su madre querría recibirles, personalmente, en la entrada. Así fue.

—¡Alyn! —exclamó Elizabeth, con más alegría de la normal, mientras traspasaba el umbral para abrazar a su hija. Ese acto aturdió ligeramente a la joven, pero le correspondió—. Hola —saludó al separarse—. Llegas tarde —puntualizó con una sonrisa, que ella captó que era un tanto fingida.

Entonces lo comprendió. Vio las miradas de reojo que le estaba echando a Ethan. Estaba disimulando su gran efusión y su nula molestia por las horas, simplemente por la presencia del chico.

—Hola, mamá —saludó de vuelta—. Y siento el retraso. —Primera de muchas disculpas que tendría que pronunciar esa tarde.

—Y tú debes de ser… —dejó la frase a medias, ya que Alyn no llegó a pronunciar su nombre. Por ello su madre la observó con reproche —. No me dijiste ni cómo se llamaba. Me has hecho parecer maleducada.

Ethan notó como la joven se encogía en su sitio y como la valentía que había poseído un minuto atrás, se había esfumado. Escuchó como la chica se disculpaba, de nuevo, y lo presentaba ante su madre.

—Un placer, señora Stewart —saludó, inclinando un poco la cabeza al tiempo que pronunciaba las palabras, que no eran del todo ciertas.

—Lo mismo digo —respondió—. Pasad, pasad.

Elizabeth se hizo a un lado para dejarles pasar y Ethan le cedió el paso a Alyn, quien le sonrió con agradecimiento. Y esa sonrisa causó otra en él, la primera real desde que les habían abierto la puerta.

Mientras depositaban las chaquetas en el perchero de la entrada, Alyn se dio cuenta del repaso de arriba abajo que le estaba realizando su madre a Ethan, sin ni siquiera molestarse en disimular una mueca al finalizar. La mujer no se dio cuenta de que ella se había percatado, al igual que el chico que estaba de espaldas. Un pequeño dolor se implantó en el pecho de la chica y terminó asentado en su cabeza.

—Tu padre está arriba, cambiándose —le informó, su madre, mientras entraban en la sala— y tu hermana está…

A Ethan no le dio tiempo a analizar mucho la estancia, más allá del largo sofá, ya que antes de que la mujer pudiera terminar la oración, un pequeño torbellino castaño entró con fuerza y se estrelló contra el cuerpo de Alyn, mientras pronunciaba su nombre en un grito. La mencionada correspondió al instante y con la misma intensidad. Había pasado más de un mes desde que se había marchado y la había echado de menos.

—Lena —murmuró a modo de saludo, mientras su madre le pedía a la pequeña que se comportara. Ethan hizo una mueca, en desacuerdo. Lena la ignoró, se limitó a abrir los ojos, aún entre los brazos de su hermana mayor. En su radar apareció el castaño.

Este las observaba con una sonrisa tierna. Tenía una hermana y sabía lo que era quererla con locura. Aunque tuvo que admitir que el vínculo parecía más unido en el caso de Alyn y Lena. Y eso lo dedujo solo con ver ese pequeño reencuentro.

—¿Tienes novio y no me lo habías dicho? —reprochó, la pequeña, mientras se apartaba ligeramente de su hermana.

Alyn abrió los ojos, perpleja, y juró escuchar un pequeño gruñido en desacuerdo por parte de su madre. Sin embargo, no le tomó importancia, ni siquiera la miró, y se centró en su hermana. Observó de soslayo a Ethan, que la miraba con una sonrisa pícara (cosa que no ayudaba).

—No, no —negó con seguridad—. No es mi novio.

La emoción de su hermana se desinfló. Alyn hizo un gesto en dirección al chico, para que se acercara y él obedeció. La chica se limitó a hacer las presentaciones al tiempo que veía como su hermana miraba al chico de manera bobalicona.

—Encantado —dijo, Ethan, mientras ofrecía su mano. Lena la tomó, encantada.

—Encanta…

—Hija —una palabra, una voz profunda y autoritaria. Alyn se quedó congelada y con los hombros tensos, acto que a Ethan no le pasó desapercibido. La miró con las cejas fruncidas antes de girarse, al mismo tiempo que ella, hacia la persona que había hablado.

El ojiverde lo observó, detenidamente. Un hombre alto, de pelo castaño, al igual que Alyn, estaba de pie en el centro de la sala y vestía completamente de traje. Mantenía los brazos cruzados en la espalda e imponía. O al menos pareció ver eso reflejado en ambas chicas, ya que se irguieron todo lo posible.

—Papá —fue lo único que salió de los labios tensos de Alyn. Hacía mucho que no veía a su padre y, aunque lo quería, siempre había esa aura demasiado autoritaria por parte de él, que la transformaba en una niña pequeña y sumisa.

—Es de buena educación saludar.

Musitando su tercera disculpa, Alyn se acercó a su padre para saludarlo. Y, en el interior de Ethan, algo ardió. Odiaba ver como le hablaba, con desdén, pero con firmeza. Odió ver como ella se empequeñecía, perdía fuerza.

—¿No crees conveniente presentarnos? —le cuestionó, en el mismo tono, pero esta vez su mirada la tenía fija en el chico.

El ojiverde contó cuatro disculpas, antes de escuchar la voz de Alyn tomando su tono natural, menos tenso, para presentarle a su padre. Edward Harrison Stewart.

Ambos hombres se dieron un breve, pero firme apretón de manos mientras se saludaban. Después se observaron. Edward con ojos analíticos y Ethan con un fuerte intento de mantener su desagrado a raya. No quería complicarle más las cosas a la chica.

Ethan y Alyn agradecieron, internamente, que Lena preguntara si podían sentarse a comer, aunque por diferentes motivos. Ella porque tenía hambre y él por dejar de ver a su padre. Edward ocupó la cabeza de la mesa y junto a él, a su derecha, su mujer. Al otro lado se sentó Alyn, quien hizo sentar a su hermana al lado de su madre, para que Ethan se sentará junto a ella.

—Voy a por la comida —informó su madre, poniéndose en pie.

—Te ayudo —se ofreció, Alyn, levantándose también. O al menos lo intentó, pero su padre le puso una mano en el hombro y evitó que lo hiciera. Esta lo miró con las cejas fruncidas.

—Hoy no, cariño. Eres una invitada.

Fue el único acto que Ethan le halagó en su mente.

—Pero…

—Alyn —le interrumpió, con tono de advertencia.

—Ya me ocupo yo, tranquila —comentó su madre y entonces su padre se volvió hacia su hija pequeña. Alyn giró la cabeza hacia Ethan, evitando que sus padres vieran su expresión. Sabía perfectamente lo que iba a ocurrir.

El castaño notó como miraba al suelo y como sus labios se mantenían apretados en una firme línea. Angustia, eso es lo que vio en ella.

—Lena Harlow, podrías aprender un poco de tu hermana mayor y ayudar a tu madre.

—Perdón —se disculpó la chica al tiempo que se levantaba de su asiento. Ethan siguió sus movimientos con la mirada—. Yo te ayudo.

—No por ofrecimiento propio —murmuró su madre por lo bajo, pero todos alcanzaron a escucharla.

Entonces el chico lo vio. Vio como Lena le dirigía una mirada dolida a Alyn, como si el hecho de que la pagaran con ella tuviera algo que

ver con su hermana. La ojiazul bajó la mirada a su regazo, apenada. Y él la observó con los dientes apretados. Pequeñas piezas, sobre Alyn, comenzaban a encajar en su mente.

Después de un primer plato acompañado de pequeñas conversaciones triviales en referente a Alyn y sus primeros meses en el segundo curso de universidad, además de algún que otro reproche por no visitarlos, la conversación se silenció. O al menos por un par de minutos.

Alyn tragó un sorbo del vino que sus padres habían servido, uno de los tantos que su padre trabajaba en la empresa, y alzó la vista a su progenitor para lanzar un cumplido a este. Sabía que así ganaría puntos, pero no llegó a pronunciar ni una palabra cuando vio dónde tenía puesta la mirada el mayor.

Estaba observando analíticamente a Ethan, quien estaba tan centrado en separar los guisantes a una esquina, que no se daba cuenta. La expresión en Edward dejaba evidente su opinión. No le agradaba. Alyn podría hasta jurar que parecía que incluso el desagradado por el chico fuera mayor que el que había tenido su madre en la entrada.

De nuevo, un dolor se implantó en su pecho y subió hasta su cabeza. Algo se removió en el interior de esta. Y cuando notó que su padre iba a iniciar una conversación con el castaño, supo que debía intervenir en ella. Una sensación dentro de sí misma le gritaba que lo salvara, que salvara la imagen de Ethan y… y la visión de sus padres sobre ella.

—Señor Brown —la voz de Edward causó que el nombrado apartara la mirada de su plato y que su hija mayor dejara la copa sobre la mesa.

—¿Si? —respondió, el nombrado, con tranquilidad.

—¿Estudia usted?

Alyn tragó con dificultad, ya que tenía implantado un nudo en la cabeza. Sus manos arrugaban la servilleta que, por costumbre, se había colocado sobre el regazo, y sus dientes apresaron su labio inferior con nerviosismo.

El chico asintió.

—¿Y qué estudia?

—Medicina.

Esa palabra salió de los labios de la joven tan rápido que apenas le había dado tiempo a procesarla. No movió la mirada de su padre, a sabiendas de que Ethan la estaría observando. Y así era. El castaño giró su rostro con velocidad hacia la chica que tenía al lado. Su ceño estaba fruncido y algo en su interior le apretaba el pecho.

—Estudia medicina —repitió en un tono más bajo, como si intentara convencerse de que había dado el paso correcto al intervenir y encima con una mentira.

—Oh —musitó Elizabeth—. Una carrera muy respetable.

—Y asquerosa —susurró por lo bajo, Lena.

—¿Y en qué universidad? —cuestionó, Edward.

"Mierda", pensó Alyn. En esos momentos, por más que rebuscara en el interior de su cabeza, no encontraba ninguna en la que estuviera segura de que se estudiaba medicina.

—En la universidad de Nueva York —respondió, Ethan, sorprendiendo a la chica. Se giró a verlo, pero se topó con su perfil, ya que este se negaba a centrar la vista en ella.

—Supongo que tus padres deben estar muy orgullosos —añadió, la madre. Alyn era consciente de lo que sus padres tramaban. Intentaban hacerle un tercer grado, camuflado como una simple conversación.

Ethan se limitó a asentir con la cabeza mientras masticaba.

—¿Alguno de ellos se dedica a lo mismo? —interrogó, su padre, con la copa en la mano. Observándola como si estuviera distraído y no atento a cada una de las respuestas.

—No —contestó el chico.

—Su padre es profesor. —Ethan sonrió ligeramente, pensando que al menos en eso no había mentido. O al menos hasta que añadió—: Da clases en una universidad. Y su madre es tasadora de antigüedades.

Tick… Tack…

El chico dejó los cubiertos sobre el plato, mientras sus ojos miraban con fijeza el mantel. Sus dientes estaban apretados, ya que había

pasado por alto, considerándolo una estupidez, que mintiera sobre sus estudios –aunque tampoco le hizo gracia–, pero el hecho de que mintiera sobre sus padres le cabreó profundamente.

La conversación se pausó a causa de que madre e hija pequeña se dispusieron a recoger los platos para traer el postre. Un pastel de limón, que se posó sobre el centro de la mesa con elegancia y delicadeza.

No obstante, Edward no estaba conforme con toda la información –falsa, sin ser consciente– que había obtenido de Ethan quien, aunque seguía sin convencerle, ya lo veía con mejores ojos ante su prometedora carrera. Por ello, ni siquiera esperó a que su hija mayor, quien se ofreció, cortara el pastel, para lanzar su siguiente pregunta.

—¿Y dónde trabajan tus padres? ¿En Manhattan, Queens…?

—Brooklyn —logró responder, sin ser interrumpido por la castaña.

—¿Sois de Brooklyn? —cuestionó, por primera vez, Lena. Esta observaba al castaño aún más encandilada que al principio de la velada. El hecho de la mención de Brooklyn también tenía que ver, ya que la pequeña adoraba esa zona.

—Pues…

—Sí, son de ahí —le interrumpió, Alyn.

Comenzó a servir un trozo a cada uno, para así evitar levantar la mirada y ver la de Ethan.

—Su padre es de Brooklyn, al igual que él y su hermana —continuó.

Tick… Tack…

—¿Y tu madre? —cuestionó la mujer, en dirección al chico, aunque la que hablara fuera su hija.

Y entonces, sucedió. La estocada final.

—Su madre es de Manhattan.

Boom.

Algo en el interior de Ethan se derrumbó sin contemplación. Un dolor profundo se instaló en su pecho y le cortó la respiración. Había mentido. Lo había hecho durante toda la velada, pero lo que realmente terminó con él fue que mintiera sobre sus raíces. Pocos días atrás se había sincerado con ella, le había explicado algo que

pocas personas sabían. Y ahí estaba ella, Alyn, la chica que pensaba que merecía la pena, despreciando esa parte de él como si no fuera importante, como si fuera una estupidez.

—Discúlpenme —la palabra se deslizó con suavidad, aunque con contención, al tiempo que se ponía en pie—. No había visto la hora y debo marcharme.

—¿Marcharse? —cuestionó, Elizabeth. Tanto ella como su marido, no veían de buen ver el acto que el joven estaba haciendo.

—Entro a trabajar dentro de poco. —Esa respuesta era cierta, a excepción de que aún le quedaban dos horas hasta tener que presentarse en el museo. Sin embargo, pareció servirle de excusa al matrimonio Stewart.

—¿Trabajas? —murmuró, Alyn, con la cabeza levantada hacia él. No tenía ni idea de que Ethan trabajara. Para su mala suerte, su padre alcanzó a escucharla.

—¿Es que acaso no sabías que tu amigo trabajaba?

"Mierda", pensó de nuevo.

—No, no es eso —se apresuró a decir con nerviosismo—. Es que no sabía que trabajaba hoy —volvió a mentir, cosa que a Ethan ya no le sorprendió.

—Ha sido una velada encantadora —se dirigió a Edward—. Y la comida estaba exquisita. —Esta vez miró a Elizabeth—. Muchas gracias por la invitación —concluyó mirando a Lena, quien lo observaba con una amplia sonrisa y se despidió de él con leve movimiento de mano. Ethan sonrió levemente, ya que aquella chica era la única, en esos momentos, que le agradaba, y se despidió de ella con un guiño.

—Te acompaño a la puerta —se apresuró a decir, Alyn, al ver como salía de la sala—. Ahora vuelvo —dijo a sus padres.

Caminó con rapidez, siguiendo los veloces pasos del castaño, quien ya se encontraba en la entrada, poniéndose de nuevo la americana. Ella era consciente del estado en el que se encontraba Ethan y, por ello, le daba miedo hablar. No logró encontrar palabras hasta que vio como abría la puerta sin ni siquiera fijarse en ella.

—Ethan —lo llamó causando que este se parara tras el umbral. Miró a la puerta que conectaba con la sala, esperanzada con que

ningún miembro de su familia estuviera escuchando—. Ethan —repitió y este se giró.

El enfado que encontró en sus ojos verdes la dejó paralizada unos segundos. Fue en esos momentos cuando se dio cuenta de que la había cagado más de lo que creía y que le iba a salir muy caro.

—Yo… em…

—Déjalo —musitó, grave—. No merece la pena.

"¿El problema o yo?", se cuestionó en la mente mientras veía como Ethan se volvía a girar y se perdía entre las calles de su infancia. Y le angustiaba la respuesta. Sin embargo, lo que le causó una opresión en el pecho fue darse cuenta de que el enfado del chico le dolía mucho más de lo que ella se podría haber imaginado.

CAPÍTULO 18

—Sí, sí, te quiero —prosiguió la flor—. No has sabido nada, por mi culpa. No tiene importancia. Pero has sido tan tonto como yo. Procura ser feliz… Deja el globo en paz. Ya no lo quiero.
El Principito

Se lo contó todo, desde su nefasta relación con Emily en el instituto, pasando por la que tenía con Derek, el baile de fin de curso, hasta llegar a aquella misma noche. Había sido un cúmulo de información muy grande para Steve, tenía que procesarla poco a poco porque aquella semana estaba siendo la más larga de todo el año entre lo de su padre, los duros entrenamientos para el partido, el empate con Harvard, sus extraños pensamientos con Kai y ahora lo de Emily.

—Sé que seguramente no vas a creerme, pero después de lo ocurrido hoy no me apetece mentir a nadie —puntualizó la chica que, por primera vez, se había sincerado completamente con alguien más que con Harriet o Ethan.

Volvieron a quedarse en silencio. Steve no sabía qué pensar; por una parte, creía a Kai porque, como bien había dicho, no tenía necesidad de mentirle aquella noche y era obvio que estaba disgustada con Derek por haberle sido "infiel". Lo que no le entraba era que fuera Emily la que llevó a cabo esa infidelidad. Vale, reconocía que últimamente discutían más que antes, cierto es que también se veían más, pero no era una mala chica o, por lo menos, en la intimidad. De hecho, Emily era más comprensiva de lo que aparentaba y había perdonado fallos muy gordos de Steve. Pero él

nunca le había sido infiel ni le había dado motivos para que ella lo fuera.

¿O sí?

Entonces miró a Kai y se acordó de lo que no debía, de aquel beso que no quería reconocer como infidelidad, pero que al mismo tiempo lo era. Pensó que por esa razón debería perdonar a Emily, igual que perdonó a su padre, porque al fin y al cabo se encontraban en el mismo punto de traición, a su parecer. Y cuando ella se giró para mirarle esperando una respuesta, se le pasó por la cabeza si volvería a besarla otra vez. Al instante lo negó, sabía que no estaba bien y de él no saldría el impulso de hacerlo. Pero si ella se lo pidiese…

—Steve, me sabe muy mal que…

"Por favor no hables ahora", pensó él, pero la cortó encendiendo el coche. Iba a llevarla a la residencia, necesitaba salir de allí.

—Necesito pensar —fue lo único que pudo decir.

Se encontraba confuso por muchos lados sin saber como reaccionar de forma correcta. Cuando se sentía así solía huir para refugiarse en la única cosa que le calmaba, algo que le esperaba en su apartamento y que necesitaba tocar con urgencia.

Kai tampoco estaba segura de que sentir. Odio seguro, por Emily, más que por Derek, ya que ella fue la encargada de todo lo ocurrido esa misma noche y la de hacía un año atrás. También sentía lástima por Steve. Miedo por no saber cuál podía ser la reacción de él, si las cosas seguirían bien entre ellos o volverían a ser dos conocidos orgullosos como al inicio. El chico también tenía miedo, pero de quedarse solo, porque se conocía y sabía como de autodestructivo podía ser cuando estaba bloqueado. No quería dejarse vencer por sus pensamientos negativos. Se oponía.

—¿Tienes algo que hacer mañana? —preguntó serio, sin separar la vista de la carretera.

—Nada urgente, ¿por qué?

—Quédate a dormir conmigo —lo soltó sin pensarlo dos veces, porque sabía que de ser así se arrepentiría. Pero la necesitaba, necesitaba su paz.

Kai se ruborizó porque nunca había dormido en casa de ningún chico que no fuera Ethan, ni siquiera con Derek.

—Por favor.

Sonaba tan frío que a ella misma se le heló el cuerpo, pero no pudo negarse al ver que él no estaba en un buen momento y necesitaba soporte.

Se notaba que a Steve no le faltaba el dinero, su apartamento era amplio, con tonos blancos y azules, moderno, impecable. Nada que ver con el de Ethan, aunque el de su amigo era más de su estilo. El chico le indicó donde estaba el lavabo sin mucho ánimo, luego encendió la lámpara del salón que desprendía una luz tenue y se dejó caer rendido en el sofá. Kai fue directa al baño, que la reclamaba desde hacía un buen rato, se refrescó la cara cuidando que no se le corriera el maquillaje de los ojos y para sí misma repitió varías veces una plegaria de apoyo.

Se hubiera quedado más rato allí dentro, calmando el pequeño nudo de ansiedad que sentía, pero el sonido de las teclas de un piano le llamaron la atención. Salió con cautela, como si se procurara de no romper nada. Al llegar al salón vio a Steve sentado en una butaca, con la mitad del rostro iluminado por la poca luz de la lámpara, presionando sus dedos de forma delicada en cada una de las teclas del pequeño piano que tenía en una esquina, y del que no se había fijado al entrar. No entendía mucho de música, por lo que no pudo reconocer la melodía, pero le parecía preciosa, y no se movió de la entrada de la sala hasta que él no terminó la pieza y dejó ir un profundo suspiro.

—No sabía que tocabas el piano —musitó con tono tierno, acercándose lentamente hasta acabar repostada en el brazo del sofá que estaba más cerca de él.

—No lo sabe mucha gente —dijo, con la cabeza gacha y los dedos aún posicionados en los acordes.

—¿Es tu hobby?

—Más bien mi medicina, me refugio en él en momentos como este.

—Pues se te da muy bien —intentó animarle esbozando una sonrisa a la que Steve respondió, pero más difuminada.

Levantó la cabeza para dirigirse a ella y analizarla, estando también delimitada entre la luz y la sombra que invadía el salón. Le parecía preciosa, más bien embriagadora, porque había algo en ella que lo llamaba, en su manera de ser y en el aura que desprendía.

Acercó su asiento hacia ella, quedándose a una distancia respetable, pero lo suficientemente cerca como para hacer entretenidos círculos en su rodilla.

—¿Cuál es tu medicina? Y no me digas que hacer batidos porque no lo acepto. —Kai se echó a reír frente aquel ingenioso comentario.

—Poca broma, es bastante relajante. —Steve dibujó una sonrisa en su rostro—. Pero no, para tu desilusión. Supongo que decorar bellotas. —Él levantó una ceja, curioso—. Mi animal favorito es la ardilla, ves. —Entonces le mostró que en el lateral inferior de la muñeca izquierda estaba grabado en tinta la silueta del animal con una pequeña bellota—. Me lo hice por mi hermana, siempre me llamaba ardillita. El caso es que cuando vivíamos en Hawái nos dedicábamos a recoger bellotas del bosque que estaba cerca de casa, para luego decorarlas y usarlas como adornos para la casa. —Se hizo un pequeño silencio que sirvió para que ella pudiera controlar la emoción—. Cuando ella murió me prometí muchas cosas y una de ellas fue que no dejaría nunca las bellotas.

—¿De qué murió? —preguntó Steve con un hilo de voz, conmovido por la historia.

—Cáncer infantil.

—Lo siento —murmuró y acto seguido le agarró delicadamente las manos como sinónimo de soporte.

—Hace bastante. No lo tengo superado, porque creo que algo así no puede olvidarse nunca, pero sí que puedes aprender a vivir con ello.

Ella y su habilidad para la dialéctica, porque siempre que hablaba decía algo que le dejaba sin palabras, aun cuando solo conversaban para discutir. Se volvió a formular un silencio que transmitía más paz que inseguridad y que detonó a Steve a dejar caer la cabeza encima de las piernas de ella, sintiéndose rendido. Habían sido los siete días más largos de su vida.

—Deberías ir a dormir. Mañana lo verás todo con más claridad —aconsejó Kai mientras le acariciaba el cabello alborotado y con una voz tan dulce que hizo estremecer al rubio. Levantó ligeramente la cabeza para verla.

Estaba con la cabeza ladeada, el pelo corto recogido con un moño desenfadado, los ojos tenían unas pequeñas motas de brillo a causa de la luz, las mejillas sonrosadas y... ¡Oh, Dios! Aquellas pecas desordenadas le quedaban tan bien. De repente, algo le dio una punzada en la boca del estómago, que al mismo tiempo le provocó una plenitud que nunca antes había sentido. Entonces lo entendió, supo que no podía comparar lo que pasó con Kai aquella noche a todas las veces que había sido infiel a sus exparejas del instituto. Ellas eran un capricho, algo que una vez conseguía lo acababa; pero esta vez era una necesidad, si no la tenía cerca terminaría por desbancarse.

—Duerme en mi cama si quieres, yo me quedaré en el sofá —dijo él, porque la respetaba demasiado como para pedirle que durmiera a su lado. Sabía que no podía borrar su falta con ella por aquel beso, pero así sentía que podía enmendarla de algún modo.

—Steve, debes descansar más que yo —dijo agarrando su cabeza entre sus manos—. Ve a la habitación.

—No voy a dej… —Pero antes de que terminara la frase, ella se levantó tirándole del brazo hacia la puerta que había enfrente del baño. Pues solo había dos y sabía que una no era.

—Vamos a la cama. Venga —susurró. La dulzura de su voz estaba siendo la perdición del muchacho, algo que empezaba a ser más fuerte cada vez que lo sentía.

Se podría decir que era una perturbación en el corazón.

Tras varias insistencias fallidas por parte de Steve, él terminó por dormir en la cama y ella en el sofá.

A la mañana siguiente, cuando Kai se despertó, encontró en la mesita de enfrente un pequeño plato con dos gofres caseros untados con mantequilla de cacahuete. Luego apareció Steve del interior de la cocina para desayunar con ella. No dio tiempo a más,

aunque el rubio todavía estuviera aturdido por sus imprevistos sentimientos de anoche, él recibió una llamada de Lorie que requería urgentemente su asistencia. Al parecer el entrenador organizó una reunión de última hora a la cual no podía fallar. Quiso llevar a Kai a la residencia, pero esta le aseguró que prefería volver sola, no quería que el chico llegara tarde y además, le encantaba ir a pie a los sitios. Así que se despidieron con un largo abrazo lleno de risas y consejos por parte de ella, que también formaban parte de un plan de venganza que elaboró desde el primer momento en el que le confesó su historia con Derek y la intromisión de su novia en esta.

Había pasado cerca de una semana desde lo sucedido, tiempo necesario para que Steve pudiese reflexionar acerca de su relación con Emily, porque para muchos sería sencillo enviar una relación de tres años a la borda por una infidelidad. Steve, en cambio, siempre tendía a buscar razones y justificaciones para todo, cosa que le hacía ceder siempre que discutía con su pareja. Pero esta vez no parecía haber marcha atrás, pues los acontecimientos dados la semana anterior y su reciente conversación con Alyn, la cual consideraba un peso importante en su vida y alguien de quien fiarse, le hicieron darse cuenta de que una relación no puede mantenerse a base de mentiras.

Por mucho que le doliera, dejarla era lo mejor.

Aquel viernes era noche de Halloween y el equipo de Fútbol de Dartmouth organizaba una fiesta en una de las residencias cercanas a la universidad. Era de disfraces, por supuesto, y estaba previsto que asistiera mucha gente: otros clubs deportivos de la universidad, animadoras, parejas, hermanos, etc.

Emily llevaba cuatro años asistiendo a esas fiestas, de hecho la primera vez que fue conoció a Steve y un año más tarde empezaron a salir.

Cuanto echaba de menos ir de fiesta sin pareja.

Ella era consciente de que no podía quejarse de novio, era un buen partidazo, aunque demasiado bueno. Muchas veces le daba rabia que le perdonase o que hiciera lo posible por entenderla, porque no

podía odiarle. Era tan perfecto que cuando llegaba a su cama, después de pasar el día entero con él, se llenaba de lágrimas por no poder corresponderle. Se sentía tan mala persona la mayoría del tiempo. Alguna vez lo había comentado con su mejor amiga y el único consejo que sabía darle era que cambiase, pero decirlo es más fácil que hacerlo, porque pocos entienden lo que es sentirse atada en una sociedad progresista con tan solo diecinueve años. Nunca se sintió preparada para una relación seria, de hecho nunca creyó que duraría tanto, pero tampoco quería dejarlo. Steve era la única persona que se molestaba en conocerla de verdad y no quería perder eso. Si él se marchaba solo le quedaba Ethan, y un hermano mayor a veces no es lo que uno necesita.

Luego se miraba al espejo, con su disfraz ajustado de Sandy Olson de Grease y no dejaba de repetirse que no podría ligar porque su novio estaría a su lado. O no, porque no había sabido nada de él en los últimos días y ya empezaba a preguntarse si vendría a recogerla. Justo oyó como alguien llamaba a la puerta de su habitación. Ella respiró hondo para mentalizarse y la abrió con una gran sonrisa. Era Steve. Como no, había venido.

Primero analizó a su pareja con su disfraz de Danny Zuko. Le quedaba de muerte. Después sintió como una chispa de enfado nacía poco a poco debido a su falta de dedicación durante la última semana. Steve entró directo a la habitación sin decir ni una palabra y ella se quedó enfrente de la puerta con los brazos cruzados.

—Qué sorpresa. No he sabido nada de ti en toda la semana —le reprochó entonces, algo que él tenía en cuenta.

—¿Me has echado de menos? —preguntó con sarcasmo.

—¿Y tú? —respondió con la misma actitud.

Steve se rio y prefirió no dar importancia al orgullo de su, todavía, novia. Al fin y al cabo, ya no merecía la pena.

—Llevo toda la semana pensando en como decirte esto. Primero, creí conveniente hablar de forma educada y analizar ambas partes. Luego, opté por una conversación más dramática donde te contaba cómo me sentía. Aunque pensé en que no hacía falta ponerse así cuando podía ser frío y directo. Hasta esta mañana, que he decidido esperar a ver tu actitud al verme y entonces actuaría yo.

—Steve, ¿qué quieres? —le cortó con voz cansada, porque no soportaba cuando se enrollaba de forma filosófica, eso le hacía sentirse peor.

—Te dejo.

Fue claro y conciso, e inesperado también, ya que Emily se quedó sin habla por unos segundos.

—¿Qué?

—Que te dejo.

—Estás de coña.

—Te daría razones suficientes, pero creo que ya las sabes.

—Steve. —Se acercó a él para mirarle fijamente a los ojos mientras le agarraba las manos—. Amor, dime que estás de broma.

—No sé por qué debería bromear con algo así. Creo que he sido claro.

Emily se apartó mientras negaba con la cabeza y se repetía que no podía ser. Porque no era verdad, ¿no? Pero él seguía mirándola fríamente. Se quedaron en silencio por unos minutos, los que ella usó para recomponerse, pero no le sirvieron de nada, al contrario, la inundaron en rabia.

—¡O sea, ¿qué desapareces una semana entera y ahora resulta que no quieres estar más conmigo?!

—Así es.

—Muy bien, muy lógico por tu parte. A ver, vamos a adivinar cuál es la fuente de tu inspiración. Quizás Lorie, la gran influencia de tu vida. De hecho, no me extrañaría si me dejaras para estar con él, o con cualquiera de las animadoras con las que sales de cena. —Frente aquella suposición, Steve no pudo evitar una carcajada que enfureció más a Emily. Hubiera dicho algo, pero prefirió dejarla seguir, se estaba poniendo divertido—. ¿Alguna ecuación matemática? ¿La tabla periódica? ¿El seleccionador de la NFL? —Se paró en seco para ver como seguía divirtiéndose y decidió ir a doler —. O mejor Alyn, tu maravillosa amiga que lo lleva todo bien cuadriculado. ¿Te ha dicho que tu vida no está organizada conmigo? —Entonces la miró y ella esbozó una sonrisa triunfadora, pero la de Steve se desvaneció.

—No metas a Alyn en esto.

—Oh, ¿entonces tiene algo que ver?

—No, pero no voy a permitir que hables mal de ella.

—Por eso me dejas, ¿no? ¡Ya me lo olía, ¿sabes?! Sientes algo por ella.

—No, por Dios, por Alyn no. —Su amiga era guapa e inteligente, pero nunca la vería de esa manera.

—¿Entonces por quién? ¿Regina? ¡No me niegues que…! —le interrumpió algo alterado.

—¡Joder! Por nadie, Emily. No hay ninguna razón externa que fomente mi decisión, simplemente estoy cansado de irte detrás, de perdonarte sin recibir un cambio, de que durante tres años las cosas hayan seguido igual. No avanzamos, o por lo menos juntos, porque al parecer tú sí que lo haces a mis espaldas.

Emily reflexionó aquello último que había dicho y rápidamente fue consciente a qué se refería. Steve era bueno, pero no idiota, solo era cuestión de tiempo que se acabara enterando.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Mucha gente, solo que no me he dado cuenta hasta ahora. Y lo peor de todo es que sigo sin creerlo. ¿Cómo puede ser que mi querida Emily me sea infiel? Si ella me quiere. Ella me entiende. Es sincera, dramática tal vez, pero sincera.

—Ha sido Kai —dictaminó con los brazos en cruz. Debía tratarse de ella, seguro que quería vengarse por lo de Derek, estaba convencida de ello. Aunque no esperaba que lo hiciera, la veía demasiado reservada para sincerar algo así.

—No voy a decir nada, Em.

—Porque ha sido ella —se convenció—. Lo sabía. ¡Joder, es que lo sabía! No soy tonta, Steve, sé que últimamente os habíais hecho amigos. Será rastrera. —El rubio tuvo que absorber aire para contener el impulso primitivo que le nacía de dentro frente aquel comentario. No iba a permitir que frente a él se hablara así de nadie. Ni siquiera de Emily.

—¿Crees en serio que no iba a darme cuenta por mí mismo? He confiado en ti tres años. He pensado cientos de veces qué hacer para que dejaras de enfadarte conmigo. ¿Qué hacía mal?, me preguntaba. Luego me di cuenta de que mi error era irte siempre

detrás, porque eso ha hecho que des por sentado que siempre voy a volver, y quizás si no llevara acumulado tanto desprecio por tu parte podría perdonar tus infidelidades, porque entiendo que te has pasado la mitad de tu adolescencia en una relación y eso es duro, quieres experimentar. Pero mi decisión de hoy es un cúmulo de muchas cosas.

La chica no pudo rebatirle el discurso porque no tenía motivos para hacerlo y porque le dolía que aun así fuera comprensivo en algunos puntos.

—Hacemos más daño mintiendo que diciendo la verdad.

Aquello último se le clavó en el pecho, provocándole el mayor dolor que jamás había sentido. Pero no se inmutó porque entendió que ponerse a llorar no arreglaría nada. Steve anduvo hacia la puerta, pero antes de salir la miró esbozando una sonrisa amigable.

—No voy a negarte nunca una ayuda, porque aun así han sido tres años y no puedo evitar no quererte. —Abrió la puerta y antes de salir por esta volvió a ella—. Por cierto, vas muy guapa, así que aprovecha. Esta es tu noche.

Dicho eso, se marchó y dejó a Emily sin habla ni expresión, viendo como la única persona que aguantaba su parte oscura se marchaba.

Kai no iba a salir aquella noche por mucho que fuera Halloween, de hecho aquel viernes cubrió a Jena y se quedó hasta tarde trabajando para sacarse un dinero extra. Aunque eso significara tener que aguantar a grupos de niños y adolescentes disfrazados que pedían batidos y dejaban el mobiliario pegajoso.

Eran pasadas las doce y Blair, su encargada, le aseguró que no era necesario que se quedara al cierre.

—Es tarde y te están esperando para salir —dijo esta, que acababa de barrer la terraza.

—Oh, no creas. De verdad que no me importa ayudarte a recoger, tampoco tenía pensado salir hoy.

—¿Entonces el chico que hay fuera no es amigo tuyo?

—¿Qué?

—Me ha asegurado que venía a recogerte.

Kai dejó de fregar y salió rápidamente para ver de quién se trataba. Que recordara, no esperaba visita. A menos que Ethan… Pero a quien se encontró no era ni de lejos su amigo.

—¿Steve? —Repasó su traje detalladamente—. ¿Vas de Grease? —Se rio.

—Veo que no soy el único —respondió. Kai miró su uniforme de trabajo, el cual era de estética sesentera y notó como se coloraba por la vergüenza—. ¿Te falta mucho? He venido a recogerte, pero no quiero distraerte.

—¿Pero tú no ibas a celebrar Halloween con Emily?

—La he dejado.

La chica se quedó muda, no esperaba aquella respuesta y no sabía si alegrarse o preocuparse.

—Oh, vaya —murmuró—. ¿Estás bien?

—La verdad es que no. Pero lo estaré —respondió con una sonrisa forzada y los ojos vidriosos.

Kai lo entendió y asintió. Steve la necesitaba y no sabía como, porque nunca había tenido que gestionar algo así él solo.

—Ahora salgo —afirmó la morena con ternura y entró en el local para despedirse.

"Alana, ¿por qué no me siento bien?", pensó para sus adentros.

CAPÍTULO 19

Cuanto más profundo el
sentimiento, mayor es el dolor.
Leonardo da Vinci

—Imbécil, gilipollas, estúpida —mascullaba entre dientes mientras se paseaba de un lado a otro de la habitación—. ¿Cómo puedes cagarla tanto? ¿En qué puto momento se te ocurre abrir la bocaza y soltar esas mentiras? —Se frotó el rostro con ambas manos—. Ethan no se merece que cambies su imagen. —Gruñó—. Joder, si tal como es, es perfecto.

Quieta. Detuvo su verborrea consigo misma, al tiempo que sus pies se detenían.

Esas últimas palabras, que habían brotado de ella con una cruda sinceridad y seguridad, le asustaron y confundieron. Agitó la cabeza y las ignoró, aunque no las contradijo. Al fin y al cabo, en su subconsciente, sabía que eran ciertas.

—Joder, soy tonta —concluyó su autoflagelamiento, al mismo tiempo que se sentaba en el bode de su colchón.

Había pasado las posteriores veinticuatro horas, después de la comida con su familia, reviviendo las nefastas mentiras que había dicho y, sobre todo, el rostro de Ethan en la entrada de su casa, unos instantes antes de irse. Esa mirada había roto algo en su interior, aunque era consciente que ella le había causado algo peor, y que si ahora se encontraba dolida había sido por su propia culpa.

Era consciente de lo que estaba diciendo, de cada cosa falsa que mencionaba y, sin embargo, no pudo detenerse. En ese momento la reacción y las palabras despectivas, aparte de las miradas, que

podían haber dicho sus padres, le atormentaron, causando que no viera las posibles consecuencias de sus actos, y menos el daño que esas le iban a causar a ella misma. Había herido a Ethan y eso la mataba.

Soltó un gruñido.

Tomó de nuevo el teléfono de la habitación, que compartía con Kai, y se lo quedó observando unos segundos. No era la primera vez que intentaba contactar con él desde que se había despertado. Lo llamó antes de ir a correr, después e, incluso, un par de veces tras la ducha. Pero no había contestado en ninguna. Era seguro que tampoco le contestaría esta vez. No obstante, lo intentó.

Primer tono… Segundo tono… Tercer tono… Cuarto tono…

Nada.

Suspiró, derrotada, y se dejó caer sobre la cama.

—Solo quiero disculparme, Ethan —susurró.

El ambiente dejaba ver que Halloween se acercaba. La gente paseaba por las calles de Nueva York en busca de sus disfraces y las paredes estaban repletas de carteles que anunciaban la temática en discotecas y bares. Al igual que los folletos que repartían en la entrada de las universidades, dónde informaban de la fiesta de Halloween que se celebraría, como cada año, en una de las fraternidades más famosas y grandes. Halloween ganaba territorio.

A Alyn no es que le apasionara mucho esa festividad. En verdad, era la que menos le gustaba de todas las que se celebraban durante el año. Prefería, millones de veces, antes Navidad que Halloween. Aunque la semana anterior se la había pasado pensando que ese año sería distinto, que tal vez volvería a disfrazarse como cuando era niña y salía a pedir caramelos por su barrio. Y que si lo hacía, seguramente fuera por convicción de un castaño con ojos verdes.

Pero claro, eso fue antes de lo ocurrido.

La chica caminaba por las calles de Manhattan con unas antenitas de abeja en la cabeza, a juego con sus mallas a rayas, amarillas y negras. Las personas a su alrededor la observaba con confusión, pena e, incluso, como si estuviera loca. Se había adelantado unos

pocos días, pero es que el motivo que la había llevado a ponerse eso, era uno muy distinto al simple hecho de celebrar Halloween.

Suspiró hondo una vez se detuvo delante de la fachada del edificio de la Escuela de Artes Visuales. Aquel en el que Ethan estudiaba, o al menos eso le había dicho en unas de sus conversaciones.

"A esto se dedica, Alyn, no a medicina", se reprendió mentalmente.

Jugó con sus dedos al tiempo que mordía su labio inferior con insistencia y sus pies no paraban de repiquetear en el asfalto. Estaba nerviosa, eso no entraba en discusión. Intentó calmarse, ya que tenía que mantener la mente centrada en cuanto el chico apareciera. Debía ser clara y concisa con su disculpa. Necesitaba, y ansiaba, que saliera bien.

Sin embargo, de nada sirvió el intento de serenarse, puesto que una vez Ethan traspasó las puertas de la entrada, ella se quedó estática durante segundos. Al menos hasta que lo vio alejarse, ajeno a su presencia, calle abajo. Entonces reaccionó.

Lo siguió, haciéndose hueco entre las personas que caminaban por la calle, que a esas horas eran más de las que ella deseaba. Por un instante, su corazón dio un vuelco al pensar que lo había perdido de vista, pero entonces lo divisó. Estaba en la acera de enfrente, llegando hacia su Jeep.

Se le escapaba su oportunidad entre los dedos.

Corrió. Cruzó la carretera, parándose más bien poco a mirar a ambos lados, y lo alcanzó. Se sorprendió a sí misma por sus actos, nunca se había planteado que se comportaría de tal manera, saliiéndose de su propio control. Pero es algo que le brotaba de dentro.

—Ethan —lo llamó, entre jadeos por la carrera, una vez lo tuvo a un metro. Este se quedó estático a poca distancia de la puerta del conductor de su coche. Era obvio que la había escuchado y por su tensión en los hombros, era incluso más evidente que había reconocido quién era, sin necesidad de darse la vuelta—. Ethan —repitió.

El nombrado cerró los ojos unos instantes al tiempo que dejaba salir un suspiro cansado.

Se dio la vuelta.

No se esperó verla, al menos no así, con las antenas y las mallas. Por un segundo estuvo a punto de sonreír, y ganas de reírse también tenía. Sin embargo, no hizo ninguna de esas dos cosas, porque al fijar su mirada en los ojos de la castaña, recordó las palabras que ella había pronunciado el sábado.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, secamente.

—Yo… bueno… eh… —tartamudeó. De repente se sentía más nerviosa y paralizada que un minuto atrás—. Te estaba… em… esperando. —Señaló hacia atrás, indicando su escuela—. Y entonces… eh, tú… y yo… —No le salía nada coherente y eso la exasperaba.

Siempre había tenido ordenado todo, incluso las palabras. Hasta ese momento, hasta que tuvo los intensos ojos verdes de Ethan clavados en su rostro con enfado e indiferencia. Entonces ya no tenía palabras.

—Quería… bueno, yo… el otro día… dije…

—Basta —la frenó, pero su tono no fue brusco, sino firme. El castaño no quería escucharla, o al menos no las cosas incoherentes y que parecían poco seguras que estaba murmurando—. Si estás intentando disculparte… —comenzó, cruzándose de brazos.

—Sí —le salió casi en un grito—. Eso es lo que intento —añadió con frustración hacia sí misma.

—…es la mayor pérdida de tiempo —completó. La castaña bajó la mirada al suelo—. Las palabras no me sirven. Y menos de alguien que las utiliza para mentir.

Alyn sintió esas frases como si fueran dos balas adentrándose en su pecho. Se quedó sin respiración y aturdida unos segundos, mientras volvía a alzar sus ojos hacia él. Este la observó inexpresivamente y se despidió escuetamente antes de adentrarse en su coche. La chica se quedó quieta ahí, en medio de la acera, viendo como el Jeep se alejaba, dejándola con un dolor agudo.

No la había perdonado.

Sentía que sus pies pesaban más de la cuenta mientras subía las escaleras. Perfectamente, podía haber accedido al ascensor y subir

en él, pero prefirió las escaleras para poder tomarse esos segundos extras para pensar en como explicarse.

Una vez delante de la puerta, picó al timbre. Esperaba encontrarse con una alegre cara que le devolviera algo de alegría a su cuerpo, que se encontraba más decaído de lo que se hubiera imaginado. Sin embargo, ante ella no apreció nada semejante.

Fue una expresión derrumbada la que la saludó. Y, aun así, dijo:

—La he jodido.

—Y a mí me han jodido —añadió el chico.

Ambos mantuvieron la mirada conectada hasta que el rubio se hizo a un lado y con un simple movimiento de cabeza la incitó a entrar. Alyn se dirigió a la sala, dónde ya había estado miles de veces, y se dejó caer en el sofá, cansada. Un par de segundos después, su amigo la acompañó.

—¿Qué ha pasado? —preguntó este.

—Tú tienes peor cara que yo —comentó haciendo una mueca mientras lo observaba. Iba en pijama y con el pelo completamente alborotado—. Creo que es mejor que empieces tú.

—Eres tú la que se ha recorrido media ciudad para venir a hablar conmigo —argumentó, Steve. Esperó que su amiga hablara, pero ella solo apartó la mirada a su regazo—. Alyn —la nombró con suavidad, al tiempo que dejaba su mano, con la palma hacia arriba, sobre sus piernas.

Esta no dudó en entrelazar sus dedos con los de él y acercarse hasta reposar su cabeza sobre el hombro del chico. Su cuerpo era cálido y le trasmitió la fuerza que necesitaba para hablar.

—La he cagado con Ethan —confesó, derrotada—. Y… y me duele más de lo que pensaba.

Steve soltó un leve suspiro, que la chica no notó. Hablar del hermano de Emily no era lo que más le apetecía en esos momentos, pero sabía que era importante para Alyn, y que ella lo necesitaba.

—Empecemos por el principio.

—Mis padres querían conocerlo —comenzó a explicar manteniendo la mirada fija en la pared de enfrente. Sintió como el chico acariciaba en dorso de su mano con el pulgar y eso la calmó.

—Lo sé, me lo contaste. ¿Tus padres le dijeron o hicieron algo?

—No.

—¿Lena se quedó prendada y lo agobió? —La chica no pudo evitar soltar una risa, recordando todas las veces que eso mismo ocurrió, pero con el hombre que tenía al lado. Steve sonrió por su reacción.

—Sí a lo primero, no a lo segundo. —No obstante, la sonrisa no le duró mucho—. Pero no es eso.

—¿Entonces?

—Fui yo quién la fastidió —sentenció. Hubo unos instantes de silencio en los que Steve le dio tiempo—. Dije que Ethan estudia medicina cuando en realidad estudia arte.

—Dudo que se enfadara solo por eso. Sería un gilipollas si fuera así —concluyó, molesto.

De por sí no es que Ethan le cayera del todo bien y si encima ahora causaba este dolor a su amiga solo por esa pequeña mentira… Ganaba puntos en su lista de gilipollas a los que no dirigir la palabra.

—No, es que no fue en lo único que mentí —añadió, compungida —. Su padre es profesor en un colegio y su madre tiene una tienda de antigüedades.

—Lo sé. Emily… —Steve tragó con fuerza, ante su mención—. Ella me lo contó. Además de que los conocí.

—Pues yo dije que su padre era profesor, pero en una universidad. Y que su madre era tasadora profesional de antigüedades.

Alyn dudó en ese momento si añadir o no el hecho de que también mintió sobre sus raíces, sobre sus orígenes. Pero terminó ahorrándoselo y guardándoselo para ella. Al fin y al cabo, era algo que Ethan le había confiado a ella y no sabía si a él le haría gracia saber qué lo iba contando. Menos a Steve, cuando se veía en la distancia que no es que tuvieran una relación muy unida.

—Mentiste sobre su familia, Alyn —murmuró un poco molesto.

—Lo sé.

—Cuando los conocí vi como eran y lo importantes que son para Ethan, una de la pocas cosas que me agradan de él.

—Lo sé —repitió, frustrada—. Y ahora está cabreado conmigo.

—¿Has intentado disculparte? A lo mejor eso ayuda.

—Nooo, para nada —dijo, sarcástica, mientras se apartaba de él—. ¿Disculparme? Eso es lo último que se me hubiera ocurrido. —Miró

al rubio con furia.

—No te pongas sarcástica que no te pega. —Alyn respondió con un bufido antes de añadir:

—Lo llamé mil veces y hasta fui a la puerta de su escuela para hablar con él, pero me despachó. Y ahora, ahora… —Gruñó—. No sé qué hacer.

—Tranquila —susurró el chico, al tiempo que la acercaba a su cuerpo para abrazarla. Ella reposó la cabeza en su pecho. Ambos soltaron un suspiro—. Yo creo que deberías dejarle un tiempo.

—Ya lo he hecho.

—Pues más. Podrías hablar con… —otra vez, se le creó un leve nudo en la garganta— Kai… y que ella hable con él para saber cuando se le ha pasado, y así puedas intervenir y pedirle disculpas.

—No quiero meter a Kai en esto.

—No la estás metiendo, solo tiene que decirte si tienes el terreno sereno.

—¿Y hasta entonces? —cuestionó en un suspiro. Él se encogió de hombros.

—Tendrás que esperar.

—Es que me… me… —tartamudeó Alyn, en busca de una palabra que abarcara todo lo que había estado sintiendo esos días; de lo que sintió el día que ocurrió, el día que no le contestó las llamadas, cuando fue a buscarlo...

—¿Qué?

—Me duele, Steve —se limitó a decir, al no encontrar una palabra que definiera todo—. Me duele mucho que este así conmigo.

El rubio se quedó completamente quieto, aunque tampoco es que se estuviera moviendo mucho, mientras la mantenía abrazada. Algo rondó por su mente, algo en referente a su mejor amiga y lo que sentía por el mejor amigo de Kai.

—¿Por qué? —interrogó, esperando una respuesta clara que confirmara o desmintiera su teoría.

—¿Por qué, qué? —contraatacó, ella, sin comprender.

—¿Que por qué te duele tanto que Ethan esté enfadado contigo?

—Pues porque… em… él… bueno, él… nosotros… —tartamudeó, de nuevo, al tiempo que tomaba distancia para verle la cara a Steve.

Entonces un pensamiento fugaz cruzo en su mente y la asustó.

—¿Y tú qué? ¿Por qué tienes esa cara tan demacrada? —cuestionó, a la defensiva, para cambiar de tema. Agitó levemente la cabeza y eliminó cualquier pensamiento anterior.

—Cambiar de tema insultándome. Tener mejor amiga para esto. —La castaña respondió rodando los ojos.

—Steve —le advirtió.

—Emily me puso los cuernos —soltó de golpe, sin anestesia. Alyn agrandó los ojos, sorprendida—. ¿No vas a decir nada? —La chica abrió los labios dispuesta a comentar algo, pero volvió a cerrarlos sin soltar sonido—. Yo también me sorprendí cuando me enteré.

—No, Steve —murmuró. Él la miró, confuso—. Yo no me sorprendo de eso. —Hizo una pausa e intentó añadir con tacto—: Lo que me sorprende es que al fin te hayas dado cuenta.

—¿Qué? —preguntó, perplejo.

—Yo ya lo sabía —susurró, temiendo la reacción de su amigo. Pero esta llegó de todos modos cuando se puso de pie de un salto y se enfrentó a ella.

—¡¿Lo sabías y no me dijiste nada?!

—Sí… —Se puso en pie, como él, antes de corregirse—: O sea, no.

—Alucino —murmuró para sí mismo, al mismo tiempo que caminaba de un lado a otro.

—Steve —lo llamó. Comenzó a seguirlo por la sala—. Steve, escúchame. —Lo frenó y puso ambas manos en sus hombros—. Nunca la he visto hacerlo directamente, sino créeme que hubiese corrido a decírtelo. Pero se pasaba todas las fiestas, sobre todo en las que estabais peleados, zorreando con todo aquel que tuviera polla.

—Alyn —le advirtió con los dientes apretados. Ella lo ignoró, sintiéndose por fin libre de poder decir lo que pensaba sobre la asquerosa (al menos para ella) chica que llevaba tres años con su amigo.

—Así que lo he supuesto todo el tiempo, hasta el punto de estar segura sin necesidad de pruebas.

—¿Por qué no me dijiste nada?

—No me hubieses creído.

—Eso no es verdad —atacó él, a la defensiva.

—Sí lo es —contraatacó, cara a cara—. Hace un tiempo intenté advertirte de ella, independientemente a que te engañara, solo sobre como era Emily realmente. Lo mal que se comportaba conmigo.

—¿Se comportaba mal contigo? —preguntó, en tono bajo. Ella asintió.

—Y lo sigue haciendo, lo que pasa es que no delante tuyo. —La chica hizo una leve pausa, esperando que Steve asimilara esas palabras antes de continuar. No estaba bien y ver a su amigo así le ponía peor—. Y tú estabas tan cegado de amor, que cada vez que lo intentaba me echaba atrás antes de pronunciar la primera sílaba, porque estaba segura de que no me creerías. Menos sabiendo que a mí no me gustaba, podías pensar que solo te lo decía por eso.

—Joder, Alyn. —Se dejó caer de nuevo en el sofá y ambas manos volaron a su rostro—. Tenías que habérmelo dicho.

—Lo lamento —murmuró la castaña, tomando asiento a su lado y posicionando su mano en la espalda del chico, donde empezó a acariciarlo con ternura.

Ambos se mantuvieron en un silencio algo tenso, pero no porque no estuvieran cómodos con el otro, sino por la densidad de las palabras que acababan de ser dichas.

—¿Quién te lo ha dicho? —se interesó, Alyn—. ¿O sea, quién ha asegurado que te ha puesto los cuernos o lo has visto tú mismo? —Esta última opción le dio miedo a la chica, ya que no quería ni imaginarse el dolor que habría sentido Steve si lo había visto directamente.

—No, fue Kai.

—¿Kai? —cuestionó, asombrada.

—Emily me puso los cuernos con el exnovio, por decirlo de alguna manera, de Kai, hace dos años. El otro día hubo un encuentro no muy favorable y agradable para ella, en el partido, y en un momento de descarga, a solas, me lo contó.

Alyn reflexionó sobre la morena, sobre como era ella. No tardó en llegar a una conclusión.

—Siento decirlo, pero creo en la palabra de Kai.

—Y yo también —murmuró, aún con el rostro escondido.

Se mantuvieron así durante un par de minutos, hasta que el rubio levantó la cabeza hacia ella.

—¿Qué hago, Alyn? —fue una pregunta, pero sonó más a una súplica; necesitaba que alguien le diera un consejo claro y conciso.

—¿Puedo serte sincera?

—Sabes que sí.

A Alyn le dolió, pero no le tembló la voz cuando sentenció:

—Déjala. —Steve le mantuvo la mirada, ambos ojos fijos en los del otro—. Deja a Emily.

Desplomado sobre el colchón, el cuerpo de Alyn le pesaba como si se tratase de plomo. Sus miembros completamente inertes, como si se hubieran convertido en partes de un cadáver. Y su mirada en un punto fijo del blanco techo. Lo único que aseguraba que seguía viva era el pecho que subía y bajaba.

Se aburría, eso estaba claro. Pero tampoco le apetecía hacer nada de lo que su lista, bien colgada en el corcho del escritorio, indicaba que le tocaba. Por su mente solo rondaba una cosa, la conversación que había mantenido con Steve el día anterior.

Y su mensaje oculto.

—Alyn, me voy a… —anunciaba Kai, al tiempo que abría la puerta de la chica y la veía ahí tendida— trabajar —su tono sonó confuso. Miró a la castaña con el ceño fruncido.

—Vale —se limitó a contestar, esta.

—¿No vas a ninguna fiesta de Halloween?

—No, no me gusta Halloween.

Esa confesión trajo a la mente de la pelinegra la conversación que había tenido con Ethan un par de días atrás, cuando este le llamó frustrado, tanto con su compañera como consigo mismo. Sonrió.

—Entonces el disfraz de abeja solo fue por Ethan —no lo preguntó, lo afirmó.

Alyn abrió los ojos, sorprendida, pero aún en el techo. Después volaron hacia las antenas, que aún descansaban dónde las había

dejado, sobre la cómoda. Y finalmente, posó los ojos en la chica, que se apoyó en el umbral de la puerta.

—¿Te lo ha contado? —preguntó, incorporándose.

—¿Tú se lo has contado a Steve? —Alyn asintió con la cabeza, recordando la conversación del día anterior. Una sincera, dura y un poco dolorosa—. Ahí tienes mi respuesta.

—¿Te ha explicado… —dudó con algo de miedo— todo?

Quería saber si le había explicado algo más allá de lo del encuentro a la salida de su lugar de estudios, como las mentiras que ella dijo en aquella estúpida comida. Aunque en el fondo sabía que la respuesta era afirmativa antes de que su compañera contestara.

—Sí.

—¿Y no estás molesta conmigo? —cuestionó, confundida.

—¿Yo? —La mayor asintió—. ¿Por qué debería estarlo?

—He herido a tu mejor amigo.

La castaña pensó que si hubiera ocurrido lo mismo, pero en la posición de Ethan se encontrara Steve, no sabría como ella hubiese reaccionado con la que fuera que se encontraba en su lugar. Por una parte, estaría molesta, pero por otra, conociendo su lado que odia las peleas, pues puede que se mostrara neutral. Alyn odiaba estar enfadada con sus allegados, o que ellos lo estuvieran con ella. Era algo que la hacía sufrir y por ello intentaba evitar esos encuentros, sobre todo con Steve.

Pero ahí estaba, dolida por Ethan.

—¿Y? No le has hecho nada grave. Y él es mayorcito para estar cabreado o no con quién quiera —comentó, mientras se encogía de hombros con tranquilidad—. No por ello va a cambiar tu relación conmigo. —Hizo una leve mueca con los labios antes de añadir—: Aunque no te voy a negar que no estoy muy feliz por lo qué hiciste.

—Lo siento —murmuró, bajando la mirada.

—A mí no me debes ninguna disculpa, Alyn —le recordó, formando una sonrisa ladeada, con la que esperaba calmar el sentimiento de culpa que veía reflejado en la cara de su compañera.

—Él no quiere escucharme —puntualizó. Soltó un suspiro—. Joder, vale que la he cagado, pero no fue para tanto. —Kai frunció el ceño y la escuchó con atención—. Al menos no para no dejarme

explicarme o para ignorarme completamente. Solo modifiqué un poco a que se dedicaban. —Parecía que se lo estuviera diciendo a sí misma, más que a su amiga. Porque para Alyn, Kai ya se había convertido en una.

—Alyn —mencionó con cautela—, ¿de verdad crees que Ethan está así porque dijiste que estudiaba una cosa que no era o que sus padres estaban laboralmente un poco más elevados?

—Sí, ¿por qué sino?

—Alaska —soltó, Kai, como si fuera la única información necesaria para que ella lo comprendiera. Pero, aun así, añadió—: Lo otro puede que le molestara, pero lo que lo hizo llegar a tal punto fue que mintieras sobre de dónde eran, sobre todo por su madre.

—Pero… yo… no lo hice con mala intención —se defendió, frustrada —. No me importa de dónde sea… No, sí que mi importa, pero para bien. Me parece algo bonito que tenga esas raíces.

—Pues no lo pareció —un ataque en tono dulce.

Alyn resopló y Kai vio el momento de acercarse a ella. Se sentó a su lado mientras la castaña se frotaba las sienes, estresada. Eso le provocaban las peleas, al menos con la gente que realmente le importaba.

—Voy a serte sincera —avisó y no dejó que ella añadiera nada antes de continuar—: Es probable que me gane una discusión con Ethan por contarte esto, ya que no es a mí a quien corresponde, pero… Bah, me las arreglaré con él.

—¿Contarme qué?

—Nanurjuk, la madre de Ethan, es de Alaska. Nació, creció y vivió ahí hasta que decidió, junto a su marido, venir a vivir a Brooklyn. Lo hicieron cuando Ethan apenas tenía tres años.

—Lo sé, me lo explicó.

—Lo que no sabes es que los primeros meses aquí fueron horribles para Nanurjuk. —Alyn frunció el ceño y la escuchó atentamente, como había hecho ella un par de minutos atrás—. No era muy común ver a alguien de Alaska por estas zonas, y todo empeoró debido a que, por mala suerte, se instalaron en un barrio un poco racista. Fueron muchos murmullos llenos de insultos y rumores en su contra.

—¿Sobre Ethan también? —No sabía por qué, pero el hecho de que fuera así le enfurecía.

—No tanto, pero sí, también —respondió—. Pero ella sufrió todo eso, más las humillaciones constantes que tuvo al intentar conseguir un trabajo. —La molestia por tal injusticia se veía con claridad en el rostro de Kai—. Nadie de los alrededores quería contratarla y ella no tenía los estudios necesarios para trabajar en algo más profesional, por decirlo de algún modo. Tras meses sin conseguir otra cosa que no fueran rechazos, tuvo la idea de abrir la tienda de antigüedades, que a día de hoy sigue funcionando. —Hizo una leve pausa para calmarse y tomar aire, y Alyn, en esos momentos, solo podía sentir el sentimiento de culpa aumentando—. Que tú mintieras sobre los orígenes de su madre, como si también la rechazaras, es lo que ha provocado que él esté así. —Suspiró—. Y le dolió —finalizó en un susurro.

—Ahora me siento peor que antes —confesó llevándose las manos a la cara—. No odio sus raíces, ni mucho menos me avergüenzo de ello. No quería que llegara a pensar eso, es solo que mis padres… mis padres… —Gruñó al no encontrar las palabras—. ¿Qué puedo hacer, Kai? —le preguntó, girando a verla—. ¿Cómo hago que me escuche y pueda disculparme?

—En mi caso, suelo esperar a que se calmen las aguas, tanto por él como por mí, y entonces aparezco en su casa sin avisar para hablar las cosas, sin darle la oportunidad de escapar.

—Me cerraría la puerta en la cara, eso si llegara a abrirme —refunfuñó.

—Mi relación con él no es la misma que la vuestra.

Ese comentario hizo que los ojos de Alyn, que se habían alejado de ella, volvieran al instante. Había palabras no dichas en la mirada de Kai antes de que se pusiera de pie y se encaminara a la puerta.

—Me tengo que ir —le informó, deteniéndose en el umbral—. Pero, Alyn, una cosa más sobre Ethan —y la nombrada escuchó con todo su interés—, él no es tan indiferente como hace ver. —Le dedicó una última sonrisa—. También le duele estar así contigo.

Sin añadir nada más, ni dejar que su compañera hiciera una replica, se marchó.

Alyn se quedó sola, de nuevo, con el silencio, y ahora no solo las palabras de Steve rondaban su cabeza, sino también las de Kai. Y la mezcla no es que fuera muy esclarecedora. A la única conclusión que llegaba era que no quería seguir así con Ethan.

El sonido del teléfono fue lo único que la sacó de sus pensamientos y, de manera casi automática, lo buscó en su superficie.

—¿Diga? —murmuró al contestar.

—Hola, mi niña —la voz de su abuela, con su perfecto acento español, se coló a través del auricular y, casi por arte de magia, le alivio con su calidez.

—Abu.

—¿Cómo estás? —preguntó con el tono que da a entrever una sonrisa.

—He tenido días mejores, o semanas si somos sinceras —murmuró mientras se sentaba en una de las sillas de la cocina y subía ambos pies a esta—. *¿Y tú?*

—Bien, cariño —respondió, escuetamente, antes de cuestionar—: *¿Pero qué te ocurre?*

—Nada, solo una pelea —le restó importancia.

—¿Con Stevie?

—No, con él todo bien. Bastante tiene con lo suyo —respondió, recordando su problema con Emily.

—Bueno, luego me cuentas qué le pasa al niñito adorable. —Y Alyn estaba segura de que no se iba a librar de esa conversación—. *¿Te has vuelto a pelear con tus padres?*

—No, aunque algo de relación tienen —su tono se tiñó de un rencor que ni ella se había dado cuenta de que poseía.

—¿Ha sido con el chico guapo de las cervezas? —siguió preguntando. La mención de Ethan con ese apodo creó una sonrisa en el rostro de Alyn.

—¿Cómo sabes que es guapo si ni lo has visto?

—Porque sé que mi nieta tiene buen gusto, solo hay que ver al guapo de Stevie. —Steve tenía dos abuelas que le subían el ego, la de él y la de ella, eso estaba claro. A Alyn le calentó el pecho el hecho de que su abuela le tuviera tanta estima—. *Pero, no me cambies de tema. Es con él, ¿verdad?*

—Sí.

—Cuéntame.

Eso hizo, explotó. Quería desahogarse, por más que ya hubiera conversado con Steve y Kai. Y no supo lo mucho que lo necesitaba hasta que le contó todo a su abuela. Desde su vuelta a la pintura hasta la conversación con Kai, minutos atrás; pasando por cada una de las mentiras que salieron de su boca.

—Ay, mi niña, si es que eres tontíca.

—Oye —se quejó, ofendida.

—Es cierto, por eso te quejas. —"Las verdades duelen", pensó—. *¿Cuántas veces te he dicho que no les hagas ni caso a tus padres?* —le reprochó. Intentó contestar, pero su abuela continuó—: *Primero, no tenías que haber accedido a esa comida, al menos no si no lo querías realmente.*

—Pero…

—Ni peros, ni peras —lanzó una de sus típicas frases—. *Y segundo, no me puedo creer que mi pequeña Evolet haya sido capaz de mentir sobre algo tan importante para ese chico.*

—No me hagas sentir peor, abu.

—Mi niña… —suavizó el tono al notar la tristeza y culpabilidad en la voz de Alyn—. *Al menos me alegra saber que te sientes culpable, porque eso significa que realmente te importa.* —Hubo un silencio solo interrumpido por un suspiro de la joven—. *Escúchame, y escúchame bien, ¿eh?* —su tono se volvió serio y eso puso en alerta a la castaña, que volcó toda su atención en la adulta—. *Ese chico ha estado contigo desde hace un mes, casi dos, y te ha ayudado, por más que tú no lo veas. A veces desde dentro no se nota, pero por las conversaciones que hemos tenido desde que ese Ethan apareció en tu vida, puedo asegurarte de que no eres la misma. Y para bien, Evolet.*

—¿Qué quieres decir?

—Que estás dejando de ser lo que otros quieren que seas y siendo tú misma —confesó y se pudo notar el orgullo y cariño en cada una de las palabras—. *O al menos eso hacías hasta que antepusiste a tus padres antes que a ese amigo tuyo.* —Pero todo se derrumbó con esa frase—. *Mira, tus padres tienen su vida, al igual que yo la tuve*

antes que ellos, y nunca controlé a mi hijo como, por desgracia, hacen contigo. Pero es que, cariño, es tu vida, no la de ellos y tienes que vivirla como te dé la gana. Porque quien va a vivirla eres tú y solo tú. Eres quien decide sobre ella, no te dejes influenciar.

—Nunca me habías dicho esto —murmuró afectada.

—Sí lo he hecho, pero nunca tan claro, y mira que soy directa.

—Gracias, abuela, te necesitaba.

—No hay de que, mi niña —le dijo con ternura. Adoraba a su nieta, porque le recordaba a ella de joven, al menos cuando era ella misma —. *¿Y qué vas a hacer con ese Ethien?*

Alyn no pudo evitar reír, por más que sus emociones estuvieran un poco afectadas, ya que ese apodo, parecido al de Steve, le hizo gracia. Supo que lo escucharía muchas más veces.

—Tengo que encontrar una manera de que escuche mis disculpas, porque no pienso dejar que esto se acabe aquí —sentenció con seguridad. Su abuela le había dado valentía.

—Así me gusta.

—Aunque no me quiere ni ver —se desinfló, haciendo una mueca.

—¿Y si no hace falta que te vea a ti?

—¿Qué insinúas? —preguntó, confusa, con el ceño fruncido, aunque Evie no pudiera verla.

—Hazle ver lo que él es para ti.

La conversación se cerró ahí, al menos en referente al tema de Ethan. Después la instó a contarle el drama que estaba viviendo su mejor amigo. Evie le aseguró que ese chico era demasiado bueno para sufrir y que se alegraba de que por fin pusiera fin a su relación.

Tras colgar, Alyn se sentó al borde de su cama y repasó una y mil veces la frase de su abuela.

"Hazle ver lo que él es para ti".

Soltó un suspiro al tiempo que la mirada recorría su habitación.

Y entonces sonrió.

Por una vez se alegró de estudiar arquitectura, aunque solo fuera por ese pequeño detalle que había en la mesa.

CAPÍTULO 20

Para mi próximo truco necesito que
me beses y haré aparecer mágicamente
mariposas en tu estómago.
Pablo Neruda

Estaban en el coche de Steve cantando los temas que sonaban en la radio. Les quedaban treinta minutos de viaje todavía hasta llegar a Brooklyn, el lugar que respondió Kai cuando este le preguntó dónde quería ir. Era una pequeña locura que no había tenido tiempo de hacer desde que empezó el curso y que debía hacer tarde o temprano.

—Así que te has criado en Brooklyn —afirmó, Steve, bajando un poco el volumen de la radio.

—Bueno, pasé mi adolescencia allí.

—Aún eres adolescente. —Se rio él.

—Cierto, no como otros —contraatacó.

—Eso es jugar sucio, soy dos años mayor que tú. ¿Le dices lo mismo a Ethan?

—Créeme, con él es mucho peor.

—Pobre.

Siguieron hablando sobre cómo fueron sus años de instituto, a lo que Steve afirmó que su vida durante aquella época fue perfecta, casi como si fuera sacada de una película de romance adolescente.

—Por aquel entonces salía con Megan, era animadora —comentó—. He de reconocer que se lo curraba mucho y me gustaba, la verdad.

—¿Por qué lo dejasteis entonces?

—Por Lorie. —Sonrió—. A él le gustaba, o eso decía, a él le gustan todas. El caso es que antepuse la amistad. Siempre antepongo a Lorie —puntualizó.

—Vaya. Emily debía estar muy celosa de él.

—Créeme, lo estaba. Pero con Alyn y Regina era peor. A Alyn la conoces, es mi mejor amiga y creo que se ve a leguas que entre nosotros no habrá nunca nada más allá. Regina, en cambio, es más apegada. Es la hija del secretario de mi padre, somos amigos desde pequeños y sí, hubo algo de atracción en su momento, pero a día de hoy ya no queda nada de eso. Es buena chica, os llevaríais bien —aseguró sabiendo que era cierto. Regina podía parecer fría y distante a primera vista, imponía mucho su porte de modelo, pero en realidad era una de las personas más buenas que podías echarte encima—. ¿Y qué es de ti? ¿Tenías amigos en el instituto? Sin contar a Ethan. —Kai detectó la intención de sarcasmo, pero no le hizo caso.

—Pues sí, y deberías tener más respeto a la reina del comité de busca, captura y restauración de piedras —respondió orgullosa.

—Eso no existe.

—¡Sí existe! —exclamó haciéndose la ofendida—. Lo creamos mis amigas y yo en cuarto curso. —Steve no pudo evitar soltar una carcajada—. Sí, tú ríete, pero nos montamos un negocio y la gente nos compraba colgantes hechos por nosotras.

—Dime, Kai, ¿de qué mundo vienes?

—De Nunca Jamás —afirmó orgullosa. Steve rio de nuevo.

—Entonces es curioso que no nos hayamos visto antes por allí.

—Estabas demasiado ocupado con las hadas.

—Tienes razón. Debería haber ido en busca de mi Wendy mucho antes —concluyó sin ser consciente de que se refería a ella, de lo mucho que deseaba besarla, tocarla y poseerla. Se sintió rendido a su merced por mucho que todavía no fuera adecuado.

El camino que quedaba lo pasaron igual, compartiendo recuerdos y anécdotas divertidas que ayudaron al chico a despejar su mente de la reciente ruptura que, obviamente, aún no había asimilado del todo.

Una vez llegaron a Brooklyn, aparcaron el coche cerca del puente de Squibb Park y allí fue donde salieron para dar un paseo. Kai adoraba aquel puente hecho de madera, le parecía tan natural que le recordaba a cuando solía ir por verano a pasar unas semanas al campo con sus padres. Siguieron andando por allí hasta llegar al puerto de Greenway y allí fue donde la chica se quedó embriagada por el reflejo de la luna en el agua. Una imagen que siempre le había parecido preciosa y que le transmitía mucha nostalgia.

—Es un paisaje muy bonito —susurró Steve cerca de su oreja mientras la abrazaba por detrás de forma repentina.

Seguramente, en algún otro lugar o momento se hubiera abstenido de ello, pero estaba en Brooklyn, recién soltero, dolido y nostálgico. El gesto le salió solo y no quiso reprimirse. Y al parecer ella lo aceptó, pues acomodó la cabeza a su pecho.

—En Hawái los paisajes son más bonitos —respondió con un hilo de voz que fue seguido de un silencio—. Lo echo de menos…

Steve la abrazó más fuerte cuando dijo aquello porque sintió como se le rompía la voz y no quería, aquella noche no estaba preparado para verla rota otra vez. Él tenía la cabeza apoyada sobre la suya, seguían observando el reflejo del cielo en el agua. No hablaban, pero no les hacía falta, ambos tenían la cabeza vacía de pensamientos.

—¿Si fueras un país cuál serías? —preguntó de repente la chica. Al rubio le hizo gracia.

—¿Por qué siempre haces preguntas tan raras? —murmuró aún evadido y tras ella.

—No son raras, son útiles para conocerse más a uno mismo. Responde.

—Mmm… a ver, me gustaría viajar a Suiza, allí la ciencia está muy avanzada y creo que podría aprender bastante, pero si yo fuera un país creo que elegiría Irlanda.

—Curioso, ¿por qué?

—Pues porque parece muy alegre, a la gente le gusta viajar allí, conocerlo y siempre cuentan maravillas de él, pero realmente no es gran cosa. Es pequeño, está alejado y, aunque no lo parezca, ha

tenido que esforzarse mucho por ser él. Pero nadie valora eso, solo se fijan en el paisaje.

—Primero hay que mirar para interesarse en ver.

—¿Y si no fuera así? ¿Por qué no podemos ver desde el principio? —Sin darse cuenta la soltó para ponerse a su lado y poder mirarla a los ojos. Ella esbozó una sonrisa al ver el interés de él, parecía un niño pequeño ilusionado por contar algo.

Era una imagen mágica. Él era mágico.

—No sabes la de gente maravillosa que me he perdido solo por fijarme en un físico. Pienso en mi yo de hace cuatro años y siento repulsión.

—Steve, yo no te conocí antes, pero no puedes juzgarte. —Él la miró con sarcasmo. En sus ojos se podía leer perfectamente un "no lo entiendes", pero sí le entendía, solo le hacía falta expresarse mejor—. Me refiero a que has hecho un cambio, un cambio que seguramente no hubieras hecho si no hubieras sido como eras. Y no debes arrepentirte por eso, porque está bien. Tenía que pasar.

—¿Lo de Emily también tenía que pasar? —ironizó.

—Si la vida te ha puesto un suceso en un momento dado es por algo. Quizás no hoy ni mañana, pero en un tiempo descubrirás el porqué, aunque puedan pasar años. Y te lo dice alguien que perdió a la persona que más quería en el mundo.

Le acababa de dar una lección que se le clavó en el pecho, provocándole de nuevo aquel pinchazo en la boca del estómago que, por inercia, le incitó a acercarse de nuevo a ella y abrazarla de frente esa vez. Kai quiso decir algo, pero prefirió callarse y disfrutar de aquel profundo gesto que le llenó el alma, correspondiéndole.

¿Cuánto tiempo se quedaron allí? Seguramente, más del que esperaban, pero menos del que necesitaban. Hasta que la chica empezó a tararear la canción de *Take On Me* de A-há y Steve no pudo evitar reírse.

—Prometo que un día te diseccionaré el cerebro —dijo provocando la risa de la otra.

Terminó por darle un fugaz beso en la coronilla y se separó levemente de ella para mirarla. Kai sonrió pícara y dijo:

—Quiero ir a casa. ¿Me acompañas?

No le costó mucho convencer al chico de pasar la noche en su casa. Hacía meses que no veía a sus padres. Aunque su madre la llamaba diariamente, conociéndola se pondría histérica al ver a su hija llegar de forma imprevista con un chico a las tres de la madrugada. Pero le daba igual, le apetecía verles, aunque fuera un poco precipitado e incluso incómodo para Steve, porque lo era. La verdad, era que no le entusiasmaba mucho la idea de tener que presentarse a los padres de una chica que apenas conocía, pero le salvaba aquel carisma que tenía y que hacía que todos los adultos se encariñaran con él, como le pasaba con la abuela de Alyn.

Quizás a otra persona le hubiera dicho que no, pero al ver la alegría dibujarse en el rostro de Kai, mezclada de nostalgia, no pudo negarse. Ella había accedido a acompañarlo aquella noche y otras más, no le costaba nada acompañarla a casa.

La chica no vivía lejos de Greenway, a unos cinco minutos. De hecho, tampoco lo estaba de casa de los Brown, pero no quería pensar en ellos ahora. Durante el camino ella le estuvo advirtiendo sobre sus padres y como podrían ser.

—No son nada del otro mundo, pero mi madre es un poco paranoica y mi padre siempre tiene un dato curioso a comentar —explicó ella, aunque a Steve no le sorprendía. De algún lado había tenido que salir alguien tan diverso como ella—. Ah, sí, verás que le encantan los deportes, sobre todo el fútbol.

—Tranquila. Podré soportarlo.

Se notaba que no era un mal barrio, aunque tampoco se parecía en nada al suyo lleno de casas lujosas y jardines bien cuidados. Pero eso a Steve le daba igual porque para él no importaba cómo fuera la casa, lo importante estaba en la relación que tenían las personas que vivieran en ella. Aun así, la de Kai no era para nada desagradable por fuera, con un pequeño jardín en la entrada, dos plantas, hecha de madera. Por lo poco que pudo ver, a causa de la oscuridad de la noche, le pareció muy playera. Pero una vez dentro se convenció de que así era, se notaba la gran influencia por Hawái, realmente tenía una estética alegre y acogedora. Como la de la isla.

Estaba todo a oscuras, lo cual era normal por ser altas horas de la madrugada, e intentaron no hacer mucho ruido de camino a la

cocina, pues ambos tenían hambre. La chica abrió la tenue luz de la isla para poder guiarse un poco por el espacio, después abrió la nevera para ver que tenían.

—¿Te gustan los macarrones? —preguntó mientras sacaba una bandeja de vidrio llena de pasta con verduras.

—¿A quién no le gustan los macarrones?

—A Harriet no. —Se encogió de hombros y se puso a servir dos platos que calentó en el microondas.

El rubio la ayudó a preparar el espacio, pues no iban a ensuciar la mesa. Justo después disfrutaron de aquel plato que, aun siendo recalentado, estaba delicioso.

—Dios, esto está delicioso —masculló, Steve.

—Lo sé, mi madre tiene magia en las manos.

Ambos se rieron y siguieron sin apenas decir nada porque no podían dejar de comer. Después lavaron los platos como si nada hubiera pasado. Tras ello, Kai le hizo un pequeño tour por la casa hasta llegar a su habitación.

—No lo dudaba —murmuró este al entrar.

—¿El qué?

—Que tu habitación sería así. —Poco a poco se le fue formando una sonrisa en el rostro—. Me recuerda al mar.

—Es que Kai quiere decir Mar en Hawaiano.

La estancia era amplia, decorada con tonos azulados y manualidades caseras, una cama grande en el centro, a la izquierda tenía un amplio escritorio blanco lleno de libros desordenados y a la derecha el armario. Era una mezcla entre rústico y costero que la definían al cien por cien.

—Tengo una cama debajo de la mía, puedes dormir aquí o en la habitación de invitados… o dónde quieras. —Rio nerviosa, porque se dio cuenta de lo cerca que lo tenía.

—¿Dónde quieres que duerma? —preguntó con un tono pícaro que hacía mucho tiempo que no usaba con nadie que no fuera Emily, seguido de un pequeño jugueteo con el cabello de ella.

"Conmigo", pensó, pero no sería apropiado decirlo. "Por Dios, Kai Eleanor Scott, ¿dónde se ha quedado tu pudor?"

—S… si quieres… bueno… puedes dormir… aquí —titubeó a lo que él rio—. Que si no quieres no pasa nada, lo entiendo. La otra habitación está lista y no está lejos. Bueno, no quiero decir que quiera tenerte cerca, pero tampoco que no quiera. Espera, ¿he dicho eso en alto? —El rubio siguió riéndose cada vez más—. El caso, que si quieres puedes y si no quieres…

—Quiero —interrumpió—. Claro que quiero.

Él levantó su barbilla con el dedo índice, obligando a que lo mirara, porque ahora sí que estaban verdaderamente cerca e inclinados, listos para que sucediera algo que ya pasó una vez. Kai sentía su corazón a mil porque había esperado con ansias aquel momento durante muchos años y al parecer estaba a punto de llegar. Su beso. Su primer beso.

Entonces apareció ella de forma fugaz por su mente.

Alana.

La chica se apartó bruscamente y empezó a moverse nerviosa por la habitación. Estuvo a punto de infringir un punto y eso no podía ser. Le daba igual quebrantar la ley, pero la lista de Alana era intocable.

—¿Preparamos la cama? —sugirió como intento de tranquilizarse.

Steve se quedó un poco trastornado. ¿Acababa de dejarlo plantado? Nunca le había pasado eso y lo descolocó. Se moría de ganas de volver a probar de nuevo sus labios, pero asintió porque se dio cuenta de que no era el momento y no debía forzar la situación. Aunque ya hubiera pasado antes, por mucho que ella no lo recordara. Así que le ayudó a sacar el colchón y algunas sábanas que tenía en el armario.

—Huelen a algo raro —se quejó él.

—A frutos del bosque.

—Mañana voy a oler a princesa —masculló el rubio.

—No te quejes, la otra habitación huele a Mar Mediterráneo.

—No existe tal olor.

—Sí existe —se indignó—. En el supermercado venden esa fragancia. —Él se quedó boquiabierto con la respuesta de la chica y le costó unos segundos responder.

—Kai, te juro que lo intento, pero no logro entrar en tu País de Nunca Jamás.

—¡Cállate! —exclamó divertida mientras le lanzaba lo que parecía ser un pijama—. Es de Ethan, tiene aquí algo de ropa para cuando se queda a dormir. Úsalo.

—Me apetece mucho ponerme algo de los Brown ahora mismo —ironizó.

—Lo sé —ironizó ella también mientras le daba un toque de consuelo en la espalda.

Fue muy divertido el momento en el que Kai apareció por el salón, donde estaba su madre viendo la televisión y esta le devolvió el saludo como si nada. Segundos más tarde reaccionó y se puso como loca de contenta, aunque a la vez autoritaria, quejándose de que no la hubiera avisado con antelación. Lo que no se esperaba era que su hija viniese acompañada de alguien distinto a Ethan o Harriet. Cuando la mujer vio bajar a Steve, se quedó un poco descolocada, pero le duró unos instantes porque dejó la charla que le estaba dando a su hija para acercarse al invitado con una gran sonrisa.

—Oh, encantada. Kai no me ha hablado nada de ti —puntualizó con la misma sonrisa, pero en tono de rencor mientras miraba a su hija de reojo—. Soy Lía. —Le ofreció la mano muy amablemente y este le devolvió el saludo.

—Un gusto, soy Steve. Perdone por aparecer sin avisar, fue muy inesperado el venir aquí.

—Tranquilo, no eres tú quien debe disculparse. —Volvió a mirar nuevamente a su hija de reojo—. ¿Acabas de despertarte? ¿Quieres desayunar algo? —le ofreció al rubio, aunque no esperó a su respuesta para ir a la cocina a preparar algo. Le dejó con la palabra en la boca.

—Le has caído bien —murmuró Kai.

—¿A caso lo dudabas?

Y ambos se miraron y no pudieron evitar reírse antes de ir a la cocina.

Lía preparó unas tortitas caseras que, al ser pastelera, le salían riquísimas. A Steve le quedó bien claro que aquella mujer tenía arte para la cocina, de hecho para cualquier cosa, porque podía ver con qué precisión hacía cada movimiento o hablaba. De hecho, parecía una muñeca de porcelana bien cuidada, sin necesidad de maquillaje, con los ojos azules, la tez un poco cobre y el cabello oscuro recogido con un esbelto moño que, para nada, la hacía parecer severa. Aquella mujer transmitía mucha paz, por mucho que Kai se quejara de que era una paranoica.

—¿Tenéis pensado volver hoy? —preguntó la madre mientras empezaba a preparar la comida.

La chica asintió mientras engullía el desayuno.

—Qué lástima, a tu padre le haría mucha ilusión verte. —La hija entornó los ojos. Siempre hacía lo mismo, cuando no quería que se fuera intentaba ponerle alguna razón para que se quedase—. Richard, mi marido, juega al golf cada sábado. Vuelve a la noche — le explicó a Steve que pareció mostrarse interesado.

—Vendré por Acción de Gracias, mamá. En dos semanas me tienes de vuelta.

—Ya lo sé, cariño, pero justamente hoy que tenía pensado cenar Opihi.

—¡OH! Como te gusta jugar sucio —reprochó la joven, a lo que la otra respondió con una sonrisa triunfadora.

—Perdonad mi incultura, pero, ¿qué es eso? —preguntó, Steve, que se sentía un poco fuera de la conversación madre e hija.

Ambas se miraron entonces e hicieron la misma expresión de: "No puede ser que no hayas probado nunca el Opihi".

—El Opihi es un plato típico de Hawái, está hecho con un molusco que solo se encuentra allí, pero tengo contactos que me lo proporcionan.

—Lo que tiene es a mi tía que le envía un paquete cada mes con comida y especias de allí. Aun así está riquísimo, Steve, deberías probarlo. Es mi plato favorito.

—Si me lo pintáis así no puedo negarme.

—Y no lo harás —afirmó la madre—. ¿Por qué no os quedáis hasta mañana? Aquí no molestáis, podéis iros temprano si queréis.

Kai inspiró de forma pensativa. No es que no quisiera quedarse, le apetecía mucho, por eso le pidió a Steve de ir, pero eso era justo lo que le preocupaba. No quería agobiar al pobre chico que no hacía ni veinticuatro horas que había dejado su relación. Le daba vergüenza tener que pasar el día con él y su familia sin apenas ser nada, porque no era igual que llevar a Ethan o a cualquier amiga. Sí, Steve era su amigo, pero a la vez había algo en ella que no lo veía como tal. Aunque eso tuvo que haberlo pensado antes de meterlo en su casa a las tantas de la madrugada.

—Yo no tengo nada que hacer mañana, aunque la decisión no depende de mí —dijo este, al cual le apetecía quedarse por mucha vergüenza que le diese.

Miró a su amiga que le estaba dedicando una mirada fulminante y esta no tuvo más remedio que aceptar, cosa que alegró a la madre muchísimo.

No fue un mal día, de hecho pasearon por Brooklyn, aunque procuraron no andar cerca del barrio donde vivían los Brown. Steve prefería ahorrarse problemas y más ahora que todo estaba reciente. Luego comieron en casa y lo que restó de tarde se la pasaron viendo películas que daban por la televisión. Lía se pasó la tarde en la cocina preparando la cena, de tanto en tanto aparecía por el salón para asegurarse de que al chico no lo faltase de nada, pero procuraba dejarlos solos y, mientras troceaba la verdura, no podía reprimir una sonrisa al ver que por fin, su hija, encontraba a alguien que parecía indicado.

Por otro lado, estaban los dos jóvenes que no dejaban de tropezar una y otra vez con la misma piedra. Desde la noche pasada, cada vez se encontraban más cerca, sintiendo un nudo en la garganta cuando se daban cuenta, pero a la vez una inexplicable necesidad de ir más allá. Descubrir que pasaría si cada vez que se rozaban la mano probaran de cogérsela, en vez de apartarla. Dejarse sorprender si en vez de separarse se quedaran todavía más cerca. No hablar con eufemismos y decir todo tal y como lo sentían.

Para Steve todavía era demasiado pronto, su ruptura era reciente y no quería sentirse como la peor persona del mundo por no darse su tiempo de pasar página, aunque sintiera que no lo necesitaba. En cambio, para Kai era distinto, en su cabeza no dejaba de aparecer Alana y la dichosa lista. Solo hacía que preguntarse si él era el chico adecuado, además de esperar a encontrarse en la situación correcta.

"Besarse por primera vez bajo las estrellas". Aquel era el deseo y debía cumplirlo, igual que los anteriores. Estaban en el comedor. Volvieron a quedarse a cinco centímetros el uno del otro, sintiendo sus respiraciones cuando oyeron el ruido de la puerta abrirse. Apareció un señor de unos cuarenta años, alto y delgado, con el cabello rubio pero canoso, ojos verdes, vestido con un polo y unos pantalones crema. Era sin duda Richard Scott, el padre de Kai.

Con una sonrisa de oreja a oreja entró por la puerta para anunciar su gran victoria en el partido, lo que no esperaba era que su hija estuviera allí presente, cosa que lo alegró todavía más, abrazándola con todas sus fuerzas como siempre solía hacer. Luego levantó la vista y vio al chico rubio que estaba detrás de ella.

—Este es Steve. Un amigo —anunció la chica. El padre asintió con la cabeza animadamente y le ofreció la mano.

—Richard, encantado.

—Igualmente.

La madre apareció con una bandeja en las manos y antes de darle un beso a su marido, les obligó a ir a la mesa, pues la cena ya estaba lista.

—¿Te has dejado engatusar por ellas para quedarte aquí? —preguntó el padre sonriente mientras cogía un trozo de pan.

—Me han convencido a mí, mejor dicho —protestó Kai—. Se han aliado en mi contra.

—Oh, hacía tanto tiempo que no estábamos todos juntos —interrumpió la madre ilusionada.

—¿Y cómo te va la universidad, querida?

—Bastante bien. No me puedo quejar.

—¿Estás también en Columbia, Steve? —siguió el padre interesado, pero sin parecer violento.

—No, yo voy a Dartmouth. Estudio química.

—Steve juega al fútbol —puntualizó la chica que sabía que a su padre le enloquecía. Y así fue, porque el hombre dio un pequeño bote a la silla y se le iluminó la cara todavía más.

—Sí, pero tampoco soy muy bueno.

—Por eso eres el capitán —ironizó. Este le dedicó una mirada que dejaba ver cuanto se vengaría por ello.

—¿De veras? —preguntó el padre—. Yo jugué al fútbol durante el instituto, luego me lesioné y tuve que conformarme con ver los partidos, pero soy un gran seguidor.

Así fue como ambos iniciaron una conversación sobre deporte que duró hasta el postre, cuando Lia, ya cansada, cambió de tema. Kai se lo agradeció.

—¿Cuándo os vais? —preguntó, Richard.

—Mañana —respondió, Kai—. Pero tranquilos, en dos semanas vuelvo para Acción de Gracias.

—En ese caso invitaré a tus padres y hermanos. ¿Qué te parece? —indicó al marido.

—Por mí está bien. ¿Vendrás tú también, Steve?

Entonces los chicos se quedaron unos segundos procesando la pregunta que el padre acababa de hacer. Se miraron indecisos porque a la vez sentían que querían pero no.

—No lo habíamos pensado. Seguro que Steve irá a celebrarlo con su familia, ¿no?

Pero el chico se quedó pensativo, porque sí que tenía pensado ir a casa por esas fechas, pero a la vez le daba miedo porque no sabía qué se encontraría. Sus padres no lo habían solucionado aún y las cosas estaban calientes. Debía ir, pero realmente no quería.

—Seguramente, me reclamen en casa, pero tomo su oferta en caso contrario. —Sonrió intentando esconder la melancolía.

A partir de allí la cena no mejoró, pues los padres empezaron a recordar anécdotas divertidas de su hija menor que, a ella, le parecían vergonzosas. No pudo hacer más que llevarse las manos a la cabeza al ver que Steve disfrutaba como un niño con aquella

conversación. Pero, por otro lado, se alegraba de poder estar viviendo aquel momento, porque por una vez en toda su vida se sintió como Kai, no como lo que Alana podría haber sido.

Los dos jóvenes se ofrecieron para recoger la mesa y fregar los platos, pero lo que podía ser algo muy sencillo no lo fue tanto. Aquel fin de semana les estaba conectando más de lo que esperaban y lo notaban porque había cosas que ya no eran igual, palabras que no se decían de la misma forma, incluso simples gestos que cada vez querían decir algo distinto. Así fue como enfrente del fregadero volvieron a quedarse a menos de cinco centímetros, y es que estaban pendiendo de un hilo que no iba a tardar en romperse. Se miraron, pero esta vez fue diferente, comprendieron que no podían hacer nada, que estaba dictaminado. Tenía que pasar y por mucho que el recuerdo de Alana estuviera allí, en la mente de ella, ya no le importaba porque sabía que era lo correcto, aunque el lugar no lo era.

—¿Por qué no salimos fuera? —le susurró ella en los labios.

—Mejor —respondió igual.

Lo que siguió fue de esperar. Una vez en el jardín no se alejaron mucho de la puerta de la cocina. Steve no vaciló en cogerla por la cintura y atraerla hacia él. Inclinó la cabeza, jugó un poco más con la electricidad que se había formdo entre ellos, intentó decir algo, pero no podía, tan solo le salía hacer una cosa y finalmente la hizo.

La besó. Fue un beso gustoso, profundo y cálido. Un beso de verdad. Para él no era nada nuevo, aunque muy distinto al de la primera vez, en este caso se moría de ganas de hacerlo. Ella, en cambio, lo sintió todavía más, era su primera vez y aunque no se alejó mucho de lo que se imaginaba o de aquel sueño que tuvo, le pareció todavía mejor. De ese modo, a ambos se les despertó de nuevo aquel revoloteo en el estómago. Después de aquello se fueron a la cama para volver a repetirlo de nuevo, hasta que ella se quedó dormida en sus brazos. Pasaron la noche juntos y cuando se despertaron tenían una sonrisa de oreja a oreja que les había hecho olvidarlo todo. Aun así, prefirieron no mostrar nada delante de los padres de la chica, no quería precipitar nada, tiempo al tiempo.

Una vez terminaron de comer decidieron volver de nuevo a la universidad, ya que al día siguiente todo volvería a ser como siempre. Era triste porque aquella escapada se terminaba, de nuevo los entrenamientos, el trabajo, lidiar con Emily, con los padres de él… pero a su vez había nacido algo que Kai apostaba porque fuera bonito. Si no fuera porque Steve no dejaba de sentir un remordimiento constante al recordar que había algo que todavía no se atrevía a contar, pero les quedaba una hora de carretera y quizás podía llegar a ser el momento adecuado, aun arriesgándose a que todo el fin de semana se convirtiera en un simple recuerdo.

—¿Puedo preguntarte algo? —empezó con un nudo en la garganta.

—Claro.

—¿Por qué no te besaste con Derek? ¿Ni con ningún otro chico? —Solo deseaba que su respuesta no le complicara las cosas. Ella dejó un largo silencio antes de encontrar las palabras necesarias para explicarle todo lo relacionado con la lista.

—Alana escribió una lista de quince cosas que haría al llegar a la universidad. Obviamente, no pudo cumplirlas, pero antes de morir me hizo prometer que yo las viviría por ella. El caso es que uno de aquellos deseos era que su primer beso fuera bajo las estrellas con alguien a quien quisiera. Por esa razón no lo hice antes.

A Steve se le heló la sangre porque no esperaba que aquel gesto tuviera tanta importancia para ella. El nudo se hizo cada vez más fuerte, hasta sentir como la ansiedad le subía por el pecho, así que decidió parar en una gasolinera para recuperarse un poco. Salió del coche, respiró.

—¿Estás mejor? —preguntó ella que volvía de comprar una botella de agua y algo dulce. Se lo ofreció para que le ayudara a reponerse, pero tenía el estómago cerrado.

No podía seguir callado, se arrepentía tanto de no habérselo dicho en su momento. Pero ya no podía retenerlo más. Debía hacerlo.

—Kai, debo contarte algo, pero tengo mucho miedo de que te enfades.

—No me enfado nunca —puntualizó con una voz dulce y divertida.

—Me temo que esta vez lo harás —confirmó con la voz temblorosa y los ojos brillantes a punto de soltar lágrimas. Cogió aire y prosiguió

—. Verás, lo de ayer… no fue tu primer beso.

—¿Cómo?

—Tu primer beso ha sido conmigo, sí, pero no fue ayer. —Kai lo miró con una expresión desconcertada, no entendía lo que decía.

Steve sabía que acababa de volver al punto de partida otra vez, pero se sentía mejor siendo sincero, aunque fuera tarde, que mentirle para toda la vida.

CAPÍTULO 21

En un beso, sabrás todo lo que he callado.
Pablo Neruda

Ethan cerró los ojos durante unos instantes, en los que tomó una gran inspiración, antes de volver a abrirlos y fijarlos sobre el lienzo que reposaba con tranquilidad en el caballete. A su lado descansaba una paleta repleta de colores fríos y es que últimamente esos eran los colores más recurrentes en sus cuadros. No estaba utilizando ningún pincel, o al menos desde que se había cansado de él y lo había sustituido por sus dedos. Estos se deslizaban con suavidad por la tela.

Repartió varias pinceladas con la yema de su dedo por las frondosas hojas de los árboles que estaba representando. Y estuvo a punto de rascarse el rostro con aquella mano completamente manchada, pero el sonido del timbre consiguió evitarlo.

Frustrado con quién fuera que estuviera detrás de la puerta, bajó de la buhardilla hacia la puerta principal. Ni siquiera se molestó en observar por la mirilla para saber quién era, simplemente abrió.

"¿Qué?", pensó.

Ante él un enorme cuadro dónde se mostraba un dibujo detallado, hecho con carboncillo por una mano talentosa. La dueña o dueño –aunque sabía que esa última opción no era– estaba oculta detrás de él y solo se podían percibir ambas manos a los lados, sosteniéndolo.

Tardó unos segundos, pero finalmente el cuadro descendió poco a poco hasta que dejó a la vista, solo, sus ojos. Unos ojos azulados con unas cejas contraídas, como si tuvieran miedo de la reacción que podían encontrar. No mostró más de su rostro, precavida.

—Alyn —murmuró, el chico, conteniendo el tono sorprendido para mantenerlo lo más serio posible.

—Hola —su voz sonó débil tras el cuadro.

Ambos se mantuvieron en silencio. Él intercalando su mirada entre el objeto y la chica. Y ella esperando que esa puerta se cerrara en sus narices, como le había dicho a su compañera de habitación en la conversación de hacía días. Respiró hondo y recordó la frase de su abuela.

—El otro día me dijiste que mis palabras no te servían. Por eso, he pensado que esto… —la frase murió en sus labios cuando sintió un pequeño nudo formándose en su garganta. Estaba nerviosa; si eso no funcionaba, no sabía qué otra cosa lo haría—. Que este dibujo sería una buena manera de disculparme. —No recibió respuesta, así que tragó saliva antes de añadir—: Perdón.

Ethan se había quedado completamente congelado, observándola, a ella y al cuadro, y escuchando su voz pidiéndole disculpas. Una parte de él tenía ganas de echarla, pero como si el dibujo reclamara su atención, le susurró que la dejara pasar. Que dejara que se explicara.

O a lo mejor fue su corazón quien se lo murmuró.

Pero lo hizo. Se apartó de la puerta y se hizo a un lado para que la chica, que lo miraba sorprendida, como si no hubiera contemplado la posibilidad de que él la dejara entrar, pasara. La analizó mientras esta caminaba con cautela por su espacio y se dirigía a la sala. Era tan pequeña y a la vez desprendía tanta fuerza. Le daba pena que ella misma no lo viera.

Alyn dejó el dibujo apoyado en el respaldo del sofá y se mantuvo de pie mientras sus ojos cayeron de nuevo sobre el castaño, que se mantenía a un par de metros de ella. Entre ambos, el dibujo.

—Explícamelo —le ordenó, en un tono más dulce de lo que él pretendía.

—¿Qué? —cuestionó, confusa.

—El dibujo —aclaró, señalándolo con el mentón—. Explícamelo.

A Alyn le temblaron las manos, no esperaba tener que hablar, al menos no más que para decir perdón. Pero allí estaba, delante del chico por el que se había estado comiendo la cabeza durante más de

una semana y que ahora mismo esperaba que analizara su propio dibujo para él.

—Em… pues… —tartamudeó. El rostro neutral de Ethan no ayudaba—. La persona eres tú. Se puede identificar fácilmente. —Era cierto, ya que era su rostro y cuerpo—. Y… y… debajo del suelo, como si brotaran de tus suelas, salen raíces que se enredan entre diversas cosas. —La chica apartó la mirada del cuadro y la centró en sus ojos verdes, que algo oculto en ellos empezaba a relucir—. Cosas que me recuerdan a ti o… o memorias. Como… —volvió la atención al dibujo y tragó saliva de nuevo—, por ejemplo, las pinturas junto a los pinceles y la paleta, son porque eres artista. O, también, las esposas junto al balón de fútbol por… —lo miró de soslayo y descubrió que Ethan miraba un segundo el dibujo antes de volver a clavar su vista en ella con intensidad—, bueno, por cuando me secuestraste para ir a ver el partido. —Una pequeña risa brotó de la chica y juró ver como la comisura de los labios del chico temblaba, queriendo formar una sonrisa. Eso la animó—. Y… y en el centro de las raíces está… —suspiró— el mapa de Alaska. —Un pequeño músculo de la mandíbula del castaño se apretó—. No sabía exactamente dónde naciste y podría habérselo preguntado a Kai, pero se me olvidó —se excusó con pena—. Así que… bueno, ahí está toda Alaska. Entre varias cosas más —concluyó su explicación.

Ethan esquivó sus ojos y los puso sobre el dibujo. Ese dibujo detallado que habría tardado horas y horas de varios días en hacer. Y solo para él.

—Cuando dije eso… todas esas mentiras… —comenzó su disculpa verbal, esa que llevaba esperando hacer desde hacía tiempo— no las creía. Ninguna de ellas. Siento mucho lo que hice, de veras. No te estaba rechazando; ni a ti, ni a tus raíces y, mucho menos, a tu madre.

La cabeza de Ethan se giró hacia ella como un latigazo y sus orbes, sorprendidos, se nublaron por la comprensión. Sabía lo que su madre había pasado los primeros años de estancia en esta ciudad y solo había una persona que tuviera ese conocimiento como para contárselo.

—Kai —murmuró, molesto. No le concernía a ella contarlo.

—No, no te enfades con ella —le pidió, suplicante, mientras se acercaba a él, lo suficiente para que sus cuerpos se rozaran—. Me lo contó para que te comprendiera y lo he hecho. —Su tono se volvió más cuidadoso y dulce, esperando que eso hiciera ver que sus palabras eran completamente sinceras—. No quería que pensaras que no me gusta de dónde eres, al contrario, me encanta que tengas otra cultura aparte. —El ojiverde tuvo que reprimir otra sonrisa, esperando a que ella terminara—. Lo que pasó ese día es que mi relación con mis padres es… bueno, ya sabes cómo es. —Y sí, se podía hacer una gran idea, sobre todo después de esa comida —. Y se me fue de las manos. Pero no va a volver a pasar, lo prometo.

Alyn ansiaba que el castaño delante suyo dijera algo, lo que fuera. Incluso que la echara le serviría, para al menos saber que había causado una reacción en él. Aunque, realmente, esto último no quería que ocurriera. Pero el chico se limitó a volver la mirada al dibujo, de nuevo. Y ella lo volvió a intentar, añadiendo:

—Este dibujo es lo que veo al mirarte, todo lo que me gusta de ti.

"Hazle ver lo que él es para ti".

Los preciosos ojos de Ethan divagaron por todos y cada unos de los rincones de la pintura, absorbiendo todo lo que había en él. Todo lo que él era para la chica que tenía al lado. Y juró que la respiración le falló durante una milésima de segundo. Ese dibujo era sobre él y para él.

—Lo siento mucho, Newen —susurró.

Pum.

Algo intenso y cálido se expandió por el pecho de Ethan, como si la mención de su nombre en esos labios tiernos y con esa voz dulce le afectara, le hiciera perder el juicio. Sus ojos se cerraron y respiró hondo antes de murmurar:

—Vuelve a decirlo.

—¿El qué? —preguntó, sin comprender. "¿Quería que me disculpara de nuevo?", pensó.

—Mi nombre. —Ese comentario tomó por sorpresa a la chica.

—Eh… Newen.

—Nadie, aparte de mi familia, me llama así —confesó, abriendo los ojos y fijándolos en ella. Ambos se dieron cuenta de la cercanía que les unía, una cercanía peligrosa.

—Oh, lo siento.

—No —negó, acortando el último espacio que quedaba entre ellos. Ese acto aumentó los nervios en la chica y sintió como sus pulsaciones se aceleraban. Tuvo que levantar el rostro para observar el de él, cuando este añadió—: Repítelo.

Alyn se lamió los labios resecos, provocando que el castaño fijara la mirada en ellos y no la apartara mientras ella decía:

—Newen —susurró, y como si no hubiera sido suficiente toda la verborrea anterior, repitió—: Lo siento, Newen.

A Alyn no le dio tiempo a reaccionar cuando los labios del castaño estaban sobre los suyos. Sus ojos se habían agrandado, mientras los de él se habían cerrado. Tardó un segundo en ser consciente de lo que estaba ocurriendo antes de dejarse llevar. La castaña correspondió al beso y posó ambas manos en la nuca del chico. A Ethan algo en el interior se le había despertado y no se pudo contener, necesitaba sentirla. Este tenía sus manos en la cintura de ella y la acercaba a él lo máximo posible.

Sus labios se movían con delicadeza y ternura, curiosos por el tacto del otro, por el sabor y, sobre todo, por las sensaciones que afloraban en ellos. Algo intenso que logró que Alyn abriera sus labios y dejara entrar a Ethan. Se conocieron, se sintieron. Ambos adorando ese contacto como nunca hubieran imaginado.

—¿Me tomo esto como que aceptas mis disculpas? —preguntó entre jadeos, la ojiazul, tras separar los labios lo suficiente para hablar. La ligera risa del chico chocó contra su boca.

—Sí.

Y volvió a atacar sus labios, esta vez con más pasión que la anterior, como si antes hubiera sido un simple reconocimiento y ahora la saboreara de verdad. Aun así, no fue brusco, sino firme y dulce. Ethan se dio cuenta de que los labios de la chica eran como se los había imaginado: suaves y tiernos.

—Vamos —murmuró este, separándose de ella tras darle un beso casto. Tomó el dibujo entre sus manos mientras Alyn lo observaba

aturdida, por lo que acababa de ocurrir, y confusa.

—¿A dónde?

—A colgar este cuadro —sentenció, tomándola de la mano y haciendo que caminara tras él.

—Solo es un dibujo —le restó importancia, con desdén hacia lo que ella misma había creado.

Ethan se detuvo en seco y se giró al tiempo que soltaba su mano y tomaba su mentón para que lo mirara directamente a los ojos, unos ojos serios como las palabras que dejó ir:

—Es arte, Alyn. Arte. —Ella solo pudo asentir, dándole la razón. Y, por primera vez, se lo creyó.

El castaño abrió una puerta y entró, dejando a la chica en el umbral. Ella se había detenido para observar la estancia. Era su habitación. Su espacio personal e íntimo. Con esa cama matrimonial con sábanas azules oscuras y cojines blancos, un escritorio blanco y una cómoda del mismo color; junto a un armario y un espejo, en una esquina. En este había un par de fotos, en las esquinas, pero no se atrevió a acercarse y ver quién salía, aunque en una pareció distinguir a Kai.

—¿En serio? —murmuró la pregunta al tiempo que miraba como el chico se ponía sobre la cama.

—Este lo pinté hace años —comentó quitando un cuadro de colores ocres que colgaba sobre su cabecero—, no es una gran pérdida. —Puso el de Alyn en su lugar—. Así mejor. —Lo centró—. Perfecto.

Retrocedió un par de pasos, aún sobre el colchón, y lo observó. Asintió satisfecho. Era el mejor regalo que alguien le había hecho nunca y despertaba en él algo intenso.

Bajó y se acercó a la chica, que miraba el cuadro como si aún no se lo creyera. Él había escogido un lugar recurrente e íntimo para colgar su obra. Le había gustado.

—Veo que te ha gustado —comentó con una sonrisa.

—Me encanta, Alyn —afirmó con seguridad mientras volvía a tomarla de la cintura y la acercaba a él.

La besó. Y la besó. Y la besó. Como si el primer contacto entre sus labios hubiera provocado que ahora no pudiera dejar de hacerlo. Sintió la sonrisa de la chica en sus labios y él también sonrió.

La arrastró de nuevo a la sala y se sentó en el sofá, antes de tirar de ella y sentarla a su lado, aunque muy cerca de él.

—¿Te he pillado pintando? —cuestionó la castaña, al darse cuenta de que tenía todos los dedos llenos de pintura, por suerte, seca.

—¿Qué me ha delatado? —bromeó, alzando sus manos. Alyn rio y él sonrió al oírla—. ¿Y tú lo has terminado antes de venir?

—En verdad, terminar lo terminé ayer, pero he querido hacer unos retoques antes de encuadrarlo y traerlo.

—Se te nota. —La ojiazul lo miró, confundida—. Tienes carboncillo en la frente —le explicó mientras pasaba sus dedos con delicadeza por esa zona, cerca de la raíz del pelo. Esa caricia le erizó la piel a la chica.

—Me he pasado cinco días trabajando en ello y quería que estuviera perfecto —confesó.

—¿Así que ahora pasas el exceso control al dibujo en vez de a los horarios? —se burló, ganándose una mirada entrecerrada. Su sonrisa aumentó.

—Paso el control a lo que me importa… —hizo una leve pausa, su tono seguro— y a lo que me gusta.

Ambos se sonrieron.

—Hablando de gustar —desvió el tema, Ethan—. Acepto tus disculpas a cambio de algo. —Sonrió, divertido.

—¿No es suficiente el dibujo? —bromeó.

—Y tanto que lo es —aseguró. Tomó un mechón del cabello de la chica y se lo colocó tras la oreja—. Pero no te va a costar hacer lo que quiero pedirte. —Ella lo miró, expectante, y él dijo con seguridad y una leve sonrisa—: A partir de ahora llámame Newen. —A Alyn se le cortó la respiración—. Me encanta como suena con tu voz.

—Eso puedo hacerlo encantada —afirmó, sonriendo.

Esta vez fue ella quien se inclinó hacia el contacto de sus labios. Un contacto cálido e íntimo que los embriagó. Ambos estaban seguros de que ahora que habían probado los labios del otro, iba a costar dejar de buscarlos.

CAPÍTULO 22

Ninguno de nosotros encuentra en este mundo todo el cariño que deberíamos.
Memorias de una Geisha

—¿Segura de que estás bien?
—Sí. Claro.

Fueron las últimas palabras que compartieron antes de que Kai entrara por la puerta de la residencia. De aquello hacía casi una semana y Steve sabía que no iba nada bien. No habían hablado más, ella apenas estaba en la habitación y cuando iba a Cookie's le despachaba rápido excusando que tenía mucho trabajo, y lo decía con una sonrisa, como si nada hubiera pasado. Al chico le dolía mucho que después de pasar un bonito fin de semana todo volviera a ser como antes, de hecho ni eso, porque por lo menos al principio hablaban, aunque fuera para menospreciarse. Era como si no quedase nada, solo un secreto desvelado que, como era de esperar, a ella no le sentó nada bien.

Durante la semana llamó a su madre porque hacía mucho que no sabía de ella y aquellos dos días en Brooklyn le hicieron pasar nostalgia. No sabía qué esperaba exactamente. ¿Consuelo quizás? Como de costumbre la llamada no duró mucho, ella tenía trabajo por terminar, pero se alegró de saber de su hijo. No le comentó nada sobre la infidelidad de su marido y Steve empezaba a creer que más que no querer preocuparle, no creía que eso le incumbiera a él, pero no dijo nada. Le habló sobre su ruptura con Emily, la cual alegró a la mujer, ya que nunca le gustó mucho aquella chica, y luego quiso continuar por Kai, pero ciertamente no tenía suficiente confianza con

su madre como para hablarle aún de aquello, además ella tenía mucho trabajo.

También tuvo su tiempo de tocar el piano. Le consolaba, aunque cuando terminaba volvía a pensar de nuevo. Igual le pasaba en clase y en los entrenamientos, procuraba que no se notase por fuera, pero por dentro sentía un gran vacío, hacía mucho que no sentía aquella calor interior con nadie. Era como si a su lado pudiera expresar todo lo que sentía sin preocupación. Y ahora, en cambio, volvía a sentirse encerrado. Pocas personas podrían darse cuenta de que Steve no estaba en su mejor momento y una de ellas era, sin duda, Lorie.

—He comprado entradas para el acuario. ¿Quieres venir? —propuso el moreno mientras se ponía la camiseta limpia después del entrenamiento.

—¿Cuándo es? —respondió ausente.

—Tengo tiempo hasta diciembre, creo.

—Ya veré, todavía queda mucho.

Steve volvió a quedarse mudo y absorto, no era propio, ya que ellos dos siempre estaban de broma en los vestuarios. Lorie no dijo nada, asintió y esperó a quedarse solos en la sala.

—Te he visto crecer, a mí no me engañas.

—¿Por qué debería engañarte? —mintió, despreocupado.

—Steve… —Lo miró. Este le esquivó mientras se quitaba la camiseta—. Lo dejaste con Emily hace una semana y aún no me has hablado del tema.

—No hay mucho que decir, la dejé y punto. Tú lo haces continuamente.

—Sí, pero mis relaciones duran tres noches, no tres años.

—Tus relaciones no duran tanto —bromeó y el amigo le dio un codazo, pero rápidamente volvió a ponerse serio.

—Steve, ¿qué te pasa? —No contestó—. Me preocupas, pocas veces te he visto así y eso de no abrirte es un problema. —Siguió sin decir nada, hablar con él era siempre como buscar una llave correcta entre cientos, para un solo candado—. ¿Problemas con Alyn? —Negó con la cabeza—. ¿Tus padres? —Volvió a negar—. ¿Es por Emily? —De nuevo—. ¡Joder, Steve, eres peor que una enciclopedia cerrada!

—¡Es que no lo sé, no sé qué me pasa! —petó—. Han sido muchas cosas en muy poco tiempo y sí, es un cúmulo de casi todo lo que has dicho. Es como si el agujero negro que sentía desde hace mucho, ahora fuera más grande. Quizás es una estupidez, pero para mí es como si empezara a descuadrarse todo y no sé qué sentir. Me siento solo, la verdad.

Lorie no sabía que responder, porque un comentario divertido no era la mejor opción en aquel momento. Claro que sabía que la situación anímica de Steve no era la mejor, por mucho que intentara representar lo contrario, pero no lo exteriorizaba nunca, pero él lo conocía demasiado. Sabía leer entre sus líneas. Se quedaron en silencio unos segundos mientras se vestían, hasta que el rubio necesito dejarlo ir.

—He perdido a alguien y me está doliendo más de lo que creía. Me he dado cuenta de que solo acudía a ella cuando me sentía mal, pensaba en mí sin importarme cómo se sentía y lo peor era que me escuchaba y se quedaba allí. Ella intentaba conocerme, que me abriera o tan solo que me sintiera mejor… y yo… —Se quedó pensando unos segundos—. Una vez recurrió a mí cuando necesitaba ayuda. Al día siguiente, le mentí en la cara y me prometí no hacerlo más, pero volví de nuevo, así hasta que no tuve más remedio que decirle la verdad. Aun así, he sido un hipócrita, estúpido y cobarde.

—¿Nunca has pensado que tu mentalidad autodestructiva es la culpable de que cometas idioteces como estas? —Steve miró a su amigo y emitió una gran carcajada.

—Vale, esto de ser sabio no te pega. —Pero, al contrario que él, Lorie no reía.

—No estoy de broma. Yo no conocía esa faceta tuya tan deprimente, aunque me la olía, igual que tú no sabes muchas cosas de mí. Parece mentira que llevemos tantos años siendo amigos.

En los últimos años su amistad empezó a basarse más en los partidos, estudiar, salir de fiesta y hacer bromas, pero no recordaba haber tenido una conversación así con Lorie, o por lo menos no desde que eran niños.

—Hace mucho tiempo que veo que no estás bien, no hace falta que lo digas en voz alta. A mí no me la cuelas. —Steve asintió vencido, no esperaba menos del chico que le conocía desde los siete años.

Le envidió, porque él no tenía esa capacidad para detectar cómo se sentía una persona. Para el rubio era más sencillo, cuando detectaba que alguien de su entorno parecía estar de poco humor le dejaba en paz y ya, hasta que se le pasara. En parte, sabía que su apatía venía a raíz de su negación por expresar sus sentimientos en público.

—¿Recuerdas aquella fiesta en la que te reté a que te fueras con una chica?

—Sí —respondió entre dientes, porque justamente era lo que menos quería recordar.

—¿Por qué crees que fue?

—Lo hiciste para joderme, como la mayoría de retos que me haces hacer.

—No. —Sonrió—. En ese caso no fue así. Te vi hablando con ella unas horas antes, de hecho hablé con ella un poco después. —Steve agrandó los ojos porque no tenía ni idea de nada de eso—. No me mires así, no pasó nada, solo quería comprobar si te convenía. Me habló sobre bellotas, aunque dudo que se acuerde.

—Como no —murmuró, dibujando una sonrisa.

—Era rara, pero me pareció diferente al resto. Luego resultó que apareció delante de ti borracha como una cuba y supe que estaba dictado, debíais conoceros de verdad.

—No he dicho que Kai fuera la chica que…

—Ni yo tampoco, pero me alegra saber que te has delatado solo, aunque ya me lo imaginaba. Solo quería decirte que lo hice porque necesitabas un cambio en tu vida, hacer algo que quisieras hacer y pensé que aquella chica podría ayudarte.

—Me ayudó. —Suspiró—. Te lo agradezco.

—Pues entonces arréglalo, lo que sea que has hecho.

—No sé si puedo.

—Pudiste aguantar a Emily tres años, la hacías enfadar cada día y conseguías que te perdonase. Aquella relación estaba muerta desde el principio, la tuya con esta chica no.

Dichas esas últimas palabras, ambos saltaron para abrazarse como no lo habían hecho desde que eran pequeños y jugaban a piratas. Lo necesitaban por igual.

—Si quieres puedo venderte las dos entradas para el acuario. Podrías llevarla.

—Gracias por la propuesta, pero creo que tengo otro plan.

A Steve solo le quedaba una opción en su mente en aquel momento. Conseguir el perdón de Kai y eso solo podía conseguirlo abriéndose un poco más.

Tal y como llegó a su habitación, Kai sacó la caja naranja que albergaba la lista que una vez fue de su hermana, la desplegó para fijarse en los puntos ya marcados. Cinco. Solía poner una cruz con la fecha cada vez que cumplía uno. Sabía que aquella tarde tenía que marcar dos, aunque en uno puso la fecha de Halloween y en el otro se quedó paralizada unos segundos, no había acabado de reaccionar a lo que Steve acababa de confesarle. Así que, después de dudar un poco y de tomarse un tiempo para reflexionar, decidió anotar la misma en los dos puntos. Lo que fuera que pasara aquella noche en el aparcamiento, no contaba.

Había evitado a Steve durante toda la semana. ¿Estaba enfadada? Bastante. ¿Era por el beso? En parte.

Kai no solía enfadarse a la ligera, tendía a entender la mayoría de puntos de vista y a juzgar lo menos posible, pero no soportaba las mentiras y ahí estaba el problema. Claro que le molestaba haber roto una regla de Alana sin saberlo, pero en parte aquello era culpa suya y creía a Steve cuando decía que fue ella quien se lo pidió, porque era obvio que deseaba un beso. Al fin y al cabo, tenía diecinueve años y todavía no se había besado con nadie, era uno de sus mayores anhelos, solo que no se atrevía a decirlo en voz alta. Lo que le enfadó fue el engaño, el haber tenido la posibilidad de ser sincero y no serlo. Le mentía en la cara todos los días. Se sentía utilizada. Por eso aquella tarde de fin de semana fue a ver a Ethan, porque con él podía hablar de cualquier cosa sin ser juzgada, ni ella,

ni la otra persona. Por mucho que hubiera un pequeño inconveniente…

—Hola, tengo hora para una visita guiada —le dijo la chica al joven que estaba en recepción, el cual resultaba ser su amigo.

—No es cierto —respondió este con una sonrisa.

—Sí, sí lo es —siguió ella con el mismo tono.

El castaño comprobó la hoja de visitas programadas que tenía encima de la mesa y efectivamente, Kai había reservado hora. El muchacho la miró y dejó ir un bufido, porque no podía resistirse a la sonrisa infantil de su amiga.

—Podrías haberme avisado —murmuró entre dientes.

—Es que últimamente estás más con Alyn y no quería molestar.

—¿Estás celosa, ardillita? —preguntó mientras salía de detrás del mostrador para empezar su *tour*.

—No, pero casi no hablamos ya.

Tenía razón, entre el trabajo, los estudios, la reciente ruptura de su hermana y lo sucedido con Alyn recientemente, no había tenido tiempo para sus otras amistades. La última vez que hablaron fue cuando le explicó como la castaña se apareció disfrazada y desde allí se había dejado perder la pista.

—Perdón, es cierto. La verdad es que no he estado mucho por ti. Te lo compensaré, si quieres podemos ir a cenar hoy.

—O podemos hablar ahora —sugirió divertida.

—Kai, ahora no puedo, estoy trabajando.

—Ethan, yo soy tu clienta, he pedido cita para poder hablar contigo y, además, todos venís durante mi turno de trabajo a hacer terapia mientras sirvo batidos y no me quejo.

—Touché.

Subieron a la primera planta. La galería en la que Ethan trabajaba no era muy grande, pero solía estar llena de gente interesada en arte, sobre todo moderno. A Kai le gustaba más el antiguo, pero el *Pop-Art* le parecía del todo aceptable.

—Dime, ¿qué ha sido de ti estos días? —preguntó primero el chico.

—Trabajar, estudiar, trabajar… fui a Brooklyn.

—Oh, yo también debería ir. Hace mucho que no veo a mis padres. ¿Fuiste sola?

E aquí la gran pregunta: ¿debía ser sincera y decirle que fue con Steve, el exnovio de su hermana? Seguramente, Ethan, ya sabía lo de la ruptura y conociéndole no le debía hacer mucha gracia, porque hablar de Steve no era una idea factible, y mentirle tampoco.

—No, me acompañó un amigo. —El castaño la miró, sorprendido, porque que él recordara su amiga no tenía muchos más amigos chicos.

—¿Un amigo, amigo o un amigo, "amigo"?

—Un amigo normal y corriente, como tú. —Aunque luego pensó bien y como Ethan no era precisamente, porque por Steve sentía cosas que por Ethan no tuvo tiempo a sentir.

—Vale, está bien. ¿Y quién es?

—No le conoces.

—¿Puedo saber su nombre por lo menos?

—No. —Notó lo tajante que fue con su respuesta y la expresión de rareza de su amigo—. Bueno, sí que le conoces, pero prefiero que no sepas quién es. —El chico arqueó una ceja, pero Kai no cedió—. Lo siento, Ethan, pero no quiero que lo sepas.

—Está bien, solo dime que no son ni Peter ni Ryan.

—Puedes estar tranquilo.

—Menos mal. Ni el pijo aquel con el que estuviste a punto de tener algo.

—¿Derek? —Él asintió—. Antes pasaba el fin de semana con Ryan.

—Bien, entonces has estado con un chico que conozco, pero no debo de saber quién es. ¿Y ha estado bien?

—La verdad es que… —dudó—. Sí, ha sido genial. Demasiado, creo yo. —Terminó con una sensación de nostalgia en el pecho que llevaba recorriéndole toda la semana.

—Vaya, ¿una ardilla enamorada? —se mofó el amigo.

—No he dicho eso, no precipites las cosas y menos tú. ¿Todo bien con tu Gala, Dalí?

Ethan se ruborizó frente a la comparación con Alyn y él, porque era obvio que iba para ellos, pero no dejó que se le notara.

—No sé de qué me hablas.

—Serás mentiroso, claro que lo sabes. ¿Crees que no hablo con Alyn?

—Sí, sí, lo sé. De hecho, gracias por contarle lo de mi madre. Fuiste de gran ayuda —dijo con sorna.

—Lo sé, si no hubiera sido por eso ahora seguiríais igual. Aunque te pido perdón por contarlo, sé que no debería haber sido yo, pero es que cuando te encierras en ti mismo es muy difícil sacarte.

—¿Y tú no? Siempre tiendes a tragar lo que los otros dicen y apenas te expresas. Mira, si fueras una época pictórica serías una Pre-Rafaelita; te basas en alguien que ya existió y a partir de esa persona creas algo muy bello, pero aun así no acabas de expresarte por ti misma. —Dejó a su amiga con la boca abierta, la comparación le dolió un poco, era parecido a lo que había dicho Derek pero con mejores palabras—. Y yo creo que sería el romanticismo inglés, tiendo a romper los parámetros, a dejarme llevar por lo que viene y en ello expreso mucha de mi frustración sin darme cuenta.

Por esa razón quería Kai hablar con Ethan, porque siempre estaba listo para comparar la vida con el arte y no había nada más bonito que eso, porque era la forma más sana de entender el mundo.

—¿Crees entonces que debemos evolucionar a otra época, igual que lo hicieron estas? —preguntó ella inmersa en la conversación, cosa que al chico también le gustaba. Era una de las pocas personas con las que podía compartir ese tipo de conversación.

—El arte evoluciona por necesidad del artista. Quizás sí deberíamos.

—O si más no, abrirnos a otros frentes.

—Exactamente. —Ambos se miraron y esbozaron una sonrisa cálida.

—Crees que si el arte pudiera perdonar, ¿lo haría? —preguntó entonces Kai, volviendo de nuevo a su dilema con Steve.

Ethan se hizo la misma pregunta una semana atrás cuando no sabía qué hacer con Alyn, le dio muchas vueltas y no encontró ninguna respuesta clara. Pero si partía de la base en la que todos somos arte y él había perdonado, por lo tanto…

—Sí, sin duda lo haría. Creo que, como bien has dicho, se abriría a nuevos frentes.

La respuesta de su amigo había sido la mejor ayuda que podía haber recibido, porque tenía razón. No excusaba el comportamiento

de Steve y esperaba sus disculpas, pero ella debía entender el miedo que sentía él al pensar en su reacción. ¿Hubiera actuado igual? ¿Le contaría ella una mentira que podría estropear la relación? Y entonces un pequeño detalle pasó por su mente, un desliz que a lo mejor estaba pasando por alto.

—Ethan, una pregunta. ¿Alyn lo sabe todo de ti? —Aquel todo sonó exactamente a TODO.

Él se paró a pensar por un momento y entendió a lo que se refería. Tuvo que ser valiente para responder de forma sincera.

—No, no lo sabe todo. —Su mirada se mantuvo fija en el cuadro que tenían delante.

—Debería.

—Lo sé.

La conversación terminó allí volviendo de nuevo al arte, a sus vidas cotidianas y a la exposición por la que paseaban sin dar interés a esta. Kai esperó a que su amigo terminara el turno y se fueron a cenar, como tenían costumbre de hacer, volviendo a ser los mismos de siempre.

Eran cerca de las ocho cuando llegó a la residencia. Todavía debía terminar alguna tarea de la universidad, así que fue con la intención directa de encerrarse en la habitación. Como ya había cenado con su amigo, no se preocupó de hacerlo. Y supuso que Alyn estaría centrada en sus cosas o ya durmiendo.

—Kai —anunció la castaña frente al marco de la cocina.

—Oh, hola. Me imaginé que estarías en tu habitación.

—Ya —rio—, pero he preparado chocolate caliente, ¿quieres? —No es que Alyn no fuera simpática, pero su tono parecía más bien extraño, como si estuviera ocultando algo.

—La verdad es que estoy llena. He ido a cenar con Ethan. —La otra se ruborizó un poco.

—Ah, vaya. Bueno, me alegro. ¿Quieres una taza, entonces?

—¿Alyn, todo bien?

—Sí, claro. —Kai arqueó una ceja, se olía que algo pasaba.

Justo en aquel momento sonó un estruendo que provenía de una de las dos habitaciones, como si algo se hubiera caído. Ambas se miraron, alertadas.

—¿Qué ha sido eso?

—Viene de mi habitación —indicó la mayor, adelantándose a ella—. Voy a ir un momento a ver, tú deberías quedarte aquí en la cocina.

—¿Estás sola? —preguntó con curiosidad, porque se olía que su compañera podría estar escondiendo a alguien.

—¿Cómo dices? —respondió algo incómoda.

—¿Que si tienes a alguien en la habitación? —La castaña cogió aire —. No te creo, Alyn Stewart. ¿Has metido a un rollo en nuestro apartamento? —bromeó. Empezó a reír incrédula, en cambio, la otra solo hizo que ponerse más nerviosa.

—¡No! —exclamó alterada—. Bueno, sí, hay alguien, pero no es lo que… ¡Agh! Da igual, el caso es que me harías un favor si te quedaras aquí mientras yo voy a mirar que ocurre. Por favor.

—Está bien, me quedaré aquí.

—No te muevas —repitió antes de desaparecer por el pequeño pasillo.

—No me muevo —afirmó dejándose caer exhausta en su silla de la cocina.

De nuevo volvió a sonar otro golpe que preocupó a Kai. Su compañera le había dicho que no se moviera de allí, pero ya iban dos estruendos en menos de cinco minutos y todo parecía muy extraño, incluida Alyn.

No tardó mucho en volver pareciendo algo más serena y menos confusa. Miró a su compañera con una sonrisa forzada y aseguró que todo estaba bien. No quiso dar más explicaciones sobre los dos ruidos que siguieron su ida.

—Creo que se ha hecho tarde, voy a volver a mi habitación.

—¿Estás segura? Me preocupa tanto golpe —confesó Kai con una taza caliente entre las manos, al final pudo la tentación.

—Sí, sí. Era una rata. —La morena ahogó un grito, le daban mucho asco esos animalillos. Por mucho que la ardilla también lo fuera, pero la veía diferente. A color.

—¡¿Hay una rata?! —preguntó alarmada. Estaba convencida de que no saldría de la cocina hasta que ese animal estuviera fuera.

—Había una rata. Pero ahora ya está fuera, tranquila. Deberías ir a descansar.

Alyn volvió a irse dejándola con la palabra en la boca. Kai la siguió para asegurarse de que no se encontraba con alguien o con algo turbulento. Desde que había entrado, todo le parecía de película cómica, no entendía ni la mitad de lo que la castaña decía. No era típico de ella comportarse así. Pero justo enfrente de la habitación de Alyn se encontraba la suya, con la puerta algo abierta y una leve luz que salía de ella. Que recordara, había dejado la puerta bien cerrada como siempre. Y, entonces, temió por la rata.

Con cautela abrió la puerta, preparada para gritar el nombre de su compañera o para cualquier impacto inminente que fuera a recibir. Solo que el único sobresalto que tuvo fue el de ver una hilera de luces de colores navideñas que cruzaban el suelo de su habitación. Sorprendida, levantó la vista y vio como la que era su estancia ahora parecía una habitación temática de Peter Pan. Del techo caían estrellas que colgaban de un hilo como si de una lluvia se tratase; encima de su escritorio pudo ver recortes de citas que contenía el libro, así cómo un marco con la carátula de la película de Disney. Luego se dio la vuelta para seguir analizando todo lo que había: hadas colgadas por la pared, dibujos de los diferentes personajes, detalles florales, Steve al fondo de todo sujetando un peluche de Nana, la perrita de los Darling… Entonces, Kai se llevó la mano a la boca, conteniendo la sorpresa y la emoción.

—Steve…

—Lo siento —se adelantó a ella—. No he sido sincero contigo y me está merecida tu reacción. Quiero pedirte otra oportunidad, pero no sé si soy digno de ella, así que si me dices que no, me conformaré con que sigas poniéndole nata por encima a mi batido de menta o con verte fugazmente cada vez que venga a visitar a Alyn, o recordándote cada vez que abra mi libro favorito y lea: "Chico, ¿por qué lloras?" —esta última la usó como referencia a la primera intervención de Wendy a Peter.

Kai dejó ir una lágrima que fue seguida de unas cuantas más. Aparte de los dibujos que solía regalarle Ethan, nunca nadie le había preparado algo tan significativo para ella, porque no era algo que pudiera ser para todo el mundo o que incluso entrara dentro de la lista de deseos de otra persona, era solo suyo y únicamente podía hacerlo alguien que conociera la historia de la misma forma. Estaba tan embriagada y emocionada, por lo que acababa de oír y ver, que su única manera de reaccionar fue acercándose a él hasta quedarse a cinco centímetros.

—¿Sabes lo que es un beso? —preguntó ella haciendo referencia a la siguiente escena de Wendy y Peter. Steve sonrió.

—Lo sabré en cuanto me lo des —respondió siguiéndole la corriente.

Ella se sacó el pendiente izquierdo y lo envolvió en la mano que no aguantaba el peluche.

—Ahora, ¿tendría que darte yo un beso? —preguntó aún más cerca.

—Si así lo crees… —No desvió la mirada de sus labios, lo deseaba. Cuanto lo deseaba.

Sacó del bolsillo trasero del pantalón el botón de recambio que siempre llevaba por si un caso.

—Lo siento, no esperaba un beso —se disculpó él por el objeto.

—Yo tampoco —confesó embobada.

Ambos sonrieron y se dejaron llevar por un cálido y esperado beso de verdad.

CAPÍTULO 23

Complicar lo sencillo lo puede hacer cualquiera;
pero hacer que lo complicado sea sencillo,
tremendamente sencillo, eso es creatividad.
Charles Magnus

—¿Amigos?

—¿Amigos con derecho?

—¿Lío abierto?

—¿Lío exclusivo?

—¡¿Novios?! —exclamaron ambos a la vez.

Alyn maldijo internamente por haber concertado esa cena y se golpeó mentalmente por no intuir que eso pasaría. Sobre todo si iba con la intención de explicarle a los mellizos su situación con Ethan, junto con su última semana junto a él.

Habían pasado unas cuantas tardes juntos, ya fuera en la habitación de Alyn –donde el chico le hacía compañía, o donde pasaban el rato entre charlas y besos–; o en la buhardilla de Ethan, donde se pasaban horas pintando juntos.

La chica había vuelto a coger el hábito de pintar e incluso había comenzado a hacer pequeños dibujos en los márgenes de sus libretas o en cualquier superficie irrelevante. Y se sentía completa al hacerlo, aunque había un sabor agridulce en el fondo y no sabía el motivo.

—Nada de eso —respondió la castaña, causando que ambos hermanos se miraran con el ceño fruncido. Bufó—. No lo hemos definido. La verdad, ni siquiera me había detenido a pensarlo.

—¿Das por hecho que estáis en una relación? —preguntó, Hailey, mirándola con cautela.

—No —dudó—. No lo sé.

—Cariño, creo que tienes una conversación pendiente —declaró Hayden, mientras ojeaba la carta sobre la mesa.

La chica puso los ojos en blanco y negó levemente. No lo veía necesario, fuera lo que fuera lo que estaba pasando entre Ethan y ella, estaba bien como estaba. No necesitaba una etiqueta, al menos no de momento.

—Por favor, comportaos —les pidió, Alyn, cambiando el rumbo de la conversación—. Y, sobre todo, no me dejéis en ridículo.

Ambos soltaron un jadeo entre sorprendidos y ofendidos antes de mirarse mutuamente y fingir un dolor en el pecho, siendo Hayden el más dramático.

—No puedo creer que pienses que somos capaces de hacer algo así. —Alyn lo observó con una ceja alzada—. Bueno, tus motivos tienes —concluyó encogiéndose de hombros—. Si me disculpan, bellas damas, necesito ir a echar una meadita.

—Qué fino eres —ironizó su hermana.

—El más refinado —confirmó este, poniéndose en pie—. No tardo —fue una promesa dirigida a su amiga.

Ambas mujeres observaron como el chico desaparecía tras la esquina que daba al pasillo donde se encontraban los baños. Tras ello volvieron a mirarse.

—He decidido volverme a teñir —le confesó, Hailey.

—¿Otra vez de rosa? —le preguntó al tiempo que jugueteaba con una servilleta.

—No, esta vez creo que será azul. Es decir, las mismas mechas que ahora, pero azules.

—Mmm… Creo que te quedará bien. ¿Hayden lo sabe?

—Ni de coña, paso de que vuelva a ocurrir lo de la última vez.

—¿No quieres que te copie?

—No lo digas en ese tono que sabes perfectamente que fue él quién me copió a mí y no yo a él, como se encarga de explicar.

Alyn rio justo en el momento en que Ethan traspasaba la puerta de la entrada. Había salido más tarde por culpa de un grupo, del cual se

encargaba de guiar en el museo, que no dejaba de preguntar y preguntar. Y, para colmo, eran preguntas parecidas o que ya había aclarado durante toda la explicación. Lo habían estresado. Sin embargo, una vez dentro del bar, escuchó una risa familiar que provocó que sus ojos se dirigieran instantáneamente a la derecha. Ahí estaba. Alyn reía sin vergüenza y él sonrió al verla.

Ella no lo vio hasta que este se encaminó hacia la mesa, que compartía con una chica que en esos momentos le daba la espalda, y se paró a su lado. Fue la pelirosa la primera que alzó la vista y, un segundo después, lo hizo Alyn.

—Ethan —lo nombró esta, volviendo a utilizar su segundo nombre, solo porque estaban en público. A solas lo llamaba Newen. Se puso de pie, frente a él, sin poder reprimir una sonrisa, que era rastro de la risa anterior más la alegría de verlo.

—Hola —la saludó el chico antes de inclinarse y dejar un suave y corto beso en sus labios. La chica se ruborizó y evitó que su amiga se diera cuenta girando ligeramente la cabeza hacia el lado contrario.

—Ejem… ejem… —carraspeó, fingidamente, Hailey. Ambos se volvieron en su dirección. Esta tenía la barbilla sobre ambas manos y los observaba con picardía y diversión—. ¿No nos presentas, Alyn?

—Ethan, esta es mi mejor amiga, Hailey —presentó, tras poner los ojos en blanco—. Hailey, él es Ethan.

—Encantada —aseguró la chica poniéndose en pie para saludar con un beso en la mejilla, que él correspondió con comodidad.

—Encantado.

Alyn sonrió ante el gesto y se sentó de nuevo en su banco. Después, con un pequeño y discreto movimiento, indicó a Ethan que se sentará a su lado, aunque él ya tenía pensado hacerlo. Inconscientemente, una vez tomó asiento, sus cuerpos se acercaron hasta que se rozaron, como si necesitaran el leve contacto del otro.

—Como tu follador tarde… —empezó a decir Hayden, llegando del baño sin notar al nuevo integrante en la mesa. Revolvió el pelo de Alyn, poniéndoselo en la cara, un segundo antes de ver al castaño y detener su frase—. Oh.

Ethan lo miró, perplejo y un poco divertido al ver la reacción de Alyn. Para nada se había sentido insultado, más bien halagado, ya que insinuaba que había follado con la preciosa chica que tenía al lado. Aunque ni siquiera eso era cierto, porque no habían hecho nada sexual, más allá de los besos.

—Hayden —murmuró entre dientes la castaña, al tiempo que le dedicaba una mirada enfurecida a través de los mechones. Que hubiese insinuado que Ethan era solo un polvo, o varios, le creaba un malestar en el estómago. Porque, por más que no estuviera definido lo que eran, sabía perfectamente lo que no. Y no era su follador, ni ella la suya.

—Solo nos había pedido una cosa: "No ponerla en evidencia". Y tú lo has logrado en menos de dos segundos. Enhorabuena, hermanito, te llevas el Récord Guinness.

—Cállate —le susurró con autoridad a su hermana, quién lo ignoró y no borró su sonrisa—. Lo siento —se disculpó, pero sus palabras iban dirigidas solo a Ethan y no a Alyn, quien se quitó el pelo de la cara para encararlo.

—¿Le pides perdón solo a él? ¿Y a mí qué?

—Ay, Evo, no te pongas celosa —se burló.

—Vuelve a llamarme así, Nicholas, y te dejo sin descendencia. —Esta amenaza provocó que el castaño se asombrara. Sabía que Alyn estaba cambiando, o liberándose mejor dicho; cada vez se limitaba menos, pero no sabía que llegaba a ese punto.

—Y tú no me vuelvas a llamar Nicholas.

—Son dos infantiles —le explicó Hailey al ojiverde, causando en él una leve risa—. Siempre metiéndose con sus segundos nombres, como si fuera algo relevante en sus vidas.

—Hayden Nicholas, entonces —habló, el mayor de todos, en dirección al nombrado, que había sido presentado sin querer.

—El mismo —contestó este.

—Hayden Nicholas —dijo, la pelirosa, señalando a su hermano— y Hailey Nicole —añadió, señalándose.

—Muy original —ironizó, Ethan, con una suave risa ronca. Alyn se mordió el labio inferior.

—¿A que sí? Nuestros padres se comieron mucho la cabeza a la hora de escoger nuestros nombres.

Los cuatro rieron ante el sarcasmo de la chica antes de que Ethan se presentará al chico, tendiéndole la mano sobre la mesa. Este la aceptó y volvió a disculparse, esta vez con más seriedad. El castaño le restó importancia.

Una camarera dejó la conversación en segundo lugar cuando se acercó para tomarles nota y cada uno pidió su cena. Además de unas cervezas para esperar los platos.

—¿A sí que tú eres el motivo por el que nuestra amiga ha vuelto a hacer eso? —cuestionó, Hayden, señalando con el botellín de su cerveza la servilleta en la que Alyn estaba dibujando, con el bolígrafo que le había pedido entre susurros a Ethan.

Este miró la servilleta, repleta de pequeños dibujos, entre ellos mariposas y rostros exprés, y después volvió la mirada al chico. La chica directamente miró a su amigo con una pequeña sonrisa tímida. Últimamente, no podía dejar su mano quieta, dibujaba en casi cualquier momento.

—Sí, es todo obra mía —aseguró, orgulloso, el castaño, mientras pasaba el brazo por los hombros de Alyn y la acercaba a él con familiaridad. Esta se acomodó, alegre.

Ambos Anderson se miraron intentando retener una sonrisa, y es que hacía mucho que no veían a su amiga tan cómoda y feliz. Tan ella misma.

El resto de la comida transcurrió con normalidad y comodidad. Hablaban de todo y nada, conociéndose todos un poco. Sobre todo Ethan a los mellizos y viceversa. Alyn los observaba a los tres con una amplia sonrisa al ver que se entendían. Eran una pieza importante en su vida y estaba satisfecha de que encajaran. Ahora rezaba para que el momento en el que Steve y Ethan se encontraran sucediera el milagro de que ocurriera lo mismo.

Su mejor amigo ya estaba al tanto de lo que estaba pasando con Ethan. Alyn vio necesario, más después de la ruptura, comentárselo. No es que le hiciera mucha ilusión, sobre todo al principio, que su mejor amiga estuviera con el hermano de su ex, pero recordó lo importante que se había hecho ese castaño para ella y el bien que le

había causado. Además de que se trataba de la vida de la chica y no de la suya, aunque estuvieran conectadas. Así que lo aceptó y apoyó. Ahora había que juntarlos, cosa que ambos hombres evitaban.

El teléfono de Hailey comenzó a sonar cuando estaban terminando el postre. Esta lo sacó de la chaqueta y observó el número antes de ponerse en pie y decir:

—Debo contestar. —Dudó unos segundos, mirando la pantalla, antes de añadir en dirección a Alyn—: Azul.

La castaña hizo una mueca viendo como su amiga desaparecía detrás de la puerta de la entrada. Ethan no comprendió que significaba eso, solo supuso que era una especie de código entre amigas. Y así era, Azul era el nombre en clave que utilizaban para referirse al ex de Hailey, Tyler. Este había vuelto a su vida tras enterarse del éxito que tuvo en su cita, semanas atrás, con Garrett, el chico de Darmouth.

La chica no quería que su hermano supiera que había vuelto a tener contacto con el chico, pero al estar siempre con ellas tuvieron que utilizar un nombre en clave para al menos nombrarlo sin entrar en detalles. Hayden era consciente de que era algo que lo involucraba, ya fuera indirecta o directamente, pero tras sus primeras insistencias (fallidas), desistió.

—Por cierto, ahora que Hailey no puede escucharlo —cambió de tema el pelirosa—. Me voy a teñir de nuevo.

—¿De qué color? —se interesó, Ethan, al tiempo que sus dedos dibujaban suaves caricias en el brazo de Alyn, casi sin darse cuenta.

—Azul.

La castaña abrió los ojos, boquiabierta, e intentó retener una sonrisa divertida. La misma conversación que había tenido con Hailey se repitió en su mente y estuvo a punto de soltar una risa, pero se contuvo.

—Mmm… Creo que te quedaría bien. ¿Hailey lo sabe? —repitió casi exactamente lo mismo que le había dicho a su hermana más de una hora atrás.

—No y que no se entere —ordenó—. No quiero que me vuelva a copiar como la última vez. —Tomó un mechón de su pelo entre sus

dedos.

—Ella dice que fue al revés —comentó, divertida, mientras su mano se posaba en la rodilla de Ethan inconscientemente. Él sonrió ante el acto.

—Ja, más quisiera. Lo dice solo para no admitir que en realidad escuchó mi conversación con mamá y que me copió la idea antes de que yo fuera a la peluquería.

A Alyn le costó no reírse, pero resistió y ni siquiera comentó que iba a ocurrir de nuevo. Que otra vez coincidirían en el peinado sin darse cuenta, porque por más que digan que uno copió al otro, en realidad fue una simple coincidencia. Coincidencia que se repetiría.

Tras la vuelta de Hailey, los cafés y una discusión por el pago de la cuenta –que acabaron pagando los mellizos–, llegó el momento de despedirse y dispersarse.

—¿Cómo has venido? —le cuestionó Alyn a Ethan.

—Andando.

—¿Quieres que te acerque a casa?

—Me harías un favor —aceptó con una sonrisa—. Gracias. —Le dio un beso corto para reforzar su agradecimiento—. Antes voy al baño.

Le dio otro beso y se puso de pie, desapareciendo por el mismo pasillo que Hayden antes de la llegada del castaño. Esperó a que no se le viera para dirigir la mirada a sus amigos.

—Disparad —les alentó.

—Me encanta —sentenció, Hailey.

—¿En serio?

—Es un buen tipo y, al menos, para ser la primera vez que lo vemos, a mí me ha caído genial —añadió, Hayden, a la opinión de su hermana.

—Además de que hemos visto cómo estás con él y… Joder, Alyn, eres otra.

—Más tú.

—Me siento muy bien cuando estoy con él —confesó con los ojos nublados de una fina capa cristalina, a la vez que algo tímida—. No sabéis lo importante que es esto para mí. Gracias.

—No tienes que agradecer nada, cariño —comentó Hayden con una sonrisa igual de amplia que la de su hermana.

Ethan llegó unos segundos después y los cuatro se pusieron de pie para dirigirse a la salida. En el exterior se despidieron de los mellizos que habían venido con el coche que compartían y se encaminaron al de la ojiazul.

—¿Qué tal te han caído? —preguntó la chica, con cautela, una vez ya se encontraba conduciendo hacia el piso de Newen.

—Genial.

—¿De verdad? ¿No te has sentido incómodo? Si es así, lo siento, en serio. No quería hacértelo pasar mal. Es que para mí, ellos son importante y tú…

—Alyn, para —le pidió, interrumpiéndola, con una sonrisa divertida, al verla parlotear nerviosa—. Lo digo en serio, me han caído genial. Hailey tiene carácter y Hayden tiene ese aire libre que me gusta, pero a su vez se puede ver que les importas y se preocupan por ti, mucho.

—Gracias por hacer esto por mí.

—No tienes que darme las gracias, Alyn. Son tus amigos y forman parte de tu vida, y yo también quiero formar parte de ella.

Lo miró unos escasos segundos, ya que seguía conduciendo, y le sonrió ampliamente mientras sus ojos se vidriaron, emocionados.

—¿Quieres quedarte a dormir? —le preguntó el chico, cuando apenas quedaban un par de calles. Eran pasadas las doce y le pareció una buena idea tenerla con él esa noche, además de que prefería eso a dejarla volver sola, aunque estuviera en el coche.

—¿D… dormir? ¿J… juntos? —tartamudeó, nerviosa. No sabía por qué, puede que por todo lo que podría llegar a implicar esa invitación a dormir juntos. Algo más que compartir unas horas de sueño.

—Solo dormir, Alyn —le especificó, como si hubiera leído sus pensamientos—. No te estoy invitando a mi cama para nada más que no sea dormir. A no ser que realmente lo quieras. —Las mejillas de la castaña se tiñeron de rojo, pero intentó no apartar la mirada de la carretera para que el chico lo notara lo menos posible—. Si te sientes más cómoda, dormiré en el sofá.

—No, no —se apresuró a decir—. No hace falta.

—¿Eso significa que aceptas?

—Sí —se limitó a contestar, adentrándose a la calle donde se encontraba el apartamento del chico.

Y esa noche ambos durmieron juntos por primera vez. Él con su pijama y ella con una camiseta ancha y unos pantalones de buzo del mayor. Alyn se colocó con la espalda pegada al pecho de Newen y este posó el brazo en su cintura. Disfrutaron de un sueño dulce y cálido.

Dos días después se encontraban con las manos entrelazadas, adentrándose a otro bar, esta vez de una zona de Brooklyn, hasta donde Newen había conducido para encontrarse con sus dos amigos. Los dos patanes no habían parado de insistir y fingir estar ofendidos, ya que para ellos era injusto que no les presentara a Alyn como Dios manda, hasta que consiguieron que la paciencia infinita de Ethan flaqueara y accediera.

No es que no quisiera que conociera a sus amigos, era más que no quería que la chica pensara que solo lo hacía porque ella hizo lo mismo con los suyos recientemente. Pero eso a la castaña no le importó. No le importó cuando se lo dijo, ni al traspasar la puerta de ese bar, uno de estilo roquero que la descolocó.

—Newen, tenemos que hablar —lanzó la frase parada delante de la puerta de la entrada y causando que el chico frunciera el ceño.

—Esa frase nunca trae buen augurio.

—Creo que es demasiado tarde, pero aun así buen momento, para decirte que no sé jugar ni al futbolín y, mucho menos, al billar.

Newen, quien tomó a Alyn del brazo para moverla y dejar la entrada libre al resto de personas, observó el espacio a su alrededor. Mesas con sillas y sillones, la barra repleta de gente y, lo más importante, dos mesas de futbolín y otras dos de billar. En una de ellas sus dos amigos, que aún no habían advertido sus presencias.

No lo pudo evitar, una vez volvió la mirada a ella y vio el miedo en sus ojos por si le hacía jugar, soltó una carcajada. La chica lo miró confusa y ofendida, pero no logró articular palabra antes de que los

labios del chico se posaran sobre los suyos, acallando su propia risa en su boca.

—No te preocupes, no hace falta jugar —la tranquilizó. Ella sintió un poco de alivio. Unieron sus manos de nuevo—. Vamos.

—¿Dónde están? —preguntó, dejándose guiar.

—Esperándonos para jugar al billar.

—Newen… —Paró en seco—. Te acabo de decir…

—Y yo te he dicho que no hace falta que juegues —le interrumpió con una expresión divertida—. Tú solo anímame.

Dio la conversación por terminada, dejando un suave beso en su frente, que aceleró el corazón de la chica, y tiró de nuevo de ella para llegar hasta la mesa de billar. Ryan y Peter, que se encontraban discutiendo, se callaron al verlos aparecer. Ambos ignoraron completamente a su amigo y se fijaron en la castaña a su lado.

—Peter, encantado. —Ni siquiera respondió al saludo que Ethan había murmurado. Se presentó a ella, con una sonrisa cálida, como si pudiera percibir los nervios que recorrían sus venas—. Alyn, ¿verdad?

Asintió con la cabeza a la vez que aceptaba la mano de Peter y le devolvía la sonrisa, agradeciéndole con ella su simpatía. Sin embargo, todo cambió al llegar el turno de Ryan, quien sin miramientos rodeó el hombro de la chica y la alejó del cálido cuerpo de Ethan. Este puso los ojos en blanco y miró mal a su amigo.

—Bueno, bueno —habló Ryan—. Creo que acabo de encontrar al amor de mi vida, que pena que el romántico de Ethan se me adelantará.

—Cállate, idiota —le ordenó el nombrado, aunque su tono distaba mucho del enfado, se acercaba más bien a la diversión. Alyn los contemplaba un poco incómoda, pero a la vez con un poco de alegría al ver como se relacionaban—. ¿Qué hay de Kai? No era ella el amor de tu vida.

—Kai no me da bola, ni lo hará nunca. —Se encogió de hombros con diversión—. Me abro otros caminos alternativos. —Volvió a mirar a la castaña, quién no supo como reaccionar.

—La has asustado, lerdo —le recriminó Peter, alejándolo de ella—. Él es así, te acostumbrarás —intentó animarle.

La castaña se quedó con las dos últimas palabras. Se dio cuenta de que con esa declaración daba a entender que creía que iba a estar el tiempo suficiente con Ethan como para pasar más ratos con ellos y terminar siendo inmune a los comportamientos de Ryan. Y eso, por más extraño que le pareció en el momento, le gustó.

—No pasa nada —logró pronunciar—. Supongo que si él es Peter —miró al nombrado antes de volver al bromista de los dos—, tú debes ser Ryan.

—El mismo.

—Chicos, os presento a Alyn —sentenció, Ethan, como si fuera necesario algo que ya había quedado claro.

Pero la chica entendió su frase en cuanto sintió como volvía a rodear su cintura con el brazo. Para él era una confesión, era importante mostrarles a sus amigos lo que ahora había entre ellos.

Las presentaciones se quedaron atrás después de un par de preguntas e insistencias, por parte de Ryan, para que empezaran el juego. Alyn se negó y, aunque el gracioso no dejaba de insistir en que no pasaba nada si no sabía jugar, quedó sentenciado que ella no participaría. Finalmente, los amigos de Ethan hicieron equipo contra él, ya que, según ellos, era el más bueno de los tres.

Poco a poco y tras un par de cervezas, charlas y risas, Alyn se sintió completamente cómoda entre ellos. No podía evitar reírse ante las bromas que lanzaba Ryan, ni dejar de sonreír ante la amabilidad de Peter –quien entablaba conversación con ella para que no se aburriera–, y, mucho menos, dejar de acercarse a Ethan cada vez que este pasaba el turno a alguno de los otros dos.

—¿Quieres otra? —le preguntó al castaño, que tenía rodeado por la cintura con uno de sus brazos, al ver que su tercera cerveza se había terminado.

—Sí, pero voy yo.

No le dio tiempo a rebatir antes de que el chico dejara otro beso, esta vez en su coronilla, y saliera a paso relajado hacia la barra del bar, dejándola sola con ambos chicos.

—¿Quieres probar? —le preguntó, Ryan, quien acababa de tirar y perder, por lo tanto, le tocaba a Ethan y debían esperarlo.

—No, ya he dicho que no sé jugar —respondió con una sonrisa, un poco avergonzada.

—Podemos enseñarte, al menos lo básico —se ofreció, Peter, con su encantadora sonrisa. Alyn supo en ese momento que el chico era capaz de derretir a cualquier chica o chico con ese simple gesto.

—Bueno, pero solo lo intento una vez, con eso ya cubro mi cupo de humillación diaria.

Ryan soltó una carcajada mientras Peter le ofrecía el taco de billar de Ethan. En cuanto esta lo tuvo en sus manos, ambos, de forma ordenada para no estresarla, le fueron indicando cómo debía colocarlo sobre la mesa y como poner su cuerpo y mano. Estaba completamente posicionada cuando el ojiverde volvió con un botellín en sus manos y la vio. No pudo evitar sonreír desde la distancia.

—Tú puedes, Jacqueline —le animó Ryan, nombrándola por el mote que minutos atrás le había adjudicado.

Era una referencia artística y a Ethan le sorprendió que su amigo fuera conocedor de aquel dato. Pero tanto él como Alyn, la entendieron. Jacqueline fue la musa y segunda esposa de Picasso. Ryan lo atribuía en el sentido de que la chica era la musa del artista que tenía como amigo.

La castaña se centró todo lo posible e intentó recordar cada una de las indicaciones que le habían comentado ambos chicos. Y una vez dejó ir el aire, movió la mano y chocó el taco contra la bola.

"No ha sido un desastre", esa fue su conclusión.

No logró meter la bola, ni acercarla, ni tan siquiera que moviera a otra, pero al menos había logrado que esta se moviera bastante y rebotara contra las paredes de la mesa. Para ella eso ya era todo un logro. Ryan y Peter la felicitaron y esta les sonrió antes de darse la vuelta y notar a su compañero. Ethan la observó con una amplia sonrisa.

—Lo has hecho muy bien. —Ella respondió con una mueca, en desacuerdo, y un encogimiento de hombros, para después acercase a él y dejar un casto beso en sus labios en agradecimiento.

—Ethan —lo llamó Peter, quien los miraba con una sonrisa. No podía evitarlo, le gustaba ver a su amigo así con una chica, se lo merecía. Lo mismo pensaba Ryan—. Te toca.

—Ella ha tirado por mí, es tu turno.

—¿Qué? —comentó Alyn, confundida—. No, no, no. No vale, mi tiro ha sido pésimo.

—Da igual, y no ha estado mal.

—No, Ethan. Si eso podemos volver a poner la bola en…

—Alto ahí. —La frenó agarrándola de la muñeca cuando esta se disponía a acercarse a la mesa. Tiró de ella con suavidad para que quedara delante de él—. No me va de un tiro, Alyn —le aseguró con una sonrisa tierna y, sin mirar a su amigo, añadió—: Peter, tu turno.

—Cómo quieras. —Este se puso a hablar con Ryan, su compañero, para decidir qué jugada realizar.

El castaño le dio la vuelta a Alyn y la rodeó con sus brazos por la cintura, acercándola todo lo posible a su cuerpo. A la chica le sorprendió, pero no se quejó. Y una sonrisa se le escapó cuando el chico dejó un casto beso en su cuello antes de posar el mentón en su cabeza y apretarla más contra él. Esta se acomodó entre sus brazos.

—¿Ethan?

Esa voz.

Esa voz fue la que trastocó toda la calma y felicidad que estaba sintiendo la chica en esos momentos. Su cuerpo se tensó y su sonrisa se esfumó. Ethan notó el cambio corporal de Alyn y Peter su cambio facial. Hubo un intercambio de mirada entre este y la chica, con el que parecieron entenderse. Y él se apiadó de ella.

El castaño deshizo la unión para girarse hacia la chica que lo había llamado. No puedo evitar sonreír antes de acercarse y rodearla con sus brazos.

—Emily —le devolvió el saludo antes de apartarse—. ¿Qué haces por aquí? No es tu estilo de bar.

—Solo espero a una amiga —respondió con simpleza antes de volver su rostro hacia la ojiazul—. Hola, Alyn.

—Hola, Emily —contestó con tensión. De por sí su relación no era buena y ahora con la reciente ruptura con su mejor amigo se sentía aún peor. Ethan las miró, confuso, durante unos instantes.

—¿Estáis juntos? —Emily le lanzó la pregunta a su hermano sin irse por las ramas, pero fingió alegría. Como si ese acto no le pareciera

mal.

—Algo hay —se limitó a responder mientras acercaba a Alyn a su cuerpo, pasando el brazo por sus hombros. Le gustaba tenerla cerca, pegada a su cuerpo, sobre todo, desde aquella noche que durmieron juntos.

La sonrisa de su hermana flaqueó y en su mirada se notó que eso no le agradó para nada. No era un misterio para ninguna de las dos chicas que no se agradaban. La mayor había sentido alivio al saber que Steve había roto con ella, pero en esos momentos se le revolvió el estómago al darse cuenta de que había ascendido a algo mucho peor. Emily era algo así como su cuñada.

—Que alegría, siempre me has caído estupendamente, Alyn. Me parece genial que estés con mi hermano.

No le creyó ni una palabra y es que se veía a distancia que estaban repletas de sarcasmo. Alzó la mirada hacia el chico a su lado, esperando ver que él también hubiese reconocido eso, pero no. Ethan se las tragó por completo.

—Gracias, Emily —se limitó a decir. No la iba a corresponder porque sería mentira. No iba a volver a mentir en presencia del chico, al menos no con palabras. Podía fingir cortesía ante su hermana, pero nada más.

El rostro de la pequeña Brown fue perdiendo la fuerza hasta que su semblante se puso completamente serio. Eso causó tensión en el cuerpo del ojiverde, ya que ocurrió al tiempo que pasaba la mirada de él a Alyn, consecutivamente. Y la reacción del chico provocó que la castaña frunciera el ceño, confusa.

—¿Podemos hablar? A solas —puntualizó, Emily, a su hermano. Este tragó saliva antes de acceder.

—Ahora vuelvo —les informó, después siguió a su hermana hasta el otro lado de la barra.

Alyn los siguió con la mirada hasta que los perdió de vista. Un mal presentimiento se instaló en su pecho y causó que su estómago se revolviera.

—¿De qué creéis que están hablando? —preguntó hacia los chicos e intentó aparentar indiferencia mirando el taco de Ethan como si fuera lo más interesante del mundo.

—Ni idea —comentó con simpleza, Ryan—. Voy a mear, no tardo, preciosos. No me echéis mucho de menos. —Peter rodó los ojos antes de acercarse a ella.

—Te cae mal —afirmó.

—No… es que…

—No hace falta que finjas. Si te soy sincero, a mí tampoco me agrada, pero es la hermana de uno de mis mejores amigos y no puedo hacer nada contra eso. Su relación es muy unida. —Hizo una mueca con los labios—. Te aconsejaría que le hicieras abrir los ojos a Ethan de cómo es realmente su hermana, pero no creo que lo logres. Ni siquiera Kai lo ha conseguido.

—Lo sé.

—Ahora que eres… bueno, lo que sea que seas de Ethan… —esa definición no le gustó a la chica—, puedes hablar conmigo de lo que quieras. Me agradas, Alyn. —A la ojiazul se le hinchó el pecho. No supo hasta ese momento lo importante que era para ella eso.

—Gracias, Peter.

Ryan volvió del baño al mismo tiempo que Ethan regresaba de la conversación con Emily. Alyn lo analizó, atenta a su cambio. Se había puesto más serio y apretaba la mandíbula como si algo le estuviera molestando. Después de esos escasos meses junto a él, había aprendido a leer gran parte de su lenguaje corporal. Y por ello percibió en su mirada que algo iba mal, incrementando así el malestar anterior.

—¿Todo bien? —le susurró la chica, preocupada.

—Sí, tranquila —le restó importancia al tiempo que se recomponía y volvía a ser el Ethan de antes, aunque algún rastro quedaba. Dejó, una vez más, un suave beso en su frente antes de añadir—. Vamos, te voy a enseñar cómo se gana realmente al billar.

Tras eso la rodeó mientras le arrebataba el taco de su mano y se encaminaba a la mesa. Ryan y Peter estaban enzarzados en una pequeña disputa, en la que el castaño se interpuso. Alyn lo observó con el ceño fruncido, desconcertada por los últimos minutos.

Respiró hondo y decidió no darle más importancia. Cualquier cosa relacionada con Emily no la merecía, no después de todo lo que

había dicho y hecho, tanto a ella como a su mejor amigo. Así que suspiró y se encaminó hacia Ethan con una sonrisa sincera.

¿Cuánto le duraría?

CAPÍTULO 24

A pesar de ti, de mí y del mundo
que se desquebraja, yo te amo.
Lo que el viento se llevó

—¿Cómo te sientes ahora? —preguntó, Kai.

—Mejor —respondió, Steve.

Estaban tumbados sobre el césped del campo de fútbol de Dartmouth. El chico esperó a terminar el partido para quedarse a solas con Kai, lo cual le sorprendía porque hasta hacía dos semanas hubiera ido de cabeza a una fiesta en la que ni siquiera se lo pasaba bien, pero esta vez prefirió evadir la derrota con la tranquilidad de la noche. Todavía llevaba los pantalones, la camiseta bajera y los tacos puestos, así como las marcas de la cara y el cabello alborotado. A diferencia de ella, que vestía una falda a cuadros y un suéter de lana pareciendo recién salida de una universidad privada. Le parecía monísima.

Ambos ladearon sus cuerpos hasta quedarse uno frente al otro. Ella lo miró y sonrió, acariciando su mejilla con el dedo índice. Lo veía tan guapo, aun estando sudado y sucio.

"Esto es paz", pensó él.

—Ganar o perder no depende solo de ti.

—Lo sé, pero yo soy el capitán y, en cierto modo, recae algo de culpa en mí.

—Pero no debes hundirte así.

Kai recordaba la reacción de impotencia del rubio una vez terminó el partido con una diferencia de dos puntos. Steve ni se dignó a salir

del vestuario, fue Lorie el que tuvo que ir a buscarla a la gradería y pedirle que bajara.

—Esta temporada es la más importante hasta el momento, en todos los partidos vienen ojeadores de la NFL. Nunca me ha afectado perder. —Hizo una mueca—. Bueno, casi nunca. Pero este año no puedo permitirme fallos, no si quiero llegar a algo.

—¿Y quieres?

Steve hizo silencio para volverse a preguntar de nuevo eso mismo. ¿Realmente quería o lo hacía porque era lo que tenía que hacer? Era algo que llevaba muchos años planteándose y conocía la respuesta, pero nunca se atrevía a decirla.

—No llevo todos estos años esforzándome para nada —concluyó.

—Pero, ¿quieres o no? —volvió a preguntar Kai, que sabía que no había sido sincero.

—No —murmuró. Nunca lo había dicho en voz alta y se le hacía raro pronunciar aquella palabra—. La verdad es que no. Sinceramente, quiero pasar mi vida en un laboratorio, no en un campo de fútbol.

—Entonces no te fuerces…

Y, antes de que siguiera, la atrajo hacia él con fuerza para buscar uno de esos abrazos que hacen que te fundas en ellos, porque necesitaba eso más que consuelo verbal. La necesitaba a ella y la necesitaba cerca, como si fuera su bomba de oxígeno.

—Sé lo que me vas a decir, que es mi vida y debo escoger por mí mismo. Lo sé, créeme que soy consciente, pero no es tan fácil. Muchas veces no te dejan seguir tu propia vida o, simplemente, tienes miedo a hacerlo.

Eso Kai lo sabía de primera mano, ya que se lamentaba de no hacer lo que deseaba al cien por cien. La verdad era que estaban igual de perdidos, solo que lo afrontaban de formas diferentes.

—Estaré a tu lado, elijas lo que elijas —murmuró pegada a su pecho, intentando transmitirle toda la paz que podía. Steve sintió como se le deshacía el corazón.

—Mi Wendy Moira Angela Darling —susurró en su oído. Ella rio y a la vez se estremeció de placer.

—Mi Peter Pan —suspiró embriagada.

No vio a su compañera en apenas todo el fin de semana, supuso que estaba con Ethan, ya que él tampoco dio señales de vida, por lo que aprovechó para meditar, leer, ver Sonrisas y Lágrimas y cantar las canciones a pleno pulmón sin preocuparse de molestar a nadie. Se alegraba mucho por Alyn y Ethan, de hecho estaba convencida de que se hacían bien, como si encontrarse hubiera sido cosa del destino. Porque simplemente tenía que pasar, por mucho que tuvieran sus complicaciones.

Pero siguiendo en el fin de semana relajante de Kai, cabe decir que durante el domingo estuvo acompañada de Steve, el cual estaba más sereno después del partido del viernes. Así que pasó con ella gran parte del día, acurrucados en la cama con una manta, preparando comida para los dos, disfrutando de aquellos silencios llenos de comodidad, de caricias y de besos. La habitación todavía seguía decorada de la sorpresa del chico. No tuvo más remedio que perdonarle después de aquello, aunque él se negara rotundamente a declarar de dónde lo había sacado todo, prefería que quedara en el anonimato, aunque suponía que Alyn tuvo algo que ver.

Entre ellos aún no había surgido nada más lejos de los besos, Kai todavía lo veía demasiado pronto, pero poco a poco iban tensando una cuerda de deseo que ya habían experimentado hacía dos semanas, solo que esta vez pedía más. Era un problema en los momentos que no podían separar sus labios porque anhelaban ir más rápido de lo que quizás deberían. Tampoco habían hablado sobre su relación o en qué punto estaban, era como si no terminasen de creerse que podía haber algo entre ellos y, como no, estaba el gran muro de Kai. La lista. Alana pensó en todo, al parecer, porque también dedicó un punto a la primera vez de esta y especificó que debía ser con música de ABBA de fondo. Tampoco era un punto que le urgiera, por mucho que aquella tarde la tensión fuera subiendo a cada beso, caricia y gesto, hasta quedarse encima del regazo de Steve.

—Kai… —murmuró con los labios pegados a su cuello al ver que ella arqueaba la espalda de placer—, para.

—¿Quieres que pare? —preguntó al mismo tiempo que movía suavemente las caderas y las manos de él bajaban hacia estas.

—¿Quieres que me exceda? —cuestionó con una sonrisa pícara.

—No.

—Pues entonces baja de ahí —susurró con algo de dulzura y advertencia.

La agarró con fuerza para intercambiar la posición, quedándose ella estirada boca arriba y él ligeramente encima. No le costó nada, ya que era como manejar a una muñeca. A Kai le subió una fuerte oleada que no había sentido nunca, un fuego que no conseguía apagar aunque quisiera, porque lo veía tan guapo con el cabello revuelto, los ojos brillantes y los labios carnosos que sin duda se derretía a cada segundo. Él volvió a besarla con mucha más pasión que antes, sintiendo que quizás no podría controlarse aunque la posición le fuera más factible.

—Ufff —bufó, angustiado por el poco control que sentía en aquel momento. Hizo ademán de bajar siguiendo una fila de besos por todo su torso, pero, por suerte o por desgracia, oyeron como la puerta de la habitación se abría.

Kai se sobresaltó haciendo que Steve se separara rápidamente, a lo que él se rio al ver como la vergüenza de ser pillada besándose con alguien le subía por las mejillas.

—Hola, Alyn —saludó el rubio de espaldas a la puerta, sin mirar a su amiga a la cara, pero suponiendo que era ella la que había entrado, ya que nadie más tenía la llave.

La que sí que miró fue la morena, pero su expresión no fue la que él se hubiera imaginado. Y lo que salió por sus labios tampoco.

—¿Ethan? —preguntó aterrada.

Rápidamente, el chico giró la cabeza para asegurarse que no estaba allí el mencionado, pero no tuvo mucha más reacción porque al instante tuvo aquella expresión de enfado que era realmente parecida a la de Emily.

—Tienes tres segundos. Corre —le amenazó con un tono de voz grave, algo que Kai no había presenciado nunca y la alarmó.

—Vale, creo que podríamos hablar las…

—¿Las cosas? Perfecto —respondió en tono sarcástico—. Emily o Kai, ¿por cuál quieres empezar primero, James?

Aquel nombre se le clavó como cien puñales en su pecho, porque no estaba acostumbrado a que se dirigiesen a él como tal, a menos que fuera un familiar cercano o alguien de mucha confianza, ni siquiera dejaba que Regina, Lorie o Alyn le llamaran así, ni Emily pudo. ¿Pero cómo cojones sabía él aquello? Quería confiar en que no había sido Alyn, pero poco le importaba ahora quién hubiera sido porque solo podía pensar en cómo controlar las ganas que tenía de soltarle un puñetazo. La tensión se cortaba con un cuchillo y Kai se quedó sin habla al oír lo que su amigo acababa de decir, solo esperaba que Steve supiera reaccionar de la forma correcta. Aunque no fue lo más acertado, decidió pagarle con la misma moneda.

—Por la que prefieras tú, Newen.

No pasaron ni dos segundos antes de que Ethan se le abalanzara encima y cayesen los dos al suelo forcejeando y dejándose ir palabras mayores. La chica no sabía qué hacer ni cómo reaccionar y por mucho que les pidiera a gritos que parasen no la escucharon.

—¡¿Se puede saber qué pasa?! —preguntó, Alyn, que acababa de llegar con una caja llena de pinturas que, rápidamente, tuvo que dejar en el suelo para ayudar a Kai a separarles.

Ellos no se soltaban; Steve era el que estaba ahora encima y empezó a devolverle los puñetazos después de que Ethan no dejara de repetir cosas como: "Estúpido niño pijo".

Por otro lado, estaban Alyn y Kai intentando separarles, mirándose con desesperación y pidiéndoles a gritos que se soltaran. Hasta el momento en el que el moreno pudo volver a ponerse encima y se paró agarrando al rubio por el cuello de la camiseta.

—¿Por qué sabes lo de Newen? —preguntó entre dientes.

—Me lo contó Emily —respondió antes de pasarse la lengua por el labio inferior y darse cuenta de que se lo había partido.

Ethan lo miró como si no terminara de creérselo. ¿Su hermana? Ella era la primera que debía respetar sus nombres de nacimiento. ¿Qué le incumbía a Steve saber ese dato o no? Aunque cayó en la cuenta de que fue la misma la que le reveló lo de James. Desvió la mirada para pensar con más claridad.

—Deberías darte cuenta de que tu hermana no es siempre la víctima. Abre los ojos, inuit.

Aquellas palabras, por muy ciertas que fueran, no eran las más acertadas para la situación en la que estaban, de hecho sirvieron para volver a despertar a Ethan y continuar de nuevo con la pelea, volviendo a provocar el pánico de ambas que seguían intentando tirar con fuerza del castaño, pero este estaba demasiado bien anclado al suelo para moverse.

—A ver si de algo te sirve tu posición en fútbol. ¿O eso también lo ha pagado tu padre?

—¡Ethan, cállate! —exclamó Alyn ya harta.

Por suerte, el nombrado se paró en seco al oír su voz y, por fin, pudieron levantarlo del suelo, poniéndose Alyn enfrente suyo para evitar que volviera, mientras que Kai fue directa al suelo para levantar a Steve.

Los dos se miraban con odio, como si fueran a saltar de nuevo en cualquier momento, como cuando dos animales luchaban por defender el territorio. Ethan no dejaba de mover el pecho con rapidez, sin ni siquiera percatarse de que le salía sangre de la ceja derecha y de que se le estaba empezando a hinchar el ojo y la mejilla. Mientras que Steve se puso la mano en el labio que estaba lleno de sangre y a su vez tuvo que tirar la cabeza para atrás al notar como le corría también por la nariz. La morena intentó también parar la hemorragia de la nariz con la mano, pero no servía de mucho e, instintivamente, miró a su amigo buscando una respuesta a todo lo que acababa de pasar.

—¿De verdad, Kai? —preguntó con expresión de decepción.

—Ethan… Lo siento —dijo con un hilo de voz. Entraba en sus planes decírselo, pero no aún y menos esperando que terminara así.

—No deberías hacerla sentir mal por esto —respondió Steve. Ella le miró con una mezcla de gratitud y pena.

—¡Tú no eres nadie para meterte en nuestra relación! —volvió a saltar Ethan, llamando de nuevo la atención de la chica. Suerte de la presencia de Alyn porque estaba dispuesto a volver de nuevo.

De hecho, fue ella quien se giró hacia Kai y le aconsejó que se quedara con Ethan e intentaran solucionarlo, mientras se quedaría curando a su amigo que no podía levantarse del suelo. Así pues, la

pequeña se llevó al castaño al baño para intentar poner remedio a la ceja y la hinchazón pertinente.

—¡Auch! —se quejó cuando esta vertió alcohol en la herida.

—Estate quieto.

—¡Duele!

—Te lo tienes merecido —zanjó fríamente.

Ethan sabía que no había dado un gran ejemplo con el inicio de aquella pelea, pero no encontró otra solución en su momento. Había estado con su hermana durante las últimas semanas, ella parecía pasarlo mal y, según su versión, Steve era un cabrón. No tenía motivos para desconfiar de su hermana, ya que nunca se los había dado. La quería, la tenía en muy alta estima y al rubio no, era así de simple. Pero le daba pena su mejor amiga, nunca había tenido nada serio con nadie, no sabía apenas nada sobre relaciones y ahora, de repente, parecía estar en una. Se alegraba mucho por ella, por fin parecía salir del caparazón de su hermana, ¿pero era necesario que se tratara de Steve?

—¿Estás enfadada? —preguntó algo más calmado.

—Un poco. No era necesario reaccionar así.

—Me llamó Newen —replicó intentando buscar un ápice de excusa.

—Y tú James. —Se produjo un silencio—. No ha sido justo por ninguna parte y creo que los dos tenéis la misma poca razón, por no hablar de las estupideces que os habéis dicho.

—Dime que no fue él quien te acompañó a Brooklyn. —Pero la chica no pudo responder a eso, tan solo le dedicó una mirada de asentamiento y Ethan resopló—. Es decir, que ya viene de largo, perfecto —gruñó al mismo tiempo que dejaba ir un ruido molesto por el escozor del alcohol en la ceja.

—No confundas las cosas. Mientras estuvo con Emily no le fue infiel —mintió, pero porque tampoco contaba aquel beso como uno real. No era necesario darle importancia, porque ya no la tenía—. Dio la casualidad de que pasó algo, no te lo negaré, pero tampoco hay nada entre nosotros.

—Si de verdad quería a mi hermana, no se hubiera ido con otra al momento. Le guardaría un respeto.

—Ethan… —advirtió seria. Solo hizo falta un gesto de cabeza para que él entendiera que tampoco era el más indicado para dar lecciones de moralidad.

—No quiero que te haga daño —dijo entonces con tono triste y Kai esbozó una leve sonrisa.

—¿Y qué si me lo hace? Debo aprender de la vida, todos debemos, nada es perfecto y quizás esto tampoco lo será. No lo sé, pero quiero descubrirlo.

—Ya, per…

—Tiene que doler. No quiero que me haga daño, pero si pasase tendré que saber llevarlo y será mi experiencia, no la tuya.

Ethan se quedó en silencio intentando asumir la lección que acababa de darle su amiga, que estaba del todo en lo cierto, pero le costaba reconocerlo. Sabía que muchas veces la veía como a una niña pequeña a la que tenía que proteger, igual que a su hermana, pero ya era toda una mujer. Ya no tenían catorce años y ya no estaba perdida en el mundo.

—Valoro mucho que busques lo mejor para mí, también entiendo que Steve no es de tu agrado y lo siento, pero debes aceptarlo. Si me quieres, aceptale y no te metas aunque acabe mal.

No hubo respuesta por su parte, tan solo un chasquido de lengua, tampoco tenía muchas más opciones disponibles y quería ver a Kai feliz.

Una vez terminó de limpiarle la sangre fue a la cocina a por algo de hielo, de vuelta oyó las voces de Steve y Alyn que provenían de la habitación de esta. Al parecer ambas estaban en la misma situación, intentando llegar a una tregua con ellos. De vuelta al baño le colocó la bolsa de hielo envuelta en una toalla encima del ojo y una de garbanzos en la mano. Le parecía divertido ver cómo carraspeaba de dolor. “Te lo tienes bien merecido”, pensó. Las cosas no se solucionan con peleas, o por lo menos no en su mundo.

—Creo que deberíais hablar —sugirió.

La verdad es que a él no le apetecía nada, pero como sabía, era su única salida.

—Está bien —murmuró con desgana. La chica sonrió satisfecha y agradecida, era consciente del esfuerzo que hacía. Pero antes de

que salieran del baño, ella le tiró del brazo y se puso enfrente suyo con una expresión dudosa, como si quisiera decir algo y no se atreviera a ello.

—Prométeme que no te perderé —pidió incómoda por los nervios.

Ethan agrandó los ojos porque en ningún momento se le pasó por la cabeza echarla de su vida por aquello, al contrario, iba a solucionar las cosas por ella, por mantener su amistad. La atrajo hacía él para abrazarla como hacía mucho tiempo que no hacía.

—Tonta —susurró—. Ni siquiera me lo planteo.

Oyó como reía y se tranquilizaba en sus brazos, él le dio un beso en la sien y acto seguido fueron a la habitación de Alyn, donde se encontraba Steve tumbado en la cama con otra bolsa de hielo y dos bolas de papel en los orificios nasales, mientras su amiga picoteaba M&M's. El castaño entró y se sentó en los pies de la cama, miró primero a Alyn, que asintió en símbolo de aprobación, y luego a su amiga, para indicarle que allá iba. El rubio se recolocó y prestó atención.

—Vamos a ver. Lo hago por ellas, no porque haya cambiado de opinión. —No lo vio, pero ambas chicas voltearon los ojos porque sabían que no había empezado bien—. Pero, aun así, sé que me he pasado en algunos comentarios.

—Ethan… —advirtió, Kai.

—Vale —asumió—. En todos. No han sido buenas formas y lo siento. No apruebo la violencia.

—Yo también lo siento, he entrado en un tema pantanoso, aun sabiendo que me debería haber callado. No he actuado bien.

—¿Entonces estamos de acuerdo con que ninguno se meterá con el otro, respetaremos lo que sea que esté pasando aquí —señaló a los cuatro refiriéndose a la cruz amorosa que se estaba formando entre ellos— y mantendremos una relación cordial?

—Acepto el trato. —Steve le ofreció la mano y el otro la aceptó.

Alyn y Kai sonrieron, pero fue la última la que se abalanzó sobre su amigo alegremente, que se quejó por el dolor que sentía en todo el cuerpo. Los otros dos rieron.

—Por cierto, tienes un buen derecho —dijo, Ethan, tocándose la mandíbula dolorosa.

—De algo me tenía que servir el fútbol.

CAPÍTULO 25

Coincidir con una persona, mental y emocionalmente es una suerte. Es como tropezar con la felicidad.
Walter Riso

Newen se había quedado dormido en el suelo de madera de su buhardilla con un pincel entre los dedos y una obra a medio acabar sobre el caballete. Quedaban apenas seis días para Acción de Gracias y debía terminarlo para entonces, ya que era un regalo para sus padres. Sin embargo, el sueño pudo más con él. O al menos hasta que llamaron al timbre.

El sonido reverberó por toda la estancia hasta colarse por la puerta entornada de su estudio. Aún con los ojos cerrados frunció el ceño y se removió, refunfuñando por el insoportable ruido. Este no cesaba, al contrario, parecía insistente hasta el punto de que no le dio otra opción que despertarse. El castaño maldijo por lo bajo, al tiempo que entreabría los ojos, que se mantenían casi pegados por el sueño, y descendió por la escalera con lentitud. Por más que murmuraba un aviso de que ya iba, el timbre no dejaba de sonar.

Frustrado y con su mano frotando su ojo izquierdo se dignó a abrir la puerta.

—¿Alyn? —su pregunta salió rasposa, aunque sorprendida.

—Hola —lo saludó la chica antes de ponerse de puntillas para dejar un casto beso en sus labios y pasar por debajo de su brazo para entrar.

—Claro, adelante, como si fuera tu casa —ironizó. La siguió hasta la sala, donde no dejaba de dar vueltas—. ¿Qué haces aquí tan tarde?

—¿Tarde? Si solo es media noche.

"¿Solo?", pensó Newen. "¿A qué hora me he quedado dormido?", añadió.

—Da igual, aun así es tarde para aparecer de la nada en mi puerta y como si tuvieras un ataque de nervios. —Sus propias palabras le hicieron reaccionar y despejarse de golpe. Acortó la distancia con dos zancadas y tomó el resto de la chica con sus manos—. ¿Ha pasado algo? ¿Estás bien? ¿Kai? —lanzó el interrogatorio con preocupación.

—No ha pasado nada, estoy bien y Kai también —respondió, deteniendo su mirada en la herida de su ceja.

—¿Entonces? —cuestionó tras dejar escapar un suspiro de alivio—. ¿Qué te ha traído hasta aquí —bostezó— a media noche?

Alyn sentía un nudo en el estómago y los nervios la trasformaron en un terremoto andante. No podía parar de moverse.

—¿Re… recuerdas que hace casi un mes (o puede que ya haya pasado un mes, no me acuerdo) me hiciste acompañarte, a ti y a Kai, a hacer un graffiti porque ella quería reivindicar los derechos de su profesora? —El castaño asintió con un leve sonido mientras la seguía con la mirada, aunque no se estaba quieta. Caminaba y caminaba por toda la sala, mirando a todas partes—. Pues desde ese día, desde que desenterré la… bueno, ya sabes, la libreta esa… no he dejado de mirar los dibujos y, desde que me hiciste pintar en tu estudio —hizo una pausa para tragar saliva—, los he admirado de otra forma. Ya sabes que no he parado de dibujar desde entonces. Se ha vuelto una obsesión. —Cada vez hablaba con más rapidez—. Dibujo en los libros, cosa que odio, pero que no puedo evitar; en los márgenes de las libretas, en las servilletas… En todos lados.

—Eso no está…

—Y también he vuelto a dibujar en esa libreta —lo interrumpió, como si ni siquiera lo hubiese llegado a escuchar—. Yo que pensaba que nunca volvería a tocarla… Pues ahí están, nuevos dibujos. —Agitó la cabeza y se reprendió a sí misma cuando se dio cuenta de que se estaba desviando del asunto—. La cuestión es que hace unos días vi un dibujo, uno de los últimos que hice antes de dejarlo y… Bueno, a mi mente se me vinieron todas tus palabras. —Newen la

miraba desconcertado, ya que no estaba entendiendo a dónde quería llegar y mucho menos el porqué se encontraba en ese estado —. Todas esas veces en las que me decías que tenía que ser menos cuadriculada, que no fuera tan cerrada y que me atreviera más, que hiciera más locuras. Y no sé… Hace una hora intentaba dormir y se me ha ocurrido… Pero no sé, Newen. Porque todo se me está mezclando. Y, claro, dibujar es mi pasión, eso lo sé, pero… No sé si tanto como para…

—Alyn, para —le ordenó deteniendo su caminar y también su verborrea. La tomó de los hombros e hizo que lo mirara—. Relájate —le pidió con suavidad—. Sea lo que sea que se te haya ocurrido, no tiene que poder contigo. Respira hondo y dilo de una vez. Porque, joder, me estás preocupando.

La castaña rio con nerviosismo al ver la frustración y preocupación en los ojos verdes de Newen. Hizo lo que él le había pedido.

—Quiero hacerme un tatuaje.

El castaño la observó con una ceja alzada, como si eso le sorprendiera, aunque no tanto como lo habría hecho semanas atrás. Ahora entendía los nervios de la chica, no era común en ella interesarse por esos actos, al menos no en ella misma y tan impulsivamente.

—Eso es genial, pequeña loca. No tienes por qué alterarte —intentó calmarla, mientras posaba las manos en su cintura para acercarla a él—. Como persona que tiene tres…

—¿Tres? —lo interrumpió, extrañada, al tiempo que pasaba sus brazos por los hombros del chico—. Pensaba que solo tenías dos.

—El tercero está en el omóplato. Nunca me has visto sin camiseta, así que no lo has podido ver.

—Mmm… Pues creo que eso lo podríamos solucionar —insinuó con tono inocente, pero acariciando el borde de la camiseta blanca del castaño. Newen la miró, asombrado.

—¿Quién es esta Alyn atrevida y qué has hecho con la otra? —bromeó.

—La verdadera Alyn ha salido de la jaula —confesó y, aunque le estaba siguiendo la broma, su tono sonaba firme—. Por tu culpa.

—Pues adoro a tu yo verdadera.

Se inclinó hacia abajo dispuesto a fundir sus labios contra los de la chica, pero en cuanto se rozaron esta se apartó y lo rodeó, dirigiéndose de nuevo a la puerta.

—Pues vámonos.

—Espera… ¿Qué?

—Me has dicho que estás de acuerdo en que me haga el tatuaje, pues vamos —le recordó con una sonrisa.

—¿Ahora? —Asintió—. Es media noche y…

—Hace poco me explicaste que el de Picasso te lo hiciste en una noche de insomnio y por aburrimiento; además de porque te gustaba, claramente.

—¿Y ese es tu argumento para hacer lo mismo?

—Ese es mi argumento para que me lleves al mismo local, ya que yo no tengo ni idea de dónde pueden hacer tatuajes a estas horas —confesó. Un segundo después, su fase atrevida se desinfló levemente y se acercó a él dejando una mano en su pecho—. Y podría esperarme hasta mañana, pero siento que entonces volveré a mi mente cuadriculada y me arrepentiré. —Silencio. Sus ojos conectaron—. Por favor, Newen, quiero hacer esto.

El castaño le sostuvo la mirada durante varios segundos, unos que a la chica se le antojaron minutos. Pero, tras ellos, Newen dejó escapar un suspiro y se dirigió a su habitación.

—Voy a cambiarme.

Alyn saltó de alegría en medio del salón.

El ojiverde abrió la puerta de aquel local de Brooklyn, hasta dónde tuvo que conducir solo por el impulso de la chica, y la dejó pasar antes de adentrarse él. El lugar se encontraba tal y como estaba la última vez que lo visitó, hace un par de meses. No se hizo ningún tatuaje, fue solo para visitar a aquellos tatuadores que se convirtieron en amigos.

Como la chica que se encontraba en esos momentos detrás del mostrador. Llevaba el pelo castaño un tanto cardado y su maquillaje resaltaba por lo exótico que era. Además de que los pircings y

tatuajes que adornaban su cuerpo hacían que toda ella impusiera. Por ello, Ethan notó como Alyn se tensaba levemente a su lado.

—Me alegra verte, Astar —la saludó el chico mientras se acercaba con la mano unida a la de su acompañante.

—Pero mira a quién tenemos por aquí —contestó la chica, mirándolo con una sonrisa burlona—. Has estado desaparecido.

—Lo siento, me pasaré más a menudo.

Los ojos verdosos, mucho más que los del chico que tenía al lado, se posaron en la castaña con interés. La analizó de arriba abajo antes de dirigir su mirada al reloj que descansaba en una de las paredes y que marcaba la una de la mañana.

—Ethan, la una de la mañana y una chica —enumeró—. ¿Quieres empezar la noche con un tatuaje para terminarla con un polvo?

Alyn la miró, asombrada, ante tanta crudeza y, tras analizar sus palabras, se sintió herida. El chico apretó su mano y bufó en desacuerdo sobre lo dicho por su amiga. A veces odiaba su lengua sin filtro.

—Astar, no estoy de juerga —empezó a explicarle—. Y, lo más importante, ella no es solo un polvo.

—Umh…

Esas palabras lograron causar aún más interés en la joven, que esa vez observó a Alyn con otros ojos. Esta la miraba desconfiada y algo ofendida por su insinuación anterior, pero lo que terminó por ganar fue el desconcierto, ya que Astar esbozó una sonrisa ladeada.

—Me caes bien.

—¿Solo porque no soy un simple polvo? —preguntó con algo de rencor.

—Efectivamente —respondió la otra con sencillez—. Astartea, encantada. —Le tendió la mano.

—Alyn. —Y añadió—: ¿Qué significa tu nombre? —Le pudo la curiosidad—. Nunca lo había escuchado. —Ethan sonrió ante la escena.

—Astartea es el ángel femenino del infierno.

La ojiazul la miró de arriba abajo antes de contraatacar con un comentario.

—Te pega.

Astar se quedó en silencio y seria unos segundos antes de soltar una carcajada, conforme con el carácter de la acompañante de Ethan, quién era consciente de que ya se la había ganado.

—¿Qué te quieres tatuar esta vez, guapo? —Volvió la atención al chico.

—En verdad es ella la que se quiere tatuar —respondió al tiempo que miraba a Alyn con una sonrisa.

—¿Y qué te quieres tatuar, bonita?

—Tengo el diseño en el bolsillo, pero… —se mantuvo en silencio y miró de soslayo al chico antes de añadir— no quiero que Ethan lo vea hasta que esté hecho.

—¿Perdona? —preguntó el nombrado, ofendido, y se giró completamente hacia ella—. O sea, que apareces en mi casa a media noche, me despiertas, te paseas por mi salón como una pequeña loca y me haces conducir hasta Brooklyn porque quieres hacerte un tatuaje, ¿y no me dejas verlo? —Alyn lo pensó unos segundos.

—Efectivamente —respondió con simpleza, causando que el castaño la mirara con ganas de asesinarla.

—Definitivamente, me caes bien —intervino Astar, recibiendo otra mirada airada del chico—. Dame el diseño doblado y yo me encargo del resto sin que el niño guapo lo vea.

Eso hizo. La chica le dio dibujo antes de dirigirse a los sillones de espera junto con Ethan. Este se sentó y tiró de ella para que cayera en su regazo. Alyn miró las fotos de todos los tatuajes a su alrededor y los nervios se apoderaron de ella.

—¿Al menos puedo saber en qué parte del cuerpo te lo vas a hacer? —le preguntó al tiempo que su mano acariciaba su rodilla con cariño.

—En el interior del bíceps izquierdo —respondió apartando la mirada de las paredes para fijarla en la suya. Ethan detectó el miedo.

—¿Te estás arrepintiendo?

—¿Es demasiado tarde para salir corriendo?

El chico rio antes de sellar sus labios con los de ella en un beso lento y tierno, en el que intentó calmarla. Lo logró durante un

tiempo escaso, hasta que Darcel, el tatuador, hizo acto de presencia junto con un cliente. Se despidió de este antes de girarse hacia la pareja.

El castaño se puso en pie, causando que la chica también lo hiciera, y se acercó al rubio para saludarlo. Presentó a Alyn, y Astar, tras cobrar y despedir al cliente anterior, le explicó que ya estaba preparado el diseño en la estancia donde la tatuaría y que Ethan no podía verlo hasta finalizar.

—Tranquila —le murmuró con sus labios rozando su boca—. Si cambias de opinión y me necesitas contigo, solo di mi nombre y entraré —le aseguró con dulzura. A Alyn se le derritió el corazón antes de besarlo—. Suerte.

Se dieron un casto beso antes de que se adentrara en la estancia donde Darcel la esperaba y él se quedó en el pasillo, no muy lejos de la puerta, esperando.

Alyn no lo llamó, aguantó; y Ethan se impacientó, deseando saber qué dibujo propio había querido tatuarse aquella pequeña loca.

El trayecto de regreso se hizo eterno para Newen, quien miraba el brazo de la chica de reojo mientras conducía. Alyn había salido de la habitación con su jersey y chaqueta ya puestos, por lo que no pudo ni intuir que era lo que ahora llevaba impreso en la piel.

—¿Me lo vas a enseñar de una vez? —se impacientó una vez traspasaron la puerta de su apartamento.

La chica rio al tiempo que dejaba la chaqueta en el recibidor y se encaminó al salón, seguida por él.

—Un tatuaje por un tatuaje —negoció Alyn, mientras se sentaba en el sofá y Newen tomaba lugar a su lado.

—No me parece justo después de todo lo que me has hecho hacer esta noche, pero sé que no me vas a dar otra opción, así que… Me parece bien.

—Pues…

—No, no —negó, leyéndole la mente—. Tú primera, que te veo venir. —Alyn volvió a reír antes de aceptar.

Con cuidado, ya que estaba recién hecho, alzó la manga de su jersey hasta que quedó recogida en su hombro, dejando a la vista el papel film que lo protegía. Aun así se podía apreciar bien.

Newen contuvo la respiración al instante en que sus ojos captaron el dibujo. Levantó la vista hacia los ojos de la chica, que lo miraba con nerviosismo mientras se mordía el labio inferior.

En el interior del bíceps izquierdo de Alyn descansaba el cuadro de Van Gogh, *La noche estrellada*, pero lo hacía en forma de un corazón anatómico.

—Alyn… —susurró, un tanto anonadado, al tiempo que acariciaba el contorno con suavidad.

—Fue un dibujo que hice hace años —le explicó en un murmullo—. La noche estrellada siempre ha sido mi obra favorita, te lo dije aquella noche en el bar. —Newen recordó aquel momento y esbozó una sonrisa mientras volvía a mirarla.

—Conque sabías de arte por simple cultura general, ¿eh? —bromeó, causando que la chica se ruborizara.

—No me creí esas palabras, pero era lo que se esperaba de mí.

—Yo no lo esperaba, yo quería la verdad.

—Y la obtuviste —puntualizó—. Amo pintar y dibujar, es algo que me hace sentir bien, completa. Y cuando miro este cuadro… —bajó la mirada a su tatuaje— siento millones de cosas, pero, sobre todo, que junto al arte es dónde quiero estar.

Newen tomó el mentón de la chica para alzarle el rostro y esta se encontró con que el chico esbozaba una amplia sonrisa. El castaño se inclinó hasta que juntó sus labios con los de ella y la besó con ternura.

—Tu turno —comentó tras separarse.

Este sonrió al tiempo que se deshacía de su camiseta, dejando a la vista su cuerpo trabajado. No estaba al nivel de Steve, quien debido a los entrenamientos de fútbol americano tenía un abdomen bastante marcado, pero sí tenía abdominales que a Alyn no le pasaron desaparecidos. La chica no pudo evitar recorrer el torso del chico y sentir que sus pulsaciones se aceleraban. Era humana, al fin y al cabo. Sin embargo, se obligó a apartar la mirada antes de que el castaño la pillara. Aunque fue demasiado tarde, Newen sonrió

consciente del embobamiento de la chica mientras se daba la vuelta para enseñarle el tatuaje.

La ojiazul centró su atención en el omóplato tatuado. Sobre él había una huella de oso, con zarpa. Sin embargo, lo que debía ser la palma de la huella en realidad era la figura de un oso. Era detallado y bestial, y a Alyn le fascinó.

—Representa mis raíces —le explicó sin girarse a mirarla—. Fue el primer tatuaje que me hice, tenía apenas diecisiete años. —Tragó saliva al sentir como las yemas de los dedos de la chica lo acariciaban—. Una noche tuve una pesadilla. Volvía a tener tres años y veía como el vecindario discriminaba a mi madre por de dónde venía. Yo no podía hacer nada para evitarlo. —Suspiró y Alyn lo sintió en su mano—. Cuando me desperté tuve claro que no dejaría que eso volviera a ocurrir y que… que amaba mis raíces más que nada en el mundo. Tuve la idea del tatuaje dos días después.

La chica procesó cada una de sus palabras sin apartar la mirada de aquel dibujo. Sin saber muy bien cómo reaccionaría el chico, se inclinó y dejó un suave beso sobre la huella. Newen la observó por encima del hombro.

—Me encanta —susurró ante la intensa mirada del chico.

El castaño se dio la vuelta con lentitud hasta quedar de nuevo cara a cara con Alyn. Posó una mano en su mejilla y la acarició con el pulgar. Sus ojos estaban conectados y la intensidad desbordaba de ambos.

—Y a mí me encantas tú —fue lo último que sentenció antes de inclinarse para besarla.

Fue un beso lento, pero profundo, donde sus lenguas no tardaron en encontrarse y fundirse la una junto a la otra. Las pulsaciones de ambos se aceleraron con rapidez y el cuerpo de Newen se dejaba caer sobre el de Alyn, que retrocedía.

La espalda de la chica chocó contra el sofá, quedando completamente tumbada sobre este. El chico dejó que se acomodara antes de estirarse encima de ella, sin dejar completamente su peso. Los besos se volvieron más necesitados y pasionales. Las manos del ojiverde se encontraron en la cintura de la castaña y las de ella revolvían el cabello de Newen.

A Alyn se le escapó un jadeo cuando le mordió el labio inferior. Sin saber de dónde salía el ardor interior que la impulsaba a querer más, enredó sus piernas en la cintura del castaño. Tiró de él para acercarlo y lo sintió, sintió su excitación contra su muslo.

—Alyn, cariño… —Fue la primera vez que la nombraba de esa forma, pero ambos estaban muy ocupados como para darse cuenta de ese pequeño detalle. Newen se separó lo justo para mirarla a los ojos—. ¿Quieres seguir?

Para él era importante, tanto el hecho de lo que estaba a punto de ocurrir como que ella estuviera completamente segura de ello. No quería que se precipitaran y, mucho menos, que se arrepintiera al día siguiente. Pero ella asintió con un movimiento de cabeza.

—Pues vamos a la habitación.

Antes de que la chica completara el intento de salir de debajo de su cuerpo, él ya la tomaba entre sus brazos, como un koala. Volvió a besarla, esta vez teniendo que inclinar la cabeza hacia atrás, mientras se dirigía a su habitación.

Cerró la puerta con el pie antes de apresarla contra ella y apretar sus caderas en su pelvis. Alyn gimió al sentirlo de nuevo, causando que sus labios se despegaran y dejara acceso a su cuello. Newen la besó en esa zona mientras la escuchaba jadear.

—Joder… —murmuró la chica, provocándole una sonrisa al chico.

La separó de la puerta para dejarla con suavidad sobre la cama, siguiéndola hasta posarse sobre ella. Los besos aumentaron y con ellos la excitación.

—Creo que estoy en desventaja —murmuró el chico sobre sus labios al sentir los dedos de Alyn acariciándole todo el abdomen, volviéndolo loco.

—Eres libre de ponernos en igualdad de condiciones —le respondió, dejando de lado el control.

El castaño se tomó en serio sus palabras y en menos de dos segundos el jersey de Alyn se encontraba en el suelo, dejando a la vista el sujetador negro. Le pidió permiso con la mirada y esta asintió.

Las manos de este se colaron tras su espalda y deshicieron el enganche del sujetador. Con delicadeza y tratando de acariciar cada

tramo de piel, la despojó de él. Ante sus ojos aparecieron los pechos de Alyn, ni grandes ni pequeños, firmes y, claramente, excitados.

Los besos del castaño descendieron por su cuello hasta llegar a uno de sus pechos, el cual besó y mordisqueó con suavidad. La reacción de Alyn fue gemir y arquearse. Eso causó que Newen se atreviera a masajear el otro con su mano, al tiempo que seguía atendiendo el primero con sus labios.

—¿Te gusta? —le preguntó, jadeante.

Ella estaba tan nublada por la lujuria que no pudo responder. Hacía tanto tiempo que nadie la tocaba de esa manera que el simple roce le quitaba el habla. Pero el chico necesitaba una respuesta.

—Alyn —la llamó, volviendo a poner su rostro delante de ella—. Quiero saber qué te gusta y que no. Dime, ¿esto te gusta? —Ella asintió con la cabeza antes de besarlo.

El calzado desapareció poco después y con ello los pantalones de la chica, dejándola únicamente en sus bragas. Aunque no por mucho tiempo. Tras volver a darle el consumimiento, Newen se deshizo de ellas. Alyn se sintió expuesta y sus mejillas se tiñeron de carmesí. El castaño lo notó y la besó.

Al tiempo que sus besos se intensificaban, la mano de Newen fue descendiendo hasta alcanzar aquella zona íntima. Su primer contacto fue una simple caricia, pero logró sacarle un jadeo sobre su boca. Esa reacción lo excitó de sobre manera y se atrevió a llevar sus dedos hacia su nudo de nervios.

—Newen… sigue… —murmuró entre jadeos, acotando la petición anterior de decirle lo que le agradaba y lo que no.

El movimiento de sus dedos disminuyó al tiempo que Newen bajaba el rostro hasta sus pechos. Atrapó el otro con sus labios justo en el momento en que uno de sus dedos se adentró en la entrada de Alyn. Un gemido abandonó la garganta de la chica, inundando la estancia. Y el castaño aprovechó para meter un segundo.

Dos dedos entraba y salían con fuerza, mientras que el pulgar se encargaba de acariciar el clítoris; y sus labios besaban sin cesar sus pechos. La excitación era tanta que la estaba llevando al límite. Él disfrutaba de escucharla y sentirla, hasta el punto de que estaba

perdiendo el control. Nunca se había sentido así de excitado con nadie y ella, sin darse cuenta, pensaba lo mismo.

—Newen… Newen… —jadeó su nombre cuando sintió que el clímax estaba a punto de alcanzarla.

Sus dedos se perdieron entre las hebras del cabello del chico. Este aceleró el movimiento de sus dedos hasta hacerla alcanzar la cima. Alyn soltó un gemido alto, arqueándose hacia él durante unos segundos antes de caer rendida, pero saciada, sobre el colchón.

Su pecho subía y bajaba con rapidez, y sus ojos se mantuvieron cerrados hasta que sintió como Newen le dejaba un casto beso en los labios para después deshacerse él mismo de las últimas prendas que le quedaban. La chica lo agradeció, ya que necesitaba unos segundos para recuperarse.

Cuando esta bajó la mirada y lo observó, no pudo evitar tragar saliva. No era virgen, perdió la virginidad a los dieciséis, y aunque no había estado con muchos chicos a lo largo de su vida, sabía reconocer cuando uno era dotado o no. Y Newen lo era, y tanto que lo era.

Sin poder controlarse, su mano descendió por el pecho del chico y acarició cada uno de sus abdominales antes de bajar hasta la v y desde allí continuar descendiendo hasta su miembro. Este ya se encontraba erecto y listo, por lo que comenzó a acariciarlo de arriba abajo. Newen gimió al tiempo que posaba su frente sobre la de la chica. Sintió como esta apretaba y aceleraba los movimientos. La besó para ahogar un jadeo en sus labios antes de notar como el presemen aparecía. Fue el instante en el que su mano paró la de Alyn.

Ella entendió, con solo una mirada, que había llegado el momento, que no necesitaba más preliminares. Lo besó con ternura, algo que descuadraba con la situación en la que se encontraban, pero que a Newen le llenó el pecho.

—¿Estás segura? —le preguntó tras agarrar un condón de la mesita de noche. Quería cerciorarse de que no se echaría atrás. La chica tomó su rostro con ambas manos.

—Estoy segura —aseguró con firmeza.

Esas palabras fueron lo único que necesitó antes de ponerse el preservativo y tomar su miembro con la mano para guiarlo hacia su entrada. La besó con intensidad mientras se adentraba poco a poco. Alyn gimió entre besos, sintiendo como la llenaba. No pudo evitar hacer una pequeña mueca, ya que llevaba tiempo sin hacer nada con nadie. Fue por ello que Newen se detuvo durante unos segundos, para que ella se acostumbrara.

Cuando Alyn enredó sus piernas en la cadera del chico, este comenzó a moverse, llegando más hondo. Sus caderas se ondearon hacia las de la chica, creando un choque delicioso para ambos.

—Alyn… —gimió antes de dejar un beso feroz en sus labios. Estaba a punto de alcanzar el orgasmo.

—Newen… —gimió, aunque fue más un pequeño grito, al sentir como uno de los dedos de este comenzaba a acariciarle, de nuevo, el clítoris.

Un par de minutos después, llenos de roces, besos e intensas embestidas, ambos alcanzaron el orgasmo, apretándose contra el otro. Sus gemidos lo llenaron todo antes de derrumbarse sobre el colchón.

Newen inspiró hondo y retuvo el aire en sus pulmones por unos instantes antes de soltarlo todo en una profunda expiración. Apretó los ojos y giró la cabeza hacia el otro lado, aún boca abajo y abrazando la almohada. Al abrirlos esperaba hallarse con el precioso rostro de Alyn, pero solo se encontró un hueco vacío.

Sin embargo, sintió un peso en su espalda baja y frunció el ceño antes de intentar mirar por encima de su hombro, pero no lo logró, ya que una mano lo tumbó de nuevo.

—No te muevas —le ordenó la chica.

—¿Qué haces? —le preguntó, confuso, antes de captar un olor extraño para ser su habitación, pero familiar—. ¿Eso que huelo es pintura?

—Ahá —respondió con simpleza antes de inclinarse y aparecer en el campo visual de Newen—. Buenos días.

—Buenos días —le devolvió el saludo, desconcertado. Alyn le dio un suave y tierno beso, con una sonrisa, antes de volver a su tarea.

—Me he despertado y te he visto tan a gusto —le explicó mientras tomaba un poco de pintura con el pincel—. Entonces me he puesto a acariciarte la espalda y me he dado cuenta de que sería precioso pintarte.

—Así que me has robado material del estudio y te has sentado sobre mí para pintarme la espalda.

—Efectivamente —afirmó, orgullosa. Newen intentó mirarla, incorporándose levemente, pero ella volvió a colocarlo en su lugar—. No te muevas —repitió con autoridad—. Vas a hacer que salga mal. Solo relájate y deja que termine.

Al escuchar la ilusión y emoción que teñía el tono de Alyn, este obedeció con una amplia sonrisa y volvió a acomodarse tranquilamente en la almohada, dejando que ella le acariciara con el pincel. Fueron unos diez minutos llenos de pinceladas delicadas y seguras, de murmullos por parte de la castaña y suspiros cómodos por parte de él.

Alyn estaba disfrutando. Estaba adorando su cuerpo, su piel y el arte que estaba plasmando sobre él. Por ello, al terminar dejó un tierno beso sobre el hombro del chico y sonrió ampliamente al ver su obra.

—Ya está —le informó.

Newen se levantó de la cama, con cuidado de no apoyar la espalda en el colchón al dar la vuelta, y, tal como vino al mundo, se acercó al espejo. Alyn no pudo evitar bajar la mirada a su miembro, ahora dormido, y recordar el encuentro de la noche anterior. Sin embargo, él no lo notó, ya que estaba observando la pintura que la chica había hecho sobre su piel. No pudo evitar sonreír antes de volverla a mirar.

—Es mi primera obra abstracta —le explicó ella. Y es que lo que había pintado no tenía una forma concreta, sino que era una mezcla de formas, trazos y colores. Y aun así, Newen la amó.

—Es mi turno —sentenció tras dejar un beso en sus labios y la giró para dejarla boca abajo en el mismo lugar que él había ocupado un minuto atrás. Ella iba a protestar, pero no la dejó—. No voy a perder la oportunidad de pintar sobre este precioso cuerpo.

Sus palabras la ruborizaron hasta el punto de dejarla muda, cosa que benefició al chico. Entonces se puso manos a la obra y empezó a escoger los colores de la maleta con pinturas que Alyn había bajado, y a mezclar las necesarias para hacer el cuadro que tenía en mente.

El roce del pincel sobre su espalda le hizo cosquillas tiernas que le robaron más de una sonrisa y suspiro. Pero a diferencia de Newen, que se mantuvo sereno, pero despierto, Alyn se quedó traspuesta ante el toque.

No fue hasta media hora después, cuando el castaño terminó la pintura, que decidió despertarla, tras sonreír al ver cómo se dormía. El chico apartó todas las pinturas, recogiéndolas, antes de sentarse a su lado y acariciarle el rostro con dulzura.

—Alyn, cariño… —susurró. Entonces, justo en ese momento, se dio cuenta de la palabra que había brotado inconscientemente de sus labios. Algo se le alteró en el estómago—. Alyn, despierta.

La chica se removió ligeramente y abrió los ojos, parpadeando, hasta que enfocó el rostro del chico. Sonrió.

—Ya he terminado —le anunció.

Abrió los ojos repentinamente despierta y emocionada. Se enrolló la sábana en el pecho y en la parte baja, dejando solo la espalda al descubierto. Teniendo más pudor que el chico anteriormente. Se acercó corriendo al espejo y se giró para ver la pintura que él había plasmado en su piel. Esta la dejó sin respiración e hipnotizada durante unos segundos. Después volvió sus ojos a Newen, que se encontraba sentado en el borde de la cama.

—Me has pintado La noche estrellada.

—Es tu cuadro favorito —dijo, como si fuera toda explicación necesaria.

A Alyn le inundaron los recuerdos, todos y cada uno que había vivido junto a ese chico hasta entonces. Esto causó que una opresión se instalara en su pecho y unas palabras intentaran escalar su garganta.

La castaña se acercó a él hasta sentarse en su regazo. Este la observó embelesado y la envolvió en sus brazos una vez se sentó

encima. Ambos se miraron con intensidad y Alyn no lo pudo contener.

—Te quiero, Newen —las palabras escaparon en un susurro.

Este se quedó estático unos segundos, analizando las dos palabras que acababa de pronunciar la chica. Algo profundo se hundió en su pecho y una voz resonó en su cabeza, advirtiéndole. Y, aunque debería haberle hecho caso, no pudo evitar contestar.

—Te quiero, Alyn.

Las comisuras de sus labios se curvaron en una amplia sonrisa, que se le contagió al chico. Sin poder retenerse, se lanzó a besarlo de nuevo y, sin importarles que la pintura se emborronara y manchara las sábanas, se entregaron de nuevo.

CAPÍTULO 26

Louis, presiento que este es el comienzo
de una hermosa amistad.
Casablanca

Llevaban diez minutos esperando a que Steve y Lorie llegaran. Kai y él habían decidido juntar a sus amigos en una cena, sin contar a Ethan y Alyn que, por supuesto, ya se conocían. Fue idea de Harriet ir a un restaurante de pizzas, a ella le encantaba aquel plato y cada vez que podía intentaba convencer a alguien para ir.

La primera en llegar fue Kai que se apresuró para salir a la hora del trabajo siendo un jueves, uno de los días fuertes. Al minuto apareció su amiga y su pareja, la rubia propuso entrar y esperar a los que faltaban dentro, por lo menos no estarían de pie y pasando frío.

—Le has dicho que hemos quedado en hora americana, ¿no? —bromeó la amiga a causa de la espera.

—El entreno terminaba a las ocho y media, deben estar a punto de llegar —excusó la morena.

—Podríamos haber quedado más tarde —sugirió.

—Pero si fuiste tú la que insistió en quedar a las nueve —intervino el novio de esta, que recibió la aprobación de su amiga.

—Sí, pero tengo derecho a quejarme también. —Ambos se miraron y dejaron ir una risa por lo bajo. Era imposible llevarle la contraria a Harriet, siempre tenía algo que decir.

Justo se abrió la puerta del restaurante y aparecieron los que faltaban, recién duchados y sonrientes. La cara de Kai se iluminó y con la mano les hizo señas a lo lejos para que los vieran. Veía a

Steve tan guapo con el cabello rubio todavía mojado, la expresión alegre y la nariz un poco roja por el frío.

—Perdón por el retraso, se nos ha complicado un poco el entreno —se disculpó el rubio mientras se sentaba al lado de la que era su… ¿algo?

—Tranquilo, ya le dije a Max que sería mejor quedar más tarde, pero él insistió que a las nueve y…

—Tendrás morro —interrumpió el pelirrojo a su novia dándole un codazo, a lo que ella respondió con otro más fuerte.

Steve no pudo evitar reírse. Aquella amiga de Kai le parecía de lo más divertida, solo habían coincidido una vez, pero su carisma era digna de recordar.

—En todo caso, yo soy Harriet —se presentó— y él es Max, mi pareja.

—Steve, encantado.

—Yo soy Lorie su…

—Sombra. Es mi sombra. —Miró con picardía a su amigo.

—Eso mismo —afirmó siguiéndole la broma.

—Y yo soy Kai, todos me conocéis.

—Bien, ahora que ya nos hemos presentado, ¿podemos pedir? Me muero de hambre —sugirió la amiga que se moría de ganas de comerse una gran pizza de jamón y queso.

Era la primera vez que Kai le presentaba alguien a sus amigos, era entre emocionante y vergonzoso a la vez, ya que no tenía ni idea de qué pensaría Steve sobre ellos, pero él se sentía igual. Lorie conocía a Emily y alguna vez coincidieron en alguna comida o fiesta, aun así tenía miedo de que la morena no lo aprobara, era su mejor amigo y no dejaría de serlo por una tercera persona. Eso lo tenía muy claro.

Una vez tuvieron las cartas encima de la mesa, el rubio se inclinó hacia Kai quedando bastante cerca, provocando el embobamiento de esta por sus ojos.

—¿Qué vas a pedir? —le preguntó en un tono dulce. Ella tardó unos segundos en reaccionar e hizo ver como si estuviera serena.

—Mmm, creo que la de piña. —Él parpadeó intentando recapacitar.

—¿Te gusta la pizza con piña?

—Sí, déjala. Se dejó las papilas gustativas en Hawái —intervino Harriet sin levantar la vista de la carta.

—Ey, pues está buenísima —se quejó Lorie que parecía estar escondido en el rincón.

—Gracias. Alguien con sentido común —dijo Kai.

Harriet y Steve intercambiaron miradas de incomprensión.

—¿Se lo dices tú o se lo digo yo? —preguntó ella con ironía.

Dejaron el tema de la pizza porque no tenía remedio, aquel toque dulce era algo que enloquecía a Kai, además de ser su fruta favorita y de recordarle a Hawái, de hecho aquel era el plato favorito de Alana. Sí, muchas veces parecía que hiciera todo lo que ella hacía, pero no era queriendo. No siempre. Al fin y al cabo, eran hermanas y había gustos que compartían.

Una vez servidos empezaron a comentar anécdotas de los partidos, lo que podía parecer muy aburrido de primeras, pero se volvieron muy divertidas gracias al sentido del humor de Lorie que no vacilaba en imitar voces y expresiones de los jugadores y del entrenador. Steve casi lloraba de la risa, pues de buena mano conocía todas aquellas referencias. Después derivaron a comentar sucesos del curso anterior en el piso que ahora pertenecía a Kai y Alyn. Dentro de lo que cabía estaba muy relajado todo aquel año, pero Harriet contó que durante primero organizó una fiesta de colchones que hicieron pasar por toboganes en el pasillo de su planta, la mayoría de estudiantes del bloque se unieron. Hasta que llegó Matthew y les cayó una buena. Finalmente, salió el tema de Emily, pero entre Harriet y Lorie se encargaron de que fuera lo más divertido posible. Steve y Kai muchas veces se miraban y pensaban: "Juntar a estos dos no ha sido buena idea". Cuando uno decía una parida, el otro la decía más grande.

—¿Steve te ha contado que le tiene manía a las duchas? —preguntó el castaño entre risas. Kai inclinó la cabeza, no conocía ese dato.

—No, a ver. No exageres. Lo que pasa es que me da manía ver suciedad o humedad en el mármol.

—Pues lo que yo he dicho. Pero tranquila, Kai, si alguna vez necesitas enganchar algo, puedes pasarlo antes por su pelo, seguro

que no se despega.

Lorie empezó a reír y Max no pudo evitar tener que dejar de tragar porque se atragantaba. Las otras dos se miraban y la morena no sabía si debía sentir vergüenza. Mientras que Steve observaba a su amigo con expresión de: "prepárate".

—¿Has terminado ya o me tengo que seguir riendo? —preguntó, sarcástico. El amigo le hizo un gesto para que siguiera, pero no podía dejar de reírse—. Todos tenemos manías, como la tuya de perfumar los calzoncillos. —El aludido lo miró y empezó a tartamudear intentando buscar una excusa, pero los demás ya estaban gritando un: ¡UOH!

—Tío, eso es privado.

—Lo sería, si no oliera el vestuario a lavanda cada vez que abres la bolsa.

Y así siguieron toda la velada, comentando y riendo hasta que salieron del local. Antes de despedirse, Max aseguró que hacía tiempo que no se lo pasaba tan bien y Harriet hizo lo mismo, aunque a ella le costaba expresarlo más. De hecho, dijeron de verse de nuevo, incluso de convertir aquella quedada como algo más usual, a lo que Max y Lorie se intercambiaron los números y lo mismo pasó con Steve.

Después la pareja se marchó por un lado y los otros tres siguieron hasta el coche.

—¿Te importa si llevamos a Lorie a su apartamento?

—Claro —respondió, Kai, con una gran sonrisa.

Una vez en el coche pusieron la radio justo en el momento en que sonaba *Sweet Child O'mine*. De nuevo, la canción favorita de su hermana. Ella se puso a cantarla flojito, como si fuera más para sus adentros que para el exterior, pero oyó que no era la única que lo hacía. El amigo de Steve también parecía conocerla, pero él no se molestaba en bajar el volumen, por lo que Kai se animó y terminaron ambos cantando la pieza.

—Si lo llego a saber pago entrada —bromeó Steve una vez se terminó. La chica le dio un leve, pero divertido golpe en el brazo.

—¿Te gusta? —preguntó esta al moreno refiriéndose a la canción.

—Claro, es mi favorita.

—¿De verdad? Qué casualidad.

—Primero la pizza, ahora la canción. ¿Queréis decirme algo? —preguntó en tono de broma el conductor.

—Sí, que por fin te buscas a alguien con buen gusto —respondió, Lorie, animado.

Tan contento estaba que no pudo evitar seguir cantando las siguientes que vinieron hasta que llegaron al destino. Lorie vivía en un conjunto de pisos compartidos de estudiantes, no era una residencia, era más bien una comunidad de vecinos, más parecido a una fraternidad pero sin llegar a tanto. Los tres salieron del coche para despedirse, ellos con un saludo que mantenían desde pequeños y que no se habían molestado en modificar porque les traía demasiados buenos recuerdos. Kai, en cambio, se acercó para abrazarle con fuerza. Se lo había pasado tan bien aquella noche y en parte era gracias a su sentido del humor. Le gustaba, parecía que quería mucho a Steve y su amistad era realmente fuerte. "Ojalá nunca se separen", pensó.

Una vez estuvieron solos de nuevo en el interior del coche, Steve pudo por fin dejar ir un pequeño acto de cariño hacia ella. No es que delante de los demás no pudiera, pero no era tan íntimo y tampoco habían establecido nada serio como para darse muestras de afecto en público, así que depositó un tierno beso en sus labios mientras acariciaba su mejilla.

—¿Te lo has pasado bien? —susurró él.

—Mucho, ¿y tú?

—Igual.

Ambos sonrieron y volvieron a besarse de nuevo. Estaban creando una atmósfera muy cálida que se dejaba sentir en sus pechos como si estuviera floreciendo un jardín. Antes de poner el coche en marcha, Steve preguntó:

—¿Te llevo a la residencia?

Kai no supo que responder al principio, porque no entendió del todo la pregunta. ¿Dónde sino la llevaría? Pero luego cayó en la posibilidad de que se refiriera a pasar más tiempo juntos.

—¿Dónde quieres ir?

—Podríamos dar un paseo, solos. O quizás… bueno... mejor... mejor no.

—Di. —El rubio inspiró porque no quería presionarla a nada.

—Si quieres podrías pasar la noche en mi apartamento, pero entiendo que no quieras y que sea repentino. No quiero que te sientas forzada.

Ella se quedó pensativa unos instantes. No era la primera vez que Steve le proponía pasar la noche, aquella vez después de enterarse de lo de Emily ya se lo dijo, pero ahora era un poco diferente. En aquel momento eran amigos, o quizás ni eso, pero ahora eran algo más y eso podía significar un antes y un después en su relación y en sus vidas. ¿Quería ella eso? ¿Lo hubiera querido su hermana?

Tenía que arriesgarse.

—Tienes suerte de que mañana no tenga clase —anunció, esbozando una sonrisa. Steve se lo tomó como un "Sí" y no tardó en arrancar el coche.

No sabían qué pasaría aquella noche, pero si no lo intentaban se arrepentirían, eso lo tenían claro.

CAPÍTULO 27

Cualquiera puede ponerse furioso… eso es fácil.
Pero estar furioso con la persona correcta, en la intensidad correcta, en el momento correcto, por el motivo correcto, y de la forma correcta… eso no es fácil.
Aristóteles

Eran las nueve y media de la mañana cuando Alyn traspasaba la puerta del apartamento de la residencia. Entró sin molestarse en ser silenciosa, ya que intuyó que Kai se encontraría en clase.

Llevaba la misma ropa que dos días atrás, aquella que escogió al tuntún tras el impulso que le invadió y que terminó con su presencia en casa de Newen. Aunque en vez de su jersey tenía una sudadera del chico. Este se la había prestado porque se había manchado el jersey esa misma mañana con el desayuno.

Se adentró en su habitación, dejó la chaqueta sobre la silla del escritorio y el jersey sucio en el pequeño cesto para la lavandería. Después se tiró sobre el colchón e hizo que su mente volviera a divagar con el tema que rondaba por su cabeza desde que había abandonado el apartamento de Newen.

Había solucionado las cosas con él después de aquella desastrosa comida. Era consciente de que eso ya había transcurrido, al menos entre ellos, pero se dio cuenta de que, aunque había pedido disculpas, nunca llegó a corregir su error ante sus padres. Y sintió que ya era hora.

Buscó el teléfono por toda su habitación, además de en la cocina y en el baño. Tras no encontrarlo, supuso que estaba en la habitación

de Kai. Sabía que no estaba bien entrar en ella sin el permiso de la chica, pero necesitaba hacer una llamada.

Al abrir la puerta se quedó estática en su lugar. Sobre el colchón, boca abajo y moviendo sus pies en el aire, se hallaba Kai entre papeles. Esta alzó la vista y sonrió al verla.

—Buenos días —saludó la chica con alegría.

—Buenos días —repitió la castaña, frunciendo el ceño—. ¿No deberías estar en clase?

—Lo mismo digo —respondió. La sonrisa de la ojigris se trasformó en una expresión traviesa—. O mejor dicho: ¿No deberías haber vuelto ayer por la mañana?

Alyn agrandó los ojos y sintió como sus mejillas se teñían de rojo. Sabía que su compañera le echaría en falta y que intuiría que había estado junto a su mejor amigo durante las dos noches –la del tatuaje y la siguiente–, pero no pensó que se lo comentaría. Aunque debería haberlo intuido, ya que cada vez conocía más a la chica.

—¿Tienes el teléfono? —esquivo la pregunta con otra, causando una risa en Kai. Esta asintió antes de alcanzar el aparato y tendérselo—. Gracias.

Se dio la vuelta para salir y volver a su habitación, y, aunque fue rápida, no se libró de escuchar el último comentario de su compañera, aunque esa fue la intención deseada.

—Hueles a Ethan y no por su sudadera.

Oyó la risa de la pelo azabache antes de cerrar su propia puerta con la cara completamente roja.

Se sentó en la silla y llamó. Por suerte, aunque muy poca, fue su madre la que contestó. Intentó ser breve y solo informarla de que al día siguiente por la mañana, aprovechando que era sábado, se pasaría para hablar con ambos.

Tras unos minutos intensos de indirectas por parte de la adulta, colgó. Dejó el teléfono en el escritorio y se pasó las manos por la cara. Sabía la que le esperaba al día siguiente y solo de pensarlo se estresaba.

Como si hubiese sentido su mal estado desde la distancia, una llamada entró en el aparato para animarla. Nada más escuchar su voz, Alyn no pudo evitar una sonrisa.

—Hola, mi pequeña Evo.

—Hola, abu.

—¿Cómo estás? —El último informe que había recibido de su nieta era que el drama con el muchacho había acabado, pero de eso había pasado un tiempo, para ella, largo.

—Bien, supongo —respondió, sin sonar para nada convincente.

—Explícame, anda.

—Mañana voy a corregir todo el error que tuve sobre Ethan, el día de la comida, con mis padres —confesó con nerviosismo, al tiempo que jugaba con una goma que se encontraba en la mesa con su mano libre.

—Ya lo solucionaste con Ethien, ¿no?

—Sí, abu, ya te dije que está solucionado —contestó aguantando la risa por el apodo que ya se había acostumbrado a decir en sus dos últimas llamadas—. *Es más… Bueno… No sé cómo decir…*

—Que es tu noviete.

—Primero, no se dice noviete —enumeró, haciendo una mueca de desagrado y lanzó la goma para encestarla en uno de sus porta-lápices—. *Y segundo, no lo hemos definido.*

—Ay, la juventud de hoy en día y sus cosas raras, yendo a su bola.

—No es que vayamos a nuestra bola, es que no lo hemos hablado.

—Lo mismo es.

—Ay, abuela. —Negó con la cabeza, pero con una sonrisa—. *Bueno, la cuestión es que mañana tengo que ir a hablar con mis padres y… creo que voy a decirles algo más, aparte de lo de Ethan* —sus nervios hicieron que su voz temblara.

La conversación se alargó en cuanto se pusieron a hablar de todo ello que tendría que comentar la joven con sus progenitores al día siguiente. Su abuela la escuchó con atención y le apoyó en cada una de sus decisiones, incluso sin haberlas realizado aún.

—Cariño, cuentas con toda mi ayuda. Siempre voy a estar para ti, apoyándote —le prometió.

—Gracias.

—Te quiero, mi niña, mi Evo —le dijo con todo el cariño.

—Yo también te quiero, abu.

Alyn sabía que todo se torcería desde el momento en que puso un pie en la casa de sus padres. Comenzando por el hecho de que su madre había recibido una llamada urgente del bufete y debía ausentarse, dejándola completamente sola ante la presencia de su padre. Era consciente de que lidiar con los dos era malo, pero pensaba que era peor solo con el hombre.

Todo empeoró cuando este pidió a su hermana pequeña que los dejara a solas. Lena miró a Alyn con una mueca antes de obedecer, pero esta supo que estaría cerca, escuchando. Quería enterarse de lo que ocurriría.

—¿Y bien? —preguntó su padre acomodándose en su sillón habitual.

La castaña se mantenía de pie en medio del salón mientras él estaba sentado y con la mirada fija en unos papeles, que ella supuso que eran del trabajo. Era un adicto, al igual que su madre.

—Venía a… Bueno, yo quería… hablaros… hablarte… —tartamudeó, jugando con sus manos.

—Alyn, hija, no estoy como para perder el tiempo —se impacientó, empeorando la situación de la joven.

—Quería hablarte sobre Ethan —logró murmurar.

—¿Ethan? ¿Quién es Ethan? —cuestionó sin molestarse en mirarla. Esas simples preguntas le causaron dolor a la castaña, pero respiró hondo y le restó importancia, aunque para ella la tuviera.

—Es… Em… El chico que traje a la comida la última vez.

—Oh, el futuro médico. —Alyn hizo una mueca con los labios.

—Ya… Sobre eso mismo quería hablarte.

—Si vienes a pedirme que hable con algunos de mis amigos médicos para que le ofrezca un puesto, vete olvidando —soltó con desdén. La chica no supo qué le molestó más, si el tono o el hecho que en el caso de que fuera así, que lo que él pensara fuera cierto, no movería ni un dedo por una persona que es importante para su hija.

—No, no —respondió—. Es que…

"Venga, Alyn, como las tiritas", se motivó, mentalmente.

—No estudia medicina —lanzó. Su padre no respondió, pero pudo ver como dejaba de mover las hojas en sus manos—. Es… estu…

estudia arte —susurró.

—¿Perdón? —reaccionó, el hombre, y levantó la mirada clavándola directamente en su hija, que retrocedió de manera imperceptible—. ¿Me estás diciendo que nos mintió?

—En realidad fui yo, él no quería y…

—Agh, de verdad que no sé qué clase de hija tengo —gruñó, interrumpiéndola. Dejó los papeles a un lado y apoyó sus manos en sus rodillas, dirigiéndose a ella con enfado—. Vienes aquí y te traes a ese pintamonas, y encima nos mientes sobre él.

Alyn quiso corregirlo y decirle que fue su madre quien la obligó a traerlo, pero supo que eso no aportaría nada bueno a la conversación, así que decidió atesorar ese dato y el dolor que le causó el apodo hacia el chico, antes de continuar.

—Yo no…

—¿En qué más nos mentiste?

—Pues… yo… en… —dudó.

—Alyn —le advirtió. En su mirada pudo ver mil emociones, desde el desprecio (hacia ella y hacia Ethan) hasta el enfado, pasando por la decepción.

—Su padre es profesor —tragó saliva intentando deshacer el nudo de su garganta, sin éxito—, pero en un colegio, no en una universidad. —Edward hizo una mueca—. Y su madre puede que sepa de antigüedades, pero en su tienda, no es tasadora.

—¿Algo más? —la presionó, poniéndose en pie y cruzándose de brazos.

—Sí. —El hombre bufó—. Em… Ethan, su madre y su hermana —era consciente de que era un tema delicado, sobre todo para el chico, pero no iba a echarse atrás y ocultar algo que él amaba y de lo que ella no se avergonzaba— no nacieron en Brooklyn, sino en Alaska y…

—Suficiente.

—Pero, papá… —No la dejó terminar.

—Cállate —le ordenó bruscamente. Vio como su padre pensaba durante unos segundos antes de darse la vuelta, hacia sus papeles y sentenciar—: Aléjate.

—¿Qué?

—No quiero que mi hija esté cerca de alguien como él —explicó de forma contundente, sin mirarla.

—Papá… —fue a rebatirle, completamente en desacuerdo con lo que acababa de decir. No era justo.

—He dicho que te alejes y te alejaras —dijo, autoritariamente, girándose en su dirección—. Es una mala influencia para ti. No quiero que ese artista de tres al cuarto te meta ideas tontas y te haga malgastar tu tiempo, y mi dinero, torciéndote. —Alyn lo miraba, perpleja, sin creerse lo que ese hombre estaba diciendo.

—¿Qué dices?

—No piensas volver a verlo —concluyó, cruzándose de brazos y con la mirada seria en ella.

—No puedes hacer eso —saltó, angustiada.

—Y tanto que puedo, soy tu padre.

—Pero es mi… —comenzó a decir, pero se cortó a ella misma cuando supo que lo que iba a decir, además de no ser del todo cierto al no estar definido, tampoco ayudaría en nada; al contrario, empeoraría la situación.

—¿Tu qué? Termina la frase, Alyn Evolet —le exigió, pero ella no respondió. Se encogió en sí misma y con eso se delató ante los ojos del adulto—. ¿No te habrás involucrado con él?

—Papá…

—Lo que me faltaba —gruñó, antes de acercarse un paso—. Te prohíbo que lo vuelvas a ver —le ordenó, al tiempo que le señalaba con el indice, advirtiéndola.

—¡No me puedes prohibir eso! —saltó a la defensiva. No toleraría que eso ocurriera.

—Puedo y lo he hecho. —Se acercó otro paso, quedando su dedo peligrosamente cerca de la chica. Eso y su mirada enfurecida, la asustaron—. Como me entere de que vuelves a estar a menos de un kilómetro o que te has comunicado con ese chico, ve despidiéndote de la carrera.

—No me importa la carrera —escupió—. Es más, voy a dejarla.

Ese era el otro tema que debía comentar con ellos, aquel que su abuela aprobó entre gritos de alegría y felicitaciones. Al fin, su nieta iba a conducir su vida, no a dejarse manejar. Sin embargo, no fue

una buena manera de abordarlo, pero ya no había manera de frenar a Alyn. Estaba llena de ira.

—¿Qué has dicho?

—Que la dejo —recalcó—. Estoy harta de que tenga que hacer todo lo que tú y mamá queréis. Yo nunca he deseado estudiar arquitectura, ni siquiera se me había pasado por la cabeza hasta que vosotros lo propusisteis.

—No quisiste ni derecho, ni empresariales —comentó, dando un paso atrás para observarla bien—, que hubieses…

—Arte.

La bomba detonó.

—¿Arte? —cuestionó entre dientes, sintiendo como la furia corría por sus venas—. Definitivamente, te has dejado lavar la cabeza por ese chico pobre.

—No, eso no es cierto. Sabes perfectamente que a mí me encantaba dibujar y pintar. O al menos lo hacía hasta que me lo prohibiste, como un montón de cosas más —reprochó con rencor—. ¡Me lo robasteis!

—Alyn, vigila el tono… —la amenazó.

—¡NO! —explotó, sintiendo como todo lo acumulado, todo lo callado durante años, salía a la luz—. ¡Estoy harta! Harta de dejar que me digáis todo lo que puedo y no puedo hacer, todo lo que puedo y no puedo decir; y, sobre todo, todo lo que puedo y no puedo pensar. No soy tu puta marioneta. Ni tuya, ni la de mamá. No soy una copia vuestra que podéis moldear como os dé la gana, como habéis hecho siempre. —Entonces pensó en todas las conversaciones con su abuela—. Estaba ciega al pensar que si me habíais dejado hacer otra cosa que no fuera derecho o empresariales era porque os importaba lo que yo opinara. Pero no, porque movisteis los hilos para que hiciera lo que…

El golpe de la mano de Edward en la mejilla de Alyn cortó sus palabras, dejándola con el rostro girado hacia la derecha y una expresión de perplejidad. Nunca, en su vida, ninguno de sus padres le había puesto una mano encima, ni a Lena tampoco. Hasta ahora.

—Como vuelvas a alzarme la voz, eso será una simple caricia. ¡¿Está claro?! —Alyn volvió el rostro para mirarlo, mientras su mano

se posaba en el lado dolorido de su cara—. Escúchame bien, Alyn Evolet Stewart. No pienso dejar que tires por la borda todo lo que tu madre y yo hemos construido para ti, años de esfuerzo. Y, mucho menos, que malgastes tu vida dejando la carrera para estudiar una mierda sin futuro. —Pequeñas, pero dolorosas astillas se iban clavando en el pecho de la chica—. ¿Qué ejemplo es ese para tu hermana? ¿Quieres que siga tus pasos y acabe en la miseria, como te espera a ti?

"Lena", pensó, alarmada. "Seguro que ha escuchado todo", añadió.

—Ese Ethan te ha lavado el cerebro —repitió, causando que la chica hirviera por dentro. Intentó contraatacar, pero no se lo permitió—. No quiero saber nada. Que te quede una cosa clara —volvió a acercarse, amenazante—, soy tu padre y mando yo. Si quieres rebelarte y dejar la carrera hazlo, pero entonces no verás ni un duro más de nuestra parte. No tendrás dinero para estudiar y tampoco serás bienvenida en esta casa, y mucho menos lugar donde dormir fuera de aquí con nuestro soporte.

—Eres despreciable —le escupió entre dientes. La venda de sus ojos había terminado de caer.

—Esa lengua o…

—Están llamando —intervino Lena, aprovechando que el teléfono llevaba sonando varios segundos y nadie respondía.

Observó la cercanía y las miradas de odio que se estaban dirigiendo su padre y su hermana, además de la mano de ella sobre la parte enrojecida de su rostro. Lo había escuchado todo y se sentía impotente por no poder hacer nada, por no poder ayudarla. Pero sabía que aunque pudiera, su hermana no la dejaría, porque prefería pagar ella misma a dejar que sufriera algo. Lena también terminó de comprenderlo.

—No puedo creer que no haya visto antes como erais realmente —susurró, esperando que su hermana pequeña, que murmuraba cosas al teléfono, no la escuchara.

—Me da igual lo que opine una niña estúpida e impulsiva como tú —respondió el hombre, hiriéndola.

—¡¿Qué?! —preguntó, Lena, al aparato, alzándose la voz entre ellos.

Tras eso un golpe resonó por toda la estancia. Padre e hija se giraron en su dirección y observaron como la joven miraba un punto lejano, absorta, y como el teléfono estaba en el suelo. Había resbalado de su mano.

—Lena, compórtate y recoge el maldito teléfono ahora mismo —le ordenó su padre. Pero Alyn la observó con más atención, dejando de lado su enfado y preocupándose por su reacción.

—¿Lena? —murmuró, Alyn. Esta alzó la mirada hacia ella con los ojos bañados en lágrimas que comenzaron a descender. Sus labios se abrieron para hablar y…

CAPÍTULO 28

Waterloo.
I was defeated, you won the war.
Waterloo.
Promise to love you forever more.
Waterloo. ABBA

Llevaban besándose desde el aparcamiento, teniendo que separarse para realizar acciones tales como abrir la puerta del apartamento. Steve sabía muy bien qué estaba pasando, sentía aquella necesidad insana de hacerla suya fuera dónde fuera. En cambio, para Kai era distinto, le excitaba sentir aquel pellizco de descontrol, pero a la vez no sabía muy bien lo que estaba haciendo, no lo relacionaba con el sexo. Una vez estuvieron dentro, fueron pasando como dos peonzas de una pared a otra del recibidor hasta llegar al comedor, dejando por el camino sus bolsas, chaquetas y bufandas. El rubio sujetaba su cara entre sus manos para poder llenarla a besos mejor, mientras que ella no sabía exactamente dónde colocar las manos, por lo que iban de la cintura al pecho y del pecho al cuello. Por un momento, ambos se coordinaron para separarse y contemplar sus expresiones de placer, a lo que Kai respondió mordiéndose el lateral del labio inferior, algo que enloqueció a Steve, volviendo a cerrar la distancia entre ellos. Pero él sabía que debía estar seguro de que la noche terminaría como parecía ser, no quería presionarla, ni arriesgarse a abrir la puerta de un extremo en el que luego no iba a entrar.

Volvió a dejar sus labios a un centímetro apoyando su frente con la de ella.

—Si seguimos ahora, no sé si podré parar. —Se rieron los dos—. Quiero que estés segura de esto. Si no te ves preparada será mejor que lo dejemos aquí.

Kai no respondió al instante, tenía que reflexionar bien la propuesta y de forma rápida. Si por ella fuera diría que "SÍ" al momento, pero tenía que analizar que todo estaba correcto, que era como debía ser. Aunque, realmente, tan solo hacía falta una cosa y ella estaba convencida de que Steve era la persona correcta, quizás no la definitiva, pero sí la correcta.

—Quiero, pero con una condición. Necesito que suene ABBA de fondo.

El chico primero levantó la ceja, para luego entender a qué se debía, al parecer su hermana también iba a tener algo que ver con su primera vez. No es que le importase, aunque sabía que algún día debería hablar con ella sobre eso, pero aquella era su noche, por lo que respondió con una sonrisa de afecto.

—No sé si tengo algún cassette de ABBA.

—Yo sí —respondió bajando la mirada y escondiendo el rojo de sus mejillas por la vergüenza.

—Vaya, vaya, sí que vas preparada —carcajeó. Entonces se apartó y fue en busca de su bolso que se había quedado en el suelo de la entrada.

Era un poco loco llevar un cassette de ABBA siempre encima, pero desde que lo suyo con Steve empezó debía ser previsora, nunca se sabía cuándo podía ocurrir y más teniendo en cuenta la pasión que corría entre ellos.

—Toma.

—Estás loca —musitó depositándole un fugaz beso en los labios.

Una vez la música estuvo puesta y, empezando por *Waterloo*, Steve volvió hacia ella para asegurarse de que aquel era el día. Con solo una mirada suya llena de brillo supo que sí. Sonrió. Acto seguido hizo fuerza para poder subirla, consiguiendo que se quedara abrazada a él como si fuera un koala, así podía tenerla a su altura y admirarla mejor, porque aquello era lo que a Steve más le atraía de ella. Su admiración. Pudo haberse quedado horas observando todos sus movimientos, pero también podía besarla y tenerla para él, algo

que deseaba desde hacía tiempo, pero no lo sabía por aquel entonces.

Se sentó en el sofá, quedando ella encima de él. La música no estaba mal, nunca se planteó tener a ABBA de fondo, pero no le desagradaba, eran canciones bastante íntimas. Pocos detalles más hubo antes de que Kai empezara a juguetear con el borde de la camiseta de él como símbolo inconsciente de que se la quitara. Steve lo entendió, en menos de un segundo su torso estaba descubierto y ella tuvo que ahogar un grito de exaltación, porque le encantaba. Estaba musculado, pero no de forma exagerada, lo suficiente como para sentirse protegida si le abrazaba. Por mucho que quisiera no podía apartar las manos de allí y a su vez sentía que era el momento de que ella se mostrara también. Poco a poco fue desabrochando la camisa que llevaba, lo hizo lentamente, pues vio que el rubio estaba embriagado mirando la escena.

Se la había imaginado muchas veces sin ropa, de hecho había soñado hasta con eso, pero ninguna de aquellas veces igualaba a lo que estaba viendo en persona. Le encantaba, era preciosa. Quizás para otro no, pero para él lo era. Tenía la piel tan blanca y suave que parecía estar tocando harina, su vientre plano y delicado, y los pechos bien firmes. Nada que envidiarle a ninguna de las chicas que habían ido antes que ella, de hecho, la prefería ante todas. Poco a poco deslizó la lengua por su cuello, siguiendo un camino de besos hasta llegar a la clavícula, yendo directamente al principio de su pecho.

—¿Puedo? —murmuró. Ella asintió decidida y no vaciló en desabrocharle el sujetador, dejando a la vista algo que sería su perdición.

Tuvo que hacer miles de esfuerzos para no dejarse ir y saltarse el protocolo, pues ya no solo era sentirse hambriento de más, también era el oír la respiración agitada de Kai que parecía estar abandonando su cuerpo. Después de investigar bien ambos pechos, no pudo esperar más y cambió la posición haciéndola girar noventa grados. Se quedó él estirado encima, bajando por todo el cuerpo con fuertes besos, pero antes de seguir explorando volvió a juntar sus bocas e hizo un poco de presión entre sus zonas íntimas para

asegurarse de que le correspondía. Kai notó como algo duro se ponía en su entrepierna, algo que no había visto ni tocado nunca, pero que le provocaba una especie de éxtasis y miedo a la vez. Porque, como siempre le habían dicho, le dolería.

Aun así, lo quería, si era de Steve lo aceptaría por muy doloroso que fuera. Al fin y al cabo, es algo que tenía que pasar.

—Cariño… —murmuró él. Era la primera vez que decía eso, pero le salió sin pensar, algo que a la morena le provocó un vuelco en toda su alma. Quería inmortalizar aquel momento para toda su vida—. Voy a bajar. Así que si en algún momento te duele o te sientes incómoda, dímelo, por favor. No haré nada que tú no quieras que haga.

Volvió de nuevo a reseguir su cuerpo con los labios, hasta pararse frente al botón del tejano que no dudó en desabrochar. Aunque su mente le dijera lo contrario, prefirió desvestirla lentamente para no ponerla más nerviosa. Notó un poco de temblor en sus piernas y sintió el deber de tranquilizarla con caricias y besos.

—No pasa nada. Procuraré no hacerte daño —le susurraba en los labios mientras empezaba a acariciar la zona suavemente—. Ves, no duele.

Era su primera vez y sabía que sería difícil de franquear, pero con paciencia y delicadeza podría conseguirlo. Tampoco le importaba pasarse toda la noche intentándolo, al contrario, lo deseaba.

Siguió haciendo círculos por la parte inferior de su sexo, pero estaba muy seca, por lo que se vio con necesidad de bajar y humedecer la zona. Al principio fue muy raro para ella, pero apenas un minuto después empezó a sentir una inmensa calor apoderándose de su cuerpo, provocando que a cada movimiento de lengua le viniera un espasmo seguido de un pequeño gruñido de placer que, para Steve, fue más que suficiente para seguir más decidido. Así hasta sentir que estaba lo suficiente húmedo como para que él volviera de nuevo a centrarse en sus labios y su mano siguiera con el resto. Ahora sí que sentía cómo empezaba a retorcerse de placer. Quería besarla cada vez que se mordía el labio o que lo miraba con expresión de súplica para que fuera a más, pero él no podía apartar la mirada. Era como cuando oía un recital de

piano, podía morirse en aquel mismo instante porque ya se sentía completamente lleno.

—Eres espectacular —soltó sin pensar en aquel momento.

Volvió a sentir ese vuelco de nuevo, que era como si fuera a derretirse como un helado en verano. Pero aquella sensación de necesitar más la desconcertaba, era extraña. No quería que parara, pero a la vez deseaba que lo hiciera para que le enseñara otra cosa. Steve bajó la intensidad poco a poco, dejándola solo con la respiración agitada y depositándole un largo beso en los labios antes de cogerla de nuevo en brazos para llevarla a su cama. Después de eso desapareció un momento para ir a buscar el reproductor de música que todavía sonaba. Cuando regresó con él, Kai no pudo evitar reírse.

—Si la princesa quiere música, tendrá música.

Lo conectó de nuevo y volvió a sonar, pero ahora fue la melodía de *Our Last Summer* la que invadió la habitación. Después se bajó los pantalones y seguidamente el bóxer, dejando ahora libre toda su parte que asustó un poco a la chica, pues para ser la primera vez que veía algo así creía que era bastante grande.

De nuevo se puso encima de suyo y mientras con la derecha le acariciaba el pelo y la mejilla, con la izquierda abría el cajón de la mesita de noche para sacar la protección.

—Es posible que te duela, es tu primera vez.

—Lo sé. —Tragó saliva.

—Aún estás a tiempo de echarte atrás.

Ni loca se negaría ahora. Le tenía miedo, sí, mucho, pero era su momento y llevaba deseándolo mucho tiempo.

—Hazlo.

Solo le hizo falta aquella respuesta para convencerse de que estaba a punto de ocurrir. Se puso el condón rápidamente y se colocó preparado para entrar. Nunca había desvirgado a nadie, era así de cierto, tampoco sabía muy bien qué hacer, pero intentó recordar cómo se sintió él en su primera vez, aunque para nada tenía que ver. Le agarró la mano y presionó sus labios contra los suyos, mientras que con la otra se colocaba bien el miembro y apretaba sus caderas. Estaba bastante estrecho, lo cual era de esperar, pero aquella

sensación le provocaba más placer que no de la otra forma, era como si pudiera sentirlo mejor y eso le excitaba. Kai hizo una mueca de dolor, pero no emitió ningún ruido, nada. Porque debía concienciarse de ello y además le gustaba. Steve lo estaba haciendo perfecto. Empujó un poco más y notó como ya empezaba a abrirse, pero a su vez empezaba la sequedad y con la mano de ayuda volvió a estimular su clítoris al mismo tiempo que penetraba un poco más. Volvió de nuevo la expresión de placer a su rostro y le animó para seguir, quedando poco para que entrara entera.

—Ya casi está —susurró.

—¿Aún no estaba? —preguntó con una mezcla de confusión, placer y miedo. Él volvió a reírse, era tan inocente a veces.

—No, cariño. —La besó de nuevo y se vio preparado para dar la última embestida. Así que cogió aire e hizo un rápido movimiento de cadera hasta que sintió como había llegado a lo más profundo de ella, quedándose sin aire por unos segundos—. Ahora sí —emitió un gruñido ahogado.

De allí en adelante ya no pudo parar. Kai había abandonado el dolor por el placer absoluto y apenas quedaba un ápice de miedo o temblor en su cuerpo. Era el descontrol en estado puro, porque quería que fuera más rápido, pero a la vez que no terminara nunca, y a él le pasaba igual.

Inhalaban.

Exhalaban.

Resoplaban.

Se besaban.

Así estuvieron un buen rato hasta que Steve notó como la humedad de ella empezaba a invadir la cama. Había leído que era algo que no solía pasar si era la primera vez, por lo que se sintió orgulloso de haberlo conseguido. Sonrió y la besó de la forma más pasional, pero a la vez romántica, que su excitación le permitía hacer. Fue cuando ella gimió en su boca que se vio perdido y sin otra salida que dejarlo ir, porque no podía retenerse más, había aguantado demasiado. Aceleró el ritmo hasta que llegó a su éxtasis, manteniéndose unos instantes más dentro de ella hasta que lo hubo expulsado todo. Luego se retiró, dejándose caer a su lado.

Se quedaron ambos recuperando el aire y la compostura, mientras dibujaban una sonrisa en sus rostros y se agarraban de nuevo de la mano.

Aquella noche no repitieron de nuevo, por mucho que Steve se muriera de ganas. Ella estaba muy cansada y se quedó dormida enseguida, lo cual era de esperar teniendo en cuenta que fue su primera vez. Él, en cambio, tardó un poco más, se quedó pensativo un largo rato, mirándola mientras le apartaba los mechones de la cara, pensando en ella, en cómo cambiaron las cosas en cuestión de semanas. Recordó la falta de elocuencia de ambos al principio, creyendo una faceta del otro muy distinta a la que era. Luego se preguntó en qué momento cambió todo. ¿Fue la noche del beso? Es probable, pero él estaba convencido de que no fue por eso, no. Empezó todo en su coche, allí fue cuando se dio cuenta de que el mundo interior de aquella chica era más interesante de lo que se imaginaba, y por alguna extraña razón empezó a sentir la necesidad de volver a entrar allí dentro, de sentir aquella paz que tanto anhelaba, sin prejuicios ni comparaciones, ni discusiones, ni presión. Solo siendo él, Steve.

Siguió fijo en ella y entonces se preguntó algo de lo que tenía miedo saber la respuesta: ¿La quería? Sin duda, era obvio que algo sentía por ella, pero, ¿se estaba enamorando? Eso ya era más difícil de saber, porque a veces dudaba de si alguna vez había experimentado ese sentimiento, de sí durante sus tres años con Emily se había sentido así. Seguramente sí, pero era muy distinto porque en aquel entonces aún era un crío y no le daba tanta importancia a cosas que ahora sí. Pero no se arrepentía, sabía que si no hubiera sido por esos tres años, él no estaría con Kai. Ya que aquella relación, a la que estaba convencido de que no volvería, le había enseñado el valor que tiene sentir el calor de alguien y a no pensar solo en él, además de comprender que aquel prototipo de chica que perseguía no era el suyo.

Se despertaron prácticamente a la vez, con las sábanas pegadas como si acabaran de dormir todas las horas de sueño acumuladas

que tenían. Aquella mañana no tenían clase a causa de una vaga de estudiantes universitarios, por lo que no se preocuparon por haberse despertado cerca de las doce. Además, Kai entraba a trabajar a las cinco.

Procuraron prepararse un buen desayuno compuesto de huevos y bacon que tomaron en la cama.

—¿No se supone que los deportistas tenéis que comer sano? —preguntó ella mientras le daba un mordisco a un trozo de bacon.

—También se supone que debería salir con una animadora, pero no me van los clichés.

—Teniendo en cuenta tu última relación, me cuesta de creer —murmuró, pero él la oyó y respondió dándole un empujón que terminó en un forcejeo lleno de carcajadas, dejando a un lado sus platos y terminando por volver de nuevo a ocupar la cama entera.

Esta vez fue él quien se quedó abajo y ella, con el cuerpo inclinado, lo besó como si aquel fuera el último beso que le daría nunca. Dejó en sus labios todo lo que empezaba a sentir, pero que no se atrevía a decir y luego optó por ser algo más pícara.

—Siempre puedo vestirme de animadora si quieres.

Por un momento, se la imaginó y sintió la gran necesidad de proporcionarle un uniforme de inmediato, pero conocía muy bien sus gustos y sabía que si la vestía de animadora él se perdería completamente.

—Hazlo, pero es probable que partamos la cama.

—¡Serás cerdo! —exclamó apartándose de él para volver de nuevo a su desayuno.

Steve hubiera respondido con alguna otra broma como era costumbre, pero el timbre empezó a sonar varias veces y no pudo obviar la visita. Aunque de haberlo sabido lo hubiera hecho.

A regañadientes se dirigió hacia la puerta, miró por la mirilla y supo que no tenía más remedio que abrir.

—¿Papá? ¿Qué haces aquí? —preguntó el rubio al ver que era su padre quien estaba tras el umbral. Se le veía tan pulcro, con su traje oscuro, el cabello canoso bien engominado y aquel olor a Calvin Klein, que a su vez mostraba una expresión de tristeza. Algo que pocas veces había visto en él.

—¿Puedo pasar?

Dejó entrar al hombre, más bien este lo tomó como un "Sí" y se adentró como si aquella fuera su casa, aunque literalmente le pertenecía, ya que la pagaba él. Vio el pasillo esparcido de ropa y el sofá que todavía estaba decorado con las camisetas y otras prendas de la noche anterior. Por suerte, ambos habían tenido ocasión de ponerse la ropa interior mucho antes. Steve no dijo nada y el padre tampoco, se limitó a mirarlo como solo un padre sabe hacer en estas ocasiones, después se sentó.

—¿Estás solo? —preguntó para asegurar.

—No —musitó.

—Me gustaría hablar contigo, es importante.

—Claro, solo dame un segundo.

Entró en la habitación para sacar dos sudaderas de su armario, una para él y otra para ella, la cual le quedaba como un vestido. Luego le comentó que su padre estaba en el comedor, pero que al parecer quería hablar de algo y le recomendó que se quedara allí hasta que él la avisara.

—Lo siento, no quiero dejarte sola.

—No te preocupes, ve. A mí no me importa.

Dicho eso, le dio un fugaz beso y volvió de nuevo con su padre, el cual ya estaba acomodado y listo para hablar. Se produjo un largo silencio que preocupó al rubio más de lo que esperaba. La última vez que se presentó en su piso le confesó algo bastante perjudicial para su familia, solo esperaba que esta vez no fuera peor.

—Tu madre y yo nos divorciamos.

Definitivamente, era peor.

—¿Qué?

—Lo dicho. Creemos que lo mejor es dejarlo, este último mes ha sido imposible. No hay forma de solucionarlo, yo no sé qué más hacer y ella no cede, solo hago que perder la paciencia y luego va a peor. Casi no hablamos, no nos miramos, no compartimos nada. Para vivir así es mejor que cada uno haga su camino.

El rubio enterró la cabeza entre las manos, necesitaba masticar lo que acababa de oír y encontrarle el sentido, porque para él no lo tenía.

"Respira. Inspira. Cálmate. Respira. Inspira. Cálmate. Respira. Inspira. Cálmate".

Era lo que se repetía cada vez que entraba en el campo. Le funcionaba, aunque esta vez no servía de mucho, pero intentó hablar tranquilo.

—Vamos a ver. ¿Entonces os divorciáis porque ninguno de los dos es capaz de ceder en su parte?

—Es tu madre la que no cede, yo me disculpé de la mejor forma que supe.

—¿Llevándola a cenar al Ritz? —preguntó con sarna.

—Efectivamente, es su lugar favorito. —Steve resopló y volvió a llevarse las manos a la cabeza.

—Qué pena me dais.

Se levantó para ir a buscar un vaso de agua a la cocina o para intentar obviar la conversación, seguramente la primera era la excusa de la segunda, pero el padre no lo iba a dejar estar y lo siguió.

—Me imagino que debe ser duro para ti, ha sido repentino y bueno, sé que ninguno esperaba terminar así. —No recibió ninguna respuesta por parte del joven—. Piensa que tomamos la decisión hace una semana, por lo que todavía no habrá ningún cambio en lo que viene a ser a domicilio, pero es probable que me mude al apartamento de Nueva York y tu madre se quede en Queens. Aun así, habíamos pensado pasar el día de Acción de Gracias los tres juntos en casa. De ese modo podremos hablar tranquilamente, a tu madre le irá bien que estés.

—Espera, espera, espera. No solo resulta que parecéis dos universitarios peleados, sino que hace una semana que lo sabéis y ninguno ha tenido la decencia de decírmelo antes. Pero claro, es buena idea quedar para Acción de Gracias fingiendo tener el espíritu familiar y sacar el tema mientras nos comemos el pavo. Sí, claro, y luego podemos cantar como si fuera un musical, seguro que se soluciona todo.

Se abrió paso ante él para volver de nuevo al salón, pero no fue buena idea porque no pudo dejar de andar de un lado a otro, nervioso.

—Hijo, sé que parece fuerte y es difícil lo que te pido, pero…

—Hablé con mamá la semana pasada. —El padre entornó los ojos —. Tranquilo, no me comentó nada. Si no fuera por ti me llevaría la sorpresa con el pavo en la boca, así que en eso debo darte las gracias.

—Le está costando mucho todo esto, entiende que…

—Me da igual. Sinceramente, me da completamente igual vuestra relación. Lo siento. —No lo decía en serio, claro que no. Pero estaba agobiado y seguía sin entender ninguna de las dos partes—. Divorciaros si queréis, si es lo que os hace feliz, lo apoyo y ya me moveré entre Nueva York y Queens.

El padre entendió la reacción, seguir con el tema no era lo más adecuado y su hijo no iba a cambiar de actitud, por lo menos en unos días. Se sentía defraudado, un mal padre y marido, él que siempre había sido perfecto y un ejemplo a seguir, ahora estaba pendiente de una cuerda en lo que a familiarmente se debe. Tuvo que tener la mente fría para dejar el tema y fingir que todo iba a ir bien, así que de nuevo volvió a sentarse.

—Y la chica con la que estás, ¿es tu novia o…?

—Es una amiga. —Luego lo pensó mejor—. Una amiga especial.

—Oh. —Asintió—. ¿Pero vais en serio como con Emily? —Su hijo no se dignaba ni a mirarlo porque todavía estaba intentando calmarse.

—No. Bueno, sí. La verdad es que no hemos hablado de eso.

—¿Y es de la universidad?

Quizás no era la mejor manera, pero él decidió que así fuera. Fue directo a la habitación en busca de la chica que estaba embobada mirando por la ventana. La cogió del brazo y la llevó hasta el comedor, algo que desconcertó a Kai, pero, haciendo memoria de lo poco que sabía sobre la relación de Steve con su padre, intuyó que algo no iba bien.

—Ella es Kai, estudia en Columbia —la presentó con desgana. No porque le avergonzara, sino porque creía que su padre no merecía conocerla.

—Encantada —saludó de forma educada y dulce, obviando el hilo de tensión que corría.

—Un placer —dijo el padre levantándose para darle dos besos—. Soy James, el padre de… Steve —recordando que aquel era el nombre que usaba.

El hijo dejó ir una risa irónica provocada por su mismo enfado. El hombre se limitó a mirarlo, pero no dijo nada sobre aquello.

—La compañía es muy grata, pero debo irme, tengo una reunión. Un gusto conocerte, espero verte de nuevo si mi hijo te trae a casa.

—Claro —respondió ella, sonriente.

—Tranquila, ahora tienes dos para elegir —dijo casi para sí mismo, aunque le oyeron, pero fingió no haber dicho nada—. Gracias por venir. —El padre asintió porque tampoco encontró palabras.

Lo acompañó hasta la puerta de mala gana y antes de irse él lo miró.

—Nos importas mucho, Jamie. —Odiaba ese diminutivo y en ese mismo instante más que nunca—. Tu madre y yo estamos preocupados por ti y esta decisión nos está costando en parte por ti, por tu bien.

—Tengo veintiún años. Podré soportarlo.

—Sí, no tengo duda de eso. Espero verte la semana que viene.

"¿Por Acción de Gracias? Antes lo pasaría en casa de los Brown", pensó, pero respondió con un simple gesto de cabeza. Luego cerró la puerta tras él.

Se sentía desorientado, enfadado, desilusionado, defraudado, un mal hijo… todo. Lo sentía todo y nada era bueno. Con lo tranquilo que estaba antes de que él llegara. Sin pensarlo, se sentó donde hacía unos segundos había estado su padre y se escondió en sí mismo para recapacitar. Pronto notó una presencia a su lado. Casi se había olvidado de que no estaba solo y, sin pensarlo mucho, se abrazó a ella y se quedó como un niño pequeño encima de su pecho mientras le acariciaba el cabello y lo calmaba.

—Kai, eres de las pocas personas en las que confío al cien por cien —confesó con un hilo de voz.

Ella le abrazó más fuerte para asegurarse de que se sentía del todo arropado, para que estuviera convencido de que no iba a soltarlo en un momento tan delicado como aquel, aunque no estuviera siendo sincera del todo.

CAPÍTULO 29

Formas parte de mí, aunque
no vuelva a verte nunca.
Franz Kafka

Sus pies resonaban sobre el asfalto ante cada zancada que daba. Corría y corría sin control. Esquivaba a todo aquel que se cruzaba en su camino, recibiendo miradas de toda clase. Sentía como si algo la persiguiera, algo que quería colarse en su pecho hasta asfixiara y perforarle los pulmones. Pero por más que huía la sensación parecía pisarle los talones.

Los pasos cesaron de golpe y los jadeos se entremezclaron con los sollozos. Levantó la mirada del suelo y, con su vista nublada por las lágrimas, identificó a dónde había llegado, dónde la habían llevado sus pies y su subconsciente sin darse cuenta. Ese acto la desconcertó, pero tampoco sabía cómo había logrado conducir su coche hasta unas calles atrás.

Del portal salía una señora y sin dudarlo aprovechó el momento para colarse por la puerta. Esta le dedicó una mirada preocupada, pero no comentó nada. Alyn subió el tramo de escaleras de dos en dos, pero sentía que la pesadez se empezaba a apoderar de ella. Buscaba alejarse de las últimas palabras dichas en casa de sus padres.

El timbre resonó por el pasillo desértico mientras apretaba los párpados y agitaba levemente la cabeza, alejando el recuerdo de esa voz. Cualquiera que la viera hubiese creído que se había vuelto loca, hasta ella misma pensó que ocurriría.

Escuchó unos pasos amortiguados desde detrás de la puerta unos instantes antes de que se abriera.

—Muy bue… —la chica se lanzó a sus brazos— …nas. —Alyn sorbió su nariz antes de enterrar el rostro en su cuello y aferrarse a él como si fuera un pilar. Él frunció el ceño mientras la rodeaba con suavidad—. ¿Estás llorando? —Un sollozo salido de la garganta de la castaña le dio la respuesta.

Dentro de Steve se activaron todas las alarmas. Respiró hondo y controló la preocupación, que desbordaba, al tiempo que la apretaba entre sus brazos y le acariciaba el pelo con delicadeza. Le dejó un tierno beso en su hombro. Necesitaba calmarla antes de abordar el tema de su estado. Sabía que sino Alyn no lograría articular palabra.

—Tranquila —susurraba, cauteloso—. Shh… —La castaña no dejaba de llorar, pero sintió que alguien por fin la sostenía y que él se encargaría de ayudarla—. Aquí estoy, pequeña.

Sus pies la habían llevado hacia la casa del rubio que era su mejor amigo, aquel chico que siempre había sido su soporte. Desde que se conocieron había contado con su apoyo incondicional, al igual que él con el de ella, y ahora que lo necesitaba más que nunca sabía que era el lugar correcto al que ir.

La preocupación ganaba territorio dentro de Steve ante cada segundo de silencio de la chica. Además de que el dolor que ella estaba sintiendo, también le afectaba a él. Llevaban cinco minutos en la entrada y no parecía que Alyn fuera a hablar. Menos sí seguían con la puerta abierta. Por ello, tomó una decisión.

Alzó a la chica en sus brazos, acomodándola como un pequeño koala, y esta se acurrucó sin dejar de llorar. El rubio cerró la puerta con el pie antes de ir a la sala, donde se sentó con ella aún en su regazo. Se mantuvo en silencio durante todo lo que su control le permitió, pero llegó un momento en el que el estado de su mejor amiga lo desesperaba.

—Alyn, mi amor, ¿qué ha pasado? —le preguntó con tacto; nunca la había visto de tal forma, no tan mal. Solo recibió un pequeño gemido—. Sea lo que sea que haya ocurrido lo solucionaremos, te lo prometo. —Entonces, ante esas tres últimas palabras, Alyn soltó un sollozo desgarrador y él la abrazó con más fuerza—. ¿Ha sido Ethan?

—Steve se enfureció con el nombrado, planeando mentalmente una matanza; le daba igual si Kai no lo aceptaba con tal de vengar el daño a su amiga—. Porque si es así te juro que le corto la… —La chica negó con la cabeza, aún en su cuello. Él frunció el ceño—. ¿Entonces? ¿Qué ha pasado, cariño? —repitió con dulzura.

Tras minutos de agonía e incertidumbre, al fin Alyn sacó el rostro de su escondite, lentamente. Steve la miró con cautela y le destrozó la imagen que se puso ante sus ojos. La castaña tenía una expresión demacrada, su rostro bañado en lágrimas.

—Lo… Lo siento —murmuró entrecortadamente, porque ella sabía que a él también le afectaría.

—¿Por qué? —preguntó e intentó prepararse para lo que podría decir.

Pero no lo suficiente para lo que fue.

—Mi… —su voz se rompió— mi abuela ha muerto.

Algo dentro del pecho de Steve se destrozó en pedazos. Los sollozos de Alyn aumentaron, pero para él sus ruidos enmudecieron y solo pudo sentir como todo se derrumbaba en su interior. El dolor lo invadió, tanto por su amiga, como por la noticia en sí. Evie era alguien importante para él, una segunda abuela. Y ahora…

Steve tomó el control de la situación y se hizo cargo de todo, por más que en su interior se encontrara destrozado. Se lo debía a Alyn, debía estar para ella. La calmó hasta que esta se durmió, entonces la traspasó a su cama, dónde la acurrucó con las sábanas. Tras eso llamó a los padres de esta, aunque la idea le desagradara, más que nada para saber cuándo y dónde sería el entierro.

Después de ello, y de revisar que la chica seguía dormida (aunque entre algunas lágrimas), habló por teléfono con Kai, con quién se desahogó unos minutos antes de pedirle que informara a Ethan. Este quiso ir de inmediato a casa de Steve, para estar con Alyn, pero se abstuvo cuando su amiga le aseguró que aquella noche era mejor que la pasaran el rubio y ella solos.

Fueron unas horas nocturnas duras, entre lágrimas silenciosas por parte de Steve y algún sollozo de Alyn entre sueños. Pero ahí se

encontraban, al día siguiente, en la habitación de la residencia. El chico la había llevado para que se cambiara antes de que Ethan, quién se había ofrecido a llevarlos, llegara con el coche para conducir hasta Nueva Jersey. Junto a ellos también iría Kai, quién le daba apoyo a Steve y a su compañera, que a estas alturas ya era más una amiga.

Cuando el castaño llegó delante del edificio no dudó en aparcar de mala manera, sin importarle el riesgo a una multa, y subió para avisarles. O ese debería haber sido el motivo principal. Sin embargo, lo que realmente lo empujó a subir con rapidez fue Alyn. Había pasado gran parte de la noche preocupado por ella y en cuanto Kai le abrió la puerta solo murmuró un hola antes de acercarse a la castaña.

Esta estaba sentada al borde de su cama, ya vestida completamente de negro, con la mirada perdida en un punto indefinido del suelo. Llevaba horas sin hablar –desde el momento en que le dio la noticia a Steve– y parecía que se había quedado seca, ya que tampoco había vuelto a llorar desde que se había despertado. Alzó la mirada cuando la figura de Ethan se coló entre sus piernas. Este la tomó entre sus brazos y la abrazó con fuerza, pero con delicadeza. Alyn se sintió en un lugar seguro y, por ello, se acurrucó en él, dejando que la sostuviera.

Pocos minutos después todos bajaron; Ethan abrazando a Alyn y Kai con su mano unida a la de Steve, quién no apartaba la mirada de la castaña. Sentía que debía estar al pendiente por si lo necesitaba. La morena se dio cuenta de ello y no pudo evitar una sonrisa al ver el amor que el chico le tenía a su mejor amiga. Sin embargo, esa expresión desapareció en cuanto el teléfono del rubio sonó. Este lo sacó y, simplemente, le lanzó una escueta mirada antes de volver a guardarlo. La chica frunció el ceño.

—¿Quién era? —preguntó esta.

—Mi padre —respondió sin mirarla.

—¿Y no lo coges? —cuestionó con cautela, siendo consciente de que el tema era delicado para él. Aún recordaba el encuentro del otro día.

—No, no tiene importancia —contestó, indiferente. La pelo azabache lo observó unos segundos, analizándolo, pero no comentó nada más.

Los ojos de Ethan y Steve se cruzaron a unos metros del coche y, por primera vez, dejaron completamente de lado el enfrentamiento o el disgusto por el otro. Al fin y al cabo, una persona importante para ambos estaba sufriendo y los necesitaba a los dos. Se comunicaron con la mirada antes de asentir.

—Voy a ir con Alyn detrás —le informó a Kai, en un susurro. Ella asintió y dejó un corto beso en sus labios para después dirigirse al asiento de copiloto.

Steve abrió la puerta de los asientos traseros y pasó un brazo por el hombro de Alyn, que Ethan dejó libre, para guiarla hasta esta. El castaño le agradeció con un leve asentimiento, que él le devolvió. Cuando el rubio se sentó al lado de la chica, esta se acurrucó entre sus brazos. Se ocupó de que ella notara su apoyo.

El trayecto hasta Nueva Jersey duró una hora y media, aquella que pasaron con música a un volumen bajo y silencios por parte de cada uno de ellos. Ethan aparcó dónde Steve le indicó, en el parquin del tanatorio. Se quedaron unos instantes en el coche hasta que Alyn se separó del rubio.

Al bajar del vehículo, el ojiverde no tardó en volver a rodear con sus brazos a la castaña, y Kai abrazó el brazo del rubio mientras apretaba su mano en muestra de apoyo. A ella le dolía mucho ver a su amiga y a su… eh… amigo especial pasar por algo así. Por eso, estaría para ayudarlos y darles soporte.

Steve y Kai iban por detrás de los otros dos. A Alyn se le revolvió el estómago al ver la cantidad de gente que se encontraba ahí, en el exterior del tanatorio, la mayoría para ver a su abuela. Estos eran vecinos y antiguos amigos de sus abuelos y habían venido a despedirse de la última persona de esa pareja. También había familiares, aquellos que apenas conocía porque eran lejanos.

Sin embargo, la expresión de Alyn cambió radicalmente al tiempo que Kai y Steve los alcanzaban. Ethan y su mejor amiga, en cuanto

notaron el cambio de la chica, se sorprendieron y compartieron una mirada. La cara de la castaña había dejado de mostrar una profunda tristeza para volverse completamente neutral. Dio un paso largo, alejándose de su compañero, y abrió sus brazos. En menos de dos segundos otro cuerpo se pegó al suyo.

Lena había visto a través de las puertas de cristal como Alyn bajaba del coche y no dudó en salir corriendo a refugiarse en ella. Nadie, desde el día anterior, cuando le habían dicho directamente a ella que su abuela había muerto, la había consolado y necesitaba la protección de alguien. Esa era su hermana mayor, quién se comportó como tal.

—Vamos —murmuró Steve, incitando a Ethan y Kai a moverse, guiándolos hacia la puerta principal, donde se instalaron para dejarles unos instantes de privacidad a las Stewart. Ante la leve mueca confusa de ambos, añadió—: Es la mayor y tiene que proteger a su hermana pequeña, aunque eso signifiqué tener que fingir que esto no la está matando.

A sus espaldas, la puerta acristalada se abrió provocando que los tres se giraran y, ante ellos, aparecieron los señores Stewart, quienes los observaron de arriba abajo. Steve se tensó por completo y avanzó un paso, sabiendo perfectamente a quienes realmente estaban a punto de enfrentarse. A su lado, Ethan, no pudo (ni lo intentó) disimular su desagrado.

Antes de que el rubio pudiera abrir los labios y hablar, en un intento de llevar todo de la forma más cordial y educada, Alyn llegó a su lado, colándose entre Kai y él. Siguiéndola, pero quedándose resguardada a un metro, se encontraba Lena, observando la escena.

—Papá, mamá —saludó con voz neutra, dejando de fingir. Realmente sentía que sus padres no se merecían otro tono.

—Veo que has venido acompañada —comentó Edward, ignorando su saludo, con seriedad y frialdad.

—A Steve ya lo conocéis…

—Demasiado —interrumpió. Alyn le miró con mala cara.

—Señores Stewart —saludó el nombrado, haciendo gala de toda su buena educación—. Siento mucho su pérdida —añadió con sinceridad.

—Gracias —agradeció, indiferentemente, Elizabeth.

—Y a Ethan también —concluyó, la castaña, la frase anteriormente interrumpida. Ambos adultos le dedicaron a este una simple mirada de soslayo, como si no se mereciera más, y eso enfureció a la chica, pero no dejó que ellos lo vieran—. Y ella es Kai, mi compañera de habitación en la residencia y mi amiga.

Ethan, quien se encontraba un paso por detrás de todo aquel encuentro, observó como Alyn apretaba un puño a un lado cuando sus padres lo miraron a él, pero lo que más le llamó la atención fue la acción del rubio ante la presentación de Kai. Steve estaba dudando mientras miraba de reojo a su mejor amiga. Pareció que iba a añadir algo, pero cerró los labios de nuevo y enmudeció.

—Deberías ir a ver a tu abuela —le ordenó, indirectamente, Elizabeth a su hija.

—Aunque solo pueden acceder la gente que ella conocía —añadió su padre afiladamente. Eso era un ataque directo y Alyn sintió que esas palabras le perforaban el pecho, pero no se empequeñeció. Nunca más lo haría ante ellos, se lo debía a su abuela.

—Y eso haremos —le enfrentó la chica—. Steve y yo entraremos, a ambos nos conocía. Y con nosotros entrarán Ethan y Kai, nuestros acompañantes y personas que la abuela conocía, aunque no fuera en persona. Les hablé mucho de ellos —añadió lo último acompañado de un encogimiento y una sonrisa de suficiencia al ver los rostros furiosos de sus padres—. Si nos permitís. —Sin más que añadir los rodeó y se adentró al tanatorio seguido del resto.

El castaño se apresuró a acercarse a ella y atraerla a su cuerpo para dejar un beso en sus labios antes de murmurar sobre ellos lo cuan orgulloso estaba de lo que acababa de hacer. Ella esbozó una débil sonrisa, la primera desde hacía veinticuatro horas. Eso hinchó el pecho del chico, la había hecho sonreír.

—Len —susurró Steve, captando la mirada de la castaña mayor, antes de que la nombrara se girara también a mirarlo. El rubio le tendió una mano y la chica no dudó en tomarla. Este tiró de ella y la abrazó con fuerza, protegiéndola entre sus brazos, como si fuera un escudo. Para él siempre había sido otra hermana pequeña—. ¿Cómo estás?

—Mal —respondió sin dudar. A Alyn se le rompió un poco más el corazón y ocultó su rostro en el pecho de Ethan, dándole la espalda a su hermana para que no la viera. El chico le acarició la espalda.

—Lo siento mucho. —Le dejó un corto beso en el pelo. Kai observó la escena enternecida y acarició con suavidad la nuca de Steve, quién giró el rostro para encontrarse con la sonrisa de la chica.

—¿Podrías guiarnos a la sala? —preguntó, la morena, siendo la única que se atrevía decirlo.

La chica despegó el cuerpo del rubio, a quién se había aferrado un poco más de la cuenta, como siempre hacía, y asintió con un movimiento antes de ponerse a caminar entre algunos cortos pasillos. Se frenó ante una puerta abierta que daba a una pequeña sala con sillones y dónde había otra puerta, también abierta, pero que por la perspectiva no se podía ver el interior. Aunque era obvio qué se encontraba dentro.

Alyn se posó en el umbral de la primera puerta y respiró hondo antes de adentrarse, seguida de cerca por Steve. Pero ambos no pudieron continuar más allá de la segunda puerta, sus pasos pararon en seco ante el interior. El chico sintió como si una daga se le clavase en el pecho y lo dejara sin respiración. En cambio, lo que sintió la chica fue más visceral. Todo su mundo se derrumbó, sus tripas se contrajeron, su respiración se cortó y sintió que su corazón había dejado de latir. Una parte de ella acaba de morir, murió junto a su abuela.

La castaña miró por encima del hombro a su hermana. No quería derrumbarse delante de ella y Kai se dio cuenta, por ello le pidió a Lena si podía dejarlos un par de minutos a ellos dos. Esta comprendió lo que estaba ocurriendo, porque conocía demasiado bien a su hermana, así que asintió sin dudar. Una vez fuera, cerrando la primera puerta para que nadie los molestase, Alyn agradeció con una mirada a su amiga.

Cuando volvió la vista al interior de la sala se obligó a dar un paso al frente, y después otro, y otro, y otro… Hasta que finalmente se situó a un lado del ataúd. En este descansaba Evie, una dulce y pálida Evie que ya no hablaba, ni respiraba, ni latía… ni la miraba y abrazaba. Reposaba su abuela fallecida.

Alyn gimió desgarradoramente.

—No, no, no… —negó frenéticamente y, al fin, las lágrimas brotaron de nuevo—. ¡Noooo!

Steve la sujetó justo antes de que sus piernas, temblorosas, fallaran. El rostro del rubio también estaba inundado en lágrimas, ya no podía contenerlas más, no ante la vista de aquella señora que tan bien lo había tratado, que lo había querido como si hubiese sido su propio nieto.

Alyn se aferró a Steve y él a ella, ambos sosteniéndose y llorando juntos. Ella seguía negando, amortiguando la palabra en la ropa del chico, y él internamente maldecía por lo que estaba ocurriendo. Ambos giraron el rostro hacia Evie y sollozaron de forma sincronizada.

En el umbral de la puerta se encontraban Kai y Ethan, a quienes les estaba destrozando la escena que estaban presenciando. La chica se había dejado llevar y las lágrimas también se habían apoderado de ella. Ethan, quién también tenía ganas de llorar, se resistió, siendo consciente de que alguien debía mantenerse a flote. Este atrajo a su amiga a su pecho y esta lloró en silencio contra él.

—Lo siento mucho —murmuró Alyn, separándose de Steve para acercarse más a el ataúd—. *Siento mucho no haber podido evitar esto. Ojalá no te hubieras ido* —la voz se le rompió en la última frase —. *Se acabó, se acabó, abu* —dijo con firmeza y añadió—: *No pienso dejarme llevar como un títere. Voy a hacerte caso. Siento no haberlo hecho antes, pero voy a hacer que estés orgullosa. Lo prometo.* —Un nudo se le formó en la garganta, al igual que a todos los presentes—. *Te amo, abu, te amo con todo mi ser.*

Durante la misa, Alyn se mantuvo pegada a Ethan, quién la rodeaba por la cintura mientras le acariciaba esta con suavidad. La castaña también mantenía unida su mano a la de su hermana, sentada a su otro lado. Junto a ella, Kai consolaba a Steve, quién le dejó un suave beso en la sien antes de ponerse en pie. La Stewart mayor debía dar un discurso y sabía que ella no iba a poder sola, por eso la ayudó.

Tras esa larga ceremonia, que a Alyn y Steve se les hizo eterna, llegó el momento más doloroso. El cuerpo debía ser enterrado. Iba a descansar junto al lecho de su marido. La castaña observó la lápida de su abuelo y otra pieza más se rompió en su interior. No comprendía cómo podía haber algo más que se pudiera romper, cuando todo dentro de ella ya estaba hecho trizas.

El ataúd, tras un leve discurso del cura, fue descendiendo poco a poco. Alyn sintió como si una parte de ella se estuviera desprendiendo de su cuerpo ante cada centímetro que bajaba. Una vez en el fondo, un dolor profundo y agudo se implantó en su pecho. Sin embargo, se obligó a dar un paso al frente, después de que sus padres se alejaran y lanzó la rosa blanca al interior del hoyo, encima de la madera que escondía a su abuela. Se quedó observando esta y estuvo a punto de caer, pero Ethan la tomó entre sus brazos y la hizo retroceder. Fue el turno de Lena y después el de Steve, quién fue acompañado por Kai.

Algunos se empezaron a marchar, otros se acercaron a sus padres y a ambas hermanas para darles el pésame. No obstante, la mirada de la ojiazul se mantenía fija en la arena que tiraban encima de féretro. No escuchaba nada de lo que ocurría a su alrededor, ni siquiera como Ethan se hacía cargo de la gente que se acercaba a ella, ni como Kai hacía lo mismo con los que se aproximaban a Lena. Solo vio como con rapidez su abuela quedó completamente sepultada.

Fin. Ya está. Se acabó.

Ataúd bajo tierra, lápida colocada y rosas decorándola.

Ceremonia terminada.

La gente empezó a irse, sus padres siendo de los primeros. Menudo hijo había tenido Evie. Sin embargo, con quién había tenido suerte había sido con sus nietas, las cuales se quedaron hasta que solo estaban los amigos de Alyn y un par de amigas de Lena que habían aparecido para darle su apoyó. Estas tres se encaminaron hacia la entrada después de que la pequeña Stewart se despidiera de su hermana, quien fingió encontrarse mejor de lo que realmente estaba.

Tras su marcha, la mayor dio un paso al frente, quedando completamente delante de la arena fresca y la lápida recién pulida. Su rostro completamente neutro e impasible, sin una gota de agua, ni una lágrima a la vista. Ethan la observó desde su espalda antes de que Kai le susurrara que se llevaba a Steve unos minutos. El rubio sabía y admitió por primera vez que dejaba a su mejor amiga en buenas manos, antes de seguir a Kai.

Ambos terminaron sentado en un pequeño banco de piedra a varios metros de distancia, ni siquiera lograban ver la lápida, cosa que Steve agradeció. La chica lo abrazó, dejando que él reposara la cabeza en su regazo. Comenzó a acariciarle las hebras del cabello y esperó pacientemente a que hablara cuando se sintiera preparado.

—La primera vez que vi a Evie tenía quince años —susurró tan bajo que casi se perdía su voz—. Fue durante uno de los veranos en los que Alyn se iba a visitar a sus abuelos. Dio la casualidad que ese año mis padres decidieron no irse de viaje, así que nos quedamos en Queens todo el verano. —Soltó un suspiro—. Habían pasado dos semanas y me aburría demasiado. Tenía más amigos, algunos de los cuales tampoco se fueron de viaje. Sin embargo —hizo una pausa, recordando aquel momento, años atrás—, no sé por qué, pero solo quería la compañía de Alyn. Ella era dos años menor que yo y para la mayoría de mis amigos solo era una simple cría de trece años. Estaban entrando en la adolescencia y eran unos putos estúpidos —gruñó, causando una leve risa en Kai—. La cuestión es que insistí durante otra semana entera a mis padres con que me llevaran a verla, aunque solo fuera durante un día. No pedía más.

—¿Lo lograste?

—No —respondió en un bufido—. Yo no —añadió mientras se le formaba una sonrisa—. Tenía el número de sus padres, lo había añadido a la agenda de contactos que dejábamos al lado del teléfono. Así que mi madre los llamó y les pidió el número de casa de su abuela. —Respiró hondo, intentando calmar su corazón—. Mi madre me dijo que me conformara con una llamada.

—Adivino, no te conformaste.

—Obviamente, no. —Ambos rieron—. Por eso cuando llamé y me contestó… —se le apagó la voz y Kai apretó su mano, aquella que no

le acariciaba y que mantenía entrelazada con la de él—. Me contestó Evie. No le di tiempo a decir mucho más que un saludo cuando le expliqué y supliqué que me ayudara a ir a visitarla. Por un momento pensé que me colgaría; sin embargo, solo me dijo que le pasara a mi madre. —Soltó una ligera risa, mezclada con tristeza—. No sé cómo lo hizo, pero logró que dos días después mi madre me estuviera dejando en la puerta de su casa, para pasar dos noches ahí. —Hizo una mueca, nostálgico—. Me trató desde el minuto uno como si fuera su nieto. Y durante el resto de los años, en los que solo hablábamos por teléfono o me veía durante un par de horas cuando al fin tuve el carnet y a veces iba a recoger a Alyn porque se quería volver antes, siguió tratándome igual. —Jadeó reprimiendo un sollozo—. Tiempo después descubrí que Alyn no dejaba de hablar de mí y que Evie hizo eso por ella, pero que al conocerme vio el motivo de la verborrea de esta y me dijo que me quería desde el minuto uno en el que vio como abrazaba a su nieta.

—Eres un chico fascinante, Steve —murmuró la chica—. Evie vio eso en ti, estoy segura. Te quiso como su propio nieto.

—Y yo como si fuera mi abuela —se le rompió la voz.

—Y os seguiréis queriendo.

A varios metros de distancia, Alyn seguía completamente estática en su puesto, delante de la tumba, con la mirada congelada en la lápida. Mientras Newen, preocupado, se acercó por detrás y descansó una mano en su espalda, que unos segundos después empezó a mover con suaves caricias. Esperaba una reacción de la chica, una que nunca llegó.

—Alyn, cariño —la llamó, en un susurro—. Todo el mundo ya se ha ido, creo que deberíamos marcharnos —añadió con cautela, esperando que no se tomara su oferta como un ataque. Sin embargo, no recibió respuesta. Solo logró ver una lágrima rodar por su mejilla—. Pequeña…

—¿Por qué? —lo interrumpió, hablando por primera vez desde el momento del discurso durante la misa.

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué siempre se van los buenos? —preguntó, a sabiendas de que era una pregunta cliché y sin respuesta, aunque en su interior

ansiaba que Newen la tuviera—. ¿Por qué se llevan a aquellos que siempre han estado para ti y dejan impunes a los que te dañan?

—La vida, por desgracia, nunca es justa —murmuró el chico mientras se acercaba a ella, buscando contacto. En su mente apareció otro pensamiento relacionado, pero lo desechó sabiendo que no era el momento para esa intromisión, mucho menos para el efecto que causaba en él.

—Siempre lo pierdo todo —se le rompió la voz al pronunciar las palabras. Su mirada aún se mantenía fija en la tumba, como si no la pudiera apartar de ella—. Primero perdí mi infancia cuando mi hermana nació y mis padres me obligaron a ser una pequeña adulta. —Newen la escuchaba con atención, sin dejar las caricias—. Después me arrebataron la pintura y el dibujo. Tras ello mi propia voluntad para la toma de decisiones. Y ahora… —un gemido abandonó su garganta, cargado de dolor—, ahora mi abuela, la única persona que siempre ha visto quién soy realmente. ¿Qué será lo siguiente? —Alyn rumió su pregunta final.

—Alyn…

—Steve —sentenció y el pánico se apoderó de ella. La idea de perder a su mejor amigo le ahogó por unos instantes.

—No vas a perder a Steve —aseguró, frunciendo el ceño, desconforme con el rumbo de la conversación y con las ideas que esa preciosa chica estaba formulando ante él.

—O a ti —añadió en un susurro mientras, al fin, giraba el rostro en su dirección. Los ojos azulados conectaron por primera vez en mucho rato con los verdes de Newen. Este vio el dolor profundo que se estaba apoderando de los de la chica.

—No nos vas a perder a ninguno de los dos —afirmó con toda convicción, seguro de cada una de sus palabras.

—¿Me lo prometes? —preguntó con vulnerabilidad.

—Te lo prometo.

—Pero y si…

—Escúchame… —Posó sus manos en los hombros de la chica y la hizo girar para enfrentarla completamente—. Escúchame bien. —Lo hizo—. Todos perdemos cosas, es ley de vida. De ti depende qué hacer con las consecuencias. Perdiste tu infancia, pero no te

atormentes por algo que no fue culpa tuya. La pintura y el dibujo los has recuperado y estoy seguro de que no lo dejarás de nuevo. ¿O me equivoco? —cuestionó, recibiendo un movimiento de cabeza negativo como respuesta—. Ves, y eso es una decisión propia, una de muchas que has tomado desde que te conozco. Todas por propia voluntad. —Respiró hondo e hizo una mueca antes de abordar el último tema—. Siento que no puedas recuperar a tu abuela físicamente —comentó con suavidad y delicadeza—, pero siempre va a estar en ti. Porque cada palabra que te dijo se ha grabado aquí. —Tocó su sien con el indice—. Y eso es un recuerdo vivo.

Alyn asintió, de acuerdo con cada una de las palabras del chico, y eso lo alivió. Lo que no se esperó fueron las siguientes de la chica.

—Hablé con ella veinticuatro horas antes —confesó, al tiempo que Newen apoyó su frente en la de ella y entrelazó ambas manos—. Estaba bien —su voz comenzó a quebrarse—. Me hablaba igual que siempre, no había nada extraño. Parecía la misma. —Las lágrimas rodaron sin control por su rostro y eso, junto a las palabras, le rompió el corazón al castaño—. Y esa misma noche… —no logró terminar.

—Es lo que tienen los paros cardíacos, nunca sabes cuándo ocurren; no te los ves venir la mayoría de las veces —susurró, dolido.

—No quería que se fuera.

—Lo sé.

Newen la abrazó contra su pecho con fuerza, como si de esa manera pudiera volver a unir los pedazos rotos de la chica. Esta volvió a fijar la vista en la lápida y recordó a su abuela: su rostro, sus manos, su voz, su mirada, sus palabras, su forma de ser… Todos y cada uno de los detalles que la habían conformado.

—No sé si podré vivir sin ella —confesó aterrada. El chico la abrazó con más intensidad.

—Vivirás sin, con y por ella. —Alyn dejó salir un sonido confuso, por lo que aclaró—: Sin ella a tu lado, pero con ella en tu interior. Y, sobre todo, por ella, para que vea cómo puedes controlar y hacer lo que quieras con tu vida, porque es solo tuya.

—Te hubiese amado —murmuró de golpe, sin saber de dónde habían salido esas palabras, pero sabiendo que eran totalmente ciertas. A Newen se le clavaron profundamente en el pecho.

—Y si te parecías, aunque fuera un cuarto, a ella estoy seguro de que yo a ella también.

Alyn se derritió ante ese comentario y no pudo evitar apretarlo más entre sus brazos. Entonces supo que estaba con la persona correcta, que él era el indicado.

CAPÍTULO 30

Quien no encaja en el mundo, está siempre
cerca de encontrarse a sí mismo.
Hermann Hesse

Después de un largo viaje, la rutina volvió, porque así es la vida. Da igual cuantos caigan en el camino, tú debes seguir adelante para poder formar el tuyo, o por lo menos así lo creía Steve, aunque le doliera asumirlo.

—Has estado ausente estos días —comentó el amigo de este cuando se sentó.

Estaban en el césped de la universidad, lugar donde solían pasar el tiempo libre la mayoría de los alumnos, aunque empezaba a hacer bastante frío y resultaba más incómodo que agradable.

—He estado en Nueva Jersey. La abuela de Alyn ha muerto.

—Vaya, lo siento.

Steve negó con la cabeza para quitarle importancia y dio un sorbo a su café. La abuela de su amiga era una de las personas a las que más aprecio tenía, era la abuela que siempre quiso tener. No juzgaba, aconsejaba. Siempre procuraba sacar comprensión a todos los puntos de vista y aunque algo le pareciera mal, respondía con toda la amabilidad y dulzura del mundo. No merecía irse tan pronto, todavía no.

Visto el frío silencio provocado, el amigo empezó a pensar rápido algún otro tema de conversación, no soportaba la tristeza y Steve tampoco, por eso debía sacarlo de allí.

—Te recuerdo que todavía tengo dos entradas para el acuario. Quizás te anima.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

—¿Por qué estás tan obsesionado con el acuario? —Loire soltó una carcajada.

—Pues porque me gusta el mar y quiero ver pingüinos.

—Tienes una obsesión insana con ese animal, en serio. Me preocupas —aclaró Steve rozando el límite entre la broma y la sinceridad—. Y me preocupa tener que declarar un día ante un juez porque se te ha ocurrido la gran idea de secuestrar a un pingüino.

—Me quieres tanto que serías incapaz de no ayudarme si llegara a esa situación —afirmó dándole unos leves empujones que ayudaron a dibujar una sonrisa en el rostro del rubio—. Ves, no puedes resistirte a mis encantos.

—Sí que puedo, pero prefiero hacerte feliz. —Ambos compartieron una risa cómplice que rompió un poco el hielo que Steve llevaba encima.

—¿Irás a casa mañana? —cambió de tema.

Quedaba un día para Acción de Gracias y estaba decidido a no ir a Queens ni a ningún lugar donde hubiera alguien con el apellido Jones cerca. Tuvo suerte de poder contar con Kai, ya que aquel año no podía pasarlo en casa de los Brown, por razones obvias, y justamente Alyn pasaría la velada con ellos. Luego estaba Lorie que solía celebrar las fiestas con él, así que su casa quedaba completamente descartada.

—Estaré por Brooklyn con Kai y su familia. Lo siento, pero este año las cosas no están bien en casa.

—Tranquilo, me lo supuse cuando vi que no decías nada. Era eso o que me habías cambiado por tu novia.

—No es mi novia —aclaró.

—Bueno, lo que sea que es.

—Es mi amiga.

—Yo no paso Acción de Gracias con mis amigas.

—Porque no las tienes. Cada vez que conoces a una chica intentas ligártela.

—Eso no es verdad, no solo veo a las chicas para eso. —Pero Steve lo miró con una expresión que dejaba claro el siguiente

pensamiento: "dame un ejemplo"—. Mira, con Alyn y Kai no he intentado nada.

—Porque sabes que iría a por ti si lo hicieras. Y déjame dudar lo de Alyn —comentó, dejando recordar algunos comentarios que le había dirigido a esta durante el instituto.

—Ni con Emily. Ahora está soltera y dirás lo que quieras, pero está buenísima.

—Eso no vale, Emily te cae mal, Alyn es mi mejor amiga y Kai mi… mi algo. —El amigo se rio y dejó de darle importancia al tema porque para él no la tenía—. Lorie, puedes hacer lo que quieras, al fin y al cabo, es tu vida, pero como amigo te diré que quizás te iría bien asentar la cabeza en este tema. Mírame a mí, antes de estar con Emily era como tú y ahora valoro muchas más cosas.

—Me aburro… —canturreó dejándose caer en el césped.

—Está bien, como veas, pero deberías pensarlo.

Steve también se tumbó en la hierba, ambos se quedaron mirando el cielo un largo rato. El rubio pensando en fórmulas químicas, por muy loco que parezca, y el moreno en lo último que acababan de hablar. ¿Realmente le aburría ese tema o tan solo quería esquivarlo? Pero era Steve, su amigo de toda la vida, y sabía que podía confiar en él, por muy complicada que pudiera parecer la situación. No tenía intención de asentar la cabeza en cuanto a relaciones se refiere, apreciaba su libertad por encima de todo, se veía demasiado joven para atarse. Aun así, era humano y no podía evitar flaquear en su pensamiento, porque sí que había alguien, pero era complicado. Demasiado.

—Hay alguien —murmuró. Steve emitió un ruido como pregunta—. Digo que sí que hay alguien que me gusta.

—¡¿De verdad?! —exclamó. Por fin, su amigo parecía tener un sentimiento más profundo que el del humor.

—Sí, pero tampoco te emociones. He abortado misión.

—¿Qué? ¿Mi amigo se ha rendido? No me lo creo. —Pero no respondió—. Joder, pero si ligas hasta con los floreros.

—Lo sé, pero creo que he llegado a una conclusión. Diría que me considero lo suficientemente bueno como para poder ligar con

todas, pero tengo la autoestima demasiado baja como para creer que alguien puede enamorarse de mí.

—Y yo creo que eres idiota, Lorie. Vales más que la mayoría de tíos que conozco, solo que no lo dejas ver. Cualquier chica se enamoraría de ti, de hecho tienes a media universidad detrás.

—Joder, Stevie, acabarás por hacer que me replanteé mi sexualidad —bromeó—. Pero no, lo siento, me gustan demasiado las animadoras. No puedo dejar a mis chicas por el simple hecho de estar enamorado.

Y de nuevo estaba el Lorie bromista con apariencia seria, el que protegía sus sentimientos con cuatro chistes y luego se encerraba en su habitación para llorar. Era algo que a Steve le dolía muchas veces, era como si no confiara lo suficiente en él como para poder contarle cómo se sentía. Se preguntaba si era un buen amigo. Aunque él siempre había sido así, no era nada nuevo.

—¿Y tú qué harás mañana? —preguntó ahora el rubio—. Me sabe mal que no puedas venir este año, contigo se me hace menos…

—¿Pesado?

—Iba a decir formal, pero sí.

—Pues supongo que iré a casa de mi abuelo, con mi padre. Hace mucho que no lo veo y ya va siendo hora.

—¿Y tu madre?

—Clair —el nombre de pila de su madre—, estará con Marcus, o Zac, o Carl, o vete a saber con quién.

—Me sabe mal —murmuró al oír los siguientes nombres. Clair no era una mala mujer, también lo trataba como a un hijo, pero siempre había descuidado muchas de sus responsabilidades como madre y esposa. Algo que Lorie no le perdonaba.

—Que va, me he acostumbrado. Aunque, aun sabiendo esto y después de tu maravillosa relación con Emily, me hace gracia que intentes convencerme de lo mucho que te ayuda tener pareja.

Se rio, pero no fue en serio, fue una autodefensa a las lágrimas y Steve lo supo enseguida, pero no podía quejarse porque él hacía lo mismo la mayoría de las veces. Excepto con Kai y Alyn, eran las dos únicas personas que le habían visto llorar y expresar todos sus miedos y preocupaciones. Alguna vez Lorie había entrado en aquel

mundo, pero no había profundizado en él. Ambos se apoyaban, pero también respetaban su espacio porque sabían lo duro que era contar sus problemas.

Steve creyó terminada la conversación, cerró los ojos para descansar un poco y poder disfrutar mejor del poco sol que quedaba, hasta que Lorie dijo algo muy bajito.

—Cuídala, vale la pena.

Dejó pasar un largo minuto para buscar la respuesta adecuada, pero era tan sencillo como aceptarlo.

—Lo sé.

Lo sabía, Kai había sido un regalo del cielo y no entraba en su mente dejarla ir.

Era tradición para los Scott pasar el día de Acción de Gracias y el siguiente. ¿Por qué? Muy sencillo, aquella festividad caía justamente en el cumpleaños de Alana. En varias ocasiones, Kai se planteaba si eran demasiado familiares o si realmente habían llegado a superar bien aquella pérdida, pero luego caía en la conclusión de que intentar superarlo era inútil. Aun así, solía darle miedo que alguien externo a la familia se viera involucrado en algo así, la única persona que hasta el momento había pasado aquella festividad en su casa había sido Ethan, hacía dos años. Era el único en quien realmente confiaba lo suficiente como para dejarle entrar en aquel ámbito más privado, por mucho que Harriet también hubiera estado cerca de ello. Es por eso que Kai tuvo que hacer un esfuerzo bastante grande para depositar toda su confianza en que Steve pasara en Brooklyn aquel puente. Era eso, el reciente altercado de los Jones y las constantes insistencias de sus padres para que invitara al chico.

Habían quedado en que él iría a buscarla al trabajo y luego se irían con su coche, como hicieron la noche de Halloween, por la que aún sentía mariposas en el estómago cada vez que la recordaba.

Le quedaba todavía una hora para empezar su turno y aún tenía que preparar lo que se llevaría, porque tenían planeado quedarse hasta el domingo, y por mucho que en su casa tuviera ropa, también debía llevarse algunas pertenencias importantes. Sobre todo la caja

naranja que guardaba bajo la cama, aquella que perteneció a su hermana y de la cual no se separaba. La había abierto cientos de veces, se la sabía de memoria, pero nunca terminaba de aburrirse de ella. Desplegó la lista de nuevo, vio las marcadas, siendo la número siete la más reciente, sintió como el rojo le subía por las mejillas al recordar aquella noche en casa de Steve. Aquella lista le estaba dictaminando la vida en cierto modo, pero no le importaba, quería tenerla cerca y más esos días.

Fue una de las primeras cosas que metió en la maleta, seguido de algo de ropa y algunos libros.

El camino a Cookie's no era muy largo, a pie solía tardar unos diez minutos, quince si se entretenía, algo que solía pasar con frecuencia debido al seguido de árboles que decoraba el camino. Solía ser un trayecto tranquilo, a esa hora pocas veces se encontraba con conocidos, muchos estudiaban aún. Por eso no esperó ver a Emily de frente cargada de bolsas de compra, ni tampoco cayó en la cuenta de que todavía no habían compartido palabras desde antes de Halloween. Alguna vez sentía que la miraba con recelo, pero eso era normal en ella y que supiera, ni por su parte, ni por la de Steve, le habían comentado nada sobre su "relación".

La analizó, como era de esperar, la resiguió con la mirada antes de pararse enfrente de esta con su típica sonrisa llena de falsedad.

—Scott, que sorpresa.

—Sí, la verdad —asintió incómoda, quería irse y no porque llegara tarde al trabajo.

—¿Cómo te va todo?

—Bien, bien. ¿Y a ti? —preguntó por ser educada.

—De maravilla —mentía, pero a ella no le incumbía saber la verdad —. Justo ahora venía de zanjar unos temas para Acción de Gracias. ¿Irás a casa o Ethan te ha invitado? —preguntó.

—Estaré con mis padres.

—Una lástima, me hubiera encantado verte, este año no iré a casa de Steve. Lo hemos dejado. No sé si lo sabías. —Iba a recochinearse de nuevo y Kai no le seguiría la corriente.

—Algo he oído.

—Sí, seguro que sí. Solíais hablar con frecuencia, creo recordar. ¿Sabes algo de él?

—No, la verdad es que no mucho. Oye, llego tarde al trabajo, si qui…

—Qué extraño —interrumpió acercándose un poco a la morena, esta sintió como se le aceleraba el corazón—. Juraría que os vi el otro día paseando. —Sus profundos ojos marrones se clavaron en ella—. ¿Querías robarme al novio? —preguntó entre risas.

Kai sabía que Emily estaba jugando sucio, si su intención era dejar mal a Steve delante de ella lo llevaba mal, conocía de buena mano las intenciones y la fama de esta, no iba a convencerla de lo contrario.

—Perdiste a Steve por méritos propios.

—A los que tú contribuiste sin duda —reprochó sin tener pruebas, pero Kai sabía que en cierto modo era verdad. Si no se hubiera fijado el punto número trece no hubiera movido ficha, solo que no era su intención terminar con su exnovio, solo quería pagarle con la misma moneda de Derek.

—No tienes pruebas —afirmó—. Solo celos.

—Muchos, pero tú también los tuviste, así que no me des lecciones de moral. Has jugado bien, Kai, y tranquila que no tengo intención de volver con Steve. Solo dime, ¿él sabe lo de la lista? —A la morena se le paró el corazón entonces. Solo podía haber dos opciones que hubieran tramitado aquella información y solo esperaba que no fuera Ethan, no pasaría por alto el tema de la lista, fuera quien fuera.

—Me das mucho asco —dijo entre dientes con toda la impotencia del mundo. La otra sonrió—. Dime que no ha sido Ethan.

—No, tranquila. Ojalá pudiera decir que sí, pero me temo que vuestra amistad puede continuar. Me lo contó Derek. —No solo la amenazaba de forma indirecta, también tenía la cara de hablarle con chulería. Tenía suerte de que Kai fuera pacífica y supiera controlar bien sus impulsos, porque no estaba siendo nada fácil contenerse—. Y debo decirte que esa lista va a llevarte a tu perdición, y a la de tu relación con Steve. Pero eso te lo dejo para ti sola.

Se separó de golpe con satisfacción, un sentimiento que le sabía a gloria, pero que a su vez no tenía necesidad de sentir. Si alguien le hubiera preguntado el porqué de aquellas palabras, seguramente no hubiera sabido responder, pero le apetecía ser mala con Kai. No la tragaba, nunca lo había hecho y no iba a permitir que las cosas le fueran bien. Su orgullo no le dejaba. La otra, en cambio, no reprimió las lágrimas silenciosas y llenas de rabia que bajaban lentamente por su mejilla. La dejó marchar porque no tenía fuerzas para continuar hablando con ella, no quería siquiera seguir oyendo su voz.

Una parte de ella le decía que no se preocupara, que el tema de la lista no era tan preocupante como le había hecho creer ella o Derek, ambos eran igual de repulsivos. Y, en cambio, otra parte le advertía que no siguiera, que algo malo acechaba y no habría retorno.

La última vez que ambos hicieron aquel camino en coche no eran conscientes de lo que sucedería después y ahora estaban de vuelta en una situación completamente distinta a la que era. Con otra diferencia, esta vez era Kai la que conducía, aunque el coche fuera de Steve.

—Sigo sin creerme que no me hayas dicho que tienes el carnet.

—No te lo he dicho porque nunca me lo has preguntado, pero me lo saqué hace dos años. Solo que dejo el coche en casa, prefiero ir a pie a los sitios.

—Pero es un dato que no sé, debería ser importante saber.

—Depende de para quien. De hecho, hay muchas cosas que no sé de ti, o que tú no sabes de mí. Por ejemplo, ¿cuándo es tu cumpleaños? Sigo sin saberlo y creo que es importante.

—Eso es cierto, aunque te advierto que no es algo que me guste celebrar, pero es el cuatro de diciembre.

—¡¿Qué?! —exclamó ella dejando por unos segundos la vista de la carretera para mirar a su copiloto que se sobresaltó—. ¿Me estás diciendo que tu cumpleaños es la semana que viene y me acabo de enterar? —Él asintió, como si la situación fuera algo normal para él, cosa que no era para la chica—. Dios, Steve, tengo muy poco tiempo para buscar un regalo.

—Tampoco me hace falta, con pasarlo contigo me conformo.

Ella volvió a derretirse al oír aquellas palabras y al ver la sonrisa que le dedicaba, era tan tierno y tan sencillo muchas veces. Poca gente daba más importancia a un acto que a un objeto físico.

—Aun así, recibirás algún detalle de mi parte.

—Está bien, como quieras. Pero hazlo porque quieres, no por obligación.

Luego él le preguntó por el suyo, pero al ser en febrero aseguró que todavía quedaba mucho y ya pensaría algo si le hacía tanta ilusión celebrarlo. Aunque él no le diera mucha importancia a ese día, le alegraba ver como la niña interior de Kai se despertaba. Quería hacerla vivir todas las veces que pudiera.

—Hablando de cumpleaños, el sábado es el de Alana. —Se produjo un silencio, el tema de la muerte estaba bastante reciente en sus vidas—. Quiero decir que, solemos ir al cementerio a poner flores. Si no te apetece venir puedes quedarte en casa, sé que no es algo que te afecte y tal. —Pero el rubio no se lo pensó dos veces, puso su mano en la pierna de ella como símbolo de apoyo.

—Iré. Tú viniste a Nueva Jersey por Alyn y por mí, necesitas mi apoyo igual que yo necesité el tuyo. ¿Qué clase de persona sería si no fuera? Además, me apetece mucho, sé que es algo importante para ti.

Si no hubiera estado conduciendo se le hubieran caído las lágrimas, pero debía seguir recto, así que se contuvo, esbozando una sonrisa que dejaba ver la emoción que sentía. En aquel momento se le pasaron por la cabeza dos palabras, pero que todavía le daba demasiado miedo pronunciar. Quizás era demasiado pronto para decir “Te quiero”, por mucho que en su mirada leyera un “Y yo a ti”.

CAPÍTULO 31

Cuida lo que quieres, es carísimo
perder lo que no tiene precio.
El Principito

Alyn se volvió a revisar en el espejo de su habitación. No quería excederse a la hora de ir arreglada, pero tampoco deseaba quedarse corta y que pareciera que iba con lo primero que había encontrado, porque no era para nada así. Llevaba más de dos horas escogiendo un conjunto.

En esos momentos lucía un hermoso mono largo, con las piernas un poco acampanadas y de tirantes, de un color azul marino. Su calzado consistía en unas botas blancas con tacón. El pelo le caía por los hombros, en cascada, completamente suelto, mientras que para su rostro había escogido un maquillaje natural y poco notorio.

Era el vigésimo o trigésimo conjunto que se probaba y apenas le quedaba tiempo antes de que Newen la pasara a recoger. Estaba frustrada y ni siquiera podía gritar, ya que no quería molestar al resto de habitaciones. O, mejor dicho, Alyn no quería preocupar a nadie en general. Habían sido días repletos de ello y estaba cansada.

—Estás preciosa —la voz grave y masculina hizo que diera un respingo al tiempo que posaba la mano en su pecho y se giraba hacia él.

Newen descansaba en el umbral de la puerta con los brazos cruzados y una sonrisa divertida. Toda su porte resaltaba más con ese conjunto. Unos pantalones tejanos negros y una camisa blanca elegante; todo junto a una americana negra. Parecía todo un galán,

pero con un aire informal por el estilo del pantalón y por su pelo completamente despeinado.

—¿Tú no sabes hacerte notar un poco en vez de dar esos sustos? —le reprochó ella.

—Por como me comías de arriba abajo con la mirada, creo que notar sí que me hago notar —atacó con una sonrisa pícara que provocó un sonrojo en Alyn. Esta volvió su vista al espejo.

—Imbécil —murmuró por lo bajo y Newen rio.

Fue entonces cuando sus ojos percibieron el desastre en el que se había convertido la habitación. Ropa desperdigada por las esquinas, todo lo contrario al control y orden dominante en la chica. Eso le asombró. Se había tomado en serio –demasiado– esta cena. Se dio cuenta de que la castaña realmente estaba insegura.

Por ello se acercó con sigilo hasta que llegó a su espalda. La abrazó por detrás sin dudar y apoyó el mentón en su hombro, mirándola a través del espejo. Alyn reaccionó ante su contacto, posando sus manos sobre las de él, en su abdomen.

—Estás preciosa —repitió, en un susurro, al oído y sus labios rozaron su lóbulo, causando un hormigueo en la piel de la chica. Después de todos los momentos juntos, aún conseguía dejarla sin respiración.

—¿De verdad?

Él asintió antes de hundir su rostro en el cuello de Alyn y comenzar a dejar suaves besos. Esta le dejó más acceso, encantada con sus mimos, pero no paró de observarse en el espejo. Y, sin importarle romper el ambiente, se separó bruscamente encaminándose al armario.

—No, estoy fatal —aseguró.

—Alyn. —Newen la tomó del brazo antes de que esta alcanzara la puerta del armario y la giró para que quedara delante de él, pegada a su cuerpo—. Estás increíble.

—¿No crees que voy demasiado arreglada? —preguntó insegura antes de morderse el labio inferior.

—No.

—Pero, a lo mejor…

—Vas completamente hermosa, como siempre —la interrumpió tomándola de las caderas para acercarla más—. Eres hermosa —recalcó, logrando que la chica volviera a sonrojarse.

—Por estas cosas te quiero —le susurró acercando sus labios a los de él, sin necesidad de ponerse de puntillas gracias al tacón.

—Y yo a ti —añadió en el mismo tono antes de que sus bocas encontraran el contacto.

Al separarse, Newen acarició con ternura la mejilla de la chica y la escrutó. Alyn vio el interrogante retenido en sus ojos. Soltó un suspiro.

—Haz la pregunta, hazla ya. —El chico realizó una mueca apenada antes de obedecer.

—¿Cómo estás? —cuestionó, como los últimos días. La ojiazul se encogió de hombros para después añadir:

—Peor que mañana, pero mejor que ayer —confesó—. Lo voy asimilando, poco a poco.

Newen no podía evitar la preocupación. Era normal, obviamente, pero aun así prefería no verla decaída. Por ello siempre intentaba animarla y no recordarle el tema.

—¿Seguro que no quieres pasar Acción de Gracias en casa de tus padres? Aunque sea solo por Lena —quiso asegurarse—. No es que no quiera que vengas a mi casa —aclaró—, estoy deseando que conozcas a mis padres, pero…

—Estoy segura —lo interrumpió—. He comido con Lena hoy. Sigue de acuerdo conmigo en que no es un buen momento como para hacer una cena llena de reproches y discusiones.

El castaño asintió antes de dejar un suave beso en su frente para después indicarle que tomara sus cosas, que se marchaban. La chica le sonrió y posó sus labios en los del chico, en un casto beso. Unos instantes después, con sus pertenencias en las manos, se fueron.

Newen aparcó delante de una casa de Brooklyn, detrás de un coche negro. Alyn observó la fachada de los Brown y con ese simple acto se dio cuenta de que era, como máximo, la mitad de grande de la de sus padres. Lo notó extraño, pero agradable, como si ellos no

necesitaran más metros cuadrados con tal de tenerse cerca. Algo de lo que carecía su hogar en Queens.

Cuando bajó del coche un pensamiento, que había intentado evitar desde que había aceptado la propuesta de Newen de venir a esta celebración, se apoderó de su mente. Emily. Era consciente de que iba a estar presente, era la hermana de su… su algo indefinido, pero intenso. Había aguantado mucho por parte de ella y cuando, tras la ruptura con Steve, pensó que al fin se libraría de ella, aquí se encontraba. Ligada al hermano mayor de esta y a punto de pasar una celebración familiar con Emily. Alyn se prometió a sí misma hacerlo por Newen, por ese chico que tanto había hecho por ella.

Le sorprendió ver que, a diferencia de ella cuando fueron a comer a Queens, el castaño abría la puerta con sus llaves. Con total confianza. La dejó pasar antes que él, quién ni se molestó en avisar de que habían llegado mientras dejaban los abrigos en un perchero. Simplemente, tomó la mano de Alyn y la guió fuera del recibidor, hacia el interior de la casa.

La castaña analizó todo mientras avanzaba. No había muebles de la misma familia, creando un patrón y estilo. Los colores no eran fríos como los blancos, grises y negros de su casa. La casa de los Brown era digna de una revista de decoración abstracta, pero que complementaba, y con su gran ambiente hogareño. Aquello le recordó al piso de Newen. Alyn sintió que se encontraba en un hogar y, anteriormente, solo lo había hecho en casa de su abuela.

Unas voces resonaron desde la cocina, así que, sin dudarlo, el chico se encaminó hacia ellas. Al abrir la puerta de vaivén, una estampa completamente distinta de lo que se había imaginado la chica apareció ante sus ojos. Sin embargo, para Ethan era de lo más normal.

Nanurjuk y William cocinaban codo con codo en la encimera de la cocina. Aunque, la mujer, parecía más bien jugar con la masa cruda de uno de los platos. Pasó el dedo por el borde del bol antes de acercarlo al rostro del hombre, quien retrocedió.

—Amor, aparta eso —se quejó este, agarrando la muñeca de Nanurjuk, aunque en su rostro tenía formada una sonrisa.

—¿Por qué? ¿Tienes miedo de que haga… —hizo una pausa que aprovechó para, con la mano contraria, repetir la acción del bol— esto? —concluyó manchándole la nariz de masa. Él resopló conteniendo la risa; al contrario de ella, quién dejó escapar una carcajada.

Alyn miró a Ethan, quién mantenía una sonrisa ante la escena. Por ese simple acto, la castaña no pudo evitar formar otra igual. No dio tiempo a nada más antes de que la mujer notara la presencia de ambos, por lo que cesó la risa de golpe.

—Newen —lo nombró antes de apartarse del brazo de William, quién la había abrazado, para ir hacia su hijo—. Mi mini artista —añadió abrazándolo con fuerza.

Nanurjuk destacaba. Esa fue la primera cosa clara que tuvo Alyn en cuanto la vio. Su tez más oscura, más su pelo castaño oscuro y los ojos del mismo color. Aunque, junto a Ethan, lo que más resaltaba era la estatura, un poco más baja que la media. Era por eso que la castaña tuvo que reprimir una risa al ver el cuerpo encobrado hacia delante del chico.

—Hola, mamá —saludó este una vez se separó. Aún mantenía la sonrisa.

—Hola, cariño —saludó de vuelta antes de fruncir el ceño al detectar algo que no le agradaba. Se puso de puntillas para después añadir, en tono de reprimenda—: Pero mira cómo traes el pelo, hecho un desastre. No te cuesta peinarte, aunque sea con los dedos.

—Mamá —murmuró entre dientes mientras intentaba apartar las manos de la mujer. Alyn apretó los labios, aguantándose la risa—. Me estás avergonzando.

Esas palabras surtieron efecto, ya que detuvo sus dedos al tiempo que giraba el rostro hacia la figura que había permanecido al lado de su hijo durante toda la escena. Alyn sintió los nervios apoderarse de ella bruscamente y tan solo por una mirada de Nanurjuk. Conocer a los padres de Ethan era un paso importante. Era consciente que él ya había conocido a los suyos, pero en ese entonces ni siquiera se habían besado. En cambio, ahora… bueno, tenían esa unión íntima.

—Tú debes de ser Alyn —comentó Nanurjuk dando un paso en su dirección. La castaña asintió sin emitir palabra—. Me han hablado de

ti. —La mujer le hizo un repaso de arriba abajo, pero no de forma despectiva, antes de añadir con una amplia sonrisa—: Pero Newen nunca me dijo que fueras tan preciosa.

—Gracias, señora Brown.

—Oh, no, de eso nada —negó ofendida—. Llámame Nanurjuk, que es mi nombre completo, o Nanu. —Alyn volvió a asentir—. Estoy encantada de conocerte al fin.

Sin darle tiempo a hablar, sintió los brazos de la mujer rodeándola. Solo pudo ver, al tiempo que correspondía, como Ethan sonreía emocionado por la escena. A unos metros de distancia, William observaba también, pero este con diversión.

—Y este es mi marido, William —le presentó su esposa, una vez se separó de ella. El nombrado avanzó hasta alcanzar a la mujer. Volvió a tomarla de la cintura en un movimiento inconsciente.

—Llámame Will.

—Encantada, Will. —Aceptó la mano del hombre con nerviosismo y temblor.

—¿Y Emily? —preguntó, Ethan, mientras unía su mano con la de Alyn, ese acto la tranquilizó, aunque al nombrar a su hermana toda la tensión se implantó en sus hombros.

—Aún no ha llegado, pero no debe quedarle mucho —respondió su padre.

—¿Por qué no, de mientras, le enseñas tu habitación a Alyn? —sugirió su madre. Ethan le lanzó una mirada interrogante, cuestionándole. Esta simplemente se encogió de hombros.

—Está bien.

Guiándola por sus manos aún unidas, se dispuso a abandonar la cocina. Sin embargo, Alyn decidió mirar por última vez a esos adultos que, por la escena que había presenciado, parecían dos adolescentes. Fue entonces cuando notó una expresión extraña en sus rostros, una que intentaron disimular al notar su mirada.

Aquello le extrañó, pero se olvidó de ello en cuanto traspasó la puerta de la antigua habitación de Ethan. Todo gritaba su nombre: cada mueble, cada pared, cada objeto, cada esquina… Todo. Desde los muebles de diferentes estilos, al igual que en su casa, hasta el material artístico. Pero, lo que más destacaba, y de lo cual Alyn no

pudo apartar la mirada durante varios segundos, fueron las paredes. Estaban pintadas y no con una simple capa de pintura, sino con diversos dibujos esparcidos por toda la superficie.

—¿Los has hecho tú? —preguntó mirándolo de soslayo por encima de su hombro.

—Empecé cuando tenía once años —explicó sentándose en el borde de su cama—. Fue algo pequeño y en una esquina. Después con los años he ido añadiendo hasta que hice el último. Fue el mismo día que me fui. —Alyn revisó las paredes en silencio y cuando lo encontró no le hizo falta preguntar.

—Este —señaló.

—¿Qué lo ha delatado? —bromeó. Ella rio encogiéndose de hombros.

El dibujo consistía en la buhardilla que ahora poseía en su apartamento; sin embargo, no era como la tenía actualmente, sino como esperaba organizarla una vez la hiciese suya. Como si fuera un deseo plasmado en la pared. Alyn sonrió ante la pintura antes de acercarse a él y sentarse sobre su regazo, acción que sorprendió al chico.

—Deberías hacer esto en tu apartamento, es muy bonito —le aconsejó, mientras acariciaba su pelo en la nuca—. Es como contar una historia, tu historia. Aunque un dibujo sea de lo más absurdo y parezca que no tiene sentido, en verdad hay algo detrás que te ha empujado a crearlo. Y eso ya es parte de tu vida.

—Joder, Alyn, no sé qué decir —confesó—. Amo cuando hablas así y más cuando veo cómo te brillan los ojos con el tema del arte. —Esta se sonrojó. Newen aprovechó su mudez para acercar sus labios a los de la chica.

Sus bocas se saborearon con lentitud, llevando el beso a la ternura. Sus lenguas se encontraron y acariciaron con dulzura. Era un beso romántico, de los que Alyn había visto en las películas. Ambos sintieron que era perfecto, que ellos juntos lo eran.

—Mierda —murmuró sobre los labios de la chica cuando se separó por culpa del ruido de la puerta principal—. Tenemos que dejar esto aquí, pequeña loca, por más que desearía seguir. —Alzó las caderas

provocándole. Ella le dio un golpe en el hombro antes de ponerse en pie—. Vamos, acaba de llegar mi hermana.

Ante la mención de Emily, Alyn volvió a tensarse, pero se obligó a, dos pasos por detrás de Ethan, cerrar los ojos por unos segundos y realizar unas cuantas respiraciones. Ya había tenido suficiente drama estos días, no quería más y menos con una persona como Emily. No merecía la pena.

Cuando se adentraron al comedor, los padres de Ethan hablaban con su hija pequeña, quien al ver a su hermano salió disparada a abrazarlo, apartándolo de la chica. No lo tomó como un ataque, simplemente sonrió a los señores Brown y esperó a que el chico, quién estaba encantado con la presencia de su hermana pequeña, terminará de saludarla.

—Oh, Alyn, hola —saludó la chica acercándose a ella. Ambas fingían su mejor sonrisa, aunque detrás de sus miradas se notaba el disgusto ante la otra—. Mi hermano me dijo que vendrías, pero no que lo harías viniendo tan guapa. —Había una pulla entre líneas que solo la castaña reconoció—. Vas tan ideal para el día de hoy. —No cayó.

—Gracias —agradeció sin borrar la sonrisa de su rostro—. A ti también te sienta de maravilla ese vestido —elogió de vuelta. Hubo un enfrentamiento corto de miradas y sonrisas que se vio interrumpido por la voz de Ethan.

—Mamá, ¿por qué hay seis platos si somos cinco? —cuestionó mirando la mesa y causando que todos hicieran lo mismo. Todos menos Emily, que se apresuró a responder por la mujer.

—Es que falta mi acompañante.

—¿Tu acompañante? ¿Es tu forma de decirme que tienes nuevo novio? —preguntó, sacando su vena protectora. Confiaba en ella, sabía que era capaz de tomar sus propias decisiones, pero después de su última experiencia le preocupaba que su hermana volviera a sufrir.

—No, no, nada de eso —aseguró. En su rostro se fue formando una sonrisa, lentamente y cada vez más amplia. Algo se removió en el estómago de Alyn, por lo que entrelazó su mano con la de Ethan, esperando que eso la calmara—. Es… una sorpresita —dijo mirando

directamente a su hermano—. Para más de una persona —añadió, esta vez con los ojos clavados en los de Alyn. Su sonrisa no se aflojó ni por el sonido del timbre; al contrario, se pronunció—. Ahí está —concluyó antes de encaminarse a la puerta principal.

—¿Vosotros sabéis quién es? —cuestionó el castaño a sus padres.

—Ni idea, mi niño —le respondió su madre—. No ha querido decirnos nada, solo que contáramos con una persona más.

El cuerpo de Alyn seguía revuelto y Ethan notó como se tensaba, por lo que comenzó a acariciar el dorso de su mano con el pulgar. Cuando Emily se adentró de nuevo al comedor y se posicionó a un lado de la puerta, la miraron extrañados. Extendió sus brazos hacia la puerta antes de gritar:

—¡Sorpresaaa!

La persona surgió de entre las sombras, traspasando el umbral.

A Ethan se le vino el mundo encima.

CAPÍTULO 32

Me gusta la gente capaz de entender que el mayor error del ser humano, es intentar sacarse de la cabeza aquello que no sale del corazón.
Mario Benedetti

En repetidas ocasiones, Kai afirmaba adorar a su familia y quererla con todo su corazón, pero eso no quería decir que no se muriera de vergüenza por tener que presentarles a Steve. Ya no solo se trataba de sus padres, también estarían sus abuelos paternos, algunos de sus tíos que vivían por los alrededores y la inesperada visita de su tía de Hawái, la cual desde que se divorció parecía que acabase de descubrir el mundo. Solo de recordar cómo se pusieron todos el día que presentó a Ethan por primera vez ya le hacía sudar de los nervios. Sabía que esta vez sería peor, ya que su madre se encargó de que todos los invitados conocieran el nombre de su acompañante por adelantado.

La mañana de Acción de Gracias siempre era un alboroto, sobre todo, por parte de Lia que no se permitía ni un solo fallo. Kai creía firmemente que para su madre era uno de sus días favoritos, porque era de los pocos en los que podía sacar la vajilla de la que tanto presumía, así como las servilletas de lino, el mantel a juego y demás decoraciones que guardaba en el garaje. De hecho, esa fue la tarea de su marido y de Steve: sacar las cajas del garaje.

—Y ya que estáis, pasad un trapo con agua, deben tener polvo. Ah, sí, también aprovechad y sacad todo lo de Navidad, en nada ya empezaremos a montar el árbol.

Eso fue lo que dijo la mujer antes de dejar que marcharan a su cometido, mientras tanto ella se quedaría con su hija arriba. Siendo sinceros, y Kai lo sabía, aquello era una excusa para procurar que su marido no estorbara en la preparación del acto.

—Los hombres no tienen sentido del gusto. Si por tu padre fuera nos limpiaríamos con servilletas de papel —decía continuamente.

—No todos los hombres son así, mamá.

—¡Ja! Ya me lo dirás cuando tengas mi edad.

Pero la chica nunca se esforzaba en llevarle la contraría, era inútil.

Quizás, para Steve, fue mejor bajar a quedarse arriba. Lia era una mujer encantadora y muy graciosa, pero tenía un carácter difícil de dominar, además de una obsesión insana por controlarlo todo, en eso le recordaba bastante a Alyn y se echó a reír. Por un momento, pensó en ella y en cómo se encontraría, iba a llamarla, pero cuando terminara todo. Desde lo ocurrido, quería estar pendiente de su amiga, había sido un golpe duro para ella y aunque confiara en que los Brown estarían cuidando de ella lo mejor posible, le era difícil no preocuparse igual.

Richard parecía haber salido de un cuento infantil, si el rubio hubiera creído en los misticismos hubiera dicho que se le podía ver el aura bien pura, aquello le recordó a William, el padre de Emily, con el que se llevaba de maravilla y al que no volvería a ver. Le dolía un poco pensarlo, pero Richard y Lia también le daban buenas sensaciones. ¿Conocerían a los Brown? Seguro que sí, teniendo en cuenta la fuerte relación de sus hijos. Se imaginó cómo sería una cena con las dos parejas juntas y la verdad es que le hizo bastante gracia.

Y pensar que él nunca había vivido algo así, ni lo viviría. Sus padres eran muy sociables, pero sus cenas con amigos se centraban más en negocios que en temas lúdicos, nada que ver. Suerte que Regina estaba siempre a su lado en aquellas situaciones, con ella se le hacía más fácil tragar las reuniones que disfrazaban con el nombre de "Cena de Amigos".

La voz del hombre fue la que lo sacó de sus pensamientos.

—¿Puedes ayudarme? —Steve asintió y rápidamente bajó una caja de cartón en la que estaba escrito *Navidad*, con letras grandes—.

Gracias, chico.

Ambos se sentaron en una pequeña mesa del garaje para limpiar los objetos llenos de polvo, primero empezaron por la de Acción de Gracias. Eran dos cajas hasta arriba de guirnaldas, servilletas, flores de plástico, figuritas hawaianas y demás cosas que Steve no había visto nunca. Pero sacó una cosa que sí que le llamó la atención, se trataba de una guirnalda de bellotas que sin duda estaba hecha a mano. Sonrío, porque eso formaba parte de Kai, le recordó a su habitación y como estaba llena de ellas.

—Era de Alana —puntualizó el padre con algo de nostalgia.

—Kai también las hace.

—Lo sé. Kai hace todo lo que hacía su hermana. —Sonrío, pero al instante se reflejó seriedad en su rostro—. A veces me preocupa. —Miró al joven que no entendía muy bien a quién se refería—. Kai, digo —aclaró—. Es como si se esforzara en vivir la vida que su hermana quiso, olvidándose de la suya propia. Muchas veces me pregunto si tendrá metas que a ella le hagan feliz, no las de Alana. No lo sé, ella cree que somos nosotros los que todavía no hemos superado lo de la pérdida, pero yo creo que quien peor lo lleva es ella. Pero no la culpo, en parte, es culpa nuestra por centrarnos más en su hermana. Sé que no lo dice, pero le duele.

—Ella sabe que era lo mejor que podíais hacer, no sería capaz de culparos por ello.

—Ya, pero indirectamente siente que no la queremos por igual. No pudimos darle todo el cariño que merecía. —Steve fue a rebatirle, pero él se adelantó—. Dime entonces por qué hace todo lo que su hermana hacía.

Buscaba la aprobación constante de sus padres, de su alrededor. En la lógica de Kai, funcionaba así, si a Alana le fue bien, ¿por qué a ella no?

—Las comparábamos mucho cuando eran pequeñas. Nos arrepentimos mucho de ello. —Miró de nuevo al chico, pero este no supo que contestar, tampoco quería decir nada que pudiera ofenderle, pero la expresión del padre cambió de nuevo y volvió a dibujar una sonrisa en su rostro—. Aun así, me alegro de que Kai tenga buenos amigos. Sois lo único que le pertenece solo a ella,

estoy seguro de que solo por eso os cuidará como si fuerais su mayor tesoro.

Lo último enterneció al rubio porque era cierto, se curaba de que tanto él, como Ethan, Harriet y Alyn estuvieran siempre bien. Por esa razón nunca se quejaba por consolar a los demás, ni se enfadaba con nadie, los toleraba a todos y les abría su confianza de par en par. Pero, si no hubiera sido por Richard, ¿cuándo se hubiera enterado de eso? Kai tendía a crear confianza, pero apenas confiaba en los demás cuando se trataba de algo más profundo. Y luego estaba todo lo de Alana. ¿Era cierto lo que había dicho su padre? Siempre le parecía que era única en personalidad, pero al parecer solo era lo que su hermana no pudo llegar a ser. Sabía que el tema de la lista a veces dictaminaba su vida, pero, ¿realmente llegaba a tanto?

Empezaron a salir platos y más platos, tan solo eran diez, pero parecía que fueran a alimentar a todo el barrio, de hecho Steve no iba del todo equivocado en su pensamiento.

—La comida que sobra la llevamos al comedor social —le contó Kai. Entonces él lo entendió todo.

Al principio no fue tan incómodo para ella, se lo había imaginado peor. Hasta que empezaron a comer, ahí salieron las preguntas que nadie quiere responder, porque antes de interesarse por los estudios, su tía Ani prefirió preguntar si tenían pensado casarse. La morena no puedo evitar atragantarse al oír la pregunta y Steve no sabía si reír o asustarse. Después de eso ya se centró en preguntas más realistas. Acabado el postre, Lia tuvo la maravillosa idea de sacar un álbum de fotos.

—Mamá, te voy a matar.

Fue lo único que Kai pudo decir, pero no sirvió para nada, cuando se pudo dar cuenta ya tenía a su madre, a su tía y a su abuela junto al chico enseñándole el repertorio fotográfico de cuando era pequeña.

—Tranquila, cariño. A mí me hicieron lo mismo veinticinco años atrás —le consoló el padre.

Acto seguido se fueron al jardín con los familiares por parte de él. Con ellos se inspiraba tranquilidad, la familia Scott siempre desprendía paz allá donde fuera. Menos Eleanor, su abuela, que era más parecida a su nuera, aun no siendo su hija directa. La familia de su madre, en cambio, era más vivaracha y liberal, pero siempre lo achacaban al estilo de vida de la isla.

Aunque Kai creyera lo contrario, Steve se lo estaba pasando en grande con aquellas tres mujeres. No dejaban de contarle anécdotas sobre la infancia de la chica, junto con fotos en las que salía realmente preciosa. En varias ocasiones, Ani fue la que dejó ir algún comentario amenazante para luego ponerse a reír. El rubio sintió miedo a veces. Entonces siguieron con lo suyo hasta sacar una fotografía donde salían dos niñas sonriendo a cámara, una con los ojos grises y el cabello negro, la cual debía ser Kai, y otra de tez más oscura, ojos castaños y cabello castaño. Esa debía ser Alana, lo supo gracias a la cantidad de fotos que tenían suyas por toda la casa. Fue el comentario de Lia y la respuesta de su suegra lo que llamó la atención del rubio.

—Aquel día Alana estaba muy guapa.

—Y Kai también. Ambas estaban siempre guapas —respondió la abuela.

Y el rostro de la madre se ensombreció un poco.

Sobre las siete empezaron a marcharse todos, menos Ani que no volvía a Hawái hasta el lunes. Cenaron los cinco que quedaban, pero estaban tan agotados por la faena de todo el día que no tardaron en retirarse a sus habitaciones poco después. Kai y Steve estuvieron largo rato tumbados en la cama comentando todo lo que había pasado aquel día, ella le pidió mil veces perdón por todos los comentarios que pudiera haber oído y él se rio mil veces más, asegurando que no le importaba. Se sintió muy afortunada de tenerlo.

—Me alegra de que lo hayas pasado bien, entonces.

—Ha sido curioso, pero divertido.

—Oye, ¿de verdad no te importa venir mañana al cementerio? No quiero obligarte. —El rubio la rodeó con los brazos y luego le dedicó un beso en la frente.

—De verdad, estaré contigo. —E iba a estarlo, pero también empezaba a plantearse una seria conversación sobre el tema. Necesitaba saber cómo se sentía ella, qué era lo que no la dejaba avanzar.

Después de eso entraron en un bucle de besos y abrazos que terminó de la mejor manera posible, sin hacer mucho ruido por no despertar a los que dormían al lado. Poco después ella se inundó en el sueño y él se quedó pensando.

Cuando esta se despertó, notó que tenía demasiado espacio en la cama. Abrió los ojos al instante y no vio a nadie a su lado, Steve estaba sentado en la silla del escritorio y entre sus manos sostenía una cartulina. Una cartulina morada. Una cartulina morada que Kai había releído cientos de veces.

—¿Steve? —preguntó aún adormecida. ¿De dónde había sacado eso?

—Deseo número trece: "Provocar una ruptura". Con la fecha de Halloween al lado. ¿Por qué?

—Vale, escúchame…

Pero él no sabía si quería.

CAPÍTULO 33

Y entonces supe que tu amor nunca
fue mío. Mía fue la ilusión.
Frida Kahlo

—¡Mi amor! —la voz aguda de aquella chica se coló por todos los rincones del comedor silencioso. Corrió hacia Ethan para abrazarlo. Él correspondió al instante.

La cabeza de Alyn daba vueltas y vueltas, mientras que se repetía mentalmente que debía mantener la calma, que no todo lo que se ve a simple vista resulta ser. No iba a martirizarse, no hasta aclarar las cosas.

Ese objetivo se esfumó a los pocos segundos.

—No sabes lo que te he echado de menos —añadió la morena mientras apartaba el rostro del pecho del castaño.

Se alzó en las puntas de los pies y juntó sus labios con los de Ethan. Fue en ese preciso momento, en ese escaso segundo, en el que todo para Alyn se derrumbó. Sintió que su alrededor temblaba, sus pulmones no recibían aire y su mirada se nublaba viendo como aquel chico que tanto quería, que tanto había marcado para ella, seguía el beso.

En automático su mirada se dirigió a los dos adultos, aquellos que le habían dado la bienvenida con una sonrisa. Esta ya no existía, había sido substituida por una mirada cargada de pena, culpa y disculpas. Lo sabían. Obvio que lo sabían. Sin embargo, la mirada que más grabada se le quedó fue la de Emily. Tenía sus ojos fijos en Alyn y sus labios curvados en una sonrisa de suficiencia, de satisfacción. Un rostro de victoria.

Por último, y más doloroso, sus ojos volvieron al chico. Este la miraba por encima de la cabeza de aquella chica, de la cual aún no sabía el nombre, ni deseaba hacerlo. Ethan la miró con la culpa y el dolor desbordando, pero su cuerpo no se movió y sus labios tampoco. En su mente se torturaba, no quería que eso estuviera ocurriendo. No quería hacerle esto a Alyn, pero sabía que no le quedaba otra opción.

Alyn no aguantó más. Sus pies se movieron en grandes zancadas hasta la puerta principal, cogiendo su abrigo por el camino. Salió de aquella casa y caminó calle abajo mientras intentaba respirar con normalidad, pero las lágrimas ya habían salido y con ellas los sollozos. Sintió como su corazón se partía, una sensación que nunca pensó que se sentiría tan literal, pero fue así. Todo se había partido en millones de pedazos.

—¡Alyn!

Los pies le dolían por el fuerte de su caminar y las piernas le temblaban tanto, como toda ella, que creía que no llegaría al metro, que antes se derrumbaría sobre la acera. No tenía fuerzas. Poco a poco se iba vaciando, los sentimientos alegres escapaban por las grietas y solo quedaba el dolor.

—¡Alyn!

Ethan corría detrás de ella, ya que había tenido que dedicar un minuto a disculparse con los presentes en casa para poder salir tras ella. Él sentía un abismo a sus pies, notaba que se encontraba en el borde de un acantilado y que, si no solucionaba aquello, caería por él.

—Alyn —repitió por tercera vez, llegando a ella y posicionándose delante, impidiéndole el paso. Intentó tomarla de la mano, pero esta se zafó con un movimiento brusco—. Déjame explicártelo —pidió jadeante, pero con suavidad.

Esas simples dos palabras encendieron a la chica.

—¡¿Explicármelo?! —gritó al tiempo que le daba un empujón. En otras circunstancias, Ethan no se hubiera movido, ya que ella no tenía la fuerza suficiente, pero se dejó arrastrar hacia atrás—. ¡¿Explicarme qué?! ¡¿Qué me has engañado, qué me has utilizado para entretenerte mientras tu novia estaba lejos?! —Todo lo que

soltaba iba clavándose en su pecho con más fuerza, más profundo —. Que me has mentido.

—No es verdad, no te he utilizado —afirmó con seguridad. Le dolió que ella pensara eso, pero la comprendía. No la había utilizado, de eso estaba completamente seguro y quería hacérselo saber—. Y no te he mentido, solo…

—Ah, ¿no? —interrumpió con sorna—. ¿Y tú cómo le llamas a hacerme pensar que estabas soltero, a coquetearme, a besarme, a follarme y a hacerme creer que… —las palabras se le atascaron en la garganta— …que tú… tú me querías?

—Sí te quiero, Alyn —contestó desesperado, al tiempo que daba un paso hacia adelante, pero ella retrocedió dos, alejándose.

—Ya no te creo.

—Déjame explica…

—Respóndeme a una pregunta —pidió con dolor; sus lágrimas abandonando sus ojos sin control y los sollozos entremezclándose con su voz —, solo una. —El chico guardó silencio, aunque un nudo se implantó en su garganta. Ella se lo tomó como una incitación a hablar—. ¿Alguna vez, desde que… —no sabía cómo calificarlo, por lo que añadió, señalando a ambos—: esto empezó, te has planteado romper con ella para salir conmigo?

La pregunta, junto con su rostro empapado, sus sollozos, su cuerpo temblando… toda ella destrozada por su culpa, hicieron que Ethan sintiera que el final estaba cerca. Y aún más con la respuesta que debía darle. Aquella que Alyn adivinó con solo mirar su expresión.

—Se sincero, por favor —suplicó con un hilo de voz. Algo en su interior quería escucharlo.

—No.

Vacío. Con esas dos letras, Alyn sintió el vacío llenándolo todo, apoderándose de ella.

Caída. Con su propia respuesta, Ethan sintió como caía por el acantilado, llegando al fin.

—Pero tiene una explicación —añadió intentando aclararlo.

—No —fue el turno de la chica de negar—. No me importa, no quiero oírla. —Se alejó otro paso y con rencor continuó hablando—:

Vuelve con esa chica y, si aún te queda algo de decencia, cuéntale la verdad.

—Alyn, por favor —suplicó mientras la veía caminar por su lado. En un movimiento desesperado la tomó del brazo, para evitar que se marchara. Si lo hacía sería el fin de verdad y no quería, ni podía perderla.

—¡Suéltame! —chilló al tiempo que se zafaba, nuevamente, de su agarre—. Déjame en paz. No quiero verte más. —Esas frases fueron una estocada en ambos pechos, en el de él y en el de ella.

—No me pidas eso.

Con el dolor más profundo que había sentido, terminó por pronunciar esas palabras que nunca se había planteado decir y que marcaron el final de ese *nosotros* que estaban comenzando a construir.

—Vete de mi vida —su voz se quebró—, Ethan.

Alyn lo miró por última vez antes de rodearlo por completo y retomar su camino.

Esa vez él no se lo impidió, no la detuvo. Se quedó completamente quieto en su lugar, repitiendo las últimas palabras dichas por la chica, en su cabeza. Su segundo nombre saliendo de sus labios, el tono dolido y destrozado con el que lo había pronunciado. Una palabra que supo a despedida.

Él lo había fastidiado, lo había jodido todo. Rompió aquello que había logrado crear junto a aquella chica. Alyn había significado tanto en tan poco tiempo y ahora… Ahora la había perdido. Perdió su aroma, su tacto, sus ojos, su sonrisa, su personalidad, su cariño… Había acabado con todas las sensaciones que ella lograba despertar en él.

Se odió.

Sin embargo, solo echó la vista hacia el camino que estaba recorriendo ella una vez. Lograba verla a lo lejos, como una pequeña mancha en el paisaje. Soltó un gruñido de frustración al tiempo que hundía las manos en su pelo. Tenía ganas de llorar, pero se obligó a respirar hondo y volver a casa. Ahí lo esperaban su familia y… Ikiaq.

Alyn aceleró el paso cuando distinguió la boca de metro delante suyo. Esquivaba a las personas que entraban y salían, y que la

miraban con confusión, preocupación, pena o como si estuviera loca. No le importaba, nada de lo que su alrededor le podía provocar se comparaba con lo que sentía en su interior.

Compró el billete y se apresuró a llegar a la vía, dónde acababa de detenerse el metro. Se adentró en el vagón un instante antes de que las puertas se cerraran a sus espaldas. Por suerte, no había casi gente, ya que la mayoría se encontraba reunida con sus familias para celebrar ese día.

Se sentó en uno de los tantos asientos libres y ahí, tras contenerse ligeramente, lo dejó salir. Las lágrimas salieron con rapidez y los sollozos retumbaban por debajo del ruido de las vías. Apoyó su cabeza en el cristal y cerró los ojos, sintiendo el dolor.

Se había acabado, nada había sido real. Sus palabras, sus sonrisas, sus actos, sus besos, aquellas noches que pasaron juntos, las tardes pintando, las obras sobre la piel… Todos y cada uno de los recuerdos habían quedado manchados y hechos trizas. Cada segundo había sido una mentira. Lo que ella sentía había sido real, pero lo que sentía Ethan fue un engaño.

Le había prometido que no lo perdería y acababa de hacerlo. Había perdido a Newen.

—¿Alyn? —Su nombre sonó a su lado y cuando tuvo el valor de girarse se encontró con unos ojos marrones oscuros mirándola con preocupación. Respondió con un gemido—. ¿Estás bien? ¿Qué ha pasado? —preguntó sentándose a su lado.

Solo contestó a la primera pregunta y con un movimiento de cabeza, antes de dejarse caer en sus brazos. Ahí se desahogó. Ni siquiera supo por qué, supuso que porque no tenía a nadie más. Steve se encontraba en casa de Kai, los mellizos en casa de sus padres, con su familia no podía ir y su abuela… ella ya no estaba.

Estaba sola.

Por ello se lo contó todo a él.

Se aferró a Peter.

CAPÍTULO 34

Noho me ka hau'oli.
(Se feliz)
Proverbio Hawaiiano

Steve se levantó pronto, se quedó un largo rato pensando en un examen que tenía la semana siguiente y al ver que Kai aún tardaría en despertarse optó por sacar los apuntes y repasar un poco. Fue cuando se sentó en la silla del escritorio que se fijó en una cartulina morada que sobresalía un poco de la mesa. No le extrañó que fuera alguna de las manualidades de la morena, de hecho no era una chica muy ordenada y siempre solía dejar sus trabajos de por medio. Con curiosidad e ilusión, desplegó el papel. Entonces vio de que se trataba. Dudó de si debía seguir leyendo o no, pero un fuerte impulso de curiosidad le invadía. Podríamos criticar el acto de Steve, pero la mayoría hubiera seguido y quien diga lo contrario miente.

No estaban todos los puntos marcados, dedujo que los que tenían fecha eran los cumplidos. A cada punto que leía se daba cuenta de la gravedad del caso. No se trataba de deseos como: "Quiero viajar a Londres" o "Quiero un perro que se llame Tobby"; estos iban más allá, estaban hechos para guiar una vida, la vida que aquella pobre adolescente no pudo tener a causa de su enfermedad. Le dolió ver que eligió universidad por su hermana, que se forzó a emborracharse, que dejó ir muchas oportunidades para tener un primer beso, que no pudo escoger cómo perder una de las cosas más importantes que tenemos, que podrían haberla pillado por cometer una ilegalidad, que… que había roto una relación.

Justo se despertó. Quiso darle su derecho a expresarse, a que le diera una razón lo suficientemente buena para convencerle de que no se trataba de su relación con Emily.

—Sé que puede parecer una locura, pero sí, ese era uno de los deseos de Alana y no estoy orgullosa de él, de hecho no quería cumplirlo.

—Pero lo has hecho —le interrumpió. Ella asintió nerviosa—. Dime que no se trataba de mí. —La chica desvió la mirada y no respondió —. Kai, por favor. Mírame a los ojos y asegúrame que no era la mía. —Pero ella siguió sin decir nada.

Steve no necesitó entonces una respuesta verbal, obtuvo toda la información necesaria. Resopló, se llevó las manos a la cabeza, maldijo unas cuantas cosas y, entre todo eso, seguía sin haber palabra por parte de ella, hasta que se levantó para recoger sus cosas.

—No fue queriendo —dijo con un hilo de voz al que el rubio apenas hizo caso—. Reconozco que al principio fue por venganza a Emily, pero no quería hacerte daño a ti.

—No te creo.

—Steve, no me inventé nada, todo lo que te conté fue real, todo lo que te he dicho ha sido de verdad. Quería que ella se sintiera como me sentí yo, pero en ningún momento he querido jugar contigo o mentirte.

—Te disculpas igual que Emily —respondió sin piedad, sabiendo que le dolería.

—Lo siento de veras. —Se acercó a él, casi suplicándole el perdón, con los ojos vidrioso y la necesidad de expresarse como es debido por mucho que le costara.

—Tranquila, era lo que tenías que hacer. Es totalmente comprensible.

Nunca había sido tan frío con nadie ni siquiera con Emily, con ella usaba el sarcasmo y solía reírse de la mayoría de las discusiones, se marchaba, les sacaba importancia; hasta con sus padres solía actuar así. Pero esta vez no le encontraba la gracia por ningún lado, se sentía como cuando te haces un corte tan profundo que ni siquiera sangra, pero te duele más de lo habitual.

De camino a la puerta ella lo siguió, en ningún momento le hizo caso. No quería escuchar nada, ni creer nada de lo que dijera. Tuvo la mala fortuna de encontrarse a Lia en el camino.

—¿Ya te vas? Creía que estarías con nosotros hasta el domingo.

—Eh... Sí, sí, esa era la intención, pero mis padres me necesitan urgentemente en casa —mintió, ya no iba de una más, de hecho tampoco tenía necesidad de expresar enfrente de la familia de Kai cómo se sentía con ella. Algo que agradeció.

—Oh, vaya, pues lo siento. Espero que se solucione pronto.

—Sí, yo también lo espero. —Fingió una sonrisa, se despidió de Kai haciendo ver que nada había pasado y se machó.

Lia tenía aquel sexto sentido que toda madre desarrolla a una cierta edad, sabía que algo había pasado entre ellos; solo con ver la cara de su hija tuvo pistas suficientes, pero no dijo nada.

Habían pasado cinco horas y Kai estaba revuelta por dentro, como si no fuera consciente de lo que acababa de pasar y, como cada veinticuatro de noviembre, se puso frente a la tumba de su hermana y pasó allí un largo rato, cambiando las flores, limpiándola, repasando el relieve, etc. Nunca lo hacía sola, claro, sus familiares más cercanos también iban, era un ritual que ayudaba a mantenerlos a todos unidos. Aunque aquel día, Kai no estaba muy entusiasmada por estar delante de su hermana, sintiéndolo mucho, estaba un poco enfadada con ella. Cuando hubieron terminado de decorar la lápida y su alrededor, la hija aseguró que podían marcharse, que ella quería quedarse un rato más y ya volvería andando a casa. Tampoco estaba muy lejos.

Una vez sola, se sentó frente a esta para dejar ir las lágrimas que llevaba aguantando gran parte del día. Luego lo sacó todo.

—Recuerdo que horas antes de cerrar los ojos me dijiste que pese a todo fuera feliz. Ahora me doy cuenta de que eso era imposible, partiendo de la base en la que me estabas obligando a vivir una vida que no era la mía. ¡Te odio tanto! ¡Joder, estoy tan enfada contigo! Fue muy egoísta por tu parte y yo una tonta por hacerte caso. Gracias, mis objetivos te los debo todos a ti, de hecho tampoco eran

míos, pero, ¿qué se supone que me pertenece? Ah, sí, Ethan, ya le conoces, o Harriet, te he hablado alguna vez de ella; también está Alyn, mi nueva compañera de habitación. Ahora es más bien una amiga, o por lo menos lo será hasta que hable con Steve. —Hizo una pausa para limpiarse las lágrimas con la manga—. Claro, tú no lo sabes, tranquila. Nada que ver con Derek, a él ya lo he superado. Sé que no te caía muy bien, aunque no le has conocido nunca, pero estoy segura de que no lo hubieras tragado. En fin, que conocí a Steve. Tuve mi primer beso con él, aunque esa historia es un poco extraña, ya te la contaré en otro momento. —Se rio al recordarlo—. Pues lo dicho, iba todo genial hasta esta misma mañana. Se ha encontrado tu maldita lista, sí, aquella cartulina arrugada que decidiste entregarme una semana antes de que te fueras. Y no sé si recuerdas el punto número trece, pero créeme que él seguro que no lo olvidará jamás. Está convencido de que rompí su relación solo por venganza y que le he mentido durante este último mes. Lo reconozco, mi idea era vengarme de Emily, la hermana de Ethan, ya sabes, resulta que eran pareja y quise pagarle con la misma moneda. Pero no era consciente de que mientras pensaba en ello, también pensaba en Steve, creo que él me gustaba desde hacía tiempo, solo que no lo sabía. Ahora está enfadado conmigo, no creo que vuelva. Deberías haberlo visto marcharse hoy. He sentido miedo porque no quería perderle, porque creo que le quiero, pero no he tenido valor para decírselo. La última persona a quien se lo dije fue a ti y te fuiste a la mañana siguiente. —De golpe se quedó en silencio esperando alguna respuesta que sabía que nunca llegaría, pero la esperanza es lo último que se pierde—. Dime, ¿qué hago haciendo de mi vida una lista de una chica de dieciséis años que apenas ha salido de un hospital y que se pasaba horas viendo películas? Qué pena debo estar dando culpando a alguien que ya no está, cuando realmente el problema lo tengo yo, solo que no sé reconocerlo.

Kai se levantó como si nada le importara y de camino a casa reflexionó sobre lo que acababa de decirse a sí misma. Es más fácil culpar a los demás que perdonarse a uno mismo.

Cuando llegó a casa cogió una bolsa en la que tiró todo lo que alguna vez fue de su hermana o le recordaba a ella, dejando solo

algún amuleto y fotografías. Luego bajó al bosque que tenía enfrente de casa, donde solía pasar tardes enteras. Allí hizo un pequeño fuego que usó para incinerar todos aquellos recuerdos. Una vez se convirtieron en cenizas, las recogió y las puso dentro de una caja de madera que hizo una vez para usarla de decoración.

Volvió de nuevo al cementerio. Frente a ella, dejó la caja al lado de uno de los ramos.

—Noho me ka hau'oli.

Y se fue de verdad.

CAPÍTULO 35

Es fácil vivir con los ojos cerrados,
interpretando mal todo lo que se ve...
John Lennon

Alyn se encontraba sentada sobre el escritorio, aquel que había vaciado en un momento de rabia el día anterior tirando todo por el suelo. Cualquiera de sus allegados hubiera asegurado que ella no había sido la culpable de tal desorden, pero así era. La chica pensaba que aquello era un reflejo de lo que era en esos momentos su vida. Un desorden constante. Anclada a unos estudios que no quería, sin compañía y con un derrumbe emocional.

Miraba por la ventana, abrazada a sus rodillas, fijándose en las personas que paseaban por la calle o en los alumnos que volvían a las residencias tras la festividad de dos días atrás. Caminaban ajenos a ella, a todo lo que había trascurrido en su vida hacía cuarenta y ocho horas. Alyn se sentía estancada, sin energía, pero aquellas personas seguían como si nada hubiera ocurrido. Y eso también le dolía, porque quería estar igual y no lo lograba.

Escuchó la puerta principal de aquel escueto apartamento que compartía con Kai y supuso que se trataba de ella volviendo de casa de sus padres. Había pasado Acción de Gracias y el día siguiente con ellos, y junto a Steve. O al menos esa había sido la intención antes de que la mentira que ella le había ocultado saliera a la luz. Alyn había llamado al rubio el día anterior para encontrar un refugio y se topó con que a su mejor amigo también le habían engañado, aunque de otra manera.

Unos golpes suaves en la madera hicieron que la castaña apartara la mirada del exterior y la posara en aquella chica de pelo negro que asomaba por la puerta medio abierta de su habitación. Alyn mantuvo el semblante neutral, pero en sus ojos se mostraba la furia. Ver a Kai tan cerca le recordó todo lo que había pasado de golpe, como un tsunami. Y se le oscureció la expresión.

—Hola —saludó, Kai, con cautela, ante el silencio de su compañera. No se atrevió a traspasar el umbral—. Solo quería avisarte de que ya había llegado y saludarte.

—Ya lo has hecho —concluyó mientras volvía a su antigua tarea.

—Alyn… —se silenció a sí misma cuando la nombrada la miró con enfado. Tragó saliva antes de atreverse a continuar—: ¿Podemos hablar? —No quería que las situaciones paralelas con los chicos les afectase a ellas, pero era consciente de que el tema de Ethan, más el de Steve, les tocaría.

Esas palabras causaron que toda contención que estaba teniendo la castaña, ese carácter que solo había sacado con su padre una semana atrás y que se había obligado a reprimir porque supuestamente no era típico de ella, saliera. Era consciente de que Kai no era la mayor culpable de su estado, había alguien por encima, pero había un pequeño fuego encendido solo por ella y lo iba a sacar.

Se giró de golpe, dejando sus piernas colgando del escritorio, y agarró con sus manos el borde de este.

—¿De qué quieres hablar primero? ¿De cómo has mentido a mi mejor amigo o de cómo el tuyo tenía una novia oculta que tú, seguramente, conocías? —preguntó con sorna—. ¿Con cuál quieres empezar?

—Lo de Steve es un malentendido.

—Ya, claro.

—En cuanto a Ethan… —se centró en ese tema, ignorando el sarcasmo de Alyn, ya que era de lo que realmente quería hablar con ella. Sabía que lo de Steve también les afectaba, pero lo de su mejor amigo era mayor—. Sé que no he hecho bien, que no decirte nada ha sido un error, pero es mi mejor amigo y no quería traicionarlo.

—¿Eso es una disculpa o estás intentando limpiarte las manos? —cuestionó aún más furiosa.

—Intento explicarte el porqué de mis acciones, de mi silencio. Y… bueno, sí… —tragó saliva—, también disculparme por ello.

—No —negó rotundamente, al tiempo que se bajaba de un salto del escritorio—. No pienso disculparte. No cuando has sido consciente desde el segundo uno de lo que Ethan estaba haciendo, de cómo iba detrás de mí y me causaba sentimientos mientras tenía a otra chica en la distancia a la que llamaba su novia. —Se acercó a ella un paso—. Y no solo eso, sino que además tenías el descaro de empujarme a él.

—Porque os hacéis bien.

—¿Bien? —cuestionó añadiendo una risa irónica y seca—. No creo que el dolor de ver como su novia aparece y lo besa, el saber que siempre he sido un juguete para él, sea hacerme bien.

—No eres un juguete para Ethan —intentó defenderlo, acercándose a ella—. Puede que lo que haya hecho esté mal, eso no te lo voy a negar. Pero te aseguro que él no ha jugado contigo, que todo lo que ha hecho ha sido de verdad y que lo que siente por ti es cierto.

—Me confesó que no se había planteado romper con ella para estar conmigo, así que tan verdaderos no serían sus sentimientos. Además, que si lo son, desde un principio haces las cosas bien y no vas a dos bandas.

—Sus motivos tiene, Alyn.

Esa fue la gota que colmó el vaso en la castaña.

—¡¿Sus motivos?! —La pelinegra asintió, recordando la historia de su mejor amigo—. No creo que haya un motivo de peso como para hacer algo semejante. No solo utilizar y mentir a una persona, sino a dos. Es de ser un hijo de puta, que es lo que es.

—Ethan lo ha hecho porque…

—Me da igual —sentenció con el dolor escalando por su pecho de nuevo. Se le cortó la voz al añadir—: No quiero saber nada más de él, mucho menos sus asquerosos motivos por los que me ha hecho esto. Así que si has venido a darme una explicación ya puedes irte, porque en todo caso es él quien debería dármela, no tú. —Calmó su estado respirando—. Pero dile que no hace falta, que no quiero

escucharlo. Que siga con su vida y yo seguiré con la mía. —Kai la miró apenada, aunque comprendía la decisión de la chica—. Ahora, por favor, déjame sola.

Sin dejar que su compañera respondiera, volvió a su posición inicial, sobre el escritorio. Kai la miró por última vez, con ganas de hablar y explicar todo, pero obligándose a mantenerse callada y acotar su petición. Por ello salió de la habitación, dejándola sola, y fue en ese momento cuando Alyn volvió a dejar escapar las lágrimas.

Ethan estaba pasando por días duros. Llevaba desde aquel día de Acción de Gracias establecido en casa de sus padres, ya que prefería que Ikiaq se quedara ahí y él con ella, que no ir a su apartamento. Aquel que ahora estaba impregnado de recuerdos junto a Alyn. Siendo el cuadro sobre su cama un claro ejemplo. Su comportamiento durante esos días había sido difícil. Fingir ante todos que todo estaba perfecto. Actuaba como un novio perfecto ante Ikiaq, mostraba una sonrisa para sus padres y miradas de gratitud a su hermana. Estas últimas eran las que más les costaba fingir.

El hecho de no poderse quitar de la cabeza a Alyn y su rostro completamente destrozado cuando le pidió que se fuera de su vida, era lo que más complicaba todo. Era obvio que todos se daban cuenta de que algo no iba bien al cien por cien. Su familia sabía el motivo, pero su novia estaba un poco desconcertada, ya que esperaba verlo más activo. Sin embargo, lo asoció al fin de trimestre y con él los exámenes. O esa había sido la excusa que había utilizado el castaño.

No había podido hablar con su hermana sobre el supuesto regalo que le había hecho, porque esta era más lista y no se separaba nunca de Ikiaq mientras estaba en casa. Después desaparecía en la residencia, en clase o con su amiga, evitándolo. Pero él tenía apuntada una conversación pendiente. La suerte que le traía eso era efímera, pero la aprovechó. Emily se llevó a Ikiaq de compras por la gran manzana y él vio el momento oportuno.

Tras conducir de Brooklyn hasta Manhattan sin ninguna compañía más que las de sus pensamientos, consiguió aparcar a una distancia considerada del edificio. Era consciente de que tenía tiempo suficiente, ya que tardarían en volver de comprar, pero también sabía que no sería fácil y que ese tiempo se consumiría con rapidez. Así que no tardó mucho en salir del coche y adentrarse en la residencia de Columbia.

Cuando llegó a la puerta de Alyn y Kai esperó que fuera la segunda la que abriera, porque si era la primera podía ser posible que le cerrara en la cara. Sin embargo, no llegó a comprobar qué pasaría ante su llamada, la puerta se abrió antes de que su puño alcanzara la madera. Ante él se mostró una chica con varios libros en sus brazos. La mirada de esta se amplió, sorprendida, pero después pasó al enfado.

—Hola —saludó, Ethan, con cautela.

—Vete —fue la respuesta que obtuvo mientras Alyn pasaba por su lado y bajaba por las escaleras.

—Espera —acotó antes de apresurarse a seguirla. No detuvo su caminar, ya que recordó que no ayudó en nada la última vez que hablaron. Así que se limitó a caminar a su lado—. Tenemos que hablar, por favor.

—No quiero hablar contigo.

—He venido a solucionar las cosas, a pedirte…

—No hay nada que solucionar —interrumpió sin dirigirle la mirada, solo caminaba con más rapidez, llegando casi al final de las escaleras, donde le esperaba la puerta principal y, con ello, librarse de él.

—¿Qué no? —preguntó, incrédulo—. Lo nuestro es algo que… — Alyn se detuvo de golpe, tras bajar el último escalón, y se giró hacia él con contundencia.

—No hay nada nuestro, Ethan —sentenció con total firmeza y con frialdad en la mirada—. Tú te aseguraste de que no lo hubiera oficialmente. —Soltó una leve risa seca antes de encaminarse a la puerta y murmurar por lo bajo—: Seguramente, por si acaso me enteraba de que tenías novia.

—No fue por eso —rebatió, habiéndola alcanzado a escuchar. Volvió a seguirla hacia el exterior—. Lo que he hecho tiene un motivo y es ahí a dónde quiero llegar.

—Me da igual el motivo, no quiero escucharlo.

—Alyn…

—¡Cállate! —le gritó harta, deteniendo sus pasos una vez alcanzó su coche. Lo miró con la mayor seriedad y furia posible, aunque no podía negar que por dentro tenía ganas de llorar—. Un día me comentaste que odiabas las mentiras… —no pudo evitar soltar una risa sarcástica— mientras tú ocultabas una más grande. Así que te voy a decir las mismas palabras que pronunciaste cuando yo intenté pedirte perdón. —Alyn formó una sonrisa afilada—. Si estás intentando disculparte, es la mayor pérdida de tiempo. Las palabras no me sirven. Y menos de alguien que las utiliza para mentir. — Ambos vivieron un *déjà vu* doloroso. La voz le salió un poco ahogada cuando añadió—: ¿Cómo se siente, Ethan?

La mirada que compartieron fue intensa. En los ojos de la chica se veía el derrumbe y el dolor. En los del chico, la culpa y el arrepentimiento. Sin embargo, no pudo decir nada. Sabía que se merecía ese ataque, así que se mantuvo en silencio, admitiendo su derrota. Al menos de momento. Alyn negó con la cabeza ligeramente, antes de girarse y adentrarse en su coche. No se volvió a mirarlo y él observó como el coche se perdía entre las calles.

Cuando Emily le propuso ir de visita y pasar unos días en casa de sus suegros, junto con su novio, algo en su interior le asustaba. No había estado nunca en Nueva York y solo había conocido el ambiente de la familia Brown cuando iban de vacaciones a Alaska. Tenía miedo de no sentirse a gusto o, incluso, de que algo cambiara ante esta nueva experiencia. Pero no fue así. Desde el segundo en que vio a Ethan, se sintió como en casa.

No obstante, era consciente de que algo no iba del todo bien. El chico no estaba como cuando pasaban los días juntos en Alaska, sino que lo notaba más apagado, por más que se seguía comportando como un novio encantador. Pasaban tardes enteras

juntos viendo películas o le hacía de guía por la gran ciudad. Pero siempre estaba esa pequeña nube que lo acompañaba.

Los primeros días supuso que era por la preocupación por su amiga. El día de su llegada vio como Ethan se disculpaba con todos, pero sobre todo con ella, por tener que salir tras su amiga cuando se fue. Ni siquiera había estado atenta a la chica, ya que solo pudo ver a Ethan. Le comentó que su amiga, que se llamaba Alyn, acababa de perder a su abuela y que la situación con sus padres no estaba nada bien, así que como no tenía a nadie más, la invitó a cenar con ellos. Al volver, sin ella, comentó que le había dicho que no podía estar rodeada de una familia, que era demasiado doloroso. La comprendió, Ikiaq entendió la situación.

Sin embargo, los días fueron pasando y esa preocupación inicial no desaparecía. Así que, cuando se interesó por lo que lo torturaba, Ethan le aseguró que era por el final de trimestre y le explicó, muy bien detallado y sentido, los trabajos y exámenes que estaban por venir. Ikiaq le dio todo su apoyo y lo intentó animar con besos.

—¿Todo bien? —le preguntó, acurrucada en su pecho, tras mirar la hora en el reloj de la sala.

—Sí, solo estoy cansado —se excusó el chico—. Ayer… bueno, estuve haciendo un trabajo complejo mientras te fuiste con Emily de compras.

—¿No te salió bien? La verdad, lo dudo, se te da genial todo lo relacionado con el arte —le aseguró mientras se incorporaba para verlo a la cara. Él le dedicó una amplia sonrisa, porque aunque estuviera destrozado, aunque ya no fuera lo mismo, a ella la quería. Llevaban siendo amigos desde que nacieron y para Ethan siempre sería importante.

—No, no salió muy bien, pero ya lo arreglaré —le restó importancia, aunque la tenía.

—Vale. —Ikiaq miró de nuevo el reloj—: Debo irme, he quedado con tu madre para ayudarla a hacer algunos recados y me dijo que me esperaría en la puerta —le explicó antes de dejar un casto beso en los labios del chico y ponerse en pie.

—¿Vas solo con mamá? —le preguntó, repentinamente interesado. Ella asintió—. ¿Y Emily?

—Está durmiendo una siesta. Se quedó hasta las tantas estudiando.

—Oh, sí, mejor que descanse.

—Me voy. —Se acercó de nuevo para besarlo, esta vez más profundo. A Ethan se le removió el estómago, no asqueado, sino con una sensación de culpa—. Te quiero.

—Y yo a ti.

Tras ver como su novia desaparecía en la puerta principal, no dudó en subir la escalera de dos en dos, con velocidad. No había nadie más en casa, solo su hermana y él, ya que su padre estaba trabajando. Era el momento idóneo. Agradeció mentalmente a su madre por llevarse a Ikiaq y a la universidad de Columbia por hacer que su hermana tuviera que estudiar hasta tarde y tener que echarse una siesta.

No le importó absolutamente nada cuando abrió la puerta de la habitación de Emily de golpe, causando que rebotara contra la pared de atrás y se escuchara un estruendo. Al mismo tiempo encendió la luz, ya que las cortinas estaban echadas y solo había oscuridad. Sobre la cama, el pequeño bulto que era su hermana, se removió.

—La luz —se quejó con voz ronca—. Estoy durmiendo.

—Arriba —exigió causando que Emily lo mirara con los ojos entrecerrados por el sueño—. Ahora —añadió autoritario. El porte que tenía imponía; su cuerpo completamente erguido, sus hombros cuadrados, sus brazos cruzados y su semblante serio, pero furioso.

—Ethan… —comentó, un tanto asustada, mientras se incorporaba sobre el colchón, quedando sentada.

—¿Por qué? —la interrumpió, dando un paso al frente—. ¿Por qué, Emily? ¿Por qué me has hecho esto?

—No sé de qué me hablas —tuvo el descaro de comentar aquello mientras se encogía de hombros.

—No me vengas con gilipolleces, sabes perfectamente de lo que hablo. ¿Por qué has traído a Ikiaq?

—Es tu novia —contestó al tiempo que formaba una sonrisa inocente—. Y como hacía mucho que no os veíais pensé que te haría ilusión tenerla aquí.

—¿Y tenías que invitarla justo en Acción de Gracias? —cuestionó, avanzando otro paso y apretando los puños a ambos lados de su cuerpo. No le iba a poner una mano encima, nunca lo haría, pero necesitaba concentrar su ira en algún punto de su cuerpo.

—Es una festividad muy bonita.

—No lo digo por eso y lo sabes. Eras consciente de que Alyn iba a venir a cenar y desde días atrás.

Emily volvió a encogerse de hombros, como si no le encontrara el problema a la situación. Una parte de ella, lo veía así, sin nada de malo. Había conseguido dos cosas con un simple tiro. Sin embargo, Ethan estaba colérico pero, sobre todo, dolido. No se podía creer que su hermana pequeña, su Emily, hubiera sido capaz de hacer algo semejante. A él, a su propio hermano.

—¿Por qué? —repitió en un nuevo intentó de encontrar una explicación—. ¿Qué te he hecho? Podrías haber venido a hablar conmigo y dejarme explicarte la situación antes de hacer lo que has hecho. —Hizo una pausa, intentando serenarse. No obstante, en el interior de Emily aquella última frase se le quedó grabada. La rumió y algo dentro de ella se encendió—. Es que no le encuentro la lógica.

—¿Qué no tiene lógica? —preguntó entre dientes mientras se ponía de rodillas sobre el colchón—. ¡¿Sabes lo que no tiene lógica?! —Explotó—. ¡Que tú puedas librarte de todo y yo no! ¡Que al perfecto de Ethan siempre le salga todo bien y le vengan las cosas rodadas, mientras que yo, que he crecido con la misma filosofía de vida, me vaya mal!

—¿De qué estás hablando? —preguntó, desconcertado.

—¡De que estoy harta! ¡Es injusto! —gritó, dejando de controlarse —. ¡Has crecido haciendo lo que realmente deseabas, juntándote con quién querías y adquiriendo lo que buscabas! ¡Estudios, amigos, pareja, felicidad, comodidad… —enumeró con sus dedos—, todo! —Respiró hondo y bajó el tono—. Mientras que yo, que he seguido los mismos caminos, aunque con objetivos un poco distintos, no he alcanzado nada. —No se pudo contener más y todo lo que llevaba tiempo dañándola, salió a la luz—. ¡Lo que estudio, que amo, se me da mal; apenas tengo amigos, no soy feliz y lo de la pareja…! —Soltó un bufido irónico. Ethan la miraba, asombrado, y escuchaba

atentamente—. ¡¿Sabes por qué rompimos Steve y yo?! —El castaño abrió los labios, dispuesto a contestar. Según lo que ella le había explicado, fue que él se cansó de ella y la cambió por salir a experimentar con otras chicas. Eso fue un poco el causante de su desagrado hacia Steve. Emily no le dejó responder—. Y no, no fue por su culpa. ¡Fui yo! ¡Le fui infiel, más de una vez y con distintas personas! ¡Yo le puse los cuernos, lo engañé! —Esa confesión tomó por sorpresa, aún más, al chico. No había sido culpa del rubio, él había sido la víctima, no ella—. ¡Y eso es lo más injusto! —continuó. Se bajó de la cama, pero no se acercó más a su hermano, ni él a ella —. ¡Que vale, que hice mal, que fue un error! ¡PERO ES INJUSTO QUE TÚ HAGAS LO MISMO Y MEREZCAS EL BENEFICIO DE LA DUDA ANTES DE DARTE UN ESCARMIENTO Y YO NO! ¡¿ACASO YO NO TENÍA DERECHO A QUE SE ME PREGUNTARA POR QUÉ LO HABÍA HECHO ANTES DE QUE SALIERA A LA LUZ?! ¡TÚ SÍ PUEDES EXPLICARTE Y YO NO! ¡ESO ES LO INJUSTO!

Lo había soltado todo, cada una de las palabras que llevaba tiempo clavándose en su interior. Sintió que se quitaba un peso de encima y cayó sentada sobre el borde de su cama, derrotada. Por otra parte, Ethan seguía en el mismo lugar que desde hacía varios minutos. Su mente funcionaba a mil por hora intentando procesar todo lo que su hermana acababa de confesar. Ya no solo el hecho de que había juzgado mal a Steve por unas mentiras de Emily, sino que ella, al igual que él, habían sido los causantes de unos cuernos. Sin embargo, había algo que se le escapaba y que necesitaba saber antes de hablar con propiedad.

—¿Por qué le pusiste los cuernos? —A una parte de la chica, le sorprendió que solo dijera eso, pero estaba tan cansada que solo se limitó a contestar.

—Porque me metí en una relación demasiado pronto —confesó, frustrada—. Te vi a ti con Ikiaq, durante una relación que llevaba ya dos años; además de a más personas a mi alrededor. E incluyendo a qué mamá y papá juntos eran monísimos, y yo… yo solo quería eso. —Soltó un suspiro, con la mirada fija en el suelo. Ethan aprovechó y con cautela se sentó a su lado, aunque dejando un espacio—. Así

que en cuanto vi que podía tener algo así me lancé. Y me equivoqué. Quería experimentar, no atarme tan pronto.

—Mira, Emily —comenzó, tras analizar todo con detalles y buscar las palabras adecuadas—, tanto lo que tú hiciste con Steve como lo que yo he hecho con Ikiaq y Alyn no está bien, es un error, y aunque no haya nada que lo justifique, porque es algo casi imperdonable, hay una diferencia. —Odiaba tener que decirle eso, porque era como volver a beneficiarle a él y no a ella, pero tenía que dejárselo claro. Ella lo miró, confusa—. Tú lo hiciste por simple placer, por el hecho de querer probar otras cosas, que no es malo, pero sin ser capaz de dejar a Steve para hacerlo, que ese es el problema. En cambio, yo… —tragó saliva, enfadado consigo mismo— lo he hecho por un motivo de peso, aunque no lo justifique —puntualizó—. Sabes que Ikiaq… bueno, ella…

—Lo sé —lo interrumpió, sabiendo que a su hermano le costaba hablar de la situación.

—No quería causarle un problema más —se limitó a decir—. Además de que yo no lo he hecho por estar con varias personas y experimentar. —A su mente vino el rostro de la castaña y una sonrisa triste se apoderó de sus labios—. Porque para mí solo ha sido Alyn. Solo es Alyn. Y ahora… ahora la he perdido.

Emily observó a su hermano con atención. Su mirada perdida, el dolor en ella, su rostro entristecido. Y se dio cuenta, como si una venda se cayera de sus ojos, del verdadero estado de Ethan, como realmente le había afectado lo que ella misma había hecho. Vio como su hermano había perdido energía, fuerza y… el brillo que ella siempre admiraba de él, desde que eran pequeños. Lo había apagado. Había roto el corazón de Ethan.

—Lo siento —susurró, captando la atención del castaño. Las lágrimas se amontonaron en los ojos de la chica—. Podía deducir porque lo hacías y aun así no me importó a la hora de causarte este problema. No me paré a pensar en lo que sentías por Alyn, ni en lo fuerte que podía llegar a ser. Debí ser más madura y ver que no tenía que pagar contigo mi insatisfacción y… mis celos.

Con esas palabras, el ojiverde rescató el otro tema a tratar. No quería que su hermana aspirara a lo mismo que él, sino que buscara

su propio propósito y lo persiguiera como ella quisiera, no como pensaba que debía hacerlo. Por ello se giró hacia ella y posó las manos en sus hombros, conectando sus miradas.

—Emily, escúchame bien. Que hayamos crecido en la misma casa y con la misma educación, o filosofía de vida, como lo has llamado tú, no significa que nos tenga que resultar igual de fácil o de cómodo. Cada uno vive y consigue sus objetivos a su manera. —Ethan hizo una pausa al recordar una semejanza con otra chica castaña—. A Alyn desde pequeña la obligaban a ser de una forma, un ejemplo a seguir para su hermana, y la moldearon hasta alcanzar que estudiara y fuera como sus padres querían que fuera. —Emily no sabía por qué su hermano le contaba aquello de la castaña, pero se lo tomó como un argumento y una forma de conocer mejor a la chica que no salía de la cabeza de Ethan—. Esa era la filosofía de vida con la que había crecido. Y ella no era feliz, ni estaba cómoda, por más que se lo hubiera llegado a creer durante un tiempo. —Agitó la cabeza, alejando el doloroso recuerdo y volviendo a centrarse—. La cuestión es que Alyn dejó, poco a poco, de seguir ese camino y, aunque sigue buscando, va haciendo su vida como ella quiere. Y tú debes hacer lo mismo, buscar como es más correcto para ti ser y vivir.

—Tienes razón —afirmó con sinceridad—. Lo haré.

Ethan sonrió antes de acercar a su hermana a su pecho. Esta se acurrucó entre sus brazos. Se sumieron en un silencio que Emily aprovechó para pensar más en la situación y el problema que había causado.

—Alyn significa mucho para ti, ¿verdad? —le preguntó en un susurro. Este respondió con un sonido afirmativo—. Lo solucionaré —aseguró apartándose del abrazo—. No es que nos llevemos muy bien, pero… —no terminó la frase al ver la ceja arqueada de su hermano. Ella se mordió el labio antes de responder la pregunta silenciosa—. Nunca nos hemos caído bien, ni cuando yo estaba con Steve o ella contigo. No me comportaba bien con ella. En parte también he hecho lo de Ikiaq por eso. —Había desconcierto, asombro y enfado en la expresión del chico—. Lo siento —volvió a disculparse—. Pero iré a hablar con ella y…

—No —negó, rotundamente, interrumpiéndola—. No te metas en esto, Emily.

—Pero…

—En todo caso quién tiene que hablar y arreglarlo con ella soy yo —añadió—. No creo que vayas a solucionar nada teniendo en cuenta que no serás de su agrado, mucho menos después de lo que has hecho y con los antecedentes. —La chica le dio la razón.

—Lo siento mucho, de verdad —repitió, sintiendo que se quedaba corta con las disculpas. Volvió a abrazarlo y a hundir su rostro en el pecho de su hermano mayor, quién correspondió al instante, mientas lo oyó susurrar, más para sí mismo:

—Y yo también.

El cumpleaños de la madre de Ethan, Nanurjuk, llegó junto a un cambio de clima, volviendo los días más helados con la llegada de diciembre. Sin embargo, la chimenea y la calefacción de la casa hacían tan bien su función que los invitados, que comenzaron a llegar a partir de las once y media de la mañana, se sentían arropados entre esas cuatro paredes. Los presentes eran una mezcla de familiares, la mayoría maternos, obviamente, y algún que otro amigo allegado al matrimonio. Entre ellos estaba la familia Scott. Y, claramente, Ikiaq, que seguía con su estancia en casa de los Brown.

Kai abrazó a su amigo con fuerza una vez este se encargó de abrirle la puerta a su familia. Sus padres lo saludaron escueta, pero cariñosamente, antes de ir con la madre del chico. Ethan fue quién alargó ese abrazo durante unos segundos más. La chica no se quejó, al contrario, ambos eran conscientes de que se necesitaban en esos momentos. Sin embargo, fueron interrumpidos por la voz de la chica del castaño, quién Kai solo había conocido a través de las palabras de su mejor amigo.

Una vez hechas las presentaciones, los tres se mezclaron entre la gente. Ikiaq congeniando con cada uno de los presentes. Ethan fingiendo que estaba encantado con su vida. Y Kai actuando de la mejor forma posible, aunque ver a Emily, quién estaba junto a sus

primos, le recordaba constantemente la discusión que había tenido con Steve.

Poco después se sentaron todos a la mesa a degustar los platos típicos de la infancia de Nanu, mientras estos eran acompañados de pequeñas charlas. La morena se limitaba a escuchar y el ojiverde a contestar lo justo y necesario. A su lado tenía a Ikiaq, que posaba su mano en su rodilla y lo acariciaba con ternura. No pudo evitar que a su mente llegara a aquella vez que, durante la comida con los mellizos, Alyn posó su mano, inconscientemente, en ese mismo lugar. Le aturdió la diferencia de sensaciones entre ambas chicas.

Tras la comida con su posterior pastel, velas y regalos, los invitados se iban dispersando. Algunos se quedaban en la mesa hablando y tomando cafés, otros salían al jardín para fumar o simplemente para tomar el aire, y, por último, varios de ellos se instalaron en el salón a ver algún partido de algún deporte aleatorio. Por parte de Ethan, fue distinto. Este aprovechó que nadie le prestaba atención para ir al porche delantero, sentándose en los escalones. Aunque, no era del todo cierto el hecho de que nadie lo estuviera observando.

Kai se sentó a su lado. Intercambiaron una corta mirada antes de volverla al frente. Se mantenían en silencio, con el sonido de sus respiraciones y el motor de algún que otro coche como acompañamiento.

—Es simpática —murmuró por lo bajo, Kai, intentando entablar la conversación de la forma más cuidadosa posible. Ninguno de los dos estaba de muy buen humor—. Es amable, cariñosa y sociable; se ha ganado a todos los que están dentro.

—Eso no compensa lo que ha ocurrido.

—Lo sé. —Un nudo se implantó en la garganta de la chica antes de que rompiera de nuevo el silencio que se había vuelto a formar—. Lo siento.

—¿Por qué? —preguntó, confuso, mientras giraba su rostro para mirarla. Esta lo observaba con culpa y pena—. Tú no has tenido nada que ver —se vio en la obligación de dejarlo claro.

—Directamente no —puntualizó, apartando de nuevo la mirada—. Pero tenía que haberte dicho que lo que estabas haciendo no era correcto y que Alyn, o las dos, se merecían saberlo. Y, sobre todo,

tenía que haber hablado contigo de la verdad sobre tu relación con Ikiaq.

—Primero, me dijiste que Alyn se merecía saberlo. Aquel día, en el museo, ¿lo recuerdas?

—No insistí, me conformé con tu respuesta, un simple "lo sé". Pensé que eras mi mejor amigo y que debía apoyarte y ayudarte, hicieras lo que hicieras.

—No tienes que hacer eso, Kai —comentó, agarrando su mentón y obligándola a verlo—. Es tu opinión, solo tuya, sin influencias, la que espero cuando acudo a ti. —Esta sonrió ante sus palabras—. No lo hagas más, es algo que yo también me he propuesto contigo.

—Vale.

—Segundo —retomó—, no quiero que te sientas culpable, porque tú solo respetabas mi decisión y era yo quién tendría que haber sacado esto a la luz, no tú. Así que es todo culpa mía y de nadie más.

—De Emily —susurró para sí misma.

—También.

—Lo siento, Ethan, pero ya no puedo seguir callándomelo —comentó, mirándolo apenada, pero con seguridad—. Tu hermana no es como crees. No es una chica perfecta, adulta y madura. Todo lo contrario, se pasa el tiempo causando problemas y metiéndose con el resto. Lo ha hecho con Steve, con Alyn, conmigo, hasta contigo y a saber con cuantas personas más.

—Lo sé.

—Y sé que no me vas a creer, pero… —Se silenció de golpe al analizar las dos palabras que habían salido de la boca de su mejor amigo—. Espera, ¿lo sabes?

—¿Crees que no fui a hablar con ella por lo que hizo? —cuestionó con una ceja arqueada.

—Sí, pero… no creí que…

—Explotó —resumió—. Es una larga historia y creo que es mejor que quede entre mi hermana y yo, más que nada porque es algo personal suyo. Pero te aseguro que he hablado con ella, me he enterado de varias cosas y hemos solucionado otras.

—Oh, bien, supongo.

—Tercero, y último —volvió a retomar—, ¿a qué te refieres con que tenías que haberme hablado de la verdad sobre mi relación con Ikiaq? —Kai se puso nerviosa de repente, ya que era un tema delicado y no quería que el chico se sintiera atacado o entendiera mal su punto.

—Primero que todo, quiero que sepas que es solo mi opinión y que si te estoy diciendo esto es porque te quiero, mucho, y que ya es hora de que te des cuenta. Aunque ya sea un poco tarde —puntualizó, haciendo una mueca—. La cuestión es que —suavizó el tono— Ikiaq es una persona muy importante para ti, ha estado contigo desde que nacisteis prácticamente, y eso está bien, pero no puede condicionar eso a tus sentimientos. Mucho menos su vida. —Suspiró—. Sé que es duro, que no quieres hacerle más daño que el que ya está pasando, pero no puedes obligarte a hacer algo que en tu interior no sientes. No la amas, Ethan —afirmó con seguridad, esperando que calará hondo—. Y por más que te duela lo que voy a decir, tengo que hacerlo. Estás con ella por pena, también por cariño y porque es importante para ti —se apresuró a añadir—, pero eso también puedes hacerlo como su mejor amigo, aquel que ha estado siempre. Si estás como su pareja es solo por miedo a perderla, pero ambos sabemos, y creo que ella también, que eso no ocurrirá, porque siempre os habéis tenido el uno al otro, incluso antes de empezar la relación. —Kai esperó una respuesta, pero solo consiguió que su amigo apartara la mirada—. No puedes seguir fingiendo hasta que todo acabe. No es justo para ella, ni para ti. Permítete hacer y estar con quien realmente quieras.

—Ya he perdido a Alyn —fue lo único que susurró en respuesta.

—Ve por partes, primero Ikiaq y después Alyn.

La chica permaneció a su lado durante los siguientes minutos en los que no pronunció palabra, simplemente miró el suelo, analizando todo lo que su amiga le acababa de decir, y llegando a la conclusión que, aunque le dolía, era correcta.

—Tienes razón —confesó volviendo a mirarla. Kai vio el dolor profundo en sus ojos verdes—. Gracias. Gracias por estar siempre. —La ojiazul no encontró palabras para contestar, así que

simplemente lo abrazó—. Y yo también lo siento —añadió, queriendo ir hacia el terreno de la chica.

—¿Y tú por qué? —cuestionó apartándose.

—Porque yo también debí decirte lo que pensaba completamente sobre lo de la lista de Alana.

—No hace falta que hablemos de eso —soltó apartando la mirada —. Ya me he dado cuenta de que lo que hice fue estúpido, que yo fui una estúpida por querer cumplir esa lista que una vez hizo mi hermana con tan solo dieciséis años y con el único historial de películas románticas.

—No es estúpido lo que hiciste —argumentó, confundiendo a la chica, que ya pensaba saber cuál era la opinión del castaño en todo esto—. A lo que me refiero es que es bonito que quisieras cumplir los sueños que tu hermana no pudo por culpa de la enfermedad. Es algo que no todo el mundo haría.

—Porque el resto del mundo no es estúpido.

—Repito, no eres estúpida. Lo único que veo erróneo en lo que has hecho es que no has cumplido deseos simples, sino cosas que cambian por completo tu vida. No la de ella, sino la tuya.

—No te entiendo —comentó, confusa, pero con toda su atención puesta en él.

—Creo que es bonito cumplir el último deseo de una persona, ya te lo he dicho. Y yo si estuviera en tu lugar lo hubiese hecho, hubiera cogido esa cartulina. —Hizo una mueca—. Con la única diferencia de que yo pondría límites. Están bien cosas como hacer un viaje o adoptar un perro, pero cuando los puntos son algo tan personal como un beso, la primera vez o… —intentó decirlo con el mayor tacto posible— o romper una relación, eso ya no es permisible. No con cosas que nos marcan, que nos hacen ser como realmente somos. No cuando hay que ir contra uno mismo. —La miró apenado —. ¿Comprendes?

Kai asintió con la cabeza, porque era así, se había dado cuenta durante los últimos días, desde que quemó aquellas cosas de Alana. Todo lo que había dicho Ethan era cierto, tenía que haberse dado cuenta antes de como esas cosas nunca pertenecerían a su hermana por más que las hiciera ella y que ha estado siguiendo los pasos de

alguien que no pudo, por culpa de una enfermedad, ver las cosas como realmente son. Y así ha condicionado su propia vida.

—Y siento no habértelo dicho antes —continuó el chico, causando que la mirada grisácea de su amiga, que se había perdido enfrente, volviera a él—. Siempre que hablábamos de esto pensaba en que yo haría lo mismo, así que te apoyaba, pero nunca me paré a pensar en que no lo haría al cien por cien, que para mí había una línea que nunca cruzaría. Puede que esa línea la estuvieras cruzando, que así era, y yo debería haberte hecho ver que no podía ser así. Que todo tiene un límite.

—No fue culpa tuya, es como lo que hice yo contigo. Pensaste que como era tu mejor amiga tenías que apoyarme, tomara la decisión que tomara. Y nos acabamos de dar cuenta de que no es así, de que hay que ser objetivos. —Ethan asintió de acuerdo—. Siento haber hecho que tu hermana y Steve rompieran, aunque siendo sincera no del todo. —Hizo una mueca que este respondió con una risa, mientras la acercaba a él por el hombro.

—Eso sí que no fue culpa tuya, al menos al cien por cien. Después de mi conversación con Emily me doy cuenta de que esa relación no era sana, sobre todo, y no le digas nunca que he dicho esto, para Steve. Tenían los días contados.

—Tampoco podría decírselo, aunque quisiera —la voz de Kai disminuyó—. No me habla y dudo mucho que quiera verme.

—Se le pasará, solo tiene que pensar. Steve es un chico listo y dejará que te expliques. —Dejó un tierno beso en el pelo de su amiga—. No es tan grave, cariño —intentó animarla.

—No sé yo —comentó, insegura—. Lo mismo te digo con Alyn —añadió.

—Eso es más complejo —puntualizó—. Ella es más cabezota y con más carácter, además de que lo que le he ocultado es algo más chungo e imperdonable.

—¿Y qué vamos a hacer? —cuestionó, alzando un poco el rostro para mirarlo, él le devolvió la mirada. Incertidumbre en el rostro de ambos.

—No lo sé.

CAPÍTULO 36

Se puede juzgar el verdadero carácter de un humano
por la forma en la que trata a sus compañeros animales.
Paul McCartney

—Después de tanta mierda ya iba bien algo de fiesta.

Aquel fue el comentario de Alyn cuando se acercó a su mejor amigo. Steve no esperaba esas palabras saliendo por su boca, pero era cierto que esos últimos meses la habían cambiado, les habían cambiado a ambos, aunque no sabían aún si para bien o para mal.

Hacía diez días justos desde lo ocurrido con Kai y Ethan, parecía hecho apropósito que lo dos amigos la hubieran jodido a la vez. Steve procuraba no darle importancia al tema, pensar lo mínimo en ello, pero le resultaba muy difícil y confuso. En menos de cinco minutos se tergiversaron todos sus sentimientos, pasando de sentir admiración por alguien a completa apatía. En ocasiones, se sentía una mala persona replanteándose en si llamarla o no, pero volvía de nuevo el pensamiento frío que le aconsejaba no hacerlo. De nuevo, intentó borrar aquello de su cabeza y volvió a centrarse en lo que estaba ocurriendo en su apartamento. Era su cumpleaños, estaban los jugadores del equipo, incluyendo a Lorie, algunas animadoras, tres compañeros de clase y Alyn. Si por él fuese tan solo Alyn y Lorie estarían allí, pero ya prometió celebrar algo desde hacía un tiempo y no podía negarse ahora. Además, sabía que salir de la rutina le iría bien, y a su amiga también.

—La verdad es que me lo estoy pasando bien —dijo él mientras le daba un sorbo a su bebida.

La chica lo analizó fijamente. Conocía al rubio desde hacía demasiado tiempo como para saber cuándo hablaba en serio y cuándo no.

—Te lo has pasado mejor —puntualizó antes de volver de nuevo a la cocina a por más alcohol.

Steve no le devolvió el comentario, se le ocurrieron cientos de respuestas sarcásticas, pero no le apeteció dar ninguna. Al fin y al cabo, tenía razón.

El piso del rubio no era gran cosa, pero era lo suficientemente grande como para caber los veinte sin problema. Durante la fiesta jugaron a juegos de beber, como era de esperar. También comentaron momentos graciosos en los partidos y entrenamientos, hicieron un poco de karaoke, picotearon y, por último, sacaron un pastel de queso cocinado y adornado por el equipo. Por suerte, no juzgó el sabor por el aspecto. Era blanco por el queso, con un intento de escribir su nombre en chocolate verde, pero que más bien se leía *Stevoei*. Tenía decoraciones por los bordes que no supo identificar y que le dio miedo preguntar (podían haber pasado por símbolos satánicos). En lo alto de la tarta había dos velas rojas que formaban un veintiuno. Steve cerró los ojos y deseó no perder aquello. No perder nada más.

Una vez sopladas las velas, el grupo de animadoras sacaron un sobre con dos entradas para un partido de la NFL a su elección. Seguramente, cualquiera de ellas hubiera deseado ir con él usando el partido como excusa a una cita, pero estaba claro que invitaría a su mejor amigo. Alyn, que conocía demasiado bien al chico, optó por un libro de partituras que agradeció más que cualquier otro regalo. Le fascinaba aquel instrumento y ella era una de las pocas que sabía lo importante que era para él tocarlo cuando se sentía perdido. Lorie, aparte de su breve aportación en el intento de tarta, le regaló una camiseta personalizada en la que salía una fotografía de ambos en la primera fiesta de la universidad a la que asistieron. Era muy divertida, pero a la vez quiso estrangularlo por haberla sacado a la luz.

—Era esto o unas entradas para el acuario —comentó él.

—Déjalo. La camiseta es perfecta —respondió apurado por no tener que volver a negar aquella excursión.

Terminada la ronda de regalos, decidieron que una buena idea era jugar al *¿Quién es Quién?.* Iban demasiado borrachos, sobre todo Steve y Lorie. Por suerte, Alyn fue la que mejor se conservó, o por desgracia, ya que tuvo que ver a su amigo imitando a Cher, cosa que le hizo mucha gracia.

Pasadas las dos de la madrugada empezaron a irse todos. La castaña fue la primera, aunque no estuvo muy convencida de ello.

—¿Estás seguro de qué quieres que me vaya?

—Síííí, tranquila.

—Steve, vas muy mal.

—Soy mayorcito. Además, Lorie está por aquí también. —Justo pasó el castaño por atrás predicando a favor de las servilletas de papel como si fuera una misa. Alyn volteó los ojos.

—Cualquier cosa, llámame.

El rubio asintió, le hizo jurar lo mismo y la abrazó con fuerza. Le aseguró de nuevo que estaría bien y que no debía preocuparse por nada. Poco después empezaron a irse los demás.

Para las tres el piso ya estaba prácticamente vacío, Lorie fue el único que no se marchó y por una razón muy válida.

—Tío, déjame dormir aquí, voy muy mal —gruñó pareciendo un zombi en el suelo. Steve se sentó enfrente suyo y no pudo evitar reírse.

—Pareces un calamar.

—Serás imbécil —le siguió la broma—, tú pareces un pingüino.

—Estás obsesionado con ese animal, en serio.

Volvieron a reírse de nuevo. Algo en ellos despertó, como un viejo recuerdo de cuando eran unos adolescentes en el instituto y se habían visto en esa situación más de una vez.

—Cómo pasa el tiempo —murmuró Lorie.

—¿Vas a ponerte sentimental?

—Era mi intención, pero ahora ya no quiero.

—Venga —le dio un toque con la pierna—, dilo. —Lorie sonrió, pero desvió la vista rápido, ya le costaba suficiente enternecerse como para mirar a alguien a los ojos.

—Hacía mucho tiempo que no terminábamos así, en su momento no lo valorábamos, pero ahora me doy cuenta de cómo lo echaba de menos.

—No hemos pasado mucho tiempo juntos en estos tres años. O por lo menos no todo el que me gustaría, pero tranquilo, ahora estoy cien por cien libre.

Ambas miradas resplandecían un brillo causado por los efectos del alcohol y de la nostalgia. Steve supo entonces cuan fuertes eran los lazos que le unían a su amigo. Podía notarse como todos esos años juntos ganaban a cualquier otro factor. O eso parecía. Se quedaron en silencio hasta que Lorie preguntó algo que tenía en mente desde hacía un rato.

—¿No vas a darle otra oportunidad a Kai?

—No, estoy harto de darlas siempre. Quizás no es culpa suya, pero con Emily y mis padres he aprendido que eso no sirve para nada.

—Reafirmo lo que he dicho antes, eres un pingüino.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Y yo qué sé, estoy borracho, la cuestión es que lo eres y punto. —Se rieron de nuevo, pero pronto lo finalizaron para quedarse cada uno fijo en un pensamiento que resultaba ser el mismo—. Pues a mí me gustaba. —Steve lo miró serio—. Para ti, digo —aclaró—, bueno, y para mí también, no te mentiré.

—Ni se te ocurra hacer ninguna gilipollez —advirtió con el dedo, aunque apenas podía mantenerlo recto.

—¡¡Que no!! Tranquilo, ya sé que es toda tuya, aunque no quieras perdonarla.

—No es que no quiera.

—¿Y entonces? —No obtuvo respuesta—. Eres peor que yo —murmuró desviando su mirada al techo.

—Ni que hubieras tenido cientos de experiencias en relaciones.

—Podría tener una, pero tú no me dejas.

—Cualquiera menos Kai. Lo digo en serio, Lorie.

—Vale.

No podía más, había aguantado más de lo que su paciencia le permitía, y eso que tenía mucha. Kai llevaba diez días sin saber nada de Steve, nada de nada. Como ya no hablaba apenas con Alyn y este no se pasaba por el piso, era imposible coincidir. Procuró no cometer ninguna tontería como presentarse en alguno de los entrenamientos o en su apartamento sin avisar, como hacían en las películas. Aunque era más que consciente de que esta vez nada podía solucionarse como en un musical, por eso Kai siguió con su rutina de siempre. Ir a clase y a trabajar, era todo igual, pero a la vez diferente. En primer lugar, hubiera preferido vivir en un glaciar que compartir habitación con Alyn, después estaba el problema sin resolver de Steve y, por último, el hecho de sentir que su hermana ya no vivía con ella, sentía como si no tuviera ningún objetivo por el que levantarse cada mañana. Su vida se había vuelto una más.

Intentó cerrar aquel agujero negro que nacía en su interior con musicales, saliendo a pasear, confeccionando collares artesanales, quedando con Ethan, Harriet y Max, y otros compañeros de clase o del trabajo. Aun así, seguía sintiendo que se ahogaba a cada instante solo con echar la vista a su habitación y ver como todo le recordaba a él.

Era la noche del cuatro de diciembre, Kai sabía perfectamente que día era. Se pasó toda la tarde reflexionando sobre si era buena idea llamar a Steve para felicitarle, estuvo a punto de marcar su número cuatro veces, y en dos de ellas cambió de opinión para llamar a sus dos mejores amigos. Estos le advirtieron no hacerlo por el bien de los dos.

Ella no lo hizo. Ni siquiera le pidió a Alyn que le felicitara de su parte. Se quedó dormida con sus pensamientos llenos de teorías y posibilidades de arreglo. Optó por comprarle algo, pero ¿qué no tenía? También pensó en regalarle algún amuleto hecho a mano, pero eso era demasiado de Alana. Debía ser algo suyo, algo que a ella le naciera del corazón y solo encontró una solución. Afrontar el problema de frente.

Como solo estaría una semana en la universidad antes de empezar las vacaciones de invierno, se llevó el coche para cargar algunas cajas de cuando volviera a Brooklyn por fiestas. Además, tener

transporte propio le sirvió para ahorrarse la hora y pico que había andando de Columbia a Dartmouth.

En tan solo treinta minutos estuvo allí. Era la primera vez que pisaba aquel recinto, Steve vivía un poco alejado del campus por lo que no tenía necesidad de pasar por allí. Era enorme, no tanto como la suya, pero aun así. Se agobió un poco al pensar que debía encontrar al rubio entre toda la multitud, pero no se rindió, ahora que estaba allí no podía. Se pateó los pasillos uno por uno, asomaba la cabeza por las aulas que tenían la puerta abierta, hasta pasó por el campo y la cafetería. Ni rastro de él.

Hacía mucho frío aquella mañana, y aire, se notaba que el invierno estaba cerca.

"Venga, Steve", dijo para sus adentro, esperando a que por arte de magia apareciera. Pero seguía sin haber nada, así que veinte minutos más tarde abortó misión y fue de nuevo al coche, fue entonces cuando oyó un grupo de voces masculinas que pasaba por su lado. Fue el instinto lo que hizo que se girase para comprobar de quién se trataba. Al hacerlo vio al rubio dentro de aquel grupo. Vio como él la estaba mirando, perplejo.

—¡Steve! —gritó sin pensar, corriendo hacia él. Este se quedó parado, separándose un poco de los acompañantes que le esperaban.

—Id tirando, ahora voy —le susurró a Jackson, uno del equipo, en el oído. Estos asintieron y les dejaron solos.

No sabía qué responder o qué sentir. Habían pasado once días desde entonces y no había sabido nada de ella, ni siquiera se atrevía a preguntarle nada a Alyn.

—¿Qué haces aquí? —preguntó mientras la agarraba del brazo bruscamente y la apartaba al césped. Lugar donde se estaba más tranquilo.

—He venido a verte. Quiero pedirte perdón.

—Te perdoné, ya te dije que hiciste lo que tenías que hacer.

—No es verdad. Steve, tú sabes que no lo dices en serio. Estás enfadado conmigo, lo sé, yo también lo estoy conmigo misma. —Intentaba buscar las palabras que había repetido una y otra vez de camino hacia allí, pero ahora no le salía ninguna, tan solo gestos—.

Me he dado cuenta de que lo estaba haciendo mal, de que he condicionado mi vida y eso me ha traído muchos problemas.

—Un poco tarde, ¿no crees?

—Lo sé, sé que es tarde. A veces necesitas darte un buen golpe para darte cuenta de eso.

¿Era real todo lo que decía? ¿Debía confiar en ella? ¿A caso le había dado razones para no hacerlo? No, pero ya no sabía a quién creer y a quién no, y eso era lo que le hacía dudar tanto.

—Bien, me alegro por ti. Pero me has mentido, Kai, y ahora no me sirven tus explicaciones.

—¿Pero por qué? ¡Steve, lo he entendido! ¡Por fin me estoy dando cuenta de que todo estaba mal!

Él se llevó las manos a la cabeza y resopló, era algo que solía hacer siempre que se agobiaba. Se sentía entre la espalda y la pared, si la miraba cedía, cuando no lo hacía volvía a recapacitar.

—Kai, no puedo. —La miró de nuevo. Se apartó. Resopló—. Confiaba en ti, muchísimo. Siempre que aparecías en mi camino pensaba que era porque te nacía del corazón hacerlo, no porque estuvieras planeando joderme la relación. Todo lo que me ocurría, lo que me preocupaba, lo que me dolía, todo eso te lo contaba antes que a cualquier otra persona, se lo contaba a Kai, no a Alana.

—Steve…

—Da igual.

No quiso seguir con la conversación, le agobiaba no poder expresar cómo se sentía o lo que albergaba. Frente a ese muro prefirió dejarlo estar, algo que Kai no permitió. Se puso de nuevo enfrente suyo y pudo ver como le suplicaba con la mirada.

—Por favor, solucionemos esto —murmuró—. No te encierres.

¿Era él quien se encerraba? Después de darse cuenta de que ella no contaba nunca nada de lo que pasaba por su cabeza, de ver que apenas conocía a la chica que se había ganado su confianza. ¿Y resultaba que era él quien debía abrirse de los dos? Se negó a ver como brotaban lágrimas por sus ojos, no quiso caer en la tentación y, seguramente, era la peor persona del mundo por dejarla así.

—No es justo. —Estalló entonces entre llantos—. ¡No puedes juzgarme así, no me lo merezco! ¡Sé que te he mentido y me

arrepiento, pero tú también me mentiste y te perdoné, te di una segunda oportunidad aun sabiendo que aquello me dolía! —Él no pudo controlar el impulso y la agarró por los brazos inmovilizándola.

—¡Te conté lo del beso cuando supe lo importante que era para ti! ¡Tú te callaste lo de Emily como si no tuvieras nada que ver!

—¡Eso no te excusa!

—¡Ni a ti tampoco!

Se quedaron uno frente al otro con la respiración agitada mientras se mantenían fijamente la mirada, en ella podía notarse el filo de tensión. Podrían haber pasado dos cosas, dejarlo todo atrás y empezar de cero, o no perdonar nada y dejar que el tiempo y la distancia lo curara todo. Kai era partidaria de la primera, Steve era el que debía decidir. Así que a pesar de todo lo que él sintiera, eligió lo mejor para ella. La soltó.

—Cuando aprendas a encontrar la aprobación en ti misma, a abrirte a los demás y te encuentres, ese día querré hablar con Kai. Pero ahora solo hablo con los restos asustados de una Alana que nunca fue.

Dicho aquello, se marchó, no vaciló más y volvió de nuevo con su grupo. No quiso mirar atrás, creyó haber hecho lo correcto aún sintiendo el dolor por todo el cuerpo. Sabía que su decisión no iba a ser fácil, ni tampoco le aseguraba volver a verla, pero para ella era lo mejor.

Ella sintió como si la desmontaran poco a poco. El aire que soplaba podría habérsela llevado, que ni se hubiera inmutado y tampoco miró atrás, no merecía la pena porque lo último que le había dicho era cierto, era la clara descripción de lo que sentía en el pecho desde hacía días. Así que se lo guardó para ella como un aprendizaje personal que debía tomar de inmediato.

De vuelta al coche, y pensando que ya no había nada más que hacer, volvió a oír de nuevo su nombre. Se giró de golpe deseando, por una milésima de segundo, que proviniera de Steve, pero no era el caso.

—¿Lorie? —Este venía corriendo, sofocado por el fuerte aire que soplaba. Se quedó unos segundos intentando recuperar el aliento para poder saludar.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con una sonrisa. Ella tardó unos segundos en pensar sobre la pregunta y responder, pero de nada le iba a servir mentir y menos a él.

—He venido a hablar con Steve.

—¿Y cómo ha ido?

Kai negó con la cabeza agachando la mirada. El chico entendió la respuesta y no le extrañó, Steve no iba a bajarse del burro tan rápido.

—¡Ey! Ya verás como entrará en razón. Si quieres puedo hablar con él.

—No hace falta, pero te lo agradezco. —Esbozó una leve sonrisa, aunque se forzó a ello.

Se despidió con un gesto de cabeza e introdujo la llave en el coche para marcharse de allí antes de sentirse peor, mientras que el castaño seguía de pie a su lado mirándola como si intentara encontrar algo. ¿Alguna solución quizás?

—Tengo dos entradas para ir al acuario. ¿Quieres venir?

—¿Cómo dices? —preguntó sin acabar de procesar la petición.

—Digo que tengo dos entradas para el acuario. —Del bolsillo interior de la chaqueta sacó dos papeles.

—Oh, no. Gracias, pero no creo que sea lo mejor. Tú eres el mejor amigo de Steve y yo no soy la más indicada para…

—Eh, espera. Quiero mucho a Steve y le respeto aunque no lo parezca. —Eso último hizo reír a Kai—. Pero lo que tú tengas con él nada tiene que ver conmigo.

Volvió a negarse, no quería más problemas ni enfadar al rubio más de lo que ya lo estaba con ella. Quería ahorrarse otra discusión y olía a que quedar con Lorie sería una muy grande si él se llegara a enterar.

—¿Sabías que no todos los pingüinos viven en el Polo Sur? —Ella volvió a atender de nuevo al chico.

—¿Perdón?

—Hay cuatro especies que prefieren las zonas cálidas. Es muy interesante, como que son monógamos, solo mudan una vez al año y beben agua salada.

La chica no pudo evitar una carcajada seguida de otra. ¿Qué tenía eso que ver con el acuario o con Steve?

—De verdad que no logro entenderte —dijo entre risas. Él la miró y se le dibujó una gran sonrisa.

—Mira, te estás riendo y mucho. Pues imagínate si aceptaras venir al acuario, tendrías más datos curiosos sobre los pingüinos y te reirías el doble.

La había calado por completo. Kai no lo conocía muy bien, pero por lo mucho que le habló Steve de él sabía que era una persona capaz de conseguir sacar lo mejor de alguien, hasta en la peor situación. Pensó que a lo mejor era un truco de los suyos para conquistar a una chica, o era un plan de su amigo para sacarle información, o que lo hacía con toda su buena fe. Fuese lo que fuese, decidió lanzarse a la piscina, hacer algo que estuviera fuera de aquella maldita lista o de algo que Alana hubiera dictaminado por ella. Le entraron ganas de ir, así que aceptó cuando volvió a proponérselo de nuevo.

CAPÍTULO 37

Sólo las personas que se atreven a ir demasiado lejos logran descubrir hasta dónde pueden llegar.
T. S. Eliot

Alyn tenía la sensación de estar viviendo un paralelismo, un pequeño *déjà vu* con escasas diferencias. Tres meses atrás se encontraba en el mismo lugar, en el asiento de copiloto, y junto a ella, como en esos momentos, también se encontraba Steve conduciendo. Sin embargo, por más que las calles fueran las mismas, el escenario no lo era. Septiembre fue el mes en el que se fue de casa a la residencia y este diciembre volvía a ella. Y no era el único cambio.

Tres meses le supieron a poco para todo lo que había pasado en ellos. Nueva compañera de habitación, Ethan apareciendo en su vida por una borrachera, un "secuestro", risas, horarios rotos, experiencias, ilegalidades graffiteras, charlas artísticas, aquel chico adentrándose por sus rendijas, una venda caída de los ojos, el reencuentro de una pasión, mentiras, reconciliaciones, besos, emociones… amor. Engaños, llanto, soledad. Todo aquello había formado parte de esos noventa días. Parecía real e irreal a la vez.

Tres meses atrás, en ese mismo coche junto a Steve, empezó todo y ahora… Ahora Alyn se encontraba más perdida que nunca, pero con algo creciendo en su interior y con ganas de salir. No era la misma chica, eso lo tenía claro, y, mucho menos, creyó ser una persona más débil. Sin embargo, seguía sin saber quién era.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto hoy? —le preguntó el rubio una vez se bajaron del coche. Ante ellos la casa de la familia

Stewart—. Podemos volver otro día si no te ves capaz, no pasa nada.

—Tiene que ser hoy, Steve —afirmó ella, sintiendo una opresión en el pecho.

Veinte de diciembre. Su abuela Evie cumpliría los sesenta y seis años.

Alyn se pasó gran parte de la noche llorando, hasta que en un ataque de impulsividad terminó en casa de su mejor amigo, quién, aunque tampoco estaba pasando por un buen momento, la arropó entre sus brazos. A la mañana siguiente, tras una charla profunda del estado de ambos, esta tomó la decisión de ir a casa de sus padres a por ciertos recuerdos de su abuela que quería tener con ella ese día.

Una vez se adentraron en la casa, Steve no pudo evitar observar cada rincón esperando que el matrimonio los abordara y los echara. Aunque la casa también había sido de la castaña, no tendrían por qué hacerlo, pero las cosas seguían sin arreglarse entre padres e hija y dudaba que alguna vez ocurriera. Alyn se giró hacia él y ahogó una risa, una de las pocas que había tenido esos días.

—Steve, cariño —llamó su atención—, no están en casa. Me he asegurado de ello.

—¿Segura que no van a aparecer? Porque no creo que estemos en condiciones de empezar en una discusión. —Las palabras brotaron de él sin apenas pensarlas, pero el sentimiento que dejó fue duradero. Ambos pensaron en los engaños y traiciones que habían vivido hacía poco y el ambiente se cargó.

—Sí, estoy segura —murmuró la chica antes de dirigirse a las escaleras—. Ahora vuelvo.

Steve dejó que su mejor amiga ascendiera sola, ya que era consciente de que era un momento que ella debía tener a solas. Además de que tenía claro que la chica sabía que en caso de necesitarlo solo tenía que llamarlo y no dudaría en tenerlo a su lado en menos de diez segundos. Sin embargo, dejó esa posibilidad en el olvido y confió en ella, mientras recorría esas paredes dónde la castaña creció. Los muebles era elegante y secos, como si fuera uno de esos apartamentos que salen en las revistas de gente millonaria.

No tenía vida. Y, aunque había estado ahí varías veces, fue esa la primera vez que vio aquello parecido a lo que era la casa de sus padres. O, ya en ese entonces, solo de su madre.

Con esa simple ficha de dominó caída vinieron detrás las otras diez mil. Con ella recordó la situación de sus padres, el divorcio, el fin del amor, un engaño; uno que lo llevó a recordar el de Emily y todos los que no ha llegado a saber con claridad y que ella le había ocultado. Ese hilo lo condujo a Kai, a esa chica con la que empezó con discusiones para terminar clavada en su cabeza. Steve también sintió que esos tres meses parecían una fantasía. Todo lo arrolló y terminó sentándose en el sofá al tiempo que soltaba un suspiro pesado y hacía un esfuerzo por no echarse a llorar. Hoy debía estar para Alyn, otro día se lo permitiría y ella lo sostendría, como ya había hecho recientemente. Últimamente, solo se tenían el uno al otro.

Alyn, en su habitación, paseó la vista por todos sus muebles y notó que, aunque no hacía mucho que había pisado esa estancia, ahora era totalmente extraña. Tenía la sensación de que pertenecía a otra Alyn, una que no era ella. No obstante, apartó todos esos pensamientos, viéndose incapaz de afrontarlos en esos momentos y se centró en lo realmente importante. Se dirigió hasta su estantería y sacó de ella dos álbumes de fotos.

Cuando los abrió, ante ella aparecieron todas las fotos que habían hecho sus abuelos desde su nacimiento. Todos aquellos veranos en Nueva Jersey. Al principio, solo salía ella junto a ellos, pero después se sumó Lena. Era un libro de recuerdos, así lo bautizó Alyn. Había miles de pedacitos que habían formado parte de su vida y todos ellos junto a las tres personas que más quería, sus abuelos y su hermana. Abrazó ambos álbumes conteniendo las lágrimas con poco éxito, por lo que terminó sentada sobre el borde de su cama. Volvió a pasar las páginas deteniéndose varios segundos o incluso minutos en cada una.

Hasta que algo llamó su atención.

En la última página, pegada al lado de una imagen, una que su abuela dijo que quería pegar ella misma en su último verano, había una pequeña bolsa blanca. Con el ceño fruncido, la despegó del celo

y la abrió con cuidado. Volcó su contenido en su palma izquierda, ahogando un jadeo cuando reconoció lo que era. Sus ojos se nublaron aún más y su corazón aceleró el ritmo de los latidos.

El colgante del rayo.

El colgante había sido un regalo que le había hecho su abuelo a su abuela en su primer año como novios. Se habían conocido un día de tormenta, ya que su abuela las amaba y había ido a un parque a saltar y bailar bajo la lluvia. Tenía veinte años y su abuelo paseaba por ahí, con un año más, cuando la vio. No pudo evitar reírse y unirse a ella, quién lo recibió encantada. Le regaló el colgante con un pequeño rayo por ese día. Y ahora… Evie se lo daba a ella, aunque lo encontró varios meses tarde.

Con sollozos saliendo de su garganta se puso en pie y se acercó a un espejo que descansaba en una de las esquinas. Se lo puso con mucho cuidado, como si el simple roce con su piel fuera a romperlo. Tras colocárselo, se observó e, inconscientemente, brotó una sonrisa de sus labios. Sentía que con aquello siempre tendría una parte de ellos, no solo de su abuela sino también de su abuelo.

—*Felicidades, yaya* —susurró mientras acariciaba el rayo—. *Os amo, abus.*

El momento fue interrumpido por el sonido estridente del teléfono de la planta baja. Steve sacó el rostro de entre sus manos y fijó la mirada en el aparato. Alyn se obligó a cortar el llanto y, tras recoger las cosas que se iba a llevar, bajó al salón. El rubio vio como la chica se secaba el rastro de lágrimas con el dorso de su mano. Quiso intervenir y consolarla, pero al verla caminar con decisión hacia el teléfono las palabras tomaron un desvío.

—Alyn, espera —la frenó a escasos centímetros de descolgar la llamada—. Supuestamente, no estás aquí, no has venido. Si coges el teléfono y es importante tendrás que decírselo, y no creo que quieras enfrentarte a tus padres. No en este momento.

—Si es importante, le daré el recado a Lena y que ella finja que ha cogido la llamada —respondió con simpleza, como si lo tuviera todo pensado con tiempo. A Steve no le sorprendió, al menos a una parte de él, ya que su amiga siempre había sido así de calculadora,

aunque últimamente fuera más impulsiva—. Casa de la familia Stewart, ¿dígame?

—Buenos días, soy el Señor Walker —respondió una voz grave y masculina desde el otro lado. La chica frunció el ceño e intentó buscar entre todos los conocidos de su familia, pero no apareció nadie con ese nombre—. Me comuniqué con ustedes por última vez la semana anterior.

—Perdone —lo interrumpió—. No soy la Señora Stewart. —Steve la miraba con atención—. El matrimonio Stewart no se encuentra en casa en estos momentos, si es importante puedo darles el mensaje.

—Entiendo. ¿Podría decirles que me llamen en cuanto puedan? Sigo esperando que me faciliten el número de su hija.

Aquella última frase pilló desprevenida a Alyn, quién, confusa, frunció el ceño. Esa expresión alertó al rubio, que se desplazó a la esquina del sofá, lo más cerca de ella.

—Per… perdone de nuevo, pero, ¿ha dicho que le faciliten el número de su hija? —repitió, esperando haber escuchado mal. Era consciente de que se podría tratar también de su hermana, pero eso no tenía sentido cuando la pequeña vivía en esa casa y, por lo tanto, era ese mismo número. Solo podía ser ella.

—¿Cómo? —susurró por lo bajo, Steve, desconcertado—. ¿Quién es? —Alyn le puso la mano delante del rostro para callarlo y como una indirecta de que esperara un segundo. Sin embargo, este la apartó de un manotazo, recibiendo una mirada entrecerrada de la chica.

—Así es —respondió el hombre al teléfono—. Me he comunicado con los Señores Stewart en varias ocasiones, pero todavía no me han facilitado el contacto de la señorita… em… —Se escuchó como revolvía entre unos papeles. Y, aunque la castaña sabía perfectamente que hablaba de ella, esperó a que él lo pronunciara —. Oh, sí, aquí está… Alyn Evolet Stewart.

—Soy yo —murmuró por lo bajo, más confusa que antes.

—¿Tú eres qué? —insistió el chico.

—¿De veras? —cuestionó el Señor Walker—. Llevo intentando dar con usted durante semanas.

—¿Usted quién es? —preguntó, Alyn, sacando un poco de su carácter. No estaba pasando por unos tiempos buenos y el descubrimiento de que sus padres estuvieran ocultando su número a alguien desconocido, ese con el que hablaba ahora, no le inspiraba cosas positivas.

—Soy el Señor Walker, abogado de la Señora Evie Adalyn Stewart.

Sintió como si una jarra helada cayera sobre ella.

—¿Qué pasa? ¿Por qué pones esa cara? —susurró su mejor amigo, pero aquella vez su tono denotaba preocupación. El rostro de Alyn había palidecido.

—¿El abogado de mi abuela? —buscó confirmación, al mismo tiempo que le daba una respuesta, indirectamente, a Steve. Tanto él como ella no se podían creer aquellas palabras.

—Así es. Quería hablar con usted sobre el testamento, pero cuando intenté comunicarme por primera vez a través de este número me comentaron que estaba de viaje y desde entonces no he podido encontrarla.

"¿De viaje? ¿Qué cojones?", pensó en su interior. Pero entonces, como si una bombilla se hubiese encendido sobre su cabeza, una idea alocada apareció en su mente. Su rostro dejó de lado la sorpresa y se puso completamente seria, asustando al rubio, que seguía sin comprender mucho de la escasa información que le estaban dando las respuestas de la chica.

—¿Mis padres no habían abierto ya el testamento?

—Sí, así es. Sin embargo, solo les ha correspondido la legitima, por ser el hijo de la Señora Evie. El resto aún no se ha reclamado, ya que le corresponde a usted y a su hermana.

Aquella declaración fue un golpe en el estómago y una victoria en la mente. Sus sospechas eran ciertas.

—¿Necesita verme en persona o tan solo hablar por teléfono?

—Sería mejor que viniera a la notaria, en Nueva Jersey, a no ser que se encuentre ocupada. En ese caso podemos concertar una cita telefónica.

Alyn dudó, no sabía qué se podía encontrar, ni las consecuencias que tendría una vez sus padres se enteraran. Miró a su mejor amigo, quien seguía con el ceño fruncido sin saber qué narices estaba

ocurriendo. La chica vio la preocupación que la situación le provocaba, más al ser ella el foco. No pudo evitar sonreírle, confundiéndolo aún más.

—Estoy ahí esta misma tarde —concluyó.

Tras un breve intercambio de palabras, acordando una hora y la ubicación del lugar, la chica colgó por fin. Ahora le quedaba enfrentarse al rubio que tenía a su lado y que esperaba con ansias una explicación.

—Me voy a Nueva Jersey —resumió antes de coger todas las cosas, que durante un momento de la conversación dejó sobre el brazo del sofá, y se encaminó a la salida.

—Ey, ey, espera —la frenó el chico tras cruzar el umbral principal—. ¿Cómo que te vas a Nueva Jersey? ¿Y cómo se te ocurre pensar que esa simple explicación me va a servir? Alyn, te has puesto pálida, luego seria y has terminado huyendo a Nueva Jersey.

—Mis padres me han ocultado mi parte de herencia —sentenció. Esa había sido su teoría, aquella que se había hecho realidad. Steve comprendió entonces las intenciones de la chica—. No le dieron mi número para que no pudiera contactar conmigo y que así pasara el tiempo y perdiera el derecho.

—Pero para eso deberían esperar años.

—¿Crees que un abogado va a insistir durante todos esos años? —La respuesta era clara: no. Sus padres solo debían esperar hasta que el hombre se cansara y así todo acabaría—. Tengo que ir —sentenció cerrando la puerta y yendo hacia el coche—. Iré y volveré hoy, no creo que me suponga mucho tiempo. Estaré de vuelta por la noche.

—Voy contigo —afirmó el rubio, cada uno de pie delante de su puerta, mirándose por encima del coche.

—No hace falta —argumentó ella dejando las cosas a los pies del asiento—. No es como si fuera un funeral, solo iré y firmaré. Son tramites rápidos.

—Alyn. —Apoyó sus brazos en la carrocería—. No creo que sea tan simple. —La chica frunció el ceño—. Sigues siendo menor de edad. —Alyn no se había percatado de aquel detalle, uno importante que podía joderlo todo—. Te acompaño —dio por finalizada la conversación.

El lugar no era muy alegre, aunque tampoco se podía esperar más de una notaria. Paredes lisas, muebles geométricos, decoración sosa y gente en traje caminando de un lado a otro haciendo su trabajo con una porte recta y seria. Parecían aburridos, hastiados de la vida. O al menos eso fue lo que reflejaban para Alyn mientras recorría aquellos pasillos. Entonces una visión se plantó ante ella. Era su futuro, uno en el que le esperaba lo mismo: encerrada en oficinas, haciendo planos de edificios, asistiendo a reuniones vestida de traje y atendiendo a clientes. Un escalofrío le recorrió el cuerpo.

—Te estaré esperando, tranquila —murmuró por lo bajo, Steve, esperando que el hombre, que se había presentado como el Señor Walker y que en esos momentos estaba a unos metros de la espalda de su amiga, no lo escuchara—. Si me necesitas solo tienes que abrir la puerta y llamarme.

—Gracias —susurró de vuelta, la chica, al tiempo que asentía. Dejó un suave beso en la mejilla del rubio antes de dar media vuelta y adentrarse por la puerta que separaba aquella pequeña sala de reuniones y la sala de espera dónde se quedaría Steve.

Alyn se sintió pequeña e indefensa cuando el abogado y el notario tomaron asiento delante de ella, dejándola sola en su lado de la mesa. Sin embargo, se obligó a tomar la sartén por el mango y demostrar que no era una cría que se dejaba manipular, como siempre habían hecho. Sino que era una mujer adulta, por más que no fuera mayor de edad, que tenía las cosas claras. O al menos que fingía tenerlas.

—Muy bien, debido a la desinformación por parte de sus padres, nos vemos en la obligación de leer completamente el testamento y las clausuras de él. ¿Le parece bien, Señorita Stewart? —preguntó el notario, un hombre de pelo castaño y que debía rondar los cuarenta años. Ella asintió.

Fueron unos minutos eternos en los que ambos hombres le explicaba en que consistía la abertura de un testamento, las clausuras, el hecho de tener que aceptar o rechazar la herencia y sus posibles consecuencias. Tras toda aquella información, por fin se pasó a lo importante.

—Bien, pues la Señora Evie Adalyn Stewart, aparte de la legitima que ha dejado a su hijo, Edward Harrison Stewart —comenzó el notario. Alyn retorcía sus dedos debajo de la mesa, nerviosa, aunque mantenía el rostro sereno—, también ha dejado la mitad de su fortuna a su nieta pequeña, Lena Harlow Stewart.

—¿En cuánto consiste? Si se puede saber —comentó, insegura.

—Una cifra de 100.000 dólares.

La boca de Alyn se abrió, o mejor dicho cayó, del asombro. No podía creer que su abuela tuviera semejante cantidad de dinero; ese más el que le pertocó a su padre. Todo ese dinero le pertenecía a su hermana, a una chica de dieciséis casi diecisiete años.

—Y a usted, Señorita Stewart —se obligó a recomponerse cuando escuchó su nombre. Aguantó la respiración mientras escuchó aquellas palabras que cambiarían su vida—, le ha dejado la otra mitad de su dinero más la casa donde residía.

"HOSTIA PUTA", pensó.

—¿Me… me ha dejado 100.000 dólares y su casa? —preguntó, desconcertada, abrumada, asombrada y alucinada. No sabía cómo digerir aquella información y necesitaba una confirmación.

—Así es.

Sin embargo, todo lo que sube baja. El castillo de naipes se desmoronó cuando recordó la conversación que había tenido con su mejor amigo unas horas atrás, antes de embarcarse en ese viaje de hora y media hasta Nueva Jersey.

—Pero tanto mi hermana como yo somos menores de edad —comentó—. Eso significa que debe haber alguien que controle nuestros vienes hasta que alcancemos la mayoría. Mi padre es el responsable, ¿no? Es nuestro tutor.

—Efectivamente —respondió el abogado, causando una maldición interna en Alyn—, en estos casos el tutor que controla los bienes es el padre o la madre. —"Joder"—. A no ser que el fallecido, o en este caso fallecida, deje a otra persona como tutor o tutora.

—¿Mi abuela ha hecho eso? —preguntó, esperanzada. Si no es así ya se podía estar despidiendo de toda la herencia, porque sus padres no le permitirían tocar nada y antes de que llegara a los veintiuno todo habría desaparecido.

—Sí, su abuela no quiso dejar a su padre como encargado de sus bienes. Ni de los suyos, ni los de su hermana Lena.

—¿Y a quién puso? ¿A mi madre? —Ninguna de esas dos opciones, alguno de sus padres, era buena. Pero si no era aquella, tampoco se le ocurría a quién podía haber puesto responsable de ello.

—La Señora Evie Stewart nombró a un hombre llamado —comentó el notario buscando el nombre en los papeles y causando un poco de ansiedad en la chica— James Steven Jones.

"¡¿Steve?!", gritó en su mente.

—¿Steve? —cuestionó, asombrada. Recibió dos asentimientos de cabeza—. Ha dejado a Steve como nuestro tutor —repitió más como afirmación que como pregunta.

—Así es —afirmó el Señor Walker—. Debí comentárselo antes, ya que deberá ser él quién acepte o rechace la voluntad de su abuela. Pero puedo ponerme yo mismo en contacto y concertar una cita.

—No va a hacer falta —murmuró la chica, aún desconcertada por los acontecimientos—. Él es mi compañero, el que se encuentra fuera esperándome.

—Pues eso nos facilita el procedimiento. Dígale que pase, por favor.

Cuando Alyn abrió la puerta, Steve dirigió la mirada, que mantenía perdida por los pasillos, directamente a ella. Se puso de pie de golpe, preocupado. Ante la señal de su amiga, este se acercó.

—¿Pasa algo? ¿Estás bien?

—Tienes que entrar.

Confuso y sin que Alyn le dejara tiempo a preguntar de qué iba todo aquello, el rubio se adentró a la sala y ambos hombres lo saludaron antes de indicarle que se sentara.

—Alyn, ¿qué ocurre? —le preguntó, confundido. Esta respiró hondo antes de hablar, ni siquiera ella había procesado aún las palabras y lo que estas significaban y ahora tenía que hacérselas entender a su mejor amigo.

—Mi abuela le ha dejado la mitad de su dinero a Lena y la otra a mí —comenzó con toda la atención del chico encima—. 100.000 dólares para cada una. —Los ojos de Steve se abrieron de golpe, sorprendidos—. Además de que a mí me ha dejado su casa.

—Joder —susurró, dejando de lado las formalidades.

—Pero somos menores de edad.

—Tu padre —masculló cayendo en el punto de la cuestión.

—Mi abuela nombró a otro tutor para que él no nos pudiera controlar.

Steve no pudo evitar sonreí. Adoraba a esa señora, siempre lo haría. Lo había aceptado y querido como a otro nieto más. Además de que era la única, aparte de él y Lena, que se preocupaba de verdad por Alyn. Tanto que hasta se había asegurado de que ella recibiera su herencia sin ninguna interferencia de sus padres.

—¿A quién? —preguntó animado, agarrando la mano de su amiga. Esta se mordió en labio inferior, nerviosa, antes de responder:

—A ti.

Otra oficina, otra mesa, otra silla, otro hombre, otros papeles… Otra vida.

Steve había aceptado sin dudar ser el tutor a cargo de la herencia de Alyn y Lena, a quién informaron al día siguiente de su vuelta. Esa misma mañana, antes de que la castaña se encontrara en esa otra situación similar. Tras el cambio que había traído el testamento, la chica se vio en la obligación de, al fin y sin temer las consecuencias, tomar las riendas de su vida.

—¿Estás segura, Alyn? —le pregunto el Señor Jefferson, tras su escritorio enorme y con un conjunto de papeles descansando bajo sus manos—. Es una decisión muy importante.

—Lo estoy, estoy segurísima —respondió por tercera vez y no podía evitar que de sus labios asomara una amplia sonrisa.

—Está bien, como desees.

Tras esas palabras, todo se volvió trámites y más trámites de papeles, que duraron varios minutos. Sin embargo, una hora después se encontraba poniéndose en pie junto a ese hombre que le tendía la mano.

—Buena suerte, Señorita Stewart. Ha sido un honor tenerla con nosotros.

—Gracias, director Jefferson.

Estrechó su mano. Se despidió. Se fue.

Punto y final.

Así acabó su vida estudiantil en Columbia. Con esa simple reunión y relleno de papeles había puesto fin a su carrera de arquitectura. Por fin. Se sentía ligera, con un peso menos cargado a las espaldas. Con más libertad. Ahora podía elegir qué, cómo y dónde estudiar. Podía escoger cómo vivir su vida.

No pudo retener la carcajada que brotó de su garganta mientras caminaba de vuelta a la residencia, esa que también debía abandonar en un plazo de setenta y dos horas. Se sentía feliz, viva. Miró al cielo sin dejar de caminar.

—Yo dirijo mi vida, abu.

CAPÍTULO 38

Los verdaderos amigos te apuñalan de frente.
Oscar Wilde

Los días venideros a las fiestas de navidad transcurrieron distintos a lo que Kai había imaginado. Siguió habiendo distancia entre ella y su compañera, por mucho que intentara suavizar las cosas, Alyn no cedía, pero no la culpaba por ello, tenía todo el derecho a estar enfadada. Por parte de Steve, no hubo nada, ni siquiera se lo encontraba en las fiestas o por Cookie's. Ella esperaba alguna llamada, algún tipo de encuentro, pero nada. Quizás era mejor así. Fue gracias a Harriet y Ethan que pudo empezar a despejar su mente de todo aquel embrollo, estando con ellos apenas pensaba en Steve por lo que era bueno, aunque una vez a solas volvía a su mente como si de un bumerán se tratara. Aun así, hubo algo nuevo, mejor dicho alguien, que empezó a acercarse a ella de forma cautelosa pero a la vez rápida. Se trataba de Lorie, desde que la invitó al acuario tan repentinamente, él había empezado a aparecer en su vida con visitas más seguidas a su trabajo y nuevas invitaciones o largos paseos. Al principio le parecía extraño y en más de una ocasión se preguntó si Steve sabía algo de eso, aunque creía que de haberlo sabido tampoco le hubiera importado y como Lorie siempre decía: "Vuestra relación no tiene por qué influir en la que tenga yo con ambos".

Obviamente, el castaño se sentía mal muchas veces por acercarse tanto a la que había sido "el algo" de su mejor amigo. A su favor diré que en más de una ocasión estuvo decidido a contarle la

verdad, pero nunca terminaba haciéndolo. Como aquella mañana que quedó con el rubio en su apartamento.

Habían pactado volver juntos a Queens para pasar las fiestas de navidad, por mucho que a Steve le doliera, había prometido a su madre que iría a casa. A ella no la veía desde que empezó el curso y por mucho que algunas veces hablaran por teléfono, no era lo mismo; pero, para su sorpresa, al fin se dignó a contarle todo lo ocurrido con su padre, así que pensó que quizás necesitaría algo de apoyo por parte de su hijo. En el caso de su padre, aceptó pasar la Noche Vieja en la que antes había sido su casa, ambos adultos debían procurar tolerarse aunque les costara.

Teniendo en cuenta la posible situación, el rubio empezó a adoptar una actitud de pasotismo frente al tema, así evitaba que se le nublara más la mente. Había intentado olvidar a Kai en las últimas semanas, pero le resultaba difícil no pensar en ella u obviar las ganas de llamarla, de contarle cómo se sentía y sentir esa paz mental que tanto le aportaba. Quizás era eso lo que más añoraba de ella, y ni siquiera lo sabía porque realmente no comprendía cómo se sentía. Por eso intentaba evadir aquellos pensamientos con más entrenamiento, quedando con Alyn, o haciendo planes con Lorie, aunque últimamente estuviera bastante ocupado. Por eso le propuso ir juntos a Queens, así podría tener un rato con su mejor amigo. Lo echaba de menos, de hecho, estaba muy nostálgico últimamente y procuraba estar cerca de sus amigos prácticamente todo el rato. Y digo prácticamente porque…

El castaño llamó a la puerta del apartamento directamente, después de que una señora le hubiera abierto abajo. Tuvo que insistir hasta que oyó los gritos de Steve.

—¡Ya va, ya va!

Cuando su mejor amigo abrió la puerta, vio que detrás de él salía una chica que era realmente guapa, no la había visto nunca o por lo menos sobrio. Esta lo saludó tímidamente y Lorie se lo devolvió, luego se despidió del rubio con un leve beso.

—Te llamaré cuando vuelva, ¿vale? —le murmuró en los labios, ella sonrió y se marchó.

Lorie se abstuvo a decir nada hasta que cruzó el pasillo y se aseguró de que la puerta estaba cerrada.

—No lo harás —aseguró.

—¿El qué?

—Llamarla.

Steve esbozó una leve sonrisa, no por ser cruel, sino porque sabía que el moreno siempre seguía la misma estrategia.

—¿Quién sabe? —Se encogió de hombros antes de ir a su habitación para coger la maleta y hacer la cama antes de irse—. ¿Me ayudas?

Lorie asintió y se colocó al otro extremo del colchón.

—¿Te ha gustado por lo menos?

—Claro, siempre me gusta. Cada persona puede enseñarte algo nuevo en la cama. Eso lo sabes tú mejor que yo. —Le dedicó una sonrisa, pero el otro solo respondió con una mueca—. ¿Qué has hecho estos días? Has estado un poco ausente.

Entonces estuvo a punto de confesarle la verdad, que estaba quedando con Kai, que no había nada entre ellos, pero parecía estar creciendo una amistad y, en parte, quería hacerle ver lo mal que lo pasaba ella frente a la relación que tenían ahora. Pero antes quería comprobar si no entraba en terreno pantanoso, así que decidió mentir un poco.

—He estado haciendo planes. Solo. Fui al acuario, ya que no quisiste venir conmigo; también he ido al cine, a pasear… No sé, diferentes sitios. Por cierto, cuando estuve en el cine vi a Kai. —Inconscientemente, Steve empezó a prestar mayor atención—. Iba con un chico, bastante guapo y que no era Ethan.

El rubio empezó a tensarse, pero procuró disimular que no le importaba.

—¿Y bien?

—Me saludó.

—Me alegro.

—¿Te alegras?

—De que le vaya bien, ya sabes. Que rehaga su vida, igual que yo hago con la mía. —Sus palabras eran ciertas, pero a la vez sentía una pequeña punzada en el pecho, porque realmente él tendía a

acudir a otras para intentar no pensar en ella. ¿Pero haría lo mismo ella?

Lorie lo conocía suficiente como para saber que mentía. Normalmente, Steve tendía a mirar fijamente o a no hacerlo, pero nunca a medias, si hacía eso quería decir que no era verdad lo que fuera que dijera o pensara.

—Mientes muy mal, amigo. —Le guiñó el ojo y le dedicó una sonrisa—. ¡Vamos o se nos hará de noche!

Steve lo miró, pero no siguió con la conversación. Hubiera sido en vano, él estaba en lo cierto, por eso prefirió no decirle nada acerca de su relación con Kai, hubiera empeorado las cosas, además de creer que no merecía saberlo. No hasta que dejase de mentirse.

Era tradición, desde hacía cuatro años, que cada veintitrés de diciembre se celebraran *Los Bolos Olímpicos,* un concurso que elaboraron Ethan y Kai. Este consistía en tres partidas de bolos, quién perdía debía invitar al otro a pizza, en ese caso el perdedor tenía una oportunidad de remontar su puesto si se terminaba primero la cena, en caso de no hacerlo tenía la obligación de ser llenado la cara de besos con pintalabios rojo. Aquella era la cuarta edición, por el momento ganaba Ethan con dos a uno, pero Kai estaba dispuesta a ir a por todas aquel año.

Como ya estaban de vacaciones de navidad y en ambos trabajos les habían concedido diez días de fiesta, quedaron en casa de Ethan, donde ella fue a buscarlo en coche. Al llegar, el chico sonrió al ver que también vestía la equipación que hicieron el segundo año de tradición. Consistía en una camisa típica de bolos de color verde palo, en la parte delantera había grabado en naranja el dibujo de una pizza y detrás llevaban su apellido en grande del mismo tono. La prenda juntaba sus colores favoritos.

—¿Preparado para la derrota?

—Te recuerdo que voy ganando yo.

—En el juego, en tema de lucir el uniforme sigo siendo la mejor. —Ethan arqueó las cejas.

—¿Qué tiene de malo mi vestuario?

—Nada, el problema es la cara.

Kai soltó una carcajada que acabó siendo una queja cuando él se abalanzó sobre ella para hacerle cosquillas y lo que más odiaba que le hicieran, despeinarla. A los segundos, se serenaron y pusieron rumbo al centro comercial donde se encontraba la bolera. No era muy grande, tenía seis pistas, pero para ellos era suficiente, ya que preferían un ambiente tranquilo. Aun así, estaba prácticamente lleno; muchas familias y amigos aprovechan las fiestas de navidad para ir a las máquinas recreativas. Agradecieron haber hecho una reserva previa.

El partido transcurrió de la siguiente forma, la primera parte de la primera ronda fue liderada por Ethan. Kai llevaba un año sin jugar y no era muy buena, todo sea dicho, de hecho, su amigo tuvo que ayudarla a tirar las primeras rondas hasta que empezó a pillarle el truco y terminó por remontar mágicamente, quedando un punto por encima de él. La segunda ronda fue claramente victoria de Ethan, Kai lanzó la pelota fuera de la pista varias veces, a lo que este no podía dejar de reírse sin parar. Ya se veía pagándole de nuevo la cena a su amigo. Pero la tercera volvió a ser un golpe de suerte para ella, ya que metió tres plenos seguidos sin saber cómo.

—Tienes mucha suerte —murmuraba, Ethan, mientras la veía repetir y repetir el tiro. Ella no podía dejar de reír al ver la cara de inconformidad de su amigo, pero en el fondo sabía que no le importaba en absoluto ganar o perder.

De hecho, no sabremos nunca si podría haber llegado al cuarto pleno, porque Ethan la agarró por detrás inmovilizándola mientras le daba vueltas y le decía que no le dejaría marcar ni uno más. Y no lo hizo, pero la victoria de aquel año era suya de todas formas.

—No pienso pagarte una pizza con piña —advirtió el castaño mientras veía la tirada final de su amiga.

—Shhttt —respondió ella mientras ponía su dedo índice enfrente de los labios para indicar que se callara.

Tiró la bola, pero no importaba mucho el resultado. Ganó y Ethan tuvo que tragarse sus palabras. Se pasó gran parte del camino cantando de alegría, el chico resoplaba a la vez que se sentía orgulloso por ella.

—Ni se te ocurra quitarme la ilusión. Llevo dos años aguantando tus celebraciones, ahora es la mía. Así que… dime, Ethan, ¿quién es la mejor Jugadora Olímpica de Bolos de todo Brooklyn y que, además, viste mejor la equipación del equipo?

Él no quería responder, sabía perfectamente que le estaba devolviendo esos dos años de chulería, haciendo exactamente lo mismo que hacía él.

—No te oigo —canturreó.

—Tú —respondió entre dientes.

—No, no, di el nombre completo.

—Tú, Kai Eleanor Scott. ¿Contenta?

—Mucho —suspiró placenteramente al oír su nombre completo de forma victoriosa.

Por suerte, Kai pidió una pizza de cuatro quesos. Ahora que estaba en proceso de hacer su vida como quería y abandonar un poco a Alana, no iba a pedir la de piña, por mucho que adorara joder a su mejor amigo. Toda la tarde había estado llena de risas y juegos, se olvidaron de todo, de sus familias, trabajos, estudios, amores; parecía que nada más existía, solo la pista de bolos, ellos y la navidad. Pero una vez se sentaron y volvieron a la tranquilidad, los pensamientos bombardearon a ambos.

"Me hubiera gustado ver a Alyn jugar", pensaba Ethan.

"¿Se le darían tan bien los bolos como el fútbol?", pensaba Kai.

"Sería gracioso estar aquí los cuatro", pensaron los dos. Pero no lo dijeron en voz alta, por mucho que supusieran que cada uno tenía los pensamientos lejos de aquella cena.

—Deberías darle más tiempo —le aconsejó entonces el inuit, rompiendo el silencio.

Kai despertó de sus pensamientos para mirar a su amigo y procesar bien lo que acababa de decirle. No supo que responder, no esperaba el comentario, ni tampoco tenía ganas de hablar de eso en voz alta.

—¿Cómo vas tú con Alyn? —preguntó. El chico dejó ir una mueca irónica.

—Con ella no hay tiempo que valga. Estoy planteándome dejarlo estar y superarlo.

—Jamás lo superarás, Ethan. Cuando algo que vive dentro de nuestro corazón se va, nunca lo superas, tan solo aprendes a vivir con la pérdida hasta que te acostumbras a que deje de doler.

Volvió a sonreír con sarcasmo. Ella tenía razón, no iba a olvidarla nunca, pero solo esperaba que dejase de doler. No podía ser tan difícil, ¿no?

—Pero creo que deberías intentarlo —sugirió entonces, Kai—. Es probable que no quiera escucharte, no la culpo, al fin y al cabo, ella tiene la razón, pero todo el mundo agradece recibir una explicación tarde o temprano. Si realmente te quiere, o te quiso, te escuchará.

—Dudo mucho que ella la quiera.

—¿Acaso se lo has preguntado?

—Sí, claro, hablamos todos los días —dijo con tono sarcástico.

—Pues entonces no lo des por hecho y actúa. De hecho, ayer todavía estaba en la habitación y no me pareció ver ninguna caja ni nada por el estilo, quizás aún está por ahí.

Dijo aquello con la intención de incitar a su amigo a que fuera, a que tuviera valor. Ethan no lo veía tan claro, pero agradeció el dato guardándolo en sus pensamientos, no fuera que terminara por servirle de ayuda. Este quiso dejar el tema de Alyn a un lado, eso era una herida que no dejaba de supurar y, a veces, ese tipo de heridas es mejor ni mirarlas, así te olvidas de que están. Aunque solo sirva por un rato.

—¿Has hecho algo estos días? —preguntó él. Había estado demasiado ocupado en otras cosas y apenas se habían visto esa semana, por mucho que ahora fueran la primera opción del otro.

—Sí… bueno… sí. Digamos que algo.

Ethan conocía bien a Kai y sabía que mentir no era lo suyo, ni esconder sus emociones. Dejó apartada su cena para centrarse bien en la respuesta de su amiga.

—¿Qué pasa?

La chica no podía mantenerlo más en secreto, ni siquiera lo había hablado con Harriet aún. Debía sacarlo, por mucho que temiera la reacción de su mejor amigo.

—Últimamente, me he visto mucho con Lorie.

—¿Y ese es…?

—El mejor amigo de Steve.

—¿El tonto?

—Ethan… —Volteó los ojos.

—Perdón, pero me pone de los nervios.

—¿Steve o él? —quiso aclarar, Kai.

—Ambos. —Ella ya suponía la respuesta, pero prefirió ignorar entonces el tema. Ethan reconoció que debía poner un poco de filtro a sus palabras, aguantarse, aunque no fueran dos de sus personas preferidas. Además, ¿qué hacía Kai quedando con ese chico?—. ¿Y por qué razón quedas con él?

—No lo sé, pero es muy buen chico, de verdad. Me invitó al acuario y al cine, y también me espera algunas veces hasta que salgo de trabajar y solemos hablar sobre temas muy interesantes. Tiene una forma bastante distinta de ver el mundo.

—Me da que se está aprovechando de tu relación con Steve.

—No creo. No se le ve de ese tipo.

—Pues ya me dirás cómo se explica que, a los pocos días de "romper" con su mejor amigo, aparezca él de la nada. Yo no sería capaz de hacerle eso a Peter o a Ryan, y sé que ellos tampoco.

—Suele decir que mi relación con Steve no tiene por qué influir a la que tenga con él.

—¿Y Steve lo sabe? Que quedáis y eso.

—Juraría que no. Tampoco quiero que lo sepa, ni él, ni nadie.

—Tú verás. No digo que sea mal chico, pero ve con cuidado —suspiró y de nuevo bajó la vista hacia su cena para coger otra porción de pizza. Al levantar la cabeza vio como ella se pintaba los labios de rojo—. ¿Qué haces?

—Terminar con la tradición. Hace ya un rato que he terminado la cena, pero al parecer no te has dado cuenta.

Ethan se fijó bien y efectivamente, ella había ido hablando y comiendo mientras que él no. Era parte del trato, tenía que recibir decenas de besos por toda la cara. En fin, no podía negarse.

Dejó a su amigo en casa, todavía se quejaba por llevar la cara llena de carmín rojo, asegurando que le costaría horrores sacarse todo eso de la cara.

—No es mi problema que seas un lento comiendo —excusaba la conductora y él volvía a despeinarla de nuevo—. El año que viene me pagarás la peluquería, te lo advierto —aseguró entre dientes.

Se despidieron con un fuerte abrazo en el que se oyeron suspiros de alivio por ambas partes. ¿Qué hubiera sido de ellos si no se tuvieran el uno al otro? Agradecían tanto haberse conocido en aquella biblioteca, porque realmente sus vidas cambiaron para siempre.

Cuando Kai entró en casa desde la puerta del garaje, oyó bastante murmullo, al parecer tenían visita, ya que oía a sus padres hablando y riendo. Teniendo en cuenta que al día siguiente el salón volvería a parecer un carnaval, no descartó la idea de que se tratase de sus abuelos o de su tía. Lo que menos esperaba era encontrarse al castaño con el que últimamente pasaba gran parte del tiempo.

—¿Lorie?

—Oh, ya estás aquí —dijo Lia volviendo la cabeza hacia su hija—. No sabíamos que tenías un amigo tan divertido.

—Este chico es un genio del humor —declaró el padre todavía riéndose.

La morena se temía lo peor, no había cosa más horrible que los chistes de su padre y su obsesión con los deportes, algo que Lorie también adquiría. Definitivamente, eran la misma persona en épocas distintas.

—Hola —saludó él un poco tímido y confuso. En los treinta minutos que llevaba en esa casa ya le habían petado diez neuronas como mínimo.

La chica le indicó que la siguiera hasta el jardín, no fue detrás de ella sin antes chocar los cinco con Richard y darle un ligero beso en la mano a Lia, quedando ambos adultos encantados.

—Parece que les has caído bien, espero que no te hayan incomodado mucho —dijo una vez estuvieron fuera. Él sonrió.

—Tranquila, ni siquiera me han dado tiempo a plantearlo. —Ambos rieron.

—¿Qué haces aquí? ¿Ha pasado algo?

—No, tranquila. Está todo bien —aclaró refiriéndose indirectamente a Steve—. Perdón por aparecer así de la nada, sé que debería haber llamado antes, pero he venido a Brooklyn para hacer unos encargos y he aprovechado para saludar.

—¿Steve te dijo dónde vivía?

—No, no —sonrió nervioso—, bueno, digamos que lo he buscado en una guía telefónica. Espero que no te importe, no quiero que pienses que te acoso o algo así.

Kai abrió los ojos como platos, no se le había ocurrido esa suposición. Aunque, después de la conversación con Ethan, sí que se le pasó por la cabeza la teoría de que Lorie estuviera aprovechando la mala relación que tenía con Steve. Por mucho que le costara de creer.

—Oh, no lo había pensado, pero me sorprende que tengas ganas de verme, la verdad. Debes tener muchos planes estos días, con tus amigos y demás.

—Había una fiesta esta noche. —Esta asintió, sabía que él no se perdía ninguna y que en breves se marcharía entonces—. Pero no me apetece ir. Buscaba un plan tranquilo para esta noche, como ir a patinar sobre hielo, por ejemplo. Solo me hace falta un acompañante que tenga libre hasta tarde.

Ella pilló la indirecta, vio que la miraba con esa sonrisa pícara que solía dibujarse en su rostro cada vez que quería conseguir algo. Aquel gesto solía funcionar siempre, pero Kai era consciente de que al día siguiente debía ayudar a sus padres preparando la casa para las visitas y no podía irse muy tarde a la cama.

—Mañana tengo que levantarme temprano…

—No volveremos muy tarde.

—Ya, pero será un día duro y…

—Kai, en dos días es navidad. Regálate algo, cualquier locura que tú quieras hacer. —Entonces, ella empezó a dudar.

Se le dibujó una sonrisa tímida en el rostro. Se moría de ganas de ir a patinar, era algo que solía hacer cada año y todavía no había

tenido la oportunidad. Buscaba hacer cosas que nada tuvieran que ver con la lista de Alana y desde luego patinar era una de ellas. Su hermana lo odiaba.

—Debería hablarlo con mis padres.

Volvieron de nuevo al salón donde los dos adultos se encontraban disimulando que estaban viendo la televisión, aunque ella sabía que habían estado cuchicheando.

—Papá. Mamá. ¿Puedo ir con Lorie a patinar? Sé que mañana tendré que levantarme temprano y todo eso, pero no volveré tarde y os ayudaré con todo, y…

—¡Claro! —exclamó el padre.

—Cariño, debes salir, es navidad. Seguro que podemos fiarnos de Lorence, ¿verdad? —Le guiñó el ojo al chico mientras agarraba a su hija por los hombros y la conducía hacia la puerta. No pudo contradecir las palabras de sus padres que, técnicamente, la empujaron a salir. Lorie aseguró que tenía unos padres de lo más divertidos, aunque Kai deseara hacerlos desaparecer muchas veces.

Llevaba un día completo entre los bolos y el patinaje, pocas veces había hecho tantas actividades seguidas y en el fondo se sentía muy feliz por ello, por salir de la pequeña rutina que tenía. Los deportes no eran lo suyo al principio, una vez pillaba el tranquillo ya se dejaba ir, aunque solía costarle. Lorie la agarró las primeras vueltas procurando que consiguiera equilibrarse, una vez estuvo más estática la dejó ir sola, pero sin separarse de su lado aún. Allí empezaron a hablar, por primera vez él confesó, a alguien más que a Steve, cómo era la relación con sus padres. Le contó como su madre le fue infiel a su padre con el hermano de este, que apenas la veía, pero que aun así ella había luchado durante muchos años por tener su custodia. “No es una mala madre, pero sí bastante descuidada”, solía decir él. Luego le habló de que su padre tampoco era alguien muy dedicado en su puesto fraternal, así que prácticamente se había criado con su abuelo y en casa de Steve.

—Digamos que yo era un niño perdido y él fue como Peter Pan.

—Muy típico de Steve estar relacionado con ese cuento —respondió Kai.

Ella le habló un poco sobre Alana, aunque le sonaban algunas cosas por boca de Steve. Le confesó que de haber estado viva hubieran congeniado muy bien, también le contó lo que hizo aquella tarde en el cementerio, que creía estar dejando ir a su hermana de una vez, pero no era algo fácil.

—No puedo negar que ha vivido todos estos años dentro de mí. Será complicado, pero ser consciente de ello ya es un paso —dijo ella. Lorie le dio la razón y sin quererlo llevó su mente a otro punto, a otro tema que no dejaba de rondarle por la cabeza últimamente.

Se tomaron un descanso para tomar algo en la cafetería que había en la planta superior. Todavía con los patines parecían dos patos andando y fue de lo más divertido hacer una carrera hasta la mesa. Una vez sentados y servidos, Kai aprovechó para ver desde la vidriera como se veían las personas patinando. Le pareció precioso.

—Kai, ¿puedo hacerte una pregunta? —Ella salió de su sueño para asentir—. No respondas si no quieres, sé que puede ser complicado, pero, ¿crees que estás enamorada de Steve?

Era una pregunta que se hacía constantemente. Nunca se había enamorado, o eso creía. Quiso mucho a Derek, por ejemplo, pero tampoco lo echó de menos cuando pasó todo aquello. Lloró los primeros días, pero se le pasó rápido, todo lo que sentía era rencor. En cambio, con Steve era distinto, sentía su pérdida y no podía dejar de pensar en él y de añorarlo. Creía que se debía a que él había sido el primero en todo, pero también llegó a plantearse si era algo más.

—La verdad es que no lo sé. Sé que le quiero, aunque él no quiera saber nada de mí. También sé que echo de menos verlo entrar por la cafetería, su ironía, ver como sonríe cuando está con Alyn o contigo, ir a ver sus partidos y saber que se está dejando la piel en el campo. Echo de menos saber que se pasará la tarde entera estudiando, pero que buscará cualquier momento para llamarme; ver como se remueve el pelo cada vez que se agobia, oírle tocar el piano, su suéter de niño pijo, cuando bajaba la ventanilla del coche para mirarme fijamente de forma pícara y me hacía sentir que solo existía yo… —Ahí se dio cuenta de que en algún momento había

desconectado del mundo terrenal para seguir hablando del tema y de que Lorie la miraba con la boca entreabierta—. Lo siento, me he excedido.

—Tranquila, ha sido bonito. Lo has descrito a la perfección. —Kai asintió y dio un sorbo a su chocolate caliente. No encontró palabras para romper aquella aura nostálgica que se acababa de crear—. Él también te echa de menos —ella lo miró atenta—, pero yo no te he dicho nada. —Le guiñó el ojo y esta agradeció que hubiera compartido aquella pequeña información. Con eso le valía.

—¿A ti te gusta alguien?

Ahora fue él quien dudó unos segundos, pero no tenía nada que perder.

—Sí.

—Oh, vaya. ¿Y ha habido suerte?

—No lo sé —empezó a reírse—, tampoco tenía pensado confesarme.

—¿Por qué? Dudo que alguien pudiera decirte que no. Sueles caer bien a todo el mundo. —"Menos a Ethan", pensó ella, pero eso no tenía por que saberlo.

—Kai, a veces es mejor no saber ciertas cosas —respondió despreocupado.

—Vale, está bien. Pero podrías contármelo a mí, quizás puedo servir de ayuda. —Empezó a hacerle ojitos dulces que no sirvieron para tentar al castaño, este no podía dejar de soltar carcajadas.

Se recostó en el banco de espuma y cruzó los brazos mientras la miraba y pensaba si sería buena idea dejarlo ir o guardárselo para sí mismo. Lo debatió bastante y no descartó la idea de hacerlo, pero aún era demasiado pronto.

—Todos viviremos mejor si no lo sabe nadie. Créeme.

Pronto, estaba dispuesto a decírselo pronto.

CAPÍTULO 39

La felicidad, también consiste en lo
que dejas ir, por tu propio bien.
Coco Chanel

—Sopa, pavo relleno al horno con verduras, patatas fritas y, de postre, tarta de zanahoria con helado de M&M —enumeró la chica a través del teléfono nuevo.

Alyn había aprovechado la herencia de su abuela para cambiar de rumbo su vida. No solo había adquirido un nuevo teléfono móvil, sino que había abandonado la carrera antes de decidir irse a vivir a aquella casa que antaño pertenecía a su abuela. Había sido duro adentrarse en ella y no verla, además de todos los recuerdos que la azotaron al recorrerla. Sin embargo, se sintió, por primera vez en mucho tiempo, como si estuviera en casa.

—¿Tú has cocinado todo eso? —preguntó el chico, al otro lado.

—Nooo, lo he encargado —ironizó, desviando de nuevo la mirada a la hora que marcaba el coche antes de mirar al exterior.

—Ah, eso me cuadra más.

—¡Oye! —se quejó indignada.

—Solo bromeo, seguro que eres una cocinera increíble. Algún día tendré que ir a verte para probar algo.

—Eres libre de venir cuando quieras —lo invitó con tono bromista, aunque hacía días que un pensamiento rondaba por su mente.

—Me lo apunto, mi agenda está desocupada para después de las fiestas —le siguió la coña el chico, quien en esos momentos, como le había comentado al inicio de la conversación, se encontraba sobre su cama en casa de sus padres.

—¿Y para año nuevo? —se arriesgó a preguntar, creando una mueca en los labios que él no pudo apreciar.

—Nah, ocupado con lo típico —le restó importancia—. Lo pasaré con mis padres.

—Oh —se lamentó, ya que el plan que había tenido en la cabeza no podría ser posible.

—¿Qué?

—Nada.

—Alyn… —la incitó, sin creer su palabra anterior.

—Es que… había pensado… —titubeó.

—Habías pensado… —repitió, incitándola—. Venga, sigue.

—Es que no quiero interferir en tus planes.

—Primero explícame lo que has pensado y ya después vemos si vas a interferir o no —comentó en tono tierno mientras sonreía, otro acto que, esta vez, ella no pudo ver.

—Pues que entre llanto y llanto… —comenzó con sinceridad de más.

—Joder, no digas eso —la interrumpió en una queja mezclada con un gemido.

—¿Por qué? Ni que no supieras que aún lloro por… bueno, por todo un poco.

—Ya, lo sé, es el tema de cada llamada… Y no es una queja, al contrario, me gusta que hables de ello, si eso te ayuda —confesó—. Pero me jode que lo saques en un momento bueno y más si… —se calló al poderle la impotencia.

—¿Si qué? —lo incitó ella, esta vez.

—Si no estoy cerca para darte un abrazo —concluyó con fastidio, ya que le molestaba ese hecho. No le gustaba que Alyn lo estuviera pasando mal y menos que él no pudiera hacer nada para evitarlo, peor aún con la distancia en medio.

—Oh, que tierno, Peter —soltó con dulzura.

—Gracias —bromeó—. Mejor vuelve al tema principal, ¿qué pasa con año nuevo?

—Había pensado en invitar a unos cuantos amigos y celebrarlo en casa.

—¿En Nueva Jersey?

—Sí, es la única casa que tengo —comentó con gracia—. Ya tengo confirmada la presencia de Steve, estoy esperando la de los mellizos y… bueno, ahora la tuya. —Se apresuró a añadir y aclarar—: Pero que no te obligo, ¿eh? Si estás ocupado no pasa nada.

—Iré —afirmó con seguridad.

—Pero, ¿y tus padres?

—No creo que les importe que un año me ausente —le volvió a restar importancia.

—¿Seguro?

—Segurísimo.

—Genial —soltó emocionada.

—Por cierto… —cambió de tema, hablando con su tono más serio.

—¿Por qué siento que no me va a gustar el rumbo que va a tomar la conversación? —preguntó la chica volviendo a mirar la hora. Cinco minutos habían transcurrido.

—Porque no te va a gustar.

—Peter…

—Solo quiero saber cómo lo llevas.

—Pues…

—La verdad. Completa —le advirtió sabiendo que la chica intentaría irse por las ramas o fingir.

—Lloro casi cada noche —comenzó con sinceridad—. No solo por lo de Ethan, que se encarga de estar en mi mente varías veces al día; también por mi abuela. Ya sabes que me costó empezar a vivir aquí, cada sitio me recuerda a ella, pero… —respiró hondo mientras veía a las personas saliendo de la estación— creo que me está ayudando. Sano, al menos esa cicatriz.

—¿Y la otra? —se atrevió a preguntar, con cautela. Era consciente de lo delicado que era el tema.

—A veces, cuando se cuela en mis pensamientos, siento que lo quiero tanto que debería coger el coche y volver a Nueva York. Perdonarlo —confesó, siendo la primera vez que lo decía en voz alta. Notó una opresión en el pecho ante la verdad que arrastraban.

—¿Crees que es lo correcto?

—No. —También le dolió lo cierta que era aquella respuesta—. Primero soy yo y mi salud emocional. —Peter sonrió en la distancia

—. Y es entonces cuando aparece la segunda opción. Me dan ganas de llamarlo y gritarle las diez mil mierdas que se merece.

Una parte del chico quiso reír por sus palabras y por el tono enfurruñado que había utilizado, pero hubo una duda que lo azoró.

—¿Has intentado llamarlo? —No recibió respuesta, ya que la chica se mordió el labio inferior y bajó la mirada a su mano libre—. ¿Alyn?

—He tenido la tentación, sí —contestó—. A veces he llegado hasta tener el teléfono en la mano y su número bailando en mis dedos, pero…

—No lo haces —completó por ella.

—No lo hago —repitió en una confirmación—. Y creo que es lo mejor.

—Lo es. No creo que te ayudara en nada, más que en abrir más la herida.

—Lo sé. —Sonrió al ver que había alguien que la comprendía, al menos más allá de Steve, quien ahora estaba pasando por lo suyo, también—. Gracias, Peter.

—¿Por qué? —cuestionó extrañado mirando el techo blanco de su habitación mientras hacía volar una pequeña pelota por el aire antes de volver a atraparla.

—Porque desde ese día que me encontraste en el metro has estado para mí, por más que Ethan fuera uno de tus mejores amigos.

—Alyn —su tono se puso serio, pero con ternura—, que sea mi amigo, que lo conozca más que a ti, o cualquiera de esos argumentos que se suelen anteponer, no significa que deba estar de acuerdo con sus decisiones. Mucho menos, que no pueda consolar y ser amigo de la persona a la que ha tratado mal.

—Eres un chico maravilloso.

—Gracias.

—¿Y él…? —la pregunta salió sin consentimiento, sin darle tiempo a rumiarla, y no la terminó, arrepintiéndose.

—¿Qué?

—Nada.

—Alyn… —volvió a advertirle, porque en los pocos días que llevaban hablando, habían creado un vínculo y cada vez la conocía más.

—¿Te ha hablado? —terminó formulando.

—Es uno de mis mejores amigos.

—Ya.

—Sí —respondió, haciendo una mueca con los labios—. A menudo me llama, para hablar y tomar unas cervezas.

—¿Entonces supongo que te ha contado sus motivos? Esos que tanto él como Kai aseguran que existen.

—Así es. —Se creó un pequeño silencio tenso—. Lo entiendo, pero no lo acepto.

—Vale —soltó únicamente. Su mirada volvió a la puerta de la estación de buses y creyó ver una figura familiar—. Creo que ya la veo. —Volvió la vista al reloj y se quejó—: Trece minutos tarde.

—El bus habrá pillado atasco.

—O se ha entretenido con alguna estupidez. —Rodó los ojos mientras el chico sonreía.

—Es veinticinco de diciembre, Alyn —habló con dulzura—, la gente va a visitar a sus familiares. Es operación salida.

—Y yo conozco perfectamente a mi hermana —afirmó con seguridad mientras veía a la susodicha acercarse al coche.

—Puede que… —empezó a hablar Peter justo cuando Lena se sentó en el asiento.

—Había un chico súper, súper mono sentado a mi lado… —habló la pequeña mientras gesticulaba con sus manos. El chico dejó de hablar.

—¿La estás escuchando? —le preguntó a este en un murmullo.

—He intentado hablar con él durante el trayecto, pero… —Lena continuaba.

—Sí —respondió él.

—Pero cuando casi estábamos llegando me he atrevido y… —Lena.

—Te lo dije —afirmó Alyn para el chico.

—Entonces, después de intercambiar números, nos hemos puesto a hablar… —Otra vez Lena.

—*Touché* —le dio la razón antes de despedirse—. Te dejo, buena suerte. Feliz Navidad.

—Hemos bajado y… —La más joven no dejaba de hablar.

—Feliz Navidad —le devolvió la felicitación antes de que la llamada se cortase. Dejó el aparato en su bolsillo.

—Por eso he tardado, lo siento —terminó su explicación y disculpa —. Hola, por cierto.

—A buenas horas saludas —atacó, aunque con una sonrisa, la mayor.

—Es que me estaba disculpando. —Lena sonrió con inocencia.

—Tranquila, no pasa nada —le restó importancia—. Me he entretenido hablando por teléfono.

—¿Con Steve? —cuestionó con una amplia sonrisa. Alyn notó como sus ojos se iluminaban.

—No, con Peter —la corrigió, causando que la sonrisa de la pequeña se tornara picaresca—. No me mires así, no hay nada entre nosotros.

—Ya me lo dirás cuando os caséis —concluyó con suficiencia.

Alyn llegó a la conclusión de que a su hermana le gustaba juntarla con cualquiera tanto como todos los chicos guapos que pasaban por su vida. Y eso le hizo gracia.

Alyn abrió la puerta y dejó que su hermana entrara primero. Esta observó a su alrededor y en su rostro se mostró una mueca nostálgica. La mayor dejó la mochila de Lena en el sillón y se animó a hablar, para sacarla de ese estado de tristeza que, seguramente, se debía a los recuerdos con sus abuelos.

—Me sorprende que los papas te hayan dejado venir —comentó mientras colocaba un par de decoraciones en el árbol que no estaban rectas.

—Ya… sí —titubeó, haciendo que su tono saliera nervioso y pusiera en alerta a su hermana mayor. Esta se giró a verla, Lena miraba los calcetines en la chimenea como si fuera lo más interesante del mundo—. Uh, qué suerte.

—Lena… —la llamó con lentitud mientras se le venía una posibilidad o, mejor dicho, una locura a la mente.

—¿Qué?

—Los papas lo saben, ¿no?

—Claro —aseguró causando que Alyn soltara un suspiro, aliviada—. Si leen la nota —susurró por lo bajo girándose. Sin embargo, la ojiazul la logró escuchar.

—¡¿La nota?! —gritó, sorprendida y horrorizada—. ¡¿Qué nota?!

—La que les he dejado antes de irme sin permiso —soltó sin más, ya no servía mentir.

—¡¿Te has ido sin permiso?!

—Es que se lo propuse y me dijeron que no —se excusó con desespero—. Insistí e insistí, pero nada. No me quedaba otra opción.

—¡¡No venir!! —exclamó exasperada.

—Por encima de mi cadáver —sentenció, al instante, con el ceño fruncido. Estaba segura de que ni de lejos tomaría esa opción.

—Ay, madre —Alyn empezó a caminar de un lado para otro del salón—, les va a dar un ataque. —Miró a su hermana—. ¿Al menos les has dicho dónde estás? —Volvió a moverse murmurando ahora para sí misma—: Bueno, eso no sé si es bueno, son capaces de aparecer aquí.

—Tranquila —le intentó calmar mientras se sentaba en el sofá, despreocupada—, les he puesto que al final has decidido venir a pasar las navidades a Nueva York, aunque no en casa, así que me iba contigo y volvía por la mañana.

—Lena —se acercó a ella y se inclinó para que la viera directamente con esos ojos castaños—, ¿tú eres consciente de la locura que has hecho?

—¡Pero quería venir!

—¡¿Y qué?!

Alyn volvió a erguirse y se pasó las manos por la cara. No podía creerse la locura irresponsable que acababa de hacer su hermana y, mucho menos, podía advertir las consecuencias que esto traería. El castigo y los gritos que le esperaban a la vuelta, y de los cuales no podría salvarla, estaban asegurados.

—Pensaba que no eras como ellos, que lo que yo quiero te importaba —aquel murmullo hizo que la mayor se girara y observara a su hermana formar una mueca.

—Y me importa —aseguró encaminándose a ella para sentarse a su lado—, pero sin pasarse. Si me hubieras dicho que no te dejaban,

habría hecho el esfuerzo de ir a la comida familiar de hoy. Van a notar todos que no estás y ya bastante iba a dar de que hablar mi ausencia.

—Me da igual —replicó—. Además, no quería hacerte pasar por eso, no te lo mereces. —Soltó un bufido antes de añadir—: Encima, tampoco es que me pierda mucho. Estoy de las primas y los primos hasta las narices.

—No tienes remedio. —Negó con la cabeza.

—Gracias. —Sonrió con orgullo.

—Espera… —Alyn volvió a fruncir el ceño cuando se dio cuenta de una pequeña cosa.

—¿Qué?

—Steve era el encargado de llevarte a la estación de buses —la miró—, ¿él lo sabía?

—Al principio no, pero… —gruñó dejándose caer en el respaldo del sofá—, joder, tiene el mismo radar que tú. —La chica sonrió ante aquello—. De camino me ha hecho confesarlo.

—¿Y aun así te ha dejado venir? —La ojiazul no sabía si eso le parecía bien o no. Se estaba debatiendo en si debía matarlo o dejarlo con vida, hasta que su hermana habló.

—Ha dicho que tú me necesitabas.

—Lo amo —aseguró sin dudar. Steve siempre buscaba lo mejor para ella y cuidaba de Lena como si fuera también hermana suya. Era una de las mejores cosas que le habían ocurrido en la vida.

—Seríais una bonita pareja.

—¿Qué pasa que tú me juntas con todos? —preguntó arqueando una ceja.

—Así seguro que con alguno acierto —respondió con simpleza al tiempo que se encogía de hombros y formaba una sonrisa.

—Anda, vamos a comer. —Se puso en pie y añadió, mientras se dirigía al comedor—: He estado toda la mañana cocinando y no quiero que se ponga mala la comida.

—¿Y los regalos? —cuestionó la pequeña causando que Alyn detuviera el paso y se girara a verla. Esta observaba los regalos que se hallaban debajo del árbol.

—Después de comer.

Lena rodó los ojos pero accedió. Así que se sentaron a comer juntas, aquel veinticinco de diciembre. Y las hermanas Stewart pasaron una feliz navidad rodeadas de recuerdos, cariño, risas y, por qué no decirlo, regalos hechos con amor.

CAPÍTULO 40

Lo que niegas te somete,
lo que aceptas te trasforma.
Carl Gustav Jung

Ikiaq se marchó de Nueva York unos días antes del inicio de las navidades, justo después de compartir con Ethan un momento íntimo e importante para su relación. El chico sintió que una parte de sí mismo podía respirar, aunque otra, todavía mayor, se encontraba oscurecida.

Los primeros días de navidad transcurrieron con la misma monotonía de cada año. Comida con Peter y Ryan el veinticuatro, cena con sus padres y hermana ese mismo día, abrir los regalos de debajo del árbol con ellos a la mañana siguiente, recibir a la familia paterna unas horas después para la comida y, por último, una llamada a su familia materna. Mismas fechas, mismas celebraciones.

Sin embargo, hubo algo que lo descolocó completamente, y es que en cada momento de esas fiestas sintió que faltaba algo o, mejor dicho, alguien. Aquella chica de pelo castaño que ya había imaginado sentada a su lado, mientras le tomaba la mano por debajo de la mesa, o abriendo su regalo con ojos brillantes y una sonrisa despampanante. Creó su imagen en la mente, línea a línea y sus dedos hormiguearon en respuesta, buscando una liberación.

Por ello, no dudó en conducir aquel veinticinco de diciembre a las diez de la noche para llegar a su apartamento. Subió por las escaleras del edificio y saltó de dos en dos los escalones de la que se dirigía a la buhardilla. Se movió por el espacio con desespero. Abrió botes y botes de pinturas, mezclándolas en las diversas

paletas, hasta acabar mezclando rojo carmesí y morado en el mismísimo suelo. Plasmó cada trazo con rapidez, como si sus manos necesitaran grabar todo lo que querían expresar.

Terminó pasadas las tres de la madrugada. Dio un paso atrás, dejando caer ambos brazos a los lados. Contuvo la respiración al ver lo que acababa de crear y más tras tres semanas sin sujetar un pincel. A simple vista parecía un cúmulo de rallas, curvas y colores sin sentido. Un cuadro completamente abstracto. Sin embargo, para él era todo lo que sentía.

En el lienzo la veía a ella.

A Alyn.

Con paso seguro se bajó del coche y se encaminó a la puerta principal de la residencia, donde Matthew se encontraba vigilando. Este rodó los ojos al divisarlo. Lo había visto ir varias veces, sobre todo durante el año anterior, a por Kai y este año se amplió ante la urgencia de estar con Alyn, por lo que Matthew se cansó de verlo por ahí.

Sin embargo, Ethan no comentó nada sarcástico, como solía hacer la mayoría de veces, sino que se limitó a saludarlo y seguir con su camino. A Matthew le extrañó y aún más el hecho de que el chico estuviera ahí… sobre todo, por las ausencias.

El ojiverde subió hasta el piso en el que se encontraba el apartamento que compartían ambas chicas y tuvo que tragar con fuerza una vez se situó delante de la puerta. Había estado reviviendo las palabras de su mejor amiga, de aquel día en la bolera, y le había hecho caso. Por eso se encontraba ahí, dispuesto a darle aquella explicación a Alyn que tanto tiempo llevaba reteniendo.

Pareció que su plan perdía fuerza tras los golpes en la puerta y la nula respuesta. Frunció el ceño antes de volver a intentarlo varias veces más, obteniendo el mismo resultado. Sabía que Kai no estaba, pero según esta, Alyn todavía no había abandonado la residencia por las fiestas y no tenía pinta de que fuera a hacerlo.

—No están —una voz femenina resonó detrás del chico, causando que girara la cabeza.

Ante él había una chica apoyada en el marco de la puerta contigua. Tenía el pelo castaño, ondulado y unos ojos marrones que lo miraban con simpatía. Sostenía una caja ente sus manos.

—Em… —carraspeó—. Soy Ethan, el mejor amigo de Kai —se presentó señalando la puerta de la nombrada—. Sé que ella no se encuentra, pero esperaba poder hablar con su compañera, Alyn. —El rostro de la chica se transformó, borrando la sonrisa.

—¿Alyn? —repitió, haciendo que el castaño asintiera—. Pues siento decirte que no la vas a encontrar.

—¿Se ha ido a pasar las fiestas?

—No exactamente —contestó con una mueca. Ethan la miró sin comprender—. Alyn se ha marchado de la residencia —empezó a explicarle—, para siempre. Ha dejado la universidad —sentenció.

Esa confesión cayó sobre él como un balde de agua fría, dejándolo completamente helado.

"Ha dejado la universidad, la residencia… se ha ido", pensó, bloqueado.

Miró la puerta una vez más sin creerse lo que acaba de escuchar y terminó alejándose, despidiéndose de la chica con un escueto agradecimiento. Matthew se dio cuenta de que el chico se acababa de enterar con tan solo ver su rostro, pero no comentó nada. Ethan se quedó en medio de la acera, cerca de su coche, pensando. Dándole vueltas y vueltas a la noticia.

"Ha dejado la universidad, la carrera de arquitectura", se sintió orgulloso ante aquel pensamiento.

"Se ha ido de la residencia y, probablemente, de Manhattan", ese ya le causó tristeza.

"¿A dónde habrá ido? Si no la encuentro, definitivamente se acabó", y este dolor.

Era consciente de que en casa de sus padres no iba a estar, ya que en cuanto se enteraran de que había dejado la carrera no querrían saber nada de ella. Pero podría estar en cualquier lugar. Aunque lo más probable fuera que estuviera con…

"Debía estar con él, era lo único sensato", aquello fue lo que pensó Ethan, pero si no era así, que también era una opción, el único que podría saberlo y ayudarle también era él.

Steve.

Entró en aquella habitación sin llamar y con tal brusquedad y rapidez como si de un huracán se tratase. La chica de mechas californianas se asustó, dando un vote en su lugar, y se preocupó en cuanto vio el rostro de su hermano. Sin embargo, aquel sentimiento cambió al escuchar las palabras de Ethan.

—Necesito el número de Steve.

—¿El número de Steve? —repitió, extrañada—. ¿Para qué?

—Tengo que hablar con él —respondió con simpleza. Emily lo analizó de arriba abajo, deteniéndose de más en su expresión y en la respiración acelerada.

—¿Por Alyn o por Kai? —Ethan optó por ser sincero.

—Por la primera, aunque no dudo de que saldrá Kai en la conversación.

La chica carraspeó mientras se inclinaba hacia adelante, aún sentada en la silla de su escritorio, y, tras morderse el labio (acto que ya puso en alerta a su hermano) se atrevió a preguntar:

—¿Kai y Steve han roto?

—Emily… —advirtió.

—Solo quiero saberlo, es curiosidad sin más —intentó excusarse la pequeña, pero el castaño la conocía, al menos en ese aspecto. Después de su conversación intentó acercarse más a ella. Este respiró hondo.

—Sí —respondió, pero se apresuró a añadir—: Pero no es de tu incumbencia. Lo qué haya pasado o lo qué vaya a pasar solo es cosa de ellos. Y sé lo que estás pensando, pero no puede ser, Emily. Debes dejar las cosas como están y superarlo.

Emily lo miró con un montón de sentimientos encontrados, pero en vez de expresarlos decidió tragárselos y girarse en su asiento. Tomó un papel en el que garabateó con rapidez antes de tendérselo.

—Su número —soltó con simpleza antes de volver a sus quehaceres, dándole la espalda. Ethan hizo una mueca antes de acercarse a ella y besa su coronilla.

—Gracias, enana —susurró—. Te quiero.

Sin recibir respuesta, acto que lo entristeció, salió de la habitación y se apresuró en volver a su casa, dónde hizo uso de aquel preciado papel.

Un bar roquero a las afueras de Queens fue el lugar de encuentro que estableció el castaño tras insistir hasta que el rubio cedió. Ethan fue el primero en aparecer y se encontraba sentado en uno de los taburetes de la barra con una botella de cerveza en su mano, la mirada recorriendo el local. Chapas, señales y motos eran la principal decoración de las paredes. La música era puro rock y, en aquellos momentos, sonaba *Hells Bells* de AC/DC. Las personas de su alrededor, sobre todo moteros y moteras, se encontraban bebiendo y jugando a varios de los entretenimientos que ofrecía el bar.

—¿Qué quieres, Brown? —la voz seria del rubio consiguió que saliera de su letargo para girarse. Este estaba de pie a su lado con una mano apoyada en la barra y su expresión completamente neutral.

—¿Una cerveza? —le ofreció queriendo que tomara asiento.

—No te mereces ni una palabra, solo un puñetazo.

—Lo sé —admitió, era consciente de ello desde hacía tiempo. Al rubio le sorprendió la rapidez de su aceptación, pero no movió ningún músculo para demostrarlo. El castaño señaló el taburete a su lado y Steve no tuvo más remedio que bufar y sentarse—. Dos cervezas —pidió al camarero.

—¿Qué quieres, Ethan? —repitió tras tener la botella en su mano—. No entiendo por qué me has citado si ya de por sí no nos llevamos bien, menos ahora que has destruido cualquier vínculo que nos unía al hacerle eso a Alyn.

—¿Dónde está? —soltó, yendo al grano. Steve lo observó serio unos segundos antes de soltar una risa cínica y beber un trago de su cerveza.

—¿En serio? ¿Para eso me has llamado? —El castaño asintió.

—He ido a buscarla y no estaba. Y no me refiero a que ha salido, sino a que se ha ido de la universidad. ¿Dónde está?

—¿Qué te hace creer que te lo diré? —lo encaró tras verlo pegar un trago. Lo miraba con enfado.

—Quiero hablar con ella. Necesito —recalcó— hablar con ella.

—No te lo mereces —afirmó negando con la cabeza y jugando distraídamente con la etiqueta de la botella. Lo miró directamente a sus ojos verdes—. ¿Para qué quieres hablar con ella? ¿Para seguir engañándola diciéndole que la quieres? ¿Qué la otra no significa nada? —cuestionó con sorna—. ¿Para volver a jugar con ella?

—Nunca he jugado con ella.

—No, que va —ironizó.

—La cosa no fue como tú crees —mantuvo su tono sosegado. Aquello desconcertó a Steve, pero no rompió su expresión y siguió con su semblante y comportamiento a la defensiva.

—Nooo, claro —volvió a ironizar—. ¿Entonces, cómo fue? Ilumíname.

Ethan no lo intentó retener y las palabras salieron sin control, contándole al rubio todo. Desde el primer día, años atrás, hasta los últimos acontecimientos ocurridos la última semana. Sobre todo, hizo hincapié en que Alyn parecía ser una persona más al principio, pero como terminó metiéndose en lo más hondo y se adueñó de él.

—No podía decírselo porque… porque la perdería, como ha pasado —finalizó antes de soltar un suspiro pesado y le dio un trago a su cerveza.

El rostro de Steve perdió su expresión dura y su fuerza se esfumó mientras analizaba toda la historia que el castaño le acababa de explicar y las respuestas tan claras que le había otorgado cada vez que le preguntaba. No se esperaba nada de lo dicho y aquello lo desorientó.

—Lo siento, de verdad —dijo con sinceridad—. Entiendo tu motivo y… —suspiró con la mirada fija en su botella— puede que yo hubiese hecho lo mismo, no sé. —Ethan lo miró, esperanzado, creyendo que habría logrado que lo ayudara—. Pero eso no significa que sea lo correcto y, por ello, no puedo decirte dónde está. Lo siento.

—Steve…

—Imagínate que fuera Kai —lo cortó, mirándolo—. Sabes que harías lo mismo que yo.

El castaño se puso en su lugar e imaginó la situación con su mejor amiga y, como bien supuso el rubio, él haría exactamente lo mismo. Por más que le jodiera y que esperara otra posibilidad, Steve estaba en todo su derecho. Asintió y dejó que un silencio los envolvieron a ambos, que se dedicaron un par de minutos a beber y pensar.

Tanto uno como el otro rumiaron todo lo dicho en esa conversación y aquello se mezcló con lo que habían vivido esos cuatro meses. Steve pensó en Alyn y en como Ethan le había devuelto su vida. Este pensó en Kai y en como Steve le había cambiado su vida. Todo lo que el otro había hecho por su mejor amiga. Al menos podían destacar algo bueno de todo aquello.

—Gracias por sacarla de ahí —confesó el rubio mirando al otro chico—. A excepción de esto último que ha ocurrido, nunca le has hecho nada malo. Al contrario, la sacaste de esa burbuja en la que sus padres la encerraron y que yo no pude impedir.

—No fue tu culpa —aseguró con sinceridad.

—Aun así. —Se encogió de hombros y con una mueca con la que quería reprimir una pequeña sonrisa añadió—: Eres buena persona, Ethan, por más que me esfuerce en negarlo. Gracias —repitió.

—Gracias a ti —le devolvió el agradecimiento, recordando su relación con Kai—. Tú también conseguiste que Kai despertara y entendiera que su vida no depende de una lista que Alana hizo antes de morir. Tuve que haber sido yo, pero… —se lamentó.

—Tampoco fue tu culpa. —El castaño se encogió de hombros antes de caer en algo más. Miró al rubio apenado, poniéndolo en alerta, nunca había vista aquella expresión en él.

—Y… perdón —Steve frunció el ceño—, por lo de mi hermana. Me dejé llevar por el amor que tenía hacia ella y la visión que creía que era cierta. Te culpé de todo, siempre: de las discusiones, los llantos, la ruptura… Y no fue tu culpa. Lo siento.

—Gracias —admitió—. Aunque tampoco soy un santo, algo también fue mi culpa.

Intercambiaron una mirada y con ella se fue formando una leve curva en los labios de ambos hasta compartir una sonrisa. Un acto que nunca se imaginaron compartir, solo se habían comportado decente una vez y fue en el funeral de la abuela de Alyn.

—Podemos hasta caernos bien, mira tú —comentó, Steve, agrandado la sonrisa de ambos.

—Tiene gracia la cosa, al final nos llevamos bien cuando todo ha acabado.

Ambos soltaron una risa seca antes de quedar de nuevo en un silencio reflexivo. Aquella vez no duró tanto, ya que el rubio miró la hora en el reloj grande de la pared y se dio cuenta de que era hora de marcharse. Sacó dinero de la cartera y lo dejó sobre la barra, llamando la atención de Ethan. Se puso en pie.

—Me tengo que ir.

—Gracias por haber venido, no tenías por qué hacerlo, pero aquí estás.

—No hay de qué. —Suspiró e hizo una mueca—. Ojalá las cosas hubiesen acabado de otra manera.

—Ojalá —repitió.

—Adiós, Brown —se despidió el rubio.

—Adiós, Stewy —correspondió el castaño.

El último nombrado soltó una risa causando una sonrisa en el otro chico. Se dio media vuelta y emprendió su marcha a la salida, dejando a Ethan derrumbándose ante su fracaso. No la encontraría.

CAPÍTULO 41

Sigo mal, y seguiré peor, pero voy aprendiendo a estar sola y eso ya es una ventaja y un pequeño triunfo.
Frida Khalo

En las relaciones muchas veces hay que llegar a un punto medio donde ambas partes estén dispuestas a ceder, eso era algo que Kai había visto en casa desde pequeña. Sus padres eran dos personas completamente distintas que, según ellos, tuvieron muchos altibajos al inicio de su relación, por eso muy raramente discutían y esa era una de las razones por las que Kai odiaba discutir y optaba por hablar. Al principio, no se fijaba en eso hasta que se mudaron a Brooklyn, aquel año hubo un suceso que le hizo entender como funcionaban sus padres. Ese suceso fue la celebración de Navidad.

En Hawaii es tradición celebrar la festividad en la playa, al aire libre, en familia, con música, bailes, comida tradicional de la isla, etc. Mientras que en Nueva York es más apetecible pasar la cena frente a la hoguera. Lia echaba mucho de menos sus tradiciones, por no hablar de la forma de vida que tenía en la isla, a ella el mar le daba vida. Ahora lo tenía lejos y eso le frustraba, así que Richard cedió en celebrar las Navidades con la misma temática tropical de Hawaii solo que frente a una hoguera. Ella había dejado su sitio, tuvo que adaptarse a un ambiente más frío, tradiciones más conservadoras, menos libertad, entre otras, por eso a él no le importó cambiar los trineos por barcos o a Santa Claus con su tradicional traje rojo por un bañador. También aprendió a tocar el *ukelele* para poder ofrecer música a la familia una vez se terminara la cena, y accedió a

remplazar el pavo por las variedades exóticas que su mujer cocinaba. Después de todos esos cambios, él la vio feliz y no le importó nada más, la fiesta seguía siendo la misma. Solo hubo una única cosa que ambos tuvieron que cambiar a la vez frente a ese día. Cada veinticinco de diciembre por la noche eran invitados a casa de los padres de Richard que celebraban las fiestas de forma tradicional, eso quería decir que ellos no podrían celebrarlas al estilo Hawaiano esa noche, así que cambiaron su día de celebración al veinticuatro por la noche, eso sí, los regalos se abrían a la mañana siguiente como era tradición en ambos sitios.

—Mamá, estás haciendo comida para todo el barrio. ¡Solo somos seis! —dijo la chica mientras ayudaba a su madre a preparar la cena.

—Sí, y tres de ellos vienen de un vuelo.

—No les matan de hambre en el avión.

—Mejor que sobre y no que falte. Además, lo que no nos comamos lo llevaremos al comedor social.

—Eres demasiado buena para que me enfade contigo.

—Lo sé. —Ambas se miraron y se dedicaron una sonrisa cómplice.

Sus abuelos y su tía llegaron a las cuatro al aeropuerto, como no iban a caber en el coche, Kai optó por quedarse en casa para terminar de recoger unas cuantas cosas, tampoco era mucho, ya que le sobró tiempo para recostarse en el sofá hasta que llegaron.

Cuando vio a sus abuelos después de un año, sintió como le bajaban las lágrimas por las mejillas y como se le llenaba el pecho de la emoción. Solo se veían una vez al año y las llamadas telefónicas no eran lo mismo.

—¡Qué guapa estás! —exclamó Milana, la abuela.

—No es justo que me lo digas tú, abuela —contestó la nieta. Era cierto, la mujer se conservaba demasiado bien para la edad que tenía.

Luego los acompañó a su habitación, que era la que una vez perteneció a su hermana, dejó sus cosas y tardó unos minutos en bajar para ir al baño. Cuando volvió de nuevo al salón y vio a sus padres, sus abuelos y su tía conversando con ánimo, entendió que quizás aquel año se sentía un poco sola, pero realmente no lo estaba.

—Os veo genial, mamá. Por aquí es raro ver a gente de vuestra edad tan bien conservados —confesó Lia a su madre una vez que entraron a la cocina a por platos.

—La isla te mantiene joven, no como esta ciudad. Al llegar he sentido cansancio de golpe —decía la abuela.

—No sabes cuánto la echo de menos… —admitió Lia.

—Creo que deberíais volver.

—Ojalá fuera tan fácil.

—¿No lo es?

—Aquí están nuestros trabajos y la universidad de Kai. Ahora nos va muy bien, no podemos dejarlo todo, y no creas que no lo hemos hablado Richard y yo.

—Allí hay las mismas empresas o parecidas y también hay buenas universidades. No os faltaría de nada con tu padre y conmigo. —Lia no respondió, se quedó pensativa sabiendo que su madre estaba en lo cierto. Lo tenían más fácil de lo que creían—. Aquí ya no os retiene nada ni nadie, los amigos de mi nieta o la familia de Richard a lo mejor, pero los vuelos no están tan caros para venir de tanto en tanto. Además, a la niña le iría bien, no la noto bien, ¿no crees? —Lia siguió sin contestar con la mirada fija en la ventana. Milana conocía a su hija y sabía bien qué quería decir ese silencio—. Está bien, serán cosas de abuela, al fin y al cabo, ya me estoy haciendo mayor.

Entonces se fue de nuevo con los demás. Lia se quedó allí de pie masticando las palabras de su madre, que aun sabiendo que eran ciertas, le dolía oír. Ella era feliz en Nueva York con su trabajo, sus clientes, sus amigas, viendo a su marido cerca de su familia… Pero continuamente sentía como si tuviera un nudo en la boca del estómago, una sensación que nunca sintió en su casa. Al parecer, la ciudad la consumía, hacía muchos años que era consciente de ello y en cuanto a Kai… sabía que debía hablar con ella.

No era que Kai se hubiera quedado con hambre, es que de tanto comer se moría de sed y no pudo evitar volver a bajar a la cocina para coger otro vaso de agua. Era cerca de la una de la madrugada

y la casa estaba en completo silencio, por lo que procuró ir despacio para no tropezarse con alguna de las decoraciones de navidad que se encontraban en el suelo de la escalera o por el salón. Si algo de Navidad se rompía, su madre la mataría.

Todavía estaba medio adormecida y no tenía los ojos del todo abiertos, se guiaba cómo podía hasta que llegó al salón y encendió la pequeña lamparilla que daba una luz tenue, luego siguió su camino hacia la cocina. Se sirvió un vaso de agua y se quedó apoyada en la encimera hasta que se lo terminó.

—Buenas noches —oyó, pero debido al sueño le costó reaccionar. Al cabo de un segundo, dio un brinco y dirigió su mirada hacia el lugar de donde provenía la voz. Entonces vio a su madre entrando en la cocina.

—Dios, casi me matas de un susto —murmuró—. Buenas noches.

—¿Tú tampoco puedes dormir?

—Me duele el estómago, he comido demasiado.

Lia suspiró y se dirigió hacia un cajón donde guardaba medicinas naturales, cogió un sobre lleno de hierbas y se lo dio a su hija.

—Esto te irá bien, ponlo en el agua.

Kai agradeció con la cabeza. Se quedaron en silencio unos pocos segundos hasta que la madre se decidió a hablar, había un tema que quería abarcar, pero aún no sabía cómo.

—Cariño, creo que deberíamos hablar, hace mucho que no me cuentas nada, que no nos tomamos una tarde juntas. Sé que ahora que estás en la universidad no tienes mucho tiempo, pero aun así puedes contarme lo que sea. A mí no me importa ir hasta Columbia un día si lo necesitas.

—Estoy bien.

—¿Segura?

—Sííí.

—No lo sé, es que te noto algo rara. Serán cosas de madre, pero tu abuela también lo creé… —Quiso acercarse a ella para mostrarle afecto con cualquier gesto, pero se apartó antes. Lia supo entonces que no estaba bien—. ¿Qué opinas de volver a Hawaii?

—¿Qué?

—Sé que parece repentino, pero ya hace un tiempo que lo pienso, lo he hablado con tu padre y tampoco lo ve inviable, aunque dejaríamos un par de cosas.

—Yo estoy bien aquí.

—Te iría bien un cambio de…

—No. Id vosotros si queréis, pero yo me quedo. Tengo que terminar la universidad —excusó aun sabiendo que ese no era su principal motivo.

—Allí hay universidades.

—Ya, pero esta me gusta. Estoy cómoda aquí, los profesores me gustan, las asignaturas también, me gusta trabajar en Cookie's y aquí tengo a mis amigos. —Y a Steve, pero no iba a decirlo en voz alta.

—Tú solo piénsalo. Podría estar bien. —La hija asintió para reconfortar a su madre, pero tenía más que clara su decisión, no iba a marcharse por ahora.

Las dos terminaron su bebida sin decir nada, mientras la madre analizaba a su hija, la menor no dejaba de pensar en lo que perdería si se marchara ahora y era curioso, porque si se lo hubiera propuesto cinco meses atrás seguramente su respuesta sería otra.

—¿Qué hay de Steve? Ya no os veis —dijo Lia a propósito sacando a Kai de sus pensamientos.

Llevaba toda la conversación intentando rodear el tema, pero al ver que no había forma de llegar optó por preguntar directamente. La morena no había mencionado nada sobre él desde Acción de Gracias.

—No, no mucho. Él tiene sus cosas y yo las mías. Nada más.

—Vaya, me sorprende. Parecía que iba en serio.

—Ya, bueno, tampoco iba tan en serio. Éramos amigos como con Ethan.

La mujer se dio por satisfecha con la respuesta, tampoco esperaba sacar más, aunque lo deseara. Se temía estar agobiando a su hija con proposiciones y preguntas. Lo intentó una última vez para asegurarse, pero conocía la respuesta.

—¿Segura que no quieres hablar?

—Sí, claro. Estoy bien.

Dicho aquello, Kai volvió a su habitación y Lia no tardó mucho más. A veces está bien dejar que las mentiras fluyan.

Los días siguientes a la Navidad fueron provechosos para Kai, pasó gran parte del tiempo con sus abuelos a los que estaba segura de que no vería en bastante tiempo. No se preocupó por mucho más, sentía como si el nudo que le había estado oprimiendo se fuera deshaciendo, lo único que le preocupaba era la decisión que su madre le propuso, aun estando segura de la respuesta.

Para Steve fue un poco diferente, de hecho, bastante. Le prometió a sus padres pasar las Navidades en casa, estuvieron de acuerdo en "fingir" estar bien de ojos a la familia, vecinos y socios, pero entre ellos tres se podía oler la incomodidad que nacía. En otra ocasión hubiera pasado tiempo con Alyn, pero esta no estaba, solo le quedaba Lorie y por alguna extraña razón se mantuvo alejado durante las vacaciones, se llamaron alguna vez, pero el amigo afirmó estar con su padre y su abuelo.

"Estupendo, me tocará vivir la realidad", pensó pues.

Aun así, tampoco estaba tan mal, debía regodearse un poco con los hijos de los millonarios, a veces se distraía con las hijas de estos y con sus familiares más cercanos se procuraba dar un buen ejemplo, era agotador pero entretenido. Luego escuchaba a su padre hablar durante horas sobre "negocios importantes", como él solía decir, y le divertía ver como aquel hombre podía parecer tan serio y ejemplar a vista de todos, y luego en privado no tenía ni idea de qué hacer. Al igual que su madre, siendo tan dedicada a los demás y tan poco a su hijo. ¿Cuánto hacía que ella no le preguntaba por cómo le había ido el día? Ni siquiera lo recordaba, pero la quería. Los quería a ambos y ellos a él, solo que a su manera de millonarios ocupados. Y todo parecía estar estable, hasta que…

Había pasado la tarde con Regina, con ella se podía hablar de todo, no estaba vacía ni aparentaba lo que no era, la verdad es que era una chica diez y siempre lo había pensado. Al ser su padre alguien cercano a su familia, se conocían desde pequeños, pero nunca había pasado nada entre ellos, aunque ambas familias lo desearan.

Estuvieron cenando en un lujoso restaurante a las afueras de Queens. Se pusieron al día sobre los estudios, el trabajo de ella y demás asuntos. Al parecer Regina empezaba a verse con su fotógrafo, pero no podía saberlo nadie y Steve prometió guardar el secreto bajo llave. Luego él le contó su ruptura con Emily.

—Me sabe mal decir que me alegro, pero me alegro mucho por ti —confesó ella.

—¿Tampoco te caía bien?

—No es eso, no creo que sea mala chica, pero no estáis en la misma onda.

—Ya, es curioso que todo el mundo lo viera menos yo.

—Cuando estás dentro no lo ves, pero agradezco que te dieras cuenta. Por vuestro bien, es lo mejor.

—Sí, lo fue la verdad.

—¿Y hay alguien ahora?

"No, claro que no", dijo su mente.

"Es complicado", dijo su corazón.

Se quedó pensando en las palabras adecuadas para definir lo qué sentía. Con cualquier otra persona hubiera seguido a su mente, pero era Regina y no tenía por qué esconderle nada.

—Hubo alguien, pero ahora no. También es mejor así.

—¿Un clavo saca a otro clavo? —preguntó, curiosa.

—No, para nada. No hubiera sido capaz de usarla para olvidar a Emily, creo que yo ya ni pensaba en ella cuando la conocí.

—¿Pero no fue a más?

Él dudó, pero tampoco hacían falta muchas más explicaciones.

—No, no merecía la pena. —Desvió la mirada, incómodo, excusándose con dar un mordisco al Risotto.

—No me mientas, Steve. —Rio ella.

—No te miento. No hay más.

—Porque tú no quieres.

Y allí se finalizó la conversación que él quería esquivar, luego ella dejó el tema para hablar sobre su próximo viaje a Las Maldivas. Pero, ah, ya era demasiado tarde para no pensar en Kai.

Cuando volvió a casa todo pasó muy rápido, era bastante tarde, estaba todo a oscuras y los trabajadores ya se habían ido. Lo único que oyó fueron murmullos provenientes del piso de arriba. Podía ser un ladrón o algún animalillo, había varios por la zona. Lo que no esperó fue que proviniese de la que era la habitación de sus padres y menos pensó, después de saber que estos iban a dormir separados, que ellos fueran los causantes de aquel ruido. No le hizo falta entrar para entender qué estaba pasando, sabía muy bien que causaba aquel sonido leve y tampoco merecía la pena.

Fue a su habitación directo para tumbarse en la cama. Sacó su teléfono móvil y buscó en su agenda de contactos, necesitaba hablar con alguien, pero solo lo deseaba con una persona y no era buena idea.

Quedaba un día para terminar el año y, por suerte, no se celebraría la cena en casa de los Scott, algo que Kai agradecía porque estaba cansada de cocinar para todo el barrio.

Aquella mañana del treinta de diciembre fue despertada por el sonido del timbre del teléfono, fueron dos tiradas, la primera la oyó muy levemente, pues aún estaba lo bastante dormida como para reconocer que se trataba de una llamada. Sonó por segunda vez y ahora sí que se despertó, al parecer no había nadie en casa, así que lo atendió sin más remedio. Tenía la voz ronca y se sentía desorientada aún, pero no iba a dejarlo sonar. Quizás era importante. Quizás era…

—¿Diga? —apenas vocalizó.

—¿Kai? —preguntó una voz masculina que conocía, pero aún no sabía ubicar.

—¿Sí?

—Soy Lorie. ¿Te encuentras bien? Suenas rara.

—Oh, sí, sí. Solo que acabo de despertarme. Lo siento.

—No, no, lo siento yo, te he despertado. Vaya.

—Tranquilo, seguro que me iban a despertar tarde o temprano. Dime, ¿ocurre algo?

—No, está todo perfecto, solo quería preguntarte si hacías algo hoy.

—Mmm… creo que no. ¿Por qué?

—Pues porque está nevando y me preguntaba si te apetecía salir.

Abrió bien los ojos y pudo ver desde la ventana cómo caían los copos de nieve con fuerza, entonces empezó a sentir como se le hinchaba el pecho de la emoción y sin retener las ganas se puso como loca de contenta. Oyó a Lorie reírse desde el otro lado de la línea.

—Oye, no te rías de mí —se quejó.

—No, eso no podría hacerlo nunca —murmuró. A Kai se le formó una leve sonrisa y procedió a aceptar.

Sin duda no le diría que no a la nieve.

Se sentía tan feliz y despreocupada en aquellos momentos, nada le importaba lo más mínimo y hubiera pagado por quedarse tumbada en la nieve haciendo ángeles en esta, pero a quién iba a engañar. El moreno la seguía sin más opción, había sido como sacar a pasear a una hermana pequeña que se ilusiona por cualquier cosa, pero no iba a quejarse porque, en cierta manera, también le hacía feliz verla fuera de las preocupaciones que pudiera tener. Quería creer que así evitaba que pensara en Steve, de hecho, deseó poder capturar aquella mañana en imágenes para enseñárselas a él y decirle: "Lo que te estás perdiendo". Pero de nada iba a servir.

Fueron a una cafetería para tomar algo caliente, al fin y al cabo, la nieve provocaba más frío que alegría con el paso de las horas y estaban bastante agotados de correr, reír y jugar. Allí sentados siguieron con las bromas que arrastraban desde la calle, no parecía haber nada más en su cabeza o por lo menos para Lorie. En cambio, Kai no podía evitarlo, por mucho que se esforzara y agradeciera a su nuevo amigo que estuviera allí, sus pensamientos iban para otro lado. Se sentía bastante mal por ello. Quería evitar el tema, intentaba aguantar las ganas por preguntarle sobre Steve porque nadie mejor que él lo sabría. Intentaba morderse la lengua al mismo

tiempo que reconducía la conversación, hasta que un breve silencio fue el detonante.

—¿Y has visto a Steve estos días? —preguntó disimuladamente. Lorie no quiso darle importancia al tema, prefirió seguir con lo suyo.

—Sí. Por cierto, vi que vendían collares artesanos como los que tú haces, hay una tienda en Queens que…

—¿Y, cómo está?

—Bien, creo. Bueno, el caso es que si quieres podemos pasarnos antes de empezar las clases, aunque debería ser pasado año nuevo porque mañana no tengo mucho tiempo libre.

—¿Crees?

—¿Perdón?

—Te he preguntado por cómo está Steve —reafirmó Kai. Lorie no quería abarcar el tema.

—Te he respondido que bien.

—Has dicho que creías que estaba bien.

—Ya, bueno, tampoco he hablado mucho con él estos días. Estaba ocupado. ¿Entonces, qué me dices?

—¿Sobre qué?

—Sobre lo de la tienda artesanal.

—Ah, sí. Claro, vamos, cuando quieras. —Dio un sorbo al caldo, pero no estaba tan animada como antes, había algo que no acababa de cuadrar y quería saber qué era.

Lorie se frustró y mucho, había intentado distraerla para que olvidara a Steve, se estaba convirtiendo en alguien recurrente en su vida, un amigo quizás y no parecía surtir efecto. Él era el primero que sabía lo duro que era olvidar a alguien, no era nada fácil, pero en su caso nadie le estaba ayudando a hacerlo, debía apañárselas sabiendo que posiblemente aquella persona formaría parte de su vida para siempre.

Era injusto e indignante y no pudo hacer más que callar hasta que salieron del local y pudo dejar ir lo que sentía.

—Me da rabia. Me da mucha rabia —murmuró levantando poco a poco la voz. Kai se quedó parada—. ¿Cómo no puedes darte cuenta del daño que te está haciendo? Te tiene esperándole a que se le pase el cabreo y encima tú le sigues el juego.

—¿Cómo dices? —La chica se sintió atacada, pero Lorie apenas la oyó porque estaba envuelto en ira.

—No puedo creer que a Emily le perdonara cualquier cosa y ahora por esta gilipollez esté enfadado contigo.

—Supongo que ya debe estar harto de mentiras…

—¡Por Dios! Eso es una excusa de mierda. ¡Todo el jodido mundo miente! ¿O es qué él es perfecto?

—No, pero…

—Kai, sé razonable. Él te mintió sobre lo del beso aquel y tú le perdonaste aun sabiendo que era algo importante para ti. ¿Pero ahora él no puede hacer la vista gorda?

—No es tan fácil, Lorie. No puedo juzgarle.

—Puedes, pero no quieres. —Se quedaron en silencio, ella con la cabeza gacha y él mirándola esperando una respuesta—. Eres demasiado buena —suspiró.

¿Lo era? Quizás sí, pero no lo hacía con ninguna intención, tan solo le salía pensar así sin maldad. Claro que le creaba impotencia que Steve no la escuchara o, por lo menos, intentara entender su versión, pero tampoco quería forzarlo a nada y ya se sentía la peor persona del mundo.

—Lorie, tú no sabes lo mucho que me duele esta situación, pero no puedo hacer más que esperar.

—Tú no debes hacer nada. —Entonces intentó relajarse un poco para meditar bien sus palabras. Quizás ya era el momento de hablar —. Mira, voy a contarte un cuento. —Kai notaba que estaba nervioso, más bien dicho, furioso y podía deducirlo a través de sus gesticulaciones rápidas y tensas—. Había dos niños, el niño A que vivía en una buena casa, con dinero, unos padres que le querían, se lo daban todo y demás. El niño B a pesar de no tener problemas económicos, vivía en una situación parental difícil donde el alcohol y las drogas estaban muy presentes. Durante toda su infancia jugaron felices, no le daban importancia a nada de lo que ocurría en su casa y solo se preocupaban por divertirse. Pero fueron creciendo y el niño B se dio cuenta de que era la jodida sombra de su amigo, era siempre la segunda opción a todo y, aun así, no lo demostraba porque quería ver al niño A feliz.

—Lorie… —murmuró, Kai, que veía como los ojos de él se tornaban vidriosos, le dolía que le contara aquella historia que de lejos podía verse que era cierta.

—No, espera. Es muy divertido porque el niño A se llevó a los amigos, el puesto del equipo, las miradas de los ojeadores, de los profesores, de los padres y a la chica. Sí, y el niño B quiso alejarse de todo aquello eligiendo una universidad totalmente distinta a la del otro, ¿y sabes qué? ¡El maldito niño A le siguió hasta Darmouth!

Se estaba quedando totalmente descolocada. ¿No se suponía qué Steve y Lorie eran inseparables? Para nada esperaba que aquella relación estuviera podrida por dentro, pero podrida de celos, que era aún peor. ¿Steve lo sabía? Lo dudaba, de haberlo sabido hubiera intentado arreglarlo, seguro.

—¿Estás celoso de Steve? —preguntó, boquiabierta.

—Jodidamente, y vivir así es el colmo.

—Deberías hablar con él, no creo que tenga idea de lo que sientes. Te valora mucho.

—Lo sé y por eso me siento el peor amigo del mundo, porque él no tiene necesidad de sentirse así conmigo, pero yo sí. Joder, estoy lleno de mierda, Kai, de envidia, de odio, de asco. La mayoría de cosas son hacia mí mismo y las proyecto en él, pero no puedo más. —Justo ahí empezaron a brotarle las lágrimas con fuerza—. Quiero creer que la culpa de todo es suya porque no sé arreglar mis problemas.

La chica se acercó cuidadosamente a él y lo abrazó, porque estaba segura de que no recibía un abrazo de verdad desde aquella noche en el restaurante. No se equivocó, pues aceptó el acto y la atrajo con fuerza, como si quisiera fusionarse con ella. Como si fuera a hundirse allí mismo y, entre sollozos, prosiguió.

—Él ni siquiera quiere jugar al fútbol y le han dado la oportunidad.

—Lo sé —respondió en tono comprensivo mientras le acariciaba el pelo.

—Mi padre me odia, no quiere saber nada de mí y mi madre apenas se acuerda de que existo.

No supo qué responder, no se había encontrado nunca en aquella situación y esperaba no hacerlo, por eso prefirió callar y seguir

calmándolo.

—Quiero tener una oportunidad de algo. Ser la primera opción alguna vez. Quiero… quiero… quiero que alguien me quiera. Necesito que alguien me ame por mi forma de ser, que me haga creer que valgo para algo.

—No puedes depender de alguien para solucionar tus problemas. Eso debes hacerlo tú.

—Hay cargas que uno no puede llevar solo.

Estaba en lo cierto, muchas veces no somos lo suficientemente fuertes como para soportar lo que llevamos encima. Por eso buscar ayuda no está mal, no mientras no intentes absorber a la otra persona.

Y entonces a Kai se le ocurrió algo que le hizo bastante gracia.

—¿De qué te ríes? —preguntó bajando la cabeza ligeramente.

—Creo que Alana y tú hubierais hecho muy buena pareja. Ella podría haberte ayudado, siempre ayudaba a todo el mundo. —Lorie dibujó una leve sonrisa que se volvió comprensiva.

—¿No te da pena que se haya perdido todo esto?

—Mucha. No merecía morir. Nadie lo merece, pero desde luego ella menos. Era tan buena, no puedes llegarlo a imaginar. Era tan dulce que tuvo que escribir una lista de deseos llena de pecados para saber lo que era sentirse imperfecta. —Ambos se rieron.

—Le envidio tanto —volvía a referirse a Steve, pero esta vez con un tono más relajado y fijo en los ojos grises de ella—. Porque tiene a alguien como tú esperando por él y yo, en cambio, no sé si lo tendré nunca.

—¡Ey! —exclamó poniéndole la cabeza entre sus manos, obligándole a que la mirara de nuevo—. Claro que encontrarás a alguien, todos lo hacemos. Quizás no dure para siempre, pero habrá una persona que se desvivirá por ti alguna vez. Además, estoy convencida de que has partido más corazones de los que puedas contar. —Lorie chasqueó la lengua e hizo una mueca porque no iba mal desencaminada—. Lo ves. Solo que ellas no terminaban de llenarte del todo. Y creo recordar que me comentaste algo sobre alguien la noche que fuimos a patinar.

—Ya. —Se rio—. Pero es complicado.

—Inténtalo. No lo sabrás nunca si no lo intentas.

—No me ha hecho falta decírselo para saber la respuesta.

—Eres un cobarde. —Se cruzó de brazos de forma divertida, esperando que el hecho de retarle pudiera servir de algo. Él arqueó la ceja y se puso a su nivel de chulería.

—Ni se te ocurra llamarme eso, señorita.

—¿No? Mira como lo digo. CO-BAR-DE.

Lorie se abalanzó sobre ella para hacerle cosquillas, Kai se retorcía de la risa sin poder salir de entre sus brazos. Ahora era él quien repetía la palabra. Estuvieron así hasta que cayeron al suelo y quedaron ligeramente uno encima del otro, ahora en silencio, mirándose fijamente.

—Ven —susurró él haciéndole el gesto de que acercara la cara. La chica se quedó confusa.

—¿No esperarás que te bese?

—Kai, quiero decirte algo en la oreja, ven. —Pero ella seguía dudando—. ¿Quieres saber quién me gusta, sí o no?

La pregunta convenció sin duda a la chica que rápidamente acercó su cara. Mientras oía el susurro sintió lo placentera que era el olor que desprendía el castaño y pareció quedarse embaucada con esta, pero no se quedó tan parada como cuando procesó el nombre oído.

Lentamente, se separó un poco. Tenía expresión de asombro, no podía creer que acabara de oír lo que acaba de oír. Era lo último que esperaba para aquel día, aunque si lo pensaba fríamente tenía cierta lógica y explicaba muchos de los comportamientos que tenía.

—¿Estás bien? ¿No te habrás enfadado?

—No, no, para nada. —Le costó reaccionar—. Es solo que me sorprende. Pero no puedo enfadarme contigo por algo así.

—Me alegra oír eso. —Delicadamente, le apartó un mechón de la cara para ponérselo detrás de la oreja y como siempre solía hacer, quiso romper el hielo—. ¿He oído algo de un beso?

—Lorie… —advirtió divertida y ambos se rieron.

CAPÍTULO 42

¿Conoces ese lugar entre el sueño y el despertar, el lugar donde todavía puedes recordar los sueños? Ahí es donde siempre te amaré, donde te estaré esperando.
Peter Pan

Steve se pasó la noche en vela, intentaba dormir, pero no dejaba de dar vueltas, se sentía como un niño pequeño que tiene miedo de salir de la habitación porque sus padres no dejaban de discutir, pero él ya no era un niño y sus padres no discutían precisamente. Pensó en leer un poco, eso siempre iba bien, sacó el libro de Peter Pan que ya empezaba a estar bastante desgastado y empezó desde el inicio hasta que llegadas las seis de la madrugada lo terminó, pero seguía sin tener sueño.

Durante la hora restante oyó como la puerta principal se abría, debía ser Johana que empezaba su turno. Ella había servido como sirvienta y niñera desde que tenía uso de razón, de hecho, solía pasar con ella la mayor parte del tiempo cuando era niño. Solo por esa mujer merecía la pena vivir allí.

Pensó en bajar para desayunar algo, pero eso era igual a encontrarse con las preguntas de Johana sobre por qué no podía dormir y no tenía ganas de tener que dar explicaciones, así que prefirió sacar de nuevo el teléfono móvil para decidir si era o no era buena idea llamar a Kai.

Definitivamente, no lo era, pero necesitaba hacerlo, oír su voz y sentirse escuchado. Luego pensó en lo hipócrita que era por solo quererla para desahogarse, estaba convencido de que la quería más que eso, pero cierto deseo de venganza le nacía de dentro y no

podía reprimirlo. Así que, tocadas las ocho, se levantó de la cama para ir a buscar su agenda de contactos, allí encontró el número de su casa y algo que había desaparecido de su mente, al lado. Era una pequeña perla para la oreja, algo que una vez fue de ella. Algo así como un "Beso" que le devolvió. Con los dedos acarició el pendiente como si fuera una preciada joya y los recuerdos volvieron a su mente al instante. Aquel nudo del pecho apretó con más fuerza, tardó unos segundos en decidirse a darle al botón de llamar, se lo replanteó de nuevo, pero finalmente le dio.

Nadie respondió. Creyó que era una tontería intentarlo de nuevo, así que llamó a Alyn.

—¿Sí? —preguntó una voz dormida.

—Alyn, soy Steve.

—Hmmm… —asintió pegada al interfono.

—¿Te he despertado?

—Hmmm… —esta vez sonó como un Sí.

—Vaya, perdón. Es solo que quería proponerte, solo si quieres, que me gustaría pasar el año nuevo contigo. Creo que necesito salir de aquí.

—Claro. Ven cuando quieras —murmuró sin saber bien qué decía.

—¿Segura que no te importa?

—Esta es tu casa. Literalmente, es tu casa. No me pidas permiso para venir.

—Bien, entonces, llegaré por la tarde.

—Trae a alguien si quieres. A Lorie, si te apetece.

—Lo tendré en cuenta. Gracias, cariño.

—Hmmm.

—Anda, duérmete. —Pero antes de colgar ya oyó la respiración profunda del sueño.

Por lo menos así podía evitar mirar a sus padres a la cara o tener que soportar el papel que fuera que estaban interpretando, necesitaba estar tranquilo y con ella lo estaría, evitaría pensar en todo lo que le hacía no dormir.

Justo después de la llamada notó como empezaba a entrarle el sueño por el inevitable cansancio y poco a poco fue cerrando los

ojos, pero antes de quedarse completamente dormido volvió a intentar su primera llamada, y de nuevo nadie contestó.

¿Qué estaría haciendo ella ahora?

Steve barría la nieve abarrotada en el coche, al parecer había nevado bastante mientras él dormía, era necesario quitarla si quería conducir hasta Nueva Jersey. Ahora eran las cuatro de la tarde y tenía pensado salir en aproximadamente una hora, tampoco era su idea quedarse hasta empezar las clases, pero sí que prevenía estar un par de días.

Apoyado en el vehículo se encontraba Lorie, de brazos cruzados y expresión sería, apenas había dicho una oración entera desde que llegó, acababa de presentarse sin previo aviso y tampoco quiso dar explicaciones de donde venía. Steve empezaba a incomodarse.

—¿Todo bien? Apenas has dicho algo y eso no es propio de ti. —Pero el chico no respondió, siguió fijo en sus movimientos—. ¿Te ha mordido la lengua el gato?

—Una gatita más bien —respondió en tono desafiante. El rubio sonrió.

—No pierdes el tiempo ni en navidad, ¿eeh? —Aprovechó para darle un codazo como solían hacer siempre, pero él ni se inmutó.

—Ni tú tampoco.

—La verdad es que no me puedo quejar —respondió sin darle mucha importancia.

La conversación se terminó de nuevo. Steve siguió con su tarea mientras era observado por el silencioso amigo que no se reía, no hacía chistes, no se movía. Era todo muy raro, la última vez que le vio no se percató de que estuviera pasando por un mal momento, más bien todo lo contrario, pero así era Lorie, nunca sabías cómo se sentía de verdad.

—Venga, tío, ¿qué te pasa? ¿Ha pasado algo? Sabes que puedes contarme lo que sea.

Tardó unos segundos en saber como formular bien la primera pregunta que le haría, luego se recolocó e inspiró hondo. Allá iba.

—Dime una cosa. —Steve se paró en seco para escucharle—. ¿Te llena lo suficiente eso de enrollarte con la mayoría de chicas que conoces?

El rubio recibió esa pregunta como si fuera una amenaza, pero de forma sutil, si no lo hubiera conocido lo suficiente solo se daría cuenta de que estaba triste y ya.

Dudó un poco su respuesta.

—N… no trato de llenarme, solo de sentir. ¿Por qué?

Lorie se rio irónico asintiendo con la cabeza. Para él no merecía la pena seguir allí, así que se planteó el irse y dejarlo estar, pero Steve no.

—¿No estarás celoso? —preguntó divertido con la intención de cortar la tensión que, inexplicablemente, había entre ellos. Su amigo retrocedió y se giró hacia él, quizás sí que era el momento de hablar las cosas.

—¿Qué pasaría si lo estuviera?

—Nada, no es malo estarlo. Pero es raro, ligas tanto o más que yo.

—Pues resulta que lo estoy. Me muero de celos —se le enfrentó, estaban más cerca que nunca.

Steve siempre había sido un centímetro más alto que Lorie, de hecho, solían hacer bromas con eso desde que eran pequeños. Con eso y con muchas cosas más, como cuando Steve sacaba una décima más en los exámenes, cuando le ponían una golosina más en la bolsa, cuando le superaba por poco en la mayoría de cosas. Había tantas bromas entre ellos, pero ahora ninguna hacía gracia.

—¿Lorie, qué cojones te pasa?

—He estado mucho con Kai últimamente. —Lo desafió con la mirada y notó como la mandíbula del rubio empezaba a tensarse—. Te manda recuerdos. —Le fulminó con la mirada—. A ella tampoco le va mal, en cuestión de ligues, digo.

—Pues me alegro —respondió con cierta rabia.

—Mientes.

—Cállate.

—Te enfadas con ella por mentirte, pero no te das cuenta de que quién se miente a sí mismo eres tú. Eres un genio, tío.

—Dime que no has hecho nada con ella. —Empezó a apretar los puños. ¿Qué le pasaba a Lorie por la cabeza? Confiaba en su amigo, sabía que era un pica flor, pero no lo creía capaz de traicionarle así.

—¿Acaso es tu novia?

—Lorie…

—Besa bastante bien, le enseñaste tú, tengo entendido.

Sin pensarlo le empujó provocando que se tambalease, Lorie vaciló unos segundos, pero se recompuso enseguida.

—Eres un cabrón. ¡TE DIJE QUE CON ELLA NO!

—¡ME LA PELA, STEVE! ¡ME LA PELA! No voy a hacer lo que tú me digas solo porque no sabes afrontar tu orgullo de machito. Si tanto te importa deja de hacer el gilipollas y ve a tener una jodida conversación decente con ella, ¿me oyes? Porque me parece patético que yo haya tenido que hacer tu papel. Es muy triste. Eres muy triste.

Ambos tenían la respiración agitada, estaban a un metro de distancia pero parecían kilómetros. Entonces, Steve empezó a atar cabos, frases o reacciones de él a las que no dio importancia en su momento, pero ahora tenían una razón más sólida.

—Te gustaba desde el principio… —murmuró. Lorie ladeó la cabeza —. A ti te gustaba, por eso me sacabas el tema de Kai siempre. Una vez me dijiste que te gustaba alguien, pero que lo habías dado por perdido, justo después de que empezáramos a tener algo ella y yo. —El chico castaño empezó a dibujar una sonrisa en su rostro hasta dejar ir una leve risa—. ¿Por qué no me lo dijiste?

—No era tan fácil.

—Lo que me faltaba, mi mejor amigo también miente.

—Sí, te he mentido a la cara. Pero no por lo que tú crees.

—¿Qué quieres decir?

Steve miró de nuevo a su amigo sin tener tiempo de reacción antes de que este avanzara a zancadas hacia él y le plantara un beso en los labios.

¿Qué acababa de pasar?

CAPÍTULO 43

The fire is slowly dying
And my dear we're still goodbying
Long as you love me so
Let it snow, let it snow, let it snow!
Frank Sinatra

Observar a Alyn en aquella casa era como contemplar el contrario de lo que era hacía un mes. Su rostro había pasado de estar en constante estrés a permanecer relajado. Al igual que su ropa, también había cambiado; sus faldas y pantalones rectos, junto con sus vaqueros y camisetas lisas, habían desaparecido (aunque de vez en cuando aún las utilizaba) para dar paso a una ropa más ligera o hippie, como a ella le gustaba llamarla.

Sin embargo, la diferencia más notoria fue en su forma de vivir. Sus horarios diarios minuto a minuto se habían esfumado, no había ni rastro de ellos. Lo único que había quedado eran unas pequeñas listas con tareas del hogar sin un día u hora fijada. No obstante, aún quedaban pequeños rastros de su vena un tanto controladora. Como en aquel treinta y uno de diciembre.

Desde que se había levantado, Alyn se puso manos a la obra. Limpió, barrió, fregó e, incluso, intentó redistribuir los muebles por si quedaban mejor de otra forma. Era consciente de que en algún momento debería cambiar los viejos muebles de su abuela (sin renunciar a algún par) por unos más nuevos y que fueran más de su estilo y agrado. Pero hasta el momento se conformaría con poner la casa patas arriba para después dejarlo tal y como estaba al principio.

Revisó por quinta vez la receta de lo que iba a cocinar aquella noche y tuvo que cerrar los ojos cuando un dolor intenso se instaló en su pecho. Las recetas de aquellos platos pertenecían a su abuela e iba a ser el primer año que los haría sin ella. Respiró profundo y miró la foto de la mujer, que aún mantenía en uno de los estantes de la cocina.

—Esta noche es por ti, abu —murmuró justo un segundo antes de que la puerta principal sonara.

Frunció el ceño al ver la hora, ya que técnicamente los invitados no iban a empezar a llegar hasta, mínimo, las siete y media. Así que, confusa, se fue hacia la puerta para abrir.

—Steve —lo nombró, sorprendida—. ¿Qué haces aquí tan pronto?

—No podía seguir en la ciudad —fue la escueta respuesta que soltó mientras dejaba un beso en la frente de la chica y entraba a la casa.

—¿Ha pasado algo?

—No.

—¿Tus padres? —cuestionó con cautela, sabiendo que el tema no era de mucho agrado para su mejor amigo. Este no respondió—. ¿O es por lo de Kai? —Entonces notó una reacción, las manos se transformaron en puños. Supo enseguida que debía cambiar de tema—. Estaba a punto de ponerme a cocinar —comentó dirigiéndose a la cocina y se paró antes de entrar para mirarlo por encima de su hombro—. Mueve ese culito y ven a ayudarme.

A Steve se le formó una sonrisa que a Alyn le llenó el pecho. Dejó su pequeña bolsa, con lo necesario para los días que se iba a quedar, y la siguió. Se pusieron codo con codo en la encimera y mano a mano fueron siguiendo al pie de la letra las recetas.

Los invitados de esa noche consistían en los mellizos, Peter, Steve y ella. Lena, tras la escapada que hizo en navidad, no tenía permitido salir de casa hasta la vuelta a clase. Alyn quiso intervenir para que no la castigaran, pero su hermana no se lo permitió. En conclusión, no podía asistir. Aunque para cubrir su puesto creyó que Steve invitaría a Lorie.

—Oye —murmuró mientras pochaba las verduras en la sartén—, pensaba que te traerías a Lorie, como os pasáis todo el día juntos.

—Las manos del rubio, que removían la sopa, se detuvieron; su mandíbula se tensó.

—Hemos decidido darnos un tiempo —susurró volviendo a su tarea.

Alyn no notó esas acciones, ya que tenía la vista fija en lo que hacía, pero una vez esa frase salió de los labios de su mejor amigo, se giró a verlo. En su rostro se formó una sonrisa divertida por la selección de palabras para decirlo.

—No, si al final va a ser verdad lo que decían en el instituto —bromeó mientras añadía la carne—, de qué parecéis una pareja.

—¿De verdad crees que parecemos una pareja? —preguntó girándose de golpe hacia ella. La chica frunció el ceño, confundida, pero mantenía la sonrisa.

—Solo bromeaba.

—O sea, que no, ¿no?

—No, Steve —respondió notando como los hombros del rubio se relajaban—. ¿Estás bien? —El chico respiró hondo antes de formar una sonrisa y mirarla.

—Estoy bien, cariño —murmuró con los labios sobre su frente. A Alyn no le terminó de convencer, pero no abrió la boca.

—¡¿Podéis dejar de discutir?! —gritó la chica parándose delante de ambos—. Lleváis cinco minutos en esta casa. Por el amor de Dios, solo os pido una noche.

Ambos mellizos se miraron antes de volver la vista a ella. Se mantuvieron los tres en silencio mientras Steve los observaba apoyado en el umbral de la puerta de la cocina con una cerveza en la mano. Tras unos segundos, continuaron discutiendo como si la súplica de Alyn no hubiera existido.

—Me rindo —murmuró ella causando una risa en el chico justo en el mismo momento en que la puerta de la entrada sonaba.

Peter. Era el único que faltaba por llegar.

Abrió la puerta y ante ella un castaño con unos vaqueros gastados y un jersey negro le sonrió. No pudo evitar que sus labios imitaran el gesto.

—Felices fiestas, Alyn.

—Felices fiestas, Peter.

Un instante después, la castaña abrazaba el torso del chico mientras este le rodeaba con los brazos. Era impresionante el vínculo que habían conseguido en tan poco tiempo, pero aquel día en el metro y las posteriores llamadas ayudaron mucho. Peter se había convertido en un gran apoyo.

Steve, en la distancia, paró atención a estos dos, con los ojos entrecerrados. Sabía que Peter era una de los mejores amigos de Ethan y, tras esa conversación en el bar que ayudó a ver al castaño con otros ojos, empezó a empatizar con él.

"¿Sabe Ethan que Peter sabe el paradero de Alyn?", pensó. "Obviamente, no, sino no me lo habría preguntado a mí", se respondió a sí mismo. "Pero, sobre todo, ¿hasta dónde sabe Ethan de la relación que ha creado Peter con Alyn? O… ¿La sabe tan siquiera?".

Una mirada intensa entre Peter y Alyn, una sonrisa, un beso en la mejilla y otro abrazo.

Y a Steve le supo mal por Ethan.

Durante la cena no faltaron elogios a la comida y Alyn no dudó ni un segundo en afirmar que las recetas pertenecían a su abuela, causando un silencio durante unos instantes. Hasta que…

—Gracias, Evie —murmuró Hayden mirando hacia arriba. La chica sonrió emocionada.

—Gracias, Evie —le siguió su melliza, llevando la vista en la misma dirección. Los ojos de Alyn se humedecieron.

—Gracias, Evie —continuó Peter. La primera lágrima se desbordó. Entonces sintió la mano de Steve entrelazarse con la suya. Lo miró.

—Gracias, Evie —susurró el rubio con sus ojos fijos en la chica. Las lágrimas salían sin control y, entre sollozos, concluyó:

—Gracias, abu.

Tras la cena y con tiempo aún de sobras hasta que dieran las doce, a los mellizos no se les ocurrió mejor idea que sacar el juego que se

habían traído de casa. Y, como si volvieran a tener diez años, se encontraron jugando al Twister en medio del salón.

—Alyn, mi amor, pídeme una cita antes —bromeó Hayden de forma coqueta al ver como la chica colocaba su rostro cerca de su entrepierna.

—No me niegues que prefieres esto a una cita —le siguió la broma, mirándole con picardía desde abajo.

—Oh, Dios, no me digas eso desde donde estás. —Dos segundos después, ambos estallaron en carcajadas.

Steve era el encargado de girar la ruleta e indicar al jugador que le tocaba en ese momento dónde debía colocar la extremidad que hubiese salido. Se había ofrecido voluntariamente y solo fue una confirmación de lo que Alyn llevaba notando toda la noche. Le pasaba algo y no dejaba de alejarse. Además de que ya habían tenido que gritarle tres veces, desde que había iniciado el juego porque se había quedado pensativo y no giraba la ruleta.

—Oye, ¿y si hacemos esto un poco más divertido? —propuso Hailey, que ya estaba eliminada y sentada al lado del rubio en el sofá.

—¿Qué propones? —preguntó Peter.

A Alyn le había preocupado un poco que el chico no encajara con sus amigos o, incluso, que ellos no lo aceptaran, pero parecían entenderse bien por más que parecían de mundos completamente distintos. Al único que vio un poco reacio fue a Steve, pero supuso que se debía a su estado en general.

—Alyn —la llamó la otra chica—, ¿aquí tienes estudio? —La nombrada frunció el ceño pero asintió. Había habilitado la habitación de invitados, que normalmente pertenecía a sus padres, para su nuevo estudio de arte—. ¿Podemos robarte pintura?

—¿Pintura?

—Sí. Pintura. —Hailey sonrió con malicia.

Dos minutos después, la castaña observaba con horror como su preciada pintura se encontraba puesta en montoncitos sobre los círculos de colores. Cada pintura con su respectivo color.

—Mi pintura —lloriqueó.

—No es para tanto, lo superarás —respondió la chica mientras Peter atraía a la ojiazul a su pecho y la consolaba con gracia—. Venga, vamos a jugar.

La primera en esa partida fue la misma Hailey, quien terminó con la mano completamente amarilla. Después su hermano se manchó el calcetín de verde. Lo siguió Peter, a quien le encantó la idea, posando su mano en pintura verde.

—Alyn, pie derecho en rojo —le informó Steve y ella negó con la cabeza.

—No quiero pisar mi pintura.

—¡¡Venga!! —gritó la melliza—. Ya verás como te terminara gustando.

La mayor respiró hondo y con los ojos cerrados, y el dolor de pisar pintura nueva, puso su pie encima de la pasta roja. Notó como se le mojó el pie de pintura y memorizó la sensación de hundirse levemente en ella. Sonrió.

—Tendríamos que haber hecho esto en el jardín —se quejó Alyn al ver el suelo de madera lleno de manchas.

Sus cuerpos habían pasado de estar impolutos a estar repletos de pintura. Nada se salvaba, ni la cara, ni la espalda y, mucho menos, el pelo, ya que al moverse se manchaban los unos a los otros intentando alcanzar el color.

—Estáis hechos un cuadro —comentó Steve desde su lugar en el sofá y una risa contenida quería escapar de sus labios.

—Nunca mejor dicho —añadió Peter.

—Tú no te vas a librar —le dijo Alyn al rubio mientras se acercaba a paso lento.

—Ni se te ocurra —le advirtió este.

No le dio tiempo a reaccionar, a los pocos segundos tenía a su amiga encima abrazándolo y rozándose para que la pintura se impregnara bien en él. Al final, Alyn había disfrutado del juego.

—Agh, te odio.

—Me amas y lo sabes —aseguró con una sonrisa encantadora al separarse. Después se dio la vuelta—. Nada de sentarse en los muebles hasta que la pintura esté completamente seca… o ni eso.

Los otros tres se sentaron en el suelo al instante y encendieron la televisión mientras hablaban. Los ojos de Alyn volaron de nuevo hasta el plástico en el que consistía el juego y no puedo evitar sonreír.

Sin embargo, no duró mucho cuando un intruso se coló en sus pensamientos. Ethan apareció como un terremoto, como cada una de las manchas de pintura que había en el juego, en el suelo, en las ropas de sus amigos…

Ethan siempre había sido pintura y ahora… ahora la tenía pegada a su piel. Tenía a Ethan grabado en la piel.

Fue gracias al intento de huida silenciosa de Steve que Alyn pudo apartar al castaño de sus pensamientos y centrarse en otra cosa. Vio como el chico salía al porche trasero y lo siguió.

—¿Me vas a decir qué te ocurre? —preguntó directamente, una vez se asentó a su lado apoyando los brazos, al igual que él, en la barandilla. Su frase había sido contundente, pero su tono salió cauteloso.

—No me ocurre nada.

—Steve… —advirtió—. Te conozco. —Esperó a que su mejor amigo respondiera algo, pero lo único que obtuvo fue un suspiro profundo, ni siquiera una mirada—. Si es por algo de tus padres podemos encontrar una solución y…

—Mis padres se las arreglan bien, fingiendo y follando.

—¡¿Cómo?! —cuestionó, sorprendida, girando su cuerpo en su dirección—. ¿Tus padres…?

—Es una larga historia —le restó importancia—. Pero vamos, que ese no es el problema, ellos no lo son.

—¿Kai?

El silencio que le regaló en ese momento fue distinto al de la pregunta anterior, más denso y con significado. Sin embargo, Alyn no lo interpretó como debía, ya que ella creía haber acertado y que el motivo del estado de su amigo era la pelinegra, cuando en realidad ella solo estaba implicada indirectamente.

Steve siguió con la mirada fija en el jardín, con la mandíbula apretada y los pensamientos en ebullición. La chica se acercó con cuidado y posó una mano en el brazo del rubio. Este cerró los ojos.

—Steve, puedes desahogarte conmigo —susurró acariciándole la piel—. No te voy a juzgar y me conoces lo suficiente como para saber que te daré mi opinión sincera, por más que no sea de tu agrado.

El rubio se tomó unos instantes para revivir en su mente lo ocurrido el día anterior y la mejor manera para decírselo a su mejor amiga, pero finalmente optó por la más rápida.

—Lorie me besó —soltó de golpe, congelando a su amiga en el acto. Se giró a mirarla y esta tenía los ojos abiertos, asombrada; ni siquiera pestañeaba.

—¿Qué… Lorie… qué? —balbuceó. Steve soltó un suspiro y volvió a mirar al frente para explicarse.

—Ayer quedé con Lorie y entramos en una conversación peligrosa sobre Kai. —Apretó los puños y Alyn, al notarlo, posó sus manos sobre las de él—. Me confesó que se había estado viendo con ella y yo…

—Creíste que le gustaba —concluyó, interrumpiéndole. Él asintió.

—Que lo hacía desde el principio —especificó—. Él admitió que me había mentido, pero dijo que no como yo creía y entonces me… Lorie me…

—Te besó.

—Sí.

Alyn inspiró hondo antes de apartar las manos de Steve y plantarlas de nuevo en la barandilla. Se podían escuchar los engranajes de su cabeza, ya que estaba intentando procesar la información lo más rápido posible para poder ayudarlo. Sin embargo, había una cosa que no se quitaba de la cabeza.

—¿Lorie es gay? —preguntó sin filtrar—. Es decir, lo he visto acostarse con un montón de tías y si encima contamos con las que se ha liado y coqueteado sin llegar a más… —Frunció el ceño y como si estuviera indignada, añadió—: Me tiraba los trastos hasta a mí.

—No es gay —susurró—. Es bisexual.

—Aah. Oh, claro. Eso tiene más sentido.

La frustración salió de Steve en ese momento y se pasó las manos por la cara y el pelo, al tiempo que empezaba a caminar de un lado

hacia el otro del porche. Alyn lo observaba desde su posición en la barandilla de madera.

—Años —pronunció—. Llevamos años juntos, prácticamente toda la vida, y me dice ahora que es bisexual. ¿Ahora? Después de haber jugado, estudiado, emborrachado, dormido y mil cosas más juntos. ¡Juntos!

—Tal vez no lo sabía hasta ahora.

—Estaba confuso —confesó recordando cuando Lorie le comentó aquello—. Se acostaba con más tías de las que quería para intentar reprimir ese sentimiento. O que sé yo. Aún lo intenta.

—Steve… —lo miró con cautela—, ¿estás enfadado con él por ser bisexual?

—¿Qué? No —negó rotundamente—. Es solo que… —Gruñó—. No lo sé. Estoy confuso. He estado toda la vida creyendo que Lorie, mi mejor amigo, era el más hetero de todos. Las tías le interesaban más que cualquier cosa, excepto el deporte. Y ahora es bisexual, le atraen también los tíos… ¡Yo! ¡Le atraigo yo!

—No es nada malo que le atraigan los tíos —afirmó viendo que su mejor amigo podía estar teniendo un pensamiento erróneo.

—Eso no es malo, lo sé, soy consciente.

—¿Entonces?

—Le gusto desde hace cuatro años —puntualizó, como si fuera obvio que ese es el problema—. He dormido con él, la mayoría de veces semidesnudo. Joder, nos hemos duchado juntos en los vestuarios.

—¡No vayas por ahí, Steve! —El grito de Alyn lo tomó desprevenido, al igual que cuando a grandes zancadas recortó la distancia y le clavó el dedo en el pecho—. ¿Te ha violado acaso? ¿O hecho algo que no querías contra tu voluntad? No, ¿verdad? Porque que le atraigas o le gustes no tiene nada que ver con el respeto —La chica suspiró y dio un paso atrás—. Mira, Steve, que le gusten los chicos y las chicas no tiene nada que ver con la forma de ser. Él sigue siendo Lorie y es tu mejor amigo por encima de la orientación sexual. Además, si tu problema es que has estado con él y podía haber pasado algo, te pienso llamar hipócrita, porque has compartido cama conmigo semidesnudos muchas veces y no te he

hecho nada por más que me atraían los tíos. Igualdad de condiciones, Steve.

El rubio observó a su mejor amiga con atención y un rostro casi imperturbable. Alyn le aguantó la mirada y esperó que su amigo reaccionara, sabía que él no era de no empatizar, de cerrarse a las visiones de los otros. Pero sí que podía costarle llegar a entenderlo y que tardaría un tiempo.

—No me lo esperaba —confesó volviendo a apoyarse en la barandilla—. Me cuesta imaginarme a Lorie de otra manera que no sea babeando únicamente por tías, mucho menos atraído por mí.

—Es normal.

—Pero solo necesito tiempo.

—Lo sé.

—No lo odio, quiero a Lorie, es mi mejor amigo —confesó en un susurro un tanto dolido. Alyn lo miró con una mueca apenada que él no percibió al estar con la mirada al frente.

—También lo sé. —Se acercó hasta abrazarlo por el costado y, aunque tardó un par de segundos, le correspondió—. Y él también lo sabe.

Unos golpes los separaron unos minutos después. Detrás de la puerta que daba al porche se encontraba Hayden quien, al tener la atención de ambos, levantó unas botellas de alcohol que había traído junto a su hermana.

—Tortolitos, se acabó la charla —les gritó para que les escuchara a través de los cristales—. ¡Toca emborracharseeeeeee!

—¡UUUUUUUUUU! —chilló Hailey detrás de él. Peter estaba a su lado negando con la cabeza, pero con una sonrisa.

Una hora después estaban recibiendo al año nuevo medio borrachos y llenos de pintura, corriendo por el jardín nevado, cantando y bailando.

—¡Feliz año nuevoooooo! —gritó, Hailey, antes de hacer la rueda cerca de las margaritas.

—¡Feliz 1995, cabrones! —lo siguió su hermano, pero este solo saltaba con una botella en la mano.

—¡Feliz 1996, digo cinco! —El siguiente fue Peter, que de tan borracho que iba se había estirado en el suelo y todo le daba

vueltas.

—¡FELIZ AÑO NUEVOOOO! —chillaron al unísono Steve y Alyn mientras este la cargaba a caballito. Un segundo después, esta sostenía la botella en alto y dejaba caer el alcohol en la boca del rubio desde esa posición.

Menuda noche les esperaba.

CAPÍTULO 44

Si te amara menos, hablaría más de ello.
Jane Austen

No dejaba de pensar en él, en ella, en lo que se suponía que estaba pasando entre ellos.

Como ya le había dicho a Alyn, no estaba enfadado con Lorie, ni pensaba en estarlo, pero era algo nuevo para él, nunca había conocido a nadie en la situación de su amigo y, en parte, sentía miedo por no saber entenderle y por lo que podrían decir de él si llegara a saberse, porque no era malo, pero la bisexualidad aún no estaba tan bien vista como les hacían creer. ¡Dios!, era capaz de acabar en la cárcel por defender a Lorie, eso lo tenía claro. Y sin duda sus palabras seguían presentes, lo había visto enfadado consigo mismo, pero no de ese modo.

"Creo que fue antes de terminar el instituto, como no sabía lo que me pasaba al verte decidí alejarme y por eso quise ir a Darmouth, pero tú me seguiste, joder", le había confesado. "Y luego todo fue un bucle, te odiaba y te tenía celos porque no dejaba de reprimir lo mucho que me gustabas. Era genial, me sentía como un amigo de mierda, aunque aún me siento así, no te mentiré". Aquello fue lo que dijo para aclarar lo que parecía pasar por su mente, luego Steve le confesó estar en *shock* por lo que no esperara una respuesta inmediata porque no hubiera sido meditada ni justa, por eso le pidió lo que quedaba de fiestas para pensar.

Aun así, tampoco dejaba de rondarle algo que le había confesado minutos antes, algo sobre un beso entre Kai y él.

Parecía surrealista, su mejor amigo se le declara, pero esa misma mañana se besa con la chica que tenía prohibida. Eso sí que no se lo iba a perdonar, ante todo eran amigos y una promesa era una promesa. Vale que quizás él se la pegara alguna vez con alguna chica en el instituto, pero tenían dieciséis años y eran unos críos, ahora eran casi adultos y conocían bien los límites de su amistad. Pero además, ¿ella aceptó el beso? Y en caso de que fuera un acto mutuo, ¿sentía algo por Lorie o solo había sido un desliz? Esperaba que lo segundo. Se lo hubiera preguntado, pero las dos únicas veces que la llamó no cogió el teléfono, tuviera las razones que tuviera, no quería insistir más, ya que, al fin y al cabo, fue él quien pidió distancia.

Y allí, tumbado en la cama que su amiga le había preparado, a las tantas de la madrugada, con el silencio de la calle y con la cabeza aún afectada por el alcohol, se dio cuenta de algo.

Siempre pedía espacio.

Eso no era del todo un problema, quería decir que era partidario de estar completamente seguro de cómo debía actuar, pero a la vez era un inconveniente, pues lo usaba como vía de escape segura.

Cuando se enteró de la ruptura de sus padres se negó a ir a verles. Cuando estaba molesto con Emily solía desaparecer de la relación hasta que se le pasara. Cuando descubrió la mentira de Kai la alejó, y ahora con Lorie…

Sin duda alguna, se durmió creyendo que era un cobarde.

¿A quién se le ocurría enviar a su hija a comprar flores el primer día del año? A Lia Scott.

Estaba casi todo cerrado, era difícil encontrar algo abierto y que tuviera flores.

—¿Flores en invierno? —preguntó, Kai, cuando recibió el encargo.

—Sí. Tus abuelos se van mañana y quiero darles un recuerdo.

—En ese caso cómprales un pin de nevera o un llavero. No sé, cosas típicas de turistas, no flores.

—Kai Eleanor Scott, ve a comprar flores —advirtió la mujer, seria y convencida de que eran el mejor regalo que alguien podía dar.

Así fue como tuvo que pasearse por Brooklyn hasta encontrar cualquier tienda que tuviera lo que buscaba y como nevaba no era factible coger el coche, por lo que fue andando.

Tuvo mucho rato para pensar, para pensar en qué haría Harriet, seguramente estaría con Max, o en sí a Ethan le iba bien en el viaje. También se acordó de Alyn, seguramente no retomarían el contacto y le dolía en el alma porque le caía tan bien, pero esperaba que todo le fuera genial y que pudiera reconducir su vida como quería. Quizás en un futuro se volverían a cruzar sus caminos.

Como no pensó en Lorie, él la llamó aquella misma noche después de confesarse a Steve. Era de esperar que le impactara, pero estaba segura de que no iban a romper los lazos que les unían, solo debía asumirlo, a él le costaban los cambios. Estuvo consolando y tranquilizando a su nuevo amigo un largo rato, luego pareció sentirse mejor y volvieron a bromear como solían hacer desde que su relación era más estrecha.

Y por último, estaba Steve, estaba Alana y la proposición de sus padres.

Quería a Hawaii más que muchas de las cosas que tenía, ir allí era sinónimo de paz y alegría. Unos meses atrás hubiera dicho que sí, o hubiera dudado por Alana y la maldita lista, pero ahora estaba convencida en quedarse y no por su hermana. Algo en ella la empujaba a creer que Steve la iba a perdonar.

Entre todos esos pensamientos terminó eligiendo dos ramos enormes de lilas y amapolas que encontró en una gasolinera. Era eso o margaritas y, sinceramente, eran más caras.

Aparte de la cabezonería de su madre, el día parecía transcurrir normal, sin altos y bajos, sin visitas inesperadas, sin malas noticias, sin…

—¿Scott? —Oyó una voz femenina que reconoció sin necesidad de girarse para mirar.

—¿Emily?

Kai se volvió hacia la hermana de su amigo, la cual esperaba en la cola detrás de ella. Era sin duda el mejor regalo de año nuevo que podía tener.

—¿Flores en invierno? —preguntó dibujando una expresión que parecía ser asco, aunque claro, todas sus expresiones lo parecían.

—Ah, ya, un encargo de mi madre. —Analizó a la chica y vio que portaba una caja de bombones—. Compras bombones —afirmó—, lo normal para esta época —murmuró cabizbaja.

—Sí, hay cena esta noche.

—¿Ethan está en…?

—Sí —respondió, seca.

Ambas asintieron antes de que se creara un incómodo silencio. En toda su vida aquella había sido la conversación más larga y menos punzante que habían tenido. Sin duda, se sentían raras.

Salieron a la vez de la gasolinera todavía con aquella sensación extraña. Seguramente, en otra ocasión, Emily hubiera falseado alegría o se hubiera regocijado sobre algo y Kai se hubiera reído en su cara con ironía, pero por alguna razón la primera estaba poco insoportable.

—Bueno, pues espero que paséis un buen año, ya me pasaré a ver a tus padres cuando Ethan vuelva.

—Sí.

Sin decir mucho más, Kai dio media vuelta con intención de irse a casa.

—Espera —dijo entonces Emily, la morena se giró lentamente—. Creo que… bueno, me gustaría hablar sobre…

—No me apetece hablar de Steve.

—Iba a decir sobre nuestra relación, pero también quería hablarte de él.

La confesión llamó la atención de la morena, no esperaba pasar el primer día del año charlando con ella, pero cierto era que nunca se habían sentado para hablar el porqué no podían ni verse.

Tardó unos segundos en meditar la respuesta antes de ofrecerle venir a casa a tomar algo caliente.

Emily nunca antes había estado en casa de Kai, siquiera quería imaginársela, siempre que ambas familias quedaban solía ser en la suya o ella procuraba no asistir para no ver a la hija.

La madre de Kai le recordaba bastante a la suya, pero sin tanto carácter, de hecho, eran buenas amigas. A Lia le sorprendió ver entrar a Emily y no a Ethan. Como madre se olía que entre ellas dos no había muy buena relación, pero le estuvo bien que su hija se abriera a nuevas amistades, así que pronto las dejó solas en el salón.

La morena sirvió dos tazas de chocolate caliente con trozos de bizcocho que su abuela había preparado esa misma mañana. En el primer momento pensó: "Como me trate igual que lo hace en Cookie's juro que se traga la taza". Pero al parecer se comportó decentemente y agradeció el gesto.

—Bueno, pues, ¿por dónde empezamos? —inició, Kai, una vez estuvo sentada.

—Por lo fácil. No me caes nada bien y yo a ti tampoco, hasta aquí estamos situadas.

"Y esa era su Emily de siempre", pensó.

—Sí, pero no sé de dónde nos viene esto.

—Yo sí. A ver, como digo esto… Mira, en el instituto me caías mal porque me sentía intimidada por ti. —Kai dibujo asombro en su rostro—. Sé que puede parecer raro porque yo era la más popular, pero tú siempre caías bien a todo el mundo y eso me daba rabia, no sé. No te ofendas, pero tampoco te veo para tanto.

—Para nada…

—Como siempre te veía rodeada de gente pues no opté por acercarme a ti y conocerte, me fue más fácil juzgarte y ya está. Total, pensaba que solo tendría que soportarte en clase, pero luego resultó que te hiciste amiga de mi hermano y tuve que aguantarte hasta en mi casa. Sé que parecerá una idiotez, pero no sé si sabes lo difícil que es tener que ver cada día a una persona que no te entra por ningún lado. Me das mucha impotencia.

—Créeme que me pasa lo mismo contigo.

—Encima, nuestras madres se hicieron amigas, tú estabas con mi hermano, íbamos juntas a clase y para colmo terminamos en la misma universidad. No lo sé, parece que alguien esté jugando al pilla pilla entre nosotras. —Kai se rio ante tal ocurrencia y Emily

también, era la primera vez que una veía sonreír a la otra de forma cómplice.

—La verdad es que nuestra relación ha sido complicada. Por mi parte, diré que tampoco tuve interés en hablar contigo, nunca, desprendías malas energías hacia mí y tampoco me agradaba mucho tu forma de comportarte con los demás. A lo mejor también debería haber puesto de mi parte cuando Ethan intentaba hacerme creer que eras una buena persona.

—Ninguna puso interés nunca. Pero da igual, por lo menos ahora lo estamos hablando.

—Sí, y me alegra mucho, la verdad. Aunque no creas que te perdono lo de Derek.

—Ya, eso no lo esperaba, pero en mi defensa diré que él me provocó, yo no tenía pensado enrollarme con nadie aquella noche.

—Aunque parezca mentira, te creo.

Se dieron unos segundos para saborear su merienda antes de proseguir con el siguiente tema.

—Bien, parte uno zanjada.

—A medias —recalcó Kai.

—Bueno, sí, eso. Parte dos. ¿Qué cojones ha pasado con Steve?

—Es complicado. —No iba a hablar de eso con Emily, por mucho que viniera en son de paz, como un milagro de año nuevo.

—¿Fue culpa suya o tuya?

—Mía. La verdad es que él solo fue un peón.

—Mira, las razones me dan igual, pero sea lo que sea que le hicieses, dudo que sea ni la mitad de malo que lo que yo llegué a hacerle en tres años. —Kai fue a justificar al rubio, pero Emily le interrumpió—. No, no, escúchame. Seguramente, por mi culpa ya no esté dispuesto a aguantar ni la mínima tontería, asumo eso y… lo si… siento. —Dejó ir mucho aire—. Perdona, soy nueva con esta palabra. El caso, no conozco sus argumentos ni los tuyos, pero no veo justo que pague mis mentiras contigo, porque algo sé muy claro y eso que tú y yo para nada somos iguales, y Dios me libre de serlo.

—A veces no sé si me apoyas o me insultas.

—Ambas, querida, ambas. No, pero ahora en serio. Eres una buena chica y no te veo capaz de hacerle daño a alguien queriendo, tienes

un buen corazón y Steve lo sabe. Pero le conozco más de lo que cree y sé que tiene miedo.

—¿Tú crees?

—Él te quiere, estoy convencida de que incluso más de lo que me llegó a querer a mí en tres años, aunque yo le di motivos de sobra para que dejara de hacerlo. Aun así, me daba cuenta de que siempre tenía miedo, nunca he sabido de qué, pero lo tiene.

—Él te quería mucho, Emily, de hecho, te quiere y no te tiene rencor, o así era cuando aún nos veíamos. Lo vuestro duró tres años y nosotros no fuimos ni pareja. No tiene nada que ver lo vuestro con lo nuestro.

—No, desde luego que no. Lo mío con Steve empezó por pura atracción y sin darnos cuenta terminamos siendo pareja, lo vuestro fue distinto. Yo hablé mal de ti para evitar que no os acercarais porque sabía que si os conocíais os llevaríais bien. Y así fue. —Kai se quedó pensativa analizando lo que Emily decía. Para nada se equivocaba—. A ti te gustó desde un principio, lo notaba en tu cara. No sé cómo os conocisteis, pero en la primera fiesta que coincidisteis le mirabas mucho —entonces, la pelinegra se quedó boquiabierta—, al parecer no eras consciente de ello.

—Te juro que no. Por aquel entonces yo no…

—Tranquila. Ahora da igual. Nuestra relación estaba marcada por sentencia, tarde o temprano se iba a enterar de mis rollos y, en parte, yo jugaba a eso. Luego me confesó que habíais hablado alguna vez y entonces lo di por perdido.

—Emily, no era mi intención acabar con tu relación —se disculpó porque realmente no quiso nunca eso, hasta que se sintió invadida por el deseo de venganza y por las ansias de ser quien no era. Emily le quitó importancia con un gesto de mano.

—Lo sé y de haberlo sido lo entiendo. Ahora lo entiendo.

—Vaya… pareces otra. Estoy sorprendida.

—¿Verdad que sí? Ethan me está ayudando, de hecho, con sus riñas. Ha empezado tarde, pero me van bien.

—Los sermones de Ethan siempre van bien —confirmó.

—Sé que soy muy egoísta y que he hecho daño a bastante gente solo por llegar a mis fines. De hecho, soy así y seguiré siéndolo, pero

ahora procuro mirar si afecta mucho a los que me importan.

—Eso está bien y me alegro porque sé que no eres mala, y también sé que lo tuyo no ha sido fácil. Ser la sombra de tu hermano mayor no lo es. Siempre terminas por compararte. —Emily asintió y por primera vez estuvieron de acuerdo y sin darse cuenta terminaron dándose la mano por encima de la mesa, como símbolo de apoyo—. ¿Podemos empezar de nuevo?

—Sí, se puede intentar.

Se pusieron a reír aún sintiendo algo de presión en el pecho, pero era normal después de tantos años de rivalidad acumulada.

—Ahora, te advierto que no te presto ningún novio más, así que ya podéis estar solucionándolo.

—Eso ya no depende de mí.

—Hablaré con Steve. Préstamelo una tarde y a la mañana siguiente lo tienes con rosas en tu puerta. Hay que tener mano dura con él. —Kai hizo una carcajada.

—Sí que lo tienes dominado.

—Tres años, querida. Llenos de cuernos, pero fueron tres años.

La morena iba a preguntarle sobre el tema de las infidelidades, era algo que le llamaba la atención, el porqué actuaba de aquel modo, quería entenderla para no juzgarla sin motivo, pero el fijo empezó a sonar. La anfitriona se disculpó un momento para coger la llamada.

—¿Diga? —preguntó animada.

—Se acabó —respondió fríamente, Ethan.

Entonces Kai miró a Emily asustada.

CAPÍTULO 45

—Bueno, el argumento no es muy convincente.
—¿Y su mirada?
—La mirada sí.
Mario Beneddetti

Una respiración más, un paso más, un metro más, un kilómetro más. Fin.

Alyn recorría las calles de aquella zona residencial en la que sus abuelos decidieron instalarse años atrás. La chica había aumentado sus sesiones de correr, llegando a salir hasta cuatro mañanas a la semana y dejar atrás solo los domingos. Si antes le proporcionaba una calma mental, ahora, con más sesiones, llegaba a deshacer alguno de sus pensamientos más enredados. Fue una de las actividades que le ayudaron a cambiar en ese escueto tiempo.

Aquella mañana dejó a Steve durmiendo en la que, anteriormente, era su habitación y salió a correr por más de una hora antes de decidir volver a casa. Pese al frío y a las calles heladas, por las que se podrían transitar (aunque a un ritmo más ralentizado) gracias a la sal que le habían aplicado, había conseguido una buena marca y un sudor que demostraba su esfuerzo.

Entró en su casa jadeando y el calor de la chimenea la abrazó. Suspiró satisfecha. Junto a esa sensación también la recibió un chico rubio en bóxer bajando por las escaleras. Alyn no podía negar que su mejor amigo estaba en muy buena forma y que aquello se veía reflejado a la perfección en su cuerpo. Ese que observó unos segundos.

—Una foto te dura más, cariño —murmuró Steve con voz ronca, demostrando que se acababa de despertar.

—Para qué tener una copia a papel teniendo el original delante —le siguió la broma, guiñándole el ojo. Entonces se descalzó.

—Buenos días, cariño —la saludó, ahora de buenas formas, al tiempo que se acercaba a ella y dejaba un suave beso en su frente. Tras ello se fue a sentar al sofá.

—Buenos días —repitió siguiéndole, aunque no sentándose con él —. ¿Vas a desayunar antes de irte?

Después de pasar año nuevo, los mellizos y Peter, abandonaron la casa de Alyn por la tarde, tras comer. En cambio, Steve había acordado con la chica quedarse hasta el día siguiente, sin especificar hora de partida.

—Había pensado en quedarme hasta después de comer. Si es que te parece bien.

—Sabes que mi casa es tu casa —comentó. Intercambiaron una mirada cómplice, intentando retener una sonrisa divertida—. Nunca mejor dicho.

—Genial —vociferó al tiempo que se ponía en pie y daba una palmada—. ¿Has desayunado antes de irte a dar saltitos? —preguntó, causando una leve risa en Alyn. Esta negó con la cabeza —. Entonces… ¿Tostadas o tortitas? —añadió caminando hacia la cocina al tiempo que estiraba sus músculos.

—Tostadas.

—Marchando unas…

El timbre lo cortó. Ambos se quedaron quietos en su lugar; Steve en el umbral y Alyn en medio del salón. Esta última giró la cabeza hacia la puerta principal antes de fruncir el ceño.

—¿Esperas a alguien? —cuestionó el rubio.

—No —negó—. Supongo que será algún vecino —completó mientras se encogía de hombros.

Se adelantó a alcanzar la entrada y sin miramientos previos abrió la puerta. La persona que se encontraba tras ella los dejó completamente congelados, hasta el punto de que sus respiraciones se cortaron.

—Hola —saludó la chica con una sonrisa, antes de observar por encima del hombro de Alyn y toparse con la mirada del rubio. Su sonrisa se esfumó.

La castaña la miró, aún sorprendida, para, un segundo después, pasar la vista al chico a sus espaldas. Notó como este tenía la mandíbula contraída y su pecho subía y bajaba con irregularidad. Decidió intervenir y se puso delante de ella, impidiendo el contacto visual.

—Kai —la llamó, haciendo que esta le prestara atención—. ¿Qué haces aquí? Si es por Steve…

—No —negó, interrumpiéndola—. Quiero hablar contigo —pidió y al ver que se quedaba en silencio añadió—: Por favor.

—Está bien —aceptó.

Miró por encima de su hombro, de nuevo, para asegurarse de que Steve ya había desaparecido y se hizo a un lado para dejarla pasar. Una vez instalada en el sofá del salón, le preguntó por la bebida y Kai aceptó un café.

Alyn entró sola a la cocina, encontrándose a su mejor amigo con ambas manos apretadas en la encimera. Se acercó con cautela y posó con suavidad una mano en su espalda.

—¿Qué quería? —le preguntó el chico.

—Quiere hablar conmigo.

—¿La has dejado entrar? —cuestionó girándose hacia ella. Esta asintió.

Algo en la expresión de Steve cambió y su mirada se dirigió a la puerta que separaba a la pelinegra de ellos. Parecía que el rubio entendía de qué iba la cosa y no estaba del todo de acuerdo. Aquello confundió a Alyn.

—Sabes perfectamente que te va a hablar de Ethan, ¿verdad?

—Lo sé.

—Entonces, ¿por qué…?

—Sé lo que hago, Steve —lo cortó, antes de posar una mano en su pecho—. Soy consciente de que me va a hablar de Ethan, pero también sé que no habrá nada que justifique sus actos y que, por ello, nada cambiará. —Suspiró—. Si la he dejado entrar es porque ha

hecho un trayecto de hora y media. Se merece que la escuche al menos.

Al chico no le terminó de convencer, pero era la vida de Alyn y parecía que había madurado, más de lo que ya era, en menos de dos semanas. Confiaba en ella.

—Estaré en el jardín —le informó.

—Está helando, Steve —le recordó mirándolo de arriba abajo—. Y tú estás semidesnudo.

—Cierto —coincidió tras mirarse—. Mejor espero aquí.

Un par de minutos después, Alyn volvió al salón con dos tazas de café con leche y un poco de azúcar. Cada una estaba sentada en una punta del sofá, como si quisieran guardar una distancia prudencial, por más que los problemas no las afectaran directamente.

—¿Cómo has sabido dónde encontrarme? —preguntó la mayor al darse cuenta de ese detalle—. No hay muchas personas que sepan dónde estoy.

—Peter —confesó Kai.

"¿Peter me había traicionado?", pensó la castaña; "No, él no haría algo así sin un motivo".

—Peter llegó de su celebración de año nuevo bastante tarde y, una vez en su casa, vio que tenía una llamada perdida de Ethan —explicó, como si hubiese leído la mente de la otra chica—. Cuando le intentó devolver la llamada, este no respondió, así que al día siguiente, es decir hoy, me ha llamado a mí. Le expliqué lo ocurrido y le dije que tú deberías saberlo, pero no sabía dónde estabas. Entonces me lo dijo y nada más colgar me he venido hacia aquí.

Alyn procesó la explicación de Kai y concluyó que Peter no la había traicionado, sino que vio que era necesario decírselo. Aunque la chica hubiese preferido que no fuera así, ya que entonces Ethan podría intentar llegar hacia ella. Y no es que no quisiera verlo, los sentimientos aún estaban ahí. Lo que no quería era pisotear sus ideales y su avance por él.

—¿Lo que le explicaste y que aseguraste que yo debería saber, es por lo que has venido? —Kai asintió—. ¿Es el motivo de Ethan?

—Es algo más importante. —Tragó saliva, nerviosa o… ¿apenada? —Pero debo explicártelo para que lo puedas entender.

La castaña la observó, analizando si sería buena idea escucharla o no. Sabía que en algún momento debería conocer esa explicación y si no se veía con la fuerza necesaria como para enfrentarse a Ethan, tal vez fuera mejor en boca de Kai.

—Está bien —afirmó antes de beber un trago largo de su café—. Explícamelo.

La pelo azabache imitó la acción de su excompañera de habitación y bebió un trago largo de su taza antes de dejarla en su respectivo platito sobre la mesita auxiliar. Después se acomodó en el sofá, inspiró con fuerza y se mentalizó.

—Creo que Ethan ya te explicó un poco de sus orígenes, como que él nació en Alaska y que después se mudaron aquí.

—Sí, entre unas pequeñas cosas más —asintió.

—Pero lo que no te dijo es que Ikiaq, la chica con la que… bueno, no hace falta que lo diga —terminó diciendo, ya que vio la expresión contraída de Alyn—. Se conocían desde que nacieron, sus familias eran y están muy unidas. Se criaron juntos los años que él estuvo ahí y, después, cuando viajaban de vacaciones, se pasaban todo el tiempo pegados. —Apartó la mirada de la castaña, sin poder pronunciar la siguiente parte de la historia mirándola—. Entonces los sentimientos cambiaron en ambos y… bueno, un verano comenzaron a salir. Han estado juntos durante cinco años.

—Dirás: "están juntos desde..." —le corrigió, sintiendo un sabor amargo en su boca. Aún le costaba imaginarse al chico con otra mientras estaba con ella.

—No —negó, causando que Alyn frunciera el ceño y la mirara con atención. Sin embargo, siguió con la historia—: Ethan quería romper con ella desde hace más de un año, concretamente un año y cinco meses, pero… —suspiró profundo— no pudo.

—¿No pudo o no quiso?

—No pudo —aseguró—. Es difícil contar esto cuando te ha tocado algo parecido de cerca. —Kai cerró los ojos y ante ella se formó la imagen de su hermana. Alyn, en un autoreflejo, posó su mano en la de ella—. Cuando Ethan llegó a Alaska, sabiendo que sus sentimientos ya no eran iguales, a Ikiaq… —abrió los ojos y miró a la castaña— le detectaron cáncer.

Esa confesión fue como una jarra de agua fría directa a la cabeza de Alyn. Su cuerpo se congeló por unos segundos y sintió como un nudo se le formaba en la garganta y en el estómago.

—No podía romper con ella, no con esa noticia tan reciente —continuó la pelinegra—. No quería disgustarla más de lo que ya estaba. Fue un duro golpe para todos y en esos momentos lo necesitaba más que nunca.

—Lo entiendo.

—Los primeros meses fueron pasando y algunos tratamientos funcionaban. —Kai intentó evitar el recuerdo de su hermana y centrarse—. Ethan podía haber roto con ella en esos momentos, pero entonces fue cuando comenzó a autoculparse. Asegurando cosas como que si había pasado aquello era porque si dejaba de querer a alguien que había asegurado amar, lo castigarían.

—No es su culpa —afirmó Alyn con impotencia—. Esta mierda escoge aleatoriamente.

—Lo sé, créeme que lo sé. —A la pequeña se le escapó una lágrima y la castaña le susurró un "lo siento" mientras acariciaba su mano—. La cuestión es que Ethan pensó, y así llegó a obligarse indirectamente, que no volvería a querer a nadie de esa forma nunca más. —Suspiró al tiempo que clavaba intensamente la mirada en la ojiazul—. Y entonces te conoció a ti. —Alyn tragó saliva—. Fue una bofetada en la cara para él y todo pensamiento de que no podría y no debía querer otra vez, se esfumó. Sin embargo, no se atrevió a romper con Ikiaq. —Alyn apretó la mandíbula y separó la mano de la de ella—. Si lo hacía quería que fuera en persona, cosa que hasta navidad no sería y aunque llegara no estaba seguro de si sería capaz. Ikiaq es como una hermana pequeña para él, por más que ella lo vea de otra manera. Nunca ha querido que ella sufra.

—Prefirió esperar a que yo descubriera el pastel.

—No —negó apresuradamente—. Suena ruin, pero él esperaba que nunca lo descubrieras. No creía que su hermana sería capaz de hacerle algo así.

—Eso no justifica nada, Kai —se quejó—. Al contrario, esperaba jugar a dos bandas para el resto de su vida.

—Él sabía perfectamente que en algún momento iba a terminar con Ikiaq, si la vida no se la arrebataba antes. —Kai respiró entrecortadamente—. Sé que esto no justifica nada porque debería habértelo dicho desde un principio. Pero, ambas sabemos lo que habría ocurrido, te hubieses alejado y él no quería perder lo que tenía y sentía contigo. No te quería perder.

—¡No! —negó en un grito, poniéndose de pie—. ¿De verdad me creéis tan mala persona? Claro que no hubiese dejado que llegáramos hasta donde llegamos, pero no me hubiese alejado. No habría huido. —Respiró hondo, calmándose. Volvió a sentarse y miró a Kai más tranquila—. Hubiese hablado con él e intentado que entendiera que nada de lo que le ocurrió a Ikiaq era culpa suya y que no era lo mejor para nadie estar con ella por pena, lástima o por evitarle dolor. Lo habría ayudado a comprender.

—Lo siento —susurró—. Y sé que si Ethan estuviera aquí, también te pediría perdón por haberte juzgado antes de tiempo. —Se encogió de hombros antes de añadir—: Pero le pudo el miedo, el miedo a perderte y a hacerle daño a ella, y perderla también.

Alyn dejó salir todo el aire de sus pulmones antes de caer sobre el respaldo del sofá. Inclinó la cabeza hacia atrás y se quedó mirando el techo. Su cerebro era un hervidero debido a toda la información que acababa de recibir. Analizaba, pensaba, le daba vueltas y volvía a analizar todo lo dicho. Hasta que al final llegó a una conclusión.

—Lo entiendo —murmuró aún desde su posición, pero vio de reojo como Kai la miró— y lo perdono.

—¿En serio?

—Pero no olvido —puntualizó irguiéndose y mirando a su excompañera con seriedad— ni justifico lo que hizo. No creo volver a confiar en él, mucho menos volver al punto donde estábamos.

—Comprendo —comentó, tras hacer una mueca. Al menos había logrado que Alyn la escuchara y entendiera lo sucedido.

—Espera —volvió a hablar, sacando de sus pensamientos a Kai—, antes has dicho que había una situación por la que Peter te había dado mi dirección, esa por la que me has contado toda esta historia y motivo. ¿Qué es eso que, según tú, debería saber?

—Ethan te necesita. —Alyn frunció el ceño—. Porque… —un nudo en la garganta, junto a unos ojos cristalizados, hicieron que su voz saliera como un hilo— Ikiaq ha muerto.

—¿Qué? —susurró, afectada. "Muerto", repitió en su mente una y otra vez.

—Ikiaq volvió a Alaska antes de las fiestas y hace unos días, después de navidad, tuvo una recaída. Una grave —le explicó también afectada—. Ethan voló hacia allí sin dudar. Y ayer… —una lágrima resbaló por su mejilla imaginándose el dolor de su amigo—, poco después de que dieran las doce del día uno, Ikiaq… murió. —A Alyn se le cerró el estómago—. Horas después, cuando ya era de día, Ethan me llamó y también a Peter, de ahí la llamada perdida. —La miró con esperanza—. Esperaba que al menos lo llamaras, eso lo ayudaría. Por favor.

La castaña dejó que su mirada se perdiera en el fuego de la chimenea, chispeando de fondo, llenando el silencio que se había formado. Entonces su cabeza empezó a funcionar a mil por horas, todo se reproducía a la velocidad de la luz.

Ethan apareciendo en su vida. Cambiándola.

Joderla y arreglarlo. Besos adictivos.

Adrenalina, aventuras, orgasmos. Libertad.

Dobles vidas y dolor. Mentiras.

Su apoyo en el peor momento, la pérdida de su abuela. Él presente.

—¿Alyn? —la llamó, Kai, al ver que no reaccionaba. La nombrada fijó los ojos en los orbes grises de la chica y logró pronunciar con firmeza aquellas tres palabras:

—Ethan me necesita.

CAPÍTULO 46

Last Christmas I gave you my heart
But a very next day you gave it away
This year, to save me from tears
I'll give it to someone special.
Wham! – Last Christmas

Con cautela fue hacia la cocina, al fin y al cabo, esa no era su casa y su relación con Alyn tampoco estaba en su punto más álgido, por lo que era normal que se sintiera algo cohibida. La anfitriona había ido a atender una llamada así que la dejó sola con libre disposición para tomar lo que quisiera, además de un pequeño aliciente. Le dijo que Steve estaba en la cocina.

Kai no relacionó la idea de que al ser el mejor amigo de la chica estaría allí, pero le encontró sentido y, obviamente, no iba a decir nada al respecto, por mucho que se muriera de ganas de hablar con él.

"¿Debería hacerlo?", se preguntó. "No. Él no quiere, debes respetar su espacio", se autorrespondió al momento. Tomó aire entonces y, sin apenas controlarlo, un impulso nació de ella para levantarse. Iba a hacerlo, iría a la cocina para tomar algo y… ¿encontrarse con él? Sí, porque no quería convencerse de que había ido a buscarlo a propósito.

—Venga, Kai. Has hecho un grafitti, esto no es nada para ti — murmuró antes de impulsarse hacia la cocina.

Notaba temblor en todo el cuerpo y un nudo que empezaba a entrelazarse en la boca del estómago, lo mismo que sintió la última vez que se vieron. Pero no iba a permitir que eso le parara. No iba a

ser una cobarde, así que se dio media vuelta para andar decididamente cuando se topó con algo que le hizo desbancarse. Pero por alguna razón no cayó al suelo.

No quería mirar, no quería descubrir de qué o quién se trataba, no quería… pero cuando lo vio allí, frente a ella y agarrándola por la espalda, supo lo mucho que le quería.

Se quedó sin respiración.

Steve iba de camino a su habitación para ponerse algo de ropa, ya que aun estando la calefacción encendida, tampoco quería tentar a la suerte. Además, había dejado de escuchar voces en el salón, así que supuso que ya no estarían allí y que en el mejor de los casos Kai ya se habría ido. Pero no contó con chocarse con ella a medio camino, ni tampoco en tenerla tan cerca después de tanto tiempo, ni en verla como a una obra de arte que podía admirar durante horas sin decir una palabra. Si hubiera estado menos molesto y menos enamorado, no hubiera vacilado en besarla de la forma más pasional, pero una pequeña parte de él seguía convencida de que debía mantenerse firme ante la situación por mucho que le doliera.

Poco a poco fue incorporándola sin que ninguno dijera nada, tan solo guiándose con las miradas era suficiente. Luego se apartaron unos pocos centímetros, que de nada sirvieron para apagar las ansias que les invadían.

Ella no apartaba la mirada ni un solo segundo, ya no solo el *shock* de tenerlo tan cerca después de un mes sin apenas contacto, su atención también se debía a la precaria situación en la que se encontraba el rubio. Pues Kai se ruborizó de golpe al caer en la cuenta de que solo llevaba puestos los calzoncillos.

—¡Lo siento! —exclamó mientras daba media vuelta para no incomodarle con la mirada.

—No, no, tranquila —se apresuró él, apartándose bruscamente—. Justo iba a… —dijo gesticulando hacia la habitación.

—Claro, claro. Tomate tu tiempo —aclaró agachando la cabeza incómoda.

Seguía ruborizada y con las mejillas encendidas. Verlo de repente había sido como un cubo de agua fría sin previo aviso, solo que este

cubo encendía unos sentimientos que ni el más helado fiordo iba a calmar.

Por alguna extraña razón, Steve fue más rápido de lo normal en vestirse. Quería volver de nuevo al salón, pero a la vez su parte racional le decía que no lo hiciera, que no sucumbiera al deseo por mucho que este predominara en aquel momento.

Se miró entonces en el espejo del baño para lavarse la cara e intentar recolocarse un poco el cabello rubio alborotado.

—Joder. Venga, contrólate. No es tan difícil, es solo una chica —gruñó ante su reflejo—. ¿Verdad?

Pero él sabía que no era solo eso.

Ella no estaba ya en el salón cuando bajó, no había oído la puerta, pero temió porque se hubiera marchado asustada o por alguna otra razón. Pronto descartó la idea, ya que vio su abrigo tirado en el brazo del sofá, así que supuso que estaría en el baño o en la cocina, puesto que había visto a Alyn todavía al teléfono.

Trotó hacia su segunda opción donde, efectivamente, la vio cogiendo algo de la nevera.

A Kai le pareció divertido ver que todavía seguían allí las botellas que debieron usar durante fin de año, pero no se entretuvo mucho en elegir algo para picar, se decantó por un yogur de limón. Acto seguido cerró la puerta de la nevera y lo vio de nuevo. La misma sorpresa la llevó a lanzar el yogur por los aires de forma involuntaria hasta caer al suelo y reventar el plástico.

—Ay, no… —murmuró la chica al ver el desastre que se había formado en el suelo. Rápidamente, se agachó para limpiarlo.

Steve tardó unos segundos en reaccionar hasta que fue a por un trapo húmedo.

—Deja, ya lo hago yo —dijo el rubio al mismo tiempo que se ponía a la misma altura que ella.

Él actuaba de forma seria porque no sabía hacerlo de otra forma, algo en su interior le suplicaba que la abrazara, que dejara correr todo lo ocurrido. Kai volvió a sentir de nuevo como sus mejillas se encendían y toda la sangre hervía como si fuera a estallar. Era una mezcla extraña entre calor y frío.

—Feliz año —murmuró ella mientras recogía el embalaje.

—Igualmente.

"Demasiado seco", pensó él. Debía parecer algo menos borde.

—¿Te lo pasaste bien? —preguntó ella aun siendo lo más estúpido que había dicho en mucho tiempo.

—¿En año nuevo?

—Ah, sí. Y en navidad —aclaró.

—Estuvo bien. —Kai asintió entendiendo que era mejor que callara. Las cosas no parecían estar en mejora después de todo.

—¿Las tuyas han ido bien? —preguntó entonces él.

—Oh, sí. Han estado genial. Vinieron mis abuelos de Hawaii y… —calló al caer en la cuenta de que era muy probable de que no le importara lo más mínimo y que solo había preguntado por educación.

Él sonrió. De hecho, sí que le importaba todo lo que le dijera, si fuera por él se pasaría horas escuchándola, igual que cuando ella se molestaba en prestarle atención en sus peores momentos.

Entonces se sintió una persona de mierda por no saber expresar ese interés.

—Ya está limpio —se limitó a decir. Kai asintió.

—Gracias.

Se levantaron al mismo tiempo y a la misma distancia. Ella quería seguir allí, quería tocarlo y él debía salir de allí.

—Bueno, tengo que irme —era mentira, él no tenía pensado irse hasta pasado un rato, pero debía excusarse de algún modo.

—Claro, sí. De hecho, yo tampoco tardaré.

—Bien. Un placer, pues. —Se alejó hacia la puerta de la cocina para irse.

—Steve. —Él se giró alarmado—. Lo siento… por lo del yogur… —murmuró.

—¿Por lo del yogur? —preguntó con sarcasmo.

No era intención de Steve que se malinterpretara, al contrario, no estaba de humor para poner doble sentido a sus palabras.

—Sí, Steve, por lo del yogur —afirmó con sorna y algo de enfado que usó como impulso para lanzar el residuo a la basura. Realmente, esa fue parte de la excusa que necesitaba para dejar de desearlo.

—Bien —murmuró sin darle más importancia.

Él se marchó a su habitación evitando volver la vista, no podía permitirse volver de nuevo a tener contacto con ella.

CAPÍTULO 47

Echamos a perder todas las
historias de amor intentando
que duren para siempre.
Oscar Wilde

El teléfono descansaba sobre su mano abierta y lo observaba, indecisa. Podía llamarlo, pero ya lo había hecho varios minutos atrás y la envió al contestador. Había dejado un mensaje de voz con lo que él necesitaba saber y creyó que era suficiente cuando vio que estaba en escasez de cobertura. Guardó el aparato en su bolsillo y alzó la vista.

Tahe.

Aquel pueblo pequeño y blanquecino en el que Ethan había nacido, al que una parte de él pertenecía y en el que se encontraba en esos mismos momentos.

Fue consciente de la locura que estaba cometiendo desde que se levantó del sofá, con Kai aún a su lado, y decidió llamar al aeropuerto para reservar un asiento en el próximo avión. Hizo una pequeña maleta llena de ropa de abrigo e ignoró todas las palabras de advertencia de su mejor amigo.

Una hora y cuarenta minutos hasta el aeropuerto, un vuelo de diez horas con una escala en medio, un bus, dos trenes y otro bus más hasta llegar a la entrada de ese pueblo. El cartel le daba la bienvenida y ella se sentía desfallecer, sin haber dormido desde esa mañana, pero sintiendo que no lo hacía desde hace siglos.

Helada hasta la médula, tomó el asa de su maleta y la arrastró por esa nieve espesa con determinación. Debía encontrar algún lugar o a

alguien a quien preguntar. La voz de Kai se repetía en su mente:

—Cuando llegues allí pregunta por la casa de la familia de Nanu —le aconsejó mientras Steve las miraba mal a ambas desde un par de metros de distancia—. Al ser un pueblo pequeño, todos se conocen.

Por suerte no tardó mucho en localizar un local que aún mantenía las luces encendidas, este se encontraba en la que, más tarde, descubrirá que era la calle principal. Mandó un agradecimiento al cielo antes de apresurarse a entrar. La temperatura no es que fuera mucho más elevada, pero agradeció aquel pequeño pellizco de calor.

Ni siquiera se paró a mirar la decoración, se situó en la barra e intentó llamar la atención de la persona que se encontraba recostado en el interior de esta con un gorro de lana coronando su cabeza. Este no notó su presencia hasta un minuto después y una vez la vio sonrió con simpatía y se acercó.

Alyn lo observó con interés. Un chico que debía rondar su edad, con una sonrisa bonita y una mirada castaña brillante. El pelo que lograba escapar de su gorro también era castaño y, no podía negar, ya que todo el mundo tiene ojos, de que era bastante atractivo.

Sin embargo…

—*Aluu* —habló aquel chico sin nombre causando que la chica frunciera el ceño.

—¿Qué?

—Oh. —El castaño sonrió con más amplitud—. ¿Estadounidense? —preguntó. Alyn asintió, confusa—. Entonces, hola —saludó con simpatía, pero al ver que la chica estaba un poco perdida aclaró—: *Aluu* significa hola.

—Ah —comprendió ella y rio con nerviosismo—. Hola —saludó de vuelta notando lo estúpida que estaba pareciendo—. Yo…

—¿Querías cenar algo?

—No, no —negó, aunque su estómago rugió en respuesta. El chico rio. No había comido nada aparte de unas asquerosas barritas de proteínas del aeropuerto y una Coca-Cola—. Yo, necesitaba…

Sin embargo, ella solo tenía a una persona en mente.

—Necesito saber dónde se encuentra la casa de la familia de Nanu —informó sin que la voz le temblara. El chico la miró con atención—. Soy una amiga de la familia.

El castaño era consciente de que podría estar mintiéndole perfectamente y que sus intenciones no fueran buenas, pero vio algo en la mirada de aquella chica. Tal vez sinceridad, bondad o… desesperación. Fuera lo que fuera, tomó un papel de donde hacía sus comandas y dibujó un pequeño mapa con una raya que indicaba el camino que debía seguir. Una vez terminado se lo tendió.

—Gracias —agradeció al mismo tiempo que se dejaba guiar por un impulso y, por encima de la barra, lo abrazó—. De verdad, muchas gracias —repitió mientras caminaba de espaldas hacia la puerta.

—Espero volverte a ver. Buena suerte.

Se sonrieron una última vez antes de que la chica abandonara aquel restaurante. Se fijó en el mapa que tenía entre sus manos y sintió que copos de nieve caían sobre él. Si no se daba prisa terminarían mojando el papel antes de que llegara a su destino. Así que, sin perder más el tiempo, siguió las indicaciones.

Las casas hogareñas y rústicas descansaban esparcidas por la superficie, creando pequeños callejones o alguna calle más larga, pero sin llegar a formar ninguna en sí. Recorrió dos de ellas a la izquierda antes de caminar recto por una leve inclinación. La maleta se le encalló dos veces mientras rodeaba dos casas y tuvo que frenar para tomar aire cuando sintió que las fuerzas le fallaban.

"Ethan me necesita", sonó su voz en su cabeza mientras sus manos descansaban en sus rodillas. "Ethan me necesita, me necesita".

Retomó el camino, que estaba a punto de completar, e intentó pensar en su motivo. Finalmente, dos minutos después, se encontraba delante de una pequeña casa de dos plantas. La madera que la constituía estaba espolvoreada de la blanca nieve y en el porche descansaba un banco que se le hizo muy apetecible.

No obstante, se centró en subir los escalones y plantarse delante de la puerta principal. Alzó la mano con rapidez, dispuesta a llamar, pero frenó. Algo en su interior la frenó. Solo una puerta los separaba. Después de semanas sin verse, lo tenía a menos de cuatro metros.

"¿Estoy preparada?", se preguntó. La respuesta llegó al instante: "Él te necesita en estos momentos, es lo único que importa ahora".

Su mano se movió y tres golpes sonaron contra la madera antigua de aquella casa. Sin embargo, no sucedió lo que ella pensaba que ocurriría. Nadie abrió la puerta, ni aquella vez ni las otras dos que volvió a picar.

—Vamos, Ethan —susurró como si fuera posible que él la escuchara —. Por favor, ábreme.

Nadie respondió a los siguientes golpes.

—*Kutta* —una voz femenina sonó a sus espaldas, asustándola. Alyn saltó en su lugar al tiempo que se daba la vuelta.

En el porche de la casa de enfrente se encontraba una mujer envuelta en ropa de abrigo y una manta que tenía pinta de calentar mucho. La castaña la envidió, ella apenas sentía su cuerpo por el frío.

—Em… Hola —le habló en inglés, esperando que la entendiera.

—Hola —respondió la mujer, y Alyn agradeció internamente—. No están en casa —añadió refiriéndose a la casa de la familia de Ethan. La chica observó esta por encima de su hombro antes de volver la vista a la mujer.

—Me han dicho que… que el… hijo mayor se… se encontraba aquí —tartamudeó, empezando a sentir un intenso frío que le impedía hablar seguidamente.

—No se encuentra en casa ahora mismo.

—¿Ss… sabe… dónde puedo… encontrarlo?

La mujer, de un pelo negro intenso y unos ojos del mismo color, no debía rondar más de los cincuenta y, si era así, no los aparentaba. Esta la observó con el rostro serio e intenso, lo que puso nerviosa a la joven.

—¿De parte de quién? —cuestionó. La castaña lo vio coherente, ya que no era algo típico que una desconocida, en un pueblo alejado donde se conocían todos, apareciera de la nada queriendo saber dónde se encontraba un chico.

—Soy… —dudó— una amiga de E… —se cortó a sí misma al darse cuenta de que en ese lugar seguramente utilizaba su primer nombre — Newen. —Se le hizo extraño volver a utilizarlo después de un mes sin nombrarlo—. Me llamo Alyn Stewart.

El rostro de la mujer, que antes mantenía serio y en tensión, con desconfianza, de golpe se relajó, pero la expresión se ensombreció y un velo de tristeza se apoderó de sus ojos.

—Te conozco —murmuró causando que Alyn, sorprendida, bajara los escalones del porche—. Mi hija me ha hablado de ti.

—¿Su hija?

—Ikiaq.

La sangre de Alyn se congeló y se quedó quieta entre ambas casas. Tenía ante ella a la madre de Ikiaq, la amiga, novia de Ethan y a la que llegó a querer como a una hermana. Tenía delante a la mujer que acababa de perder a su hija por culpa de un cáncer.

—Siento mucho lo que le ha ocurrido —aseguró con la voz rota—. No la conocía, no tuve el placer. —Se acercó un par de pasos—. No le voy a mentir, tampoco he oído hablar mucho de Ikiaq, pero sí he visto todo lo que Newen ha sido capaz de hacer por ella y el amor que le tenía, y debía ser una persona increíble para merecer eso.

—Lo era. —A Alyn se le escaparon varias lágrimas—. Era luz, alegría y fuerza. Empatía y cariño. La luz de nuestros días.

—Y lo seguirá siendo, allá dónde esté.

—Gracias.

—Yo… a mí… —se le atragantaron las palabras— me hubiese gustado pedirle perdón… yo no quería…

—Lo sabe —la cortó, pillando por sorpresa a la chica con sus siguientes palabras—: Newen habló con ella antes de su vuelta y ella me lo contó a mí, por eso sé quién eres. —Hubo un corto silencio—. No te odió, ni a él tampoco.

"¿Newen le habló de mí? ¿Qué le contó exactamente?", pensó.

—En el cementerio.

—¿Cómo? —preguntó, saliendo de sus pensamientos y frunciendo el ceño. La oscuridad apenas hacía que se pudieran ver los rostros, pero juró ver una pequeña mueca difuminada cuando respondió.

—Newen está en el cementerio —repitió—. El entierro ha sido esta tarde. Mi marido y yo hemos sido los últimos en irnos y… él seguía ahí. Aún no ha vuelto.

Había llegado tarde, no lo pudo acompañar mientras se despedía de aquella chica que tanto importó en su vida. No estuvo a su lado

como él lo estuvo con ella. Y eso es algo de lo que se culparía siempre. Pero aún estaba a tiempo de ayudarlo. La necesitaba.

—¿Podría decirme cómo llegar?

Juró ver una leve sonrisa en la mujer antes de asentir. Alyn utilizó su máxima concentración para memorizar cada una de las indicaciones que le daba. Tras terminar, la mujer se puso en pie y le pidió que lo ayudara, antes de mirar al cielo y despedirse. Después se adentró a su casa.

La castaña observó aquella escena con un nudo en el estómago, pero se obligó a recomponerse y a centrarse en su objetivo. Tenía que encontrar a Ethan.

Temió perderse, pero, por suerte, su buena memoria la condujo hasta el lugar adecuado. Las puertas de hierro negro de aquel cementerio la recibieron con un sonido lúgubre. Respiró hondo y cerró los ojos, mentalizándose, antes de cruzar el umbral.

No sabía dónde se encontraba la lápida, ya que aquello no tuvo el valor de preguntárselo a la madre de Ikiaq. Por lo tanto, tuvo que ir arrastrando la maleta por todos los caminos que había. No fue una imagen agradable.

Había lápidas tan antiguas que el polvo se podía apreciar en las zonas que no se encontraban cubiertas de nieve. Otras que se notaban demasiado recientes y estas eran las peores. Aquellas en las que seguro que el dolor aún estaba latente en todas aquellas personas que llegaron a conocerlo o conocerla.

La muerte actuando hacía poco tiempo.

Sus pies dejaron de andar al verla. Una figura humana arrodillada ante una lápida, a varios metros de distancia. Había una escueta niebla que dificultaba la vista, pero Alyn sabía perfectamente de quién se trataba. Podría reconocerlo hasta a kilómetros.

Dejó la maleta en medio del camino que los esperaba, sin importarle qué pudiera ocurrirle. Aunque a esas horas, casi las doce de la noche, pocas personas transitaban en esa zona. Caminó con lentitud hasta que estuvo a un metro de él.

Ethan se hallaba con ambas rodillas en el suelo y su espalda curvada, como si el cuerpo le pesara demasiado como para permanecer de pie, o aunque fuera erguido. Delante suyo un terreno

nuevo que poco a poco se cubría de copos de nieve que caían sobre él. Una lápida recién tallada y su mano acariciándola.

A Alyn se le rompió el corazón.

—No es tu culpa —susurró la chica. La reacción de Ethan llegó al instante, sus hombros se tensaron y, aunque ella no lo pudo ver, sus ojos, antes cerrados, se abrieron de golpe—. Y no estás solo. —Se acercó hasta posar una mano en su espalda antes de agacharse a su lado—. Nunca te dejaré pasar por esto solo.

Como si hubiese necesitado su simple contacto para estallar, Ethan soltó un sollozo seguido de las lágrimas, siendo derramadas por sus mejillas. Su cuerpo se sacudió y Alyn no dudó en abrazarlo. Ella tampoco pudo retener el llanto silencioso mientras lo consolaba.

Se aferró a ella, aún si creerse que la tenía entre sus brazos, pero siendo lo único que necesitaba en esos momentos para aliviar un poco todo lo que estaba sintiendo. El dolor profundo atravesando su pecho y la sensación de vacío en su estómago.

—La… la vi —balbuceó entre lágrimas.

—¿Qué? —preguntó al no haberlo entendido.

—La vi morir —confesó antes de que otro sollozo lo sacudiera y Alyn lo apretara con más fuerza—. La vi morir ante mis ojos, vi como la vida se le iba del cuerpo. Vi como sus labios dejaban salir el último aliento y su pecho se deshinchaba por última vez.

—No te tortures, Ethan —murmuró acariciándole el pelo—. No sé qué se siente verlo con tus propios ojos, pero me puedo imaginar lo horrible que es —confesó—. Pero también me puedo imaginar como lo vio ella.

—¿Cómo?

—Te vio a ti, a su lado hasta el último momento. —Ambos lloraban sin parar, saliéndoles las palabras entrecortadas—. Supo que se iba con tu presencia y amor al lado, y creo que eso ayudó a que fuera mejor. La ayudaste a irse de una mejor manera, Ethan.

El siguiente gruñido fue un disparo directo al corazón de Alyn, porque era uno cargado de dolor y sufrimiento. En cambio, ella permaneció firme para él. La necesitaba y no pensaba caer, se mantendría lo más entera posible.

Con los minutos las lágrimas de una se fueron secando y los sollozos del otro silenciando, hasta que solo quedaron unas respiraciones pesadas y profundas. Un abrazo y unas caricias. Un apoyo.

—Gracias —susurró el chico, apartándose de la chica con lentitud. Por primera vez desde que se habían reencontrado, se miraron a los ojos—. Gracias por esto, Alyn.

—Ya te he dicho que no pensaba dejarte solo —susurró de la misma manera—. Me necesitabas y aquí estoy.

Tras despedirse de Ikiaq con dificultad, ambos volvieron por el mismo camino que Alyn había hecho sola. Recuperó su maleta, que Ethan se ofreció a llevar hasta su casa. Una vez delante de esta, la chica no pudo evitar mirar unos segundos a la que se hallaba enfrente, hasta que el chico la dejó entrar.

—Ven, por aquí —le indicó pasando por su lado. La castaña se deshizo de sus guantes y se frotó las manos mientras lo seguía a la sala.

La casa era pequeña, pero hogareña. Los muebles de madera oscura decorada con piezas de ganchillo, lana y alguna figurilla y fotos. Parecía una de esas cabañas de las películas navideñas y eso le encantó a la chica.

—Siéntate —añadió tomándola de la mano para que se sentara con él en el sofá. Fue entonces cuando notó su temperatura—. Joder, Alyn, estás helada.

—No estoy muy acostumbrada al frío de Alaska, por lo que se ve —bromeó con una sonrisa.

Ethan negó ligeramente antes de ponerse en pie de nuevo y acercarse a la chimenea, donde se agachó para encenderla. Durante el tiempo que tardó ambos se quedaron en silencio, uno ocupado en la tarea y la otra observándolo sin saber muy bien qué hacer o decir. No se había planteado esta parte de su locura.

—Siento no haber llegado a tiempo —confesó, siendo lo único que se le ocurría en esos momentos. Ethan la miró por encima del

hombro—. Me hubiese gustado llegar para el funeral, pero me enteré demasiado tarde.

—Alyn, estás aquí —señaló—. Con eso es más que suficiente —afirmó antes de volver a su trabajo.

El ojiverde no volvió a sentarse hasta diez minutos después, cuando ambos se bajaron a la alfombra para estar más cerca del fuego y en sus manos descansaron unas tazas repletas de chocolate caliente. El cuerpo de la chica lo agradeció.

Sin embargo, como si fueran dos imanes opuestos que se repelen, se encontraban uno en cada esquina, lo más alejados posible del otro. Alyn evitaba la tentación y Ethan solo quería romper esa distancia.

—Sé que es una pregunta absurda —inició de nuevo la conversación—, pero, ¿cómo estás?

—Mal —respondió al instante—. Aún no me creo que ya no esté. No es que nos viéramos mucho, debido a la distancia; además de que las llamadas eran dos al mes por la poca cobertura, pero… Sabía que si la necesitaba estaría ahí para mí. Ahora si la llamara no contestaría. No puede.

—A ratos aún creo que mi abuela estará esperándome —confesó con la mirada perdida en el espesor castaño de la taza—. Y eso que vivo en su casa. —Aquella declaración sorprendió a Ethan, ya que llevaba tiempo queriendo saber dónde se hallaba la chica—. Pero, aun así, creo que un día cuando abra la puerta ella estará sentada en el sofá esperándome o incluso que, aun estando en su salón, si la llamara me contestaría. —Suspiró—. Pero nunca ocurre y cada vez se es más consciente. —Alzó la vista hacia su rostro—. Date tiempo.

—Se siente como si nunca se fuera a ir este dolor.

—¿Te has desahogado? —cuestionó, recibiendo una ceja alzada como respuesta—. Yo me desahogué contigo en el cementerio. ¿Lo has hecho tú con alguien?

—No tengo a nadie, Alyn —admitió en un susurro.

—Me tienes a mí.

—Contigo no me quiero desahogar —comentó. La chica se sorprendió y, sin saber por qué seguía afectándole, se ofendió y le dolió. Ethan notó aquello en su expresión, ya que se apresuró a

aclarar—: Contigo quiero sincerarme. Quiero contarte todo desde el principio.

—No hace falta —aseguró, afectada por las últimas palabras del castaño—. Kai me lo contó.

—Me lo he imaginado, sino no estarías aquí. —Ambos bebieron de sus respectivos vasos—. Aun así quiero explicártelo yo, te lo debo a ti y también a mí mismo.

Alyn lo observó, analizando la posible situación. Conocía la historia contada por Kai, pero no era lo mismo que ser explicada por el protagonista de esta. Sabía que habría partes que no le gustaría escuchar, pero también sabía que debía hacerlo si quería cerrar ese ciclo de una vez. Finalmente, asintió.

—Cuando empecé a salir con Ikiaq lo que sentía por ella era de verdad —inició la historia y la primera frase ya le dolió a la castaña —. Las típicas ganas de verla, de querer estar con ella siempre… las mariposas. —Ethan se encogió de hombros, dando a entender que era lo común—. Sin embargo, con el tiempo ese sentimiento fue enfriándose y volvió a ser algo fraternal. —Su mirada captó la imagen que había en la mesita al lado del sofá. Una en la que se encontraban Ikiaq y él de pequeños—. La quería como un hermano quiere a su hermana. —Las emociones empezaron a afectarle—. Cuando quise romper… —cerró los ojos incapaz de verla en la fotografía—, un puto cáncer. Le atacó un puto cáncer —gruñó entre dientes. Alyn, de forma inconsciente, se acercó un palmo—. No podía romper con ella, no cuando me necesitaba más que nunca — añadió impotente.

La chica puso una mano encima de la suya, que se había apretado sobre la alfombra. Ethan reaccionó e intentó respirar con profundidad y calmarse. Tenía los sentimientos demasiado inestables y a ella le dolió verlo así.

—Sé que aunque hubiéramos roto no se hubiese quedado sin mi apoyo, eso nunca ocurriría —afirmó con fuerza, con la necesidad de demostrar que era cierto—. Pero quería evitarle el dolor de una ruptura cuando ya tenía suficiente con lo que tenía. —Suspiró hondo y volvió a mirar la foto. Se observó a sí mismo con cinco años, sonriendo sin ninguna preocupación. Deseó volver a ser ese niño—.

Entonces comencé a echarme la culpa. Si dejaba de amar a alguien recibía un castigo, esa era mi teoría. Y no solo yo, sino que aquella persona también. —Soltó una risa seca y la castaña empezó a acariciarle la mano—. No quise amar a nadie más, sobre todo por el bien del otro. Y con el tiempo asumí que nunca pasaría.

El silencio que siguió a esa última frase fue intenso, al igual que la mirada del castaño. Los ojos verdes del chico se clavaron en los de la chica y no hicieron falta palabras para saber lo qué querían decir. Alyn entendió el mensaje incluso antes de que Ethan lo pronunciará.

—Y apareciste en mi vida —susurró entrelazando su mano con la de ella. A Alyn le falló la respiración—. Créeme que al principio me retuve y me repetí una y otra vez que solo lo hacía para que dejaras de vivir una vida que no querías, que los sentimientos que tenía eran solo de amistad. —Ethan se acercó otro palmo, quedando a menos de un metro. Sus ojos no rompían el contacto—. Pero, joder… —gruñó—, todo se fue a la mierda el día que apareciste en mi casa con… —su respiración se aceleró y el sentimiento de impotencia se apoderaba de él— con aquel puto dibujo.

—Lo siento —murmuró por lo bajo, sintiendo que aquella escueta distancia entre ellos era demasiado peligrosa.

—No, no lo sientas —negó—. Me abriste los ojos. Ese era yo. El dibujo era completamente yo —confesó y Alyn sintió que una parte del pecho se le llenaba, porque era exactamente lo que quiso plasmar: a él—. Bueno, puede que faltaran algunos detalles que aún no habías conocido, pero aun así era yo en esencia. —Tragó saliva y a la castaña no le pasó desapercibido el movimiento de su nuez—. Y no había cáncer —añadió con un hilo de voz que destrozó el corazón de la pequeña—, ni hechizos, ni brujería, ni mala suerte, ni ninguna mierda que pudiera causar un castigo tan grande a alguien. Y era porque no fui el responsable de lo que le ocurrió a Ikiaq. —Alyn negó con la cabeza como si pensara que Ethan necesitaba que le aseguraran que no lo era—. Tampoco te lo quería decir, no te lo voy a negar, porque si lo hacía corría el riesgo de perderte y eso sí que no lo iba a permitir, no a esas alturas. Lo siento —susurró esto último acercándose unos centímetros más a ella. Solo los separaban diez centímetros.

—Continúa —fue lo único que pudo articular sintiendo como la cercanía le afectaba.

—Mi hermana me jodió y descubrió todo. Ya hablé con ella en su momento y, aunque fue ruin, tenía sus motivos. —Alyn frunció el ceño en desacuerdo—. Creo que no voy a entrar en detalles porque ahora no viene a cuento. —No convenció para nada esa idea a la castaña, pero la respetó—. La cuestión es que te perdí. Queriendo evitarlo llegué a perderte —añadió entre dientes y es que eso le dolía demasiado—. Entonces quise explicarte todo, pero fue demasiado tarde. —La chica apartó la mirada y cerró los ojos, había reaccionado—. Solo pensaba en ti, únicamente en ti. No podía seguir así. —Ethan apretó su agarre y con un dolor escalando su pecho, un nudo en la garganta y lágrimas acudiendo a sus ojos sentenció—: Rompí con ella.

Los ojos de Alyn se abrieron de golpe y ante ella la imagen de aquellos dos niños. Las tres últimas palabras de Ethan se repitieron en su mente como un mantra. "Rompí con ella. Rompí con ella. Rompí con ella". La respiración se le aceleró y no pudo apartar la mirada de aquellos dos niños. Uno estaba a su lado y la otra…

—Antes de que volviera a Alaska hablé con ella y le conté todo —siguió explicando, pero su voz había perdido fuerza; sonaba como un leve murmullo en medio de la noche—. Le expliqué lo que había ocurrido y… —ante el silencio, Alyn lo miró y descubrió que él hacía lo mismo— y todo lo que siento por ti.

"«…y todo lo que siento por ti», en presente", pensó la castaña.

—Lo entendió —miró a la pequeña niña de la imagen y la tomó con su mano libre, acariciándola con el pulgar—, Ikiaq siempre entendía todo. —La chica se emocionó al verlo tan vulnerable ante todo lo que implicaba una fotografía y las palabras que decía—. No me odió, ni me reprochó nada. Me agradeció, Alyn. —Alzó la vista, llena de lágrimas, hacia ella—. Me dio las gracias por todos los años y el amor que le había dado. —Un llanto se escapó de sus labios junto a las lágrimas que también salieron de la chica—. Y días después tuvo una recaída. Una demasiado grave. No dudé en coger las maletas y venir.

Ethan cerró los ojos recordando el día que la vio tendida en su cama, tras la reciente recaída, y el mal estado en el que se encontraba. El dolor volvió a su sistema y maldijo en un gruñido. "¿Por qué? ¿Por qué ella?", pensó.

—Fue una recaída demasiado intensa —continuó entre sollozos y palabras entrecortadas—, su cuerpo no lo soportó. Y… tumbada en su cama… el día de año nuevo… murió ante mí.

Ethan se derrumbó de nuevo y ahí se encontraba Alyn para sujetarlo. Lo abrazó contra ella y, esa vez, lloraron juntos sin contenerse ninguno de los dos. Se mezclaron los sollozos de uno con los gemidos de dolor del otro. A ella le dolía lo injusta que podía ser la vida, el dolor que aquella chica tuvo que pasar y el sufrimiento que Ethan estaba pasando. A él le dolía la pérdida y el vacío que ahora sentía, junto a todo lo que había hecho mal.

—Siento lo que te hice, Alyn —comentó aún entre sus brazos—. Lo siento mucho, pero el miedo pudo conmigo. —Se separó con lentitud y posó una mano con delicadeza en la mejilla mojada de la chica—. El miedo de hacerle daño, a perderla y a perder todo lo que estaba sintiendo contigo. —Sus ojos desbordaban emociones. Apoyó su frente en la de elle—. Joder, eso no eran unas pocas mariposas, era una puta bandada entera, un puñetero huracán.

Un silencio inundó la estancia. Sus rostros a escasos centímetros. Ojos conectados, respiraciones unidas y sentimientos a borbotones. Alyn sentía ganas de hacer mil cosas a la vez. Lo tenía ahí, a él, al Newen que conocía y que podía seguir conociendo. Rozaba con las puntas de los dedos las aventuras, la impulsividad, la libertad, los colores, el tacto… el amor.

Las mentiras.

—Te perdono, Ethan —susurró. Sintió en sus propios labios el suspiro aliviado del chico—. Lo hice desde que Kai me explicó todo esta mañana. —Sentía que aquello había sucedido hacía mil años. Y entonces reaccionó. Con dolor y viendo como la incomprensión surcaba el rostro del chico, se alejó—. Pero te digo lo mismo que dije en ese momento —añadió desenlazando sus manos—: no esperes que todo vuelva a ser como era antes. —Ethan la miró desconcertado y a ella le dolió pronunciar aquellas palabras—.

Siempre estaré agradecida por lo que has hecho por mí, por lo que me has ayudado a ver y por darme fuerzas para controlar yo mi propia vida. A ser yo misma. —Volvió a su lugar inicial, al otro lado de la alfombra. El castaño negó con la cabeza, viéndose venir el camino que llevaba su discurso—. Por eso te perdono y creo que podemos seguir llevándonos bien. Puede que con el tiempo incluso ser muy buenos amigos. —No se supo a quién le afectaron más aquellas palabras, si a quien las pronunció o a quien las recibió; pero a ambos les dolió en lo más profundo—. Pero no puedo volver a ser… —se cortó ante lo que podía haber llegado a decir, pero se corrigió— a tener aquella intimidad. No sé si puedo volver a confiar en ti de esa manera.

Ethan sintió como todo en su interior se desmoronaba. Acababa de perder a las dos chicas, aquella que era como una hermana y a la que había llegado a amar con intensidad. Sin embargo, comprendía y entendía el motivo y la decisión de la castaña.

—Aunque me joda y me duela, lo entiendo —respiró hondo, ya que lo que estaba diciendo era demasiado duro para él— y lo respeto. Prefiero eso a perderte, porque yo… —suspiró— te amo, Alyn.

Aquellas tres palabras se clavaron en el pecho de la chica y se retorcieron haciéndose un hueco. Notó el dolor y el sabor a despedida que teñía toda aquella conversación. Una despedida a la que podía haber sido una relación, un amor intenso. Un para siempre que se esfumaba.

—Y yo a ti, Newen.

CAPÍTULO 48

Quién diría que algún día extrañaríamos la infancia, si nuestro mayor deseo era crecer.
Pablo Neruda

Steve entró todavía con el *Walkman* en mano y los auriculares puestos. Acababa de llegar de Nueva Jersey, finalmente tuvo que adelantar la vuelta, ya que Alyn se marchó con urgencia, y por mucho que la propiedad estuviera a su nombre, sabía que realmente no le pertenecía a él aquel lugar. Tampoco se despidió de Kai después de su encuentro en la cocina, su orgullo no le permitió volver de nuevo y para cuando salió de su habitación ella ya no estaba. Quizás era mejor para los dos que la relación estuviera en aquel punto.

Cuando entró en casa ni siquiera se molestó en mirar si sus padres seguían allí, de hecho, no hablaba con ellos desde el año pasado, literalmente. Les deseó el año nuevo antes de irse y estos tampoco se preocuparon en llamarle mientras estuvo fuera, pero la verdad es que a estas alturas ya le daba igual lo qué hicieran o dejaran de hacer.

Fue directo a su habitación para dejar la bolsa antes de bajar a la cocina para coger algo de comer, estaba hambriento y sabía que por lo menos Johana habría cocinado algo rico. Pero lo único que encontró cuando bajó fue a sus padres sentados en la isla de la cocina con un papel enfrente.

—Jamie, hijo. Siéntate —dijo su madre tal y como lo vio llegar.

—¿Hay algo para comer? —preguntó priorizando su misión.

—Habíamos pensado en ir a comer juntos. Los tres, como siempre —comentó el padre dedicando una intensa sonrisa.

Steve estaba a punto de salir por la puerta de nuevo, lo que menos necesitaba después de haber pasado los últimos días fuera de casa era ver a sus padres haciendo el espectáculo de la familia feliz.

—No me apetece.

—Tu madre y yo queremos hablarte de algo.

—No —dijo negando con la cabeza ya con esta a punto de estallar —. Ya me puedo imaginar por dónde van los tiros y lo siento, pero yo no quiero saber nada de… lo qué sea que tengáis.

—Cariño, no es sobre eso —aclaró la madre fijando sus grandes ojos azules en él. Puso su mano sobre la hoja que tenían encima de la mesa y la deslizó hacia él.

El rubio resopló agobiado, pero se esforzó en prestar atención a lo que fuera que sus padres quisieran enseñarle. Se acercó bruscamente y cogió el papel.

Era una carta, de eso no había duda, llevaba el sello de la Liga de Fútbol Nacional y empezaba con un *"Estimado James Steven Jones".*

—¿Qué es esto?

—Lee —dijo la madre.

Con indiferencia, se sentó en el taburete que quedaba vacío y prosiguió a leer lo que esta contenía.

"Estimado James Steven Jones.

En lo que concierne al artículo 46 de la Ley de Admisiones dentro de la constitución deportiva, con fecha de aprobación del 16 de Julio de 1992.

Tenemos el placer de requerir su presencia en las oficinas de Landover, Maryland, el próximo 13 de Enero de 1995 a las 11.30 am. El motivo de la reunión cede a tratar los términos y condiciones de admisión dentro de la franquicia de Washington Redskins.

Se requiere puntualidad, así como documentación acreditadora propia y de la misma universidad.

Cordialmente, Jack Kent Cook."

Releyó la carta tres veces para asegurarse de que era cierto lo que esta incluía, luego miró a su padre para confirmar si era real lo que acababa de leer. Este asintió mientras dibujaba una enrome sonrisa llena de orgullo paterno.

—Wow —exclamó recostándose sobre la silla sin todavía asimilar la información.

—Ha llegado no hace más de una hora —comentó el padre.

—Es una gran noticia —confesó Steve.

—¿Gran? Es maravillosa, hijo. La mejor forma de empezar el año. ¿Quién iba a decir que nuestro hijo terminaría jugando en el NFL?

—Bueno, todavía no estoy dentro.

—Cariño, estas cartas suelen enviarse cuando ya se sabe el resultado —intervino la madre.

—Quizás a mí no me interesen sus términos y condiciones.

—¡Por Dios! Se trata de los Washington Redskins, ¿qué deben tener de malo? —dijo entonces el padre.

—Pues muchas cosas, un nombre no lo dice todo.

—Pero en este caso sí.

—Si aquel día quieres que te acompañe a Maryland puedo ir a buscarte a Darmouth —propuso James sin escuchar los gritos sordos que emitía su hijo tan solo con la expresión—. Avisaré a Gómez para que me cubra durante la mañana.

—Papá, no hace falta.

—Y está claro que eso nos llevará a buscar apartamento para ti cerca del estadio. Tengo a una amiga que se encarga de una inmobiliaria de Washington, debería llamarla —siguió la madre.

—Primero podríamos esperar a…

Pero sus padres parecían no escucharle, siguieron largo rato hablando sobre opciones y teorías sin que hubiera ningún frente abierto aparte del de jugar en la NFL. De hecho, apenas se enteraron de que Steve se había ido, ya cansado de oírles.

Con él se llevó la carta que volvió a leer como si fuera a descifrarle cuál era la mejor opción. No es que no le hiciera ilusión recibir aquella carta, al contrario, para nada llevaba tantos años en vano y, en parte, su objetivo era darlo todo durante la temporada para conseguir llegar a eso, pero ahora que lo tenía en la palma de la mano, ¿realmente le hacía feliz? Se había sentido eufórico y lleno en multitud de ocasiones, y bien sabía que esta vez no era una de ellas.

Necesitaba la opinión de alguien.

Lo necesitaba a él.

—Llegas tarde —dijo, Steve, echando un vistazo a su reloj—. Como siempre.

Se encontraba sentado en un columpio, el mismo en el que solía jugar a piloto de aviones con Lorie cuando eran niños.

—Y tú avisas con poca antelación. Como siempre —contestó Lorie con su típico sarcasmo.

Los dos amigos se miraron como si se tratara de años. Parecían dos extraños que a la vez querían ser tan cercanos como siempre.

El moreno le pidió permiso para sentarse en el otro columpio, no quería romper la intimidad del rubio ni hacerle sentir incómodo después de lo ocurrido. Steve asintió, en parte sintió lástima por ello, no quería que se volviera más precavido ahora que sabía la verdad, no quería hacer sentir a su amigo en inferioridad de condiciones, porque no era así.

—¿Cómo ha ido el año nuevo? —preguntó, Lorie, algo nervioso.

—Bien. Estuve con Alyn y algunos amigos. Los mellizos y un amigo de Ethan.

El moreno asintió, ya que conocía a los mellizos de alguna fiesta y sabía ubicar a Ethan por Kai y Emily, por mucho que no pusiera cara a los amigos de este.

—¿Qué hiciste tú?

—Estuve con mi abuelo.

—¿Cómo se encuentra? —Steve tenía mucho cariño a Marcus, siempre lo había tratado como un nieto más, igual que Evie. Entonces, recordó a la mujer con nostalgia.

—Loco, como siempre.

Los dos dejaron ir una carcajada al unísono antes de mirarse y entender que estaban bien, que, como la mayoría de amigos, discutían. También tenían altos y bajos, celos, malentendidos, miedos, manías y secretos, como todas las personas, pero aun así seguían allí el uno para el otro. Eso no iba a cambiar.

—Lo siento —dijo entonces Steve—. No reaccioné bien. Quiero decir, no todo lo bien que debería.

—Tranquilo, comprendo que te chocara. En tu situación hubiera reaccionado peor.

—No quiero hacerte sentir mal, tío, ni tampoco quiero hacerte sufrir.

—Steve, sé que tengo las posibilidades bajo cero contigo. Soy consciente de ello desde el primer minuto, por eso no me afecta apenas que tengas tu vida sentimental. Claro que te quiero para mí igual que tú quieres a Kai para ti, pero entiendo el amor como un deseo de bienestar para la otra persona. Y para mí, saber que estás bien me sirve. Aunque sé que no lo estás, así que dime qué te pasa antes de que desfallezca de amor, por favor. —Como siempre, el moreno debía añadir algo de humor cuando empezaba a abrir su corazón.

—Vale, vale. No te pongas así —bromeó—. Bien, pues me ha llegado una carta de los Washington Redskins, quieren hablar conmigo.

—¿Para la NFL? —preguntó, atónito.

—Sí, eso parece.

—Pero no quieres, ¿cierto?

—Bfff. Es que no lo sé. Soy consciente de la gran oportunidad que es, pero tampoco sé si me hará feliz a la larga.

Lorie se quedó un rato pensativo. En parte sentía celos porque esa era una de sus aspiraciones y, como no, se la ofrecían antes a Steve. Pero no iba a enfadarse con él, al contrario, se negaba a canalizar el amor que sentía para convertirlo en odio como había hecho durante mucho tiempo.

—Primero te diré que ojalá estuviera en tu sitio, pero dejando eso de lado, solo puedo decirte que es una gran oportunidad que podría asegurarte un futuro durante por lo menos diez años. A menos que sufras alguna lesión, claro. En cambio, la ciencia es más compleja, pero con suerte puedes trabajar de ello bastante más.

—Tampoco sé si busco lo que más estabilidad me dé. Creo que quiero algo que me llene.

—Entonces no juegues, porque para ti el fútbol es un hobbie, no un trabajo a largo plazo.

—Si pudiera pondría tu nombre en la carta —admitió el rubio.

—Mira, hacemos una cosa.

—Verás tú —murmuró, Steve, sabiendo que se avecinaba una ridícula idea.

—Me tiño de rubio, me pongo unas lentillas azules, me paso una semana con un palo por el culo y me presento allí diciendo que soy tú. De mientras, tú te tiñes de moreno y haces de guapo, que uno ya se cansa de serlo durante tantos años.

—¿En serio aprobaste el instituto?

—No podían con alguien tan listo como yo, por eso me dieron el título.

—No sé cómo te aguanto.

—Me quieres, aunque no lo vas a reconocer.

Pero era cierto, lo quería mucho. Seguramente, no tenía nada que ver con lo que él sentía, pero era amor y por nada del mundo se hubiera permitido perder a su mejor amigo. Ellos habían sido, eran y serían Lorie y Steve, y eso no iba a romperse nunca pasase lo que pasase.

—Mi vida no tiene sentido si tú no estás en ella —confesó Steve—. Estos días no he dejado de pensar en cómo sería yo si tú no estuvieras conmigo. —Entonces le miró con sinceridad—. Aportas color a los demás y me duele saber que ves la vida en blanco y negro.

—Joder, Steve…

—Gracias por estar hoy aquí, por estar conmigo durante tantos años a pesar de todo. No me has abandonado aun pudiendo hacerlo, eres muy valiente por ello, porque yo no hubiera sido capaz. Y gracias por Kai, por haber estado con ella. Tú no eres un cobarde como yo, tú afrontas los problemas de frente mientras que yo huyo de ellos.

—Deberías trabajar en ello, ¿no crees?

—Sí, ¿pero cómo?

—Pues así. Afrontando los problemas de frente. —Se formó un silencio entre ambos—. Habla con Kai.

—Me da miedo —confesó, cabizbajo—. Porque no sé cómo voy a reaccionar o qué voy a sentir. No sé si quiero tenerla cerca o lejos. Ni siquiera sé si enfadarme por lo de Alana fue una excusa para huir de lo que sentía.

—Eso solo lo sabrás intentándolo. Mírame a mí, yo estaba cagado de miedo, Steve, pero gracias a ella pude afrontar la situación.

—¿Y si ha pasado página? ¿Y si hay alguien más? —Miró entonces a su amigo. Este acercó el columpio un poco al suyo para confesarle un secreto que no merecía la pena seguir escondiendo. Ya había sufrido bastante.

—Steve, no la besé.

—¿Cómo?

—Lo que oyes. No lo hice. Podría haberlo hecho, pero soy fiel a una promesa y más si se trata de ti. Y créeme que para ella no hay otro que no seas tú.

Se le acababa de abrir el mundo con aquella confesión. Miles de demonios y dudas se esfumaron en nada, tan solo quedó polvo y resentimiento. Debería haberse enfadado con Lorie por ello, pero no podía, no hubiera sido justo y entendía las razones que lo llevaron a mentirle.

—Creer que no tienes esperanzas no es motivo suficiente para no intentarlo. Contigo no tuve miedo a recibir un no por respuesta, porque ya no sentí miedo cuando me declaré sin esperanzas.

Steve se llevó las manos a la cabeza con cierto alivio.

Lorie tenía razón.

CAPÍTULO 49

Que ser valiente no salga tan caro,
que ser cobarde no valga la pena.
Joaquín Sabina

Aquel viaje exprés logró el cometido de Alyn, estar junto a Ethan cuando más lo necesitaba. Lo consoló y apoyó hasta el momento de su marcha. También había conseguido que ambos fueran capaces de hablar las cosas, aunque no de que todo volviera a ser como antes, mucho menos a que su relación se mantuviera viva y a flote. Ni el amor alcanzó.

Tras su vuelta de Alaska, decidió que era un buen momento para terminar de poner todo en orden en su vida. Por ello volvió a Nueva York por un par de semanas. La primera la pasaría en el apartamento de Steve, y la siguiente en el que compartían los mellizos. Durante aquel período quería ir a hablar con la escuela de Arte a la que se apuntaría el siguiente año, así como buscar un apartamento por la zona, ya que era una locura tener que soportar un viaje de hora y media cada mañana. Además, aunque quedaba tiempo, quería ver si conseguía algún trabajo también para esas fechas.

Ni siquiera llevaba cuarenta y ocho horas cuando los mellizos picaron a la puerta del departamento de Steve, quien fue apartado de la puerta de golpe. El rubio, apoyado en el umbral del comedor con una sonrisa divertida, vio como secuestraban a su mejor amiga como si llevaran sin verla tres años y no dos semanas.

—¡Steveeee! —gritó la susodicha al ser arrastrada por su lado—. ¡Ayúdame! —Este simplemente rio y los acompañó a la puerta,

advirtiéndoles a ambos Anderson que la quería de vuelta de una pieza.

Tras una mirada asombrada de la castaña, la puerta fue cerrada y a ella no le quedó más remedio que aceptar lo inevitable. Steve actuó siendo consciente de que le vendría bien salir un rato, ya que la chica se había pasado casi todas las fiestas sola, además de haber vuelto de un viaje no del todo agradable.

Después de temer por su vida en el coche que conducía Hayden, llegaron a un bar con un estilo caribeño. Toda la decoración estaba destinada a que el espacio pareciera uno de los chiringuitos que descansaba en primera línea de playa. Mesas de madera oscura, paredes con tablas de surf, palmeras a ambos lados de la barra (supuso que falsas); hasta los camareros iban vestidos con bañadores o bikinis y una camisa hawaiana abierta.

El local era amplio y estaba bastante lleno. Tuvieron que dirigirse a la barra para, desde ahí, analizar la sala en busca de una mesa libre. A Alyn le sorprendió no haber oído hablar de este lugar viendo el éxito que parecía tener.

—Me da a mí que vamos a tener que quedarnos en la barra —comentó, Hayden, tras bajarse del taburete al que se había subido para mirar entre el gentío.

—Paso —sentenció la castaña—. Para eso me quedo en el apartamento —añadió antes de iniciar el camino a la salida, pero su amiga la retuvo por el brazo.

—No seas agua…

—¿Alyn? —la interrumpió una voz que a los tres les pareció familiar. La nombrada miró tras de sí y sus ojos encontraron al dueño.

Estaba de pie a unos pocos metros de distancia. La chica sonrió ante la sonrisa que aquel chico le dedicó. Se acercó lo suficiente como para que el castaño la rodeara entre sus brazos. Alyn correspondió, apoyando la mejilla en su pecho.

—Hola —la saludó tras separarse. Sabía que la chica se encontraba en la ciudad, ya que habían hablado por teléfono un par de días atrás, pero de lo que no estaba al tanto era de que se encontraría ahí.

—Hola, Peter. —Sonrieron.

Sin embargo, algo de lo que ella no se percató era de que el castaño no se encontraba solo en aquel bar. A sus espaldas, sentados, se encontraban Ryan y… Ethan. Este último frunció el ceño al ver como Peter, uno de sus mejores amigos, recibía a su… a Alyn cariñosamente y como el abrazo se había alargado más de lo que debería ser normal.

—Oye, ¿y estos dos desde cuándo son tan amigos? —preguntó Ryan, inclinándose hacia el ojiverde, como un cotilla. Ethan apretó la mandíbula en respuesta y salió un bufido de sus labios. Su amigo apartó la mirada de los otros dos y la centró en él—. Me tomaré eso como un: "yo también me acabo de enterar, no tengo ni puta idea" —sentenció intentando imitar su voz, pero sin lograr una risa, ni otra reacción por su parte. Volvió a su lugar.

—¿Qué haces a…? —cuestionó la chica mientras dirigía la mirada a la mesa, por lo que su frase murió a la mitad al ver su compañía. O mejor dicho, a uno de ellos.

Ethan y Alyn no se habían vuelto a ver desde el día en que se despidieron en la parada del bus que la llevaría a la estación de tren, donde empezaría su viaje de vuelta. La conversación que habían mantenido en Alaska los había dejado en un punto donde encontrarse y saludarse no resultaría incómodo.

O al menos eso creían que sucedería.

—Hola, chicos —murmuró la chica hacia ellos mientras Peter saludaba a los mellizos con naturalidad, acto que también confundió a Ethan.

—Pues habíamos venido a tomar algo, pero me da a mí que nos largamos porque la señorita —le comentó Hayden al tiempo que pasaba un brazo por los hombros de Alyn— no quiere quedarse en la barra y no hay mesas libres.

Peter echó un vistazo alrededor antes de clavar la mirada en sus amigos, o más concretamente en uno de ellos. Este le devolvió la mirada con frialdad. Era consciente de que el ojiverde quería una explicación, pero no se la iba a dar en esos momentos. Ya tendría tiempo para hablar con él más tarde.

No obstante, una idea se le cruzó por la mente y una sonrisa le curvó los labios mientras volvía la vista a los tres recién llegados.

—Podéis sentaros con nosotros —ofreció tomando a todos desprevenidos.

Los mellizos sonrieron viendo su oportunidad de quedarse y tomar unos cócteles.

Ryan, aunque estaba confuso, lo vio como una oportunidad de conseguir más juerga.

Ethan miró a Alyn y a Peter, tomándose aquella invitación como algo más personal entre ellos.

Alyn también le devolvió la mirada al pintor, pero para ella aquella oferta tenía una respuesta clara.

—No, gracias —contestó esta, haciendo que sus amigos borraran la sonrisa de golpe y la miraran con el ceño fruncido. A veces daba miedo la sincronización en cada gesto.

—¿Qué? —dijeron ambos.

—No queremos molestar —se excusó.

—No molestáis —rebatió Peter con su objetivo claro. Se giró a ver a sus acompañantes, uno sonriente y el otro serio—. ¿A qué no, chicos?

—Claro que no —aseguró Ryan al mismo tiempo que pasaba un brazo por los hombros de Ethan—. Cuantas más personas, más fiesta. Venga, uniros.

—De verdad que… —Pero esta vez Alyn no tuvo tiempo a continuar con la respuesta, ya que los mellizos la silenciaron y asintieron con miles de sinónimos, mientras Hayden le tapaba la boca.

Lo que la chica, ni ninguno más de los presentes, había visto era la mirada cómplice que Peter les había dirigido un segundo antes. Así que, un minuto después, y tras pedir más sillas a un camarero, se encontraban los seis alrededor de la mesa. Los tres nuevos integrantes pidieron sus bebidas.

—Jacqueline, me ha dicho un pajarito que ahora no vives por aquí —comentó Ryan hacia Alyn. Esta miró de soslayo a Peter y a Ethan, sin saber muy bien cuál de los dos podría haberle dado esa información, ya que ahora ambos eran conocedores de ella—. Nueva Jersey, ¿no? —añadió al ver el silencio de la chica.

Asintió antes de que una camarera vestida con un bañador de dos piezas de color rosa les trajeran sus bebidas. En su caso, una piña

colada.

—¿Y qué te trae de nuevo por la gran manzana?

—Asuntos del próximo curso —se limitó a responder.

Aún podía sentir como la mirada de Ethan pasaba de Peter a ella con interés. Además, entre ellos parecía haber una gran tensión, como si lo hablado la última vez solo hubiese servido para que dejaran de discutir, pero no para que pudieran tener una velada normal.

"Odio esto", pensó.

—¿Ya has concertado la cita en la Escuela de Artes Visuales?

Ante la pregunta de Peter, Ethan abrió los ojos, sorprendido, y giró repentinamente hacia Alyn. Esta miró al castaño más joven con reproche antes de ver de reojo al ojiverde. Se acercó el vaso a los labios y tragó largamente por la pajita.

Era el mismo lugar donde estudiaba él.

"¿Quiere estudiar en el mismo lugar?", pensó el chico.

—Sí, el lunes —se limitó a contestar con su mirada puesta en la bebida blanca entre sus manos.

—Oye, pues ahora que lo pienso, Ethan podría acompañarte —ofreció el castaño por el nombrado antes de darle un codazo, sacándolo de sus pensamientos—. Obviamente, se conoce todo el lugar, así no te perderás por las instalaciones.

La tensión en el ambiente había aumentado ante tal oferta. Ryan y los mellizos observaban la conversación como si se tratara de un espectáculo, esperando a ver qué sucedía mientras bebían sus cócteles. En cambio, al otro lado, Ethan y Alyn sentían que la situación se les escapaba de las manos y no sabían si en el buen o en el mal sentido.

—Peter… —le advirtió su amigo.

—No, pero gracias —contestó finalmente, la chica.

Ethan apartó la mirada furiosa de Peter y la posó en ella. No supo por qué, ya que no esperaba otra respuesta, pero le dolió aquel rechazo. El maquinador, a su lado, maldijo internamente antes de mostrar una sonrisa comprensiva.

—Ya he quedado con Steve para que me acompañe.

—Bueno, a la próxima será —le restó importancia. Entonces su sonrisa se amplió y se recostó en su silla mientras tomaba su copa —. Total, os veréis en la graduación, adonde llevaré a Alyn de acompañante.

Aquella declaración causó que ambos implicados se miraran. Ninguno de los dos había pensado en aquella posibilidad y ahora que el castaño lo había asegurado no podían dejar de imaginarse el encuentro. A Ethan no le desagradó y a ella… tampoco, pero era justamente eso lo que no les sentaba bien.

Cuando el chico volvió a mirar a su amigo, una pregunta azotó su mente, haciéndole fruncir el ceño.

—¿Y tú cómo sabías que tenía que concertar cita ahí? —le preguntó causando que Peter girara la cabeza hacia él—. Mejor dicho —se incorporó levemente en su silla y lo encaró con una ceja arqueada—, ¿cómo es que parece que ahora sabes bastante de ella? ¿Desde cuándo sois tan amigos?

—Ethan… —advirtió, Ryan, inmiscuyéndose por primera vez en la conversación, ya que parecía que estaba a punto de iniciarse una discusión entre ambos. Por más que el otro chico parecía tranquilo, aunque serio.

—Tranquilo, Ryan —murmuró este.

—Nosotros… —comenzó a hablar Alyn, tomando la iniciativa para aclarar todo.

—No —negó rotundamente, volviendo a captar todas las miradas. Se puso en pie y cogió su copa para terminársela de un trago—. Levántate —le ordenó autoritariamente a Ethan. Todos lo miraron sorprendidos, menos el ojiverde que lo observó con el ceño fruncido —. Vamos a por otra copa.

Ambos se sostuvieron la mirada durante unos segundos antes de que Ethan se pusiera en pie. Caminaron hacia la barra, a unos metros de distancia. Alyn se hallaba preocupada, pero más por el hecho de que eso pudiera afectar a la amistad entre ambos, que no por la reacción que había tenido el ojiverde.

Los mellizos tomaron cartas en el asunto y junto a Ryan comenzaron a distraer a la chica, dejándoles algo de privacidad al dúo.

—¿Sabías dónde coño estaba todo este tiempo? —fue la primera pregunta que salió de los labios de Ethan una vez ambos se apoyaron en la barra. Peter asintió—. ¿Y no me lo dijiste? —Su tono de voz era normal, pero se notaba la tensión y el enfado.

—No iba a traicionarla —afirmó el otro con contundencia.

—Pero a mí sí —atacó girando el rostro hacia él. La decepción surcaba su expresión y eso le dolió a Peter, pero no se achantaría.

—Ethan —lo nombró girando la cabeza, también—, no estaba de acuerdo con lo que hiciste y ella se merecía alejarse, si eso es lo que quería. —Soltó un suspiro antes de indicarle al camarero que le pusiera dos copas más—. Además, terminé haciendo que la vieras, ¿no? Pues ya está.

Aquellas palabras retumbaron por la mente del mayor, pero no le encontró ningún sentido, así que, aún confundido, preguntó:

—¿Qué?

—¿Quién crees que le dio la dirección a Kai para que fuera a verla? —cuestionó con obviedad, volviéndolo a ver—. ¿Steve? Él no lo haría. —Peter miró de soslayo a Alyn, causando que Ethan hiciera lo mismo—. Le contó la verdad, lo de Ikiaq, y fue a verte.

La información lo tomó desprevenido, ya que solo era sabedor de que su mejor amiga había ido a hablar con Alyn, que le había contado su historia y su motivo, y que fue con él para estar a su lado en ese momento tan duro. Pero nunca le habían dicho, y él no se lo había planteado, el cómo Kai sabía dónde encontrarla.

El camarero les puso ambas copas, ahora llenas, delante de cada uno. Ethan se entretuvo unos segundos pasando el dedo por el borde.

—¿Quieres algo con ella? —preguntó, en un susurro, incapaz de pasar por alto aquella duda que lo atormentaba.

—No —negó sin dudar—. Pero tú sí —Ethan lo miró—, y no estás haciendo nada por recuperarla.

—Lo nuestro no se puede salvar —sentenció volviendo la vista al líquido ámbar de su vaso.

—Ya… si tú lo dices… —murmuró para nada convencido, antes de tomar su bebida y darse la vuelta, dispuesto a volver a la mesa. Sin embargo, solamente dio dos pasos antes de volver de nuevo a su

lado—. Oh, y… dijiste que habíais quedado como amigos. Pues alégrate de tener a tu amiga aquí y disfruta de la noche, joder.

Sin añadir nada más y ni siquiera darle tiempo a que él respondiera, volvió a la mesa, donde la conversación entre los mellizos y Ryan fluía. Alyn miró a Peter con preocupación una vez se sentó en su lugar.

—Todo bien, tranquila —la calmó.

Ethan los observaba desde la barra pensando en las últimas palabras de su amigo. Y este aprovechó un segundo de distracción del resto para inclinarse hacia ella y repetir lo mismo que le había dicho a su amigo.

—Alyn —captó su atención—, me dijiste que habíais quedado como amigos. Pues alégrate de tener a tu amigo aquí y disfruta de la noche—. Una vez dicho, volvió a erigirse y se adentró en la conversación grupal.

Ethan respiró hondo antes de tomar su copa y dirigirse de nuevo hacia la mesa. Más de una mirada se posó en él, pero solo la de la chica siguió cada uno de sus movimientos.

"Hablasteis las cosas para que esto no pasará, Alyn. Ethan no es mala persona, mucho menos un mal amigo. Disfruta de su compañía", se habló en pensamientos a sí misma. Apartó la mirada de él.

Entonces el chico la observó.

"Joder, Ethan, que has estado a punto de no verla nunca más. Pero la tienes aquí, delante tuyo, aunque no sea como deseas, al menos está a tu lado", se habló, también, a sí mismo. Apartó la mirada de ella.

Y ambos se relajaron y disfrutaron.

CAPÍTULO 50

Amo la violencia con la que tu
sonrisa destruye mi rutina.
Gabriel García Márquez

La rutina había vuelto de nuevo desde que Kai volvió de nuevo a Columbia, solo con unas pocas variaciones, como la de que ahora la habitación estaba prácticamente vacía sin Alyn. Fue consciente entonces de cuanto echaba de menos la compañía de alguien, como una de esas pequeñas cosas a la que no le das el valor que se merece hasta que desaparece.

Aun así, todo volvió a su cierta normalidad, por las mañanas dedicaba su tiempo a las clases y por las tardes trabajaba en Cookie's, aprovechando entre horas para ver a Harriet, Ethan y también a Lorie. Por otro lado, estaba su madre con su repentina propuesta de volver a Hawaii. En su momento, Kai no le dio mucha importancia, pero Lia no cedió en insistir indirectamente a su hija para que cambiara de opinión, usando pequeños comentarios como: "En Hawaii hay de esto" o "Si estuviéramos en Hawaii podríamos hacer tal cosa". Eran pequeños mensajes subliminales que no dejaban de rondar en su mente, por mucho que por el momento estuviera plenamente decidida a quedarse. Y sabía que el gran culpable de su decisión era Steve, porque confiaba en que él cambiaría de parecer.

Eso creía hasta que entró en Cookie's un sábado por la tarde agarrado del brazo de otra chica.

Kai no tendía a trabajar los festivos, pero aquella semana no le importó cubrir una baja repentina, así que tuvo que trabajar la tarde

de aquel sábado siete de enero. Por suerte, tuvo la presencia de Harriet durante gran parte de la jornada.

—¿Nunca te has planteado trabajar aquí? —preguntó la morena mientras aclaraba las copas.

—Uy, no, no llevo bien eso de ser simpática con gente que no conozco.

—Déjame dudarlo.

Se pusieron al día de cómo habían ido las fiestas, la amiga le explicó la angustiosa cena familiar navideña que tuvo que vivir en casa de los padres de Max. Estaba la casa llena de niños pequeños, no dejaban de corretear, gritar y jugar.

—Pero lo peor de todo no fue eso. Hubo un momento en el que uno de los primos de Max me pidió que lo cogiera en brazos. Obviamente, no iba a negarme delante de sus padres. Pues puedes creer que el comentario de mi novio fue: Quedas muy tierna con un niño en brazos —dijo imitando la voz grave de su novio.

—Seguro que lo dijo para hacerte rabiar.

—No, te juro que volvió a repetirlo más tarde cuando estuvimos solos. No lo sé, fue muy raro. No es que no le quiera, pero sentí como una especie de presión.

—Piensa que eres muy joven, no tienes por que pensar en estabilizarte del todo. Quizás Max no termina siendo el amor de tu vida.

—De eso estoy segura, él está hecho al dedo para mí.

—No puedes saberlo.

—Sí, esas cosas se saben. Tan solo las sientes y no necesitas más pruebas. Sirve con mirar a los ojos a esa persona y, de repente, sabes que todo irá bien pase lo que pase. Y con Max siento eso. Solo que me veo demasiado joven para pensar en hijos y otras responsabilidades.

—Tiene que llegarte el momento. A todos nos llega.

—Ciertamente. Y a ver cuándo llega el tuyo, deberías salir de fiesta un día de estos y divertirte, conocer chicos, probar. Tienes diecinueve años y parece que tengas cuarenta. Mi madre tiene mejor vida sexual que tú.

—¡Harriet! —exclamó, escandalizada.

—¿Qué me dices de Lorie? Llevas con él prácticamente todas las navidades. No me digas que no ha pasado nada entre vosotros.

—¡NO! No, quiero decir. Es complicado. —Por mucho que Harriet fuera su mejor amiga, no iba a confesar el secreto de este. No era de su incumbencia saberlo.

—¿Pero si tuvieras oportunidad lo harías?

—No, Harriet, con Lorie no —aclaró.

—Pues qué lástima. ¿Y qué me dices de Ethan?

—¿Te has dado un golpe en la cabeza estas navidades o qué?

—Solo expongo tus posibilidades.

—Pues deja de hacerlo.

La rubia entornó los ojos. Dentro de su humor se preocupaba por su amiga, no era necesario que dijera que seguía detrás de Steve, tan solo con verla podías adivinar que sus pensamientos estaban en otra parte, pero quería hacerle entender que aun así podía experimentar con otras personas. En parte, Kai necesitaba un baño de realidad para ver que el mundo no se paraba por una sola persona.

Y como si se tratara de una señal del destino, ocurrió. La puerta del local se abrió entonces, pasando por esta el rubio riendo junto a otra chica. Era alta, delgada, de cabello dorado y bien peinado, toda ella era digna de admirar. Era de revista.

La morena se quedó sin habla al ver la escena. Nunca antes había visto a aquella chica, quizás era nueva por la zona o… pensó lo peor entonces y, por suerte, ellos se sentaron sin fijarse en ella. Harriet se giró hacia la puerta al ver la expresión de su amiga.

—Ay, madre —murmuró. Rápidamente, volvió a tomar atención a la camarera que había tras la barra, atónita. La agarró por los hombros y la obligó a mirarla—. Escúchame bien. No vas a hundirte ahora, ¿vale? Esa tía está buenísima, sí. Pero tú molas mazo. —Kai asentía aún sin reaccionar—. Así que ahora vas a coger tu bloc de notas, vas a sonreír como nunca y vas a tomarles nota demostrando que no te importa una mierda.

—Te quiero mucho —respondió convenciéndose de las palabras de su amiga.

—Y yo. Venga, vamos. —Acto seguido le dio unos toques de apoyo en el hombro antes de que saliera de su fortaleza de metal para dirigirse hacia la mesa que sería su perdición.

Notaba de nuevo como su cuerpo temblaba, igual que cuando le vio días atrás en Nueva Jersey. Entonces recordó como su última conversación le dejó con el mal sabor de boca de dudar entre si estaban algo mejor o peor que antes.

—¡Buenas tardes! ¿Qué os pongo? —saludó intentando aparentar familiaridad. Steve la miró de golpe, algo sorprendido.

—¿Kai? —musitó—. Hoy es sábado. ¿Trabajas los sábados?

—No, bueno, hoy sí. Me pidieron que cubriera una baja y… aquí estoy. —Pensó que había vuelto a hablar demasiado y poco a poco empezó a callar.

—No te esperaba —respondió creando un silencio incómodo.

La verdad es que Steve se había presentado con Regina, su amiga de la infancia con la que nunca en la vida tendría ningún tipo de relación, aunque eso Kai no lo sabía.

Habían quedado para charlar un rato, después de navidades volvieron a retomar más contacto ahora que Alyn estaba en Nueva Jersey y no podía verla tanto. Necesitaba consejo femenino de tanto en tanto. Había temas en los que necesitaba más visiones aparte de la de Lorie.

No fue idea de Steve ir a Cookie’s, por mucho que en su mente figurara que Kai no trabajaba los festivos, aquel lugar le recordaba a ella estuviera o no y quería evitar cualquier cosa que le llevara a pensar en la chica, por mucho que no dejara de hacerlo durante todo el tiempo. Al parecer, Regina había oído hablar bien del sitio y quería salir un poco de su zona rica de confort, decantándose por una merienda algo lejos de sus gustos.

—Bien. ¿Qué querréis tomar? —preguntó rompiendo el silencio.

—Yo un gofre con dulce de leche —respondió Regina con su dulce voz. Kai notó un fuerte pinchazo de lo que podían ser celos. Aquella chica parecía ser perfecta en todo y también para Steve.

Dirigió una mirada al rubio esperando a que dijera algo. Lo que fuera para marcharse rápido de allí y poder esconder el escozor que empezaba a subirle por los ojos.

—Un batido de menta.

Asintió marchándose rápidamente de allí. Ambos sabían que aquel batido significaba mucho más que un simple pedido. No quiso convencerse de ello, pero Steve escondió un "Te quiero a ti" debajo de "Un batido de menta".

—¿Cómo ha ido? —preguntó Harriet cuando la vio entrar de nuevo en la barra.

La chica apenas la miró, empezó a preparar el pedido sin levantar la cabeza, pues de lo contrario habría visto como por sus mejillas corrían pequeñas lágrimas.

—Kai —insistió de nuevo sin recibir ninguna respuesta—. Kai, mírame.

La morena le dedicó una pequeña mirada empapada en lágrimas que intentaba retener de la mejor forma posible. A Harriet se le rompió el corazón.

—Ha pedido un batido de menta —sollozó.

—Cariño… —Se levantó entrando dentro del puesto que solo podían ocupar los trabajadores, pero le dio completamente igual porque su amiga necesitaba el mayor de los abrazos.

Se quedó junto a ella un largo rato hasta que notó como empezaba a relajarse, luego le secó las lágrimas que quedaban mientras la tranquilizaba con palabras.

—Gracias —murmuró recomponiéndose—, ya me siento mejor. Necesitaba sacarlo.

—Está bien, no pasa nada. Ahora respira y sigue con tu trabajo.

—¿Todo bien? —preguntó un tono masculino que se encontraba tras ellas.

La primera en fijarse en Steve fue Harriet que dejó ir un "Mierda" casi para sí misma. Soltó a su amiga y la empujó levemente hacia el chico que se encontraba tras la barra. Al inicio, le costó arrancar hasta que pudo sacar fuerzas de allí donde fuera.

—Sí, sí. Ya está, ahora os lo llevo.

—Tranquila, puedo llevarlo yo si estás muy ocupada. No me importa.

Si seguía mirándola de aquella manera terminaría por volver a caer de nuevo en el bajón. Al parecer no quedaba ningún tipo de rencor

en su expresión, o eso quería hacer ver, y, en parte, tranquilizó a Kai. Un poco.

—No, no, es mi trabajo. —Acto seguido agarró la bandeja y salió hacia la respectiva mesa seguida del rubio que volvía a esta.

—¿Está siendo un día duro? —preguntó mientras iban de camino.

—Bueno, un poco. Supongo que podría ser peor. ¿Tú estás bien?

Era el momento idóneo para aclarar las cosas.

—Eh, sí. Quería salir un rato, para despejarme de los entrenamientos, ya sabes. Entonces Regina, mi amiga —puntualizó —, ha insistido en traerme aquí. Al parecer le han hablado muy bien del lugar.

¿Amiga? Al parecer tan solo era eso y Kai no debía preocuparse entonces, pero no podía evitar hacerlo.

Ambos asintieron en silencio, sin saber qué decir.

—Oye, sé que las cosas no están del todo arregladas entre nosotros, pero si necesitas hablar o algo, sabes dónde vivo. —Hasta él mismo se sorprendió de su propuesta, que por algún extraño motivo salía de la misma culpabilidad que sentía.

Era muy probable que la chica hubiera malinterpretado a Regina, pero era normal, ya que creía no haber hablado nunca de ella, aun así, no era su intención llevarla para ponerla celosa, simplemente no esperaba que Kai estuviera allí. Se había enredado un poco todo.

—Lo tendré en cuenta. —Sonrió con tristeza.

—Por favor —murmuró sintiendo cierta urgencia.

Volvieron a mirarse en silencio, aquello parecía ser típico en ellos cuando no sabían qué decir, por mucho que desde dentro no se percataran de lo próximos que estaban el uno del otro.

—Dejo por aquí el gofre —indicó dejando el plato en la mesa cuando salió de su burbuja. Regina le dedicó una sonrisa y Kai no pudo odiarla por ello. De nuevo volvió a Steve—. Y tu batido de menta.

El rubio lo cogió con delicadeza, como si se tratara de algo preciado y pesado que no podía dejar caer porque se culparía toda la vida por ello. En un tono más retórico hubiera pensado que no era solo un batido lo que le entregaba.

No dijo nada más, se limitó a seguirla con la mirada una vez se marchó de allí con la cabeza baja.

Debería haber ido hacia ella de nuevo. Pero aún no tenía valor suficiente para ir a buscarla.

Los días que siguieron Kai sintió una gran necesidad de volver a ver a Steve entrando por la puerta de la cafetería, pero él no apareció. Tampoco la llamó, aunque no tenía por que hacerlo, claro. Pero no dejó de pensar en él, en su último encuentro y en aquel maldito batido de menta que quiso decir más que eso. ¡Dios! Se maldecía por ello, por sentirse así frente a un chico que aun pequeños detalles parecía no ceder en volver. Y aquella chica… no le dio mala espina para nada, al contrario, le pareció sincera y eso le molestaba más y a la vez le hacía alegrarse por él, aunque empezara a plantearse qué diablos seguía haciendo esperando. ¿Era probable que finalmente las cosas terminaran así? Porque en ese caso… ya nada le ataba plenamente a Nueva York.

Recordó entonces lo que él le había dicho días atrás. Le sorprendió que se ofreciera a hablar, sospechaba que lo dijo por cordialidad, pero también podía ser una puerta entreabierta, retomar algo de relación.

¿Era buena idea arriesgarse?

Seguramente no. Era mejor opción quedarse en casa pensando en lo importante que era dar espacio y no tomárselo todo de forma literal. Por mucho que la vida sea una y las oportunidades no duren para siempre.

Y eso daba igual ahora que Kai acababa de llamar al timbre de la puerta principal del apartamento de Steve. Estaba loca por presentarse allí sin previo aviso y también estaba a punto de marcharse como un fantasma, pero la puerta se abrió y ya no podía irse.

Subió lentamente las escaleras intentando retener el tiempo lo más que podía. Pensando e improvisando mentalmente diferentes conversaciones y respuestas que no la hicieran quedar como una tonta o como una desesperada. Y también deseando que sirviera de

algo, porque indirectamente aquella visita detonaría si debía depositar esperanzas en ellos o dejarlo ir.

Inspiró.

Expiró.

Se concentró.

Empujó la puerta entreabierta.

Se topó con Alyn.

—H… hola —saludó Kai, confusa.

—Hola —respondió igual la otra.

—No sabía que estabas por aquí. Eh... ¿Está Steve?

—Me temo que no. Ha tenido que salir.

—Vaya —musitó. Tanto pensar para nada.

—Pero si quieres puedes esperar dentro.

No tenía mucho tiempo, debía atender algunos encargos de su madre, pero podía esperar un rato, quizás él no tardaría mucho en llegar y, en parte, pensó que hablar con Alyn tampoco le iría mal.

Al principio se sintió rara, llevaba más de un mes sin pisar aquel piso, lo veía como si fuera completamente distinto a la última vez, aunque estaba prácticamente igual.

La castaña se sentó en una silla, mientras que Kai se dejó caer en el sofá. No había rincón que no le hiciera recordar los tiempos en los que Steve y ella se pasaban gran parte del tiempo juntos. Anhelaba tanto volver a eso.

Las dos chicas parecían dos desconocidas, nadie hubiera dicho que habían estado compartiendo habitación durante cuatro meses. Se vieron cuando Kai corrió hacia Nueva Jersey, pero aquello fue una urgencia y obligatoriamente tenían un tema de conversación establecido, ahora no, ahora entraba dentro de su propia voluntad.

—Gracias por decirme lo de Ethan —comentó entonces Alyn.

—Oh. No es nada. Tú hubieras hecho lo mismo por mí, claro. ¿Ethan está bien?

Notó como la chica se ruborizó un poco y supuso que algo había allí.

—Sí, ya… ya está mejor.

—Me alegro, llevo días sin verle. Me contó que fuiste a Alaska y debo darte las gracias por ello. Ethan te necesitaba más que a

cualquier otra persona y la verdad es que no sé cómo terminará vuestra historia, pero espero que sepas lo mucho que te aprecia. Solo puedo agradecerte que sigas a su lado a pesar de todo.

Alyn se quedó sin palabras, con la cabeza gacha y sintiendo cierta nostalgia. Ella sentía tantas cosas cuando estaba cerca de él y muchas eran imposible de expresarse con palabras. Tampoco sabía cómo terminaría su relación con Ethan, tenía muchas dudas al respecto, pero le llenaba escuchar las palabras de Kai.

Sintió necesidad de devolvérselas.

—Steve también quiere verte. —La morena le prestó atención—. No lo dice en voz alta, pero poco a poco te está perdonando, lo noto. Lo siento más relajado. Y supongo que el hecho de que estés aquí tiene alguna razón.

—Supongo que debe ser cierto.

—Y yo —prosiguió— tampoco puedo tenerte rencor por lo de Ethan ni por lo de Steve. Aunque no te excuso del todo, por lo menos en lo del primero. Solo que también entiendo que no te implicaba directamente e hiciste un gran esfuerzo al presentarte en Nueva Jersey.

—Nunca fue mi intención que lo vuestro terminara.

—Lo sé.

—Pero sé que he cometido unos cuantos errores durante los últimos meses. Debería haber gestionado mejor las cosas.

—Tampoco hace falta que lo cargues todo tú sola. Lo de Ethan no era cosa tuya, podrías haber actuado diferente, sí, pero no dependía de ti. En cuanto a lo de Steve… —inspiró profundamente—. Mira. Hace un mes no hubiera respondido esto, pero desde que fui a Alaska, desde lo de Ikiaq… creo que tenías ciertos motivos para hacer lo que hiciste. No sé si yo lo hubiera hecho, ahora valoro más que nunca que mi vida es mía, pero si pienso en Lena, mi hermana —aclaró—, creo que también querría dejar su legado en el mundo.

—Agradezco que lo entiendas, Alyn. Aunque, soy consciente de que se me fue de las manos y, como bien dices, tu vida es tuya, es algo que he aprendido durante estas navidades. Me duele mucho esta situación, no quiero que Steve siga molesto conmigo y quiero que todo siga como antes, aunque dudo que pueda ser. Tampoco quiero

tener mala relación contigo. La verdad es que me caías… me caes bastante bien y echo de menos tu presencia en la habitación, no te mentiré. —Ambas soltaron una carcajada—. Por lo que me gustaría que pudieras perdonarme y poder volver a llevarnos como antes.

Alyn sonrió comprensivamente, no sentía resentimiento alguno por Kai como había aclarado y, en parte, también la echaba de menos, pocas amigas tenía en su entorno. No iba a desperdiciar la oportunidad de una.

—¿Tienes que hacer algo esta tarde? —preguntó la ojiazul, pensativa.

—Debería pasar por una tienda especializada en pasteles. Cosas de mi madre. ¿Por qué?

—¿Quieres que te acompañe?

—Oh. Bueno, tampoco quiero que hagas algo que no…

—Somos amigas, ¿no?

Entonces Kai esbozó una amplia sonrisa llena de orgullo y emoción.

—Claro.

CAPÍTULO 51

También mueren los lugares
donde fuimos felices.
Julio Ramón Rubeyro

Cruzar la línea que separaba el tener un uno delante en el número de su edad a tener un dos no era un momento que ilusionara mucho a Alyn, por más que (y como todo el mundo le decía) aún le quedara toda la vida por delante. Aunque, no era algo que pudiera evitar. El dieciocho de enero acechaba su puerta a punto de obsequiarle una bienvenida a la veintena.

Y los mellizos decidieron recibirlo con una fiesta. Para su desgracia, o su suerte (aún no sabía cómo catalogarlo), no se trataba de una fiesta hecha expresamente para su cumpleaños, sino que era igual a la que asistieron a principios de curso. Una fiesta de fraternidad.

Por más que quiso negarse, argumentando que no había nada mejor que entrar en los veinte acompañada de un bote de helado, palomitas y una película en la gran pantalla de sus dos anfitriones de aquella última semana en Nueva York, a estos les pareció una idea de lo más nefasta. Se lo prohibieron rotundamente y la obligaron a seguir sus órdenes.

Finalmente, sin poder evadirlo, a las nueve se encontraba traspasando la puerta principal de aquella casa junto a todos los invitados. Los mellizos habían invitado a la gente sin consultárselo, pero no fallaron. Steve, Peter, Lorie, Kai y ellos mismos, la acompañarían a las doce. O al menos aquella fue la intención hasta que cada uno tomó caminos distintos al entrar a la fiesta.

Steve tomó a su mejor amiga de los hombros y la condujo hasta la cocina, siendo consciente de que ambos necesitaban un trago. Ella para relajarse y disfrutar de aquella fiesta que la trasportaría a los veinte, y él para ignorar la creciente tensión que aún se respiraba junto a la azabache que había desaparecido con Lorie.

Los mellizos (los cuales se encontraban enfadados mutuamente, ya que esa misma tarde ambos habían descubierto que habían ido a la peluquería para hacerse aquel cambio de look que los dejó a ambos con el pelo azul, coincidiendo de nuevo) terminaron junto a Peter en la pista de baile, haciendo de casamenteros para encontrarle una pareja adecuada al castaño, quién solo quería huir de la situación.

Kai y Lorie desaparecieron tras la puerta que daba al jardín en busca de algo divertido, pero menos aturdidor que la música que retumbaba en sus oídos.

Lo que el rubio no vio venir, o mejor dicho ninguno de ellos, fue que Alyn empezaría con un simple chupito, pero a los cuarenta y cinco minutos se encontraría con sus cinco sentidos más que nublados. Steve la intentó detener más de una vez, pero él tampoco estaba lo suficientemente estable.

—¡Al fin puedo beber lo que quiera, cuando quiera y no cada vez que haya una discusión! —gritó la chica, alzando la copa en alto. Recibió miradas reprobatorias, otras curiosas y algunos aplausos que recibió con una sonrisa—. ¡SOY LIBRE!

—Ssh —la intentó silenciar, Steve—. No grites tanto.

Ella lo ignoró antes de arrastrarlo a la pista de baile. Encontraron en ella a Kai junto a los mellizos y Peter, pero no había ni rastro de Lorie. Aunque ella iba tan pedo que ni siquiera le importó que nadie supiera nada de su paradero. Simplemente, se limitó a bailar y disfrutar, alegando que a partir de mañana tendría que odiar su edad y que era motivo suficiente para seguir bebiendo. El resto le siguió la corriente, ya que parecía que al final había conseguido relajarse y pasarlo bien.

No obstante, la bebida iba bajando en su vaso y cuando menos se dio cuenta ya no quedaba ni una gota en él. Bufó antes de gritar sobre la música, en dirección a Kai, que se ausentaba unos segundos para ir a por otra bebida. Esta quiso decirle que no era

prudente o a lo mejor acompañarla, pero no le dio tiempo suficiente antes de que Alyn desapareciera entre el gentío.

La castaña se tambaleaba intentando atravesar aquel pasillo que la conducía de nuevo a la cocina. Pero las personas que pasaban por él y la empujaban sin tenerla en cuenta no ayudaban a su estabilidad. Tropezó con un par de ellas sin llegar a caer. Sin embargo, aquella suerte no duró mucho, ya que, finalmente, tropezó con su propio pie, cayendo hacia adelante.

Pero nunca llegó a suelo, unos brazos la atraparon antes de que aquello ocurriera.

La chica, aturdida y confusa, parpadeó varias veces antes de alzar la mirada. Se topó con unos preciosos ojos verdes que la miraba con atención e intensidad. La respiración se le cortó durante unos segundos y sus filtros se esfumaron.

—Ojalá caer siempre sobre alguien tan guapo —comentó, pensando que lo estaba diciendo en su mente.

Él rio, recordando.

—Ya es la segunda vez, Alyn —respondió, el chico.

Ethan no había sido invitado a aquella fiesta, al menos no por parte de los mellizos, ya que no sabían si la castaña se sentiría completamente cómoda. Aunque, el destino hizo de las suyas cuando este fue arrastrado por Ryan hacia una fiesta, que él clasificaba como increíble, que no se podían perder. Pero volvió a perder a este de vista cuando se topó con Connor, un compañero de clase, en aquel mismo pasillo.

La chica se apartó con la ayuda del castaño, pero fueron escasos segundos los que aguantó equilibrada, ya que un chico pasó por su espalda empujándola para hacerse hueco e hizo que se tambaleara. Ethan la tomó del brazo antes de que otro empujón la lanzara al suelo y al tirar de él la pegó completamente a su pecho. Cuando Alyn levantó el rosto, ambos se encontraron a pocos centímetros de distancia.

—¿Es un déjà vu? —susurró la chica, causando que su aliento rozara los labios del castaño.

—Ojalá —susurró de vuelta—. Entonces tú ahora dirías…

—Tengo calor —repitió la línea que meses atrás formó parte de su primer encuentro. Ambos sonrieron sin poder evitarlo, rememorando en su mente aquel momento—. ¡Tengo una idea! —siguió recitando, apartándose de él lo suficiente como para tomar su mano—. Vamos a la piscina. —Pero él la frenó.

—Alyn… —En respuesta, esta frunció el ceño con enfado. Fue entonces cuando Ethan entendió lo que aquella persona, que la volvía completamente loco, quería hacer.

Revivir su primer día.

A ella le daba igual como se encontraba su relación en esos momentos, solo quería divertirse. Divertirse con alguien que había significado tanto para ella como si fuera la primera vez, como si nada hubiera ocurrido.

—¿Quieres bañarte en ropa interior con alguien que ni siquiera conoces? —cuestionó, logrando que la chica sonriera agradecida antes de erguirse y extender su mano hacia él. Eso le causó gracia, pero retuvo una risa.

—Alyn Evolet Stewart —se presentó. El chico tomó su mano antes de corresponder.

—Ethan Brown. —Sin embargo, recibió un sonido negativo de su parte, confundiéndole.

—Te has olvidado de tu primer nombre —rebatió con una sonrisa cómica. Pero a los segundos se puso más seria y lo miró con intensidad—. No me lo ocultes a mí, por favor —susurró como si aquello le doliera. Y eso le afectó a él. Respiró hondo, aún reteniendo la mano cálida de Alyn.

—Newen Ethan Brown.

La chica sonrió y notó como sus ojos se humedecían. Evitó derramar las lágrimas y tiró de la mano del ojiverde por el pasillo, que parecía saberse de memoria, hasta alcanzar la puerta que daba al jardín trasero. Allí la música era menos ensordecedora y el aire, aunque traía rastro de aquello que las personas se estaban fumando, era más fresco y limpio que en el interior. Había grupos por todos lados, algunos bebiendo, otros bailando, jugando e incluso durmiendo tirados en el césped. Aunque, hubo algo más asombroso que captó sus atenciones e hizo que se detuvieran en seco.

—¿Estoy viendo lo que creo que estoy viendo o estoy demasiado borracha? —cuestionó, Alyn, antes de frotarse ambos ojos con sus puños.

—Sí, vas demasiado borracha —admitió con diversión, recibiendo un golpe en el hombro—. Pero lo que ves es cierto.

Ante sus ojos, dos chicos que conocían demasiado bien estaban dando un espectáculo a todos los presentes, mayoritariamente chicas. Ambos sobre la mesa de *Ping Pong* agitaban al aire sus camisetas, dejando a la vista su trabajado pecho y abdominales mientras bailaban al ritmo de la música que reinaba en esa zona. Parecían compenetrarse, ya que el baile era sincronizado y sensual. Muy sensual.

—Creo que no ha sido buena idea que Ryan y Lorie se conocieran —admitió Ethan mientras negaba con la cabeza, aunque una sonrisa intentaba salir a flote.

—Nada que tenga que ver con Lorie es buena idea —confesó, Alyn. Sabía que aquel hombre era un pieza de pies a cabeza, pero también que era buena persona y le quería lo suficiente como para alegrarse porque se lo estuviera pasando a lo grande.

Ignorando la escena, la chica retomó el camino hasta situarse al borde de la piscina. Dudó, por un segundo dudó de desnudarse ante él. Vale que habían iniciado una especie de juego en el que simulaban no conocerse, pero lo cierto es que sí lo hacían y que ella ya había estado semidesnuda, y desnuda también, ante él. Sin embargo, las circunstancias ahora eran completamente distintas y no sabía si sería capaz de dejar que Ethan volviera a verla tan expuesta.

—¿Me vas a traicionar? —preguntó el castaño, susurrando cerca de su oído. El cuerpo de Alyn se estremeció ante el tono ronco que había utilizado—. Eres una aguafiestas.

Aquellas tres palabras fueron suficientes como para disipar todas las dudas y volverse completamente segura de sus acciones. No iba a dejar de pasárselo bien, de estar a gusto con él y mucho menos de recrear una noche mágica solo por un miedo absurdo. Advirtió que en ese momento, junto a la piscina, se habían intercambiado los papeles. Que aquellas dos frases, hacía unos meses, habían salido de sus labios y no de los del chico.

No se recreó aquel momento tal y como sucedió, ya que no solo fue lo dicho, sino que Ethan decidió no dejarla sobreprensar más. Se armó de todo el valor y el atrevimiento que le caracterizaba, y que Alyn tantas veces le había dicho que adoraba, y la rodeó con sus brazos, inmovilizando los de ella, para después lanzarlos a ambos al agua. Vestidos. Sus cuerpos se pegaron, sobre todo por el agarre que fijó la chica en él ante el susto. Se aferró a Ethan mientras sentía como se hundían.

Al llegar al fondo abrieron los ojos y conectaron de forma distorsionada. Hubo una leve conexión que intensificó las sensaciones que sus cuerpos sentían: el calor del otro, las ropas pegándose, sus pieles rozándose… sus corazones latiendo. Sin ningún problema que los envolviera.

Cuando el aire empezó a faltar en los pulmones del castaño e intentó subir a ambos a la superficie, la castaña se lo impidió, ejerciendo fuerza hacia el fondo. Por una vez, sin saber muy bien cómo, parecía que la chica tenía más fuerza, o al menos más técnica para apresarlo en el fondo del agua. Y no fue hasta que a ella misma se le empezaba a dificultar mantener el aire en sus pulmones que dejó que Ethan los subiera para salir al exterior. Este tomó una ruidosa bocanada de aire, que resonó por gran parte del espacio, mientras que ella solo jadeaba. Ethan la miró con confusión, pero aún rodeándola por la cintura, ya que no hacía pie.

—¿Quieres ahogarnos —en plural—, pequeña loca?

Y si a Alyn ya le costaba respirar, ante aquel apodo dejó completamente de hacerlo. Hacía tanto que no se lo escuchaba y había significado demasiado. Ese apelativo fue el comienzo y ahora… era un recomienzo, otro inicio. O tal vez un final… Entonces cayó en que a lo mejor que revivieran ese primer día no era una forma de volver a empezar, sino… de cerrar su historia.

—No había problemas ahí abajo —murmuró dolida ante sus pensamientos. Ethan escuchó aquellas palabras, las mismas que había pronunciado más de tres meses atrás, pero esta vez captó que no se refería a sus problemas familiares (como descubrió tiempo después), sino a los que ambos compartían.

Tras una intensa mirada que duró más de lo que se imaginaron, salieron del agua y el castaño volvió a robar otras dos toallas, aunque esta vez se las pidió a dos chicos que habían hecho lo mismo que ellos y que ya no las necesitaban. Se sentaron en una hamaca a ver el espectáculo que ya estaba llegando a su fin y que protagonizaban sus amigos.

—Creo que esta vez me voy a saltar el BeerPong —murmuró por lo bajo la chica. Este asintió estando de acuerdo, porque eso significaba que su nivel de alcohol solo bajaría.

Alyn mantenía la vista fija en Lorie, despreocupado y borracho, bailando sin importarle lo más mínimo junto a una persona que acababa de conocer. Él también había tenido sus problemas con Steve y eso no le había impedido salir a divertirse.

"¿Y por qué yo no puedo hacer lo mismo?", se preguntó mentalmente. Giró el rostro para clavar la mirada en el perfil de Ethan, ese el cual tantas veces había repasado con sus dedos, ese por el que tanto había suspirado. Quería divertirse, divertirse con él.

Se puso en pie y lo incitó a hacer lo mismo, al tiempo que desterraba al fondo de su mente aquel pensamiento de que aquello olía a despedida. A un *déjà vu* amargo.

—¿Sabes? No quiero jugar a BeerPong. —Ethan frunció el ceño, ya que eso ya lo había dicho—. Pero… —Entonces vio como se deshacía de su toalla y recordó que fue lo que ocurrió después del juego.

—Alyn, ni se te ocurra —murmuró retrocediendo un paso—. No, no, no…

Tarde. Alyn ya lo había rodeado y se había colgado de su espalda, como si de un caballito se tratase.

—Corre, corre. A dentro —ordenó, como aquel día. Ethan soltó una carcajada que le calentó el corazón.

—Estás como una cabra —sentenció antes de obedecer y adentrarse en aquella casa.

Rápidamente, se unieron a la gran cantidad de gente que movía su cuerpo de un lado a otro de aquel salón que se había trasformado en la pista de baile. No localizaron a ninguno de sus amigos, aunque tampoco es que le pusieran mucho empeño. Simplemente, se pegaron uno al otro por la escasez de espacio y empezaron a

moverse al ritmo de la música. Cuando la canción acabó y empezó *Let's get it on* de Marvin Gaye, sus cuerpos se unieron inconscientemente. Los brazos de Alyn descansaban en los hombros del chico, y los de Ethan rodeaban la cintura de ella. Sus anatomías se rozaban al ritmo de la música, de forma sensual, al tiempo que sus rostros se hallaban en el cuello del otro.

Las sensaciones los embriagaron. Esa cercanía, ese roce, esa calor, esa letra… esa conexión.

La chica se separó de repente, aunque con delicadeza, y su mirada viajó por todo el suelo, sin ser capaz de alzarla y encararlo. El castaño, que aún la sostenía de la cintura, la observó preocupado y bajó a susurrarle al oído, ya que con el volumen de la música no le lograría escuchar de otra manera.

—¿Estás bien? —Aquella pregunta al oído le provocó un estremecimiento, uno que él notó y que su subconsciente imitó.

—Necesito aire.

Ethan asintió antes de tomarla de la mano y guiarla de nuevo hasta el exterior de la casa. Aquella vez el lugar estaba más tranquilo, como si la mayoría de las personas se hubieran reunido en el interior o se hubieran quedado dormidas. Caminaron hasta la zona más alejada del jardín, aquel enorme jardín que debía medir más que la casa de Alyn entera.

Al estar completamente solos, ambos tomaron asiento sobre el césped. Se sumieron en un silencio extraño y cargado de palabras no dichas. El castaño tenía la mirada fija en la casa, dónde seguía transcurriendo la fiesta con normalidad. La chica alzó la vista al cielo y observó que, desde aquella zona, las estrellas brillaban y se apreciaban más. Sin dudarlo se dejó caer hacia atrás, llamando la atención de Ethan, y quedando tumbada sobre la explanada verde. El ojiverde no tardó en imitar su acción, dejando un poco de distancia entre ambos.

Y entonces los recuerdos los poseyeron. Ambos recordaron aquella noche, la noche que se conocieron. En ese momento poseía un sabor agridulce.

—Parece mentira que haya pasado cuatro meses de aquello —murmuró el castaño como si supiera que ella estaba pensando

exactamente lo mismo.

—Ya… A veces tengo la sensación de que fue hace nada y otras… otras que fue hace una década.

—Yo lo recuerdo como si hubiera sido ayer mismo.

Ninguno de los dos despegaba la mirada de aquel cielo estrellado, uno que les recordó aquel cuadro que llevaban grabado en la piel.

—Gracias por habérmelo explicado tiempo después. —Su voz se apagaba lentamente, por lo que respiró hondo—. Sin eso, esta noche no hubiese sido posible.

—Veo que me escuchaste con atención, memorizaste hasta las frases.

—Quería saber cómo nos conocimos, aunque fuera a través de ti y no de mi memoria —confesó con un hilo de voz. Le dolía hablar de ello y más de esa forma tan, tan triste—. Quería recordarlo.

El corazón de Ethan se rompió un poco más al escucharla decir aquello y con aquella voz que estaba a punto de romper en llanto. Tomó su mano aún sin dirigirle una mirada y entrelazó sus dedos para darle un leve pero firme apretón. No quería, ni iba a permitir que la noche se marchitara.

—Ojalá el resto hubiese sido diferente —se sinceró.

—Ojalá.

Alyn no se contuvo más. Una lágrima salió de sus ojos por cada recuerdo que compartió con el chico, por cada momento coleccionado y por cada sensación vivida. Desde aquel primer día que compartieron una noche como esta, hasta aquel último beso, el día de Acción de Gracias. Sin embargo, todo quedaba tan lejano, tan difícil de recuperar. Dolía.

Sin poder, ni querer evitarlo se giró hasta enterrar su rostro en el pecho de Ethan. Un sollozo escapó de sus labios y causaron que los ojos del chico se cerraran conteniendo las ganas de llorar. La rodeó al instante y la apretó contra él, intentando consolarla.

—Gracias —sollozó, ella—. Gracias por enseñarme que mi vida es mía y solo mía. —Era lo más preciado que le había regalo Ethan, su nueva vida se la debía a él.

—Joder, Alyn… —gruñó—. No lo digas de ese modo.

—No me gusta esta sensación, Ethan —se quejó entre lágrimas y el castaño no pudo evitar que una recorriera su mejilla—. No me gusta que sepa a despedida.

Aquello los destrozó a ambos. Sin embargo, él no dejaría las cosas así. La abrazó con más fuerza mientras sus labios se posaban en su coronilla y con la mayor firmeza que había utilizado nunca en su vida, aseguró:

—Pues no creas que lo es. No pienso permitirlo.

Se mantuvieron en silencio y abrazados durante lo que pareció una eternidad. Solo el ruido del reloj de Ethan marcando las doce, logró que uno de ellos saliera de aquella bola de cristal en la que se habían adentrado. El chico observó la hora, confirmando que eran las doce en punto. Y aquello solo significaba una cosa.

—Alyn —susurró, llamando la atención de la chica, pero sin que moviera la cabeza respondió con un sonido, indicándole que lo escuchaba—. Feliz cumpleaños, pequeña loca.

El corazón de la castaña se aceleró y su cuerpo se tensó, ya no por el hecho de que era su cumpleaños, sino porque él fuera el primero en felicitarla y que sus palabras estuvieran teñidas de tanto dolor en vez de felicidad. Veinte años y solo cuatro meses con él, por más que sentía que llevaran años. Qué agridulce inicio de cumpleaños. Sin embargo, apartó el malestar y se centró en el calor que su aliento y sus palabras le causó.

—Gracias, Ethan —susurró de vuelta, mostrando su voz débil.

Una lágrima abandonó sus ojos y recorrió su mejilla.

CAPÍTULO 52

Si dos sistemas interaccionan entre ellos durante cierto tiempo y luego se separan, podemos describirlos como dos sistemas distintos, pero de una forma sutil se vuelven un sistema único. Lo que ocurre a uno sigue afectando al otro, incluso a distancia de kilómetros o años luz.
Ecuación de Dirac

Kai se sentía algo rara en aquella fiesta, por mucho que su relación con Alyn estuviera en subida, no había sufrido mejoras respecto a Steve. Según lo que le aseguró la mejor amiga de este, su trato en verse a ella estaba empezando a mejorar, pero Kai no lo veía por ningún lado. Él no aparecía nunca, no la llamaba y apenas parecía estar en casa. Lo había visto alguna vez cuando quedaba con Lorie después de un entreno y aunque fuera simpático estaba muy lejos de ser cercano. Así, poco a poco empezó a perder la esperanza día tras día y mientras un pensamiento disminuía, crecía otro, porque su madre no dejaba de insistir con su vuelta a Hawaii.

Respecto a todo eso, le prometió a Lorie que intentaría olvidarse de todo durante aquella noche para poder disfrutarla al máximo. Por ella, por él y por Alyn, la cumpleañera.

—Tan solo te quedan cuatro horas —puntualizó Kai cuando iban de camino a la fiesta. Pudo notar como Alyn no disfrutaba tanto de ello —. ¡Venga! ¡Anímate!

—No quiero cumplir veinte. Y te recuerdo que a ti te queda un mes —comentó.

—Sí, pero ya habrá tiempo para preocuparse por eso. —Se rio.

Una vez llegaron, poco duraron juntos, se fueron dispersando por grupos. Kai tuvo un pequeño deseo de quedarse a solas con Steve, pero no fue posible, ya que este se marchó por su lado con la cumpleañera. Al fin y al cabo, era su mejor amigo, era obvio que fueran a pasar tiempo juntos, así que ella fue arrastrada por Lorie al jardín, donde encontraron otra mesa llena de bebidas.

—¡Vaya! —exclamó el moreno—. Esto sí que es una buena fiesta —afirmó.

—¿Tienes pensado emborracharte mucho? —preguntó esta, analizando la indecente cantidad de alcohol que había allí encima.

—Emborracharnos mucho, cielo. —Le guiñó el ojo. Justo después fue directo a rellenar dos vasos bien cargados.

Así empezó la excitante noche que les esperaba.

Kai perdió la noción del tiempo al segundo vaso. Supo que estuvo gran parte del tiempo con Lorie jugaron al *BeerPong*, estuvieron bailando, cantando, hasta se tiraron en la piscina con ropa. Sí, pudo darse cuenta cuando se vio completamente mojada junto a su amigo.

Cometió varías locuras aquella noche, lo mejor de todo fue que apenas se acordó de que Steve estaba en aquella fiesta, ni tampoco se percató de que él estaba vigilándola la mayor parte del tiempo.

Cuando salieron de la piscina ayudó a Lorie a quitarse la camiseta mojada para que no pillara frío. Iba tan borracho que apenas podía solo, durante aquel tiempo no dejaron de reír.

—¿Puedes estarte quieto? —preguntó entre risas mientras aguantaba la base de la pieza de ropa.

—Te juro que yo no me muevo, se mueve el mundo.

—Tú estás dentro del mundo, Lorie, tú te mueves —relacionó como si fuera lo más lógico que jamás hubiera dicho. Realmente, el alcohol hablaba por ellos.

Finalmente, consiguió despegar la prenda mojada del cuerpo. Lorie se la echó al hombro, quedando solo con los tejanos y las zapatillas puestas. Kai pudo ver el cuerpo formado del chico, era parecido al de Steve, solo que un poco más moreno, se notaba que también se cuidaba, de hecho, entendió porque solía atraer tanto a las chicas. Entonces recordó lo que Harriet le había mencionado aquella tarde

en Cookie's. ¿Si tuviera la oportunidad, lo intentaría? Quiso echarle la culpa a su estado de embriaguez por pensar aquello y por no reprimir su impulso de tocar el torso desnudo de él.

—Haces ejercicio —musitó ella.

—¿No me digas? —ironizó.

Los dos se miraron y pudieron notar cierta electricidad que no supieron explicar, porque en aquel estado y tratándose de otra persona, Lorie se la hubiera llevado a la habitación más próxima. Pero era Kai, ciertamente la veía como a una simple amiga que no quería perder por un simple impulso de pasión. Además, ella era intocable, se lo había prometido a Steve y no iba a romper la promesa.

—Deberías ir a cambiarte, antes de que decida hacerlo yo —susurró en la oreja de esta en tono seductor—. Y creo que ambos nos arrepentiríamos de ello después.

La chica se ruborizó ante el comentario. Sí, seguramente podría haberse dejado llevar por el momento, pero era consciente de que predominaban otras cosas antes que el sexo.

Se apartó de él aceptando la situación. Recorrió la vista por el jardín intentando detectar la puerta de entrada a la casa, esta la llevaría dentro donde podría encontrar algo que ponerse. Y fue cuando en aquella panorámica se percató de que Steve la miraba. El rubio estaba al lado de una maceta, justo al otro lado de la piscina, cerca de la puerta. Su rostro no mostraba ninguno tipo de diversión ni aprobación. A Kai le recorrió una especie de alegría interior. Era probable que la hubiera visto cerca de Lorie, era probable que su expresión se debiera a ello. Si se trataba de eso era probable que…

—Lorie. —Se acercó a él de nuevo—. ¿Puedo pedirte algo?

—A tu servicio.

—Pongamos celoso a Steve.

Los ojos grises de ella se encontraron con los marrones de él. Estaba convencida de que si conseguía poner celoso al rubio quería decir que todavía quedaba algo, pero si pasaba desapercibida se declararía en bandera blanca y abandonaría.

Lorie giró la cabeza hacia donde se encontraba su amigo, que para nada lo miraba con buena cara. Con solo levantar una ceja pudo

deducir un: "Lorie...", como advertencia.

—No deberíamos —declaró agarrándola por los hombros, pero ella volvió a pegarse a él, abrazándolo y apoyando la cabeza en su pectoral.

—Porfiiii. Será divertido —dijo haciéndole ojitos.

—Para él no. —Ella ignoró el comentario para subir los brazos a su cuello, quedando a apenas diez centímetros.

—Kai… —gruñó el moreno.

Demasiado le importaba su amigo como para hacerle eso, así que como símbolo de urgencia volvió la vista hacia el rubio que seguía en la misma posición, haciéndole una señal con la cabeza para que viniera a buscarla.

—Por favor —vocalizó sin sonido para que él entendiera la urgencia.

Y en menos de un minuto lo tuvo allí, plantado junto a ellos.

Kai no supo relacionar el cómo pasó de estar con Lorie, a estar con Steve subiendo las escaleras hacia el baño para que pudiera secarse.

Este la guió por la cintura. No la veía así desde aquella noche en la que tuvieron su primer beso, aquel que en su momento le acarreó un problema, uno que ella le perdonó aun significando algo importante.

Una vez dentro la sentó en la tapa cerrada del retrete, abrió varios armarios hasta que encontró un juego de toallas.

—Kai, debes quitarte la ropa —dijo seriamente entregándole las toallas. Esta le miró divertida.

—¿Me la quitas tú? —preguntó pícara. "No vayas por ahí", pensó él.

—No. Yo no apruebo el exhibicionismo como Lorie —murmuró algo resentido.

Entonces ella empezó a reírse a carcajadas.

—¿Qué se supone que te hace tanta gracia?

—Perdón… es que… —intentó hablar, pero la risa apenas le dejaba. Intentó serenarse un poco antes de seguir—. ¿Estás celoso? —preguntó reteniendo todavía la risa.

—¿Cómo? —respondió este, serio y nervioso a la vez. Claro que lo estaba, pero no iba a confesarlo.

—¡Estás celoso! —exclamó, sorprendida—. Quién lo iba a decir, Steve Jones está celoso. ¿Sabes? Eres tan mono cuando te enfadas.

Kai se acercó a él hasta depositar sus brazos en su cuello, quedando prácticamente pegados. Aprovechó para acariciar la melena rubia que había quedado despeinada a causa de la fiesta.

Steve se murió de placer.

—Kai… —gruñó intentando rechazar aquel impulso.

—Vamos, Steve, dilo —insistió—. ¿No? —preguntó, divertida.

Al no ver contestación del chico optó por volverse algo más juguetona. Obviamente, achacaba las culpas al alcohol, que no escondía el deseo que sentía. Poco a poco dirigió sus labios a su cuello y empezó a besárselo lentamente. Steve la agarró por la cintura con fuerza.

—Te he echado de menos —confesó entre besos—. Me he pasado todas las navidades pensando en ti. No puedo sacarte de mi cabeza, pero tampoco quiero. —Paró un momento para inspirar aquel olor que desprendía. Un olor que la volvía loca—. Me gustas tanto, Steve.

—Kai, no…

—Te quiero tanto —confesó. Y él no supo qué contestar.

Se quedó sin palabras, congelado, como si el corazón hubiera dejado de responder. "Te quiero tanto".

La agarró por los hombros para intentar apartarla ahora que aún estaba a tiempo. Sus ojos grises se clavaron en él devorándole lentamente. El rubio la analizó bien, deteniéndose en la cuerda que caía por su cuello sujetando un botón.

—¿Todavía llevas esto? —preguntó, atónito.

—Quiero llevar un beso tuyo siempre encima, por si acaso.

No respondió nada porque no sabía qué debía responder, pero cuando su mente volvió de nuevo siguió sintiendo los besos de ella y como sus cuerpos se arrapaban con fuerza.

Entonces no lo dudó más. La besó.

Dios sabe cuanto tiempo estuvieron besándose como si se les fuera a terminar el mundo, como si estuvieran hambrientos el uno del otro. Aunque lo estaban. Él le recomendó en varios momentos que parara por su propio bien.

—¿Soy yo quién debería tener miedo de lo que pueda pasar? —preguntó entre risas, la chica.

Y tenía razón, porque Steve era el que temía no poder contener las ganas de hacerla suya aquella noche.

—Kai, no quiero arrepentirme de esto —gruñó con su boca pegada al cuello de ella.

—No tienes por que —respondió antes de depositar levemente su mano por encima de los pantalones de él, notando un bulto prominente.

Steve resopló excitado, apretándola más hacia él, intentando sentir su cuerpo mojado pegado al suyo. Le invadía el deseo por todas las extremidades. Sabía bien que las cosas no se solucionaban con sexo, pero no podía aguantar más y ella no ayudaba. Sus pequeños labios carnosos viajaban desde su cuello hasta su boca ejerciendo presión. Como si algo le diera un vuelco, intentó darle un ultimátum, agarrando la cara de esta entre sus manos, mirándola fijamente.

—Mi amor, si sigues, no tendré opciones buenas para ti. —Entonces, la morena, sonrió victoriosa y todavía muy ebria.

De nuevo acercó sus labios a los de él y encima de estos susurró:

—Dime que me quieres.

Solo se lo había dicho a Alyn, a Lorie y a Emily. No era tan fácil decir algo así como si nada, si no lo sentía de verdad no iba a decirlo.

Lamentablemente, con Kai sí que lo sentía, solo que no se atrevía, como con la mayoría de cosas que tuvieran que ver con ella.

—Dime que me quieres como yo te quiero a ti —insistió necesitando oírlo, quería convencerse de que podía seguir allí, que no debía abandonar en cuanto a él—. Por favor. Dímelo.

Steve volvió a soltar aire indeciso, lleno de dudas e impulsos que no sabía procesar. De normal hubiera huido como solía hacer cuando no sabía qué hacer. Pero estaba bien retenido, no podía irse, así que debía afrontar la situación. Por primera vez.

—Más —gruñó él—. Te quiero más de lo que crees.

Los dos salieron esquivando a todas las personas que se encontraban, no miraron a nadie, no se fijaron en si alguien les conocía o no, les daba completamente igual porque había allí una llama que no querían que se apagara. Fueron corriendo hacia el exterior para terminar su faena en el vehículo de Steve. No contaron que justo en la puerta principal se encontrarían con Alyn y Ethan, que a diferencia de ellos, entraban.

—¡Uy! ¿Dónde vais? —preguntó, Alyn.

—Al coche —indicó el rubio con urgencia. Vio como su amiga le miraba con la ceja levantada.

—Ethan, eres precioso y te quiero mucho, que lo sepas —confesó la morena saltando hacia su mejor amigo. Este la abrazó, extrañado.

—Ha bebido, intuyo —dijo dirigiéndose a Steve.

—Bastante.

El ojiverde inspiró hondo, miró a su amiga y, como solía hacer para molestarla, le revoloteó el pelo.

—No hagas ninguna tontería, ardillita.

—La vida es solo una, Ethan. Y hay que vivirla —respondió con una amplia sonrisa que prosiguió con un beso en la mejilla—. ¡Por cierto, Alyn, felicidades!

—Oh, gracias —contestó aceptando el abrazo que ahora iba para ella.

—Parece que te haces vieja —añadió el rubio.

—Me consuela saber que siempre serás mayor que yo —contraatacó con picardía. Steve, mejor que nadie, sabía lo poco que le gustaba su cumpleaños, por eso le gustaba fastidiarla con eso.

—Deja de refunfuñar y dame un abrazo. —Se acercó a ella y la retuvo entre sus brazos con cariño. Alyn era una de las personas más importantes de su vida, ella estaba en todos los momentos necesarios—. Te quiero mucho y quiero que sepas que estaré a tu lado por muchas canas y arrugas que tengas —susurró al oído de su amiga. Esta se echó a reír con algo de emoción en los ojos. Ambos sabían que no serían nada el uno sin el otro.

Después de ese pequeño encuentro, Steve volvió a tirar de Kai para llegar finalmente al coche.

De camino no pudieron evitar las ganas de volver a besarse continuadamente y una vez estuvieron apoyados en este, entraron en la parte trasera para dejarse llevar como hacía mucho tiempo que deseaban hacer, olvidando todo lo ocurrido durante el último mes. Como dos desconocidos que se conocían demasiado bien.

Kai se despertó envuelta en unas sábanas que ya había visto antes, perfumada por un aroma que llevaba tiempo añorando y con un increíble dolor de cabeza. Pero sola.

Era la habitación de Steve, pero sin Steve. Recordó entonces lo ocurrido durante la noche, fue cuando empezó a sentir una mezcla entre vergüenza y alegría. Salió de la habitación al percatarse de que las teclas del piano estaban sonando, quería decir que él estaba allí, aunque no solía ser bueno que Steve tocara el piano. Ese instrumento era señal de evasión.

Lo vio solo con los pantalones puestos, ella llevaba una de sus camisetas de fútbol. Se quedó de pie disfrutando de la lenta melodía que creaban sus dedos y lentamente fue acercándose a él hasta llegar a abrazarle por la espalda. Y para su sorpresa, él se apartó molesto.

—¿Por qué? —preguntó, confusa.

—No tendría que haber pasado.

—Pero pasó. Los dos quisimos. —Notó como los ojos empezaban a escocerle.

—Ya, pero no puede ser —declaró dándole la espalda.

Ella lo siguió hasta la cocina decidida a no dejar pasar la oportunidad. No, iba a negarse rotundamente a que aquel encuentro quedara como un simple pasatiempo de una noche. De ningún modo iba a permitirse ser eso para nadie.

—¿Y ya está? —Él no dijo nada—. Entonces, eso es lo que soy para ti, una más. —Steve seguía de espaldas pero atento—. ¡¿Soy solo una de tus otros rollos de soltero?! Pues permíteme que te diga que si es así eres un cerdo y para nada te mereces lo que ha pasado esta noche. Hay cientos de chicos que podrían tratarme mil veces

mejor y valorarme más de lo que tú estás haciendo. Cualquiera lucharía por mí más de lo que tú haces.

—¡¿Entonces por qué no te vas con ellos?! —exclamó alterado, aun sabiendo que ella estaba en lo cierto.

—Porque ninguno me hará ni la mitad de feliz que tú. Pero da igual.

Ahora fue él quien la siguió hasta la habitación, donde se encontraba su ropa.

—No, no da igual —dijo agarrándola por el abrazo para pararla. Ella le dedicó una mirada llena de frialdad, un punto al que él no quería llegar.

—Sí, porque me marcho a Hawaii.

Esa fue su respuesta, la que le salió de dentro y con la que supo que su decisión ya no daría un paso atrás.

CAPÍTULO 53

Dentro de un abrazo puedes hacer de todo:
sonreír y llorar, renacer y morir.
O quedarte quieto y temblar adentro,
como si fuera el último.
Charles Bukowski

Caminaba inseguro, intentando infundirse ánimos, aquellos que lo habían impulsado a salir de casa y coger el coche para conducir hasta esa zona que había conocido un par de días atrás, cuando acompañó a cierta chica hasta su alojamiento temporal. Su mano se escondía en el fondo del bolsillo de su abrigo, mientras que la otra colocaba con más firmeza la bufanda en su cuello. El aire que se había levantado en Nueva York causaba que el frío fuera más duro.

Una vez delante de aquel edificio de ladrillos rojos, aprovechó que un vecino, que debía tener unos quince años e iba tan ensimismado con su balón de baloncesto, salía para colarse en el portal. Soltó un suspiro, agradeciendo el leve cambio de temperatura. Al menos no había viento que empeorara la situación allí dentro.

Ante la falta de información sobre el piso correspondiente, tuvo que tirar de los buzones para encontrar aquel que indicara los dos nombres con mismo apellido. Una vez localizado solo tuvo que subir hasta este. Su mano, aún escondida, empezó a jugar nerviosamente, mientras la otra sudaba levemente. No sabía si lo que iba a hacer era una locura o un simple gesto, un tanto cursi para su gusto, pero correcto.

Respiró hondo antes de tocar el timbre. Supuso, y deseó, que aquellos dos, ahora peliazules, no estuvieran en casa, o al menos que no fueran ellos quiénes le abrieran. Y el destino estuvo de su parte cuando una chica que secaba su pelo con una toalla lo recibió. Esta se quedó paralizada y él sonrió.

"Es preciosa hasta con el pelo enredado", pensó inevitablemente.

—Ethan —lo nombró.

—Hola —susurró, un poco nervioso.

—¿Qué haces aquí? —cuestionó, volviendo a la tarea de hacer que su pelo dejara de gotear. Se había dado un baño aprovechando que los mellizos se encontraban en clase—. ¿No deberías estar en clase?

—Digamos que me he tomado el día libre.

—O sea que has hecho campana.

—Tecnicismos —le restó importancia con gracia, pero Alyn lo miró serio—. No te preocupes, las asignaturas de hoy no son importantes. Quería verte e… invitarte a tomar unas cervezas.

La chica había tenido una sensación rara desde aquella noche de su cumpleaños; más allá de sentir que los veinte no le gustaban y no llevaba ni una semana con ellos. Creyó que esa velada iba a ser la última vez que vería a Ethan hasta dentro de mucho. O hasta siempre. Vale que iba a estudiar en el mismo lugar, pero para cuando ella entrara, él ya se habría graduado. Sin embargo, ahora lo tenía delante invitándola a unas cervezas y no sabía si sería buena idea aceptar.

"*Por un instante piensa solo en lo que a ti te apetece. ¿Quieres ir a tomar esas cervecitas con tu amigo?",* la voz de su abuela resonó en su cabeza. Un pinchazo de dolor la atravesó, pero reprimió el suspiro para pararse a analizar sus palabras, aquellas que le había dicho cuando, meses atrás, Ethan le hizo la misma propuesta. "¿Me apetece? Solo eso importa", pensó.

—Deja que me peine y nos vamos —respondió antes de darse media vuelta sin dejarle añadir nada más.

A ver qué le deparaba aquella salida.

Quince minutos después se encontraban en el bar más cercano a la residencia de los mellizos, sentados en la barra sobre unos taburetes altos. Dos cervezas descansaban delante de ellos. Ambos le dieron un primer trago largo y la dejaron sobre los posavasos que les pusieron.

—¿Qué tal la reunión con la dirección de la Escuela de Artes? —le preguntó, Ethan, con naturalidad. Aquel era el objetivo de haber ido a buscarla, entre otros; que pudieran tener una relación cordial y de amigos sin que fuera incómodo.

—Bastante bien —respondió tras respirar hondo y proponerse el mismo objetivo—. Al principio me dio miedo, no te lo voy a negar. —Empezó a jugar con la etiqueta de la botella—. El señor Smith tiene cara de pocos amigos. —Ethan rio, pero le dio la razón—. Pero después de intercambiar un par de frases se mostró muy simpático y amable. Me dejó preguntarle todas mis dudas…

—Que supongo que eran muchas teniendo en cuenta tu afán por tenerlo todo controlado —bromeó, interrumpiendo y consiguiendo una mirada entrecerrada y gruñido de su parte. Aquello solo causó que este soltara otra carcajada—. Vale, no he dicho nada. Continúa.

—La cuestión es que tras hablar un poco, responder preguntas (tanto él como yo), me autorizaron el ingreso para el siguiente año. Solo tendré que venir a finales de este curso para rellenar y entregar la matrícula.

—Así que sí que vas a estudiar en mismo lugar que yo.

—Ahá, te lo voy a robar —bromeó, mirándolo con una sonrisa divertida. Ethan sonrió de vuelta.

—No puedo dejarlo en mejores manos —admitió, causando que Alyn se enterneciera.

—¿Y tú? —le cuestionó, viendo como este la miraba de reojo mientras bebía de su botella.

—¿Yo qué? —preguntó tras tragar.

—Te gradúas este año. ¿Qué tienes pensado?

—La verdad, no lo tengo muy claro —contestó al tiempo que se encogía de hombros. Alyn se asombró al ver lo poco que le importaba no saber qué sería de su futuro—. De momento voy a seguir de guía en el museo, puede que incluso me aumenten las

horas. —Dio otro trago antes de acordarse de añadir—: Oh, y tal vez expongan una de mis obras —soltó sin más.

—¡¿Qué?! —gritó, sorprendida, logrando que el ojiverde frunciera el ceño. Además de captar la atención de alguno de los presentes en el bar—. ¿Van a colgar uno de tus cuadros? —preguntó, emocionada. Aquello desconcertó al castaño, quien pensó que no era para tanto, pero al ver la reacción de la chica se lo replanteó.

—Todavía no es seguro —quiso aclarar—. Ni siquiera me han asegurado que fueran a mirar mis trabajos, solo que ya lo hablaríamos. Aunque Sarah, la secretaria del director, me ha confesado que tiene apuntado en su agenda comprar dos entradas para la exposición final de mi carrera en cuanto estas estén disponibles.

—Eso es que le interesas —aseguró con una amplía sonrisa.

—Hay muchos más alumnos ahí. Puede que esté buscando a alguien, pero no tengo por que ser yo.

—Yo lo sé, sé que serás tú, Ethan —afirmó con tanta seguridad que estremeció al chico. Su mirada al pronunciar esas palabras estaba intensamente clavada en sus ojos verdes—. Estoy muy orgullosa de ti.

—Gracias, Alyn —se sinceró—. Créeme que significa mucho para mí.

Los ojos de ambos no se apartaron del otro hasta que el camarero los interrumpió para ofrecerles otra ronda que ellos aceptaron sin dudar, ya que sus cervezas estaban a punto de terminarse. No volvieron a hablar hasta que tuvieron las nuevas botellas delante.

—¿Qué tal tus navidades? —preguntó el chico.

—Bien, la verdad —respondió—. Las pasé con mi hermana, Steve, los mellizos y…

—Peter —completó al verla insegura. Hizo una mueca—. Siento lo del otro día, por cierto. Hablé más tarde con él y me explicó todo, desde que coincidisteis en el metro aquel día —tragó con dificultad al recordar Acción de Gracias— hasta lo de año nuevo.

—Disculpas aceptadas. —Sonrió.

—Necesitabas a alguien que te apoyara y lo encontraste —continuó —. Me alegro de que fuera Peter.

—Es una gran persona. —Ethan asintió de acuerdo. Ante el silencio que estaba a punto de envolverlos añadió—: Al menos me libré de tener que soportar a mis primos pequeños.

—No sabía que tenías primos pequeños.

—Son por parte de madre —aclaró antes de beber un trago largo —. Y no los soporto, en serio.

—¿No te gustan los niños? —preguntó interesado—. Ahora que lo pienso, nunca llegamos a hablar de ello. —Aquella confesión logró que Alyn lo mirara y ambos sintieran algo de nostalgia al recordar aquellos tiempos en los que se pasaban horas hablando en la cama, en el sofá o pintando. La chica hizo una mueca antes de contestar.

—No, no es eso —respondió, ignorando aquella última frase, por el bien de los dos y de la conversación tan amena que habían conseguido crear—. Sí que me gustan los niños, es más, los adoro. Pero no cuando son unos malcriados y esnobs, que es como son mis primos. Sé que si algún día tengo hijos los adoraré —Ethan se la imaginó y aunque le encantó la imagen, le dolió no verse a él a su lado—, pero porque no serán como ellos. ¿Y a ti? —preguntó de vuelta, sacando al ojiverde de su imaginación. Carraspeó.

—Sí, me gustan los niños y espero tener algún hijo en un futuro. —Alyn visualizó lo mismo que él unos segundos atrás y la misma tristeza de no ser su compañera en aquella futura aventura le dolió. Pero se repitió que era lo correcto, que se habían hecho mucho daño como para volver juntos.

—Serás un buen padre —confesó con una sonrisa en la que se veía un rastro apenado.

—Y tú una excelente madre.

Tras una hora más de conversación, ambos volvieron a poner rumbo hacia el edificio donde se estaba quedando Alyn durante la semana, aquella última antes de volver a Nueva Jersey hasta verano. El silencio los envolvió, pero era uno cómodo en el que los dos absorbieron las buenas sensaciones y emociones que habían notado durante aquella pequeña quedada. Hacía mucho que no se sentían

así de a gusto junto al otro y por primera vez se vieron capaces de mantener aquella amistad que los había unido cuatro meses atrás.

O al menos así pareció hasta que llegaron a la puerta.

—Gracias por esta charla —agradeció la chica mientras sacaba las llaves que Hayden le había prestado por si quería salir mientras ninguno de ellos dos estuviera en casa.

—Espera —la frenó.

"Es ahora o nunca", se dijo a sí mismo, mentalmente. Entonces respiró hondo y volvió a esconder la mano al fondo de aquel bolsillo. De este sacó aquello con lo que llevaba jugando durante todo el camino de ida y que lo había impulsado a ir a buscarla.

—Quiero darte algo —confesó mientras sacaba una cajita cuadrada —. Iba a ser un regalo de navidad, que ya había encargado poco antes de Acción de Gracias, pero… —suspiró pesadamente mientras Alyn lo observaba con atención y confusión— pero ocurrió lo que ocurrió y… bueno, nunca llegué a poder dártelo. —Se lo extendió y ella, insegura y desconcertada, lo tomó—. Creo que puede ser un regalo de cumpleaños, aunque llegue un par de días tarde.

—Ethan…

—Ábrelo —le pidió.

Esta lo miró una última vez antes de bajar de nuevo la vista a aquella caja negra aterciopelada. Respiró hondo y con cuidado la abrió. Sus ojos se abrieron, atónita, y su respiración se cortó de golpe. Sin poder evitarlo, los ojos se le aguaron al ver aquella preciosidad.

—Feliz cumpleaños, Alyn.

Ante ella, un fino colgante donde colgaba una pequeña pieza en forma de paleta con sus respectivas manchas de pintura y dos pinceles descansando encima, todo de plata brillante. Lo acarició con dedos temblorosos, sin poder creerse que aquel chico le estuviera dando algo tan hermoso y significativo.

—¿Te gusta? —preguntó, nervioso—. Si no es así puedo ir a cambiarlo o puedo comprarte otra cosa y…

—No, no —negó apresuradamente mientras alzaba los ojos, inundados en lágrimas retenidas, hacia él—. Me encanta, es precioso. —Ethan suspiró aliviado—. No tenías por que…

—Quería hacerlo.

—Gracias, de verdad que me encanta —afirmó mientras asentía con la cabeza, con efusividad. Aquello le arrancó una sonrisa al chico —. ¿Me lo puedes poner? —le pidió y él no dudó en asentir.

Con cautela, Ethan sacó el colgante de su estuche y Alyn se giró mientras apartaba el pelo hacia uno de los lados. Cuando el castaño se acercó y sus cuerpos se rozaron, ambos contuvieron el aliento. La chica juró que su corazón se había saltado un latido cuando pasó el colgante por su cuello y sus dedos le rozaron la nuca al abrocharlo.

La castaña se dio la vuelta quedando completamente pegada al cuerpo del ojiverde. Alzó el rostro al tiempo que Ethan bajaba el suyo para observarla, quedando a escasos centímetros. Sus labios, de los cuales salía humillo blanco por el frío que se entremezclaban, estaban a un par de segundos de tocarse. Los orbes azulados de Alyn recorrieron el rostro del chico, deteniéndose más tiempo en su mirada y, sobre todo, en sus labios. Ethan imitó su acción, pero terminó mordiéndose el labio inferior al ver como ella se relamía los suyos.

Sus respiraciones se habían agitado y sus corazones acompasados. La chica apoyó una mano en su pecho, al tiempo que el chico le rodeaba la cintura con un brazo. Inconscientemente, o demasiado consciente, Alyn se puso de puntillas mientras Ethan bajaba levemente la cabeza. Sus labios sintieron un escaso roce, que les provocó que una corriente eléctrica les recorriera todo el cuerpo.

Sin embargo…

—No podemos —susurró la chica, cerrando sus ojos.

—Lo sé —murmuró de vuelta.

Con toda la fuerza posible, ya que era demasiado difícil, se separaron hasta quedar lo suficientemente lejos como para no caer de nuevo en la tentación. Se miraron con mil emociones mezcladas. Con ganas, pero con un deber que les impedía seguir.

—Lo superaremos —aseguró, Alyn, intentando no llorar—. Seguiremos adelante.

—Aunque no sea juntos —sentenció, Ethan, rompiendo un poco el corazón de ambos.

—Aunque no sea juntos —repitió. Respiró hondo—. Buenas noches.

—Buenas noches.

Los dos asintieron con un leve movimiento de cabeza antes de que la chica se diera la vuelta y abriera la puerta del portal. Entró y, antes de cerrar la puerta para él, se giró a verlo. Seguía con la mandíbula apretada, conteniéndose.

—Adiós, Alyn —se despidió.

—Adiós —sintió aquella palabra en la punta de la lengua y no pudo evitar decirla en aquellos momentos, cuando todo parecía que llegaba a su fin—, Newen.

CAPÍTULO 54

Y de pronto llegará alguien que baile contigo
aunque no le guste bailar y lo haga
porque es contigo y nada más.
J.Luis Borges

—El vuelo sale al mediodía, estaría bien que estuvieras allí dos horas antes. Puedes pedirle a alguien que te lleve al aeropuerto o venir tú misma. Será solo una semana, hay una casa que quieren enseñarnos, tenemos claro que no nos marcharemos definitivamente hasta junio, pero tu padre y yo queremos empezar a preparar algunas cosas y papeles. Podrás terminar el curso aquí, tranquila —dijo Lia al otro lado del teléfono.

—Está bien. Os lo agradezco —respondió, Kai, sin mucho brío.

—¿Estás segura de esto?

—Claro.

—Sabes que podrás traer a Ethan y a tus otros amigos cuando quieras —puntualizó la mujer.

—Lo sé, por eso no me preocupo.

—¿Y entonces? ¿Por qué te preocupas?

Inspiró hondo dudando en si ser sincera con su madre sobre su situación con Steve. Quizás hablarlo con ella le iría bien, ver un punto de vista más adulto, pero tampoco iba a preocuparla con eso. Daba igual, el chico iba a ser una página pasada una vez estuviera allí.

—Por nada. Solo que voy a echar de menos todo esto. Nada más. Nostalgia.

Lia se dio por satisfecha con la respuesta, aun sabiendo que no era cierta. Tampoco quería presionarla.

—Cariño, sé que estos años han sido algo duros para todos, especialmente para ti. En parte, a mí también me duele pensar que dejo aquí a la que siempre será mi hija, pero debemos avanzar. —Se produjo un silencio entre las dos. Las lágrimas cayeron por las mejillas de la joven de forma silenciosa—. Y tú debes hacer tu vida. —Nunca antes había expresado en alto lo que más anhelaba para su hija y dicho aquello sintió como si un peso cayera de sus hombros. Richard y ella habían hablado sobre su relación con Kai, estando de acuerdo en intentar recompensar la falta de atenciones hacia ella—. Tu padre y yo te queremos mucho, más de lo que crees. Estamos muy orgullosos de ti.

—Mamá…

—Sabemos que quizás te hemos fallado en algún momento, también asumimos las consecuencias de ello, pero queremos que sepas lo mucho que vales y lo último que queremos es que te compares con tu hermana. Porque no tenéis nada que ver.

A Kai se le heló el corazón, siempre se había comparado con Alana, quería ser como su hermana porque de ese modo creía que todos la querrían igual, así fue como poco a poco fue olvidando como era ella de verdad, terminando por ser una copia de esta, como bien le habían dicho Derek y Steve en su momento.

—Yo también os quiero y no hace falta que os disculpéis. No fue culpa vuestra. —Les había culpado secretamente durante mucho tiempo, pero ahora ya no era necesario seguir haciéndolo. Aquella fase de su vida estaba pasando al fin.

—¿Nos vemos mañana entonces?

—Sí, allí estaré.

Así finalizó aquella llamada que acababa de determinar el futuro próximo de la joven, igual que lo había hecho esa misma tarde cuando fue a hablar con su encargado para comentarle que iba a dejar el trabajo. Le había dado muchísima pena, después de un año iba a marcharse de aquel local que tanta vida le daba y que tantos recuerdos le traía.

Se dejó caer en el suelo lentamente cuando colgó el teléfono y, en medio de la luz tenue del pasillo, volvió a recordar aquel primer momento, aquel primer encuentro en el que vio a un chico rubio y serio sentado en la cama de la otra habitación, fue seguido de una breve discusión en la cocina, de un *grafitti* improvisado, de un batido de menta que quería decir más que eso, de un beso olvidado, de una breve pelea entre dos chicos, de un regalo al País del Nunca Jamás, una primera vez con ABBA de fondo… Fueron cientos de momentos que empezaron a revivirse en su mente de forma nítida y que dolían como si se trataran de una puñalada por cada uno. Con la mano derecha sacó del interior de la camiseta el colgante que siempre llevaba encima. Aun con todo lo ocurrido, seguía en su cuello la cuerda que sujetaba el botón que Steve le había dado como "Beso". Tenía muy claro que no iba a quitárselo, aquel había sido su primer beso de verdad y siempre lo recordaría con cariño. Lo pegó a sus labios y lo mantuvo allí un largo rato, hasta que las lágrimas empezaron a cesar. Y decidió que lo mejor era irse a casa.

Steve llevaba dos días pensando en la confesión de Kai. Iba a marcharse a Hawaii a vivir como si nada, sin previo aviso, porque al parecer nadie más lo sabía, según le había confesado Lorie. No dejaba de preguntarse si eso había sido por su culpa, opción que no descartaba.

Le causaba mucho agobio, ya no solo lo de la chica, también su situación con la NFL. Durante la reunión en Maryland le aseguraron una plaza para la siguiente temporada. Era una de las mejores oportunidades que podían ofrecerle y rechazarla era de idiota, pero quizás él lo era porque no quería esa plaza en absoluto y aun así seguía dudándolo, debiendo tener una respuesta para la tarde siguiente. En menos de veinticuatro horas iba a definirse su futuro, pero ¿tan difícil era entender que quería dedicar su vida a la ciencia? No estaba sacándose una carrera para nada, al contrario, era lo que le llenaba. Eso, la música, Alyn, Lorie y Kai. Porque sí, por mucho que quisiera convencerse de lo contrarío, ella le llenaba mucho más que otras cosas. Nadie podría haber descrito lo feliz que se sintió

tres noches atrás en el cumpleaños de Alyn, cuando se marcharon sin importar nada. Pero ahora ya no se trataba de Alana, no se trataba de las mentiras, ni de abrirse o no, ahora lo que complicaba la solución era que ella iba a irse y podía ser demasiado tarde.

"Demasiado tarde…", pensó echándole un vistazo al reloj. Eran solo las diez, seguramente ella podría seguir despierta, siempre se acostaba tarde, algo que le provocó una risa tonta.

—¿A quién quieres engañar? Estás loco por ella —se dijo en voz alta.

No lo confesaba desde hacía tiempo y tan solo con aquellas palabras notó como empezaba a deshacerse aquel nudo, fue como sacarse un peso de encima. Sintió alivio de golpe.

—Joder —gruñó—. ¿De verdad era tan fácil? —Empezó a alegrarse. Cada vez la presión era menos recurrente y las ganas de gritar al mundo que la quería iban aumentando—. Te quiero —murmuró frente al piano—. ¡Te quiero! —gritó entonces.

Estaba convencido de que debía parecer un loco, pero le daba igual si algún vecino le oía. Así empezó a tocar una melodía llena de altos y bajos, una que reflejaba bien la situación de euforia en la que se encontraba. Steve entendió que hay segundos que te cambian la vida por completo, pasas de sentirte completamente incomprendido a entenderlo todo. Así, como un chasquido. Y no, no hay explicación científica para ello.

Sin apenas pensarlo, cogió su teléfono y marcó el número de la habitación de ella. No lo cogió, insistió, pero o ella dormía o no había nadie. No cedió, no iba a hacerlo aquella vez.

Sacó su guía telefónica, para algo tenía una. Primero marcó el número de Cookie's, estos le aseguraron que Kai había dejado el trabajo aquella misma semana.

"¡Mierda!", exclamó. Eso quería decir que era cierto, se marchaba de verdad. Luego llamó a Lorie, era probable que él supiera dónde estaba, si no su próxima opción era Ethan o Harriet, aunque no le hicieron falta estos últimos.

—Ya era hora, tío. Kai está en casa, en Brooklyn.

Fue la respuesta de su amigo. Ni siquiera se dignó a despedirse después de darle las gracias. Rápidamente, marcó el número de

Brooklyn decidido a insistir hasta que alguien contestara.

Eso no fue hasta el tercer toque.

—¿Kai? —preguntó, aún en éxtasis.

—¿Steve? —preguntó, sin saber muy bien por qué le llamaba.

—Te quiero —dijo sin pensar.

—¿Perdón?

—Que te quiero, ardillita. Y necesitaba decírtelo, porque mereces que te lo digan.

No oyó respuesta por su parte, ya que ella se había inundado en lágrimas de nuevo.

—Wendy, no llores… —sospechó.

—Cállate —musitó. No iba a permitir que la consolara usando su libro favorito—. ¿Qué quieres?

—Arreglarlo.

—¿Ahora? Ya es tarde, Steve, no conseguirás nada llamando de la nada. Podrías haberlo pensado antes de echarme de tu vida.

—Kai, yo no te eché de mi vida.

—No, tienes razón. Solo huiste.

—Porque no sabía qué sentía. Fui muy capullo, lo sé. De hecho, lo he sido hasta ahora, pero acabo de cambiar. —Ella se rio con ironía —. Te lo juro. Ha sido un segundo y de repente…

—Demuéstramelo —interrumpió.

—¿Cómo?

—No lo sé. Eso debes saberlo tú. Yo ya estoy cansada de esperar. Además, me marcho mañana.

—¿Mañana?

—Hay vuelos que no esperan, Steve.

Ella colgó al instante dejando al rubio con la palabra en la boca y con un claro pensamiento. Tenía claro que iba a cometer una locura. Más bien dicho, dos. Y necesitaba a su mejor amigo para ambas.

"Hay vuelos que no esperan", se repitió él en su mente.

CAPÍTULO 55

Negarse al amor por miedo a sufrir, es como negarse a vivir por miedo a morir.
Jim Morrison

Ethan se encontraba en el suelo de su estudio. Estaba completamente manchado de pintura tras un par de días, con sus respectivas noches, sin hacer nada más que pintar y pintar, y seguir pintando. Tenía demasiadas emociones mezcladas en la cabeza que necesitaba sacar y su única vía fue hacerlo a través de la pintura. Los cuadros iban pasando por el caballete sin descanso y en ellos se desahogaba.

Ira, tristeza, alegría, impotencia, nostalgia… esas y más fueron las emociones que quedaron plasmadas en una gran serie de cuadros a los que bautizó con una simple vocal.

A

En aquellos momentos, tumbado sobre las tablas de madera, agotado, sintió que sus ojos, hinchados de tantas horas sin lograr conciliar el sueño, cedieron hasta cerrarse. Aunque no se durmió, sino que los engranajes de su mente volvieron a activarse sin poder controlarlos. Y pensó, o mejor dicho sobrepensó, de nuevo.

Pensó en ella, en la primera vez que la vio. Tan preciosa, tan alocada y atrevida, tan borracha. Tan única. Recordó también los días posteriores, sus negativas a que él se acercara y a dejarlo formar parte de su vida. Incluso sabía el momento exacto en el que supo que no había marcha atrás, que ella había logrado colarse en su cabeza y por las rendijas hasta su corazón. Fue aquel día, cuando

se disculpó con el dibujo. Ese cuadro que aún ocupaba su lugar de honor en la pared sobre su cama.

Fueron tantos instantes compartidos que no volverían a repetirse con alguien más, ni tampoco con ella. Puede que no desapareciera de su vida, pero no estaría en ella como él realmente deseaba. Sin embargo, su viaje no solo fue por los momentos bueno, también revivió los errores, el que ella hizo y ese que él mismo provocó y que sentenció el final de todo. De ellos.

Entonces, sin preverlo, en sus retinas se proyectó aquel casi beso.

—Ella tenía razón —susurró, derrotado—. No era lo correcto.

El dolor ante aquellas palabras le recorrió todo el cuerpo y tuvo que apretar los ojos para no llorar. Nunca había sido alguien con tendencia a llorar y no por la excusa, que él creía absurda, de ser hombre; sino que simplemente no era de hacerlo. Mucho menos llegó a pensar que algún día lo haría por amor, no al menos por uno romántico. Pero ahí se encontraba él, sintiendo que perder a Alyn haría caer todas sus barreras, se derrumbaría.

No obstante, un fugaz recuerdo le devolvió la cordura. Un te amo dicho semanas atrás. Sus ojos se abrieron de golpe y su cuerpo se enderezó un segundo después. Ante él se encontraba el último cuadro que había pintado. Lo observó con atención. Dos figuras difuminadas, pero que se dejaba ver claramente que se trataban de dos cuerpos, demasiado cerca, pero atados por cadenas que les impedían llegar a tocarse. El significado de aquellas cadenas le hicieron reaccionar.

"Espera...", se habló a sí mismo sin dejar de mirar su propia obra; "¿De verdad tiene razón? ¿De verdad no podemos tener lo que ambos anhelamos solo por dos errores de los cuales nos arrepentimos, por los que ya hemos pagado y por los que ya nos hemos perdonado?"

Y la respuesta se mostró clara ante Ethan.

No dejaba de pensar en él, en aquella noche que revivieron, en aquel colgante que no se había quitado en ningún momento y…, sobre todo, en aquel roce de labios que tanto deseó y seguía

deseando que se hubiera convertido en un beso. En uno de aquellos besos que tanto amaba y que eran capaces de quitarle el sentido. Se llevó dos dedos a sus labios mientras, con los ojos cerrados, intentaba rememorar las sensaciones de los labios del chico que un día fue suyo. Pero el recuerdo casi se había esfumado y solo se acordaba de que eran cálidos y firmes.

Suspiró con tristeza un segundo antes de reprenderse y obligarse a dejar de pensar en esas bobadas. Había tomado la decisión correcta, o eso se repetía tres o cuatro veces al día delante del espejo. Se habían mentido varias veces, no fueron sinceros el uno con el otro y por ello aparecieron una serie de problemas que acabaron hiriendo a ambos. Si volvían a juntarse solo conseguirían que siguiera sucediendo y era lo que menos quería. Prefería resignarse y guardarse para ella misma el amor que tenía por Ethan, mientras eso significara evitar el dolor a los dos.

—El amor no siempre lo puede todo —se murmuró a sí misma delante del espejo de su habitación mientras se quitaba una lágrima traicionera de la mejilla. Era consciente de que le costaría dejar de sentir aquel vacío, pero lo lograría—. Eres fuerte, Alyn.

Cuadró sus hombros, irguiéndose en su totalidad, y desechó cualquier sentimiento negativo, que sabía que volvería por la noche, para afrontar aquella tarde de martes. Tenía una rutina relajada, pero que debía cumplir. Hoy le tocaba ir a comprar fruta, además de un libro nuevo con el que entretenerse en sus noches de insomnio. Se recordó llamar a Steve y a Lena, quien desde navidad había vuelto a meterse en problemas (cada vez con más frecuencia), mientras bajaba las escaleras.

Dirigió la mirada hacia el cielo nublado mientras salía por la puerta principal, antes de darse la vuelta y cerrar con llave. Por suerte, no estaba en un mal barrio, pero aun así la precaución era la precaución. Volvió a girarse lista para emprender el camino hacia la frutería, pero solo logró dar un paso, dejando atrás el felpudo. Entonces se detuvo y la causa se encontraba al inicio del camino de la entrada.

Un chico castaño con una mirada verde intensa.

Ethan.

—No tenías razón —se adelantó a hablar, aún desde la distancia, cuando vio que la chica estaba abriendo los labios. Su cuerpo estaba completamente clavado en el suelo y su expresión era decidida.

—¿Qué? —preguntó, Alyn, sin comprender. No entendía qué hacía ahí, mucho menos lo que decía.

—Sí era correcto.

—¿De qué estás hablando?

—Ese beso era lo correcto, tenía que haber pasado —admitió, tomando a la chica por sorpresa. Sin embargo, no se dejó vencer y se recordó el mantra que se repetía ante su reflejo.

—No —negó con firmeza.

—Sí —rebatió con más fuerza—. Porque tú y yo nos teníamos que haber besado aquel día y mucho antes. —Las palabras de Ethan empezaron a clavarse como finas agujas en el pecho de Alyn—. Teníamos que haberlo hecho en la fiesta y en Alaska —continuaba, manteniendo la distancia de metros entre ambos—. No tendríamos que haberlo dejado de hacer desde un principio.

—No me hagas esto, Ethan —pidió en un hilo de voz. Tenía un nudo en la garganta y ganas de llorar.

—¿Hacerte qué? ¿Decirte la verdad?

—Por favor…

—No me pidas que haga algo que ni tú misma quieres que haga.

—No podemos… —aseguró mientras sus manos se trasformaban en puños a ambos lados de su cuerpo—. ¡¿No lo entiendes?! ¡Ya no tiene nada que ver con lo que queremos, es que no debemos estar juntos!

—¿Por qué? ¿Qué es lo que lo impide? —preguntó, impotente.

—Nosotros —confesó en un murmullo.

—¿Nosotros?

—¡Sí, joder, nosotros! —Entonces el dolor se mezcló con el enfado dentro de Alyn—. Ethan, solo nos hemos hecho daño, a base de mentiras nos hemos herido.

—Eso no es verdad —negó con la cabeza.

—Ethan…

—No —repitió, autoritario, un segundo antes de caminar con rapidez, deshaciendo la distancia que los separaba y dejando solo

medio metro entre sus cuerpos. Clavó sus ojos en los orbes azulados de la chica, quien tuvo que alzar el rostro—. No solo nos hemos mentido, ni dañado, ni herido… ni los millones de sinónimos que quieras adjudicarle a nuestra historia. —Alyn no soportaba escuchar aquello—. Porque no solo somos eso. —Se tapó los oídos con sus manos y negó, pero seguía escuchándolo, ya que habló con más fuerza—. ¡Fuimos una noche de borrachera, un secuestro, unas cervezas, confidencias, cuadros, besos, sexo, espaldas pintadas, apoyo, colores…!

—¡Para! —le pidió—. Para, por favor… —había un rastro de súplica en su voz.

Ethan la miró apenado mientras ella evitaba mirarlo a los ojos. Entonces, respiró hondo y con delicadeza apartó sus manos de sus orejas. El tacto entre ambos era electrizante.

—No solo hemos sido mentiras, Alyn —volvió a insistir, esa vez con más delicadeza. La castaña retuvo las lágrimas mientras encontraba el valor de volver a fijar los ojos en él—. Hemos sido mucho más. Cosas bonitas y mágicas que deberían importar más que todo lo malo.

—Si volvemos vamos a repetir la historia.

—¿Cómo lo sabes? ¿Cómo estás tan segura?

—Porque solo con tenerte delante ya me duele —confesó. Aquello sorprendió al chico, además de causarle dolor, ya que lo que menos quería era que ella se sintiera de aquella forma solo con su presencia.

—Eso es porque te contienes a ti misma de lo que realmente deseas —comentó antes de tomar una de las muñecas de la chica y dejar suaves caricias mientras seguía hablando—. Somos humanos y fallamos, ya lo hemos hecho antes y lo seguiremos haciendo hasta el día que muramos. Pero podemos seguir adelante, Alyn. Juntos.

La chica se dejó llevar por aquellas palabras. Quería creerlas, quería que tuviera razón y lanzarse con él. Sin embargo, no pudo olvidar el dolor que había ensombrecido su relación. Y volvió a caer en la negación.

—No, no podemos —sentenció al mismo tiempo que se deshacía del agarre de Ethan y lo rodeaba para alejarse y huir de todo

aquello.

—Respóndeme una pegunta —le pidió desde la distancia, habiendo cambiado las posiciones—, solo una. Por favor —suplicó. Alyn, aún de espaldas, respiró hondo y se giró. Asintió—. ¿Tú me harías daño a propósito, querrías hacerlo de nuevo? —No se esperó aquello, pero la respuesta fue clara.

—No.

—Yo tampoco —aseguró caminando con lentitud hacia ella—. No pienso volver a mentirte, mucho menos a provocarte tanto dolor como lo he hecho. Porque verte sufrir me hace sufrir a mí —admitió mostrando debilidad en su voz.

—Pero eso no evita que te hiera inconscientemente, o tú a mí —argumentó cuando el chico se encontraba a menos de dos metros de distancia.

—Pues lo hablaremos —explicó, susurrándole con dulzura—, como se hace en cualquier relación, y aprenderemos de nuestros fallos y discusiones. —Dio otro paso hacia ella—. Porque eso sí es lo correcto, aprender de ello y no volver a repetirlo. Superarlo y avanzar. —Las lágrimas ya habían abandonado los ojos de Alyn cuando Ethan posó su frente sobre la de ella—. Alyn, no quiero que por culpa de una idiotez, la cual ya nos ha enseñado bastante a ambos, no pueda estar con la persona que amo —admitió, causando un sollozo en la chica. Respiró hondo y vio que era el momento de confesarle aquello que realmente sentía dentro de él—. Porque, pequeña loca, eres el amor de mi vida y no quiero perderte.

Todas las barreras, todos los argumentos, los y si, y todos los miedos que Alyn tenía en esos momentos se derrumbaron, fueron hechos pedazos por las palabras de Ethan. Lo quería. Lo amaba. No podía negárselo y ya no tenía fuerza para prohibírselo a sí misma.

—Tú también eres el amor de mi vida —confesó entre lágrimas—. Pero…

—Pero nada, joder —se quejó, frustrado.

—Ethan… —Separó sus frentes, aunque posó sus manos en el pecho del chico.

—Vale —asintió—, dime un solo motivo más por el que no podamos estar juntos.

—Yo vivo aquí ahora y tú… —empezó con la última pega.

—No me pongas esa excusa, Alyn —la cortó, frunciendo el ceño, indignado—. Vas a volver a Nueva York en septiembre y en el caso de que no hubiera sido así, créeme que no pensaba, ni pienso, dejar que unos kilómetros de mierda me separen de ti —prometió con seguridad. Sus manos apresaron la cintura de la chica y la acercaron a su cuerpo—. Ahora —susurró debido a la cercanía— respóndeme con total sinceridad. —La miró con intensidad, conectando sus ojos —. ¿Me amas lo suficiente como para dejar atrás todo lo que ha ocurrido y poder seguir adelante juntos? Porque te juro que yo te amo tanto que soy capaz de eso y más. —Suspiró—. Entonces, dime, ¿lo haces?

Alyn se detuvo a analizar aquella pregunta. No solo era decirle que lo amaba, cosa que ambos ya sabían que era cierto, sino que con su respuesta marcaba un antes y un después. La magnitud de aquella cuestión era amplía. Sin embargo, nunca tuvo tan clara una respuesta.

—Sí, te amo —admitió, decidida. Sonrió—. Te amo, Newen.

Aquel nombre, que solo había escuchado dos veces desde hacía meses, lo volvió completamente loco. Sin detenerse a pensárselo, bajó su rostro y atrapó los labios de la chica con los suyos. La besó con necesidad, con ansias. Ella correspondió encantada y anhelante. Había pasado tanto tiempo sin sentirlos y ahora los recuerdos se volvieron más nítidos. Cálidos, firmes, tiernos y posesivos. Así eran los labios de Newen.

—Joder, había extrañado tanto tus labios —murmuró, el chico, cuando se separaron en busca de aire.

—Y yo besarte —admitió, ella, antes de morder el labio inferior de su ahora novio.

Este gruñó en respuesta antes de volverla a besar. Sus bocas se abrieron y dejaron que sus lenguas se encontraran acariciándose con urgencia e intensidad. No querían despegar sus labios nunca más, o hasta que recuperaran el tiempo perdido. Eran adictos a sus besos.

—Funcionará, lo prometo. —Newen sonrió.

—Funcionará. —Y Alyn le correspondió.

Sus labios se buscaron de nuevo, pero aquella vez el beso se tornó más lento. Intentaron memorizar cada una de las sensaciones y cada uno de los roces, por más que de ahora en adelante tendrían tiempo para saborearse. Newen la atrajo todo lo posible hacia su cuerpo, envolviendo su cintura completamente con sus brazos. Alyn pasó los suyos por su cuello y enterró las manos en los mechones del castaño. Fue un beso tierno y dulce, una declaración de amor.

—Te amo mucho, Newen —pronunció sobre sus labios.

—Yo más, pequeña loca.

CAPÍTULO 56

Segunda estrella a la derecha
y todo recto hasta el amanecer.
Peter Pan

—Llegas tarde —riñó Steve.
—Tarde, pero guapo —contestó, Lorie, al volante.
El rubio subió rápidamente al coche de su amigo.
—Tenemos veinte minutos.
—Me sobran cinco —vaciló el conductor.
Acto seguido arrancó el coche a toda velocidad.

Kai no había creído necesario despedirse de nadie cara a cara, tan solo se marchaba una semana, aún era demasiado temprano para alarmar a sus amigos. De hecho, no se lo había comentado a nadie más que a Ethan, Lorie y a Steve. Fue con ese último con quien decidió que así sería.

No había podido dormir mucho después de la llamada inesperada de anoche. Así, de repente, se le declaraba como si nada. No es que le molestara, pero le dolía, le jodía que después de tanto silencio hablara de golpe. Ella había hecho las cosas mal. Había estado viviendo una vida que no era suya, se le había ido de las manos y le había mentido en casi todo. Era culpable, sin duda, pero Steve no había sido sensato del todo en muchas de sus decisiones y por mucho que, según él, se hubiera dado cuenta de sus sentimientos, no iba a facilitarle las cosas. Él no cedió aun cuando ella le suplicó que lo hiciera, ahora era ella quien quería poner las expectativas altas.

Eso tenía un problema. Y es que deseaba con todo su corazón que el rubio se presentara en aquel aeropuerto, pero sabía que no lo haría. La vida no era como las películas románticas que estaba acostumbrada a ver.

Pero echó solo un último vistazo antes de pasar la aduana. Lo suplicó en su interior, no dejó de rezar por aquel deseo durante un minuto entero. Y se desilusionó al chocar con la realidad. Steve no iba a aparecer.

—¿Esperas a alguien? —preguntó su padre. Ella negó con la cabeza antes de pasar por la compuerta que la llevaría directa al interior.

—¿Te sigue doliendo la oreja? —preguntó, el moreno, al volante.

—Un poco. Espero que no se me caiga por ello.

—No se te caerá por un simple agujero.

—Sigo pensando que deberíamos haber ido a algún local especializado.

—A las once de la noche no hay locales especializados, ni algo decente abierto. La próxima vez procura no tener la idea de hacerte un pendiente a última hora. Tienes suerte que no sienta aprensión por la sangre y que sepa hacer agujeros —murmuró esto último.

Justo cuando la llamada con Kai terminó, Steve tuvo dos ideas. La primera fue ir a por ella. La segunda fue usar el pendiente que ella le regaló como "Beso" cuando le perdonó por su mentira. Ahora llevaba puesta una pequeña bola blanca en la oreja izquierda y no se arrepentía para nada de ello.

—¡Maldición! ¡Hay tráfico! —exclamó Lorie dándole un fuerte golpe a la bocina del volante.

—¡Mierda! Pero si no quedan ni cinco minutos para llegar.

—Tío, yo no movilizo el tráfico. Eh, ¿qué haces? —preguntó al ver como el rubio se desabrochaba el cinturón y se preparaba para salir del vehículo.

—No voy a esperar por menos de cinco minutos.

—¿Y me dejas aquí para que me coma el tráfico solo?

—Volveré pronto —aseguró prácticamente fuera.

Lorie no iba a decir nada más, le sonrió dedicándole un gesto de despedida que Steve también imitó. El rubio empezó a correr, pero recordó algo que debía comentarle a su amigo antes de irse.

—Por cierto —dijo asomando la cabeza por la ventanilla del coche.

—Qué pesado, ¿aún sigues aquí? —bromeó escondiendo las lágrimas.

—¿Estás llorando?

—Sí, ¿vale? Ya no puede llorar uno tranquilo.

—En fin. Quería decirte que esta tarde debes ir a Maryland, tienes una entrevista con los Redskins.

—Espera, ¿qué?

—Lo que te digo. Yo no quiero la plaza, diles que vas de mi parte o que te llamas Steve y te has teñido el pelo. Yo qué sé.

Se quedó sin palabras. ¿Podía ser posible que tuviera el sueño de su vida tan cerca? ¿Tan fácil?

—Gracias —dijo—. Ahora pírate. Va —incitó para quitarle hierro al asunto.

Steve sonrió y volvió de nuevo a coger impulso para no perder la que iba a ser su oportunidad. Y allí, dentro de un coche, un chico que quería dedicarse al fútbol americano, supo que querría siempre a otro chico pese a todo. Pero su vida debía seguir y aún tenía demasiado que descubrir.

Asiento 14 A, ese era el que le había tocado, un poco lejos de los de sus padres, aunque era de esperar, ya que estos compraron su billete hacía pocos días, frente al reciente cambio de opinión de la chica.

Siempre había preferido la ventana, de algún modo podía distraerse cuando se cansara de leer o de repetir las canciones de su *Walkman*. Cuando se sentó le vino a la mente el vuelo que nueve años atrás le cambió la vida, cuando se subió con su hermana enferma a un avión que hacía el recorrido inverso. Habían pasado tantas cosas desde entonces. Marcharse de Nueva York no solo quería decir un cambio, también era sinónimo de dejar atrás a Alana y a todo lo que le provocara estar estancada en el pasado sin poder

avanzar, porque estaba completamente convencida de que a partir de aquel momento solo iba a dar pasos hacia adelante, que no existirían jamás los retrocesos.

El avión estaba a punto de cerrar sus compuertas de embarque. Ahora sí que era demasiado tarde para desear que Steve apareciera, como había deducido. No iba a cometer aquella locura por ella, no iba a…

—Joder, ¿sabes el tráfico qué había? Todo el mundo ha decidido viajar hoy al parecer.

—Steve…

Aquel chico rubio, alto, con el cabello revuelto y de ojos azules como el cielo estaba allí de pie, en medio del pasillo. El mismo que se sentó a su lado y se abrochó el cinturón.

—¿Pero qué haces tú aquí?

—Como dijiste, hay vuelos que no esperan. ¿Y sabes qué ha pasado? Que me he dado cuenta de muchas cosas en menos de diez horas. Como, por ejemplo, que el vuelo de mi vida iba a despegar sin mí y eso no podía permitirlo.

—¿Has comprado un vuelo a Hawaii?

—No, he decidido pasar mi vida contigo y dentro de ese plan entraba un vuelo a Hawaii.

Kai miró al frente sin poder creer lo que oía ni lo que veía. ¿Era cierto? Estaba allí, había cometido la mayor locura de su vida, probablemente. Al parecer desear algo tanto termina por atraerlo.

—Pero yo voy a quedarme allí, Steve. Bueno, no ahora. Pero en unos meses sí.

—Y yo también. No voy a dejarte marchar, Kai. Me niego. Te amo, te amo con locura y haría esta y mil más solo por oír salir de esos labios que me amas.

Ella se sonrojó, lo hizo por todo, por el momento, por el recuerdo de como noches atrás había usado la misma estrategia para conseguir que él confesara que la quería. Y entonces se puso a llorar.

—Pero, Steve… —sollozó.

Justo en aquel instante sonó la voz que provenía del megáfono. La dicha anunciaba que el avión empezaba a encarar pista.

—Vaya, parece que tendrás que aguantarme —declaró el rubio recostándose bien en el asiento.

Fijó de nuevo su atención en Kai, que aún lo miraba confusa.

—¿Te has hecho un pendiente?

—Quería llevar siempre encima un beso tuyo. Igual que tú llevas siempre el mío.

El chico no pudo evitar sonreír para después pasar su brazo derecho alrededor de ella, con aquel gesto la acercó ligeramente hacia a él hasta quedar frente a frente, con la mano que le quedaba libre le secó las lágrimas que corrían por su mejilla y apenas rozando sus labios repitió:

—Dime que me amas. Por favor.

—No puedo —confesó ella—. Lo que siento por ti no puede decirse solo con palabras.

—Joder… —gruñó él y, sin poder aguantar más, encontró de lleno los labios de ella jurándole, con ese mismo acto, que aquel era su beso de verdad.

No era el de Peter y Wendy, no eran dos objetos, no era de mentira. Era el beso de Steve y Kai. Solo eso.

EPÍLOGO

Cuatro años más tarde, 1999.

Hold me close and hold me fast.
The magic spell you cast.
This is la Vie en Rose…
Edith Piaf

La pareja detuvo el Land Rover frente a una gran puerta, cercana al centro de Manhattan, que insinuaba ser de un alto nivel adquisitivo. Steve, como piloto, sacó de nuevo su teléfono móvil para marcar el número de su amigo. Este contestó al último toque, prometiéndole que en menos de cinco minutos estaba allí. Cuando colgó echó la vista a su derecha. Vio a Kai tan sonriente como siempre. Igual que cuatro años atrás, cuando decidió dejarlo todo para marcharse con ella a Hawaii; tenía el pelo un poco más largo y el hecho de vivir en la costa le había dado un poco de color. Tuvo el deseo de inclinarse hacia ella para darle un fugaz beso.

—Si no fuera por ti, estaría de los nervios —aseguró el rubio.

—No pasa nada. Además, todavía faltan tres horas para que empiece la ceremonia.

Uno de los principales motivos por los que estaban en Nueva York y no en Hawaii. Su previsión era la de pasar dos semanas allí antes de marcharse de vacaciones, pero durante ese corto período de tiempo se les presentaron ciertos compromisos, como venía a ser visitas familiares por ambas partes, el cumpleaños de Lorie, la

reciente boda de Harriet y ahora la esperada graduación de Alyn. Aunque a esta no contaban en tener que asistir con acompañante.

En aquel momento una de las puertas traseras se abrió y por ella entró el mejor amigo de Steve, con una de las peores pintas que podía llevar. Tenía el cabello un poco más largo por la frente y algo despeinado, llevaba unas gafas de sol, que de habérselas quitado cualquiera pensaría que acababa de salir de la cárcel, además de vestir una camisa de topos morada desabrochada y unas bermudas verdes. Era obvio que venía de una fiesta.

—Buenos días, familia —saludó con una sonrisa y la voz ronca.

—Te veo bien —ironizó, Kai.

—Te he traído algo de ropa decente para la graduación, la tienes allí —comentó, Steve, con un gesto de cabeza mientras ponía en marcha el coche.

Su amigo seguía igual de desenfrenado que siempre, quizás un poco menos, pero tampoco era ningún milagro. Por suerte para él, su vida como jugador de fútbol parecía ir en auge y, que supiera, no consumía nada más que no fuera alcohol.

—Gracias por venir. No recuerdo dónde dejé el coche y ni siquiera sé qué cojones hago yo en Manhattan.

—Pues si tú no lo sabes imagínate nosotros —añadió el conductor con sarcasmo—. Deberías empezar a plantearte el rebajar el exceso de fiestas, amigo.

—Déjalo, es joven —intervino Kai al mismo tiempo que le entregaba al otro un envase de zumo para que no tuviera el estómago vacío—. Te llevaríamos a casa, pero debemos ir a la graduación de Alyn. ¿Seguro que no te importa venir? —El moreno negó con la cabeza. Le daba igual lo demás con tal de poder volver más tarde a casa.

Steve miró a su novia algo atónito. La quería muchísimo, pero le indignaba que tratara a Lorie con tantas libertades, aun recordando que con Ethan era igual.

—Lo tienes mimado —murmuró algo molesto.

—¿Estás celoso? —preguntó ella sabiendo cuanto le molestaba.

—No.

Lorie y Kai se miraron forjando una amplia sonrisa, con ello ambos supieron la intención.

El moreno se quitó la camisa de topos para ponerse una blanca que pertenecía a Steve. Kai le echó una mirada a propósito para actuar con picardía frente a su novio.

—Tienes mejor cuerpo. Mira, Steve, tiene más abdominales que tú.

El rubio chasqueó la lengua sabiendo que lo estaban haciendo a propósito, era típico de ellos molestarle y, en aquellos momentos, no sabía si sentirse orgulloso de que su novia y su mejor amigo fueran tan amigos, o si desear que no fuera así.

—No pienso mirar. Estoy conduciendo —gruñó.

—Tranquilo, cuando lleguemos te hago un VIP Tour —bromeó Lorie.

Kai se rio y volvió de nuevo a recostarse en su asiento. Miró a su novio y pudo notar como esbozaba una leve sonrisa. Ella puso su pequeña mano encima de su pierna.

—Sabes que solo me gustan tus abdominales —aclaró con sinceridad.

—Voy a vomitar las dos botellas de Bacardí —murmuró el de detrás que aún se cambiaba.

Lo que siguió de camino hasta la Escuela de Artes Visuales fue algo más tranquilo. Lorie habló sobre la gran fiesta a la que había asistido en honor a su cumpleaños, aunque ya hiciera casi una semana de la fecha.

—Había cada chico más guapo —puntualizó para su amiga—. Y chicas disfrazadas de animadoras. Me sentía como en el séptimo cielo.

Steve se alegró, en parte, no de que su amigo fuera un fiestero en potencia, sino de que con el tiempo hubiera ido aceptando mejor su sexualidad, entendiendo que no era nada malo ni atroz. Deseaba que Lorie amara de verdad a alguien, daba igual su sexo mientras él fuera feliz.

Luego, estuvieron comentando la boda de Harriet y Max. Había sido una noticia repentina, puesto que también lo había sido la proposición en aquel concierto de *Metallica*. En menos de un mes ya

habían pedido cita en el ayuntamiento para casarse y para sorpresa de Kai, Harriet le había pedido que acudiera como testigo.

—Ahora deben estar en su luna de miel, de camino a Japón.

—Qué pereza. Me parece muy bonito, pero yo no me veo ligado a nadie en por lo menos cinco años.

—Piensa que ellos llevan juntos casi seis años —defendió la azabache.

—Nunca digas nunca, amigo. Puede que un día cambies de opinión —aconsejó el rubio.

Pero él lo veía poco probable por el momento. Prefería centrarse en el fútbol y en él mismo.

En cambio, Kai y Steve no es que no lo hubieran pensado, pero todavía tenían en mente ciertos proyectos previos a una boda.

Una vez estuvieron dentro del recinto, fueron conducidos al jardín interno del edificio decorado con cientos de manualidades hechas a mano por los mismos graduados. A Kai le pareció precioso, no entraba allí desde la graduación de Ethan cuatro años atrás y de nuevo volvió a sentir aquella esencia que desprendía, muy distinta a una universidad normal y corriente. Todos aquellos dibujos en la pared le recordaron a un *grafitti* que, indirectamente, años atrás había unido a cuatro jóvenes. Todavía mantenía contacto con su profesora de entonces y esta le había asegurado que la pintada todavía seguía allí. Era algo que le reconfortaba.

Se puso de puntillas para detectar a su mejor amigo entre la multitud de invitados que ya estaban sentados en sus asientos. Según Ethan, les había reservado asientos justo a su lado. Técnicamente, eran tres, pero Lena no pudo asegurar su asistencia, así que la silla sobrante se la quedaría el acompañante que aún llevaba gafas de sol.

—¿Dónde está? —murmuró, Kai, de puntillas.

—Allí —dijo, Steve, poniéndose a su baja altura. Señaló a un conjunto de sillas que se encontraban en la parte izquierda del jardín.

La morena lo detectó enseguida, no esperó a sus dos acompañantes para ir corriendo hacia Ethan, al cual no había podido ver aún.

—¡Ethan!

El inuit reconoció la voz de golpe, levantándose rápidamente para alzar en brazos a la que venía corriendo hacia él.

—¡Pero bueno, ardillita! —exclamó girándola por los aires.

Tras ella iban Steve y Lorie. Ethan no saludó a Steve sin antes bajar a Kai y revolotearle el pelo como siempre.

—Cuanto tiempo.

—Lo mismo digo.

Fue entonces cuando vio a Lorie que le saludaba con una mano. No entendió qué hacía allí, pero prefirió no decir nada, no merecía la pena.

—Bien. Estos son vuestros asientos —indicó las cuatro sillas que había a su lado, incluyendo la suya.

Kai se sentó a su lado como era de esperar. Aún quedaban diez minutos para que empezara la ceremonia, tiempo suficiente para que esta le pusiera al día de las últimas dos semanas. Ethan hizo lo mismo, además de anunciar la gran noticia de que abriría una pequeña exposición en una galería de Chicago.

—¡¿Qué?! —exclamó, Kai—. ¡Eso es genial, Eth!

—Sí, lo sé. Será el mes que viene, tan solo durará un fin de semana, pero es suficiente. Además, aprovecharé para promocionar alguno de los cuadros de Alyn. Solo que ella aún no lo sabe. —Sonrió pícaro.

—Estoy convencida de que le hará mucha ilusión —confesó ella.

—Sí, pero primero le matara por hacerlo sin permiso —declaró Steve, intuyendo lo que iba a ocurrir. Poca gente en el mundo conocía a Alyn mejor que él.

—Debo correr el riesgo —suspiró Ethan.

Poco después empezó a sonar el himno de graduación. Los alumnos salieron del interior vestidos con togas y birretes negros. Alyn fue de las últimas en salir, ya que iban por orden de apellido. Estaba diferente, radiante. Ethan le rozó la mano justo cuando pasó por su lado, ella le devolvió una mirada con la que pudo ver como

los labios de él dibujaban un "Te quiero". Steve notó como en la cara de su amiga se reflejaba verdadero orgullo mezclado con emoción, dedujo que estaba a punto de llorar.

El acto duró cerca de una hora, en la que habló el director, algún tutor y para sorpresa de todos, Alyn, como representante de los alumnos.

Steve no hubiera dado un dólar porque su amiga se subiría a un escenario sin estar borracha a proclamar un discurso. De hecho, esta seguía sin estar convencida de poder hacerlo.

Si todavía se tratase de la Alyn Evolet Stewart que conoció a Ethan cuando todavía estudiaba arquitectura, hubiera pasado una semana escribiendo y retocando borradores hasta dar con el más aceptable. Pero ahora solo había dedicado la tarde del día anterior a anotar una serie de puntos clave que tratar.

Temblorosa, subió los escalones de la tarima en cuanto oyó su nombre completo por el altavoz. Todo el público la miraba y estaba segura de que Ethan se sentía el novio más orgulloso del mundo. La castaña se puso frente al micrófono, inspiró profundamente, desplegó el papel y se convenció de que iba a salir bien, porque todo lo que hacía terminaba por salirle bien, por mucho que le temblara la voz.

—Bienvenidos estudiantes, familias, amigos —hizo una pausa para analizar bien el patio—, perros —indicó dirigiéndose a un canino que había junto a una señora mayor. Oyó algunas risas que la ayudaron a relajarse—. Quiero empezar con una frase de Van Gogh que dice: "¿Qué sería la vida si no tuviéramos el valor de intentar cosas nuevas?" Veréis, hace cinco años empecé el segundo año de una carrera que no aportaba nada a mi vida, vivía el día a día como me habían dicho que debía vivirlo. Lo peor era que a mí me parecía bien, nunca sentía el impulso de querer más, de querer algo que estuviera fuera de mi zona de confort. Y entonces un día todo cambió. Conocí a alguien que me salvó de una caída, alguien que puso color a mis ojos, alguien que me enseñó a intentar cosas nuevas e hizo darme cuenta de que abandonar no es malo, es solo cerrar una etapa que no estamos preparados para vivir. Pero hay más, hay cientos de caminos y de oportunidades que sí están

hechos para nosotros, solo hay que intentarlo. Yo tuve la suerte de toparme con mi noche estrellada y, de hecho, creo que todos tenemos la nuestra, ya sea una persona, un objeto, un animal, un paisaje o una canción, sea lo que sea. Todos tenemos ese algo que aun sabiendo como de oscuro es el paisaje, no se rinde a iluminarlo con su luz. —Hizo una breve pausa para coger aire—. Por último, quiero dejar constancia de que nuestra vida es nuestra, sin importar lo qué quieran tus padres, las promesas que hayas hecho o el miedo a herir a un ser querido, porque si los que están a tu alrededor te quieren de verdad, sabrán que lo que elijas es lo correcto. Muchas gracias.

El silencio predominó el lugar. Poco a poco empezaron a oírse leves aplausos a lo lejos, en menos de dos segundos todo el mundo empezó a aplaudir con énfasis, ella notó entonces como le caían las lágrimas de los ojos, porque lo había conseguido. Había sido capaz de romper con todo, de decidir su propia vida sin importar lo que los demás quisieran o dijeran. Se había puesto a ella por delante siempre y ahora, encima de aquel escenario, frente a todas aquellas miradas y aplausos, se daba cuenta.

—¡Esa es mi novia! —oyó que gritaba Ethan levantado desde su asiento. Alyn no pudo evitar reír a la vez que lloraba y se sintió la persona más afortunada del mundo.

Una vez dio por terminado el acto, la castaña corrió hacia su novio que ya la esperaba con los brazos abiertos. Le dio un largo y profundo beso que la dejó sin habla, aunque tampoco quería que terminase.

—Eres increíble. Sin duda lo eres y no sabes lo orgulloso que me siento de ti. —Él sostenía la cara de ella entre sus manos, mientras que con los pulgares limpiaba las lágrimas que caían—. Quiero que sepas que después de aquí voy a…

—Ethan. —Le hizo callar con un beso, pues sabía que sus intenciones eran picantes.

Se fijó entonces en que su novio no andaba solo, a su lado seguían tres acompañantes más. Primero fue a por Steve, que también la

agarró con fuerza sin dejar de repetirle lo orgulloso que estaba de ella.

—Eres genial, cariño. De verdad que lo eres. —La achuchó con fuerza.

—¡No os esperaba! —exclamó entre lágrimas dirigiéndose a Kai.

—La gracia es que fuéramos una sorpresa —respondió esta, acogiéndola en sus brazos.

Luego fue hacia Lorie, al cual sí que no esperaba para nada, pero que agradeció que se hubiera tomado la molestia de venir.

—¿Habéis venido expresamente de Hawaii? —preguntó la graduada.

—En parte tu graduación era una de las excusas —dijo, Steve.

—También fuimos a la boda de Harriet y Max —confesó, Kai. Alyn se quedó boquiabierta y Ethan también.

—¿La invito a mis cumpleaños y ella no me invita a su boda? —ironizó Ethan.

—No se lo tengas en cuenta. Fue muy repentino, casi nadie lo sabe —aclaró la morena.

—En ese caso me alegro mucho por ellos —declaró la castaña.

Las dos parejas se echaron a reír a causa de la emoción que todavía contenían del discurso. Los cuatro habían sentido esas palabras clavarse en sus entrañas como si de una lección de vida se tratara. Aunque, realmente, fueron la clara inspiración de Alyn para escribirlo.

De repente, oyeron un grito que venía hacia ellos, seguido de una pequeña figura que corría hacia la castaña.

—¡Alyn! —exclamó, Lena, la hermana de esta.

—¡Lena! Has podido venir —respondió la graduada acogiendo a su hermana menor para darle un fuerte abrazo.

Ambas Stewart se estrecharon como si hiciera años desde la última vez que se vieron, aunque solo hubiera pasado una semana.

—No iba a perderme la graduación de mi hermana por nada del mundo.

—¿Nuestros padres saben que estás aquí? —preguntó la mayor con tono de advertencia y sabiendo que ellos no se presentarían en aquella graduación.

Lena ya era mayor de edad, pero todavía vivía con la costumbre de tratarla como si fuera una niña. De hecho, para Alyn siempre sería su hermana pequeña y eso no iba a cambiar.

—No. Pero no pasa nada, llevo castigada desde los dieciséis. No vendrá de esta.

—Qué temeraria —comentó, Lorie, que todavía seguía con las gafas de sol puestas y parecía estar ausente al mundo.

La pequeña dirigió una mirada hacia el moreno, una que le sirvió para analizarlo de arriba abajo. Nunca había coincidido con él, aunque sí que había oído hablar del amigo despreocupado de Steve. Y como solía hacer cada vez que conocía a alguien que le llamaba un mínimo la curiosidad, se presentó.

—Lena Harlow Stewart —dijo alargando la mano.

Lorie levantó la vista por encima de sus gafas, al mismo tiempo que Alyn lanzaba una mirada de alerta a Ethan. Aquella presentación le resultaba familiar.

—Lorie. —Le estrechó la mano. Alyn suspiró un poco aliviada, no quería ni suponer un futuro alternativo en el que su hermana acababa con un personaje semejante a Lorie, o con él mismo—. Llámame en cinco años —añadió con un guiño y una sonrisa pícara.

La mayor volvió de nuevo a mirar a Ethan, luego a Steve y por último a su hermana, esperando una respuesta o cualquier defensa por su parte. Pero nadie dijo nada.

—Eh, ni se te ocurra —advirtió amenazadora. Si no hubiera sido porque Ethan la agarraba de la mano, se hubiera acercado al moreno para decírselo más de cerca—. Por cierto, ¿qué haces tú aquí?

—No iba a perderme tu gran día —mintió con simpatía.

—Vamos, que vienes de empalmada, ¿no?

—Efectivamente —cedió pillado.

Alyn entornó los ojos dando por finalizada su atención al chico de gafas de sol, no merecía la pena. Justo cuando notó como sus pies empezaban a despegarse del suelo y a oír gritos de celebridad a sus bandas. Intentó equilibrarse sobre los cuatro brazos que la agarraban para bajar un poco la vista.

Como no, se trataba de Peter y Ryan.

—¡¿Dónde está la graduada?! ¡Que yo la vea! —gritó, Ryan, al mismo tiempo que la hacía botar.

—¡Alyn! ¡Alyn! ¡Alyn! —canturreó Peter imitando a su amigo.

La castaña no podía dejar de reír aun estando incómoda por la posición y por encontrarse inestable a tanta altura del suelo.

—Bueno, pues nos la llevamos —afirmó Ryan indicándole a Peter que diera media vuelta con la chica a sus hombros.

—¡Epa! —exclamó Ethan deteniendo a sus dos locos amigos—. No vais a perturbar a mi novia. Al suelo.

—Parece ser que no quiere que su novia esté encima de otros —dijo Ryan.

—He dicho al suelo —especificó Ethan muy claro.

—Creo que está celoso —declaró Peter.

—Sí —afirmó el otro.

Se miraron, sonrieron, dejaron delicadamente a la chica en el suelo y corrieron hacia su amigo para hacer lo mismo que habían hecho con ella. Solo que a él sí que le hicieron saltar por los aires. Ethan se quejaba al mismo tiempo que reía y agradecía tener en su vida a dos amigos como ellos, por mucho que quisiera matarlos la mayor parte del tiempo.

—Tú no me coges así —bromeó Steve para su amigo. Este ni se dignó a mirarle.

—Yo te cogería de otras formas —declaró con descaro pero humor.

Kai ignoró ambas conversaciones para acercarse a Alyn con la intención de ayudarla a colocarse bien el birrete, el cual había quedado descolocado por los saltos.

—¿Y los mellizos?

—No han podido venir. Ambos están de viaje en Londres.

—Es bonito viajar en familia, tú nunca me llevas de viaje —intervino Lena entre las dos amigas.

—He dicho que están de viaje, no que estén juntos.

—¿Han vuelto a coincidir?

—Nunca dejan de hacerlo —respondió encogiéndose de hombros. La situación de sus dos amigos ya no le extrañaba, durante los últimos años no habían dejado de coincidir y sabía que les quedaba para largo. De nuevo, volvió la vista a su hermana pequeña—.

Además, ¿acaso tengo la necesidad de llevarte de viaje? —preguntó, sintiéndose atacada—. Te recuerdo que tienes las puertas abiertas en Nueva Jersey siempre que quieras.

—Eso es como decir que te he preparado una cena a base de comida congelada —rebatió.

Kai soltó una carcajada que le hizo llegar a un pequeño punto de nostalgia, no pudo evitar pensar en Alana. Se imaginó cómo hubiera sido su graduación con ella viva, seguramente también hubiera tenido decenas de momentos llenos de diversión y anécdotas que revivir. Así como el abrazo de las Stewart hacía unos minutos atrás.

Cayó en la cuenta de cuanto añoraba un abrazo de su hermana, pero también se percató de que hacía mucho tiempo que no pensaba en ella tan recurrentemente. No porque no la quisiera, al contrario, jamás dejaría de hacerlo. Sino porque había dejado atrás aquella época, aquel estancamiento en el que todavía no asimilaba la pérdida. A día de hoy seguía sin superarlo, pero como siempre decía, había aprendido a vivir con ello.

Y como un impulso que nacía de sus entrañas, se abalanzó sobre Alyn para confiarle el abrazo que en otra vida hubiera sido para su hermana.

—Te quiero mucho, Alyn —susurró.

—Y yo a ti, ardillita.

Agradecieron enormemente aquel abrazo.

—Vaya, parece que llego tarde —anunció una voz femenina que todos conocían.

—¿Emily? ¿Qué haces aquí? —preguntó su hermano.

—Creo que es obvio. Vengo a la graduación de tu novia —respondió con una risa tonta.

Fue directa a su cuñada para darle un fuerte abrazo, algo que ni Alyn ni nadie esperaba.

Emily había cambiado mucho en aquellos cuatro años, seguía siendo insoportable gran parte del tiempo y algo arrogante, pero había trabajado mucho en referente a las muestras de afecto y responsabilidad afectiva. No tenía pareja desde lo de Steve, pero tampoco la necesitaba, ella se sentía bien sola y conociendo a gente nueva. Por mucho que tuviera sus favoritos.

—Hola, Peter —saludó coqueta desde la distancia.

—¿Qué hay? —dijo con un gesto de cabeza. Peter nunca iba a responder a las intenciones de Emily, ella lo tenía claro, pero le gustaba seguir intentándolo. Era divertido.

Luego abrazó a Kai, que se encontraba justo al lado de la graduada. Entre ellas también había cambiado la relación, de hecho, eran más cercanas y en varias ocasiones Emily la llamaba para pedirle consejo sobre algunos temas, incluso Kai había recurrido a ella en algún tema referente a Steve. Su ayuda era buena para poner a raya a su novio en según que ocasiones.

—¿Quién lo diría, eh? —bromeó refiriéndose a su hermana y a su mejor amiga—. Vosotras dos, que no podíais ni veros.

—Ethan, tienes una enorme habilidad para romper momentos —se quejó, Emily. Volvió la atención a Alyn—. ¿Hace lo mismo contigo cuando estáis…?

—Ah, no. Conmigo se porta bien.

—Menos mal, porque entonces tendremos una charla —amenazó a su hermano—. Es mi amiga —vocalizó en tono amenazador mientras la señalaba.

—Oíd, no es por nada, ni tampoco quiero estorbar, pero me muero de hambre —intervino Lorie.

—La verdad es que no me iría mal comer algo —confesó Alyn frotándose la tripa—. Con los nervios del discurso no he desayunado.

—Podríamos ir a Cookie's —propuso Steve para ver la reacción de su novia.

—Pues me parece una buena idea —dijo esta.

Los demás no pusieron impedimento. Salieron juntos del edificio; Lena y Emily intentando llamar la atención de Peter, Ryan y Lorie hablando sobre fiestas, Alyn y Ethan semiabrazados comentando el tema del discurso sorpresa, y, por último, Kai y Steve agarrados de la mano. Estos estaban algo alejados del grupo hablando sobre su próximo proyecto.

—¿Querrás decirles lo de Suiza? —preguntó, Kai. Steve se quedó pensativo unos segundos.

Hacía menos de un mes que le habían propuesto un traslado a Suiza para trabajar en el CERN. Estaba convencido de que no iba a

desperdiciar aquella oportunidad, no tenía nada que ver a cuando recibió aquella carta de la NFL. Suiza era su lugar y eso lo tenía claro, por eso en menos de una semana viajarían a Europa, querían conocer el lugar.

—No. Ya se darán cuenta.

Ambos se dedicaron una mirada cómplice.

EPÍLOGO 2

Ocho años después, 2007.

Love is old,
Love is new,
Love is all,
Love is you.
The Beatles

Un sueño placentero tenía envuelto a aquel chico de pelo castaño y unos ojos verdes escondidos tras los párpados. Hasta que unas caricias llamaron su atención un segundo antes de que toques cálidos recorrieran su rostro y cuello. Pequeños besos tiernos adornaba su piel en aquel despertar. No pudo evitar sonreír al saber exactamente de quién se trataba.

Se giró con lentitud hasta quedar boca arriba y dejó que aquellos mimos siguieran durante unos segundos más antes de abrir sus ojos perezosamente. Chocó con una mirada azulada y una sonrisa preciosa. Alzó la mano hasta colar un mechón tras la oreja de la chica y aprovechó para acariciar dulcemente su mejilla. Ella respondió ampliando su sonrisa.

—Buenos días, cumpleañero —susurró su esposa antes de acercar sus rostros y atrapar sus labios en un beso lento, pero profundo, que él respondió encantado.

—Buenos días, pequeña loca —correspondió, Newen.

—Feliz cumpleaños, cariño.

—Gracias —murmuró antes de volver a besarla, rodeando su cintura con los brazos para pegar ambos cuerpos todo lo posible.

Sintió el roce de la camisa ancha (claramente de él) que ella se había puesto de pijama, en su pecho aún desnudo tras el regalo anticipado que le ofreció la noche anterior. No dejó de besarla por lo que se antojaron minutos, siendo incapaz de separar sus labios de los de Alyn. Sin embargo, esta tuvo que apartarse, recibiendo un gruñido en protesta, y se irguió, quedando sentada a horcajadas sobre él.

La imagen que le ofreció le infló el pecho. Veía a la mujer que más amó, amaba y amaría en su vida y, detrás de ella, la pared de su habitación. Aquella que empezó blanca y que juntos fueron llenando de color. Rescatando la locura adolescente del castaño, comenzaron a recrear su habitación, pero con su historia. Iniciaron con un pequeño dibujo del día que se fueron a vivir juntos, pasando por el del compromiso, la boda… y más momentos de sus vidas.

—Sabes que me encantan tus sesiones de besos mañaneros —admitió la chica—, pero tengo una sorpresa y para ello te tienes que levantar. —Newen bufó al tiempo que rodaba los ojos—. Va, no seas aguafiestas.

Aquella palabra fue suficiente para que el castaño reaccionara y diera la vuelta a la imagen. Ahora Alyn se encontraba abajo siendo atacada por las cosquillas de Newen, mientras este repetía que no era un aguafiestas. Un minuto después salió de la cama, dejándola ahí tendida, aún jadeante, y se vistió con el pijama que había quedado desperdigado por el suelo. Alyn se mordió el labio inferior mirando el espectáculo que tenía como marido.

—Como sigas haciendo eso, no salimos de la habitación en todo el día y te recuerdo que tenemos una comida —le advirtió, Newen, causando que la chica se riera antes de ponerse en pie y ofrecerle una bufanda para que se tapara los ojos.

Acostumbrado a las pequeñas locuras que cometía aquella chica, se dejó llevar por la casa. El suelo de madera acariciaba los pies descalzos de ambos mientras caminaban por el pasillo y subían hacia la buhardilla, aquella a la que terminaron traspasando su estudio. Un estudio conjunto para pintar.

Una vez en el interior y tras un instante de confusión, sus ojos fueron destapados.

—*Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz* —cantaban tres voces en español—. *Te deseamos, papá, cumpleaños feliz.*

—¡Felicidades! —gritó Elara Tapessa corriendo hacia su padre, quién no dudó en cargarla en brazos.

—¡Dades! —chilló, en un intento de imitar a su hermana, el pequeño Daren Tulok y se abrazó a la pierna del hombre. Este los cogió a ambos un segundo antes de que dejaran un tierno beso en sus mejillas.

Alyn, desde un metro de distancia, sonrió emocionada ante la estampa.

—Muchas gracias, amores —agradeció el cumpleañero para después devolverles el beso, pero en sus cabecitas.

—Mira, mira —comentó la niña mientras señalaba lo que había delante de ellos. Se apartó los mechones castaños claros, igualitos a los de su madre, de la cara e intentó bajar, por lo que Newen la dejó en el suelo—. Es para ti —le dijo, situándose al lado del caballete de su tamaño—. Lo hemos hecho Tulok y yo —explicó cuando el castaño se puso de cuclillas.

—Yo —habló el pequeño aún en sus brazos.

—Sí, tú también has hecho esto para papi —intervino, su madre, uniéndose a ellos y acariciando los ricitos oscuros, que había heredado de Newen, de Tulok.

Ambos adultos intercambiaron una mirada cómplice antes de fijarla en la obra abstracta que habían hecho sus hijos. Elara no dejaba de señalar todo lo que ella había hecho, para después destacar lo de su hermano. Newen prestaba total atención, al igual que Alyn. Daren jugaba con el cuello de la camiseta de su padre, distraído.

—Chicos, hay que desayunar —informó la mujer, poniéndose en pie.

—¡Desayuno de cumpleaños! —gritó la niña de tres años antes de salir corriendo hacia las escaleras. Daren aplaudió ante la efusividad de su hermana y ambos adultos rieron antes de seguir a la pequeña.

Sin embargo, antes de que Alyn pudiera bajar el primer escalón, Newen la detuvo y le dio la vuelta para besarla con intensidad. La

chica recibió el beso un poco aturdida por lo repentino, pero encantada.

—Gracias por esto —susurró su marido sobre sus labios—. *Te amo* —añadió en español, derritiendo a su esposa con tal acento.

—*Negligevapse* —correspondió en inuit, emocionando a su esposo.

Alyn revisaba que los niños estuvieran bien entretenidos mientras veían un capítulo de Mickey Mouse en la televisión, cuando sintió que unos brazos la rodeaban por detrás. Newen dejó un casto beso en su cuello antes de arrastrarla hasta la cocina, dónde él se encargaba de supervisar la comida.

—¿Qué se siente cumplir treinta y cuatro años, cariño? —preguntó mientras se giraba entre sus brazos.

—Fatal, quiero volver a los veintiuno —respondió, acercándola más a su cuerpo—. A aquellos días en los que te conocí. Aunque —se puso pensativo— no me puedo quejar de la vida que tengo. —La miró fijamente—. Una casa, nuestras obras colgadas en diversos museos, dos niños preciosos y la mujer que amo entre mis brazos. Mi vida soñada. —Alyn lo besó conteniendo un suspiro enternecido.

Aunque se separó de golpe cuando una idea que tenía conexión con su, aún, existente vena del control (cada vez más pequeña), se coló en su mente. Dejó un casto beso en los labios de su chico y giró sobre los talones para alejarse de su agarre. El castaño, confuso, se lo impidió.

—¿A dónde vas?

—No estoy segura de si la puerta anticaídas de bebés de las escaleras está cerrada —murmuró antes de volver a tirar del agarre. Él no cedió—. Newen…

—Está cerrada —aseguró este, divertido con la situación.

—Pero…

—Lo he comprobado —aseguró, haciendo que la chica dejara de moverse y aprovechó aquello para apegarla de nuevo a él—. He revisado esa y las demás, todas están bien cerradas. Ni Tapessa, ni mucho menos Tulok podrán subir o bajar sin nuestro consentimiento

—explicó, consiguiendo que Alyn se relajara—. Todo está asegurado para niños.

—Menos… —el timbre retumbó por la estancia aplazando su frase — mal.

—Anda, ve a abrir.

Newen la liberó de su agarre, pero no apartó la mirada de ella hasta que la vio desaparecer en dirección a la entrada principal. Alyn miró de reojo a sus niños antes de centrarse en recibir a los primeros de los muchos invitados que acudirían a la comida de cumpleaños del castaño. Abrió la puerta.

—¡Cariño, ha llegado el primer niño! —gritó para que su marido la escuchara.

—Ja, ja, muy graciosa, Jacqueline —gruñó, Ryan—. Los pelos en mis partes no dicen lo mismo.

—Oh, que asqueroso eres —se quejó, causando una risa en el castaño quién había logrado su cometido.

—¿Escandalizando a mi chica, Ryan? —preguntó, Newen, llegando a la entrada.

—Tío, felicidades —comentó el invitado, ignorando su pregunta y recortando la distancia para envolverlo en un abrazo. Ya que el matrimonio vivía en Nueva Jersey, ellos no se podían ver tanto como deseaban, por ello duró más de lo normal y la chica aprovechó para cerrar la puerta—. ¿Cómo te sientan los años? Oh, espera, tu pelo me está dando la respuesta. ¿Esto es una cana? —El hombre le dio un manotazo cuando intentó acercar la mano a su pelo y ambos rieron un segundo después.

—Pasa, vamos. ¿Cerveza?

—La duda ofende.

Los dos castaños caminaron hacia la sala dónde los niños desviaron la mirada de la pantalla y al ver a Ryan salieron corriendo hacia él. Este los saludó llamándolos pequeños monstruitos antes de dejarse caer sobre el sofá. Alyn tomó lugar a su lado y giró su cuerpo hacia él, mientras Newen traía un par de cervezas.

—¿Cómo van las cosas por el local? —le preguntó la chica.

—Bfff… Mejor de lo que imaginaba —contestó, recostándose en el respaldo—. Con la nueva seguridad que he contratado ya no hay

tanto gilipollas dentro. Aunque ahora se me acumulan fuera, indignados y exigiendo que los dejen entrar. —Suspiró—. Pero bueno, de eso ya me ocuparé la semana que viene.

—¿Y lo que me contaste de Queens?

—Ah, ¿lo de abrir otro pub allí? —El cumpleañero asintió—. Pues tengo buenas noticias. ¡Brindo —alzó la lata de cerveza— porque ahora no solo voy a ser dueño de uno, sino de dos pubs en Nueva York!

—Felicidades —lo felicitó, Alyn, emocionada. Newen chocó la cerveza con la suya.

—¿Y cómo van vuestras cosas con los colorines? —La ojiazul rio.

—Ahí vamos, pintando y exponiendo —resumió el chico.

El sonido del timbre se repitió, logrando que la conversación se pausara. Antes de que la castaña pudiera ponerse en pie, Newen se ofreció a ir y se puso en pie, dejó un casto beso en sus labios y le confió su cerveza. La chica bebió un trago mientras lo veía marchar.

Cuando abrió la puerta, tres pares de ojos lo observaron y el cuarto se abalanzó sobre sus piernas.

—¡Tío Ethan! —gritó el niño de cinco años, para después alzar el rostro y mirarlo desde abajo—. Mamá va a explotar —añadió como si fuera crucial aquella información.

—Charlie, no voy a explotar —refutó la mujer.

—Pues lo parece.

—Tú encima síguele el juego, Ethan —se quejó, Harriet, aunque intentaba retener una sonrisa.

Mientras el castaño intentaba no curvar sus labios durante los saludos y felicitaciones, los dos niños de Harriet y Max salieron corriendo hacia el interior de la casa, en busca de más niños. Max acompañó a su mujer hasta el salón, donde seguían Alyn y Ryan.

—Oh, un sofá —murmuró la mujer, tras saludar a los dos últimos, y se sentó en una esquina—. Yo de aquí no me muevo, estaba deseando sentarme.

—Cariño, hemos aparcado, literalmente, delante de la puerta —rebatió Max de pie al lado de Ethan y frente a ella. Recibió una mirada enfurecida, pero no se detuvo—: Acabas de salir del coche y has estado sentada tranquilamente todo el viaje.

—¡Carga tú con esto! —chilló, enfadada, al tiempo que se señalaba el bulto en el que se había convertido su barriga por culpa del embarazo—. Va, lleva tú todo este peso durante todo el día. Entonces hablamos. —Ryan observó la tripa con los ojos entrecerrados.

—Mejor no cuestiones nada mientras esté embarazada, ya lo deberías saber —susurró por lo bajo, Ethan—. Yo lo aprendí por las malas.

—Te estoy escuchando, Ethan —comentó, Alyn, mirándolo con una ceja arqueada. Este se acercó hasta inclinarse y murmurar cerca de sus labios, con una sonrisa ladeada:

—Entonces habrás escuchado lo mucho que te amo.

—Buen intento, pero no cuela.

La chica giró el rostro cuando este la fue a besar, pero no se detuvo y terminó posándolos en su mejilla para después recuperar su cerveza. Alyn negó con una sonrisa. El dueño del pub seguía con su mirada completamente concentrada en la semiesfera que formaba la barriga de Harriet y, con lentitud, fue acercando su rostro a esta. Ladeó la cabeza llamando, sin querer, la atención de la rubia.

—¿Qué miras? —preguntó, extrañada, captando su mirada.

Antes de que pudiera responder un ruido llamó la atención de todos los presentes, que giraron las cabezas en dirección a la puerta de la cocina. Fue Newen quien fue a comprobar qué había ocurrido y resultó ser que los niños habían salido al jardín.

—¿Cómo se llama? —cuestionó, Ryan, curioso.

—Feto —respondió con simpleza. Alyn y Newen la miraron sorprendidos, mientras que Ryan asintió conforme y analizador.

—Harriet… —la llamó Max y todos esperaron a que la corrigiera—. Fetos —puntualizó, sin embargo—. Se llaman fetos, son dos, te lo recuerdo. —Los tres asintieron satisfechos, mientras que el matrimonio anfitrión intercambiaba una mirada. No sabían si reír o preocuparse por la mente de los presentes.

—¿De cuánto estás? —se interesó, Newen, mientras se sentaba en el brazo del sofá, junto a Alyn.

—De cinco meses.

—Joder, pero si parece que estás a punto de parir.

—Es lo que tiene que sean mellizos, Ryan.

—¿Has visto? —susurró, el ojiverde, para que solo su chica lo escuchara—. Aún recuerdo cuando tú tenías esa preciosa barriga. —Alyn lo observó, confusa.

—¿Qué me quieres decir con eso? —cuestionó en el mismo tono.

—Que la echo de menos —respondió al tiempo que pasaba su dedo índice por el abdomen de la ojiazul—. Y que tal vez…

—No —lo cortó.

—Pero…

—Cuando tú cargues un bebé por nueve meses y después lo saques por un lugar estrecho y doloroso… entonces hablaremos sobre tener otro hijo.

—Amor… —El timbre lo interrumpió, poniendo la excusa perfecta para que su esposa se pusiera en pie y huyera de aquella conversación que ya habían tenido más veces—. Esto no termina aquí.

—Yo creo que sí —contestó mientras se alejaba.

—¿Estáis pensando en tener otro bebé? —le preguntó Max con una cerveza en la mano que nadie supo en qué momento había aparecido.

—Yo sí, ella no.

La huida de aquella disputa no le salió tan bien como creía, ya que al llegar a la entrada supo que le esperaba presenciar una aún mayor. No hizo falta abrir la puerta para saber quienes aguardaban detrás de ella, se los escuchaba a través. Los mellizos, en una acalorada discusión, entraron en el recibidor un segundo después, destrozando la calma. Detrás de ellos sus parejas e hijos los observaban con indiferencia. Ya se habían acostumbrado.

—¿Por qué discuten esta vez? —interrogó Alyn a Jay, el marido de Hailey.

—Porque se han comprado un coche nuevo.

—Y es el mismo, ¿no?

—Y del mismo color —matizó, Ailén, la mujer de Hayden.

—No sé cómo se lo hacen, aún sigue siendo un misterio —admitió mirando a ambos hermanos. Las parejas de estos compartieron una

mirada antes de estallar en una carcajada que confundió a la anfitriona.

—Esta vez ha sido cosa nuestra —admitió el hombre—. Cuando ellos decidieron comprar un coche, coincidiendo en ello, nos pusimos de acuerdo para provocar que escogieran el mismo modelo y color.

—A veces nos gusta verlos discutir, es gracioso —se excusó la mujer, con una sonrisa divertida.

—¡Encima, tengo derecho a acusarte, me robaste a mi hijo! —exclamó antes de adentrarse al salón.

—¡¿Robarte?! ¡No huyas y explica eso! —le respondió, Hailey, siguiéndolo.

—Oh, esto se va a poner interesante —aseguró, Jay.

—¿Por qué no vais con Elara y el resto en lo que los papis se tranquilizan? —les cuestionó Alyn a los cuatro hijos, dos de cada matrimonio—. Están en el jardín. ¿Los lleváis vosotros? —se dirigió a los dos mayores. Estos asintieron antes de llevarse a sus hermanos pequeños al exterior.

—¡Yo escogí el nombre antes!

El panorama era digno de fotografiar. Sentados en el sofá con cervezas y una bolsa de patatas que Newen había abierto expresamente para la ocasión, se encontraban todos los invitados, mientras las parejas de los mellizos los observaban desde el umbral junto a Alyn. Ambos pelinegros (o al menos por el momento, ya que seguían cambiando de look con regularidad) se hallaban en el centro.

—¡Eso no es cierto, yo lo tenía claro desde meses atrás! —rebatió Hayden, gesticulando con las manos.

—¡Por favor, supéralo ya! ¡No te robé el nombre de tu hijo, la mía nació antes! ¡Tú me lo copiaste!

—¡Nació un puto minuto antes!

—Bueno —se encogió de hombros—, pero mi hija es del trece y el tuyo del catorce, así que es mayor.

—¡Lo superaré cuando admitas que me copiaste el nombre! —la acusó de nuevo.

Finalmente, Jay, Ailén y Alyn tomaron asiento. Esta última en las piernas de Newen. Todos eran conscientes de que las discusiones de

ambos hermanos podían durar minutos, a veces hasta una hora. Mientras los adultos se entretenían con el show, los niños correteaban por ese gran jardín. El matrimonio había puesto un tobogán y unos columpios para que sus hijos, y los de los demás cuando vinieran de visita, se divirtieran.

Daren jugaba en el tobogán con Alex (hija de Hailey) y Julen, el pequeño de Hayden. Elara jugaba al escondite con Harley, Charlie, Bruno y Alex (hijo de Hayden). Era el turno de que la parara la mayor, Harley, por lo que los demás se fueron a esconder. Alex llevaba de la mano a su primo, mientras que Elara corría para subir las escaleras que llegaban al porche trasero. Tenía el escondite perfecto: debajo de la mesa auxiliar exterior.

No fue buena idea.

Al intentar internarse debajo, su espalda golpeó el mueble, causando que aquello que se encontraba encima se desestabilizara hasta caer y rodar. Cuando impactó contra el suelo, un sonido agudo y estridente congeló el ambiente. La pequeña ojiverde salió de su escondite y vio el jarrón hecho añicos. No pasó ni un segundo cuando los demás se acercaron y rodearon el lugar.

—¿Ha pasado algo? —una voz femenina preguntó detrás de ellos, causando que todos se dieran la vuelta de golpe, ocultando el destrozo con sus cuerpos. Alyn los miraba confusos y preocupada.

—No —se adelantó a contestar Harley, asumiendo el papel de la mayor, por más que solo tuviera siete años—. Solo estábamos decidiendo quién la pillaba ahora.

—Pero nadie quiere y hemos discutido un poquito —añadió Alex (hija de Hailey). Ambos mintiendo. El rostro de Alyn se relajó.

—Está bien —asintió—. Pero nada de esconderse por el porche. En el jardín.

Todos los niños, o al menos los que eran más mayores y eran más consciente de lo que sucedía, asintieron frenéticamente con la cabeza. La mujer volvió sobre sus pasos, dejándolos solos de nuevo. Una vez desapareció volvieron a mirar los trozos esparcidos. Harley apartó a su hermano pequeño, Charlie, de ellos. Al igual que Elara lo hizo con Daren, Alex con Bruno, y el otro Alex con Julen.

—Lo siento —se disculpó, la medio inuit, con ganas de llorar.

—No pasa nada, Ela —la consoló Harley—. Encontraremos la manera de que no se den cuenta.

—Hay que esconderlo —acotó, Alex (hijo de Hayden), mientras se agachaba a coger los trocitos. Su prima Alex se puso a su lado para ayudarlo.

—¿Dónde? —cuestionó Charlie.

Las pequeñas cabezas empezaron a mirar alrededor, pero no encontraron un lugar adecuado, ya que en cualquiera terminarían encontrándolo. Elara empezó a sentirse culpable y sorbió por la nariz evitando llorar. Daren la abrazó con ternura. Debían lograr un buen escondite.

—¿Qué ha ocurrido? —se interesó, Newen, al ver a su chica llegar de nuevo al salón donde, por suerte, la discusión entre los mellizos por fin había llegado a su fin y ahora conversaban todos en el sofá y sillones—. ¿Están bien?

—Solo una pequeña discusión por quién la paraba.

Justo en aquel momento el timbre sonó de nuevo, avisando de que acababan de llegar otro de los invitados. Ya solo faltaban las hermanas de ambos, Lorie y Peter. Ambos se acercaron a la vez, dispuesto a recibirlos juntos. Newen la rodeaba con un brazo por la cintura mientras ella se encargaba de abrir.

—¡Hermanita! —fue lo primero que se escuchó antes de que la castaña sintiera como unos brazos la asfixiaban en un intenso abrazo —. ¡Como te he echado de menos!

—Necesito aire —se quejó.

—Nena, suéltala antes de que la mates —le pidió su novio. Esta la soltó antes de lanzarse a los brazos de su cuñado, quien seguía recibiendo miradas coquetas de ella. Siempre dijo que Ethan era de buen ver y nunca dejaría de pensar aquello.

Fue ese el momento en que la mayor clavó los ojos azules y serios en el chico que esperaba apoyado en el umbral de la puerta con unas gafas de sol puestas. Se las bajó levemente por el puente de la nariz para devolverle la mirada. Sonrió con picardía y ella intentó con todas sus fuerzas no corresponder.

—Cuñada —la saludó.

—Lorie.

El nombrado se enderezó y atrapó la muñeca de la chica a tiempo para tirar de ella y abrazarla. El mejor amigo de su mejor amigo la rodeó por los hombros, por lo que ella enrolló sus brazos por el torso. La retuvo unos segundos antes de dejarla ir.

—Espero que la estés cuidando —le advirtió en tono amenazador, pero con una encantadora sonrisa en el rostro. El aludido miró a Lena, que parloteaba con Newen de alguno de sus últimos diseños de vestidos que iban a salir en su próxima pasarela.

—Lo hago —afirmó.

Tras los saludos, felicitaciones y la efusiva charla de ropa de Lena a Alyn en la entrada, pasaron junto con el resto.

—¡Han llegado los famosos! —gritó Max.

—Cariño, tú también eres reconocido —le recordó, Harriet.

—No me compares a un jugador profesional de fútbol americano y a una diseñadora de moda internacional, con un músico de un grupo conocido de Nueva York.

—*Touché*.

Con tan solo dar un paso dentro de aquella estancia, dos miradas conectaron. Sus ojos se miraron con intensidad, sin poder retener todo lo que estaban sintiendo. La distancia empezó a sobrar cuando uno de ellos se puso en pie y dejó la lata de cerveza sobre la mesa auxiliar. Entonces no se pudieron contener más.

—¡Amor mío! —gritó, Ryan, corriendo hacia él.

—¡Mi vida! —correspondió Lorie antes de abrazarse con intensidad. Un minuto después tomaron el rostro del otro entre sus manos—. Te he echado tanto de menos, cariño.

—Y yo a ti, amor.

Alyn se acercó sigilosa a Lena.

—¿No vas a decir nada? —le cuestionó. Esta simplemente la miró de soslayo antes de seguir admirando a esos dos hombres y se encogió de hombros.

—Soy la amante, siempre lo he sabido.

Ambas se rieron. Lena llevaba un año junto a Lorie y aunque hacía poco que se supo públicamente, ya llevaba años conociéndolo como para saber como era él. Sobre todo, como era la relación con Ryan,

quién se había convertido en uno de sus mejores amigos y con el que hacían ver que se amaban.

—¿Y los canijos? —preguntó, Lorie, volviendo con su pareja, tras terminar de profesarle su amor a Ryan. Le rodeó la cintura con un brazo—. Tengo ganas de ver cómo han crecido esos monstruos.

—No los llames monstruos —le pidió, Alyn.

—¿Prefieres fetos?

—¡Ves! —exclamó Harriet, consiguiendo que Newen pusiera los ojos en blanco antes de contestar.

—Están todos en el jardín, han salido a jugar al escondite.

Lorie asintió y tiró del cuerpo de su chica para acercarla a él y plantar un largo y profundo beso en sus labios que solo fue cortado por una advertencia de Alyn. Riendo, los dejó dentro y se dirigió a la puerta trasera que daba hacia el jardín. No habló, ni siquiera tuvo tiempo para hacerlo, ya que lo primero que vio fue a los dos Alex y Harley agachados recogiendo trocitos de algo. Después se fijó en que Elara y Charlie los observaban, mientras Bruno, Daren y Julen jugaban con unos juguetes en los sofás.

—¡Os pillé! —exclamó pillando a todos por sorpresa.

Cada uno de ellos se quedó congelado mirándolo, a diferencia de Elara quien paseaba la mirada desde los escombros a él. Finalmente, dio un paso hacia adelante, pillando por sorpresa a Lorie, ya que se paró delante de él con la cabeza gacha. Se acuclilló para escucharla.

—Ha sido mi culpa —confesó con voz débil—. Lo siento. —Se frotó el ojo antes de alzar la mirada hacia él—. Por favor, ¿puedes ayudarnos?

Aquella niña tan pequeña, tan alocada y tan preciosa le había robado el corazón desde el día que la vio en la cuna del hospital. Era una de sus amores. Y en esos momentos se veía tan arrepentida y tan apenada que le causó hasta ternura.

—Pues claro —aseguró sin dudar, logrando que la mirada verde de Elara se iluminara—. Por algo soy tu tío favorito. —La castaña se lanzó a sus brazos mientras le agradecía y le admitía que era al que más quería, aunque todos sabían que siempre sería en segundo lugar, ya que Steve ocupaba el primero—. Dadme eso antes de que os cortéis.

Harley y ambos Alex le dieron todos los trozos del jarrón. Tras pedirles a los niños que se llevaran a los más pequeños a los juegos del jardín y que ellos se mantuvieran a una distancia prudencial, extendió las manos delante y las abrió, dejando caer todos los pedazos de nuevo al suelo, sobre el mismo lugar. Un sonido, aún más fuerte, resonó y supo que se había escuchado en el interior.

Alyn traspasó la puerta con la respiración jadeante, como si hubiese corrido los pocos metros que separaban el salón del porche trasero. Detrás de ella, Newen y el resto salió para buscar con la mirada a sus hijos y asegurarse de que se encontraban bien. Así era. Una vez comprobaron eso, sus ojos cayeron en él. La castaña anfitriona paseó con lentitud su mirada, primero al suelo donde estaba el jarrón completamente destrozado, después a la mesa donde antes descansaba y en la que el chico había apoyado el pie en la pata, y finalmente subió hasta él.

Lena surgió desde la espalda de su hermana e hizo el mismo recorrido con sus orbes castaños, aunque con más rapidez. Sin embargo, una vez miró a su novio, entrecerró los ojos antes de desviarlos hacia los niños, mirándolos uno a uno hasta que la encontró. Elara miraba la escena desde detrás del tobogán, con sus ojitos de cervatillo. Y lo supo. No había sido él, sino ella.

—Ups —fue lo primero que dijo el chico hacia Alyn—. Lo siento —se disculpó—. Le he dado sin querer con el pie —mintió sin apartar la mirada de ella—. Te compraría otro o te lo pagarías, pero… —miró el desastre en el suelo— creo que hasta te he hecho un favor. Era horrible.

—¿Me estás vacilando?

—Vale, perdón —levantó las manos en son de paz—, ha sido un accidente, de verdad. Yo lo recojo.

Sin esperar a que nadie añadiera nada más se agachó para empezar a recoger. Todos volvieron al interior, Alyn para ir a por una escoba para barrer aquellos pedazos tan pequeños que no se vieran. La única que no abandonó el lugar fue Lena, quién se acuclilló a su lado y lo ayudó.

—Mientes de maravilla.

—¿Qué?

—Te conozco, Lorie. —Se miraron, ella con una sonrisa—. Sé cuando mientes y esta vez lo has hecho. Ha sido Elara, ¿verdad? —Este buscó a la pequeña y la encontró apenada en el mismo lugar que antes.

—No sé de qué me estás hablando —se hizo el desentendido y continuó con su tarea, casi terminada.

Lena se quedó quieta mirándolo y no pudo resistirlo, se acercó y dejó un suave beso en su mejilla.

—Te quiero —susurró antes de ponerse en pie, acariciar su pelo con su mano libre y volver dentro.

Lorie no puedo evitar que sus labios también se curvaran mientras se levantaba. Se giró a ver por última vez a la pequeña ojiverde y le guiñó un ojo en la distancia antes de entrar.

"Una mentira no siempre hace daño", pensó.

No dio tiempo a que Alyn le echara la bronca a Lorie, ya que el timbre volvió a reclamar su presencia y él aprovechó aquella distracción para escabullirse y sumergirse en alguna conversación. Cuando la castaña abrió, su rostro dejó de mostrarse crispado para formar una amplia sonrisa.

—Peter —murmuró antes de que este abriera sus brazos y ella no tardara ni un segundo en hundirse en ellos. Se abrazaron por minutos que se antojaron segundos antes de que un carraspeo los separara.

—¿A mí no me saludas? —preguntó la chica a su lado.

—Hola, Siara —respondió antes de envolverla en sus brazos también. Al separarse bajó su mano hasta el vientre de esta, menos pronunciado que el de la rubia—. ¿Cómo te encuentras?

—El primer trimestre ha sido duro, pero cada vez mejor.

—¿De cuánto estás? —cuestionó mientras se adentraban a la casa.

—De tres meses, una semana y dos días —respondió Peter por ella, causando una mirada divertida en ambas chicas.

—Veo que alguien está impaciente.

—Quiero ser padre —se excusó, logrando que soltaran un "ooh" conjunto, enternecidas. Rodó los ojos con la intención de seguir argumentando su postura, pero nunca llegó a hacerlo, ya que unos brazos rodeando su torso por detrás le quitaron el habla.

—Pero mira quién ha llegado —murmuró la dulce y seductora voz de Lena—. Mi chico favorito. —Sus manos acariciaron el abdomen de este. Siara observó a su marido intentando contener una risa ante su cara de incomodidad—. Qué guapo estás hoy —lo halagó posicionándose delante—. Bueno, tú siempre estás guapo, debe ser belleza natural —siguió coqueteando mientras pasaba sus brazos por el cuello de Peter y este se quedaba quieto—. ¿No me vas a dar dos besos?

El castaño buscó con la mirada una vía de escape. Su mujer lo había abandonado y alejado hasta sentarse a conversar sobre el embarazo y demás con Alyn, Harriet y los mellizos, con sus respectivas parejas. Dadas las circunstancias buscó a la de la chica, encontrándolo a menos de dos metros, sentado en el sofá y observándolos con tranquilidad.

—¿A ti no te importa que ligue conmigo? —le cuestionó, Peter. Lena observó a su novio por encima de su hombro y este le dedicó una sonrisa.

—Es libre de coquetear con quién quiera —respondió dejando asombrado al futuro padre—. Total, al final del día termina en mi cama.

Lena besó la nariz de Peter, causando que este tragara con dificultad antes de ver como la chica caminaba hacia Lorie, dejándose caer a su lado y siendo rodeada por su brazo. Apoyó una mano en su pecho y este le prestó toda su atención. Entonces el castaño vio la mirada que Lorie tenía, todo lo que mostraba.

—Y no solo de manera sexual —completó la chica, logrando una sonrisa tierna en el rostro de su chico. Cuando ambos se acercaron lo suficiente para que sus labios se encontraran, Peter supo que era momento de alejarse. Dejó a la parejita y se internó en la conversación que tenían Ethan y Ryan.

Habían transcurrido cuarenta y cinco minutos desde que el matrimonio Moore había llegado y aún no había ni rastro de Emily. La comida estaba completamente lista y los niños correteaban de un lado a otro demandando alimento. Querían esperarla, pero a ese

ritmo terminarían acabándose todo el arsenal de cervezas que había comprado Newen el día anterior.

Incluso había dado tiempo a que Kai y Steve llamaran para felicitar al castaño. Debido a su mudanza, siete años atrás, a Suiza, tras el puesto que le ofrecieron al rubio, habían pasado de verse casi todos los días a tan solo en las fiestas navideñas y alguna semana en vacaciones. Establecieron que en los cumpleaños servía con una llamada, por ello estuvieron media hora con ellos al teléfono.

—Mami, tengo hambre —le dijo Elara, desde las piernas de su tía.

—¡Hambe! —gritó, pronunciando mal, Daren.

—Yo también hambe —se añadió, Lorie, quejándose como un bebé. Alyn lo miró con una ceja arqueada. Pero no había terminado el dramatismo, ya que apoyándose en su hombro, Ryan formó un puchero.

—Y yo.

—Cariño —la castaña se giró hacia su marido—, de verdad que me encantaría esperar a tu hermana para comer, pero los niños ya están hambrientos y los bebés que tenemos como amigos también. —Se escuchó dos quejas masculinas que ambos ignoraron.

—Está bien, amor —aceptó—. Que se una cuando llegue.

Este dejó un casto beso en la frente de su chica antes de que esta movilizara a todo el mundo hacia el comedor. En él reinaba una mesa larga y amplía a la que se había añadido la pequeña, que en realidad se situaba en la cocina, donde todos se sentaron. Adultos en una zona, niños en otra. Exceptuando Daren, quien descansaba en las piernas de su padre. Alyn desapareció en la cocina junto con Lena, Jay y Hayden, para sacar los platos.

Entonces sonó.

—Voy yo —se ofreció, Peter, al ver que Ethan tenía a su hijo encima y que Alyn estaba ocupada.

—Esa debe ser la tita Emily —escuchó como el ojiverde le hablaba a Daren.

Mientras Emily era recibida por Peter, Alyn junto a sus ayudantes sacaron las fuentes con la comida y las fueron colocando según el orden que la castaña les decía. Una vez todo estuvo puesto en su lugar, sonrió satisfecha.

—Buenas —saludó la pequeña Brown adentrándose a la estancia seguida por Peter—. Siento el retraso, pero tengo un motivo. —Su hermano y su cuñada, quien se había apoyado en la silla de este, esperaron a que continuara. El castaño que le había abierto la puerta sacó a Daren de los brazos de su padre y jugó con él—. Tengo una sorpresa.

Aquella frase, aquella maldita frase que arrastraba un recuerdo y un trauma desde años atrás.

—¡¿Qué has hecho, Ethan?! —preguntó, Alyn, girándose hacia el nombrado de golpe.

—No he hecho nada, lo prometo —aseguró, levantando sus manos con inocencia.

—La última vez que tu hermana dijo que tenía una sorpresa terminamos mal.

—No, no —se apresuró a intervenir la mencionada—. No es nada malo, mucho menos que mi hermano haya tenido que ver. —Sonrió ampliamente—. Esto es solo obra mía. —Todos los presentes la miraban confusa, sobre todo el matrimonio—. Felicidades, hermanito.

Esa fue la señal. La puerta del comedor se abrió de golpe y aparecieron ellos.

Kai y Steve.

Los cuatro se quedaron congelados, compartiendo una mirada, hasta que la castaña al fin reaccionó y, sin poder impedir que sus ojos se llenaran de lágrimas, soltó un sollozo. El resto sucedió demasiado rápido. Alyn corrió hacia Steve. Kai corrió hacia Ethan. Dos abrazos que lo significaron todo para ellos. Solo habían pasado cuatro meses desde que se vieron por última vez, pero era demasiado para lo importantes que eran en sus vidas.

—¡TÍO LORIE! —una aguda y dulce voz se alzó por encima de los sollozos.

Una pequeña niña rubia y de ojitos grisáceos correteó hasta su tío, quien la levantó por los aires antes de apresarla en sus brazos. No podía negar que había extrañado a aquella cría que amaba como si fuera su propia hija. La hija de sus dos mejores amigos.

—Mi princesa —murmuró al tiempo que se sentaba en la silla sin dejar de observarla. Había crecido tanto en tan poco tiempo, pero era lo que tenía tener solo dos añitos—. Como te he echado de menos.

—Y yo —respondió ella. Lena, a su lado, la miró con una sonrisa, pero esta borró la suya y abrazó de nuevo al chico sin apartar la vista—. Es mío.

Ambos adultos rieron sin poder evitarlo, por más que Liesel lo dijera completamente en serio. Lena no podía dejar de sonreír ante la escena que tenía delante, y no solo por su hermana y cuñado junto con unas de las personas que más les importaban; sino también por esa preciosidad en brazos de su novio.

—¿Has visto que bien me queda? —murmuró Lorie en su dirección. Con una sola mirada bastó para que supiera a qué se refería. El miedo la atravesó.

—No, Lorie —negó. Este la miró con un puchero—. No quiero pensar en hijos todavía, es muy pronto —se sinceró, consiguiendo que este hiciera una mueca, pero asintiera, consciente de que tenía razón—. De momento me conformo con estos niños maravillosos —sentenció mirando a Liesel y a Elara, sentada a su lado.

El abrazo que ambos mejores amigos compartían seguía sin romperse. Steve cargaba a Alyn, quién no dudó en rodear la cadera del rubio con sus piernas. Mientras, al otro lado de la habitación, Kai se aferraba al torso de Newen, quién la apretaba con fuerza. Estos dos fueron los primeros en tomar distancia.

—Te he echado de menos —murmuró el chico.

—Y yo a ti.

—¿Por qué no nos dijisteis que veníais? Habéis hasta fingido la llamada.

—Fue idea de tu hermana. —Ambos miraron a la mencionada y el mayor asintió a modo de agradecimiento. Ella sonrió en respuesta—. Queríamos ser tu regalo de cumpleaños, aunque obviamente hay otro. Y bueno, también es un poco para Alyn.

Cuando observaron en su dirección, esta se encontraba siendo bajada por el rubio, pero mantuvieron la cercanía. Sus ojos, al igual que los de la azabache, se encontraban llenos de lágrimas. Steve era

una de las personas más importantes de su vida y tras tener que soportar tenerlo lejos la mayoría de tiempo durante el año, ahora lo tenía con ella.

—Te quiero —confesó la chica.

—Y yo a ti, pequeña.

Dejó un suave beso en su frente, ante lo que Alyn cerró los ojos y formó una sonrisa. Después el chico le indicó que debía saludar al cumpleañero y que ella debería ir con Kai, por lo que se giraron y clavaron la mirada en aquellos dos.

Una pareja de mejores amigos observó a la otra y todo lo vivido les recorrió de pies a cabeza.

Las primeras en acercarse fueron las chicas, dejando que ellos se encontraran poco después junto a la mesa. Se miraron a los ojos durante instantes eternos y no pudieron evitar sonreírse entre lágrimas.

—Señora Brown —saludó, Kai.

—Señora Jones —saludó, Alyn.

Un segundo después se encontraban unidas en un abrazo. La distancia a veces dolía demasiado y un reencuentro lo significaba todo y más.

Kai y Steve habían logrado formar su vida en Suiza, dónde ella era tasadora profesional de antigüedades y el rubio, que tiempo atrás aceptó la oferta, consiguió un trabajo de físico en el CERN, ahí ahora era un científico con varios estudios e investigaciones reconocidas. Y con ellos, su pequeña Liesel, que había sacado lo mejor de ambos.

Un grito reverberó por todo el comedor sacando a cada una de las personas de sus burbujas. Las miradas cayeron en el culpable, el pequeño Daren, sobre los brazos de Peter, se retorcía en dirección a un rubio. Steve sonrió y, asombrado, se acercó al pequeño, que el castaño le ofreció encantado.

—Pero cuánto has crecido, pequeñín —murmuró abrazándolo antes de sentir como su mujer posaba una mano en su hombro—. ¿Has visto que mayor está? —Tulok rio, encantador.

—Hola, mi amor —comentó la morena al arrebatar al niño de sus brazos.

—¡Tío Steve! —otro chillido resonó a sus espaldas y al girarse no le dio tiempo a procesar nada cuando un cuerpo diminuto se estrelló contras sus piernas, abrazándolas.

Vio una cabellera castaña alborotada y supo inmediatamente de quién se trataba. Aquella niñita que fue la primera en llegar a la vida de los cuatro chicos y que se robó desde el día uno el amor de todos. La alzó en sus brazos antes de girar con ella y levantarla por los aires. Elara reía y soltaba gritos divirtiéndose. Al bajarla, la niña se aferró a él abrazándolo.

—Mi niñita, que grande estás —comentó. Mirando a Kai, añadió—: No quiero que crezcan más.

—Liesel también se hace mayor.

—Ella también está en el pack.

—No se puede, tío Steve —le recordó la pequeña apartándose de su cuello para mirarlo al rostro. Sonrieron ambos—. Tomo mucha leche y como mucho para poder crecer. Mami dice que es muy importante —explicó orgullosa.

Daren jugaba con el pelo de Kai mientras esta le hablaba y él contestaba feliz. Elara tomaba el rostro del rubio y hablaba y hablaba sin parar. Eran tan parecidos a sus padres: amables, explosivos y alocados. Ambos adultos los observaban y hablaban con ellos con una sonrisa bobalicona. Los querían tanto, aunque no fueran sus propios hijos.

Aquella imagen de sus mejores amigos con sus niños, emocionó al matrimonio Brown, que los observaba desde la distancia. Al menos eso hacían antes de que Newen encontrara a Liesel con la mirada. Dejó a su mujer aún ensimismada con la escena y caminó hacia la mesa, donde Lorie mantenía a la rubia sobre sus piernas. Esta observaba a Lena con mala cara y eso le causó gracia cuando se agachó a su lado, llamando la atención del jugador de fútbol americano.

—¿No hay un abrazo para mí? —preguntó haciéndose el dolido y logrando que la pequeña Jones girara su rostro hacia él.

Sus ojitos se agrandaron de golpe y en menos de un segundo un chillido volvió a hacerse presente mientras se libraba de los brazos de Lorie y se lanzaba al cuello de Newen. Este cerró los ojos y la

abrazó contra su cuerpo, sin apretar mucho para no hacerle daño. Al separarse, Liesel dejó besitos por todo el rostro de su tío y este rio encantado.

—Mi chiquitita, como te he extrañado.

—Y yo.

Newen dejó un beso en la naricita de la pequeña y esta sonrió tiernamente antes de ver quién se encontraba a las espaldas del chico. Se estiró por encima del hombro del castaño, convirtiéndose en un saco de patatas, pero solo con la intención de alcanzar a la chica. Al girarse, Newen pudo ver que Liesel estaba intentando llegar hacia su esposa, que se había acercado.

—¡Tía Alyyyyyyyn! —gritó dejando sordo al marido de la nombrada. Parecía una culebrilla retorciéndose en su hombro, por lo que la dejó ir a los brazos de la castaña.

—Pero si es mi rubia favorita —comentó Alyn abrazándola—. No se lo digas a tu padre o se enfadará, es un secreto entre tú y yo, ¿vale? —añadió en un susurro al separarse.

—Sí —aceptó Liesel, mientras asentía con la cabeza con efusividad.

—Gracias por robarme a mi ahijada —gruñó Lorie causando que el matrimonio se girara a verlo. Lena estaba apoyada en su hombro y formaba una sonrisa divertida mientras lo observaba.

—¿Perdón? —cuestionó Newen—. ¿Tu ahijada? —Él asintió—. No es tu ahijada, yo soy su padrino.

—Eso no es cierto.

—Sí lo es.

—No tienes pruebas —argumentó cruzándose de brazos. Las dos hermanas los miraban con una sonrisa burlona, estaban disfrutando.

—La ceremonia con sus respectivas fotos pueden demostrarlo.

—Eso no ha ocurrido, te lo estás inventando. —Lorie formó una sonrisa que Newen intentó que no se le contagiara—. Liesel y yo nacimos el mismo día y mes, con eso es suficiente para ser su padrino.

—Si a ti te hace ilusión verlo así —se limitó a decir, cerrando el debate.

—Ves, nena, así se gana una discusión —añadió mirando a su novia.

Esta rio antes de acercarse y posar sus labios sobre los de él, causando que el matrimonio, sobre todo Alyn, apartara la mirada y volviera a centrarse en la pequeña rubia en sus brazos. Esta le dejó un beso en la mejilla y la castaña se derritió. Newen se acercó y dejó otro para cada una en sus melenas. Ambos observaron a la pequeña que les hablaba, de forma compleja debido a su edad, de una corona de flores que había hecho. La querían tanto, como si fuera una hija más.

—¡A comer! —gritó Hailey, poniendo orden, ya que los demás niños volvieron a quejarse del hambre.

Así, terminaron más apelotonados, pero comiendo todos juntos la descomunal cantidad de comida que habían preparado Alyn y Ethan.

Newen presidía la mesa. Ante él un pastel. A su lado, su mujer Alyn y sus dos hijos. A su alrededor todos sus amigos y allegados. Kai y Steve, su hija. Bajó la mirada mientras los escuchaba cantar y pensó en un deseo que pedir. Sin embargo, no encontró ninguno. Tenía todo lo que deseaba con él.

Volvió a observarlos, uno a uno. Se sintió orgulloso.

Se sintió afortunado de la familia que habían creado.

Juntos.

AGRADECIMIENTOS

Este libro, repleto de escenas que han surgido del fondo de mi cabeza, nació en una hora lectiva en la que, junto a mi fiel compañera y amiga, Nur, nos adentramos en una conversación dónde intercambiamos pensamientos sobre libros, portadas y títulos. De esta, surgieron miles de "Y si..." que acabaron en un gran "Sí". Gracias a ello, ahora esta historia está viva.

Gracias, Nur. Fuiste, desde el minuto uno, la impulsora de esta obra. Me acompañaste a cada paso, capítulo a capítulo, respaldándome. Apoyando y ayudando en cada uno de los baches que han aparecido en los siete meses de creación. Conviviste conmigo, mis ataques de felicidad y devastación, al igual que viste crecer y madurar la historia de estos cuatro protagonistas. Sin ti, Mentiras nunca existiría. Gracias.

Pd: Un breve agradecimiento a aquel Pen Drive que viajó durante todo el tiempo de una casa a otra y nunca se estropeó o perdió.

Gracias a todas aquellas personas que se mantuvieron activas y fieles durante el proceso de escritura. Aquellos compañeros, familiares y amigos que, semanalmente, se interesaban por cómo iba la historia y preguntaban por su avance. Gracias por apoyarme y animarme a seguir, a no rendirme.

Gracias a mí misma. Por confiar siempre, aun con momentos en los que sentía que todo se iba a desmoronar. Por ilusionarme con los personajes, por incluso odiarlos a veces, por dejarles entrar en mi vida y permitir que ellos terminaran escribiendo, a través de mis manos, su historia.

Y, por último, a ti. Al lector o lectora que ha llegado hasta aquí, que ha compartido horas con los personajes y que les ha hecho un hueco en su vida. Gracias por la oportunidad dada a mi libro, a Mentiras, y también a mí. Espero que hayas disfrutado de todo aquello que un día surcó mi mente y que, ahora, está entre estas páginas.

Simplemente, muchas gracias de corazón.

Te invito a seguirme en mis redes sociales, en Instagram y Tiktok: **@aiinatbs**, donde comparto cositas de mis libros.

Si quieres contactar conmigo, puedes escribirme a:
ainapazosof@gmail.com

ACERCA DEL AUTOR

Aina Pazos Núñez



Aina Pazos Núñez (Febrero de 2003, Barcelona) es una escritora española.

Desde su infancia, la lectura fue su mayor afición. Con dieciséis, retomó la escritura de una manera más activa y, a esa edad, acabó su primera novela (fanfic), en la famosa aplicación de Wattpad. Continuó publicando más historias con las que acumula más de doscientas mil lecturas.

Al año siguiente, inició su primera novela 100% original. Y,

actualmente, después de autopublicar su primera obra -Mentiras-, tiene dos proyectos más en proceso.